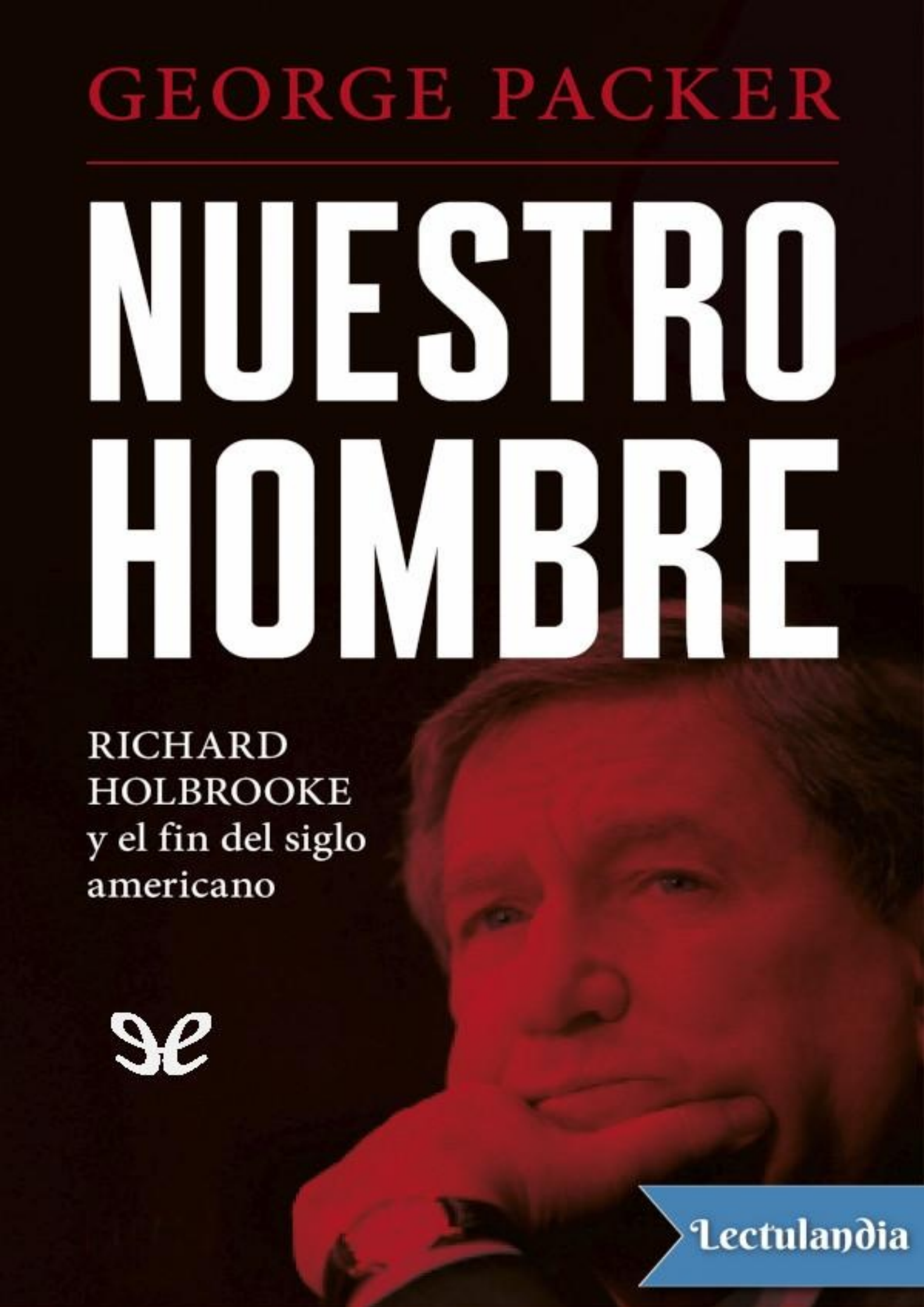
GEORGE PACKER

NUESTRO HOMBRE

RICHARD HOLBROOKE y el fin del siglo americano



Lectulandia

Un vívido relato que nos acerca a una de las figuras más complejas y relevantes de la diplomacia estadounidense. Richard Holbrooke fue un actor principal en un período histórico de incuestionable trascendencia, marcado por el ascenso y por la caída del poder de Estados Unidos. En un vibrante relato, George Packer saca a la luz el idealismo y el propósito humanitario del controvertido diplomático enfrentados, paradójicamente, a su terquedad y su egolatría, y ahonda en el papel clave que desempeñó en las guerras de Vietnam, Bosnia y Afganistán, cuyas consecuencias resuenan hasta nuestros días. La obra no solo penetra en los secretos y la personalidad de Holbrooke, sino que permite al lector abrirse camino a través de las esferas sociales y gubernamentales a las que este perteneció. Una incursión sin precedentes en la diplomacia estadounidense.

George Packer

Nuestro hombre

Richard Holbrooke y el fin del siglo americano

ePub r1.0
Titivillus 16-10-2021

Título original: *Our Man: Richard Holbrooke and the End of the American Century*
George Packer, 2020
Traducción: Miguel Marqués Muñoz & Inga Pellisa

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Nuestro hombre

Prólogo

Sueños muy lejanos

VIETNAM
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX
- X

¿Cómo lo hace?

Apretar los dientes

Puesto que he perdido la esperanza

BOSNIA
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII

VIII
IX
X
XI
XII

Nuestros sueños están cerca

Una de dos: o ganas o te caes

AFGANISTÁN
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X

Epílogo

Nota sobre las fuentes

Agradecimientos

Notas

Para Les y Judy Gelb
y para Frank Wisner

Prólogo

¿A Holbrooke? Sí, lo conocí. Su voz no se me va de la cabeza. Sigo oyéndolo preguntar: «¿No has leído ese libro? Tienes que leerlo, de verdad». Diciendo: «Me da la impresión, y espero que esto no suene demasiado autocomplaciente, de que cuando se presenta un problema muy complejo para el cual nadie parece tener solución, yo sé al menos cuáles son los planteamientos generales y las variables respecto al asunto»[1]. Diciendo: «Tengo que irme, me está llamando Hillary». ¡Esa voz…! Serena, nasal, con un leve deje de ese acento neoyorquino de otro tiempo, con un sonsonete característico cuando se mostraba jovial. No dejaba nunca de «hacerle» cosas a la gente: alababa, camelaba, acosaba, acuciaba, seducía, analizaba, tomaba la delantera… Ejercía presión sin descanso, como una poderosa corriente submarina, de manera que una vez zanjada cualquier charla con él, aunque fueran dos minutos al teléfono, uno se descubría en un punto muy distante al de partida —y sin saber cómo había llegado ahí— y, por alguna razón misteriosa, se sentía agotado.

Medía más de un metro ochenta, pero parecía aún más alto. Tenía los brazos largos y finos, el pecho abombado, una espalda ancha de hombros robustos, sobre los que descansaba una cabeza llamativamente pequeña y, encerrado en su interior, un cerebro insomne. Sus pies distaban tanto de su tronco que, conforme su cuerpo fue desgastándose y la sangre dejó de circular como es debido, empezaron a hinchársele y a estar moteados de rojo y blanco, como un filete de ternera. Usaba zapatos especiales y llevaba siempre una muda de calcetines en su maletín de cuero. Terminaba utilizando media docena de pares al día; en los vuelos largos se los quitaba y los ponía a secar en el bolsillo de su butaca de primera clase o terminaba metiéndolos, hechos un gurruño, en su maletín, junto a la documentación clasificada. Escribió su libro sobre el final de la guerra en Bosnia —el escenario que siempre despertó en él más anhelos y del que jamás se cansó— con los pies colocados sobre un

masajeador estilo *shiatsu* de la marca blanca Brookstone. Una mañana se presentó con retraso a una reunión en la suite que tenía la secretaria de Estado en el Waldorf Astoria y llegó descalzo, con la camisa por fuera y la bragueta medio bajada. Dio tres o cuatro tumbos por la sala y cogió unas cuantas uvas de una cesta de fruta mientras Madeleine Albright seguía cada uno de sus movimientos con mirada furibunda. En otra ocasión, apareció en una llamada por videoconferencia desde la misión de la ONU en Nueva York con los pies sobre una silla, los cuales, distorsionados por la lente de la cámara, ocupaban toda la pantalla de la Sala de Crisis de la Casa Blanca; distraían tanto que el consejero de Seguridad Nacional del presidente Clinton ordenó a uno de sus asistentes militares que desconectase la señal de vídeo. Holbrooke ponía los pies donde le daba la gana, ya fuera en la Casa Blanca, en los escritorios de los despachos o en las mesitas de café de la casa de cualquiera. Buscaba con ello alivio y una posición ventajosa.

Cerca del final, diríase que todos los problemas se le acumularon, en efecto, en los pies: fibrilación auricular, tensión marital, ambición frustrada, colegas conspiradores, cientos de miles de kilómetros en avión, dirigentes extranjeros corruptos y una guerra que no se dejaba doblegar ante la fuerza implacable de su voluntad.

Al otro extremo de su cuerpo, en cualquier caso, aquellos ojos azules como el hielo se mantenían en constante alerta. El brillo que despedían traslucía una inteligencia perennemente despierta y dispuesta a pasar a la acción. Como los espejos de una sala de interrogatorio, esos ojos le permitían mirar el mundo, pero no dejaban ver su interior. Jamás conocí a nadie capaz de valorar con tanta rapidez una estancia llena de gente, a un adversario, un artículo periodístico o un conjunto de variables en el marco de un problema complejo (incluida su muerte, cuando era ya inminente). Ese valorar y calibrar de manera incesante nos revela una mente frenética que echaba humo a puerta cerrada, detrás de aquella voz grave y los lánguidos brazos. Una vez, en la década de 1980, Holbrooke iba caminando con otra persona por Madison Avenue y se cruzó con un conocido, que lo saludó: «¡Hola, Dick!»[*].[2] Holbrooke vio al hombre alejarse y se volvió a su acompañante para decirle: «Me pregunto qué habrá querido decir con eso». Sí, el pelo ondulado de Holbrooke jamás obedecía al peine y su traje siempre parecía arrugado; era incapaz de alejarse demasiado de teléfonos y televisiones y

siempre perdía cosas; comía siempre hasta reventar y lo más rápido posible (una vez se cortó la nariz con la concha de una almeja y empapó de sangre dos servilletas de tela), y, sí, era una presencia díscola en casi todos los sentidos. Jamás, sin embargo, perdía la concentración.

Pensaba mucho, pero apenas ejercía la introspección. No podía quedarse solo, porque quizá en tal caso se veía obligado a pensar en sí mismo. Y posiblemente no podía permitírselo. Leslie Gelb, amigo de Holbrooke y al que este seguía llamando varias veces al día después de cuarenta y cinco años de amistad, se ofrecía de buen grado a escuchar sus monólogos. Le preguntaba: «¿Cómo es Obama?», y Holbrooke le soltaba un brillante análisis del presidente. «¿Te crees capaz de influir en él?» Y entonces Holbrooke no respondía. ¿A qué se debía ese punto ciego tras sus ojos que opacaba su vida interior? Ese punto ciego era, en realidad, una gran ventaja sobre el resto de personas —entre las que me incluyo—, porque el impulso que necesitaba la idea para convertirse en acción jamás se veía disminuido por el escrutinio de uno mismo. Ese fue también su mayor punto débil y en última instancia se demostró letal.

Vuelvo a oírlo diciendo: «Ahora es tu problema, no el mío».

Le encantaba la velocidad. Admiró siempre el descenso con que el impávido esquiador austriaco Franz Klammer ganó una medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Invierno de 1976; parecía como si hubiese sido él quien realmente se lanzara por las peligrosas pendientes en Innsbruck. Holbrooke caracoleaba con la bici entre los coches en los atestados cruces de Saigón mientras hablaba sobre la guerra a una aterrorizada periodista rubia recién llegada de Manhattan; serpenteaba entre el tráfico parisino mientras daba a su superior del Departamento de Estado una clase magistral sobre la situación en las conversaciones de paz en Vietnam; y con su Humvee tomaba a toda velocidad las cerradas curvas de una pista de tierra en el monte Igman, por encima de la Sarajevo asediada, seguido de cerca por un transporte acorazado donde viajaban sus malhadados colegas.

Le encantaba ser un poco gamberro. Era ese tipo con quien todo el mundo lo pasa bien. Su gusto por la travesura lo metió en ocasiones en problemas que podría muy bien haberse ahorrado. En 1967, fue convocado al despacho de Robert McNamara, en el segundo piso del Pentágono. Por aquel entonces Holbrooke era un funcionario de apenas veintiséis años que esperaba abordar

al secretario de Defensa con el único objetivo de ser promocionado. Lo acompañaba un famoso coronel, paracaidista condecorado en Vietnam, donde Holbrooke y él se habían conocido. El coronel lo llevaba todo planchado al vapor: la camisa del uniforme, el rostro y los pantalones, que estaban esmeradamente remetidos en las botas y delicadamente ahuecados en torno a las pantorrillas. Debía de haber dedicado la mañana entera a arreglarse. «Qué bien se ha puesto usted esto», comentó Holbrooke, y acto seguido se agachó y le tiró de una pernera hasta sacarla de la bota. El coronel se puso a gritar. A Holbrooke le dio la risa.

En los años de Kennedy y Johnson, cuando Holbrooke trataba de abrirse paso en la Administración, estaban de moda los «intelectuales de la acción» o *action intelectuals*, hasta que Vietnam dijo aquí estoy yo, y los intelectuales tuvieron que poner toda la carne en el asador. Pero eso era Holbrooke: las ideas le parecían importantes, pero no *per se*, sino porque permitían encontrar solución a los problemas. De estos, los únicos que merecían su tiempo eran los más complejos y graves. Tres guerras terribles coparon su carrera. Su ansia por seguir jugándosela no tenía parangón. Tras haber resuelto Bosnia, quiso Chipre, Kosovo, el Congo, el Cuerno de África, el Tíbet, Irán, la India, Pakistán y, por último,Afganistán. La única región del planeta que no lo tentó fue Oriente Próximo. Su apetito de conquistas era inversamente proporcional a la cautela de la burocracia estadounidense. Justo después de su muerte, Hillary Clinton dijo de él: «Lo imagino como un Gulliver atado al suelo por los liliputienses».

Amaba la historia tanto que quería hacer la suya propia. El concepto «gran hombre» suena hoy anacrónico, pero sigue espoleando los esfuerzos humanos, así que no deberíamos desecharlo del todo. Holbrooke se hizo adulto cuando aún había hueco para ese supuesto gran hombre, que solo podía ser estadounidense. Fue justo tras la Segunda Guerra Mundial cuando el mundo en ruinas se rindió y se entregó a la visión de futuro de figuras como Dean Acheson, George F. Keenan, George Marshall y W. Averell Harriman, los llamados «Hombres Sabios». Estos no se limitaban a echarle el guante a tierras y oro como los grandes hombres de los imperios antiguos; también construyeron la estructura necesaria para erigir un orden internacional que duraría tres generaciones —¿qué dura tres generaciones hoy día?—, y que es ahora cuando empieza a desmoronarse. Eran aquellos unos tipos poco

sentimentales, protestantes, blancos e infinitamente seguros de sí mismos —privilegiados, podría decirse—, nacidos en el cambio de siglo, que lo sabían todo unos de otros y tenían muy claro cómo hacer las cosas. Creaban planes de acción continuamente, hasta cuando iban a mear. Holbrooke los reverenciaba a todos y adoptó a algunos de ellos como padres putativos. Quería alcanzarlos en la cumbre y, con ese objetivo, se aferró con uñas y dientes a una pendiente helada que empezaba a derretirse bajo sus crampones. Alcanzó el campo base más elevado, pero cada uno de los asaltos a la cima fracasaron. Le encantaban los libros sobre montañismo y en su adolescencia había escalado los Alpes suizos. Era un romántico. Nunca cayó en la cuenta de que llegaba demasiado tarde.

Puede que algunos lectores hayan oído decir que Richard Holbrooke era un egoísta monstruoso. Es cierto. E incluso era peor de lo que hayan podido imaginar. Me explicaré a lo largo de estas páginas. Ofendió a numerosas personas, cosa que estas nunca olvidaron. Muchas se tragaron el agravio y, una vez muerto, las palabras que salían por la boca de algunas cuando se hablaba de Holbrooke tenían que ver con aquellos insultos. Como dijo en una ocasión a un colega: «He perdido más dinero en la bolsa hoy del que ganas tú en un año». En otra ocasión, durante la celebración del quincuagésimo aniversario de la liberación de Auschwitz, se coló en el autobús oficial estadounidense y así una pareja de ancianos supervivientes se vio obligada a quedarse en tierra por su culpa. Holbrooke quería a toda costa formar parte de la delegación y acompañar a Elie Wiesel; la pareja de ancianos, con lágrimas en los ojos, rogó a los guardas polacos que los dejaran entrar para no perderse la ceremonia. Tiempo después, Holbrooke presionaría para que le concedieran el Premio Nobel de la Paz. Hacía ese tipo de cosas, sin parar. Como si necesitase descargar un superávit de ego cada pocas horas a fin de mantener cierto equilibrio.

Pagaba por ello un precio elevado. Esa actitud acabó con su primer matrimonio y con la relación con su amigo más íntimo. Sus flaquezas de carácter le costaron su puesto soñado, la Secretaría de Estado, para el cual reunía muchos puntos muy ventajosos. Sin embargo, era imposible desenmarañar esas flaquezas de las ventajas. Yo antes pensaba que si Holbrooke se hubiese reformado un poco —una dosis de contención, un fogonazo de luz interior— podría haber conseguido cualquier cosa. Pero no

nos hagamos ilusiones. Somos siempre nosotros mismos, íntegramente. Si apartamos el elemento disruptivo que caracterizaba a Holbrooke, se mata aquello que lo hizo «casi grande».

Como miembro de una clase inferior que aspira a vivir una buena vida más que una gran vida —la idea en sí de «gran vida» me parece a la vez abrumadora y de mal gusto—, yo apenas me siento capaz de sondear la agonía que podría generar ese «casi». Pensemos en ello: horarios interminables, trabajo sin descanso, evaluar a todos y cada uno de los comensales con que se comparte una cena, un cerebro a toda máquina día y noche… Y la conciencia, enterrada tan en lo hondo que él la sentía como un dolor físico, de no haber estado a la altura de su propia exaltación imposible. He admirado a Holbrooke por su disposición al sufrimiento. Su vida, por otro lado, estuvo sembrada de placeres, pero nunca la envidié.

Teníamos pocas cosas en común. Una de las que me vienen a la mente es el amor por las novelas de Joseph Conrad, quien escribió en una carta: «Estos dos instintos contradictorios —egoísmo e idealismo— no pueden sernos de utilidad salvo que de forma incomprensible se alíen y desaparezca el irreconciliable antagonismo que los enfrenta. Por separado serían fatales para nuestra ambición»[3]. En mi opinión, lo que Conrad quería decir es que, para hacer el bien, ambos instintos se necesitan mutuamente. El idealismo sin egoísmo es inútil; el egoísmo sin idealismo, destructivo. Jamás se cumplió esto de manera más clara que en Holbrooke. En ocasiones, ambos instintos se le desbocaban. Algunas personas (como su hermano pequeño, Andrew) no eran capaces de distinguir el idealismo en el bosque del egoísmo. Andrew pensaba que a su hermano le faltaba la parte del cerebro necesaria para preocuparse por alguien más que él mismo. Sin embargo, los amigos de Holbrooke, ese puñado de personas que tuvo cerca a lo largo de toda su vida, encajaban bien las pullas y se reían, sin engañarse a sí mismos, de los defectos gigantescos de él. Querían protegerlo, pues sus apetitos e inseguridades quedaban siempre expuestos. De cuando en cuando, tenían que hacerle daño, dejarlo hecho polvo. Y solo entonces su amor por él seguía su camino adelante. Sabían que, de todos ellos, era él quien más prometía, y querían ver esa promesa cumplida; en ella encontraban, tanto ellos como el resto de su generación, una afirmación de su forma de entender el patriotismo y la función pública. Si Holbrooke era capaz de conseguirlo, quería decir que

Estados Unidos podría seguir embarcado en una aventura que depararía grandeza. Holbrooke siempre anhelaba más, y estos amigos y compañeros siempre quisieron que lo obtuviera. Cuando murió, les dolió tanto la partida de un amigo como la promesa perdida.

Holbrooke amaba a Estados Unidos. No para envolverse en la bandera —jamás la llevó prendida en la solapa, por ejemplo—, y sin siquiera obligarse a amarlo, porque se había criado en una familia que lo había dado todo para ser estadounidense y él creció tras una guerra que demostró a todas luces que su país era grande y generoso. A finales del verano de 2010, fue a ver con su esposa (la tercera y última, Kati) una reposición del musical *South Pacific* en el Lincoln Center de Nueva York. Ni sus amigos de toda la vida recuerdan que Holbrooke soltara nunca una lágrima, pero en *South Pacific* lloró como lloraron otros hombres de su edad, y él intentó entender por qué. Fue por aquel entonces cuando empezó a dar voz a sus pensamientos, que fue grabando en un magnetófono para la posteridad (una suerte de memorias, quizá). Esto es lo que grabó al respecto: «Creo que fue la combinación de la belleza del espectáculo y la música, y la manera como se plasman tantos momentos de la historia de Estados Unidos. Influyeron asimismo el que se estrenase en Nueva York en el apogeo de la grandeza de esta ciudad, en 1949, y también el tema: estadounidenses en guerra en distantes islas del Pacífico Sur. La pérdida de nuestro optimismo y de la sensación que teníamos de que podríamos conseguir cualquier cosa. El contraste con la realidad de hoy…»[4]. En ese momento, su voz se quiebra y se me hace muy cuesta arriba seguir escuchando. Solo viviría unos meses más. «Ese contraste era muy fuerte. Continué preguntándome dónde se encuentra nuestra nación en la actualidad y la falta de confianza en nuestra capacidad para liderar hoy, en comparación con la de 1949, cuando se estrenó el musical, que evocaba aquel tiempo, cinco o siete años antes, en que viajamos hasta los rincones más remotos del mundo para salvar la civilización.»

Estoy intentando pensar qué contar a los lectores, ahora que han conseguido que me ponga a hablar. Hay demasiado que relatar y todo se agolpa. Su ambición, su lealtad, su crueldad, su fragilidad, sus traiciones, sus heridas, sus esposas, sus novias, sus hijos, sus almuerzos. Al morir, logró poner de pie a cien personas, yo entre ellas. Él no era capaz de estar solo.

Si los lectores siguen estando interesados, puedo contarles lo que sé, desde el principio. Yo no era uno de sus amigos íntimos, pero a lo largo de los años he estudiado su vida y su persona. ¿Quieren saber por qué? No porque fuese extraordinario, que lo era: si la flor de la vida de Estados Unidos hubiera coincidido con la de Holbrooke, sus gestas podrían rivalizar con las de quienes fueron sus héroes, y no porque fuese fascinante, que lo era: a día de hoy en algún lugar del mundo al menos catorce personas estarán hablando sobre él. De vez en cuando, dejaré que hable por su propia boca, algo que sabía hacer muy bien. Pero no contaré la historia solo por honrarlo. No: propongo mirar y sentir lo que ocurrió en Estados Unidos durante el periodo vivido por nuestro protagonista, y lo haré con mayor claridad siguiendo los pasos de alguien que fue casi grande, porque su búsqueda nos muestra al resto los entresijos del poder de manera más honda que si estudiáramos a las personalidades más célebres (a todas las cuales él conoció), y su lucha tempestuosa arroja más luz sobre las verdades humanas que los anales hechos para los grandes. Quizá Les Gelb se refería a esto cuando dijo poco después de morir su amigo: «Sería mucho mejor escribir una novela sobre Richard C. Holbrooke que una biografía y, ni que decir tiene, que un obituario»[5].

Lo que llamamos el «siglo americano» fueron poco más de cincuenta años en realidad, que coinciden con el periodo de vida de Holbrooke. Comenzó con la Segunda Guerra Mundial y con la explosión creativa que le siguió —las Naciones Unidas, la Alianza Atlántica, la política de la contención, el mundo libre—, y atravesó a continuación vertiginosos altibajos, hasta que expiró (anteayer, como quien dice). ¿Qué hace caer en desgracia a los grandes poderes y a los grandes hombres? ¿La arrogancia sin más, la decadencia, el derroche, cierto tipo de desatención, la pérdida de la fe o simplemente el paso de los años? Sea como fuere, algo llegó para quedarse y hoy este libro se refiere ya a una época pasada. No fue una edad de oro, pues se cometieron estupideces y se hicieron cosas mal, pero la echo de menos: lo mejor de nosotros fue inseparable de lo peor. Gracias a la sensación de que éramos capaces de cualquier cosa tuvimos el Plan Marshall pero también Vietnam, la paz de Dayton pero la interminable guerra afgana. La seguridad en nosotros mismos y en nuestra energía, nuestro alcance y nuestra firmeza, nuestros excesos y nuestra ceguera no eran muy distintos de los de Holbrooke. Él fue

nuestro hombre. Y esa es la razón por la que les cuento esta historia. Esa es la razón por la que su voz no se me va de la cabeza.

Sueños muy lejanos

¿Les importa si pasamos por los primeros años con cierta premura? El jardín de infancia no encierra las claves de ninguno de los misterios que se abordan en este libro. Por qué Holbrooke fue Holbrooke no es tampoco la pregunta que hemos de contestar. Me pregunto si existe una respuesta a dicha cuestión que satisfaga a todo el mundo y, más aún, a él mismo. En realidad, de esa época solo nos interesa saber una cosa, que tiene que ver con el padre de Holbrooke.

Se llamaba Abraham Dan Golbraich[1]. Había nacido en 1912 en Varsovia, donde en una ocasión presenció cómo una multitud de jóvenes polacos rasuraba a cuchillo a unos judíos jasídicos[2]. Durante la Primera Guerra Mundial, Abraham y su madre, Agnes, enfermera originaria de Vítebsk, trataron de huir del ejército alemán viajando hacia el este y refugiándose en la ciudad rusa. Tras la revolución de 1917, Agnes fue acusada de simpatizar con el régimen zarista, de manera que se marchó de nuevo al oeste con su hijo recorriendo media Europa hasta recalar en Francia. Abraham Golbraich creció y se convirtió en un joven alto y apuesto —ojos de un gris verdoso y rubio cabello ondulado—, tan pobre como serio: una especie de Paul Henreid judío. Estudió en la Sorbona de París y luego se graduó como médico en Bolonia. En la primavera de 1939, en vísperas de la guerra, decidió viajar en solitario desde Roma a Nueva York. Ese verano, instalado ya en la Gran Manzana, abrió la guía telefónica de Manhattan y se topó con un apellido que sonaba parecido al suyo: Holbrook. Le añadió una e, se presentó ante el juez y el 6 de julio de 1939 se convirtió en el doctor Dan A. Holbrooke. ¡Qué gran país aquel!

Gertrud Moss era una mujer de pelo y ojos oscuros, enérgica y vital. Había nacido en la década de 1920 en Alemania, en el seno de una familia de clase alta dedicada al comercio de pieles. Su padre, llamado Samuel, luchó en las filas del káiser en la Primera Guerra Mundial, y ganó la Cruz de Hierro,

con la que aparece posando en una fotografía familiar tocado con casco prusiano. Estuvo destacado en Polonia, en Serbia y en el frente occidental francés, donde en 1916 escribió las siguientes líneas a su cuñado: «Tras la guerra, los estadounidenses descubrirán que han perdido la simpatía de los alemanes; quizá se arrepientan, pues en la Europa del futuro, la poderosa y vital Alemania, que es invencible, tendrá un enorme peso, mucho más que antaño»[3]. Así opinaban los judíos alemanes culturalmente integrados en la Alemania prehitleriana. Más tarde, Sami (el padre de Gertrud) Moos tuvo la premonición de leer *Mi lucha*[4]. Cuando los nazis se hicieron con el poder, informó a sus hijos de que, siendo ellos judíos, deberían abandonar Hamburgo y Alemania para siempre. Zarparon rumbo a Buenos Aires, donde la empresa de pieles de Moos tenía una oficina de exportaciones. En enero de 1939, Gertrud Moss —a la que cariñosamente llamaban Trudi— cambió su pasaporte alemán, tachonado de esvásticas, por otro argentino y emigró a Nueva York.

Dan y Trudi se conocieron el año siguiente, durante una cena celebrada en la International House, un paraíso para los estudiantes extranjeros situado en el Upper West Side de Manhattan. Se enamoraron, y la noche del 24 de abril de 1941 Trudi dio a luz a un bebé varón. Lo llamaron Richard Charles Albert Holbrooke, como si amontonando nombres de pila sobre los cimientos de un apellido inventado pudieran enterrar de una vez por todas los pogromos, a los bolcheviques, a los nazis y a los Golbraich de los que la joven pareja había escapado. Dan y Trudi jamás hablaron en casa los diversos idiomas europeos que conocían. No dijeron una palabra sobre su ancestral religión a Dick ni a Andy, el hermano que nacería en 1946. Más tarde, la pareja mandó a sus hijos a una escuela dominical cuáquera (por el ambiente cultural elevado que se respiraba en ella, no por lo teológico; el hogar de los Holbrooke era oficialmente ateo). Trudi no llegó a revelarles el secreto de su pasado hasta la adolescencia y Dick no conoció el auténtico apellido de su padre hasta la edad adulta. El Viejo Mundo no había dado más que problemas a ambas ramas de la familia. Los Holbrooke ya no eran judíos. Eran estadounidenses.

Así que hicieron lo que los estadounidenses hacían. Trudi compró un cuaderno con cubierta forrada de nailon rosa en la que se leía *Life Begins* («La vida empieza»), ilustrado con pajaritos azules y un bebé WASP con mofletes de querubín, donde documentaría el veloz crecimiento de Dickie: su

primera sonrisa cuando tenía veintitrés días; su peso, que se dobló en cuatro meses; cuando empezó a ponerse de pie sin ayuda, a los ocho meses; cuando aprendió a andar, a los catorce. Con toda franqueza, no soy capaz de imaginarme a un pequeño Holbrooke con pañales. Seguro que a los tres años estaría ya diciendo: «¿No has leído ese libro? Tienes que leerlo, de verdad».

Tras la guerra, los Holbrooke, como otros estadounidenses, se mudaron a un barrio residencial de las afueras de Nueva York: Scarsdale. Dan y Trudi se hicieron demócratas. Empezó a interesarles el arte. El escultor Jacques Lipchitz y el pintor Willem De Kooning fueron pacientes del doctor Holbrooke, como también lo fueron decenas de refugiados pobres que a veces le pagaban con botellas de vino o salamis. Los sábados, los coches aparcaban ante la casa de dos pisos con la fachada de estuco amarillo situada en el número de 2 de Obry Drive —en absoluto la casa más bonita de aquella calle sin salida—, donde Dan pasaba consulta. En el barrio, todo el mundo lo admiraba.

El doctor animaba a su hijo a estudiar mucho: «¿Por qué ir a un partido de béisbol cuando puedes leer un libro?». Anhelaba que Dick ganase el Nobel de Física y quiso llamar su atención sobre la importancia de conocer la historia del ser humano. En 1949, cuando Dick tenía ocho años, su padre lo llevó al East River para ver las obras de la futura sede de la ONU. Le habló —con esa voz de personaje de Hollywood oriundo de algún lugar de Europa; acento eslavo sobre prosodia latina— acerca de aquel nuevo organismo que impediría que estallaran otras guerras como la que Dan y Trudi vivieron en su juventud.

El verano de 1956, cuando tenía quince años, Dick viajó solo a Europa para visitar a unos parientes de su familia materna. Mantuvo a su padre informado en todo momento mediante impresionantes cartas que podrían leerse como tempranos cablegramas diplomáticos. Acababa de estallar la crisis de Suez. «¿Es Nasser un nuevo Hitler? La prensa británica se lo pregunta. Si lo es, hay que actuar de inmediato. El Reino Unido se ha levantado en armas para defender el canal, que es un cabo de seguridad para el país. Durante ochenta años ha constituido uno de sus principales activos y le ha permitido estar a la cabeza del mundo. Los británicos están listos para actuar. Los franceses también. Pero Eisenhower duda.»[5] En el resto de ámbitos —música, cine, arquitectura, ciencia—, al joven Holbrooke le parecía

que Estados Unidos había adelantado a Europa. Salvo en lo referido a hombres de Estado. Dick quería que Estados Unidos liderase el mundo. «Pienso en Truman, quien con decisiones perentorias detuvo el avance de Rusia sobre Corea. Ahora, Eisenhower debe, como líder de Occidente, actuar sin titubeos. El mundo aguarda.»

La correspondencia con su madre, sin embargo, fue tan escasa y poco natural como la de un niño de primaria: «Voy a enviar a Andy unos bombones. Llegarán dentro de unos días. Hoy está lloviendo. He conocido a una chica aquí que estaba en mi clase en Scarsdale.»[6] El hijo se mostraba retraído y la madre, preocupada, pues Trudi llevaba desde 1950 cuidando de un hombre enfermo.

Ese año, Dan había recibido una carta de su buen amigo el escultor Isamu Noguchi, quien se encontraba en Asia: «Soñé que caías gravemente enfermo. Te habría escrito para preguntar cómo estabas, pero me pareció una tontería, teniendo en cuenta tu vitalidad y tu profesión. Los sueños no pueden ser telepáticos: estoy en Bali, al otro lado del mundo. Así que deseché la idea»[7].

Sin embargo, el sueño de Noguchi tenía visos de realidad: Dan sufría cáncer de colon, dolencia que en un primer momento no le habían diagnosticado bien. Dan Holbrooke estuvo siete largos años, los de la primera juventud de Dick, entrando y saliendo de quirófanos y hospitales.

Un día de enero de 1957, cuando Dick llegó a casa desde el instituto en Scarsdale se encontró a su hermano Andy en la cocina.

—Papá ha muerto —le informó este.

—Lo sé —respondió Dick. No dijo más. Andy jamás volvió a oírle hablar de su padre. La verdad es que casi nadie hablaba sobre él.

Cuarenta y un años más tarde, en 1998, en la ceremonia celebrada en la Rosaleda de la Casa Blanca durante la cual se anunció su nombramiento como embajador de Estados Unidos ante la ONU por parte del presidente Bill Clinton, Holbrooke recordó la visita a aquel solar a orillas del East River: «Estos edificios, decía mi padre, serán los más importantes del mundo. Aquí se evitarán guerras futuras»[8]. Tragó saliva. Algo se removía en su interior. «Mi padre no vivió para ver cómo ese sueño de la ONU se disipaba ante la cruda realidad de la guerra fría —dijo con voz temblorosa; hizo una pausa y se rascó la nariz, luego añadió—: y las deficiencias de la propia ONU.» Volvió a tragar. Respiró hondo. «Sin embargo, jamás olvidaré aquella primera

visita y el noble y excesivamente idealista sueño de mi padre.» Entonces se le quebró la voz y volvió a rascarse la nariz. Holbrooke se volvió hacia Clinton, que estaba a su lado, y murmuró: «Disculpe, señor presidente. Lo siento. No suelo hablar sobre mi padre en público». Clinton sonrió y le dio una palmada en la espalda.

En el informativo de televisión de aquella noche pudimos vislumbrar toda una vida de represión. Holbrooke había invocado a su padre y aquello casi le desarmó. Si esas pocas palabras bastaron para hacer mella en su formidable autocontrol en público, imaginen qué otras cosas dolorosas habitarían las profundidades de su alma. La persona cuya aprobación más necesitó a lo largo de su vida no estaba ya para manifestar orgullo por los logros de su hijo. Este es el mejor análisis que puedo hacer desde estas páginas. Holbrooke vivió en el centro de la acción y es ahí donde mejor puede conocérsele. Hubo acción en las ruinas silenciosas que cubren sus años primeros y en la tragedia familiar. Hubo acción en la creación del propio yo, la cual comienza con la destrucción de un yo anterior, una aniquilación más radical que el mero abrir una guía telefónica para elegir un nuevo apellido. Holbrooke se convirtió en el hijo de nadie, oriundo de ningún lugar. Se convirtió en el hijo de sí mismo, y de Estados Unidos.

Tras la muerte de su padre, Holbrooke fue adoptado oficiosamente por la familia de un compañero de clase llamado David Rusk. David se convirtió en su mejor amigo de la escuela secundaria. Juntos editaban el periódico de la escuela y jugaban al tenis en unas canchas en Scarsdale. Pasaron aquel verano dando raquetazos con la radio sintonizada en las noticias sobre la intervención militar estadounidense en el Líbano. Holbrooke empezó a estar más tiempo en casa de los Rusk que en la propia, y a menudo se quedaba a dormir. Sustituyó a Trudi, quien muy pronto conoció a otro hombre, por la amable y desaliñada Virginia Rusk. El lugar de su difunto padre lo ocupó Dean Rusk, un hombre calvo, de cara rechoncha y bolsas debajo de los ojos. Holbrooke había oído que el señor Rusk presidía la Fundación Rockefeller, pero no le dio demasiada importancia. No tenía ni idea de que había sido secretario de Estado adjunto para Extremo Oriente a las órdenes de Dean Acheson, el secretario de Estado de Truman. Tampoco conocía el papel que había

desempeñado Rusk a favor de la postura dura contra Corea del Norte tras invadir esta Corea del Sur en 1950.

Dean Rusk había crecido en una familia pobre del condado de Cherokee, en el estado de Georgia. Fue un niño retraído y distante, improbable candidato a padre sustituto. En la primavera de 1958, acudió a un desayuno en la escuela secundaria de Scarsdale, durante el cual se dirigió al alumnado de último curso con las siguientes palabras: «Cuando penséis en vuestra futura profesión, pensad en el Servicio Diplomático»[9]. Holbrooke jamás había oído hablar de aquello, pero tomó buena nota.

En diciembre de 1960, el presidente electo Kennedy nombró a Rusk (si bien no era su primera opción) secretario de Estado, después de que Dean Acheson y Robert Lovett, titanes políticos de la generación anterior, le dieran su palabra de que Rusk era leal y discreto. Tras su trabajo en Asia, había salido indemne de la pérdida de China a manos de los comunistas y del punto muerto en Corea y fue un soldado muy fiable durante la guerra fría. Kennedy se llevaba al secretario de Estado más leal que pudiera imaginar.

Dick Holbrooke tenía diecinueve años y estaba emocionado. Jamás había conocido a nadie famoso y, de repente, su reticente padre putativo era alguien de importancia internacional, que caminaba apenas un paso por detrás del joven presidente del gobierno. Holbrooke estudiaba segundo de carrera en la Universidad Brown y era el nuevo redactor jefe del *Brown Daily Herald*. El mes de mayo anterior se las había arreglado para que el periódico lo enviase a París a cubrir la cumbre a cuatro celebrada tras la crisis de Berlín. Una vez allí, consiguió a base de labia un trabajo con un sueldo de diez dólares diarios como recadero para la corresponsalía del *New York Times*, guardándoles el sitio a los corresponsales en las ruedas de prensa del palacio de Chaillot o yendo a buscar botellines de Carlsberg, hasta que saltó la noticia de que un avión espía U-2 de la CIA había sido derribado sobre la Unión Soviética. Jrúschev se lanzó a una diatriba de dos horas y media ante toda la prensa, lo que dio al traste abruptamente con la cumbre parisina[10].



Richard Holbrooke de joven. Holbrooke Papers.

Holbrooke trabajó con el *New York Times* el tiempo suficiente para impresionar en cierta manera a Clifton Daniel, redactor ejecutivo adjunto y yerno del presidente Truman. Gracias a ello pudo hacer unas prácticas en Nueva York en el verano de 1961. Se instaló en un edificio sin ascensor del Greenwich Village y solía coger el metro en la Octava Avenida para acudir al *New York Times*, donde pasaba textos a máquina en la sección de Nacional y aprovechaba cualquier oportunidad para redactar piezas breves sin firmar, así como para trabar amistad con periodistas célebres como Gay Talese. De vuelta en la Universidad Brown, empezaron a llamarlo «*the Dick Holbrooke*». Contaba a sus amigos —y estos no sabían si tomárselo en serio— que su ambición era convertirse, bien en redactor ejecutivo del *New York Times*, bien en secretario de Estado.

Periodismo y diplomacia: uno operaba extramuros del poder, la otra, intramuros, pero ambos nos sitúan en el epicentro del devenir histórico. Durante el resto de su vida, Holbrooke trató de estrechar al máximo la brecha entre ambos. Los diplomáticos lo envidiaban y desconfiaban de él por preferir la compañía de los periodistas; los periodistas sospechaban de él y lo perseguían por ser diplomático.

Cuando viajaba a Washington se alojaba en la casa familiar de los Rusk. En una ocasión, cuando aún estudiaba en la universidad, se presentó en el despacho del secretario de Estado para entrevistarlo con motivo de un trabajo

universitario en que comparaba a Dean Rusk con Woodrow Wilson[11]. La Primera Guerra Mundial obsesionó a Holbrooke a lo largo de toda su vida. A los diecinueve años, cruzó toda Europa a dedo para llegar a Sarajevo, y visitar las huellas grabadas en el hormigón —destruidas más tarde por los musulmanes, al principio de la guerra de Bosnia en 1992— que marcan el lugar a orillas del río Miljacka donde, el 28 de junio de 1914, el nacionalista serbobosnio Gavrilo Princip había disparado y hecho estallar la Primera Guerra Mundial. Holbrooke leyó con interés los diarios de Harold Nicholson, el joven diplomático que el verano de aquel año fatídico había entregado la declaración de guerra al embajador alemán en Londres. Tras la contienda, Nicolson formó parte de la delegación británica en la Conferencia de Paz de París, en que las cuatro potencias vencedoras trazaron el mapa del mundo moderno e inventaron Yugoslavia, y donde un asistente de cocina del hotel Ritz llamado Ho Chi Minh envió al presidente Wilson un manifiesto a favor de la autodeterminación vietnamita al que nadie hizo caso. Todo aquello, desde el destino de sus padres hasta las guerras en que trabajó Holbrooke durante su vida profesional, se derivó de la Gran Guerra, la cual Fritz Stern, historiador y amigo de Holbrooke, llamó «la primera catástrofe» del siglo xx, «madre de otras catástrofes»[12].

El final de la contienda fue el primer momento de la historia en que Estados Unidos ocupó el centro del mundo. En el trabajo redactado por Holbrooke, Wilson es retratado como una gran figura trágica. Wilson tenía «un hermoso sueño» de paz y libertad universales, «el cual resplandecía en los cielos de todo el planeta para que sus pobladores lo contemplasen y creyesen en él, al menos por un tiempo»[13]. Ese sueño era semejante al de Holbrooke. Sin embargo, Wilson se mostraba mucho más moralista y rígido a la hora de hacerlo realidad. El fracaso de los planteamientos de Wilson terminó destruyéndolo, pero se redimiría cuarenta años más tarde gracias a un nuevo presidente y su secretario de Estado. Kennedy y Rusk eran más duros, más sofisticados y pragmáticos que sus predecesores, debido a los acontecimientos que se habían producido entre ambas generaciones. Sin embargo, actuaban dejándose guiar por la misma fe demócrata que Wilson, que puso a Estados Unidos en el lado correcto, y sin la cual solo sería otro país grande. Todo dependía de eso.

Holbrooke hizo el examen del Servicio Diplomático, lo aprobó y obtuvo una plaza en el curso de 1962, al tiempo que su otra vía profesional se cerraba inesperadamente: James Reston, columnista del *New York Times* y director de la oficina del periódico en Washington no le ofreció un puesto en el organigrama. En su opinión, los periodistas jóvenes debían pasar unos años aprendiendo el oficio en un periódico menor. No era ese el plan de Holbrooke. Así pues, se convertiría en el protagonista, en lugar de en el cronista.

Prestó juramento en el Instituto del Servicio Diplomático en julio de 1962, justo tres meses antes de la crisis de los misiles cubanos, ante el secretario de Estado Rusk, quien, para delicia de Holbrooke, le dedicó un ejemplar de la *Satow's Guide to Diplomatic Practice*, que iba por la cuarta edición: «A mi amigo Dick Holbrooke, con mi más afectuosa enhorabuena, en el día de su acceso a esta profesión, la mejor de todas»[14]. Holbrooke consiguió que la Secretaría de Estado lo invitara a él, junto con todos sus compañeros de promoción, a hacer una visita a las oficinas. Rusk los conminó a informar siempre contando la verdad, por muy impopular que esta resultase entre sus superiores. Y refiriéndose a aquella visita, dijo para finalizar: «Esto es probablemente lo más cerca que jamás estén ustedes de un secretario de Estado».

Holbrooke pensaba de distinta manera. Con veintiún años, era el más joven de su quinta. Hoy día en Estados Unidos nadie concibe que un joven de su edad lleno de ambición elija dedicarse a la diplomacia. Entonces las cosas eran distintas: ser emprendedor no era algo heroico y las empresas eran lugares rígidos y aburridos. Si uno no tenía lo que había que tener para ser escritor, deportista, estrella del cine o presidente de Estados Unidos, el único camino para alcanzar la grandeza era el de convertirse en estadista. En años posteriores, después de gozar de cierta celebridad, Holbrooke atribuiría esa elección a la llamada al servicio que Kennedy había hecho a toda su generación: «No preguntes qué puede hacer tu país por ti, sino qué puedes hacer tú por tu país». Una anécdota atractiva, pero apócrifa: si algo lo inspiró realmente fue la historia.

Me lo imagino muy bien: tan joven y tan viejo ya, alto y desgarbado. Traje de corte antiguo y corbata estrecha de principios de los sesenta, gafas gruesas de pasta y una sonrisa incipiente que traslucía una ironía traviesa y

todo el optimismo del estadounidense que salía a ese mundo en el que los estadounidenses podían hacer lo que quisieran. Se había comprometido con una chica de la Universidad Brown, o quizá no: en realidad no importaba. Iba a desempeñar su papel en una gran lucha, una auténtica guerra. Su primer destino fue Vietnam del Sur. Dos años. Estaba pletórico.

VIETNAM

¿Cómo podemos perder, con lo sinceros que somos?



Richard Holbrooke en Vietnam del Sur. Cortesía de Vladimir Lehovich.

I

Holbrooke aterrizó en Saigón una noche asfixiante y calurosa de principios de un verano marcado por el monzón. Bajó por la escalerilla hasta la pista y todo se hizo más vívido: el rumor de los motores del avión de Pan Am, el olor del queroseno y del asfalto mojado, el aire casi irrespirable. Esa intensidad en las sensaciones jamás lo abandonaría mientras permaneció en el país.

Vestía un traje recién estrenado de estilo tropical que había comprado en Hong Kong. Del mismo modo iba ataviado Vladimir Lehovich, amigo y compañero de clase en el Servicio Diplomático, que se incorporó a la vez que Holbrooke y con quien realizó su primer periodo de servicio en el país. Mientras aguardaban a que les entregaran el equipaje, un oficial estadounidense que los esperaba se dirigió a ellos: «Muchachos, quítense esos trajes», les dijo. «Cuando acudan a su puesto de trabajo mañana, recuerden: nuestro uniforme son las mangas de camisa[1]».

Aquellos años, antes de la ampliación que hicieron los estadounidenses, Tan Son Nhut no era más que un pequeño aeródromo civil. Había helicópteros H-21 de la Fuerza Aérea y aeronaves ligeras de Air America aparcadas bastante lejos de los aviones comerciales. Los oficiales vietnamitas parecían impasibles y ausentes, y sus uniformes blancos como si estuvieran recién planchados.

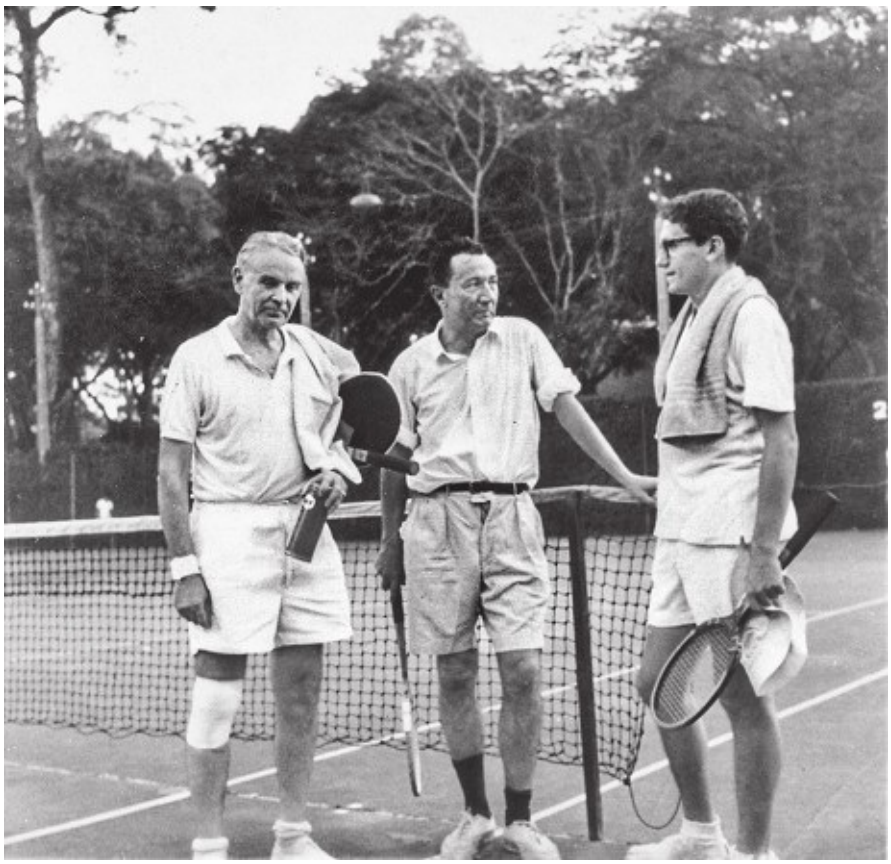
Había otras dos personas en aquella comitiva de bienvenida aeroportuaria: Anthony y Antonia Lake, alias Tony y Toni. Para distinguir a una mitad de la pareja de la otra, los amigos los llamaban Tony Ella y Toni Él. Tony Él también era de la promoción de 1962 del Servicio Diplomático, y se hallaba destinado en la embajada de Saigón. Toni Ella había estudiado vietnamita en el Instituto del Servicio Diplomático y lo hablaba mejor que cualquier hombre. Los Lake llevaban en la ciudad dos meses. De todos sus jóvenes compañeros, Holbrooke ansiaba trabar amistad ante todo con Lake. Y de todas las esposas estadounidenses de Saigón, disfrutaba sobre todo de la compañía de Toni. Los Lake pasaron a formar parte de la emoción de estar en Vietnam.

Desde el aeropuerto, condujeron hacia el sur dejando atrás mercados nocturnos y bulevares vacíos flanqueados de tamarindos y flamboyanes, hasta llegar al centro de la ciudad y la residencia oficial donde Holbrooke pasó la noche del 26 de junio de 1963.

Saigón seguía siendo un pequeño remanso de belleza, erigido según las directrices coloniales francesas —mansiones encaladas, parques, *boulangeries*, clubes nocturnos—, salvo por el hecho de que los franceses se habían marchado en 1954, tras perder su propia guerra de Vietnam. Llegaba ahora la guerra estadounidense, no obstante: dos años después daría comienzo la destrucción de Saigón tras aquel torbellino de todoterrenos, alambres de espino, tocones de árboles de sombra y soldados rasos que deambulaban por los bares de la calle Tu Do. Más tarde llegaría la avalancha de refugiados de guerra y los mutilados provenientes de campos y aldeas. En el verano de 1963, las camareras seguían hablando francés, en cualquier caso[2]. Las esposas de los diplomáticos no habían sido evacuadas todavía y seguían organizando meriendas de sociedad donde repartían tarjetas de visitas con los nombres y cargos de sus maridos impresos en huecograbado. Todo el mundo se marchaba a casa a mediodía a echar la siesta, momento en que las calles se llenaban de *tuktuks* y taxis marca Renault amarillos y azules[3]. A las seis, la embajada estadounidense echaba el cerrojo. La guerra estaba en otro lugar. El manual de la agencia Associated Press informaba a los corresponsales de esta manera: «Entre los clubes privados de Saigón figuran Le Cercle Sportif, con piscina y cancha de tenis; Le Cercle Hippique, para montar a caballo, y Le Club Nautique, para navegar; pero no remonten el río hasta muy arriba. Varios miembros del club han perdido la vida abatidos a tiros por el Vietcong»[4].

Parte del atractivo de Saigón era la remota posibilidad de que a uno lo mataran. Se podía conducir a primera hora hasta Mỹ Tho, en el delta del río Mekong, celebrar una reunión informativa, acompañar al ejército de Vietnam del Sur en unas maniobras, y regresar a tiempo para echar un partido de tenis en el Cercle y luego charlar un rato sobre el curso de la guerra ante un cangrejo hervido y una copa de vino francés en Le Diamant o ante un plato de comida china en el barrio de Cholon. La terraza del hotel Continental estaba protegida por una pantalla metálica para evitar atentados del Vietcong, que más de una vez había lanzado granadas a los extranjeros que tomaban café.

Los cruasanes estaban tan ricos como en París y, aunque *El americano impasible* se había publicado unos años antes, en 1955, uno podía imaginarse a Graham Greene sentado en aquella terraza, con sus espesas cejas, tomando notas para su salvaje y profético retrato de la mortífera inocencia de Estados Unidos.



Maxwell Taylor, Stewart Alsop y Richard Holbrooke en el Cercle Sportif de Saigón. Holbrooke Papers.

Holbrooke había pedido ir al Sudeste Asiático. Había leído a Hemingway y a Stephen Crane y quería ver una guerra, descubrir por sí mismo lo que era y quiénes tomaban parte en ella. Sin embargo, los grandes conflictos bélicos habían terminado. La única contienda en curso en 1963 era la de Vietnam. Los reportajes de David Halberstam publicados en el *New York Times* sobre la deteriorada situación militar en el delta del Mekong le habían dado que pensar antes de su partida, pero su preocupación principal, nacida a raíz de informaciones recibidas cuando aún estaba en Washington, era la de no llegar a Saigón a tiempo y que la guerra se hubiese ganado ya. En Vietnam del Sur había unos quince mil estadounidenses, la mayoría consejeros y asesores militares. Al cabo de unos pocos años, llegarían a ser medio millón; en

cualquier caso quince mil eran ya demasiados para Holbrooke, como si entre tantos compatriotas se fuese a diluir la experiencia. Habían muerto una cincuentena de ellos, cifra que también le pareció enorme.

Oficialmente, Holbrooke no sabía casi nada acerca de Vietnam. Este ha sido siempre el punto flaco de nuestro Servicio Diplomático: los otros países. Es difícil que los estadounidenses lleguen a interesarse en verdad por ellos; de hecho, cuanto más se interesa un diplomático por un país, peores son sus perspectivas profesionales. Es un fenómeno extraño en un país creado por inmigrantes llegados de todo el mundo. Diríase que, para convertirse en estadounidenses, los recién llegados deben olvidar el pasado. Hemos borrado ese inmenso repositorio de conocimiento sobre el resto del mundo y nos perdemos una y otra vez en el drama interminable de América la Excepcional. El resto de países nunca nos parecen del todo reales.

Para que se formaran, el Departamento de Estado había enviado a Holbrooke y a Lehovich a Berkeley, donde estudiaron el dialecto vietnamita del norte del país, en vez del que se hablaba en Saigón y el Delta. (Al llegar a Vietnam del Sur, de todos modos, Holbrooke se dio cuenta de que su nivel de vietnamita era nulo. Y no mejoró). Los cursos de especialización les fueron impartidos por expertos conocedores de Tailandia y Malasia que, en lugar de datos prácticos sobre agricultura y salud pública, les enseñaron un montón de tecnicismos de las ciencias sociales. Para rematar, les hicieron la advertencia absurda de que se mantuvieran alejados de la política vietnamita. A Holbrooke le pareció que la mayoría de sus colegas y profesores eran más bien mediocres, y que además lo sabían. En el examen final, un «test de personalidad», respondió la mayoría de las 575 preguntas sin molestarse siquiera en leerlas. Su evaluador criticó la influencia negativa que ejercía sobre Lehovich y predijo a Holbrooke una carrera profesional por debajo de las expectativas[5].

Entretanto Holbrooke leía cuanto caía en sus manos sobre contrainsurgencia: *Street Without Joy*, de Bernard Fall, y *Los centuriones, Communist Revolutionary Warfare* y *Los guerrilleros*, de Jean Lartéguy. Declaró su intención de convertirse en «el principal experto del Departamento de Estado (quizá el mayor especialista no académico de todo el puñetero mundo libre)»[6]. La contrainsurgencia era un asunto importante en la Casa Blanca. A los Kennedy les encantaba la imagen de los Boinas verdes

luchando contra la guerrilla en las junglas de Laos y el Congo, ganando a los comunistas a su propio juego en las fronteras del mundo libre, y haciéndolo con estilo. Aquello era muy propio de los Kennedy, más al menos que la disuasión nuclear, tan estática y tan sosa, de los años de Eisenhower. JFK pronunciaba discursos sobre «guerras limitadas» y asignaba millones de dólares a los paramilitares de la CIA y las Fuerzas Especiales. Por su lado, Robert Kennedy, fiscal general del Estado, presidía además un grupo de máximo nivel, el Especial de Contrainsurgencia. Todo parecía muy prometedor, salvo por el hecho de que se olvidaron de tener en cuenta al gobierno de Vietnam del Sur, la típica cosa que el gobierno estadounidense pasaba por alto. Antes de que lo enviaran a Vietnam, Holbrooke y unos pocos compañeros de promoción representaron una especie de sainete cómico como parte de su formación en contrainsurgencia titulado «La modernización del Mekong»[7]. En él, Tony Lake interpretaba al embajador estadounidense y Holbrooke a su asesor político, y aparecían también guerrilleros del Vietcong, comunistas chinos e incluso «una elegante camarera de ojos rasgados envuelta en sedas», pero ni un miembro del gobierno local, al que los estadounidenses pretendían salvar. De no haber sido todos tan jóvenes y vehementes, los estudiantes de la promoción de 1962 se habrían tomado aquel número cómico como un mal augurio.

El Departamento de Estado asignó a Holbrooke a la Agencia de Desarrollo Internacional (AID), la cual lo destinó a su oficina en Saigón, la llamada Misión de Operaciones de Estados Unidos (USOM, por sus siglas en inglés). (Los asesores militares dependían del MAAG, el Comando de Asistencia Militar de Vietnam era conocido como MACV, la oficina de información trabajaba para USIS: la proliferación de siglas comenzó años antes de la llegada de las tropas de tierra). En el seno de la USOM había una pequeña entidad bastante *sui géneris* conocida como Asuntos Rurales: los que iban en mangas de camisa a modo de uniforme.

Para un joven diplomático, Asuntos Rurales era un sitio extraño donde aterrizar. Nadie había oído hablar de ese organismo. Holbrooke y Lehovich serían los primeros funcionarios del Servicio Diplomático en trabajar en cooperación sobre el terreno. Se codearían con campesinos en los bastiones del Vietcong, donde se libraba la guerra real y repartirían bulgur, cemento, fertilizantes y alambre de espino. Eran solteros, así que se los consideraba

relativamente prescindibles. Se trataba de un experimento temprano en técnicas de contrainsurgencia.

Dirigía Asuntos Rurales un virginiano de larga zancada llamado Rufus Phillips, que había pasado por Yale, la CIA y la División de Operaciones Psicológicas del ejército (PSYOP). Phillips solo tenía treinta y tres años, pero ya lo envolvía un manto místico, entre otras cosas por ser el protegido de un gran nombre de la contrainsurgencia estadounidense, el coronel Edward Lansdale. Tampoco sobre este sabía Holbrooke demasiado. Fue a Vietnam pensando que su apellido se escribía «Landsdale», que en él se inspiraba el protagonista de una famosa novela y que «se había involucrado en cierta medida en la labor de Estados Unidos en Vietnam»[8]. De un modo u otro, el fantasma de Lansdale lo impregnó todo ya desde la primera mañana en que Holbrooke trabajó en Asuntos Rurales.

Esta es una historia muy particular de la guerra. No voy a relatarla entera: cómo los franceses perdieron sus colonias en Indochina, cómo retomamos aquel conflicto dándole forma de guerra contra el comunismo, cómo todos los presidentes desde Truman hasta Ford hicieron un asunto de Estado el mantener a Vietnam del Sur a salvo del poder rojo, cómo todos y cada uno de los esfuerzos estadounidenses exigieron subsiguientes esfuerzos aún mayores, debido a que jamás nos interesamos por aprender historia y nunca entendimos en qué estábamos metiéndonos. Esta parte de la historia no es la que más me interesa ahora mismo. Si los lectores no la conocen, puedo recomendarles media docena de libros excelentes al respecto[9]. Lo que me interesa contar, más en concreto, es en qué se había metido el joven Dick Holbrooke y por qué en un primer momento la situación le pareció halagüeña.

Lansdale era un publicista de Detroit que había vivido en California. Lucía bigote recortado y hacía gala de modales discretos. Había prestado servicio en la Oficina de Servicios Estratégicos durante la Segunda Guerra Mundial y después fue oficial de inteligencia de las Fuerzas Aéreas, donde trabajó mano a mano con la CIA. Su especialidad era la guerra psicológica. Era uno de esos personajes típicos del siglo americano, surgido como respuesta a una de las necesidades básicas planteadas por la guerra fría. Los grandes estrategas, como Kennan, inventaron desde Washington la política de contención del comunismo, pero alguien tenía que ponerla en práctica en lugares extraños y

peligrosos. Y así fue como este tipo cordial, con acento del Medio Oeste, pero leve, y mucha mano izquierda para el muy estadounidense arte de las relaciones públicas se convirtió en nuestra versión nacional de Lawrence de Arabia. Lansdale tenía cierto talento para ganarse a los líderes extranjeros, que le otorgaban el privilegio de su confianza tras haber protagonizado este auténticas hazañas y haberlos guiado con paciencia según el rumbo deseado, después de escuchar sus confidencias: era el hombre que susurraba a los poderosos del mundo. Lo opuesto al típico estadounidense vocinglero y rudo que entra en otro país como quien entra en una casa pateando la puerta, trata de enderezar las cosas a palos y se larga dejando tras de sí un reguero de caos. Lansdale sembraba el caos también, pero de manera mucho más sofisticada.

A principios de la década de 1950, Lansdale obtuvo gran éxito al ayudar al ejército filipino a derrotar a la guerrilla comunista. Lansdale tocaba la armónica con los lugareños en el campo y cantaba sus canciones populares. Su siguiente parada fue Saigón, justo después de la derrota francesa en Dien Bien, en 1954. «Haz lo que hiciste en las Filipinas», le dijeron[10]. Los Acuerdos de Ginebra que pusieron fin a la primera guerra de Indochina habían dividido Vietnam a lo largo del paralelo 17. En el norte, los comunistas de Ho Chi Minh fueron proclamados héroes de la nación por haber derrotado a los franceses. Vietnam del Sur quedaba como un resto colonial, dirigido por un emperador donjuán que pasaba la mayor parte del año en su castillo de la Riviera Francesa. A duras penas podría llamársele país a ese territorio. Lansdale se propuso darle esa categoría.

Creó su propio equipo clandestino de inteligencia, formado por diez hombres, entre ellos Rufus Phillips[11], que llevaron a cabo operaciones de sabotaje encubiertas al norte del paralelo 17: zulos con armas, falsificación de documentos, vehículos inutilizados al echar azúcar en el depósito, octavillas que hablaban del futuro que estaba por llegar… Lansdale se encargó en persona de tratar en Saigón con el primer ministro elegido por el emperador: Ngo Dinh Diem. Los Ngo eran una familia de mandatarios católicos provenientes de la pequeña ciudad de Huế. Con la división del país, casi un millón de vietnamitas católicos del norte huyeron hacia el sur, un vasto éxodo que supuso una reestructuración social en Vietnam del Sur. Los católicos refugiados se convirtieron en el principal apoyo urbano de Diem, tanto en el ejército como en la función pública. La mayor parte de ellos trataban con

cierta superioridad a los campesinos budistas que tenían bajo su mando. Al mismo tiempo, cincuenta mil soldados comunistas se retiraban hacia el norte, dejando tras de sí muchos efectivos, las semillas de la futura insurgencia.

Diem tenía un historial inmaculado gracias al colaboracionismo con los franceses, pero por lo demás no era ni mucho menos el mejor candidato a convertirse en el George Washington de Vietnam del Sur. Había hecho voto de castidad, era bajito y rechoncho y vestía por lo común trajes cruzados de zapa, de los que le sobresalía la tripa. Caminaba como un pingüino y llevaba el espeso pelo negro peinado hacia atrás, con raya en medio. En cualquier caso, la lucha contra el norte comunista necesitaba un líder y una causa, así que Lansdale se sentaba en el despacho de palacio y escuchaba a Diem durante horas, mientras este encadenaba un cigarrillo con otro, que apagaba casi al instante de encenderlos, y peroraba sin descanso gracias a su saber enciclopédico de la historia y cultura vietnamitas. Ningún extranjero salvo Lansdale era capaz de soportar aquello. Charlaban en un camarín de su dormitorio, tan pequeño que las rodillas de ambos hombres se rozaban. Gracias a su sensibilidad y empatía, Lansdale captaba los destellos de humor ácido en los ojos de Diem. Este era un apasionado de la fotografía; Lansdale lo ayudó a montar un cuarto oscuro. Al final, el estadounidense se ganó su confianza y se convirtió en la única persona ajena a la familia del líder que gozaba de semejante privilegio. Diem llegó a invitarlo a vivir en palacio. Lansdale declinó la oferta, pues prefería moverse entre bastidores, desde donde se descabezaban los golpes de Estado y se fichaba a rivales del gobierno. Diem, por su lado, aplastaba sectas religiosas y las bandas criminales conspiraban contra él. En 1955, ganó al emperador en las elecciones a la jefatura del Estado con un noventa y ocho por ciento de los votos, gracias a un tongo monumental, y Vietnam del Sur se convirtió en república. Por fin Estados Unidos le echaba el guante a un socio anticomunista en Vietnam.

¿Y cuál era la causa común? La democracia y la autodeterminación, claro. Lansdale creía que Vietnam del Sur no podría resistirse a la llamada del comunismo si no contaba con un ideal positivo al que aspirar. La única manera de imponerlo era dar a la población rural una visión distinta de las cosas: la verdadera guerra popular era la guerra por la libertad. Instó a Diem a pernoctar en las aldeas infestadas de mosquitos, a mirar a los campesinos a

los ojos, a aprobar una reforma agraria y a poner al ejército a trabajar en la construcción de escuelas. Mientras Lansdale estuvo a su lado, Diem aceptó sus consejos. Al estadounidense se le ocurrió encargar una versión vietnamita de la obra *El sentido común* de Thomas Paine[12]. Lansdale creía en la universalidad de la Declaración de Independencia y la Carta de Derechos estadounidenses, y de cuando en cuando pedía a sus asistentes que se las leyeran para refrescar esa inspiración. La simpatía de Lansdale por los asiáticos se cimentaba en el convencimiento de que ellos y los estadounidenses eran hermanos.

Existe una delgada línea que separa el hecho de tener amigos del país y preocuparse por sus problemas, y el de dedicarse a pensar para dichos problemas soluciones con sello netamente estadounidense. Justo aquí hallamos la contradicción fundamental, en el inicio del gran enredo; una contradicción que jamás se resolvería porque estaba instalada en el mismo corazón del proyecto: los estadounidenses presionaban a los sudvietnamitas para que construyesen un nuevo país (vagamente modelado a partir del nuestro, pues eran nuestros hermanos). Sin embargo, mientras mantuviésemos esa presión, aquel país no sería suyo. Y si dejábamos de aplicarla, el proyecto de país se derrumbaría.

Nadie como Lansdale podía dar a la causa una pátina de autenticidad y nobleza. Tras dejar Asia, en 1956, se convirtió en una leyenda de la guerra fría. En él se inspira de forma indisimulada el personaje del coronel Edwin Hillandale, uno de los oficiales buenos de la novela superventas *The Ugly American*, de 1958, llevada al cine con el título *Su excelencia el embajador* y con Marlon Brando de protagonista. La acción se desarrollaba en un país ficticio del Sudeste Asiático y el mensaje que se colegía de ella era que para vencer a los comunistas hacía falta escuchar más y menos sentar cátedra. *The Ugly American* era una de las novelas favoritas del entonces senador John F. Kennedy, quien regaló un ejemplar a todos y cada uno de sus colaboradores. Kennedy llamaba a Lansdale «nuestro equivalente a James Bond», elogio insuperable viniendo de quien venía. Durante el primer mes de su presidencia, Kennedy llamó a Lansdale a la Casa Blanca y le pidió que regresara a Saigón como embajador[13].

Sin embargo, el puesto al final no se lo llevó Lansdale. Holbrooke había oído un rumor según el cual a Dean Rusk le gustaban tan poco los

heterodoxos métodos de aquel, que había amenazado con dimitir si se le nombraba embajador. Lansdale, en efecto, también tenía detractores en el Pentágono[14]. Los analistas de datos que trabajaban bajo el mando de Robert McNamara juzgaban demasiado blanda su manera de entender la guerra. McNamara pensaba que lo único real eran los recuentos de cadáveres, mientras que lo que Lansdale llamaba el «factor X» —a saber, el sentir del pueblo vietnamita— era algo incuantificable y por tanto irrelevante. Así pues, Kennedy tuvo que retirar la oferta y puso a Lansdale al cargo de la Operación Mangosta, la retorcida y fútil maniobra para asesinar a Fidel Castro.

Había estadounidenses que pensaban que, si al final Lansdale hubiese ocupado el puesto de embajador en 1961, la guerra habría tenido un desenlace distinto. Eso opinaba Rufus Phillips, el cual se había mostrado del lado de Lansdale en Saigón durante la década de 1950, cuando era un joven teniente del ejército, grande, rubio y muy entregado; más tarde trataría de aplicar los principios de Lansdale en Laos, con la CIA. En 1962, Phillips fue enviado de vuelta a Vietnam como sustituto de su mentor, quien lo había recomendado a Kennedy. Llegó en aquel septiembre para dirigir un órgano de su propia creación, la Oficina de Asuntos Rurales y Contrainsurgencia.

Se cumplían cuatro años de insurgencia del Vietcong, que ganaba terreno en todo el sur, sobre todo en el bajo delta del Mekong. El ejército sudvietnamita y sus asesores estadounidenses intentaban librar una guerra convencional —movimientos de tropas en helicóptero, grandes unidades que peinaban aldeas, bombardeos y andanadas de artillería— contra una guerrilla que se confundía con la población de día y se apropiaba de la jungla de noche. El régimen era cada día más impopular, pues el corrupto Diem se aislaba más y más y, tras haber arrestado a cada uno de sus oponentes, concentraba todo el poder en palacio. Ngo Dinh Nhu, el inteligente y paranoico hermano de Diem, azuzaba el autoritarismo de este y cercenó la comunicación con cualquier elemento externo, al tiempo que la policía secreta aterrorizaba a la población. Los estadounidenses urgían a Diem para que emprendiera reformas, pero si este ofrecía alguna resistencia, daban un paso atrás. En lugar de insistir, Washington decidió enviar barcos y barcos cargados de helicópteros, cazas y miles de asesores militares, y mostrarse optimista. La política de Kennedy era impedir que Vietnam del Sur cayera en manos del comunismo y mantenerlo apartado de las primeras páginas de los periódicos hasta su reelección.

Rufus Phillips conocía a más oficiales y políticos vietnamitas que cualquier otro estadounidense. Llegó cargado con la responsabilidad que en él había depositado Lansdale y con diez millones de dólares en efectivo bajo el brazo, autorizados en persona por Kennedy, que Phillips convirtió en piastras. La idea era puentear la burocracia estadounidense y las corruptelas vietnamitas colocando a un civil estadounidense en cada provincia. Estos civiles convivirían con los lugareños y se encargarían de averiguar qué necesitaban. Contarían con dinero contante y sonante para excavar pozos, cultivar nuevas variedades de arroz y emprender otros proyectos de ese cariz. Ese era el método Lansdale para luchar contra el comunismo. Phillips y su equipo esperaban con ansia el día en que el gran hombre regresara en persona al rescate de Vietnam del Sur.

Asuntos Rurales era el motor del dinamismo estadounidense; eso es lo que querían transmitir las mangas de camisa. La moral era alta y las reglas se pasaban por alto. El personal sobre el terreno estaba integrado por voluntarios, un equipo improvisado de funcionarios y profesionales ajenos al gobierno, muchos de ellos antiguos miembros del viejo grupo de Lansdale: exespías, oficiales retirados, expertos en desarrollo rural, gente del Cuerpo de Paz. Había un coronel filipino que se había hecho cierto nombre hostigando a la guerrilla comunista en la isla de Luzón. Algunos de los de más edad llevaban tanto tiempo dando tumbos por Extremo Oriente que ya no podían vivir en Estados Unidos. Eran anticomunistas de los buenos: tenían amigos vietnamitas, hablaban un poco el idioma y les gustaba viajar a los pueblos remotos. Todos sentían devoción por el carismático Phillips, el astuto jefe de sonrisa anodina, cuyo pasado en la CIA y buena mano con Diem hacían sospechar que sabía mucho más de lo que dejaba entrever. Esos hombres creían a pies juntillas en su misión y trabajaban día y noche, con calor y humedad, para cumplirla. El manual de Asuntos Rurales declaraba que el objetivo de la oficina era «dar a la población vietnamita una razón por la que arriesgar la vida» y «ayudarlos a hacer realidad sus sueños de una vida mejor»[15]. Esa era la única manera de ganar una guerra revolucionaria. Las frases clave eran «autoayuda», «acción civil», «la gente primero», «corazones y mentes», «la otra guerra». Todo ello con una única idea: «pacificación».

Hoy día es imposible leer estas palabras sin negar con la cabeza en silencio. Algunas han adquirido una connotación siniestra. Quizá en la actualidad los lectores también nieguen con la cabeza al oír los nombres de Edward Lansdale y Rufus Phillips: las ilusiones, los ideales elevados. Ambos pertenecían a cierta clase de estadounidenses. Quizá les hagan pensar en estas palabras de *El americano impasible*: «Jamás conocí a un hombre que tuviera mejores motivos para causar todos los problemas que causó»[16]. Greene ya había terminado su novela cuando Lansdale recaló por Saigón la primera vez, en 1954, pero muchos siguen creyendo que inspiró el personaje de Alden Pyle, el ingenuo y despiadado americano del título, quien llega a Vietnam atraído por numerosas ideas nobles sobre la democracia y la «tercera fuerza» y termina provocando la muerte de mucha gente. Dios mío, a Greene le repugnaban los estadounidenses. Nuestros baños tenían aire acondicionado y nuestras mujeres usaban desodorante y nosotros, los estadounidenses, éramos demasiado superficiales para distinguir el mal del bien. El de Green era una versión católica e izquierdista del típico esnobismo de la clase alta británica. Siempre he creído que Orwell había calado a Greene cuando habló del «culto al pecador santificado», en que «no hay nada más distinguido que condenarse; el infierno sería una especie de club nocturno de clase alta»[17]. Debo reconocer, no obstante, que Greene supo ver cosas importantes en Vietnam. Su vehemencia lo volvía clarividente.

A principios de los años sesenta, todos los estadounidenses de Saigón leyeron *El americano impasible*. Admiraban el estilo literario de la novela, anhelaban una novia vietnamita como Phương, que les llenase la pipa de opio, y restaban importancia a la advertencia que contenían sus páginas. «Nos sentábamos en los pequeños cafés franceses y hablábamos sobre el libro de Greene», contaría David Halberstam más tarde, «la mejor novela sobre Vietnam. […] Únicamente el retrato de la siniestra inocencia del americano sembraba algunas dudas que nos hacían sentir un poco incómodos»[18]. Lake lo leyó durante un vuelo, pero nunca se preguntó si el personaje de Alden Pyle —oriundo de Nueva Inglaterra y graduado en Harvard— podría estar inspirado en él. Pyle era ridículo y decía cosas absurdas, pero para Lake se trataba más bien del cinismo y las sandeces propias del colono. Los estadounidenses no querían mandar en ese lugar: estaban allí para ayudar al pueblo de Vietnam del Sur a defenderse de la agresión comunista, para que la

guerra no tuviera que librarse en Bangkok o Honolulú. Holbrooke se leyó la novela en una noche antes de llegar a Vietnam: «No es demasiado buena ni demasiado mala. Tampoco es que hable de mí…»[19].

Es fácil ver el autoengaño. No obstante, tratemos de desenmarañar los acontecimientos que llegaron después: marines que prendían fuego a techumbres de paja con mecheros Zippo, zonas de fuego a discreción, napalm, la ofensiva del Tet, la masacre en las fosas de Mỹ Lai, la paz con honor, los Jemeres Rojos, *Apocalypse Now* y *Platoon* y el granito negro del muro de los Caídos en Vietnam, el hecho de que hoy cualquiera pueda sentarse al atardecer en el agradable bar de la azotea del céntrico hotel Rex, en Ciudad Ho Chi Minh, con una cerveza Saigon Export, y contemplar el decrépito bloque de apartamentos desde cuya azotea despegó uno de los últimos helicópteros con vietnamitas a bordo, el 29 de abril de 1975, y que en los altavoces del bar suene «Seasons in the Sun», la canción de Terry Jacks que apareció un año antes de la caída de Saigón, como para recordarnos que la guerra fue un espejismo delirante, que nada de aquello debería haber ocurrido.

Rebobinemos y regresemos a 1963. No había ningún funcionario del gobierno de Estados Unidos que no estuviera convencido de que debía frenarse el comunismo en Vietnam. Lo creían incluso los reporteros estadounidenses en Saigón, que a diario arrojaban luz sobre los fracasos y las mentiras de la campaña bélica. Años más tarde, Holbrooke preguntó a uno de los mejores de aquellos: «¿Recuerdas a alguno de nosotros sentado y discutiendo si las metas básicas de la guerra tenían o no razón de ser?». Neil Sheehan respondió: «No»[20].

En el verano de 1963, los dos lugares donde los jóvenes estadounidenses debían estar eran Vietnam del Sur o el sur de Estados Unidos, para luchar por la libertad, ya fuese en el extranjero, ya fuese en casa. Holbrooke escribió desde Saigón a su hermano Andy, que estaba terminando la escuela secundaria:

> La lucha que libran los negros es realmente la lucha por Estados Unidos, por los principios que nos enseñaron en la escuela y demás. Si puedes ayudar en esa lucha, aunque sea un poquito, formando parte de los piquetes o como un inocente detenido más, sentirás para siempre que participaste en la gran lucha, que cumpliste con tu parte. No sé si te das cuenta o no, Andy, pero si yo estuviera en casa ahora, estoy seguro de que me habría implicado de alguna manera en cuanto está ocurriendo[21].

Uno podía apoyar a los estudiantes negros de Birmingham, Alabama y también la guerra en los arrozales, y creer que de ambas maneras estabas siendo leal a Estados Unidos. Vietnam seguía siendo un lugar para idealistas. No tenían nada que ver con los diplomáticos de la embajada ni con los asesores militares que mandaban volar unidades vietnamitas en operaciones inútiles que se llevaban por delante aldeas enteras. Los discípulos del gran Lansdale se consideraban los únicos que sabían cómo librar aquella guerra. Holbrooke encajó perfectamente entre ellos.

II

En la escala que hicieron en Tokio camino de Vietnam, Holbrooke vio la fotografía que había aparecido en las portadas de los periódicos de todo el mundo: un anciano monje budista sentado en la posición del loto en las calles de Saigón con las manos en actitud de rezo y consumido por el fuego. Un halo de llamas coronaba la cabeza afeitada de aquel hombre igual que si fuese una divinidad. Holbrooke no tenía ni idea de cómo interpretar aquel suceso.

El mes anterior unos monjes budistas se habían manifestado en la antigua ciudad imperial de Huế para protestar contra la prohibición oficial de ondear su bandera durante el aniversario de Buda. Las fuerzas del gobierno habían disparado contra la muchedumbre y matado a nueve personas. El hermano de Diem, Ngo Đình Nhu, controlaba a la policía secreta que mató a los manifestantes, pero Diem culpó al Vietcong y arreciaron las maniobras para sofocar las protestas budistas, las cuales se extendieron a Saigón.

El 11 de junio, varios centenares de bonzos y monjas budistas se abrieron paso, entonando cánticos y portando pancartas en vietnamita e inglés, hasta la concurrida intersección situada frente a la embajada camboyana, a unas pocas manzanas del palacio presidencial. Un monje de avanzada edad llamado Thích Quảng Đức salió de un Austin Westminster de color celeste que encabezaba el desfile y se sentó sobre un pequeño almohadón que había colocado previamente en el suelo, en mitad del cruce[22]. Dos monjes más jóvenes sacaron una lata de gasolina del coche y vertieron el contenido sobre la cabeza y la túnica del monje. A continuación, este encendió una cerilla y se prendió fuego.

Sus facciones se arrugaron por el dolor, pero su cuerpo, casi de un modo milagroso, se mantuvo en posición orante. Los monjes y las monjas que ocupaban el cruce rompieron a llorar y a gimotear, y muchos se tiraron al suelo. Un monje pertrechado de un megáfono entonó una letanía en inglés: «Un monje budista se quita la vida prendiéndose fuego, un monje budista se convierte en mártir». Un humo negro y aceitoso colmó el aire del hedor de la carne humana quemada y Malcolm Browne, de Associated Press, al que habían chivado que algo gordo iba a ocurrir durante la manifestación, estuvo

haciendo fotos sin descanso, tratando de no ceder ante el horror. Por fin, el cuerpo achicharrado del monje se desplomó hacia un lado.

La fotografía que Browne tomó del momento de la ignición se propagó a velocidad de vértigo por el mundo entero. Al presidente Kennedy lo pilló en la cama, esa misma mañana: «Dios santo», exclamó, según cuentan[23].

Finalizada su primera jornada en Saigón, Holbrooke salía de Asuntos Rurales para emprender el camino de vuelta a su cuartel general temporal, cuando reparó en una muchedumbre que, en fila india, entraba en una pagoda situada al otro lado del muro que rodeaba el edificio donde se encontraba su despacho, a la vuelta de la esquina del lugar en que se había inmolado Thích Quảng Đức[24]. La pagoda de Xá Lợi era el templo más importante de Saigón, un característico edificio de nueva construcción hecho de hormigón empedrado de cantos rodados pintados de rojo y amarillo. Holbrooke decidió esperar a ver qué ocurría. Siguió a la fila de peregrinos hasta la parte de atrás del santuario. En el altar, descansaba un cáliz de cristal que contenía un objeto ennegrecido, con aspecto de carne reseca. A Holbrooke le pareció un trozo de hígado quemado; en realidad, se trataba del corazón del monje. El corazón había sobrevivido intacto al suicidio ritual y a la subsecuente cremación, y, ahora, dos semanas más tarde, era venerado como una reliquia sagrada.

Unirse a la multitud de la pagoda era más propio de un periodista que de un joven diplomático recién incorporado a su destino en un país extranjero. Sin embargo, Holbrooke no pudo sino dejarse llevar por su curiosidad. De inmediato cayó en la cuenta de que los peregrinos de Xá Lợi estaban expresando una opinión política al venerar el corazón del monje: era una protesta contra un régimen represivo. Aunque Holbrooke no comprendía aquello en todos sus pormenores, acababa de ser testigo de los primeros indicios que señalaban que el régimen estaba cerca de derrumbarse.

En su segunda jornada, Holbrooke salió de Saigón en coche, como acompañante de uno de los asesores de Phillips en Asuntos Rurales, un tipo intenso y correoso llamado George Melvin[25].

Melvin manejaba los fondos de cooperación para las provincias controladas por el Tercer Cuerpo del ejército, a saber, la región situada entre Saigón y el altiplano interior. Era uno de los pocos hombres de Lansdale que quedaban sobre el terreno. Teniente coronel retirado, pertenecía oficialmente al Cuerpo de Comunicaciones, pero es probable que fuera un elemento activo

de inteligencia, como la mayor parte del equipo de Lansdale. Melvin rondaba los cincuenta, aunque a Holbrooke le pareció mayor. Llevaba muchos años en Oriente y había visto mucha guerra. Mientras viajaban hacia el norte por la ruta 13 —la «Ruta de la Sangre», llamada así por los ataques del Vietcong contra vehículos estadounidenses— dejaron atrás varios coches accidentados a causa de las minas, y kilómetros y kilómetros de arrozales que Holbrooke veía por primera vez. Durante aquel trayecto Melvin dio comienzo a la formación de Holbrooke en los claroscuros de la lucha contra el comunismo.

Según Melvin, a lo largo del desempeño de sus funciones, Holbrooke oiría e incluso haría varias cosas que jamás querría contar a nadie. Otras cosas no las entendería, otras no debería saberlas, por otras no debería preguntar. Había cosas, en efecto, que se inscribían en el lado oscuro de la lucha y era mejor ocultar a los superiores. Para Melvin, el embajador estadounidense ideal era «un tipo medio muerto, con la fuerza justa para firmar los papeles que le pongamos delante». Melvin odiaba a los burócratas casi tanto como a los comunistas. Se había retirado del ejército porque no soportaba los papeleos y tejemanejes de los cuarteles. La guerra había que ganarla sobre el terreno, a través de la reforma agraria y de esas cosas de las que según Melvin era mejor no hablar. «Tenemos que tratar de mantener al Vietcong alejado de lo revolucionario», repetía una y otra vez. No había otra alternativa a la victoria.

Una noche, en un pueblo limítrofe con Camboya, Melvin refirió su primer encuentro con el comunismo. Fue en Chicago, en la década de 1930, cuando trabajaba para un tipo que resultó pertenecer a una organización obrera. Melvin encontró un plano del alcantarillado de Chicago y se dio cuenta de que los comunistas estaban planeando destruir la ciudad. En una visita a un aeródromo situado en otra provincia, Melvin explicó a un miembro del gobierno local, un comandante apellidado Minh, que la supuesta brecha entre la China roja y la Unión Soviética era un montaje: Moscú daba las órdenes y Pekín las cumplía, y Hanói era un títere de ambos. El comandante Minh, cuyos fondos dependían de la firma de Melvin, se mostró completamente de acuerdo.

Holbrooke no había conocido a nadie como George Melvin en la Universidad Brown ni en el *New York Times* ni en el Departamento de Estado. El celo de Melvin lo intimidaba un poco y sus métodos le parecían terroríficos, aunque no lo suficiente para no disfrutar de la compañía de aquel

hombre mayor que él. Tampoco quiso privarse de hacerle las preguntas que el propio Melvin le había aconsejado que no hiciera.

Durante el resto de aquel verano, Holbrooke no paró de viajar. Siguiendo los pasos de Melvin, visitó decenas de proyectos de Asuntos Rurales a lo largo y ancho del país. Junto con sus compañeros, remontó ríos y atravesó pantanos en barcazas armadas y cayucos. Volaron entre las montañas en avionetas de seis plazas de Air America camufladas, sobrevolando en círculo los aeródromos hasta que aparecía una escolta armada en tierra, y aterrizando a continuación en una pista cubierta de maleza, literalmente escarbada en la jungla. Cuando hacía mal tiempo, volaban por debajo de los trescientos metros siguiendo los desniveles del terreno para evitar estrellarse contra las laderas. Si tocaba visitar áreas con gran presencia del Vietcong, volaban a treinta metros de altura para esquivar el fuego antiaéreo. En unas cuantas ocasiones, les dispararon y no se dieron cuenta hasta que una vez en tierra vieron los impactos de bala en el fuselaje. Una vez, pasaron los mandos a Holbrooke, que pilotó la aeronave entre la frontera de Camboya y el mar de China Meridional. Se sintió invulnerable, como un esquiador de descenso: «La terrible verdad que nadie quiere reconocer es que la guerra resultaba divertida a los más jóvenes; al menos, lo era para los periodistas y civiles, y para los militares que no estuvieran destinados en unidades de combate o en un helicóptero. El resto de soldados apenas corrían riesgo de resultar heridos de gravedad, a menos que tomaran alguna decisión estúpida»[26].

En la localidad costera de Nha Trang, Holbrooke conoció a miembros de la etnia que los franceses llamaban *montagnards*, a quienes el ejército de Vietnam del Sur había obligado a abandonar su lugar de origen, el altiplano infestado de guerrilleros del Vietcong[27]. El ejército había quemado sus casas y sus animales y los había desplazado e instalado en asentamientos precarios donde la disentería estaba acabando con ellos. Aquella medida formaba parte del llamado Programa de Aldeas Estratégicas. La idea era alejar a la población de la guerrilla y desecar así el mar en que los guerrilleros se movían como pez en el agua. En los pantanos al sur de Saigón, Holbrooke conoció por casualidad al padre de aquella idea, *sir* Robert Thompson, experto británico en contrainsurgencia. En la década de 1950, Thompson había fortificado aldeas para ayudar a derrotar a la insurgencia comunista de etnia china en Malasia. Con el asesoramiento de Thompson y el dinero de la

CIA, el régimen de Diem trabajaba en esa línea lo más rápido posible, cavando fosos, instalando alambradas de espino y afiladas estacas de bambú en torno a miles de aldeas de todo el sur, donde además creó grupos locales de autodefensa. Estas maniobras exigieron, en consecuencia, echar a cientos de miles de campesinos de sus tierras ancestrales. Dirigía el programa Nhu, el hermano de Diem.

La misión de Asuntos Rurales era proveer ayuda a las aldeas y convertirlas en puestos de avanzadilla de la democracia local. Sin embargo, el Vietcong continuó realizando incursiones nocturnas en que asesinaban a los jefes designados y quemaban las casas: ciento treinta y siete ardieron únicamente en una aldea de la provincia de Bình Dương y solo en esa misma semana de agosto en que Holbrooke conoció a Thompson[28].

Holbrooke quería que lo asignaran a una provincia levantada en armas, como Bình Dương. No sabía si el Programa de Aldeas Estratégicas estaba funcionando o no: dudaba, sea como fuere, de que la miseria en que vivían sumidos los *montagnards* los hubiese acercado al gobierno, pero estaba convencido de que la violencia que se sufría en esa provincia sería un tiro por la culata para el Vietcong. Tampoco sabía Holbrooke si la guerra se estaba ganando o perdiendo. La paz no llegaría antes de que tuviera la oportunidad de vivir en persona un combate en el frente, no le cabía duda. Vietnam no le resultaba tan hermoso como a sus compatriotas. Le pareció un país cruel y triste. Pero se dejó devorar por él de un solo bocado.

Un día de principios de julio, Holbrooke se presentó ante la puerta de un apartamento situado cerca de la calle Tu Do, en el centro de Saigón, a dos manzanas del río. En la atestada mesa de la cocina del piso descansaban, una en cada extremo, las máquinas de escribir de los periodistas David Halberstam y Neil Sheehan[29]. De la pared colgaba un mapa plastificado de todo el Sudeste Asiático, donde Sheehan iba anotando las batallas con un lápiz de ojos. El apartamento pertenecía a sus empleadores, la agencia United Press International. Sheehan dormía —cuando tenía tiempo— en un cuartucho sin ventanas. La única ventana que daba a la calle tenía cristales e invitaba a una entrega a domicilio de un poco de *plastique* —el apelativo con que los franceses aludían a los explosivos plásticos— de parte del Vietcong o, más probablemente, cortesía del régimen de Diem.

Halberstam, representante del *New York Times* en Saigón, trabajaba en comandita con Sheehan desde que en enero ambos presenciaran una gran batalla al suroeste de Saigón, en una aldea llamada Ấp Bắc. Eran dos periodistas ferozmente competitivos que no llegaban a la treintena y que cooperaban porque, en una ciudad como Saigón y en 1963, era evidente que se necesitaban uno a otro. A Halberstam le hacía falta un amigo y una línea de teléfono; era un par de años mayor que Sheehan, le sacaba dos dedos de altura y hablaba unos pocos decibelios más alto. Este trabajaba en solitario para una agencia de noticias bastante tacaña que siempre le andaba a la zaga a AP y su nutrida plantilla —la cual tenía su sede a seis manzanas, en la calle Pasteur— y estaba necesitado de un colega de profesión. Así pues, aunaron fuerzas, compartieron chivatazos y consejos y se ayudaron uno a otro.

Los periodistas de Saigón hacían cosas peligrosas, jamás vistas en la historia del periodismo estadounidense. Se vieron metidos en mitad no de una, sino de dos guerras: la que ellos cubrían —ese disimulado y confuso intercambio de fuego con el Vietcong en zonas rurales— y el enfrentamiento, más crudo y arriesgado, con los altos mandos militares estadounidenses en Saigón, los cuales anunciaban un éxito operativo tras otro, cuando ellos sabían muy bien que la guerra iba escorándose poco a poco hacia la derrota estadounidense. Ni Halberstam ni Sheehan habían acudido a Vietnam a desafiar a la autoridad, y su objetivo no era reformular el periodismo estadounidense en un papel antagonista, pero acabaron haciendo eso mismo. Sheehan acababa de salir del ejército; Halberstam llevaba el pelo negro cortado a lo militar. Ambos eran producto de los años cincuenta: graduados en Harvard y patriotas de la guerra fría que querían contribuir al esfuerzo bélico informando con datos precisos para que se tomaran las decisiones más adecuadas. Los periodistas veinteañeros no debían desafiar a veteranos generales condecorados en la Segunda Guerra Mundial, que además les doblaban la edad. Por ejemplo, Paul Harkins, general de cuatro estrellas y jefe del Comando de Asistencia Militar de Vietnam había sido ayuda de campo de Patton en el norte de África, en Sicilia y en Francia. En Vietnam, Harkins vestía el uniforme blanco de la Marina, llevaba siempre en la mano un bastón de mando y fumaba con boquilla de marfil. Jamás puso un pie en un arrozal ni se paseó por un campo de batalla embarrado tras un enfrentamiento militar. «No soy ese tipo de general», argumentaba[30]. En su lugar, Harkins se

dedicaba a acompañar a los visitantes de categoría —McNamara, Rusk, los peces gordos del ejército— durante las intensas sesiones informativas y los despedía antes de que se volvieran a Washington, no sin endosarles infinidad de estadísticas que demostraban que la guerra estaba ganándose.

En Ấp Bắc, el Vietcong —muy inferior en armamento y efectivos— logró mantener sus posiciones, mató a decenas de soldados sudvietnamitas y a tres estadounidenses, derribó cinco helicópteros y se retiró a tiempo, de modo que solo perdió a dieciocho hombres. Los asesores estadounidenses gritaban en la cara a los oficiales sudvietnamitas, pero estos se negaban a enviar a sus hombres a la lucha. Sin embargo, a continuación, cuando el almirante Harry Felt, comandante en jefe del Pacífico, llegó desde Honolulú para visitar Ấp Bắc, Harkins le anunció una victoria. Harkins no se había detenido ni un instante a reflexionar sobre cuán distinta era aquella guerra entre arrozales a la batalla del Bulge, y seguía augurando que la contienda finalizaría al cabo de menos de un año.

La estrategia oficial de la prensa era el engaño. El gobierno de Kennedy no quería que la ciudadanía estadounidense supiera que sus hombres de uniforme —en teoría, asesores y no combatientes— estaban luchando y muriendo en una guerra no declarada en el Sudeste Asiático. A finales de 1961, Rusk envío el siguiente cable a la embajada de Saigón: «Ofrezcan solo cooperación rutinaria a corresponsales cobertura actividades militares actuales en Vietnam»[31]. Dos semanas después, se instó a la prensa a hacer la vista gorda cuando la aeronave de transporte *Core*, cargada con una flotilla de cuarenta helicópteros, apareció semihundida entre los sampanes del río Saigón, perfectamente visible desde el bar de la azotea del hotel Majestic. Los periodistas exigieron que se les informara, pero eso no ocurrió, así que decidieron salir de Saigón para buscar la verdad por sí mismos, entrando si era necesario en los campos de batalla y entrevistando a los asesores que estaban sobre el terreno, los cuales no temían hablar. Uno de ellos fue el teniente coronel John Paul Vann, mentor de Halberstam y Sheehan en el delta del Mekong. Ambos periodistas concluyeron que generales y diplomáticos estaban ocultándoles la verdad.

La realidad era aún peor: oficiales y funcionarios vivían engañados. El engaño se había convertido en un hábito tal que se había transformado en autoengaño. Los generales, encaramados en la cúspide del poder

estadounidense, eran demasiado arrogantes y complacientes para creer que un puñado de campesinos vestidos con pijamas negros podían plantar cara a los batallones regulares sudvietnamitas y a la tecnología estadounidense. El embajador Frederick Nolting, el hombre de Kennedy en Saigón, se aferraba a la ilusión de que el presidente Diem era popular entre el pueblo (su retrato colgaba en todos los salones de Vietnam del Sur). En una ocasión Nolting preguntó a François Sully, corresponsal de *Newsweek*: «¿Por qué, señor Sully, mira usted únicamente el agujero del dónut?». Sully, al que muy pronto Diem expulsaría del país, respondió: «Porque, *monsieur l'Ambassadeur*, ¡resulta que el dónut tiene un agujero!»[32].

En Washington, el presidente y sus asesores seguían mostrándose optimistas de cara a la galería. En privado, Kennedy exigía un análisis pormenorizado de cada uno de los reportajes de Halberstam. La CIA daba pábulo a los precisos datos que ofrecía el periodista, aunque sin aceptar las pesimistas conclusiones que se derivaban de ellos. Al final Kennedy intentó que el *New York Times* enviase a Halberstam a algún otro destino, pero fue en vano.

Las sospechas mutuas que albergaban funcionarios y periodistas en Saigón no tenían precedentes; en la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, la prensa había sido, a efectos prácticos, una herramienta más de la propaganda militar. Después de Ấp Bắc, las sospechas se agudizaron hasta llegar a abierta hostilidad. Cada uno de los dos bandos acusaba al otro de obstaculizar los esfuerzos de guerra y de intentar expulsar a sus oponentes del país. Nolting echó a Halberstam de su despacho[33]. En el aeropuerto de Tan Son Nhut, el almirante Felt tuvo unas palabras con Sheehan. Durante la celebración del Cuatro de Julio, Halberstam se negó a estrechar la mano de Harkins.

Poco después de la fiesta en la embajada, Holbrooke apareció por el apartamento cercano a la calle Tu Do. No prestó atención—aunque sabía que estaban allí— a los espías que, enviados por Nhu, se apostaban fuera enfundados en sus chaquetas de cuero. Holbrooke llevaba una carta de recomendación firmada por Clifton Daniel, número dos del *New York Times*, a quien había buscado y conocido durante su breve estadía como corresponsal extranjero en París, en 1960. La carta le valió el escarnio del *enfant terrible* Halberstam, que también mantenía un frente abierto contra sus cautos editores

neoyorquinos y menospreciaba a «E. Clifton Daniel» por su zalamería cortés (y quizá por ser yerno de Truman).

La visita de Holbrooke sorprendió a los reporteros. ¿Qué hacía aquel entusiasta chaval de veintidós años, diplomático recién incorporado al Servicio y alineado con el bando de los funcionarios, presentándose de improviso en su apartamento? ¿No sabía que la embajada y los periodistas estaban en guerra? Los funcionarios estadounidenses guardaban una distancia prudente, salvo los que por locura o gallardía se atrevían a hablar, si bien ocultaban invariablemente su identidad. Una de las mejores fuentes anónimas con que contaba Halberstam era el propio Rufus Phillips, quien mantenía contacto con algunos viejos amigos de la CIA destacados en el país. Sea como fuere, Halberstam y Sheehan acogieron al joven Holbrooke bajo su tutela. Aquel, judío de clase media con gafas de pasta, manazas peludas, certezas morales y gesto impetuoso, tenía el don de dramatizarlo todo (incluso a sí mismo); este, irlandés de clase media, el tipo que valía pero quedaba en segundo plano, menos agresivo pero con el mismo ímpetu que su compañero (o más), dado a los accesos de melancolía, con pasado alcohólico y varios tics producto del insomnio. La crudeza de ambos de cara al público encontró a un espíritu gemelo en el audaz funcionario del Servicio Diplomático que esperaba ante la puerta de su apartamento.

Holbrooke, recién llegado a Saigón, era demasiado nuevo para resultar útil a los reporteros, aunque la situación cambiaría. Holbrooke los buscó por la misma razón por la que se aventuró en la pagoda de Xá Lợi y siguió a Melvin en su recorrido cuando pasó revista a todas las unidades del Tercer Cuerpo: para aprender. ¿Qué mejores instructores que aquellos dos «jóvenes soldados de choque en pleno fragor de la batalla contra los corresponsales de Saigón», como él los describía? En las circunstancias más terribles, estaban haciendo un trabajo con el que él soñara antaño[34].

Halberstam y Sheehan invitaron a Holbrooke a cenar en uno de sus lugares favoritos. L'Amiral era un elegante restaurante de mesa y mantel situado junto al río, propiedad de un corso. Muchos corsos se habían quedado en Saigón tras la marcha de los franceses, y se dedicaban al tráfico de armas y opio que introducían en el país desde Laos. Holbrooke devoraba la conversación con más apetito aún que los canelones. En un momento dado, Halberstam se lanzó a una de sus atronadoras invectivas contra el

funcionariado estadounidense en Saigón. «No te fíes ni un pelo de lo que te digan esos hijos de puta», recomendó a Holbrooke. Botella de vino por medio, los reporteros celebraron un consejo de guerra contra el general Harkins por incompetencia y abandono del deber. Halberstam acompañó cada uno de los cargos con un puñetazo en la mesa que hacía repiquetear los platos, declarándolo culpable, culpable y culpable; Sheehan, por su lado, sentenciaba al general a muerte en el paredón, imitando con la boca los fusilazos, y carcajeándose tan ruidosamente que el resto de comensales del restaurante enmudecieron[35].

Holbrooke miró en torno para comprobar si conocía a alguien. De repente, se preguntó qué pintaba allí, en compañía de aquellos dos tipos un poco asilvestrados. No quería que su carrera profesional se fuese al garete en su primera semana en Vietnam.

Admiraba mucho a ambos periodistas, pero se parecía demasiado a Halberstam: no estaba dispuesto a comportarse como un dócil pupilo. ¿Supieron en su momento que ambos eran hijos de médicos judíos neoyorquinos que habían muerto jóvenes? No, aquellos dos hombres no hablaban en esos términos y Holbrooke jamás mencionó su pasado al periodista. Solo conversaban sobre la guerra. Aquel verano, a Halberstam lo encendía una ira según él justificada. Tecleaba a diario miles de palabras en su ruidosa Olivetti, con el torso desnudo debido al bochorno de aquel despacho. No disimulaba su satisfacción ante el curso de los acontecimientos, lo cual irritaba a Holbrooke. Este necesitaba llevar la razón, al igual que Halberstam, pero después de todo era funcionario del gobierno y no había aprendido aún lo suficiente sobre Vietnam para evaluar correctamente el estado de la guerra. La embajada contaba con fuentes a las que la prensa no tenía acceso. ¿Cómo era posible que los periodistas supieran más que los diplomáticos?

Tony Lake no compartía las simpatías de Holbrooke por Halberstam. No soportaba la superioridad que el reportero se gastaba. Él era un soldado demasiado leal: jamás le pasaría información. Un día Holbrooke y Toni, la esposa de Tony Lake, caminaban por una calle del centro de Saigón cuando se toparon con Halberstam. Holbrooke los presentó; la falta de interés demostrada por el periodista fue tan evidente que, tras despedirse, Holbrooke se giró y gritó: «¡Dave, ella estudió en Radcliffe!».

Tony Lake era distinto. Aquellos periodistas parecían más altos de lo que eran y, en el caso de Lake, sucedía lo contario. Se mostraba sutil cuando los otros eran vehementes e irónico cuando ellos se tomaban su trabajo demasiado en serio. Desmontaba juegos de palabras y desarmaba chistes fáciles —sobre todo los que se contaban sobre él, en referencia a sus orejotas, a su envaramiento típico de Nueva Inglaterra—, estirando las mejillas hasta esbozar una sonrisa y con un brillo enigmático en sus ojos azul oscuro. Cuando se enfadaba, hablaba de manera educada y con una frialdad glacial. Su destino estuvo maniatado al de Holbrooke de principio a fin. Es imposible no recordar al exsecretario del Tesoro Alexander Hamilton y el exvicepresidente Aaron Burr enfrentados en duelo, pero no podría decir quién encarnó a cada uno de ellos.

William Anthony Kirsopp Lake nació con el tipo de nombre y apellidos que los Holbrooke se habían visto obligados a inventar para sí mismos. El abuelo de Lake había sido un heterodoxo teólogo anglicano inmigrado a América que impartió una popularísima asignatura de estudios bíblicos en Harvard. El padre de Lake, nacionalizado ya estadounidense, abandonó sus estudios en esa universidad y se puso a trabajar en una fábrica textil, donde pronto lo ascendieron a gerente. No obstante, defendió con tal vehemencia el New Deal de Roosevelt que Adolf Berle, asesor económico del presidente, lo tuvo bajo su égida. El abuelo materno de Lake, por su lado, había sido redactor de la revista *The New Republic* en sus primeros tiempos y fue consejero del presidente Hoover y su gabinete. La madre de Lake se había criado en Georgetown y estuvo brevemente comprometida con el gran diplomático George F. Kennan. Corregía libros en la editorial Reader’s Digest y le leía cuentos de Dickens a Tony de niño. La doble ascendencia anglosajona y protestante daba a Lake un sólido pedigrí, si bien, mediado el siglo XX, su linaje había degenerado y solo quedaba de él una raída elegancia. Los Lake pertenecían a la clase alta de los logros, pero no del dinero. Mientras Holbrooke luchaba con uñas y dientes para abrirse paso en ese mundo, Lake no hacía sino intentar salir del él.

Lake se había criado en el condado de Fairfield, estado de Connecticut, paraíso de los oficinistas trajeados, y veraneaba con su familia en Sharon, no lejos de Winsted, donde había crecido Halberstam (si bien de este lado de la línea que separaba a la clase media en auge de las élites anglosajona y

protestante). Lake se rebeló, por supuesto; de lo contrario, habría pasado toda su existencia siendo el tipo rígido de buena familia capaz de activar o desactivar sus buenos modales dependiendo de cuánto hubiese bebido. Fue un niño bajito, pero lo adelantaron de curso por ser buen estudiante, así que en la escuela lo mortificaban bastante; por esta razón decidió hacerse pasar por un tipo duro y empezó a robar en tiendas. Lo echaron del colegio público de New Canaan y lo enviaron a una prestigiosa escuela preparatoria situada en las afueras de Boston, donde por fin empezó a tomarse las cosas en serio. Se llegó a plantear ordenarse pastor episcopaliano, como había sido su abuelo.

De forma insoslayable, acabó en Harvard. Presidió el club demócrata de los de primer curso y capitaneó uno de los mejores equipos de squash del país. En su último año, contra Yale, perdió su partido y el título nacional por dos puntos en el quinto juego; su rival metió cuatro puntos increíbles desde la esquina que Lake recordaba vívidamente aun sesenta años después. En aquella ocasión, abandonó la cancha riéndose de sí mismo.

Así era Tony Lake, tan competitivo que sabía muy bien que para ganar era necesario desapegarse. Había que centrarse mucho, y procurar que no te importasen las cosas tanto para no soportar perder, porque entonces perderías. Años después, cuando sus alumnos de Georgetown le preguntaban qué había que hacer para convertirse en secretario de Estado, él respondía: «Si tragas mierda el resto de tu vida para convertirte en alguien pueden pasar dos cosas: 1) Lo conseguirás y descubrirás que no te hace feliz. 2) Como te comes la mierda, tu ambición se hará tan obvia que al final no conseguirás nada». Quizá lo dijese pensando en Holbrooke. Lake tenía su ambición bien embridada y su relación con ella era más ambivalente, pero estaría pecando de crédulo quien lo creyese cuando en ocasiones negaba ser ambicioso. Y esa confusión terminaría obligando al crédulo a echarse en sus brazos.

Lake había conseguido franquearse el acceso a los mejores clubes —el Fly de Harvard, el Century de Nueva York y el Council on Foreign Relations —, de manera que se sintió libre de abandonarlos en virtud de sus principios y sin mostrar ningún arrepentimiento cuando, por ejemplo, le pedían dinero para pagar a abogados que impidiesen el acceso de mujeres. Odiaba a los nuevos ricos, un imperativo sociológico para alguien de sus orígenes, pues aquellos pisoteaban los valores de la clase de Lake, detentaban el poder que la clase media opinaba que le correspondía por derecho y suscitaban esa envidia

materialista que nadie reconocía sentir. Nadia inspiraba el ansia de poder de la clase media como Jack Kennedy (y nadie volvería a hacerlo del mismo modo hasta Barack Obama). La clase alta intelectual aceptaba la riqueza de Kennedy porque este era culto y listo. La víspera de las elecciones de 1960, su último año de carrera en Harvard, Lake salía de un restaurante en el centro de Boston cuando vio pasar por delante una comitiva de automóviles en la que viajaba el presidente. Abriéndose paso entre la muchedumbre extasiada, se acercó de manera instintiva hasta la primera fila, justo a tiempo de ver al sonriente candidato saludar con la mano por la ventanilla bajada[36]. Lake sintió una efervescencia de poder: seguiría a Kennedy a cualquier parte. Descendiente de puritanos, Lake interpretó esa efervescencia como una vocación y se convirtió en uno de los veintidós mil jóvenes estadounidenses en hacer el examen del Servicio Diplomático el primer año del gobierno de Kennedy. Sí, el idealismo estaba en el aire, pero también el aroma del poder. Son difíciles de distinguir, y mezclarlos puede resultar peligroso.

Una de las fantasías de Lake era impartir clases sobre la historia de las colonias norteamericanas. Otra, vivir la vida del embajador retirado en un pequeño país de África Occidental, como un diplomático británico del siglo XIX, y convertirse en el mayor experto del mundo en alguna misteriosa tribu. Otra más, prestar servicio a los Estados Unidos de Kennedy, aliviando el sufrimiento de la humanidad en Asia. Estas eran las disyuntivas que se habían hecho hueco en su mente. Tomó una decisión durante una estancia académica en la Universidad de Cambridge y regresó a su país de origen para convertirse en la fulgurante estrella del Servicio Diplomático, promoción de 1962. Sacó, para su disgusto, la segunda mejor nota de la asignatura A100 que debían cursar todos los nuevos funcionarios. Lake, estrella fulgurante, aficionado a los deportes y amante de la diversión, llamó la atención de un compañero de clase algo más joven y menos refinado, pero igual de prometedor: Dick Holbrooke.

Trabaron amistad aquel verano en Washington. Ninguno de los dos tenía amigos en el gobierno. Pasaban las noches charlando de política internacional e inventaron un juego que consistía en tirar una pelota de tenis contra el ventilador del techo y, cuando salía rebotada a toda velocidad, lanzarse a por ella para atraparla. Una competición siempre amistosa, claro.

Para entonces, Lake se había casado ya con su novia de la universidad. Antonia Plehn era hija de inmigrantes alemanes y nieta de un acaudalado industrial. Creció en Lichtfield, localidad de Connecticut cercana a Sharon y estudió en la escuela Miss Hall de Pittsfield (entonces llamado Radcliffe). Era bajita y de constitución fina, con cálidos ojos castaños, radiante sonrisa y melenita castaña. Tony y Toni se conocieron en la Nochevieja de 1960 en una fiesta, jugando a charadas: él resultó ser un tipo agradable que provenía de un entorno parecido al de ella. Un mes y medio más tarde, la llamó por teléfono: «Soy Tony Lake, ¿te acuerdas de mí?».

Toni Plehn no tenía muchas expectativas profesionales: le encantaban los niños, los animales y la música, y quería ser profesora y llevar una vida buena y útil. Compartía no obstante las elevadas metas de Tony y siempre vio en el Servicio Diplomático un proyecto común. Ella era la única esposa de los miembros de la promoción de 1962 que había decidido estudiar vietnamita. Juntos harían del mundo un lugar mejor.

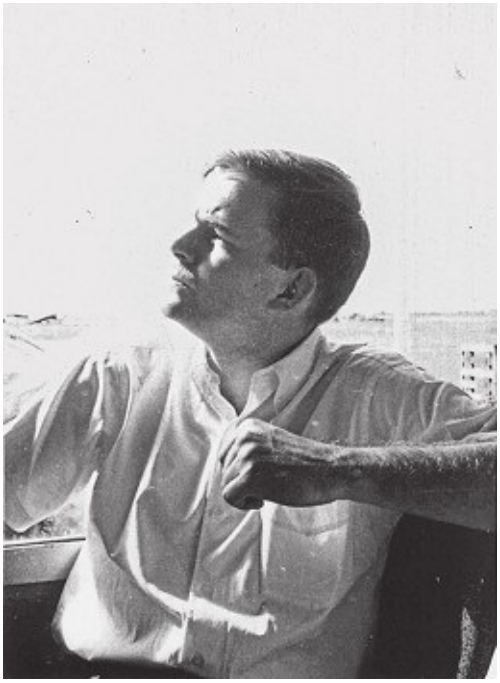
Durante las veladas en casa de los Lake, en Washington, Holbrooke se dio cuenta de que no le caía muy bien Toni Ella, a la que veía como a la típica mojigata de Nueva Inglaterra. A él le interesaba Toni Él.

Lake se presentó voluntario para ir a Vietnam. No por vivir la guerra —en eso también se diferenciaba de Holbrooke—, sino para salvar la democracia. Echó al equipaje un traje blanco de zapa como los que vestían Diem y el cuerpo diplomático de Saigón. Pensó que el traje lo identificaría con la tradicional animadversión vietnamita contra los comunistas radicales. No entendía aún (y todavía tardaría unos años en entenderlo) que el Vietcong con sus pijamas negros intentaba restaurar el orden tradicional de la sociedad rural, que los franceses y sus sucesores trajeados de zapa — Diem y los estadounidenses— habían arrancado de cuajo. En este sentido, los Lake eran exactamente iguales al resto de estadounidenses que viajaron a Vietnam. Eran ingenuos.

Nada más aterrizar en Tan Son Nhut, Lake quiso subirse al siguiente avión que regresara a Estados Unidos. En la húmeda oscuridad, las sombras se apoderaron de su imaginación y se poblaron de terroristas del Vietcong. Estaba muerto de miedo, pero a la vez no deseaba estar en ningún otro lugar del mundo. En Vietnam aprendería a ocultar su inquietud, sobre todo cuando lo acompañase Holbrooke, que siempre parecía tranquilo. A la mañana

siguiente, Lake dejó a su mujer en su habitación del hotel Majestic, a orillas del río, y se presentó en la sección consular de la embajada, a dos manzanas de distancia. (Quería seguir la trayectoria diplomática tradicional: que lo despacharan como cónsul a una ciudad de provincias y enviar informes muy detallados a sus superiores). Toni Ella se quedaba sola en la cama y pasaba la mayor parte del día observando el resplandor del sol tropical al filtrarse a través de las contraventanas, hasta que por fin se armó de valor y empezó a salir del hotel por las tardes a pasear por las concurridas calles.

Se instalaron en las habitaciones de la planta baja de una mansión francesa de techos altos, suelos de terrazo y cuartos de servicio, que se alzaba en mitad de un frondoso jardín tropical. La mansión se encontraba en el centro de la ciudad, enfrente del cuartel de la guardia presidencial y a pocas manzanas del palacio de Diem. Los Lake se hicieron con un perrito y se interesaron por la cultura budista. Por las tardes, bajaban al río y observaban a los estibadores descargar los barcos en medio del intenso olor a salsa de pescado, carbón y diésel. Vietnam empezaba a obsesionarlos.



Anthony Lake en Vietnam del Sur. Cortesía de Vladimir Lehovich.

Lake se zambulló en el trabajo que tenía en la sección consular: visitaba a ciudadanos estadounidenses encarcelados en las prisiones de Saigón e iba a hablar con soldados borrachos que creían haber encontrado en la cantante de algún club a su alma gemela, la cual siempre hacía oídos sordos cuando Lake

intentaba explicarle que jamás obtendría un visado estadounidense al tener antecedentes penales o haber ejercido la prostitución. Cuando Holbrooke estaba en la ciudad, le gustaba acompañar a Lake en sus rondas oficiales. Holbrooke opinaba que aquel trabajo daba muy bien para una novela de Conrad. Solía salir a cenar con los Lake en Cholon, el barrio chino; otras veces se quedaban en la mansión y Holbrooke y Lake jugaban a lanzar pelotas bajo el ventilador de la sala de estar. A veces, se entretenían también con los bolos o practicando el fútbol americano en el jardín trasero, con más amigos. O jugaban al tenis, bajo los altos y frondosos árboles que flanqueaban las canchas de tierra batida del Cercle Sportif, hasta caer desplomados por el calor sofocante. Tenían un nivel bastante parecido, pero Lake sabía cómo desquiciar a Holbrooke gracias a sus golpes con efecto que le enviaba siempre al lado malo. Holbrooke, sabiendo que Lake le tenía tomadas las medidas, perdía los estribos y la compostura. Ese verano Toni se quedó embarazada. En agosto tuvo que acudir al hospital porque temía estar sufriendo un aborto, pero no: era dengue. Holbrooke fue a verla y en el hospital empezó a tener mejor opinión de ella.

III

A lo largo de aquel verano, varios monjes más se prendieron fuego y Diem y Nhu sofocaron las protestas estudiantiles con antidisturbios. La hermosa y malvada *madame* Nhu, la cuñada de Diem, pedía más «barbacoas humanas». La crisis budista demostró en el frente político lo que Ấp Bắc había demostrado en el militar: el gobierno sudvietnamita estaba hueco por dentro y empezaba a derrumbarse. En el Delta, el Vietcong se hacía fuerte y reunía tropas y armamento, operando por primera vez con batallones completos. En aquel ambiente asfixiante, marcado por los suicidios rituales y el tenis, la tensión podía cortarse como el aire saturado de humedad tras la tormenta.

La noche del 20 de agosto, Holbrooke se saltó su habitual cena con Halberstam para visitar a Toni Ella en el hospital. A las seis de la mañana del día siguiente, se despertó en su apartamento de dos habitaciones del número 498 de la calle Phan Đình Phương, con aire acondicionado y una asistenta que también le preparaba de comer. Encendió la radio y escuchó el himno nacional vietnamita. Cuando terminó, dieron un anuncio: entraba en vigor la ley marcial.

Holbrooke salió a la calle y cogió un taxi. Llegó al barrio donde se encontraba el despacho sobre las seis y media de la mañana. Las calles estaban atestadas de tropas vietnamitas y hubo de recorrer las últimas manzanas con la identificación en la mano.

Poco después de medianoche, varios camiones de las Fuerzas Especiales de Nhu habían aparcado frente a la pagoda de Xá Lợi[37]. Decenas de soldados uniformados habían echado abajo la puerta, disparado con fuego real y lanzado granadas de humo. Se llevaron a cientos de monjes y monjas ensangrentados y robaron el corazón quemado de Thích Quảng Đức. El régimen de Diem arrestó a casi mil quinientos monjes budistas en todo el país, una manera espeluznante de sofocar las protestas. Para tener coartadas, las tropas de Nhu se habían encargado de esconder armas en las pagodas. Durante el asalto, dos monjes escaparon de Xá Lợi con una urna que contenía algunas cenizas de Thích Quảng Đức y escalaron la tapia del jardín de la USOM, donde pidieron refugio y se les hizo pasar a la sala de los marines que

hacían guardia, junto al despacho de Holbrooke, mientras las tropas vietnamitas esperaban fuera sin dejar de tocar el timbre de la embajada. Sheehan y Halberstam, que habían recibido un chivatazo, se habían presentado en la pagoda poco después de medianoche, y tras abrirse paso entre los camiones y los soldados pudieron presenciar el espectáculo desde la azotea de la USOM. En cambio, ni un solo funcionario estadounidense supo nada hasta que ocurrió, ni siquiera los agentes de la CIA, que financiaba las Fuerzas Especiales.

Holbrooke salió de la USOM de nuevo sobre las siete y cuarto de aquella mañana. Fue el último de todos. Inmediatamente después, las tropas colocaron una alambrada de espino alrededor del edificio y bloquearon la entrada y la salida durante las siguientes siete horas.

En teoría, Holbrooke debía viajar hacia el norte para comprobar la situación en varias aldeas que habían sido duramente golpeadas por los comunistas, pero no podía salir de Saigón en avión, pues todos los vuelos desde Tan Son Nhut habían sido cancelados. Condujo a través de la ciudad, por la que desfilaba ahora un enjambre de paracaidistas y varias comitivas de todoterrenos con ametralladoras de calibre 30. Una vez en la embajada, pudo leer varios cables, que no obstante suministraban poca información oficial. A las nueve de la noche, sonó el toque de queda y la ciudad quedó clausurada. Las calles se vaciaron y un silencio totalmente desconocido se cernió sobre Saigón.

De vuelta en su apartamento, Holbrooke experimentó la misma sensación que se apoderaba de él en los momentos dramáticos: se sentía feliz de estar viviendo aquella experiencia. Si hubiera ido a cenar con Halberstam en lugar de visitar a Toni Ella, habría sido testigo del asalto a Xá Lợi; si se hubiera quedado en la USOM, habría vivido el asedio de siete horas.

Con las incursiones en las pagodas, el régimen terminó de aislarse del pueblo sudvietnamita. Los miembros de la misión estadounidense comenzaban a darse cuenta de que la prensa había tenido razón desde el primer momento. Halberstam confesó a Holbrooke que Diem estaba acabado y la guerra, perdida. «Dave está en la cresta de una ola emocional tan alta que cuando habla sobre la embajada se pone furioso y no se le entiende», escribió Holbrooke en una carta a su casa[38]. Se sentía un poco molesto porque los

periodistas no habían informado a ninguno de los miembros de la embajada de los asaltos.

> A mí me cae bien Dave, pero hemos tenido otro de nuestros buenos enfrentamientos a costa de la situación del mundo. En este caso, no obstante, ha contado con un poderoso aliado: a saber, los acontecimientos. Tiene razón en una cosa: sus fuentes de información son mejores que las del gobierno, la CIA incluida. De hecho, estuvo en lo de la pagoda. Nosotros hemos metido la pata con nuestros informes demasiado optimistas. Podríamos acabar perdiendo la guerra… No lo sé. Es posible, además, que estemos dando una imagen errónea; hay pruebas que lo avalan. Sin embargo, el problema está en que Dave aborda todo este asunto de un modo que hace imposible el diálogo constructivo.

El embajador Nolting, partidario acérrimo de Diem, había sido llamado a consultas a Washington tras unas largas vacaciones en el Mediterráneo. Diem y Nhu habían elegido aquel vacío de liderazgo estadounidense para actuar y presentar al sucesor de Nolting como un nombramiento consumado. La mañana del 23 de agosto, Holbrooke iba de camino a la embajada cuando vio a una limusina aproximarse a la USOM: supuso que en ella viajaba el nuevo embajador.

Henry Cabot Lodge Jr. había llegado la noche anterior y se dirigía a visitar a dos monjes fugitivos. Tenía orden de que se les proporcionara una dieta vegetariana y de hacer saber a Diem que las viejas reglas de juego ya no servían y que los estadounidenses no le brindarían apoyo incondicional[39].

Más tarde, estaba Holbrooke leyendo un cable en la segunda planta de la embajada cuando apareció Lodge seguido de un cámara. Lodge era alto, esbelto y de mirada fría, con un labio superior que desaparecía cuando sonreía y una mandíbula inferior que parecía chascar con cada consonante. Era un político republicano procedente de una ilustre familia de Massachusetts, y había perdido en dos ocasiones frente al presidente Kennedy, a quien odiaba por haberlo mandado lo más lejos que pudo de Estados Unidos justo antes de las elecciones de 1964. «Ahora vamos a actuar un poco», murmuró Lodge al cámara, sonriendo y alargando el brazo para estrechar la mano de las secretarias de la embajada[40]. Holbrooke aguardó mientras el nuevo embajador se le aproximaba, pero este se detuvo en seco de repente y se dio la vuelta. Holbrooke tendría que esperar para presentarse al nuevo capitán del barco.

Fue uno de esos momentos en que nadie sabe qué diablos está ocurriendo realmente. Así va hilándose el acontecer histórico muchas más veces de lo que creemos. Es reconfortante creer que un grupo de personas poderosas se reúne en secreto en torno a una mesa y dispone las opciones, valora los datos y decide un curso de acción, que se desarrollará según sus designios. ¡Ojalá la historia fuese, en efecto, producto de una conspiración siniestra! En la mayoría de las ocasiones, sin embargo, no podemos saber por qué se dan los acontecimientos de consecuencias más perentorias. «La política exterior no tiene sentido», solía afirmar Les Gelb, el amigo de Holbrooke (al que aún le quedan algunos años para aparecer en esta historia). Las personas que están al cargo toman decisiones basándose en la situación política del momento, o inspirándose en una ideología que guarda escasa relación con la realidad humana, o dejándose guiar por una ignorancia supina exacerbada por el pensamiento positivo, o por cualquier otra cosa que se aparte de las pruebas y datos más palmarios. Puede ocurrir esto, o que no tomen ninguna decisión en absoluto: en este caso, los acontecimientos echan a galopar y los responsables políticos tratan a duras penas de mantener el ritmo tras ellos, trastabillando. A continuación, se disponen a vivir el resto de sus vidas fingiendo que sabían lo que estaban haciendo en todo momento y justificando algo que jamás tuvo sentido.

Lodge no tenía ni idea de qué estaba sucediendo: acababa de aterrizar y llegaba pertrechado de ambiguas instrucciones encaminadas a mejorar las relaciones con la prensa estadounidense y a conseguir que Diem se plegara a las demandas del gobierno norteamericano. Los altos funcionarios de Washington tampoco tenían idea de qué estaba sucediendo: no hacían más que tirarse los trastos a la cabeza mientras esperaban noticias de Lodge. Diem tampoco sabía que sus generales empezaban a tramar contra él, y seguía creyéndose el único hombre que podía salvar el país. Quizá fuera una marioneta norteamericana, de lo que lo acusaban los comunistas, pero en palabras de un estadounidense en Saigón era «una marioneta que tiraba de sus propios hilos»[41]. Los generales vietnamitas no sabían lo que estaba sucediendo: se agrupaban en facciones sin líderes claros, a la espera de que algún otro diera el primer paso. Los periodistas tampoco lo sabían; estaban tan cerca que siempre tenían pistas sobre lo próximo que ocurriría, pero eso les impedía ver las cosas con la perspectiva que luego sí plasmarían en sus

libros. Dick Holbrooke, que llevaba dos meses en el país y era de los más jóvenes de la legación estadounidense, no tenía ni idea. Pero trató de averiguar.

Tres días después de los asaltos a las pagodas, el sábado 24 de agosto Holbrooke jugó un partido de tenis contra su jefe, Rufus Phillips, al que ganó 6-2 («Es el mejor partido que he jugado en varios años»[42]). Después del encuentro estuvieron charlando. Phillips le dijo a Holbrooke que los había requerido un funcionario de la embajada, el teniente coronel Mike Dunn, a quien Lodge había llevado a Saigón como asistente personal y para que hiciera trabajos sucios. Dunn le dijo a Phillips: «Lodge quiere enterarse de qué carajo está pasando»[43]. Así que Phillips investigó muy de cerca a los generales vietnamitas con quienes mantenía relación de amistad y descubrió que todos, iracundos, volvían la espalda a Nhu. Este había engañado al ejército, y los militares en última instancia habían pagado el pato de los asaltos a las pagodas, ordenados por el líder. Phillips opinaba que se debería dejar que Diem conservara el poder si accedía a librarse de Nhu y *madame* Nhu. Holbrooke no estaba de acuerdo con su jefe; a sus ojos, Diem era irredimible y debía ser depuesto al igual que su hermano y su cuñada (Halberstam y Sheehan también pensaban así). Sin Diem, Holbrooke creía que tendrían la oportunidad de ganar la guerra. Ni se planteaba la no injerencia. «Estamos metidos en esto hasta donde lo están los vietnamitas», escribió[44].

Algo crucial estaba ocurriendo en Washington y Holbrooke no lo supo hasta años más tarde, cuando su amigo Daniel Ellsberg filtró los documentos. Cuando suceden este tipo de cosas, la política exterior deja verdaderamente de tener sentido: esa misma noche, la del sábado 24 de agosto, Kennedy velaba a su hijo, muerto al poco de nacer, y trataba de recuperarse de su dolencia de espalda en Hyannis Port[45]. Rusk, por su lado, estaba en un partido de los Yankees en Nueva York. McNamara, escalando el Grand Teton. A finales de verano, en efecto, Washington se hallaba casi vacío. En la capital, un grupo de diez personas del Departamento de Estado, encabezados por el subsecretario de Asuntos Políticos, W. Averell Harriman, y el sucesor de este como secretario adjunto para Extremo Oriente, Roger Hilsman, redactaron un cable de alto secreto para la embajada en Saigón. El nombre en código de aquella comunicación fue deptel 243. El cable daba la siguiente

instrucción a Lodge: «El gobierno de EE.UU. no puede tolerar que el poder resida en manos de Nhu. A Diem debe dársele la opción de librarse de Nhu y su séquito, y que este sea reemplazado por las mejores figuras políticas y militares disponibles. Si, pese a todos sus esfuerzos, Diem no da su brazo a torcer, deberemos plantear la posibilidad de dejarlo de lado también a él»[46].

Kennedy tenía sus reservas respecto al contenido del mensaje, pero lo aprobó porque contaba con el beneplácito de Rusk. Y este dio luz verde porque pensó que Kennedy lo había aprobado. McNamara jamás oyó hablar de aquel cable, al que su asistente había dado el visto bueno porque contaba con la aprobación de Rusk y de Kennedy. Los adjuntos del Estado Mayor y de la CIA también dieron su aprobación sin consultar a sus superiores. Así pues, deptel 243 llegó a Saigón desde el Departamento de Estado a las 21.36 de aquel sábado, sin haber sido sometido a debate y sin haberse alcanzado ningún consenso. Falló lo que hoy día se conoce en la política estadounidense como *interagency process*, el proceso de coordinación entre distintas agencias gubernamentales para generar las directrices, lo que años después frustraría a Holbrooke en momentos cruciales cuando estaba entre quienes se sentaban a la mesa en la Sala de Crisis.

Al día siguiente, Lodge escribió de vuelta: «Creo que las opciones de que Diem acepte nuestras exigencias son casi nulas. Al mismo tiempo, al presentar estas exigencias, damos a Nhu la oportunidad de anticiparse a las acciones del ejército o sofocarlas. Se trata de un riesgo que no merece la pena correr mientras Nhu controle las tropas en Saigón. Así pues, proponemos acudir directamente a los generales y presentarles nuestras demandas, sin informar a Diem. Les diremos que estamos preparados para que Diem gobierne sin su hermano y su cuñada, si bien depende de ellos que siga al frente del país»[47].

El lunes 26 de agosto, por la mañana, con miles de agentes de policía y soldados en las calles de Washington debido a la celebración, que tendría lugar dos días después, de la Marcha por el Empleo y la Libertad, los miembros principales del gobierno de Kennedy se reunieron en medio del clamor en torno a la alargada mesa de la Sala del Gabinete. Los más altos cargos —sobre todo, McNamara y el general Maxwell Taylor, jefe del Estado Mayor— afirmaron que ninguno de ellos había dado su aprobación a deptel 243. Hilsman insistía en lo contrario. «¡Dios mío! ¡Mi gobierno está

desmoronándose!», exclamó el presidente[48]. Sus subordinados seguían discutiendo, así que al final gritó: «¡Basta ya, joder!». Pero era demasiado tarde. Cuando Kennedy se levantó y dio la vuelta a la mesa, nadie se mostraba ya dispuesto a anular las órdenes dadas en el cable. «Es muy difícil decirle a un presidente a la cara que algo que ha aprobado es un error —declararía más tarde William Colby, de la CIA—. Sobre todo si no tienes nada que ofrecer en su lugar[49]».

Así fue como Estados Unidos dejó atrás ocho años de una política que se retrotraía a Lansdale y que había consistido en encumbrar a Ngo Dinh Diem como el líder vietnamita que podría derrotar al comunismo. Diem ya no era útil, así que Estados Unidos iba a adentrarse más aún en la guerra, sin tener la mínima idea de qué se encontrarían, como si la política sudvietnamita pudieran controlarla un grupo de estadounidenses (políticos, juristas, profesores universitarios, militares y fabricantes de coches) que se sentaban en una sala a once husos horarios de distancia. Kennedy, Hilsman y Rusk habían prestado servicio militar en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial; Hilsman había pasado diez días en Vietnam para comprobar el estado de la cuestión a principios de año, y McNamara y Taylor habían hecho visitas aún más cortas, de las que regresaron con noticias optimistas. Esa era toda la experiencia y todos los conocimientos acerca de esa parte del mundo que reunían quienes se sentaban a aquella mesa. Lodge, por su parte, llevaba en el país menos de siete días y admitía que apenas lo conocía[50]. Durante un almuerzo en la residencia del embajador, explicó a Phillips que las supersticiones primitivas de los vietnamitas eran muy difíciles de entender y que su forma de política era muy poco seria e indigna del mínimo respeto, un juego de niños en comparación con la política norteamericana de alto nivel, la cual había sido el pan de cada día durante su larga y notable carrera como senador estadounidense, embajador ante las Naciones Unidas, candidato a la vicepresidencia en 1960 y candidato potencial a la presidencia en 1964. Pues bien, el individuo que así hablaba era ahora el máximo responsable de la nueva política en Vietnam. El 28 de agosto Logde envió un cable a Washington que rezaba: «Hemos tomado decididamente un rumbo del que, con todos los respetos, no podemos ya desviarnos: el derrocamiento de Diem y su gobierno»[51].

Holbrooke no sabía nada de todo esto. Seguía operando con la premisa de que el gobierno estadounidense sabía lo que hacía y que tenía más información, sin duda, de la que tenía él (aunque este supuesto quedaría desmentido poco después). A Holbrooke le parecía, en cualquier caso, que el régimen de Diem estaba acabado. Todos sus conocidos vietnamitas se pronunciaban abiertamente contra él por primera vez y Holbrooke se mostraba entusiasmado, desde luego:

> Estamos llegando a un momento crítico en la historia del país. Cuán decisivo, no lo sabemos aún. Debemos comenzar la tarea de mostrar a las claras que nuestra postura y la de Diem son irreconciliables. A este respecto, la presencia de los monjes en la USOM es una verdadera suerte, pues nos permite dejar claro dónde nos situamos. Sin esas dos personas, que viven la situación con enorme desconcierto, nuestra postura sería mucho más ambigua. […] Ojalá conociéramos mejor los acontecimientos actuales[52].

En Saigón, todo el mundo esperaba un golpe de Estado. Sin embargo, agosto tocó a su fin y el golpe no llegaba. Los generales no estaban lo bastante unidos para volver las armas contra el régimen. Los relámpagos iluminaban el cielo, pero no llovía. El aire de Saigón siguió espesándose.

El final de agosto llegó para dar respuesta a la ferviente esperanza de Holbrooke: iban a enviarlo a una remota comarca del Delta infestada de miembros del Vietcong.

El representante de Asuntos Rurales en Ba Xuyên, un tipo llamado Bob Friedman, estaba teniendo muchos problemas con el cabecilla local, el coronel Chiêu. A través de su esposa, Chiêu mantenía cierto vínculo con la familia Ngo, y se creía que traficaba con carbón entre el Delta y Saigón. Según se decía, los beneficios obtenidos iban a parar a manos de la organización política secreta de Nhu. Cuando Phillips viajó a la capital provincial, Sóc Trăng, para hablar con el coronel Chiêu, este lo desairó. Phillips dio rienda suelta a su enojo ordenando a Friedman que abandonase Ba Xuyên.

Holbrooke vio entonces su oportunidad.

—Me gustaría trabajar en provincias —le dijo a Phillips, quien le respondió con una carcajada, porque Holbrooke tenía veintidós años—.[53] Mándame a Sóc Trăng. Ahora no hay nadie allí.

—No voy a mandar a un chaval como tú a un sitio como ese —dijo Phillips con su leve acento virginiano.

—Quiero ir. Soy tan bueno como cualquier otro.

La desfachatez de Holbrooke llamó la atención de Phillips. Se le ocurrió que designar a aquel joven descarado como su representante provincial —sería el civil estadounidense de mayor autoridad, con la prerrogativa de asignar fondos de la norteamericana AID— supondría un insulto para Chiêu. Aquella era una maniobra escandalosa, inimaginable en el cuerpo diplomático. Pero en Asuntos Rurales se trabajaba en mangas de camisa y Phillips dio instrucciones a Friedman de que informase en todo lo necesario al hombre que iba a reemplazarlo.

No obstante, había un problema: el viejo George Melvin dijo a Holbrooke que lo quería como asistente. Holbrooke, lejos de ceder, replicó que justo iba a tener una reunión informativa al día siguiente con vistas a preparar su futuro trabajo en Ba Xuyên. Era una manera de no decir claramente que no quería ser asistente de Melvin, poniéndole además trabas en el camino. Esto enfadó a Melvin, que ordenó a Holbrooke acompañarlo al despacho de Phillips. «¿Qué eliges? —preguntó Melvin—. ¿Trabajar conmigo o ir a Ba Xuyên?».

¿Cuántos chicos de veintidós años habrían sido capaces de responder a su jefe delante del jefe de su jefe «ir a Ba Xuyên»? Pues eso es lo que ocurría cuando algo se interponía entre Holbrooke y sus deseos.

Ba Xuyên estaba en el fin del mundo. No muy lejos de Cà Mau, el punto donde terminaba el continente asiático, «la provincia más meridional de Vietnam del Norte», como Halberstam la había llamado alguna vez, porque Cà Mau y la parte más baja del Delta eran el bastión del Vietcong[54]. Sus miembros pululaban desde hacía años entre las aldeas, esteros y arrozales de la zona. La provincia de Ba Xuyên contaba entonces más de medio millón de habitantes. Estaba a unas ocho o nueve horas en coche desde Saigón por la ruta 4, a través de la interminable planicie inundada del Delta: kilómetros de arrozales que se extendían hasta el horizonte. A mediados de septiembre, cuando Holbrooke llegó a Sóc Trăng, los brotes de arroz presentaban aún un tono dorado, no el verde esmeralda propio de la época de cosecha. No obstante, la mayoría de las veces viajó hasta allí en avión, pues había un Caribou de Air America que cubría a diario la ruta entre el aeropuerto de Tan Son Nhut y los diversos aeródromos del Delta. Las carreteras eran peligrosas de día y conducir de noche era una locura.



Vista desde el balcón de Richard Holbrooke en Sóc Trăng. Holbrooke Papers.

Su habitación se hallaba en una casa de huéspedes colonial, del color de la arcilla, con un balcón que se asomaba a la plaza del pueblo, justo enfrente del edificio de la autoridad provincial y su cancha de tenis. Junto a la casa de huéspedes había una discoteca llamada The Bungalow, pero como *madame* Nhu había prohibido el baile para proteger el honor de las mujeres vietnamitas, ahora solo era un bar donde acudían los soldados locales a beber y a ligar. Holbrooke tenía unos vecinos también recién llegados, George y Renee McDowell, un matrimonio de Rhode Island. George era ingeniero agrónomo y trabajaba con los Servicios de Voluntarios Internacionales (IVS, por sus siglas en inglés); estaba enseñando a los agricultores locales a cultivar una variedad de sandías gigantescas procedente de Georgia. Holbrooke le hizo saber que aquello no le interesaba. En una ocasión él y McDowell acudieron al aeródromo de Sóc Trăng para recibir a unos oficiales que llegaban de visita a Saigón y Holbrooke hizo las presentaciones: «Soy Richard Holbrooke, el representante de AID en Ba Xuyên. —Luego hizo un gesto señalando hacia McDowell, que tenía tres años más que él—. Y este es George McDowell, el chico de IVS».

El interés de Holbrooke eran las aldeas estratégicas; en Ba Xuyên había 324, o al menos eso le dijeron cuando llegó[55]. Cuando pidió visitar unas pocas de las más remotas, le contestaron que era demasiado peligroso. Él fue de todos modos, con su camisa blanca de manga corta y la funda de las gafas

de sol prendida al bolsillo de la pechera, y descubrió que las aldeas «estratégicas» no eran más que un puñado de estacas *punji* clavadas en torno a un foso y unos pocos milicianos al otro lado, pobremente armados. El Vietcong los arrasaba a voluntad. Según los informes de inteligencia había tres mil guerrilleros del Vietcong en la provincia. Saigón había entregado ya la mitad del territorio provincial a la guerrilla, la cual contaba con sus propios jefes de distrito, recaudadores de impuestos y escuelas. Por las noches, solo las localidades de mayor tamaño pertenecían en verdad al gobierno. No obstante, esas 324 aldeas «estratégicas» que según Saigón y Washington había en Ba Xuyên permitían afirmar que, en teoría, se controlaba a un 61 por ciento de la población de la provincia.

La guerra se libraba casi a las puertas de Sóc Trăng. El aeródromo era alcanzado casi a diario por fuego de morteros.

Holbrooke perdió cinco kilos a causa del calor. Su habitación no disponía de aire acondicionado ni de ventilador, no había ducha ni retrete y no había manera de librarse de los mosquitos, así que se pasaba los días en el complejo del Grupo de Asesoría y Asistencia Militar (GAAM), a una manzana en dirección al canal. Los asesores militares estadounidenses tenían un pequeño proyector y ponían películas como *Siete novias para siete hermanos* o *Satán nunca duerme*, por las cuales Holbrooke mostraba un gusto insaciable[56]. Los fines de semana trataba de regresar a Saigón para ver a los Lake y a los periodistas, y para mantenerse al corriente de la política bélica a gran escala.

Holbrooke era un buen redactor y jamás lo fue mejor que en su juventud. Dejaré que se exprese por sí mismo.

IV

Ojalá pudiera contarles mi experiencia a los lectores en primera persona: la sala tristemente iluminada y la barra ante la cual me siento, donde los hombres del GAAM esperan la hora de empezar su ronda; las conejitas de *Playboy* —tan fuera de lugar— forran las paredes y hay viejas revistas y libros de bolsillo apilados, pinceladas del hogar añorado que el ejército decide traer en avión hasta la tierra del Vietcong para que nos sintamos un poco menos perdidos[57]. El agua que se ve por doquier en esta provincia, que cae desde el cielo o se eleva desde los canales, de modo que hasta el suelo sobre el que se alza nuestro edificio se encuentra literalmente bajo el agua. La espera. La fealdad, la crueldad, la tragedia. Y en Saigón, un régimen tan quebrado y repugnante que no hay palabras para describirlo. Los acontecimientos de las últimas dos semanas han hecho que languidezca la esperanza que algunos estadounidenses albergaban de que Diem y sus familiares que lo tienen cautivo fueran capaces de conducir este país a algún lugar donde no imperen la disensión y la muerte. Así pues, esperamos muchas cosas. Ante todo, el final de este régimen.

Han empezado a disparar cañones de 105 milímetros que están apostados a nuestras espaldas. Los proyectiles sobrevuelan la casa. Se oye también el fuego de armas ligeras, pero deben de estar a más de trescientos metros de distancia. Me voy a dormir.

El Delta tiene algo distinto. Al sobrevolarlo uno cobra conciencia de los problemas que plantea. Es completamente llano y dos tercios del mismo están ahora cubiertos de agua. Sí, es el gran bastión del Vietcong, con toda probabilidad el último que caiga. ¿Cómo es posible? ¿Dónde se esconderá? Muchos de sus miembros se ocultan en las inaccesibles marismas del extremo meridional, pero la mayoría ha de pasar los días metidos en casas familiares en las aldeas al sur de Sóc Trăng. Para conquistar el Delta, se necesitarán sin duda nuevos planteamientos y quizá el reconocimiento de que el Programa de Aldeas no se ajusta bien a la situación actual. A este respecto, los ataques de la semana pasada tal vez se revelen útiles; empiezan a llegar las estadísticas y

parece que podrían haberse producido varios cientos de incidentes ¡en una sola noche!

El gobernador de la provincia no es de los más agradables que he conocido. Por desgracia, pues será con él con quien más trabaje. Su esposa es muy guapa, la mejor jugadora de tenis de todo Vietnam, y muy, muy frágil. Al parecer es muy amiga de *madame* Nhu y nos ha contado un montón de cosas durante el almuerzo de hoy. Nos ha enseñado una fotografía coloreada adherida a una bandeja y decorada con cenefas de encaje, en la que aparecen *madame* Nhu y *madame* Chiêu tomadas del brazo. Tras ella, había una decena de trofeos de tenis. Le dije que tendría que traer mi raqueta, que me la había dejado en Saigón. También le conté que Bert Fraleigh, comandante en jefe en funciones del ejército regular en Vietnam (Rufus está de vuelta en Washington, cantado las cuarenta a sus superiores), dice que me dará una paliza. El tipo juega bastante bien, pero debo intentar ganarle si me es posible, por razones políticas obvias.

Reparto dinero, bulgur (una manera estupenda de deshacernos de nuestro gigantesco superávit, aunque solo les gusta a unos pocos, porque no es blanco y no sabe a arroz), aceite para cocinar, cemento, material para construir tejados y otras muchas cosas. Entrenamos y armamos a la milicia de la aldea, pagamos a las familias realojadas (3950 solo en esta provincia, una cantidad enorme que sería aún mayor de no haber ordenado terminar con los desplazamientos) e intentamos poner en marcha los programas de autoayuda (bienintencionados pero muy difíciles de llevar a la práctica), formar a oficiales (en teoría elegidos de forma democrática por primera vez en la historia del país) y construir escuelas (pagando el primer año de salario de los profesores). Estamos aplicando la mejor versión que conozco de la ayuda al desarrollo extranjera: asistir a la gente directamente, sin dar oportunidad a que Saigón meta la mano en la caja. En provincias también hay cierta corrupción, pero no es tan terrible. A mí me impresiona mucho el programa y me pregunto por qué lo consideran tan revolucionario. No sé por qué, siempre me había imaginado —de un modo erróneo, al parecer— que la mayor parte de nuestros programas de ayuda funcionaban así.

Me dicen que muy pronto dejará de llover y que la temperatura subirá un poco. No habrá muchos cambios en el clima, por lo demás. El campo es muy triste y lo acuso cada día más. Hoy ha venido a vernos un vietnamita y nos ha

contado que varios amigos suyos habían muerto a manos de la policía. Sea cierto o no, estoy seguro de que algunos estudiantes han muerto de esa manera. Solemos trabajar mucho y bien aquí, pero hay tanto que escapa a nuestro poder… Ganar la guerra dependerá al final de factores que quizá no podemos controlar. Aquí estamos, en cualquier caso, y no tenemos otra opción.

Una de las cosas raras que ocurren en el Delta es que cuanto más rato conduces por una carretera, más nervioso te pones, y no al contrario, como es habitual. Sabemos demasiado sobre las cosas que han ocurrido por aquí. Esta mañana he tenido que ir a Bạc Liêu con Chiêu y el comandante Butcher, pero por alguna razón Chiêu salió antes que nosotros, mientras yo estaba aún cargando el material escolar en el todoterreno. Butcher se ha cabreado tanto que se ha negado a ir, por no llevar escolta y demás. Yo tampoco quería conducir sin escolta hoy por esa carretera (anoche hubo una emboscada), pero como Butcher se negaba y el día de la ceremonia se acercaba ya, no me ha quedado otra opción. Acompañado de un teniente que debía regresar a Bạc Liêu, donde se encuentra el cuartel de la división, he conducido a toda velocidad y hemos llegado en exactamente treinta minutos, diez minutos menos que mi viaje más rápido hasta ahora.

Hemos tenido que caminar cuatro kilómetros por un fértil arrozal para llegar a una pagoda junto a la cual los bonzos han construido una escuela preciosa con cinco aulas. Resulta que se han quedado sin dinero y ahora piden treinta mil piastras más (unos cuatrocientos dólares) para terminar el trabajo. Mi intención es darles el dinero, claro, aunque si me hubieran pedido esa cantidad completa desde el primer momento no habría podido dársela. Esto plantea una variante del problema al que nos enfrentamos a diario en este tipo de coyunturas tan frustrantes: ¿cuánto debes exigir a cambio a quien recibe tu ayuda? Yo preferiría con mucho ayudar a personas que acuden a mí (de manera indirecta) y piden una cantidad exacta para algo, en lugar de entregar a unos vietnamitas no sé cuánto dinero y tener que explicarles luego qué deben hacer con él. Me doy cuenta de que cuando se dan así las cosas, los resultados por lo general no son los esperados, pues estás ofreciendo a la gente lo que tú quieres y no lo que ellos piden. Por un lado, quizá no pidan para lo que a nosotros nos parece su necesidad más urgente; pero, por el otro,

si les damos lo que piden, se mostrarán más agradecidos. Eso es lo que suelo hacer, dar a la gente de las aldeas lo que me pide, con reservas, reservas que entran en juego en los casos en que el esfuerzo de guerra se ve afectado directamente. Debemos en todo momento enfocar nuestra ayuda a hacer el máximo daño posible al Vietcong.

Hemos caminado a continuación hasta otra aldea con el fin de tramitar una solicitud de fondos y materiales para la construcción de un puente por parte de los locales. He aceptado tras modificar algunas condiciones. A continuación, después del almuerzo, hemos pasado por dos o tres aldeas más para aprobar otros seis proyectos, así que ha sido un gran día para los proyectos autogestionados en la provincia de Ba Xuyên. Nos hemos movido a pie, en barca y en todoterreno por caminos en un estado deplorable y estrechos canales que ponían los pelos de punta, en una zona que, estoy convencido, se halla atravesada de cabo a rabo por el Vietcong. En una aldea, las ancianas, que son las que mandan de verdad, empezaron a explicarle al jefe del distrito la pobreza que allí reinaba, y pidieron de todo: arroz, ropa, etcétera. Pude darles ropas y bulgur, pero arroz no. No parecían muy emocionadas con las posibilidades del bulgur. Ha sido duro. Luego hablamos con otra mujer mayor, que de repente se puso a gimotear y llorar. Al parecer, tenía una vaca que apenas dos horas antes había pisado una mina. La vaca había muerto en el acto, aunque solo tenía una contusión tras una oreja. Creo que la vaca murió en realidad por la explosión, aunque no estoy seguro del todo. Los gimoteos eran dignos de oírse. El jefe del distrito se planteó pagarle el precio de la vaca de su propio bolsillo, pero luego cambió de idea. Mientras nos íbamos, he visto a los aldeanos arrancar trozos de carne de la vaca para venderla, a cuarenta piastras el kilo.

Los McDowell viven ahora en una casa nueva que está justo a espaldas de la mía. La señora McDowell parece acusar ya la tensión: siempre está escribiendo o leyendo, y buscando conversación. Su marido es un buen hombre, aunque bastante soso, por desgracia. Me temo que la vida que lleva en la actualidad la llevará a descubrir forzosamente muchas cosas sobre él (no hay ninguna otra mujer occidental en el pueblo, y las vietnamitas están fuera de su alcance, porque no habla ni una palabra del idioma y ellas no hablan inglés; en todo caso, tampoco serían capaces de comunicarse hablando la misma lengua). Por supuesto, es posible que ella también sea bastante sosa.

Es probable, de hecho. En cualquier caso, George hará un buen trabajo para la USOM y eso es lo importante. La gente del GAAM forman en verdad uno de los grupos humanos menos atractivos de todo Vietnam. Están toda la jornada quejándose y cuentan los días para marcharse. No hay en sus filas ni una sola mente brillante. Yo paso mucho tiempo con ellos, como allí casi a diario y trato de llevarme bien con todo el mundo. También voy allí a ducharme e ir al baño, necesidades que en las casas civiles que nos asignan no quedan del todo cubiertas.

Mi trabajo como asesor civil ante el gobernador de la provincia y supervisor del programa de ayuda me obliga continuamente a defender planes y proyectos que tratan de hacer realidad los clichés de que se alimentan las promesas vacías de todo el mundo. Eso no me importa (de hecho, lo disfruto) pero, en ocasiones, me resulta agotador intentar convencer a los vietnamitas de que hagan algo que, al fin y al cabo, es por su propio bien (o eso creemos nosotros…). Por otro lado, cuando doy un paso atrás para ver las cosas con perspectiva, tengo la impresión de que los vietnamitas llevan bastante bien nuestra presencia, ubicua desde hace unos años. Llegamos aquí sin conocer el país y sin tener ni idea de cuál era la situación, y nos pusimos de inmediato a dar consejos, algunos de los cuales se convertían en órdenes, básicamente porque ejercemos un control completo sobre materias primas, fondos y medios de transporte. Creo que ningún estadounidense aguantaría una injerencia extranjera tan intensa y prolongada en su país, aun cuando se hallara en juego su supervivencia. Los vietnamitas lo aceptan, sin embargo, y con bastante buena disposición.

Hace dos días salí en mi primera operación. Partimos sobre las cinco de la mañana en barca hasta el punto de salida. Luego caminamos unos ocho kilómetros a través de manglares muy espesos, en pleno territorio del Vietcong, aunque no vimos ni a uno. Todo el contacto que tuvimos con el esquivo enemigo fueron tres granadas colocadas en un sendero a modo de trampa. La unidad a la que acompañaba se encuadraba en la Guardia Civil sudvietnamita. Se trataba de una operación de las llamadas de «búsqueda y limpieza». Estas operaciones no tienen parangón si lo que se desea es obtener nulos resultados: avanzamos despacio y haciendo mucho ruido y a todo el mundo le gusta disparar al aire (supuestamente, para advertir al Vietcong de

que vamos a por ellos). El Vietcong, con buen criterio, bien se desvanece ante nuestras narices —como ocurrió el miércoles pasado—, bien reúne a un grupo nutrido de guerrilleros y nos embosca. (La mayor parte de las veces, podrían haber estado a diez metros y no los habríamos visto). Por lo general se volatilizan a dos palmos de nosotros, pero en ocasiones nos dan para el pelo.

No he tardado mucho en llegar a la conclusión de que el delta del Mekong es quizá el lugar más invivible que haya conocido en mi vida y, aun así, la mitad de los quince millones de vietnamitas habitan aquí. Tenemos al alcance de la mano, relativamente al menos, uno de los puntos más importantes para que nuestra estrategia bélica salga adelante: la consolidación de los planes para el Delta. No obstante, igual que siempre, siento como si estuviera sentado al borde de un altísimo precipicio. Espero no hacer nada que precipite mi caída. Sé que Melvin está impresionado con mis logros, los cuales no se han hecho esperar. Me enfrento a una situación vital enormemente compleja y sutil, y no tengo ni idea de cómo estoy haciéndolo. Veremos. Últimamente me revolotean por la cabeza cosas grandes, grandes, grandes de verdad. McNamara y Taylor están aquí, y Rufus ha vuelto. El presidente Kennedy debe tomar decisiones sobre nuestro futuro militar en el Delta y sobre las políticas que hay que aplicar en Saigón.

McNamara y Taylor han estado en Phan Rang apenas media hora. El programa que siguen los visitantes es triste e irritante. Por ejemplo, en Phan Rang se han detenido treinta minutos y han escuchado una charla informativa del gobernador provincial. A continuación, han hecho preguntas del tipo «¿Cómo están las cosas?» o «¿Qué problemas tenéis?». Eso es aún peor que intentar enterarse de cuáles son los problemas de Estados Unidos entrevistando a los gobernadores estatales delante de un grupo de periodistas. («Dígame, gobernador Wallace, ¿qué problemas tiene Alabama?»). La única manera de averiguar algo útil sería sentarse con los conocedores del sector y sacarles los datos reales, y no todas estas patrañas. A McNamara y a Taylor les han dado datos simple y llanamente falsos. A veces los vietnamitas nos cuentan cosas que son ciertas, pero no nos ayudan en nada ni a nosotros ni a nuestra postura en el país, porque esa información veraz queda desvirtuada por las mentiras. Tengo una opinión cada vez más contundente a este respecto: si no aprovechamos la ocasión que nos brindan estas visitas, perderemos mucho. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Estoy cansado, y me desanima

un poco pensar en esas mentes brillantes en el viaje de regreso a Washington dándole vueltas al tipo de conclusiones insípidas que acaba extrayendo incluso quien mejor y más inteligentemente sabe escuchar cuando se le presentan versiones contradictorias de los hechos.

He regresado hoy a Saigón desde Sóc Trăng, tras una semana de trabajo sobre el terreno. Me alegra volver tras este tiempo en provincias, donde, para ser sincero, la vida se me hace algo difícil. Todo está mojado y no hay ningún sitio en que sentarse sin más y relajarse, o aun para trabajar en paz. Sigo sin baño y sin agua corriente, aunque me lo solucionarán pronto, estoy seguro. Acabo de mirarme en el espejo, creo que por primera vez en meses, y, sinceramente (no es una imagen poética), no tenía muy claro quién era el tipo del reflejo. Me he asustado un poco, nunca me había pasado. He perdido un montón de peso, pero debe de ocurrirme algo más. La pérdida de peso se nota tanto que todos mis conocidos me hacen comentarios al respecto. Me alegra estar más delgado, pero la cosa no para. Supongo que sudo mucho. Sorprendentemente, no tengo problemas de estómago, que sería la manera de perder peso en realidad. Tengo tal cara de malo y de serio como si no fuera a sonreír nunca más en la vida. Aunque no es cierto, creo que ayer sonreí tras perder un partido de tenis en Sóc Trăng frente a un público formado por ciento cincuenta vietnamitas boquiabiertos. Jugué bastante mal: me comían los bichos y sudaba tanto que se me escurrió la raqueta dos veces cuando era mi servicio, lo cual hizo las delicias del público. Realmente fue una sonrisa de valor, de esas que ya sé dirigir a cualquier persona que se me planta al lado y trata de emboscarme.

Nada más llegar, por la tarde, he recibido tres invitaciones para cenar, lo que ha hecho que me sintiera socialmente más aceptado que nunca antes en mi vida. Todas para esta noche. En realidad, eran todas para la misma cena, en casa de Tony, cómo no. Tony y Toni son las personas que más aprecio en la ciudad. Tony Él dice que está un poco harto de la sección consular, y es comprensible. Con todo este torbellino cerniéndose sobre nosotros, tengo la impresión de que Lodge y su imprescindible ayudante, el señor Dunn, escogerán a Tony de un momento a otro para algún tipo de trabajo encubierto clave. Tony se ríe ante la idea, pero creo que es muy posible. Saigón es, cada día más, uno de los sitios menos interesantes en que haya estado. No hay en

toda la ciudad ni una obra de arte u objeto artesanal. Pasan por tales los pececitos de celofán, los dragones de porcelana, etcétera, esas cosas sobre las que se abalanzan los estadounidenses. Lo poco que hay para hacer vuelve aún más difícil la vida. Saigón carece de salones de baile o clubes nocturnos como los conocemos nosotros. Apenas se puede disfrutar de unas cuantas cantantes con cierto encanto, que son siempre las mismas y cantan siempre en los mismos bares. No hay acontecimientos deportivos de importancia, ni museos. Solo hay un zoo, que no está mal. (Los zoos, no obstante, pierden cierto encanto cuando en lugar de estar contemplando una extraña ave del otro lado del mundo, te muestran una extraña ave atrapada a cuarenta kilómetros del zoo). En primer lugar, la tensión creada por los soldados ayuda a no pensar en lo lúgubre que es esta ciudad. Yo, sin embargo, lo acuso cada vez más. Cuando estoy en Saigón, juego al tenis y a los bolos, salgo a cenar (en uno de los pocos restaurantes que hay), visito a unos pocos amigos o me siento frente al aparato de aire acondicionado para pasar un rato sin sudar a mares. Cuando estoy en el Delta sueño con el aire acondicionado. Tony Él ha sufrido hoy una intoxicación alimentaria. Espero que no sea grave. Toni Ella y yo nos llevamos cada vez mejor.

Los veo cada vez que visito Saigón y son en realidad las únicas personas que me caen bien aquí. Lo primero que hago al llegar es llamar a Tony, y siempre comemos al menos una vez juntos y vamos a jugar a los bolos y al tenis. Siempre les apetece quedar conmigo y a mí también. Toni es la única esposa de estadounidense que me resulta soportable; para mí, todas las demás son o unas brujas o aburridísimas o no callan ni debajo del agua, o las tres cosas a la vez. Creo que hay razones que explican esto y no es solo el azar. Los hombres trabajan mucho y muy bien, y eso deja a las mujeres mucho tiempo para lidiar con las pequeñas dificultades de la vida saigonesa. Ninguna de ellas se dedica a las labores del hogar, lo que contribuye en gran medida a ese carácter insoportable. Se dedican a pelearse con las sirvientas y a hablar sin descanso de ellas y a preocuparse por sus hijos, que posiblemente estén siendo educados (en mi opinión) de la peor manera posible, alejados de la realidad de las cosas y de la vida real tanto estadounidense como vietnamita. Las mujeres, además, se preocupan mucho por la trayectoria profesional de sus maridos (un lugar común desde los días del imperialismo británico: los

hombres tenían una conducta muy igualitaria, hasta que decidieron llevar a sus esposas con ellos y nacieron así los clubes exclusivos, etcétera).

Sea como fuere, no me caen bien las mujeres estadounidenses que hay en Saigón, creo que lo he dejado claro. La Excepción, como la llamamos, es Toni Lake, quien cada vez me impresiona más. En cierto modo, ha cambiado mucho desde que llegó proveniente de Washington y, en cierto modo, también me equivoqué al prejuzgarla cuando la conocí. Es una persona sorprendentemente fuerte. Sabe manejar muy bien al viejo Tony, y siempre consigue tranquilizarlo cuando empieza con sus «hoy he cometido un error por el que acabarán trasladándome», cosa que es habitual en él y que resulta bastante irritante (porque todos sabemos que está realizando un magnífico trabajo en un puesto muy complicado, y será el primero de entre nosotros al que asciendan). «Oh, no, seré el último. De verdad», replica siempre él, lo cual me saca de quicio, porque lo que pretende es que le doremos la píldora y le digamos lo bueno que es. Toni, en cualquier caso, siempre sabe cómo tratarlo.

Es sábado en Sóc Trăng y, sin duda, como dice la canción, esta es la noche más solitaria de la semana. Conozco un buen bar que frecuentan los estadounidenses y las chicas son simpáticas y conmigo más aún, porque hablo vietnamita, pero NO. Regreso a Saigón los fines de semana y cada vez que se me presenta la menor oportunidad principalmente porque el GAAM y McDowell son los yanquis más tristes que uno pueda echarse a la cara. Salvo McDowell, la gente del GAAM odia Vietnam, están deseando largarse y no hacen más que soltar tacos sin descanso. Cuando no están en sus despachos están sentados en corro aquí o allí. Pocos son los que entienden en verdad la situación. Casi todos la ven como una cuestión puramente militar: «Una sola división del ejército bastaría para limpiar este sitio» es una de las afirmaciones que más se oye, lo que no podría estar más lejos de la realidad. Una división de marines se dejaría hasta la última gota de sangre entre los manglares y arrozales, y el Vietcong ni se despeinaría. Eso es lo que creo que el Vietcong quiere que hagamos, y sería un terrible error. La gente del GAAM se pavonea de su dureza y su habilidad, pero no tienen el mínimo ojo clínico.

El ejército, al que poco a poco estoy tomando bastante manía, convierte a los hombres en quejicas que solo respetan el rango, el cual consideran,

incluido el propio, medida de la inteligencia. Por descontado, no me gusta la actitud que demuestran hacia los civiles. Para ellos yo no soy más que un «vendedor de bulgur» y piensan que mi trabajo no tiene nada que ver con la guerra. Les ofende y, de hecho, temen que haya un puñetero civil entrometiéndose y haciendo cosas que podrían estar condicionando el esfuerzo bélico. Esto no es así en todos los casos, de todos modos: hay hombres como el asesor adjunto de división, Col Montague, quien afirma que un pozo hace al Vietcong mucho más daño y de manera más permanente que cualquier operación de limpieza. Sin embargo, su caso es único y nuestra labor se desarrolla entre una marabunta de personas muchas de las cuales matarían en el Delta a cualquier sin preguntar, porque «son todos del Vietcong».



Trocha entre campos de cultivo en la provincia de Ba Xuyên. Holbrooke Papers.

Desconozco la solución de nuestras tribulaciones en Vietnam del Sur. Sin embargo, creo que hoy conozco la naturaleza y alcance del problema y no deja de sorprenderme que tantos militares que llevan aquí muchos meses no sean capaces de ver lo que tienen delante de sus narices. El cliché es tan viejo y está tan trillado que me convencí de que todo el mundo sabía que, a efectos prácticos, se había convertido en una política y resultaba peligroso contradecirlo: esta es una guerra por la mente y el corazón de la gente. Creo que este es el principal papel de la USOM y la embajada: propagar a todos los

niveles y en todo momento la idea de que esta guerra no podrá ganarse solo encadenando victorias militares sobre el Vietcong.

Por tercera noche seguida disparan las armas de mayor calibre que tenemos en Sóc Trăng, los obuses del calibre 155, siempre hacia el este, en concreto hacia la isla que hay en mitad del río Bassac y que marca la frontera septentrional de la provincia. Se trata de una gran operación de castigo cuyo objetivo es destruir los arrozales (pues la isla está ocupada enteramente por el Vietcong), con algunos contactos sobre el terreno y mucho apoyo aéreo y de artillería. Así es como el Ejército de la República de Vietnam libra esta guerra: si hay posibilidades de que el enemigo ronde por las inmediaciones, en lugar de hacer avanzar las tropas, se ordena detener todo movimiento y se pide un ataque aéreo que atenace al contrario y las andanadas de artillería que sean necesarias. Jamás se persigue al rival sobre el terreno. El elevado número de bajas que se produce siempre se debe en parte a la combinación de estos dos tipos de ataques, y son estimaciones basadas en las observaciones de misiones de reconocimiento que sobrevuelan la zona a doscientos cincuenta kilómetros por hora o en el informe de agentes de inteligencia que compiten entre sí para ver quién complace más a los superiores. Lo que es aún peor, un porcentaje considerable de todas las bajas causadas por los bombardeos desde tierra y aire corresponde, sin duda, a no combatientes. Los campesinos atrapados por siempre en mitad de la guerra.

Hay cosas que disfruto de Vietnam y que no tienen que ver con nuestra misión, sino con mi disposición personal: me gusta el dinamismo de la gente buena y de los hombres que están haciendo para nosotros el mejor trabajo que pueden. Hay muchas personas a quienes deberían echar, pero los que son buenos son muy, muy buenos. Es emocionante regresar a Cà Mau o a Bạc Liêu o a Saigón y encontrarme con esas personas, con algunas de las cuales he compartido duros días sobre el terreno, en distintos lugares del país. Es maravilloso volver a ver, sin esperarlo, a alguien a quien conoces y respetas, en alguno de los aeródromos del Delta. Disfruto mucho del melodrama de los helicópteros, incluso del H-21S, que tan poca gracia me hace, porque cada dos por tres los derriban en cualquier rincón del país. Si sigo montando en ellos, imagino que terminaré cayendo con todo el equipo en algún arrozal, como les ha ocurrido a tantos. Con el aire azotándote en la cara por el giro de las palas del rotor, saltamos de los aparatos y nos dirigimos con paso veloz

hacia el grupo que siempre espera. El fragor es enorme y nunca se puede oír a nadie. Esas escenas, tan comunes para mí hoy, siguen deparándome momentos de emoción, aunque aquí no me atrevería a reconocérselo a nadie.

A las cinco de la mañana ha llegado la noticia de que el Vietcong había atacado y posiblemente conquistado nuestro puesto de avanzada más lejano en la provincia de Ba Xuyên. Se trataba de una posición camboyana, situada a solo tres kilómetros de un manglar donde uno de los brazos del río Mekong desagua en el mar de China Meridional. Ese manglar, como todos, es un paraíso para el Vietcong. El puesto de avanzada protegía un pueblo bastante grande y de importancia crucial, también camboyano, que McNamara justamente tenía planeado visitar hoy. En cualquier caso, sobrevolamos el área en círculo durante una hora, a unos quinientos metros de altura, y desde arriba vimos con toda claridad que el puesto de avanzada había sido destruido. No sabíamos cuál era la situación sobre el terreno, pues recibíamos fuego de vez en cuando. Repostamos en Sóc Trăng y nos unimos a una Cuadrilla Águila que se dirigía a reconocer la zona. Una Cuadrilla Águila es un grupo de entre seis y diez helicópteros que vuelan muy bajo sobre áreas complicadas, esperando atraer fuego, tras lo cual contraatacan. Nosotros volábamos a bordo de uno de los helicópteros principales de la cuadrilla, que trasportaba tropas vietnamitas. Por fin, nos avisaron de que la infantería había alcanzado la aldea y el puesto, así que aterrizamos.

Ya en tierra nos encontramos con una auténtica pesadilla. Algo que espero no tener que volver a ver en la vida. El Vietcong se había hecho fuerte a solo cincuenta metros y había instalado un arma automática de 75 mm y sin retroceso, y había aplanado la posición antes de colocar a un hombre en ella. (Ese tipo de arma debía provenir sin duda de China; jamás las había visto en Vietnam, ni en el ejército estadounidense ni en el francés ni en el vietnamita). A diferencia de lo que ocurre en muchos otros puestos, aquel, al parecer, no había caído desde dentro. Quizá se deba en parte a que se trataba de un pueblo camboyano y los camboyanos son quienes mejor pelean de toda la región.

El fuerte era un auténtico desastre. De la dotación de treinta y un hombres, habían muerto diez, y también los siete niños y cuatro mujeres que los acompañaban en aquella trampa horrible, como es habitual. Cuando entramos, los supervivientes se habían ocupado de amontonar los cadáveres y el

gimoteo de las mujeres, y el hedor y la pesadez del aire que todo lo envolvía eran… Todos hemos visto imágenes de personas abriéndose paso entre los escombros de la guerra en Europa y Japón, y en la actualidad vemos cosas parecidas en las noticias, pero aterrizar en un lugar así de esta manera ha sido nuevo para mí. Uno no sabe nunca cómo reaccionará; yo no lo he hecho tan mal como temía. Quizá poco a poco me he ido acostumbrando a esto. (Cosas así han ocurrido en muchas ocasiones y Vietnam es, ya desde antes, un país muy cruel. Pero esto es lo peor que he visto hasta ahora).

Luego me costó mucho trabajo apartar de mí las imágenes del fuerte de Can Ngành. Era todo muy irreal, porque los pájaros seguían revoloteando y los niños de las casas más cercanas, situadas a menos de cincuenta metros de distancia, jugaban y la situación parecía normal. Pero no, ahí estaban las mujeres arrodilladas, llorando junto a los cuerpos destrozados de sus maridos, cuyas piernas asomaban grotescamente por aquí y por allá. Uno de los morteros había explotado junto a uno de los rincones del fuerte y por el suelo había unos sesos desparramados.

Se suponía que McNamara tenía previsto visitar hoy la aldea y el fuerte. Podemos hacer tan poco… Pero, por supuesto, le dije al gobernador de la provincia que me parecía bien pedir más fondos para ayudar a quienes habían perdido a sus familias y al resto de gente de la aldea, que había sido atacada muchas veces antes, pero ahora con más crudeza que nunca. No parece que eso vaya ser de mucho consuelo un día como hoy.

Para la visita de McNamara, al gobernador de la provincia pidió todas las banderas estadounidenses que hubiera en las inmediaciones. Resultó que no había ninguna. Ordenó a todos los sastres de Sóc Trăng que trabajaran toda la noche para que a la mañana siguiente hubiera cuarenta banderas, que se transportarían en camión a Bạc Liêu. A medio camino, el camión pasó sobre una mina y los dos conductores resultaron heridos. Las banderas quedaron inutilizables y al día siguiente no se vieron las barras y las estrellas por ningún lado. Solo había una bandera, que tenía únicamente veinticinco estrellas en el cantón azul. Cuando pregunté por qué, me contestaron que había veinticinco estrellas por cada lado, cincuenta en total.

Ayer bajé al GAAM y vi el nuevo informe que se había redactado tras la visita de McNamara y Taylor, uno de los cuatro que el GAAM y la USOM deben enviar conjuntamente al año. Se remitirá a nuestros superiores al cabo

de dos semanas y los ingenuos de Saigón y Washington creen que cerrará la brecha entre la realidad del teatro de operaciones y los informes que reciben los cuarteles. Previsiblemente, el informe será desgranado, analizado y refutado línea por línea y, a partir de las conclusiones que se extraigan de él y otros informes similares, se tomarán decisiones. El único inconveniente es que dudo mucho de que funcione. Claro, resultará de ayuda, pero no solventará el problema fundamental: la información recopilada por una persona en una situación demencial como la nuestra no puede usarla de manera eficaz otra persona a quince mil kilómetros con objeto de tomar una decisión. Y hay otra cosa, que apenas sé cómo expresar con palabras: todo lo que se cuenta es tan confuso y descorazonador… Los informes mienten, y punto.

Mis fotografías fueron y volvieron de Honolulú; me refiero a las que tomé en color en el fuerte destruido. Llaman la atención y quizá sean buenas fotos, aunque muy sangrientas. En una de ellas aparece una madre dando de mamar a su hijo junto al cuerpo de su esposo muerto. Es, a un tiempo, la mejor y la peor.

Cada vez tengo más dudas sobre el enfoque básico que estamos dando a esta guerra. Los últimos debates y algunas informaciones que me han llegado a través de fuentes diversas indican que, tras las visitas, McNamara quiso dar más peso a la fuerza aérea y los helicópteros acorazados. Creo que esta es una decisión pésima, tanto moral como tácticamente. Desde luego, jamás daría resultado criticar una medida de este tipo con argumentos morales, y menos en la comunidad estadounidense de Vietnam, que es muy dura y se hará más dura con el tiempo («La guerra es el infierno» es un lema que justifica cualquier horror, y es el lema de muchísima de la gente que me rodea, entre ellos, lamento decirlo, el propio Jim Rosenthal, que es uno de mis mejores amigos). No obstante, la decisión de luchar contra el Vietcong desde el aire puede criticarse con dureza usando otros argumentos diferentes y muy sencillos: es una propuesta estúpida (o como dijo Talleyrand en una ocasión: «Señor, es peor que un delito. Es un error garrafal»). Estoy convencido de que el Vietcong a menudo dispara contra nuestros aviones solo para atraer el fuego de nuestra artillería sobre las aldeas. Esto sorprendería a cualquiera,

pero es un hecho por lo general aceptado. La razón es que cuando se bombardean las aldeas, el Vietcong tiene propaganda para rato.

Los franceses perdieron Indochina matando al enemigo. Un disparo de un aldeano desencadenaba un ataque con toda la furia de la fuerza aérea y, al día siguiente, se apuntaban al Vietminh decenas de nuevos reclutas: los hombres que habían sobrevivido al ataque y sus parientes de otros pueblos. Esta, según creo, es la cuestión básica, y la diferencia fundamental entre el terror indiscriminado, como el que producen los bombardeos, y el terror selectivo, como el que practica el Vietcong. El Vietcong matará a un hombre, y no necesitará matar a más, para mostrar al resto que no es muy buena idea asomar la cabeza en solitario para demostrar lo bien que se te da luchar contra los comunistas. (La semana pasada asesinaron al mejor jefe de distrito de una provincia y también a uno de los mejores gobernadores provinciales de todo el país).

Así pues, si queremos ganar esta guerra ejerciendo la superioridad aérea, morirán miles de vietnamitas y el enemigo resistirá mucho más tiempo. Estaremos cometiendo un grave error. Me preocupa sobremanera. Por supuesto, la paradoja del asunto es para caerse de espaldas, si es que hay alguien tan estúpido para dedicarle más de un momento de reflexión. A día de hoy, en Vietnam, estamos usando peores armas y tácticas mucho más inhumanas que el enemigo. No me cabe duda de que matamos a más civiles que el Vietcong, con tácticas que podríamos calificar, en general, de menos selectivas. Menos «correctas». Supongo que, a largo plazo, estamos donde tenemos que estar. No tengo duda tampoco de que, si perdemos aquí, libraremos esta misma guerra en otros países de Asia o de América Latina dentro de unos pocos años. Ahora mismo, en cualquier caso, estamos haciendo mal la guerra, y eso duele. A corto plazo, deberíamos estar en el otro bando: si no tuviéramos en cuenta los vínculos con Hanói y con Pekín, nos percataríamos de que el Vietcong está luchando por las cosas por las que todos deberíamos luchar en el mundo. Pero en su lugar, seguimos defendiendo a la clase de poderosos que aún no se ha demostrado capaz de entender que los no poderosos deben participar del gobierno de la nación. Si nos centráramos en eso la situación mejoraría. Quizá no por obra nuestra, pero sí para nuestro beneficio.

Toda esta puñetera historia hace que me sienta algo indispuesto. (Creo que me duele la garganta). Este es el trabajo más emocionante del mundo y siempre me mostraré agradecido por poder dedicarme a él, pero no creo que lamente irme de aquí. A un amigo mío acaban de comunicarle su próximo destino: Luxemburgo. Casi parece un chiste, pero es cierto. Hay sitios así. Creo que estoy empezando a ver la guerra —porque, maldita sea, la guerra es esto— desde el punto de vista menos épico de todos. Como ocurre en ocasiones, la lucha deja de merecer la pena, por lo sangriento y el coste de vidas. Aunque… no tenemos elección, ¿verdad?

V

El 26 de octubre fue la festividad nacional de Vietnam, que conmemora el día de 1955 en que Ngo Dinh Diem se autoproclamó presidente de la República. Holbrooke ocupó un lugar como invitado de honor en el palco de autoridades, en SócTrăng. Los Lake supuestamente iban a viajar para visitarlo y participar también en las celebraciones, pero Toni Ella volvió a enfermar y tuvo que ingresar de nuevo en el hospital. En el desfile militar participaron unas chicas uniformadas de azul que cargaban fusiles al hombro: el cuerpo paramilitar de *madame* Nhu, cuyas integrantes se desmayaban una y otra vez debido al intenso sol. Un avión de reconocimiento L-19 sobrevoló el lugar y dejó caer una lluvia de papelillos que rezaban: «¡Alabados sean la República y su presidente!». Más tarde, en casa del gobernador, como merienda les ofrecieron a Holbrooke y el resto de dignatarios una tarta con forma de aldea estratégica.

Holbrooke tenía aún poca experiencia y no se había enterado de que se aproximaba el golpe de Estado. Rufus sí lo sabía.

Habían convocado a Phillips en Washington en septiembre, debido a la enfermedad terminal de su padre[58]. La mañana del día 10 de ese mes debía acudir a la Casa Blanca. En torno a la mesa de la Sala del Gabinete, Phillips reconoció los rostros de McNamara,Taylor, Rusk, Harriman, Hilsman, John McCone (de la CIA) y del consejero de Seguridad Nacional, McGeorge Bundy: todos los grandes nombres de las políticas sobre la guerra en Vietnam. Kennedy estaba siendo informado por otra delegación de reconocimiento compuesta por dos hombres que acababan de regresar de Vietnam del Sur. Victor Krulak, general de los marines a las órdenes de McNamara, explicó al presidente que durante su visita de dos días al país había hablado con ochenta y siete asesores y consejeros estadounidenses, con veintisiete oficiales vietnamitas y con el general Harkins. Declaró con gran seguridad en sí mismo que la crisis de Saigón estaba teniendo muy pocos efectos sobre la guerra, y que las cosas iban muy bien en el campo de batalla. Entonces, el civil que había acompañado a Krulak en ese viaje, un funcionario del Departamento de Estado llamado Joseph Mendenhall, contó que la guerra contra al Vietcong

había perdido prioridad con respecto a la batalla por el gobierno de Vietnam del Sur, el cual estaba a punto de caer.

—¿Seguro que habéis estado en el mismo país? —preguntó Kennedy.

Phillips se hallaba sentado contra la pared, en una de las sillas destinadas a los oficiales de menor rango que estaban presentes, pero no tenían voz. Que estuviera allí era accidental: en una visita a Saigón, el columnista Joseph Alsop había dado a Phillips un sobre cerrado para que lo entregase a uno de los asistentes de Kennedy en Washington. El sobre contenía una nota que rezaba: «Phillips sabe más sobre este espectáculo y emite juicios más acertados que nadie que yo conozca». El asistente había mostrado la nota al presidente, quien garabateó en el mismo papel: «Pídale a Phillips que informe». La gente que es más experta en un tema casi nunca está en la sala cuando se debate un asunto en las altas esferas. Solo se confía en los círculos más íntimos, por las posibles filtraciones.

En su fuero interno, Phillips se decía que cuanto se estaba exponiendo allí era abstracto e irrelevante, y no tenía nada que ver con el Vietnam que él conocía. De repente, alguien mencionó su nombre al presidente. Lo invitaron a sentarse junto a la mesa, en primera fila. Kennedy le pidió que explicase por qué las versiones de los hechos que acababan de escuchar eran tan distintas. Phillips respondió que ningún oficial del ejército vietnamita contaría la verdad desnuda delante de sus superiores a un estadounidense de visita como Krulak, al que nadie conocía de nada. Todos debían mentir por imperativo profesional. La verdad se reservaba para los amigos estadounidenses conocidos desde hace años, y se contaba en las cenas íntimas.

En ese momento, el ágil Kennedy se habría dado cuenta de que Phillips acababa de encender un potente foco que exponía en toda su falsedad las muchas misiones relámpago de alto nivel que el presidente llevaba enviando a Vietnam desde 1961.

Kennedy preguntó entonces a Phillips por la guerra:

—Siento tener que decirle esto, señor presidente, pero no vamos ganando. Especialmente en el Delta.

El Vietcong acababa de destruir sesenta aldeas estratégicas en la provincia situada al sur de Saigón: había cortado las alambradas de espino, se había llevado las techumbres metálicas y había enviado a los campesinos de vuelta a sus pueblos de origen, mientras las tropas sudvietnamitas responsables de su

defensa quedaban confinadas en los cuarteles porque Diem temía que intentasen dar un golpe de Estado. Era casi inconcebible confesar un error en un programa propio cara a cara con el presidente, pero Phillips acababa de hacerlo.

—Usted no tiene ni idea de cómo funciona el ejército —dijo el general Krulak—. Esto es una guerra.

—Esto es una guerra política, y estamos perdiéndola —replicó Phillips. Krulak echaba humo por las orejas, McNamara negaba con la cabeza y Kennedy tomaba notas—. La mayoría de los vietnamitas querrían a Diem en el gobierno, pero todos mantienen una férrea oposición a los Nhu —continuó Phillips—. Lo que hace falta es una campaña para aislar a este y sacarlo del país. Y esa campaña necesita a un director. Y ese director debe ser el general Lansdale.

—Quiero darle las gracias por sus comentarios —dijo Kennedy cuando Phillips hubo terminado—. En particular, por su recomendación acerca del general Lansdale.

Sin embargo, separar a los hermanos Nhu estaba más allá del poder, incluso del de Lansdale. Diem había perdido el contacto con su pueblo y quizá Lansdale había perdido también su toque mágico de antaño. Y quizá Phillips estaba recreándose en ilusiones y buenas intenciones.

Lansdale no fue enviado de vuelta a Saigón: McNamara seguía siendo un obstáculo. En su lugar, Kennedy ordenó a este y a Taylor partir en una nueva misión para recabar información, como si la luz emitida por Rufus Phillips quedase de inmediato atenuada por la presión burocrática derivada de la reticencia de Kennedy a dejarse iluminar el camino.

Phillips regresó a Saigón y allí se topó con hostilidades abiertas entre el régimen de Diem y los estadounidenses[59]. Lodge canceló los programas de cooperación económica y militar. El precio del dólar en el mercado negro paso de 90 a 140 piastras en una sola semana. El periódico del régimen, *Times of Viet Nam*, acusaba a Phillips de ser el número dos de la CIA en Saigón. A finales de octubre, Diem convocó a Phillips a su palacio y le pidió disculpas por aquella publicación.

—¿Crees que habrá un golpe de Estado? —preguntó Diem en voz baja, mirando a Phillips a los ojos y sacando un cigarrillo de una cajetilla de tabaco.

—Me temo que lo habrá, señor presidente —contestó Phillips. A través de su hombre de contacto y mensajero, un tipo francés llamado Lucien Conein, Lodge había dado a entender muy claramente a los generales disidentes que había llegado el momento, y los estadounidenses se subían al barco.

El viernes, 1 de noviembre, Holbrooke debía haber volado a Saigón en el vuelo que salía por la tarde desde Sóc Trăng para pasar allí el fin de semana[60]. Pero después del almuerzo, salió de la ciudad acompañado de George McDowell para conocer el solar donde querían construir el Centro de Demostración de la Vida Rural, una escuela donde los agricultores de las aldeas más remotas tomarían clases de agricultura y cría de animales. La construiría el ejército sudvietnamita, que hasta entonces no había participado en ningún proyecto civil en Ba Xuyên porque los oficiales no habían querido y los asesores militares estadounidenses tampoco le veían sentido. Su fin: contrarrestar la propaganda del Vietcong, según la cual el gobierno no se preocupaba de la gente. Holbrooke ideó el siguiente eslogan: «El ejército y los campesinos trabajan juntos por el bien común y contra el enemigo común: el Vietcong»[61]. El proyecto le ilusionaba, pues estaba dirigido a las mentes y los corazones. Lansdale en estado puro.

El jeep derrapó en la estrecha pista de tierra que discurría junto al solar y cayó a un canal. La situación parecía no tener arreglo, pero Holbrooke reclutó a una decena de agricultores que observaban el pequeño atolladero en que se habían metido los estadounidenses y accedieron a bajar al canal y echar una mano para sacar el jeep. Gracias a su ayuda, llegarían al avión… salvo que no había avión. En el aeródromo de Sóc Trăng se informó por megafonía de que todos los estadounidenses debían quedarse en sus domicilios debido a los disturbios.

Holbrooke telefoneó a Lake a su casa, quien le informó con toda tranquilidad de que Toni y él no podían salir porque por todo alrededor oían disparos de arma corta. En Saigón estaba ocurriendo algo gordo. Había opción de tomar el vuelo desde el aeródromo de Cần Thơ, un pueblo grande situado a orillas del brazo más meridional del Mekong, a unos sesenta kilómetros al norte del aeródromo de Sóc Trăng. Holbrooke condujo de vuelta al GAAM y los asesores militares le explicaron que la carretera que llevaba a Cần Thơ se hallaba en muy mal estado y que un comando del Vietcong

operaba en las inmediaciones. Pero él tenía claro que debía llegar a Saigón o se volvería loco encerrado en Sóc Trăng, así que saltó a su jeep inundado, sacó su pistola calibre 45, la colocó en el asiento del copiloto y se lanzó en soledad a la carretera rumbo a Cần Thơ. Pasó por varios lugares de emboscada bastante obvios, entre las altas hierbas que flanqueaban los canales y, cuando llevaba más o menos un cuarto del recorrido, se dio cuenta de que era una locura seguir adelante. Cuando estaba a punto de darse la vuelta, lo adelantó a toda velocidad un camión del ejército sudvietnamita, así que en el último instante decidió continuar hasta Cần Thơ, pegándose al camión, que le haría las veces de parapeto.

Al llegar, quiso sacar el cargador de la pistola y quitarle las balas. Apuntó hacia el suelo, como había aprendido, pero el arma se había encasquillado y terminó disparándosele. La bala atravesó el suelo del vehículo, entre el embrague y la palanca cuatro por cuatro. El estruendo fue terrible y también el retroceso. Fue ese tipo de cosas que, para más inri, ocurren en un momento crítico y una de las que le hicieron pasar más vergüenza durante toda su estancia en Vietnam. Desde ese momento, decidió que se enfrentaría a los problemas desarmado.

El caso es que tampoco salía ningún avión desde Cần Thơ. Holbrooke trató de ponerse en contacto de nuevo con Lake, que se limitó a decirle: «No puedo hablar contigo ahora», y colgó.

Los Lake acababan de almorzar en su mansión. Tony estaba preparándose para regresar a la embajada cuando, de repente, empezó el tiroteo. Desde su propio jardín una ametralladora disparaba contra los barracones de la guardia presidencial que se alzaban al otro lado de la calle. Lake cubrió la ventana con un colchón, sintiéndose como un estúpido. Aquel era el largamente esperado golpe y ellos estaban en el meollo. Tony Él, Toni Ella, su caniche Kim Chi, su sirvienta Tiba y sus vecinos de arriba, los Kinney, se refugiaron en una despensa atiborrada de latas de zumo de piña PX, y se quedaron allí dentro las siguientes trece horas. Toni estaba embarazada de cinco meses y Ann Kinney saldría de cuentas al cabo de una semana. Los casquillos atravesaban el follaje de los árboles y la metralla salpicaba con violencia las paredes exteriores. La artillería rebelde había calculado ya la posición de los barracones. Lake se asomaba de cuando en cuando para contestar al teléfono, echar un vistazo entre las contraventanas e informar acerca de la situación al agregado militar

de la embajada. Cuando los barracones cayeron, los tanques rebeldes se dieron la vuelta y emprendieron su camino hacia el palacio presidencial, a varias manzanas de distancia.

Después, ocurrieron muchas cosas. En cuanto terminó de almorzar, Lodge subió a la azotea de la residencia para observar con desafecto interés los tiroteos y cañonazos en plena calle[62]. Diem, asediado en su propio palacio desde última hora de la tarde, telefoneó a Lodge y preguntó qué opinaba el gobierno de Estados Unidos acerca de aquello (pues por fin se mostraba dispuesto a comportarse como un buen títere, aunque fuese ya demasiado tarde), y Lodge (quien solo cuatro días antes había pasado unos días junto con su esposa en la mansión presidencial, en las montañas de Dalat, aun sabiendo lo que estaba a punto de ocurrir) contestó al presidente sudvietnamita que en Washington era todavía de madrugada y que Kennedy no sabría nada aún, no obstante le ofreció un exilio seguro en Estados Unidos, que Diem declinó («Me gustaría recordarle que está usted hablando con el presidente de un país independiente y soberano[63]»). Diem y Nhu escaparon del palacio por una red de túneles secretos. En las inmediaciones del Cercle Sportif les esperaba un coche, que los condujo a la casa de un comerciante chino de Cholon, donde pasaron el resto de aquella larga noche. Al final, a la mañana siguiente los hermanos fueron descubiertos y arrestados por soldados junto a una iglesia católica; los esposaron, los metieron en un vehículo acorazado de transporte de tropas y los fusilaron y bayonetearon hasta la muerte por orden del cabecilla del golpe, el general Dương văn Minh, alias el Gran Minh, que se autoproclamó presidente de la junta militar. Lodge, convertido en héroe de los saigoneses, recibió la noticia con una sangre fría que pasmaba y, acto seguido, preguntó a Halberstam: «¿Qué habríamos hecho con ellos si no los hubieran matado?». Después de todos estos sucesos, Rufus Phillips se sumió en un profundo estado de melancolía.

Él conocía a Diem desde hacía un decenio. Había sido testigo de lo mejor de su mandato, aquella época en que el líder era capaz de mantener unido al país cuando nadie daba un céntimo por él. Había asistido al deterioro de Diem, presionado por la guerra, por las insidias de su hermano y por el carácter autocrático de los estadounidenses. Phillips siempre lo había considerado un amigo. El asesinato en que desembocó su derrocamiento

proyectaba una larga sombra sobre todo aquel asunto, su pasado y su futuro. Los estadounidenses tenían las manos manchadas de la sangre del líder.

Phillips, además, perdió en ese tiempo a su padre. Nadie más podía ocuparse de la empresa familiar, así que tuvo que dejar Asuntos Rurales. Antes de que terminase el mes había abandonado su puesto.

Kennedy tenía también un mal presagio. Cuando todo hubo terminado, grabó el siguiente mensaje en una grabadora personal en el mismo Despacho Oval: «Tengo la impresión de que gran parte de la responsabilidad es nuestra, empezando por aquel cable […] en el cual sugeríamos un golpe de Estado. Jamás debimos enviarlo un sábado. No debería haber dado mi autorización sin celebrar antes un debate al respecto»[64].

El pequeño John-John entró en el despacho y por un momento distrajo la atención de su padre. «¡Papá malo! ¡Papá malo!».

«Me parece escandaloso que Diem y Nhu hayan muerto —continúa Kennedy en la grabación—. Me parece especialmente repugnante cómo ha sucedido. La cuestión es ahora si los generales podrán mantenerse unidos y formar un gobierno estable». Kennedy moriría asesinado menos de tres semanas más tarde.

Cuando Holbrooke llegó a Saigón, el día después del golpe, todo había terminado. El toque de queda de las siete de la tarde lo sorprendió en casa de los Lake dos días seguidos, así que pasó dos noches con ellos, escuchando sus relatos y admirando la colección de casquillos y metralla que habían reunido. Terminó durmiendo en el suelo de baldosas. El barrio era un amasijo de árboles caídos y casas quemadas. La tensión, que hasta entonces podía cortarse con cuchillo, se había atenuado en toda la ciudad y los vecinos se mostraban de mejor ánimo. Las calles pronto fueron una fiesta: los civiles subían a los tanques para llevar comida a los soldados, monjes y estudiantes fueron liberados y los estadounidenses eran objeto del agradecimiento y los vítores de los saigoneses. En el club nocturno de la calle Tu Do, unos obreros colocaban de nuevo la tarima. Lodge y los periodistas —que lo creían mucho más eficaz que su predecesor— consideraron que el final de Diem era la solución al problema[65].

Holbrooke escribió: «Creo que las cosas van a empezar a ir mejor en Vietnam»[66].

La estación de las lluvias tocaba a su fin. De vuelta en Sóc Trăng, el coronel Chiêu empezó a mostrarse de repente muy colaborador, aunque había sido una personalidad muy cercana a los Nhu debido a su esposa y la afición de esta al tenis, razón por la cual tras el golpe no duró en su cargo más de dos semanas. Hubo cambios en los puestos de mando en todo Vietnam del Sur: salieron los leales a Diem y entraron los amigos de la junta. El caos resultante paralizó el ejército. El golpe traía consigo un nuevo régimen, nada más y nada menos. El Gran Minh resultó ser un líder bastante pasivo; Lodge, por su parte, no sabía susurrar al oído de los poderosos como hiciera Lansdale: había cumplido con su misión y enseguida perdió el poco interés que había mostrado por la política vietnamita. La guerra se libraba lejos de las ciudades, y los campesinos amaban a los generales entrenados por los franceses tan poco como a los gerifaltes católicos.



Richard Holbrooke y David Halberstam en el delta del Mekong. Holbrooke Papers.

Tras el golpe dio comienzo la mayor de las ofensivas del Vietcong. En el Delta, todo fue arrasado. La guerrilla se había hecho con armas antiaéreas, fusiles de calibre 75 sin retroceso y morteros chinos. Las carreteras que atravesaban la provincia de Ba Xuyên se volvieron demasiado peligrosas. Toda la provincia estaba condenada a caer, salvo quizá la capital. Las aldeas estratégicas habían quedado indefensas, así que o fueron arrasadas o los vecinos las abandonaron, y el programa quedó en nada.

El periodo de servicio de Halberstam terminaba en diciembre[67]. El periodista quería pasar unos días con Holbrooke en el Delta antes de volver a Estados Unidos. Holbrooke temía la visita, pues tenía miedo de quedar en mal lugar ante los funcionarios de Saigón y sabía que Halberstam quería comprobar por última vez si había hecho bien las cosas (así era, en cualquier caso). Holbrooke accedió a recibirlo —no podía resistirse a disfrutar de la compañía de un periodista tan brillante y reconocido como Halberstam—, así que volaron juntos a Sóc Trăng desde Tan Son Nhut. Holbrooke trató de despertar el interés de Halberstam hablándole de sus proyectos civiles, como el Centro de Demostración de la Vida Rural, pero el periodista no prestó atención y empezó a preguntar dónde estaban produciéndose los enfrentamientos reales. Sabía que el Vietcong los rodeaba por todos lados; Holbrooke no podía negarlo.

Años más tarde, Holbrooke describiría la casi inevitable secuencia de dudas y desilusiones que se desarrolló en la mente de ciertos estadounidenses en Vietnam[68]. Llegado aquel momento, Holbrooke había dejado atrás ya esa primera etapa en que se cuestionaban todas las evaluaciones de la situación. ¿Había realmente 324 aldeas estratégicas en la provincia de Ba Xuyên? Quizá sobre el papel; sobre el terreno, lo cierto es que la mayoría de ellas eran una trampa, endeble pero mortal. Sin embargo, los vietnamitas decían a los estadounidenses y a sus superiores en Saigón lo que estos querían oír, sobre todo en el ámbito militar. Y lo mismo hacían los oficiales vietnamitas de Saigón con sus homólogos estadounidenses. Cuando las noticias llegaban a oídos del presidente, carecían ya de todo valor. Las mentiras y los autoengaños dificultaban enormemente adoptar políticas adecuadas. Holbrooke estaba asombrado e indignado.

La segunda etapa de ese proceso consistía en cuestionar las tácticas. Finalizado el año de 1963, Holbrooke se encontraba aún inmerso en esa etapa y en ella se quedaría estancado la mayor parte del tiempo que pasó en Vietnam. Sabía que los helicópteros Huey y la artillería pesada desperdiciaban munición y mataban más civiles que guerrilleros (y los que sobrevivían, se convertían en simpatizantes del Vietcong). Con independencia del aspecto moral de las tácticas, Holbrooke pensaba que eran ineficaces y contraproducentes. Sabía que en una guerra en que se lucha por un pueblo las tácticas útiles eran muy distintas. Matar era necesario, pero también lo eran

los Centros de Demostración de la Vida Rural. Su labor como civil resultaba fundamental para el desarrollo de la guerra.

A setenta kilómetros al sur de Sóc Trăng, en el rincón más remoto del Delta, se encuentra la localidad de Bạc Liêu, donde se hallaba destacada entonces la 21.ª División del ejército sudvietnamita y el grupo de asesores del ejército estadounidense, dirigido por el coronel Jack Cushman y el teniente coronel Bob Montague, el cual terminaría convirtiéndose en el mejor amigo de Holbrooke en el seno del ejército, quizá por ser uno de sus más acérrimos críticos[69]. Holbrooke empezó a pasar tiempo con los asesores militares de Bạc Liêu. El Programa de Aldeas Estratégicas había fracasado y estaban buscando otra forma de plantear la contrainsurgencia.

En la división había un oficial vietnamita entrado en años, el comandante Yi, que hablaba bien el francés y chapurreaba el inglés. Yi, que había luchado en las filas francesas en el Delta, había explicado a los estadounidenses cómo entendían los franceses el concepto de pacificación durante la primera guerra de Indochina. La idea databa de principios de siglo y se debía al mariscal Hubert Lyautey, el oficial francés que colonizó Marruecos, quien para explicarla utilizaba la metáfora de la *tache d'huile* (la «mancha de aceite»). Había que dejar de lado los desplazamientos masivos y el grandioso fracaso de las aldeas estratégicas y empezar por los lugares en que vivía gente, utilizando unidades regulares y fuerzas de autodefensa para garantizar la seguridad de la población en una serie de áreas limitadas, poniendo en marcha gobiernos locales, dotando a la comunidad de servicios y extendiendo poco a poco la zona bajo control hacia las áreas en poder del Vietcong. Como una mancha de aceite que fuese expandiéndose.

Holbrooke y los asesores pusieron en marcha un centro de instrucción en Bạc Liêu. Se redactaron los contenidos del plan de estudios en inglés y en vietnamita y se enseñó la táctica de la mancha de aceite a los oficiales de la 21.ª División. El cometido de Holbrooke era obtener el apoyo de los civiles estadounidenses de Saigón.

Había, además, otras cosas de las que preocuparse. Los conspiradores que derrocaron a Diem se mostraban indecisos y proclives a enfrentarse entre ellos. A principios de 1964, la guerra iba tan mal encaminada que el Gran Minh habló abiertamente sobre una posible negociación con Hanói. La negociación había sido la línea roja que el nuevo presidente, Lyndon Johnson,

había prometido no cruzar jamás, como tampoco lo hiciera Kennedy. El 30 de enero, el Gran Minh fue apartado del poder en un golpe incruento dirigido por otro general, Nguyễn Khánh. Tras reunirse con el nuevo cabecilla, Lodge regresó a la embajada emocionado: «¡Va a empezar a repartir tortas ya mismo!», anunció a Lake. Sin embargo, a partir de ese momento los golpes y contragolpes se convirtieron en algo rutinario en Saigón. El Estado se desmoronaba por momentos.

El optimismo de que había hecho gala Holbrooke en noviembre se había esfumado por completo. «Diem tenía que marcharse, de todas todas, pero con su salida del poder nos dimos cuenta de que la mayoría de los problemas y las dificultades de este régimen van mucho más allá: están enraizados en la coyuntura, la tradición y la historia de ese trágico país —escribió en una carta enviada a Estados Unidos—. En segundo lugar, hemos visto aún más claramente que antes (cuando echábamos la culpa de todo a Ngo Dinh Diem) la muy restringida capacidad que tenemos para asesorar e intentar que un país (no podemos hablar de "nación") logre salvarse a sí mismo[70]».

Cushman, según el programa de rotaciones, debía marcharse del país en abril. Antes de irse, quiso vender la idea de la mancha de aceite al general William Westmoreland, que había llegado como mano derecha de Harkins, a quien terminaría sustituyendo (Harkins seguía creyendo que la victoria estaba muy cerca[71]). Westmoreland concedió a Cushman los quince minutos del trayecto entre el cuartel general del Comando de Asistencia Militar y el aeródromo de Tan Son Nhut, donde el general daría la bienvenida a un grupo de estudiantes del National War College estadounidense. De camino, Cushman explicó a Westmoreland que para lograr el éxito no bastarían las operaciones militares, sino que era necesario pacificar pueblos y aldeas, y le relató la experiencia de Bạc Liêu. Con la ayuda de una decena de asesores estadounidenses que compartían esa idea, podrían ganar las zonas rurales, siempre que se prorrogase el trabajo de campo de dichos asesores un segundo año. Cushman no tenía claro qué responder si Westmoreland le pedía que se quedase otro año más (pero no lo se lo pidió). De hecho, no hizo ningún comentario ni reaccionó en modo alguno. Tenía la cabeza en otro lugar. Tres semanas más tarde, Cushman se había marchado de Vietnam.

Cuando, un año después, llegaron las primeras divisiones de combate al mando de Westmoreland, la mancha de aceite estaba cogiendo polvo en una

estantería del cuartel del Comando de Asistencia Militar. Westmoreland solo necesitaba una palabra para describir su estrategia de victoria: desgaste.

Como había predicho Holbrooke, Lake fue el primero es ascender. Un alto cargo del Departamento de Estado, U. Alexis Johnson (el que había propuesto que los diplomáticos solteros fueran a trabajar sobre el terreno en las peligrosas provincias vietnamitas), estudió la ficha de Lake y dijo: «De los funcionarios del Servicio Diplomático de su edad, este es el mejor»[72]. Tras el golpe de Estado, Lake fue nombrado asistente de personal de Lodge y cayó de inmediato bajo el embrujo de este: los dos habían ido a la misma escuela secundaria de las afueras de Boston y pertenecían a clanes emparentados de Nueva Inglaterra. Lodge expresaba su ingenio a través de su dialecto nativo, que compartía con Lake. Sin embargo, sentarse a la derecha del poder podía resultar humillante. Lake respondía las montañas de correspondencia del embajador (el final de Diem había dado cierto lustre al nombre de Lodge en Washington e incluso se le propuso como candidato a las primarias republicanas de 1964), lo llamaban desde el hotel Majestic para recoger la ropa de la lavandería Joe Alsop y tenía que recorrer el borde de la piscina del Cercle Sportif, bolígrafo y cuadernillo en mano, trajeado y sudando a mares, mientras Lodge hacía largos y ladraba de cuando en cuando alguna instrucción, hasta que su mujer, Emily, le gritaba: «¡Cabot, por favor! ¡Deja que el chico se vaya a su casa ya!»[73].

En la Navidad de 1963, los Lake y los Holbrooke viajaron a Camboya para visitar Angkor Vat. De camino al templo, divisaron desde una pasarela que salvaba un arroyo una hermosa aldea camboyana rodeada de un foso. Era una réplica construida por el equipo de rodaje de la película *Lord Jim*, basada en la novela de Conrad. Unas semanas más tarde, Lake voló hasta Sóc Trăng para ver a qué se dedicaba Holbrooke. Pasaron unos días visitando juntos las aldeas de la provincia de Ba Xuyên. Aquello era contrainsurgencia de verdad, la que habían enseñado a Lake durante su formación en el Servicio Diplomático. Regresó a Saigón muy impresionado por la entrega de Holbrooke.

Hay una viñeta de *Snoopy* de aquella época que circulaba entre Holbrooke y sus amigos en Vietnam. El equipo de béisbol de Charlie Brown acaba de

recibir una paliza: 184 a 0. «No lo entiendo —dice Charlie Brown—. ¿Cómo podemos perder, con lo sinceros que somos?»[74].

¿Por qué los estadounidenses seguían enamorados de la contrainsurgencia? Lo pregunto porque, evidentemente, no se nos da bien. Salvo por el trabajo de Lansdale en Filipinas, no se me ocurre ninguna otra verdadera victoria de nuestra contrainsurgencia, y sí demasiados fracasos que nunca olvidaremos. Aunque ninguno fue tan grande y tan total como el de Vietnam, Holbrooke presenció en vida otros parecidos: el de Irak, escenario del que intentó mantenerse apartado, y el de Afganistán, conflicto que lo atrapó de tal modo que en sus ojos azules como el hielo ártico empezaron a bailar de nuevo los fantasmas de la lejana guerra de su juventud.

No se nos da bien la contrainsurgencia porque no tenemos ni los conocimientos ni la paciencia necesarios. Pocos compatriotas se muestran dispuestos a conocer la historia y el idioma de cada lugar ni a pasar años sobre el terreno para entender la naturaleza del conflicto. Siempre se dan excepciones, como Frank Scotton, amigo de Holbrooke. Scotton era un oficial del Servicio de Información que había pasado casi trece años en Vietnam. Llegó a conocerse al dedillo los senderos de la selva, hablaba fluidamente el idioma y organizó comandos vietnamitas que convirtió en unidades de propaganda armadas que imitaban al Vietcong hasta en los uniformes negros. Se dio cuenta de que la guerra no se libraba en los pueblos grandes y las ciudades, y menos aún en las capitales de provincia como Saigón, sino en las aldeas, la unidad poblacional básica de la sociedad vietnamita. Scotton decía lo que pensaba, pero los altos mandos no se fiaban de él. Fue incapaz de influir en sus políticas y nunca ascendió. Holbrooke mostraba un gran respeto por Scotton, y este consideraba a aquel uno de los pocos estadounidenses que entendía las aldeas. Pero ni siquiera Holbrooke, quien dedicaría el resto de aquella década a la guerra, aprendió a hablar bien el idioma ni hizo amigos vietnamitas.



Richard Holbrooke con soldados de la 21.ª División del Ejército de la República de Vietnam. Holbrooke Papers.

Los estadounidenses preferimos guerras rápidas y decisivas, que se zanjen con una ceremonia de rendición. Y nos gusta la potencia de fuego más de lo que querríamos reconocer. El arte de la contrainsurgencia, sin embargo, exige una máxima contención (sus adalides en Vietnam decían: «La mejor arma para matar es un cuchillo. Si no puedes usar un cuchillo, usa una pistola. La peor arma es un avión»[75]). La contrainsurgencia es, según los expertos, un 80 por ciento política. Nos pasamos el tiempo inclinados sobre cuadros, mapas y estadillos creados en Estados Unidos, como si la solución a los conflictos internos de otro país radicase en el buen funcionamiento de nuestra burocracia. Y, posiblemente, no nos tomamos la política de otros países en serio. Esto tiene que ver con la inocencia que tanto rechazo producía a Graham Greene: la convicción de Lansdale de que todos somos hermanos y hermanas, y de que queremos las mismas cosas. Sin embargo, esa misma convicción explica por qué seguimos librando este tipo de guerras. Todo se reduce a la fuerza de nuestra confianza en nosotros mismos. Si somos buenos —¿y acaso no lo somos?—, no necesitaremos obligar a otras personas a hacer lo que queremos que hagan. Por nuestros hechos nos conocerán y querrán para sí lo mismo que nosotros.

Así pues, Holbrooke, Cushman y Montague no se pararon un momento a reflexionar sobre el hecho de que la idea de la mancha de aceite, la *tache d'huile*, nació durante una campaña de la Francia colonial para subyugar a Marruecos, justo tras una desastrosa derrota en Vietnam. Esto al menos debería haber llevado a valorar su utilidad a la hora de combatir el mismo movimiento revolucionario que derrotara a los franceses. Pero no: los estadounidenses vimos la oportunidad de transformar todo lo que de bueno tenemos en una técnica que enseñar a otros.

La contrainsurgencia no es para cualquiera: hay que ser sofisticado. En Vietnam atraía a los idealistas, pero no fue esa atracción lo que nos metió en la guerra. Tropezamos con Vietnam y empezamos a hundirnos, creyendo por error que la política de contención de Kennan nos exigía apuntalar nuestra seguridad y credibilidad no entregando ni un solo kilómetro cuadrado de suelo asiático al comunismo, aun cuando los ideales del enemigo eran nacionalistas. La contrainsurgencia, en cualquier caso, formaba parte del cebo. Eso fue lo que hizo que Holbrooke y otros estadounidenses como él no quisieran irse de allí.

Los padres de Lake tenían una colección de viñetas del *New Yorker* de la que formaba parte un chiste gráfico de James Thurber de 1938. En él, aparece una niña sentada en el salón de su casa mirando con fijeza al frente, mientras una mujer habla al oído a otra: «Dice que arde con una llama dura, diamantina. Es algo que aprenden en la escuela, creo»[76]. Así es como Lake veía a Holbrooke, con ironía y admiración.

En ocasiones, creo que el mejor año en toda la carrera de Richard Holbrooke fue el primero que pasó en Vietnam. Me he detenido lo suficiente en el relato de ese tiempo para que los lectores se hagan una idea clara de él (si es que podemos hacernos una idea de alguien con tal distancia), pues el Delta explica muchas cosas que llegaron luego. Se zambulló sin pensarlo y muy hondo en la contienda y, aun así, supo mantener la cabeza fría de principio a fin de la acción. Llegado 1964, se convenció de que no estaban planteando la guerra correctamente: jamás estaría tan seguro de algo como lo estuvo entonces de aquello. Supo que los clichés imposibilitaban pensar o aplicar un enfoque mejor. Creyó que sabía más que cualquier otro oficial estadounidense destacado en Vietnam, o más que cualquier otro funcionario, incluidos sus superiores, y posiblemente tenía razón. Sin embargo, era

demasiado nuevo para dejar que se convirtiera en un personaje público que irritara a medio mundo. Holbrooke caía bien a casi todos, salvo algunos desairados mortales menores como George McDowell, que jamás olvidaría aquella vez en que lo llamó «el chico de IVS».

Su ambición aún olía a limpio, y su juventud actuaba en su favor: el arrojo físico, la vehemencia moral, la energía incontenible, el entusiasmo, la genuina voluntad de divertirse, el escepticismo, la disposición a hablar claro a embajadores y generales. Lodge se entrevistó con él a solas durante cuarenta y cinco minutos y quedó tan impresionado por el relato que Holbrooke hizo sobre la situación en Ba Xuyên que lo emplazó a otra reunión, un almuerzo que se extendería durante dos horas. Lodge se mostraba frío y cruel con cualquiera que exhalase siquiera una vaharada de miedo o debilidad, pero le gustaba explayarse tomando martinis rodeado de jóvenes brillantes. Holbrooke deseaba desesperadamente la atención de alguien como Lodge. Se ganaba a quienes tenía por encima combinando la alabanza personal con la sinceridad en lo referido a las medidas políticas. Fue un hombre excepcional desde el principio, no solo por brillante, curioso y leído, sino porque no tenía miedo a enfrentarse a la verdad, actuaba para cambiarla y estaba dispuesto a asumir las consecuencias.

No cuestionaba la guerra en sí, aún no. Ni mucho menos. Eso sería casi imposible desde el punto de vista psicológico para alguien que estaba prestando servicio en Vietnam y vivía la contienda cada segundo del día. En cuanto ese cuestionamiento empezase a germinar, habría llegado el momento de zarpar calladamente hacia algún otro puerto. No tendría sentido continuar allí. En su lugar, volcó todo su esfuerzo en hacer mejor la guerra. Esa era la consigna de Holbrooke, de Lake y de sus amigos. Hacer una guerra mejor.

VI

No he hablado aún de la relación de Holbrooke con las mujeres. Hay mucho que decir, pues fue el tipo de hombre que necesitaba a las mujeres y esa necesidad terminaba abriéndolo en canal, dejando al descubierto flaquezas, vulnerabilidades y malas decisiones. Ya que pocos de sus competidores eran mujeres, se mostraba ante ellas de manera más transparente. En compañía de ellas, aquella «llama dura y diamantina» se modulaba hasta convertirse en un tenue resplandor que iluminaba el entorno. Sin embargo, durante su primer año en Vietnam no desempeñaron un papel demasiado importante en su vida. Su mundo vietnamita era un mundo masculino, salvo por la Excepción, y su sexismo era tan espontáneo y no deliberado como flagrante.

Las mujeres vietnamitas en que se fijaban los hombres estadounidenses recorrían las calles de Saigón en la parte de atrás de las motos, con largas y lustrosas melenas perfectamente peinadas y tradicionales *áo dài* de seda que flameaban tras ellas como banderas de colores. Esas mujeres, confesaría más tarde Holbrooke, eran «el sueño del hombre blanco»[77].

La mayoría de los estadounidenses solteros tenían novias en Vietnam y algunos de los casados también. Los maridos enviaban a sus esposas e hijos al balneario de Nha Trang los fines de semana y los festivos y se quedaban en Saigón para trabajar un poco. La novia de Sheehan, por ejemplo, se llamaba Loto Azul. Él tenía claro que iba a casarse con ella, sin embargo Halberstam, que también tenía una chica vietnamita, pero era más práctico en estos asuntos, le convenció de que no lo hiciera. Los asistentes de más edad de Asuntos Rurales, que llevaban tiempo trabajando en Asia, dejaron a Holbrooke patidifuso con sus duros consejos: los estadounidenses debían ser realistas y tener claro que detrás de todos esos romances había un interés financiero por parte de las mujeres. Además, era preceptivo lavarse con jabón de quirófano después de cualquier encuentro[78].

Tras la evacuación de los efectivos que tenían familia en Estados Unidos y la llegada de las tropas de tierra en 1965, Vietnam del Sur se convirtió en un gran burdel. Sin embargo, antes aún de que los estadounidenses llegasen al medio millón, el sexo era elemental en la guerra. «Tengo la teoría de que si

las mujeres de Vietnam llevasen la nariz atravesada con un cucharón de cobre y se parecieran a las ubangi —dijo una vez un reportero—, esta guerra no habría durado ni la mitad de tiempo ni quizá habría comenzado siquiera[79]» Todo aquello repelía a Henry Cabot Lodge, modelo de puritano de Boston: «No solo no quiero. Tampoco quiero querer»[80].. Holbrooke pudo haber querido, pero no lo hizo. Era demasiado inexperto, demasiado raro. Se hallaba demasiado enfrascado en la guerra. Y era el tipo de hombre al que después del sexo le hace falta algo más que jabón de quirófano: necesitaba la intimidad que conlleva la charla. Y además, estaba aquella posible prometida de la que hablé al principio.

Se llamaba Larrine Sullivan, pero la gente la llamaba Litty. La había conocido en una cita a ciegas en la Universidad Brown y la había fichado como redactora en el periódico del campus cuando había aún pocas mujeres periodistas. Era alta y atractiva, y llevaba el pelo corto y peinado como las chicas de las primeras películas de los Beatles. Era mejor estudiante que Holbrooke, pero menos mundana. Procedía de un pueblecito de Maryland, donde su padre regentaba una cafetería, una tintorería y el periódico local, de tendencia republicana. Era alcohólico y el hogar en que creció Litty había sido un campo de batalla. Sobrevivió cultivando un carácter alegre y contundente, y cierta capacidad de evasión. Holbrooke encontró en ella a su pareja intelectual, una mujer que exigía poco y apenas se quejaba. Para Litty, Dick Holbrooke era el hombre más interesante que había conocido jamás, al que además aguardaba la vida más interesante que pudiera imaginar. Se hallaba dispuesta a soportar las largas separaciones con tal de estar con él. Entre 1962 y 1964, él estuvo en Washington, Berkeley, Saigón y Sóc Trăng, y ella, en Brown y luego en los Países Bajos, donde estudió historia del arte con una beca Fulbright. En esos años intercambiaron cientos de cartas que merecen nuestra atención. A diferencia de las misivas escritas por la mayoría de la gente en la primera juventud, la correspondencia entre Holbrooke y Litty resiste cualquier escrutinio.

Las cartas de Litty —escritas con la redondeada y femenina letra manuscrita del periodo Jackie Kennedy/Sylvia Plath— son una retahíla de acontecimientos y deseos alegres, cariñosos y en ocasiones banales. Las de él, mecanografiadas o garrapateadas con una caligrafía de trazo largo e inclinado, son juguetonas, avasalladoras y didácticas, y en ellas hablaba tanto de los

derechos civiles («la crisis más importante desde la guerra de Secesión[81]») como de *Trampa 22*, la novela de Joseph Heller, o como de la película *James Bond contra el Dr. No*. Trataba en todas ellas de engatusar a «cariñito-amorcito-pichoncita-corazón-tesoritomío[82]» a que lo visitara en Vietnam, la regañaba por no escribir más a menudo y analizaba sus puntos fuertes y flacos de ella. Contaba con su lealtad, pero a la vez trataba de espolearla, dejando caer referencias a otras chicas (aunque Litty no se dejaba provocar). Fue él quien quiso poner las cartas boca arriba y quien más sentimientos expresaba: algo poco habitual en un joven ambicioso de la época de Jack Kennedy/Sean Connery.

Así, una semana antes de que estallase la crisis de los misiles cubanos, mientras él se encontraba en Berkeley y ella estaba en la habitación de su residencia, Litty superó su rechazo a la negatividad y confesó que le había mentido acerca de una cosa: había posado desnuda para un amigo común de ambos, un artista[83]. Citó un ensayo que había leído de Lewis Mumford sobre el asunto de la insatisfacción sexual de hombres y mujeres urbanitas de la época. Le dijo que, en su opinión, aquella realidad podía aplicarse a ellos dos y quería saber si él estaba de acuerdo. Ella solía ocultar este tipo de cuestiones espinosas y sabía muy bien que sacar el tema podría ser un error irreparable. Pero iban a pasar el resto de su vida juntos, tenía que probar.

Tras leer la carta, Holbrooke se tumbó y decidió no contestar de inmediato, porque estaba enfadado. Leyó el *New York Times* entero y se tranquilizó. Releyó la carta y se quedó sorprendido por frases que no había leído la primera vez y que demostraban que lo que Litty intentaba era acercarse a él, no hacerle daño. Y a continuación contestó:

> DICK: Me sorprende que no hayas tenido el buen criterio de no escribir una carta como la que me mandas cuando estamos a cinco mil kilómetros de distancia y no podemos vernos la cara siquiera, y mucho menos tocarnos. […] Sé muy bien lo que en ocasiones te molesta de mí, y tu amigo Lewis Mumford lo dice a las claras en tu nombre: «La molesta insistencia, en lugar de una agresividad realmente persuasiva». Por otro lado, tú también sabes muy bien, o más te valdría, que lo que te ha embarcado en esta suerte de concurso epistolar en el que participamos los dos es esa cualidad que Mumford echa de menos y tú anhelas. Así es, ya sabes a qué me refiero. Las cosas no serán como tú quieres que sean a cada segundo: no puedo concederte eso. Puedo intentarlo, pero no me saldrá bien. ¿Por qué? Sencillamente, porque no siempre disfruto representando ese papel. Cuando lo disfruto, lo disfruto. Pero también me gustaría que me quisieras (no tiene por qué ser físicamente) de cuando en cuando de manera menos agresiva, más relajada. Me gusta tumbarme y leer el periódico, sabiendo que estás en la misma habitación conmigo. Me gustan los desayunos que me preparas, que están más ricos que cualquier otra comida del mudo, incluso cuando el beicon te

queda demasiado crujiente. Me gusta cómo impresionas a la gente en las fiestas, y ni siquiera te das cuenta. Me gusta llevarte a restaurantes caros, donde no iría en ninguna otra circunstancia, solo por disfrutar de la comida y del brillo de tus ojos. Me gusta bajar colinas contigo corriendo, o ver cómo te niegas a bajar una colina conmigo corriendo, consciente de que de un modo u otro eres mía, y me quieres. Me gusta saber que me conoces bien, muy bien, y que te preocupas por todo lo que tiene que ver conmigo. Me gusta que te interesen mis aburridísimas historias y me gustan tus consejos, a veces sabios. Me gusta cómo me metiste en la cama cuando el año pasado me puse tan enfermo, y la manera como entrabas en el dormitorio de puntillas, para no despertarme; yo en realidad estaba despierto y te observaba con los ojos entreabiertos. […] ¿Sabes? En realidad, odio esta carta, y también tu carta y cuanto dice. Ahora mismo debería estar estudiando y nada debería distraerme de eso. Sabiendo por seguro que me quieres y me estás esperando, puedo hacer lo que quiera. Pero me confunde y me distrae la carta que me ha llegado esta mañana firmada por ti. Desde luego, la distancia nos impide resolver el asunto. […] En realidad, podría estar más enfadado. Feliz no estoy, te lo aseguro. ¿Por qué no espabilas, por una vez, y haces lo correcto? Me refiero a hacer, hacer, sí, hacer. Recuerda, hay una cosa cierta en política exterior que también es válida en el caso del amor: la inacción y la inactividad son acciones como la acción misma. Tan decisivo es no hacer nada como hacer algo. Y los resultados a veces son muuuuy malos. Bueno,creo que voy a parar un rato. Entretanto aguardaré tus próximas líneas, que espero que digan mejores cosas que las últimas. No que sean menos sinceras, sino que sean mejores**[84]**.

LITTY: Tienes razón, podría haberte dicho todas estas cosas cuando estuviéramos juntos de nuevo, dentro de unos meses, cara a cara, pero estoy segura de que jamás me habría atrevido. Ojalá fuera de otro modo, pero sé que nunca me habría atrevido. Estas son el tipo de cosas que trato de reprimir o apartar de mí; si no te hubiera hablado de ello la semana pasada, jamás lo habría hecho quizá. Y, para bien o para mal, creo que era importante. Probablemente quería aliviar mi conciencia, y eso, supongo, es egoísta. Entreveradas con las palabras más feas que quizá me hayas dicho o escrito nunca están también las más bonitas, los pensamientos más amorosos que me hayas transmitido jamás. Son muy elocuentes y creo que me tranquiliza que en mitad de un párrafo sobre el dolor y el enojo me hables de beicon y de correr colina abajo. Significa mucho para mí. Más allá del contexto, tus evocaciones son hermosas. Creo que las recordaré siempre**[85]**.

DICK: No me mientas jamás, o miénteme como una bellaca, pero no dejes que jamás, jamás, jamás de los jamases me entere. Obviamente, la opción más prudente, con diferencia, es la primera, y la única sincera, la que nos permitiría asumir cada uno nuestro papel respectivo en una relación aún incierta (¡vaya!) con alguna posibilidad de éxito. Sin embargo, creo que (sobre todo si no quieres casarte contigo) es preferible la segunda opción al método que has seguido en esta ocasión: una carta a la que no puedo responder de inmediato y que aparece de la nada, sin posibilidad de aclarar las cosas, de abrazarse, de olvidar o comprender, y con una noticia muy simple: te he mentido. Me hace feliz —de hecho, muy feliz— que puedas escribirme desde lo más hondo de ti y valoro el esfuerzo, los pensamientos y las emociones que debes de haber vertido en esas líneas. No te guardes esos pensamientos profundos en tus cartas**[86]**.

LITTY: Me temo que aquella carta fue ante todo egoísta y ególatra. Me preocupaban no tus defectos, sino los míos; no tus sentimientos, sino los míos (salvo en la medida en que los compartamos). Por supuesto que tienes defectos (estoy segura de que sí, aunque te juro que no caigo ahora en ninguno) y cometes errores. Pero son siempre errores menores y, además, tienes cosas maravillosas que lo compensan todo. Qué raro, es como si cuanto más y mejor conocieses a alguien, más defectos debieran aflorar. Pero contigo es al revés: cosas que en un primer momento

juzgué defectos han resultado no serlo. Has resultado ser una persona mucho más perfecta de lo que cualquiera tendría derecho a ser[87].

DICK: Gracias por decir que piensas que soy perfecto. Qué suerte que tengas razón, ¡de lo contrario, se me subiría a la cabeza! Bueno, hablando en serio, me emociona esa ceguera tuya; hace que me sienta fatal defraudar esa imagen que tienes de mí. A menudo me siento corrompido, y tú piensas que soy bueno. Creo que soy demasiado imaginativo, y siempre que tengo un buen pensamiento, se suma a él de inmediato su temible opuesto corrompido. Por lo general, el pensamiento bueno es el que se impone, pero me horrorizan las ideas que me encuentro al rebuscar en mi mente, al estilo Dostoievski. No hay ningún otro asunto en que halle más certeza, ni en la política, ni en la religión, la moral, etcétera. No, espera, sí hay algo al respecto de lo cual me siento en posesión de la verdad: que la intolerancia por razón de raza o etnia es mala *per se*. Fuera de eso, no encuentro certidumbres en ningún ámbito y, aun así, soy muy dogmático en la superficie. Este es un buen ejemplo de lo que quiero decir. ¡Así es ese «hombre perfecto» del que hablas! En realidad, es bastante débil, pero tiene un elevado concepto de sí mismo[88].

Salvo en la ficción, la única vida interior que uno puede realmente conocer es la propia. De la vida interior de los demás podemos vislumbrar fogonazos, intimidades de esa experiencia oculta, paralela y continuada, que está tan viva y presenta tantos matices como la persona a la que oímos y vemos. Algunos tienen el talento de proyectar todo eso hacia fuera: sueños y memorias detallados, arrebatos a lo Tourette, autoanálisis. Holbrooke no era una de esas almas traslúcidas. Durante la mayor parte de su vida, en casi todas las tesituras, se guardó bien de compartir esa experiencia paralela. Es en estas primeras cartas a Litty donde podemos entrever algún atisbo de la vida interior de Richard Holbrooke, antes de que esta empezase a desaparecer incluso a sus propios ojos, merced a las exigencias de su carrera por convertirse en un gran hombre.

Cuando Holbrooke partió por fin hacia Vietnam y Litty se marchó a Europa, pactaron darse una oportunidad, insistiendo, con la seriedad que se arrogan los jóvenes, en que no había promesas y podría ocurrir cualquier cosa. Desde Vietnam siguieron llegando cartas, a veces dos o más al día. Ella fue su principal soporte en todos los bandazos que Holbrooke dio en aquel año crucial. Cuando la beca Fulbright de Litty tocaba a su fin, proyectaron un encuentro en Saigón, en junio de 1964. Él esperaba aprovechar la ocasión para casarse con ella, pero llegado el momento de la verdad deseó no tener que enfrentarse a ese dilema. Cuanto más se acercaba la fecha, más irritable se mostraba.

19 de febrero: Cuando te llegue esta carta solo faltarán unos tres meses para que vengas. Pienso en ello a menudo (en helicópteros, en sampanes, en aviones) y lo único que puedo decir es que espero que entiendas lo difíciles que podrían ponerse las cosas por aquí cuando estés. No tiene por qué, pero podría. Quiero que vengas a verme, pero a veces temo que las cosas no estén a la altura de tus expectativas. No sé si este año me habrá cambiado por dentro. Sí tengo claro, en cualquier caso, que en ocasiones me da bastante miedo la perspectiva de sentar la cabeza, la verdad. Otras veces, sin embargo, pienso en ello y creo que es lo que más necesito: a ti.[…] Cabría la posibilidad de que te tocase vivir con un tipo que no puede llegar a casa a cenar todas las noches, que hace todo tipo de cosas inesperadas, que unas veces simplemente no presta atención cuando debería, otras se enreda en algo que no es de ningún interés para ti, y aun otras se muestra simplemente poco atento. Sin embargo, ese tipo (bueno, qué tontería, soy yo, ya lo sabes) te necesitará mucho y te exigirá mucho, y esperará milagros y comprensión y simpatía y también cierta firmeza cuando necesite que lo pongan en su sitio. Todo eso, y también sexo. Yo jamás he pensado en nadie para ese puesto, solo en ti, Larrine E. Sullivan (alias «señorita Cena de los Acusados», alias «Vietnam Mítico»; combinación de Delcia, la Excepción, aquel desastre de la secundaria de hace tanto tiempo y Lee Remick[89]).

16 de marzo: Recibí una bonita carta tuya hoy, repleta de planes sobre bodas y cosas así. Ciertamente te estás arriesgando mucho al hablar de todos esos asuntos. Te sugeriría que no vendas tu máquina de escribir, pues no hay nada más maravilloso que una familia con dos máquinas de escribir en casa. Y también te propondría, si sigues adelante y compras alguna de las puñeteras cosas que mencionas en tu carta —recuerdo toallas y platos—, que no me hables de ello, porque creo que no estoy preparado aún… Ahora mismo me encuentro bastante fatigado. Y te extraño. Todavía no he hecho ninguno de los planes que debería estar haciendo para cuando llegues. Ni siquiera estoy seguro de lo que debo hacer. Un día de estos le preguntaré a Tony. Realmente, todo esto me sobrepasa. Escríbeme más a menudo, pero no sobre la vajilla para ocho, por favor. Me deprime. Yo te quiero a ti[90].

20 de abril: Oh, querida, estoy siempre cansado y preocupado y un poco confundido estos días, pero también estoy siendo muy malo. ¿CUÁNDO VAS A VENIR PARA AVERIGUAR LO MALO QUE ES LO MALO[91]?

18 de mayo: Bueno, querida, si quieres venir a ver cómo es todo esto, dime en qué vuelo y qué día, y un vehículo mágico del gobierno de Estados Unidos te llevará en volandas a este paraíso del Sudeste Asiático[92].

24 de mayo: Si no me equivoco, cariño, llegarás dentro de tres semanas. No me lo puedo creer. Espero que te encuentres justo con quien recuerdas. A veces tengo miedo de que no estés realmente preparada para lo peor de mí, que puede ser bastante malo. Nos vemos pronto[93].

En todo caso, Litty viajó a Vietnam. Ella estaba por Holbrooke y por Vietnam. Reunidos en Saigón, fijaron una fecha para la boda.

Los Lake se volcaron en dar la bienvenida a su amigo Dick a la vida de casado. Toni Ella ayudó a Litty a preparar la ceremonia civil y a redactar a mano las invitaciones al convite, que se celebraría en la mansión de los Lake[94]. El enlace tuvo lugar en el blanco edificio colonial del ayuntamiento,

en el centro de Saigón, la mañana del sábado 27 de junio, un año y un día después de la llegada de Holbrooke al país. El oficiante, un funcionario que llevaba fajín, habló en vietnamita; Tony Él, con su traje de zapa blanca, hizo las veces de intérprete y también fue testigo ante el gobierno estadounidense. Toni Ella fue también testigo, y estuvieron presentes Vlad Lehovich, Jim y Britta Rosenthal, y la madre y el hermano de Holbrooke, Trudi y Andy, que habían viajado desde Nueva York. Litty no tenía amigos ni parientes que pudieran asistir, ni nadie que hiciera de confidente (o aireara sus intimidades), pero durante toda la jornada en su rostro se dibujó una sonrisa serena. Su vestido de novia, blanco, de manga larga, falda hasta la rodilla y cuello festoneado, lo había confeccionado un sastre de Saigón.

Esa tarde, en el jardín tropical de los Lake, un centenar de invitados bebieron y comieron tarta nupcial, incluida la mayoría del personal de Asuntos Rurales[95]. También se presentó en el convite Henry Cabot Lodge, quien al día siguiente terminaba su periodo de servicio y regresaba a Estados Unidos para intentar evitar que el Partido Republicano nombrase candidato a Barry Goldwater. Trudi, la madre de Holbrooke, había llevado consigo a Saigón esa exuberancia que la caracterizaba y que tanto mortificaba a su hijo, a quien insistía en llamar «Dickie». Había comprado 73 pajaritos en el mercadillo de animales, y Dick y Litty los sacaron de sus jaulas de madera y los liberaron, que era una manera de expresar el deseo de buena suerte en la tradición vietnamita. A la mañana siguiente, Dick sustituyó al hermano de Toni Él e hizo las veces de padrino en el bautizo por el rito episcopaliano del bebé de los Lake.



(*De izquierda a derecha*). Anthony Lake, un funcionario del gobierno de Vietnam del Sur (*de espaldas*), James Rosenthal, Litty Holbrooke, Richard Holbrooke, Britta Rosenthal y Antonia Lake (*a la que solo se le ven las piernas*) en el Ayuntamiento de Saigón. Holbrooke Papers.



(*De izquierda a derecha*). Trudi Kearl, Antonia Lake, Andrew Holbrooke, Britta Rosenthal (*de espaldas*), Litty Holbrooke y Richard Holbrooke en el exterior del Ayuntamiento de Saigón. Holbrooke Papers.

En años posteriores, olvidando los cientos de cartas escritas a Litty, Holbrooke afirmó que se había tropezado con su primer matrimonio casi por accidente. Culpó de ello a los Lake.

La boda fue el punto final del año de Holbrooke en el Delta. Había aprendido cuanto había podido y quería hacer grandes cosas en Saigón. Sin un Rufus Phillips que la mantuviera en funcionamiento, la Oficina de Asuntos Rurales terminó disolviéndose y reintegrándose en el resto de la USOM, y los burócratas tomaron el mando. Quedaba como cosa del pasado esa época en que un funcionario de veintidós años del Servicio Diplomático podía responsabilizarse de una provincia entera. Holbrooke fue destinado a las dependencias de Saigón donde los monjes se habían refugiado el año anterior. Dick y Litty se mudaron a un pequeño apartamento situado al norte del centro, en el bulevar que conducía al aeropuerto. Por las mañanas, él cogía un taxi para ir al trabajo y ella otro para ir de tiendas y, salvo por el hecho de vivir en Vietnam, se comportaban como cualquier otra pareja de recién casados de principios de los sesenta, si bien las cosas no habían cambiado demasiado aún desde la década anterior. Salían a cenar menos a menudo debido a los bombardeos del Vietcong y las violentas protestas estudiantiles, pero el torbellino social de Saigón no se detuvo, gracias a las interminables rondas de cenas en casas de amigos. Los Holbrooke compraron un magnetófono de bobina abierta en Hong Kong y cuando había velada en su hogar, todos bailaban al ritmo de los Beatles.

Para combatir el aburrimiento, Litty enseñaba inglés a los monjes de una pagoda. Sin embargo, al igual que el resto de esposas de estadounidenses, no tenía un papel reseñable que desempeñar. En las fiestas y recepciones diplomáticas nadie le pedía nunca su opinión sobre el único tema que importaba: la guerra. Litty y Toni Ella dejaron de lado sus estudios en prestigiosas universidades de la Costa Este por apoyar la carrera profesional de sus esposos, pero Litty se rindió de manera más tajante que Toni. Los Lake se habían casado mediando ciertos ideales compartidos: los de vivir la aventura vital codo con codo. No dejaron de lado esa idea ni cuando la dura realidad del Servicio Diplomático se interpuso en su vida marital. En una cena con personal de la embajada, Toni Ella mencionó un asunto delicado que Tony Él supuestamente no debería haber compartido con ella; cuando este le

propinó un puntapié por debajo de la mesa, su mujer le preguntó en voz alta: «¿Acabas de darme una patada?».

El matrimonio de los Holbrooke era distinto. El mundo de Dick lo condicionaba todo.

VII

En Saigón, Holbrooke llegó a conocer a muchas personas poderosas y aprendió el salvaje arte de la burocracia.

El verano de 1964, el presidente Johnson reemplazó a Harkins por Westmoreland y a Lodge por Maxwell Taylor. Este no era un político como Lodge (quien se comportaba en Vietnam del Sur como si fuese el jefe de un partido político en Massachusetts), pero había sido uno de los héroes del desembarco de Normandía y uno de los generales favoritos de Kennedy. Creía fervientemente en el poder militar, en especial en la supremacía aérea. Su nombramiento acallaría cualquier crítica del ala dura, a la que Johnson temía más que a los pacifistas, aunque estos fueran cada vez más numerosos. Taylor encajaba bien en ese nuevo planteamiento bélico en que el mando se hallaba en manos de los generales.

Jamás quedó claro quién dirigía en realidad los esfuerzos bélicos estadounidenses en Vietnam. En 1961, Kennedy firmó un misterioso documento que colocaba a todas las agencias estadounidenses presentes en el teatro de operaciones bajo el mando del embajador, excepción hecha del ejército y la Marina, que rendían cuentas al presidente por mediación del Pentágono[96]. Así pues, la autoridad en Vietnam estuvo dividida desde el inicio, y la doctrina de la contrainsurgencia exigía unidad en el mando. Lodge había intentado salvar esas dificultades puenteando a Harkins en sus comunicaciones con la Casa Blanca, pero ni siquiera un embajador tan poderoso como él podía hacer frente a los militares, que disponían de las tropas y los aviones. La militarización de la política exterior estadounidense empezaba a cobrar impulso. «Es muy triste ver lo que está ocurriendo para alguien formado en postulados teóricos según los cuales el Servicio Diplomático dicta las premisas de la política exterior y las embajadas dirigen y coordinan las labores estadounidenses en el extranjero»[97], escribió Holbrooke a David Rusk el verano de 1964.

Taylor y Westmoreland no eran el tipo de mentores que Holbrooke habría elegido de manera natural: se trataba de militares modernos, rectos, corporativistas, apasionados de la estadística y la tecnología. No obstante, no

dudó en jugar con ellos al tenis en las canchas del Cercle Sportif. Cuando los Rusk llegaron a Saigón, fue a ver con el matrimonio un partido de la Copa Davis entre Vietnam y la India. Acompañó a McNamara a comprar una antigüedad vietnamita para su esposa (el secretario de Defensa resultó ser más agradable de lo esperado). Estar en Saigón implicaba mantener muchos cara a cara con visitas importantes y, de ser necesario, ir a comprar helado de chocolate si alguien lo pedía. Así comenzó el ascenso de Holbrooke como hombre público, más rápido y a una edad más temprana de lo habitual, debido a la guerra.

McGeorge Bundy dijo en una ocasión que 1964 había sido «un año raro» en Vietnam[98]. Johnson siguió el ejemplo de Kennedy y retrasó la toma de decisiones cruciales hasta pasadas las elecciones. La única pregunta era si Vietnam del Sur, con su retahíla de golpes de Estado, sobreviviría como país hasta noviembre. Lo logró por los pelos: llegado ese mes solo restaban dos opciones: perder la guerra o americanizarla. Como perder —o siquiera negociar una retirada— era intolerable para Johnson, la escalada del conflicto se hizo inevitable. La versión oficial, tanto en Saigón como en Washington, se volvió profundamente pesimista en 1964, cuando se demostró no más esclarecedora que el engañoso optimismo del año anterior. Habiendo fracasado en la gestión política de Vietnam del Sur, Estados Unidos optó por la militarización: la Resolución del golfo de Tonkín, aprobada por el Congreso en agosto, dio a Johnson vía libre. Imaginemos a un tipo intentando clavar un clavo en una pared y dándose cuenta en última instancia de que no entra porque lo que creía que era un listón de madera es en realidad una tubería de hierro fundido. El tipo suelta el martillo, agarra una almádena y continúa golpeando.

El periodo de servicio de Holbrooke terminaba supuestamente en junio de 1965. Después, lo destinarían a Viena, lugar que a Holbrooke se le antojaba tan poco apetecible como Luxemburgo[99]. Un día de finales de 1964, se topó con U. Alexis Johnson, quien había llegado a Saigón para ejercer como viceembajador con Taylor. Johnson le preguntó a Holbrooke si querría trabajar un tercer año en Vietnam, y como este estaba más que dispuesto, Johnson lo reasignó a la embajada, donde por recomendación de Lake tomó el antiguo puesto de este como asistente del embajador, con un escritorio de

trabajo justo ante la puerta del despacho de Taylor, en la quinta planta del edificio.

Los Lake no estaban ya en Saigón. En agosto, Tony había sido destinado como vicecónsul a la vieja capital imperial, Huế, cerca ya de la zona desmilitarizada. A sus veinticinco años, era el mando estadounidense número dos en toda la costa central. Huế era una ciudad tranquila y encantadora. Los niños iban a la escuela en bicicleta y los monjes recorrían las anchas calles vacías en fila india, con sus cuencos limosneros y sus campanas de mano. Desde las faldas de la cordillera Annamita bajaba el río Perfume, cuya parsimoniosa corriente atravesaba la ciudadela amurallada, última morada de los emperadores Nguyễn.

En un primer momento, Huế dio a los Lake la vida que ambos deseaban, algo parecido a aquel sueño de Tony de ser embajador en un recóndito país del África Occidental. Se instalaron en un bungaló de madera junto a un canal que daba al río. Toni Ella paseaba al bebé por la ciudad en un carrito de ratán; le gustaba explorar la ciudadela, de una hermosa decadencia. Allí se encontraba el conservatorio de la ciudad, donde tomó clases de *dan tranh*, un instrumento típico de dieciséis cuerdas. Enseñaba además inglés a estudiantes de medicina y a niños de etnia *montagnard*[100]. Él, por su lado, impartía clases de relaciones internacionales en la universidad. Había practicado remo en Harvard, así que se hizo con una vieja canoa individual. Se ejercitaba en el río Perfume, remando en ocasiones hasta un monasterio situado en un pueblo de las afueras, adonde se había retirado Thích Quảng Đức, el monje disidente que encabezase la revuelta contra los Ngo Đình, y que acostumbraba comer flores pétalo a pétalo mientras daba enigmáticas respuestas a las preguntas de Lake. De vuelta en el consulado, este intentaba transcribir las charlas en cables diplomáticos. Los Lake invitaban a músicos y a líderes estudiantiles, y prestaban oídos a las críticas que hacían a los generales de Saigón.

Cuanto más escalaba uno en el escalafón de poder en Vietnam, menos sabía. Tras su primer año y medio en la embajada, después de haber estado destinado en provincias, Lake superó a Holbrooke en el escalafón, pero quedó un poco a la zaga en las dudas al respecto de la coyuntura de la guerra. Como asistente de Lodge, Lake leía los optimistas informes redactados tras alguna batalla y acto seguido el periodista Neil Sheehan se presentaba en la embajada y daba al embajador un testimonio de primera mano que contradecía

frontalmente la versión oficial. Fue así como Lake empezó a darse cuenta de que los informes mentían. En Huế, el desengaño se aceleró.

En una ocasión, Lake fue invitado a visitar un campo de batalla al sur de la ciudad para ver con sus propios ojos los resultados de la victoria gubernamental sobre un comando del Vietcong. Los vecinos paseaban por los campos embarrados disfrutando de la contemplación de los cadáveres enemigos: a un muerto le pusieron un cigarrillo encendido entre los labios y una zanahoria donde antes tenía el pene, mientras una anciana se acuclillaba junto a un cuerpo carbonizado, balanceándose adelante y atrás. Lake se obligó a continuar con la visita, pues no en vano era el vicecónsul estadounidense y su país estaba en guerra. En una zanja paralela al río Perfume había caído media docena de combatientes del Vietcong, hechos trizas por una ametralladora de calibre 50. El último de ellos casi había alcanzado la orilla cuando un proyectil le había rebanado el cuerpo en dos. Era un hombre de la edad de Lake: su delgado rostro, de aire intelectual, tenía un rictus de terror, y las gafas torcidas estaban aún enganchadas en las orejas. Se hacía raro toparse con un rostro así entre el barro y la sangre. Lake contempló aquella mirada largo tiempo, sin prestar atención al oficial de Vietnam del Sur que le informaba. Aquel chico le recordaba a sus alumnos; se preguntó si, en circunstancias distintas, podría él mismo haber terminado así, y qué significado tenía todo aquello. No podría compartir con nadie esa pregunta íntima, ni siquiera con su mujer, pues lo haría parecer débil. Se encontró, así, con un muro interior: dar demasiadas vueltas a aquello podría hacerle concluir que los estadounidenses no deberían estar allí. Algo que a ningún estadounidense destinado en Vietnam se le habría ocurrido pensar aún.

En Navidad los Holbrooke fueron a visitar a los Lake. En enero de 1965, se desató el caos en Huế.

Los estudiantes y los monjes budistas que se manifestaban contra al último gobierno sudvietnamita ocuparon la universidad. Lake simpatizaba con ellos. Como el Alden Pyle de Graham Greene, esperaba que los budistas ofreciesen una tercera vía entre el Vietcong y los generales de Saigón. Debido a las protestas se interrumpieron las clases de música de Toni, pues su profesor temía que lo vieran en compañía de una estadounidense. Se dispuso un soldado vietnamita para que hiciera guardia en casa de los Lake y cada vez

que Toni Ella salía a la calle, se llevaba siempre al bebé y a su perro, por miedo a jamás volver a verlos.

El 23 de enero, una muchedumbre asaltó la biblioteca estadounidense, situada a dos manzanas del consulado. Lake se acercó y vio, entre cientos de manifestantes, a algunos de sus alumnos que estaban prendiendo fuego a los libros[101]. El enojo le dio el coraje que siempre había buscado en Vietnam sin encontrarlo. Este hecho lo había llevado incluso a dudar de sí mismo; Toni Ella, por su lado, apuntalaba su tambaleante compromiso con la causa estadounidense en el miedo a que cualquier día entrase por su ventana una granada del Vietcong. Conceptos como el de «agresión comunista», el de «autodeterminación» o el de «contención» no alimentan en una situación bélica la lealtad, sino la ira, el miedo y los instintos. Lake se abrió paso entre la multitud y consiguió entrar en la biblioteca. Por alguna razón, recordó un libro que leyera de niño, en el que un gaitero del ejército británico se enfrentaba a un grupo de malayos insurrectos. Aquella absurda imagen victoriana le sirvió de inspiración para lanzarse a apagar el fuego él solo. Lo apedrearon, pero aún bajo el influjo del gaitero se volvió y lanzó una mirada furiosa a la muchedumbre. Las piedras dejaron de caer y al poco el fuego se extinguió; se habían calcinado miles de volúmenes. Esa noche, algunos estudiantes acudieron a casa de los Lake para charlar con el matrimonio y presentar sus quejas, y él les señaló que los carteles de la biblioteca escritos en inglés contenían un montón de erratas.

Las manifestaciones eran cada vez más frecuentes y concurridas. Huế era el epicentro de un levantamiento nacional: tras años de guerra, la población sudvietnamita se volvía contra los estadounidenses y exigían una paz negociada. Miles de budistas emprendieron una marcha hacia el consulado, y Lake recibió un informe del Servicio de Inteligencia según el cual el Vietcong se había infiltrado en la manifestación. Dio instrucciones a los guardias del ejército de que no disparasen, mandó al resto del personal a casa y se encerró tras la puerta blindada de la sala de comunicaciones. Aquello fue mucho peor que las trece horas sentado dentro de una despensa durante el golpe de Estado en Saigón: en esta ocasión, el objetivo era él. Oyó el tumulto y esperó las explosiones, llorando de miedo. Tras una hora y media, los manifestantes decidieron llevar la protesta a otro lugar.

Taylor autorizó a Lake a ordenar la evacuación de todas las familias estadounidenses del Vietnam central. El peligro no procedía únicamente del Vietcong y de los regimientos de Vietnam del Norte, que avanzaban ya hacia el sur a través de la zona desmilitarizada. La propia población sudvietnamita presentaba ya una amenaza en sí.

La guerra promovida por los estadounidenses alcanzaba un punto de no retorno. La primera semana de febrero Johnson envió a McGeorge Bundy, su consejero más agresivo, a Vietnam, donde permaneció cuatro días. No para llevar a cabo una evaluación del conflicto, pues la suerte estaba ya echada (Bundy redactó su informe al poco de llegar), sino con miras a preparar a Estados Unidos para la subsiguiente escalada del conflicto. Bundy visitaba por primera vez Saigón, donde se había producido otro golpe de Estado más. Si su prudencia hubiera estado al nivel de su inteligencia, habría visto, oído y entendido que ese alzamiento de monjes y estudiantes (que había obligado a Tony Lake a encerrarse en lugar seguro y a Toni Lake a huir de Huế) suponía toda una revolución social en el sur, que el apoyo a la guerra estaba evaporándose entre los vietnamitas, que ni todas las tropas de tierra y bombardeos del mundo servirían para que el gobierno sudvietnamita se ganase a su gente, y que la única medida sensata era una retirada pactada. Pero así era McGeorge Bundy, el consejero de Seguridad Nacional de dos presidentes estadounidenses.

El 6 de febrero, en su última noche en Saigón, Bundy reunió a un grupo de estadounidenses en la casa del viceembajador, U. Alexis Johnson. Holbrooke, que estaba presente, durante varias horas escuchó a Bundy hacer una pregunta tras otra a las personas que lo rodeaban en la mesa del comedor[102]. Algunas llevaban años en el país y tenían mucho que enseñar al consejero, pero, por el contrario, se vieron puestas a prueba por aquel tipo agudo y elocuente, el decano más joven de la Universidad de Harvard. En el momento en que alguien dudaba o hablaba con menos seguridad que Bundy, este dejaba de prestar atención y pedía opinión a otra persona. Holbrooke reverenciaba a Bundy como el tipo de hombre de éxito e «intelectual de acción» en que él quería convertirse. Aunque Holbrooke seguiría aprovechando cualquier oportunidad para conocer a altos cargos como Bundy, aquella noche se le cayó un mito. Dejaron de embelesarlo su

inteligencia y tampoco lo perturbó ya su frío desapego al respecto de la guerra, las muertes y la realidad de Vietnam.

De madrugada, pocas horas antes de la vuelta programada de Bundy a Estados Unidos, un comando del Vietcong atacó una base de helicópteros norteamericana cercana a Pleiku, en la planicie central. Ocho soldados estadounidenses murieron, ciento veintiséis resultaron heridos y diez aeronaves quedaron destruidas. Bundy se apresuró a visitar Pleiku junto con Westmoreland para evaluar los daños. La destrucción impactó a ese hombre que jamás había visto la guerra. Dispuso una línea segura con la Casa Blanca e instó a volver a bombardear de inmediato el norte. Johnson ya había elegido los blancos mucho antes. Puesto que Estados Unidos había estado esperando una provocación para lanzar los bombardeos, el ataque del Vietcong podía juzgarse de providencial[103]. Cuando, de regreso en Washington, un periodista preguntó por qué Estados Unidos había lanzado represalias tras el ataque a Pleiku pero no tras otros ataques anteriores del Vietcong, Bundy replicó: «Los Pleikus son como los tranvías». Siempre vendría otro por detrás y uno podía elegir subirse al que quisiera.

El 8 de febrero, el gobierno de Johnson dio a los dos mil trescientos familiares de militares y funcionarios norteamericanos una semana para dejar el país. Cerraron las escuelas estadounidenses, se vaciaron las mansiones, se despidió a las criadas y las familias se prepararon para despedirse. Toni Lake y su bebé fueron los primeros en llegar a Estados Unidos. Cuando fue entrevistada en el aeropuerto Kennedy de Nueva York por el programa *Today*, declaró: «Siento mucho haber tenido que dejar a mi marido allí». Al preguntarle qué ocurría en Vietnam, respondió: «El problema en Vietnam es el Vietcong», como buena esposa de un alto funcionario del Servicio Diplomático[104]. Su esposo se mostró orgulloso de ella, aunque, a decir verdad, cada vez estaba menos convencido de que esa fuese la respuesta correcta. Tras los episodios de violencia vividos en Huế, el matrimonio Lake recibió las noticias de la evacuación con alivio. En unos meses, Tony Lake regresó al Departamento de Estado. Su estadía de dos años en Vietnam había terminado.

Por lo contrario, los Holbrooke no recibieron la orden de evacuación de buen grado. El peligro en Saigón no había aumentado sensiblemente, y dejar el país suponía un gran trastorno en sus vidas. Decidieron que Litty se

instalaría en Bangkok durante el último año de Dick en Vietnam, para que él pudiera visitarla al menos una vez al mes. En Tân Sơn Nhất, cuando embarcó en el C-130 de las Fuerzas Aéreas junto a otras compatriotas, Litty lloró. Acababa de enterarse de que estaba embarazada de tres meses.

Tras semanas en curso, la evacuación se justificó ante la ciudadanía estadounidense en los mismos términos, tan retorcidos como engañosos, en que solía operar la Casa Blanca de Johnson: puesto que a partir de 1965 se iría agregando personal estadounidense para dar apoyo a la ampliación del ejército sudvietnamita, se había procedido a repatriar a las familias de los militares a fin de evitar un número desproporcionado de población estadounidense en el país. Sin embargo, en un cable clasificado, Taylor explicaba los motivos reales, políticamente explosivos: se extendían las turbamultas y la violencia en el sur, y era necesario «despejar el terreno como paso previo a cualquier ampliación de las acciones militares»[105]. Tenían que sacar de allí a las mujeres y a los niños para preparar la escalada del conflicto que Johnson seguía negando públicamente.

En el informe redactado durante su visita, Bundy urgía al presidente a empezar a bombardear de manera sostenida Vietnam del Norte antes de que Vietnam del Sur cayera. La Operación Rolling Thunder comenzó el 2 de marzo y se desarrolló a lo largo de más de tres años y medio, hasta la víspera de las elecciones presidenciales de 1968, en los que se dejaron caer sobre Vietnam del Norte tres veces más bombas de las que se lanzaron en toda la Segunda Guerra Mundial. El 8 de marzo, dos batallones de marines desembarcaron en Da Nang, al sur de Huế, para proteger la base estadounidense: eran las primeras tropas de tierra estadounidenses en Vietnam. Muy pronto, los marines estaban llevando a cabo operaciones en las aldeas y los arrozales de la costa central. Taylor, quien como consejero de la Casa Blanca había defendido en 1961 el envío de tropas al país, se oponía a su intervención ahora que era embajador, y se había familiarizado con el caos de Saigón: en su opinión, estaba arrebatándosele la iniciativa a los vietnamitas y los estadounidenses terminarían convirtiéndose en colonos. Sin embargo, Johnson hacía caso a Westmoreland, no a Taylor, quien para mediados de verano ya se había marchado de Vietnam, al ser reemplazado por el hombre al que él había sucedido, Henry Cabot Lodge. Los bombardeos sobre el norte no produjeron el efecto deseado, así que los suministros continuaron llegando a

Ho Chi Minh y las unidades del ejército norvietnamita siguieron infiltrándose a través de la zona desmilitarizada. Hanói, en consecuencia, se negó a dar un paso atrás y en julio Johnson ordenó el envío de otros cincuenta mil efectivos. Para finales de año, había casi doscientos mil estadounidenses en Vietnam.

La orden de evacuación de febrero de 1965 merece apenas una nota al pie en la historia de la guerra, pero en mi opinión marca un antes y un después. Fue el final de la bella Saigón colonial, del pequeño aeropuerto civil de Tan Son Nhut y de la aldea de pescadores de Da Nang. Se terminaron las siestas de sobremesa, las chicas de los clubes nocturnos hablando francés, las meriendas en casas de los diplomáticos y el zoo de Saigón lleno de niños estadounidenses. Se multiplicaban las bases norteamericanas y los B-52, y se extendía el Marlboro de contrabando y la prostitución a escala industrial. Desapareció la vieja embajada junto al río, un edificio de oficinas donde la seguridad era tan laxa que el 30 de marzo de 1965, dos miembros del Vietcong metieron un coche hasta las ventanas de la planta baja e hicieron detonar cien kilos de explosivos, lo que causó la muerte de veintidós personas, casi todas transeúntes vietnamitas. Terminó el opio y empezó la heroína. Los civiles desaparecieron y arrancó la máquina de matar de Westmoreland.

Rufus Phillips regresó a Vietnam en septiembre, por primera vez desde 1963. Hizo un viaje en coche desde Saigón y se quedó atónito al toparse con quince kilómetros de vehículos militares estadounidenses que colapsaban la carretera de Biên Hòa, como si al otro lado los esperasen las divisiones acorazadas soviéticas en el frente europeo de la Segunda Guerra Mundial en lugar de unos guerrilleros escondidos en la selva. John Negroponte, amigo de Holbrooke, declaró que la calle Tu Do era como la neoyorquina calle Cuarenta y dos en Nochevieja a todas horas. «El ambiente en Saigón se está deteriorando —escribiría Holbrooke[106] más adelante—. Los estadounidenses se están corrompiendo a manos de los vietnamitas. Se están convirtiendo justo en eso que dijimos que íbamos a combatir a lo largo y ancho del mundo[107]». Los estadounidenses se habían hecho con el control de la ciudad y ahora estaba todo en venta.

A Holbrooke llegó a disgustarle profundamente la orden de evacuación, porque obligaba a los funcionarios a elegir entre la guerra y sus familias, y

algunos de los mejores renunciaron a ampliar sus periodos de servicio. Justo cuando Estados Unidos necesitaba personas fiables y entendidas en Vietnam, cayó en picado la calidad profesional. La misión estadounidense acumuló sobras de matrimonios rotos y jóvenes con la cara comida de acné. Algunos tenían talento, pero otros muchos eran refugiados de la vida convencional y curtidos adictos a la guerra, y no tanto la flor y nata del gobierno. En Saigón se acuñó un nuevo proverbio: «No puedes trabajar en contrainsurgencia sin haberte cargado antes tu matrimonio»[108]. Aquel agosto, en Bangkok, Litty dio a luz en soledad al pequeño David.

La guerra a base de grandes unidades militares arrancó de cuajo lo que quedaba de los frágiles plantones de pacificación que la Oficina de Asuntos Rurales había sembrado en provincias. Los pilotos estadounidenses tenían la orden de regresar a las bases con el compartimento de las bombas vacío. Holbrooke participó en cierta ocasión en un vuelo de inspección junto con Lodge y Westmoreland: «Estos aviones tienen la orden de dejar caer bombas en cuanto vean algo moverse en el suelo —se quejaba un asistente de veinticuatro años al procónsul y a un general de cuatro estrellas de vuelta en Saigón—. Ahí abajo vive gente»[109]. Holbrooke argumentaba con vehemencia que la «zonas libres de fuego» y el «fuego de acoso e interdicción» eran contraproducentes: la matanza a ciegas solo servía para crear más simpatizantes del Vietcong. Eso lo había aprendido de primera mano en el delta del Mekong, dos años antes, y ahora lo veía en todo Vietnam del Sur. Cuando le dijeron que se trataba de áreas controladas por los comunistas, él respondió: «No, eso es una locura».

Pocos funcionarios, y menos aún de nivel medio o bajo, hablaban a los altos cargos militares de ese modo en Vietnam. Sin embargo, a esas alturas Holbrooke no consideraba a los pares de Lodge y Westmoreland sus superiores. Veía en ellos a hombres bienintencionados pero mal informados que podrían corregir tácticas erradas gracias a la asesoría de alguien que sabía más que ellos. Lodge, por fin, lo atajó: «Está bien que hagas caso a tus miedos, muchacho, pero no te dejes gobernar por ellos».

La duda de Holbrooke, no obstante, se encontraba ya a punto de pasar a una tercera etapa. Tras cuestionar tanto las tácticas como las evaluaciones de estas, empezaba a dudar de la estrategia general estadounidense. La guerra de desgaste de Westmoreland quería alcanzar lo que el general llamaba «el punto

de cruce», momento hipotético en que Vietnam del Norte no podría ya restituir sus combatientes al ritmo en que eran eliminados. La estrategia estadounidense era desangrar al enemigo hasta doblegarlo.

El otoño de 1965, Holbrooke se sumó a la sección política de la embajada como periodista de provincias, y fue recopilando información por todo el país en esa nueva etapa de la guerra[110]. Uno de sus viajes lo llevó a la costa central, concretamente a la provincia de Quảng Nam, donde pasó una semana en compañía del 9.º Regimiento de Marines, destacado al sur de Da Nang. Se presentó ante un general llamado Lewis Walt, un tipo enorme que había luchado con valentía en el Pacífico Sur, marine por los cuatro costados. Walt creía que la pequeña aldea costera donde se entrevistó con Holbrooke era una especie de Iwo Jima, una cabeza de playa que mantener a salvo. Ante la atenta mirada de un grupo de niños, Walt se arrodilló, aplanó con su gran brazo la arena y dibujó dentro de un gran semicírculo el esquema de cómo los marines se desplegarían desde la aldea hacia la zona circundante, la limpiarían de combatientes del Vietcong y luego la entregarían al ejército sudvietnamita, con el objetivo de tender un puente con una zona liberada más al sur: reaparecía el concepto de la «mancha de aceite». «Lo que ocurrirá, señor, será que el Vietcong nos ganará la espalda y volverá a ocupar la zona liberada en cuanto nos retiremos», advirtió Holbrooke, que llevaba en Vietnam dos años más que el héroe de Guadalcanal. Sin embargo, Walt siguió dibujando en la arena. Tenía plena confianza en su plan.

Los marines habían construido una escuela en una aldea cercana. Cuando llevaron a Holbrooke a conocerla, se encontraron con unas ruinas humeantes. Un niño del pueblo le había prendido fuego horas antes, nadie sabía por qué. Algunos vietnamitas odiaban a los marines por el reguero de destrucción que dejaban a su paso o por el mero hecho de que aquella no era su tierra; otros, sin embargo, querían que se quedasen para siempre, porque eran más amables y generosos con los niños que las tropas sudvietnamitas. En cualquier caso, los marines estaban atrapados, pero no parecían haberse dado cuenta.

Unos meses más tarde Holbrooke regresó a Quảng Nam[111]. Lo que vio allí lo conmovió profundamente: los marines habían hecho un trabajo extraordinario al construir escuelas, distribuir fertilizantes y vacunar a niños, pero no habían sido capaces de acabar con el Vietcong. Pese a todos sus esfuerzos, los guerrilleros seguían infiltrándose, poniendo minas y tendiendo

emboscadas desde la retaguardia. Los marines no hablaban vietnamita y no tenían ningún interés en conocer la historia del país. No sabían ni dónde estaban. No obstante, todo eso era fundamental para que la estrategia funcionara. «Empezaban a darse cuenta (poco a poco y con un elevado coste de dinero) de que la zona que intentaban limpiar no era una mera cabeza de playa olvidada de la Segunda Guerra Mundial. En aquel conflicto, lo importante era tomar una playa, protegerla de los contraataques japoneses e ir avanzando poco a poco hacia el interior —escribiría más tarde Holbrooke—. No, en esta ocasión, la cabeza de playa era mucho más que una cabeza de playa. En esa costa vivía gente, parte de la cual llevaba años e incluso décadas bajo el control de los comunistas. No iban a cambiar de bando porque regaláramos pastillas de jabón».

Holbrooke concluyó que la estrategia no funcionaría y, además, costaría innumerables vidas, porque lo que los estadounidenses consideraban una pacificación era en realidad una ocupación. Habían sustituido a los franceses.

El informe que Holbrooke redactó sobre la labor de los marines impactó tanto a Lodge, que este se negó a enviarlo a Washington.

Un día de principios de diciembre de 1965, mientras Holbrooke estaba ocupado en el habitual trasiego de funestos cablegramas entre Saigón y Washington, Lodge lo abordó con un asunto importante[112].

—Muchacho —le dijo el embajador—, he estado reflexionando sobre las Navidades. Aquí estamos, rodeados por la guerra, y todo el mundo cree que vivimos cagados de miedo por la guerrilla. Tenemos que encontrar la manera de dar a entender que no es así en absoluto. ¿Tienes alguna idea?

—No, señor embajador —respondió Holbrooke.

Pero Lodge sí la tenía: celebrar una fiesta de Nochevieja.

—Un fiestón —recalcó— para olvidar por una noche que estamos viviendo en este lugar horrible.

Lodge había perdido parte de la autoridad recabada durante su primer periodo de servicio en el país. En ocasiones, parecía totalmente fuera de juego, y trabajaba apenas cuatro o cinco horas al día, mientras a su alrededor arreciaban las peleas entre los generales y políticos sudvietnamitas. Sin embargo, el asunto de la fiesta de Nochevieja lo cautivó por entero. Se volcó en la elección de los adornos y de la música —a cargo de un conjunto

formado por miembros de las Fuerzas Aéreas, llamado The Blue Notes— y, sobre todo, en la confección de la lista de invitados. Una lista de invitados era un importante documento político, aseguró a Holbrooke, pues potencialmente puede crearle a uno enemigos de por vida. Habiendo perdido durante ese segundo periodo en Vietnam su puritana reserva, Lodge dejó claro que sobre todo quería que acudiesen jóvenes, gente «viva de verdad» con ganas de olvidar la guerra bailando hasta el amanecer. Puesto que la evacuación había despojado a la comunidad estadounidense de casi todas sus mujeres, aquellos *bon vivants* tendrían que recurrir a lo que Lodge llamaba «flores», nombre en clave para las chicas de los clubes. Así, la lista de invitados no dejó de crecer —serían invitados el implacable embajador de Filipinas y también el de Italia, incluida su hermosa secretaria vietnamita—, hasta sobrepasar los trescientos nombres.

Había un problema: en Saigón imperaba un toque de queda a partir de las once de la noche. La embajada no podía anularlo, ni siquiera para una fiesta de Nochevieja, así que como formalidad la invitación rezaba «de ocho a once». Los diplomáticos se presentaron en la residencia de Lodge a las ocho en punto y los «vivos de verdad» comenzaron a llegar un poco más tarde. A las diez y media ambos grupos empezaron a marcharse, para desesperación de los funcionarios de la embajada, que habían creído que nadie respetaría el toque de queda y querían hacer lo posible para que se convirtiera en la juerga para los anales de la historia que había deseado su jefe. Holbrooke rogó, suplicó e incluso amenazó a sus colegas, pero los festejantes, en especial los «vivos de verdad», tenían otros lugares a donde ir, salvo Lodge, que bailaba con la secretaria del embajador italiano y algunas de las «flores», y, por supuesto, los asistentes de Lodge, que no podían irse. Se acercaba la medianoche y la residencia había quedado casi vacía. El embajador seguía feliz en su mundo, bailando aún con la secretaria italiana y cantando al compás de la versión que la banda tocaba de «Georgia on my mind». Holbrooke pensó que, pese a aquel panorama, probablemente a Lodge le parecería que la fiesta había sido un éxito.

Cuando dieron las doce, uno de los músicos gritó «¡Feliz Año Nuevo, mamones!», y acto seguido The Blue Notes se bajaron del escenario, pero el embajador sacó su colección de discos para entretener a sus asistentes cautivos. Así fue como la misión americana de Saigón despidió 1965 —el año

de la Operación Rolling Thunder, de los ciento setenta y cinco mil soldados estadounidenses, de las casi doscientas mil muertes y de la total americanización de la guerra— e inauguró 1966, año en que morirían más de seis mil estadounidenses y decenas de miles de vietnamitas, y un millón de personas se verían obligadas a abandonar sus hogares destruidos como refugiadas.

Cuando Holbrooke se marchaba ya discretamente junto con los últimos invitados, Lodge gritó desde la puerta de la calle de su residencia a la cálida y fragante oscuridad: «¡Bueno! ¡Se lo hemos dejado claro!». Holbrooke no lo entendió. «Me refiero a esos guerrilleros… —le explicó Lodge—. Les hemos demostrado que no les tenemos miedo. Aquí podemos emborracharnos y hacer burradas y tonterías igual que en casa».

Fue un extraño giro del destino que, a esas alturas de la historia, con Estados Unidos volcado en una guerra de desgaste que acarrearía una destrucción de alcance demencial, regresara a Vietnam por fin Edward Lansdale.

Hacia principios de 1966, el presidente Johnson pareció darse cuenta de repente de que en la guerra hay que ganar también las mentes y los corazones. Trató de revivir esa premisa con el mismo frenesí ciego que marcó todas sus decisiones sobre Vietnam. Para Johnson, la pacificación era una prolongación de su concepto de la Gran Sociedad, la guerra contra la pobreza librada en las aldeas de las provincias de Quang Ngai y Long An. (Ya había fracasado en su intento de sobornar a Ho Chi Minh proponiéndole una serie de proyectos hidroeléctricos en el río Mekong). El último proyecto en que Holbrooke trabajó en Vietnam tuvo que ver con pacificación y lo desarrolló desde la embajada: «La presión que se ejerce sobre la población para que la producción no se detenga se ha visto incrementada más allá de cualquier medida anterior —escribió a David Rusk—. En consecuencia, reaparece el grave riesgo de que los informes vuelvan al tipo de pensamiento positivo que plagó la misión de autoengaños en 1963, bajo el mando de Harkins»[113].

El vicepresidente, Hubert Humphrey, quería que Lansdale estuviera en Saigón y Lodge se mostró de acuerdo. Lansdale se instaló en una casa de campo de paredes estucadas de blanco con un equipo de sus antiguos colaboradores de la década de 1950, como Lou Conein y George Melvin, y un entusiasta oficial de los marines, propuesto por el Pentágono, llamado Daniel

Ellsberg. Nombraron a Lansdale «asesor especial» de Lodge, cuya misión sería la de insuflar energía y coherencia al calamitoso gobierno de Saigón. La casa de campo se convirtió en punto de encuentro de los líderes vietnamitas, donde se reunían para charlar hasta la madrugada y entonaban canciones populares tradicionales. Sin embargo, Lansdale no contaba con fondos ni tenía autoridad, mientras que la embajada, por su lado, se había convertido en una organización gigantesca, con cientos de funcionarios tratando de llevar a término todos los programas que había traído consigo la americanización. Los métodos de Lansdale sorprendieron a los funcionarios por pintorescos, cuando no por absurdos. Llevaba casi una década sin pisar Vietnam. Su amigo Diem había muerto hacía mucho. Ya no conocía el país como antes y se le había olvidado el idioma vietnamita.

Uno de los principales detractores de Lansdale era Holbrooke, algo que llama la atención, pues tenían la misma perspectiva sobre la guerra. Los gobiernos, no obstante, están formados por seres humanos y no por cargos políticos, y un lugar tan intenso como Vietnam hacía a las personas aún más propensas de lo habitual a rivalidades mezquinas y a odios debilitantes. Si miras las cosas muy de cerca y estás de mal humor, la función pública parece convertirse en un montón de papeleos y enfrentamientos personales. A Holbrooke le disgustaba la burocracia, pero más todavía perder ante un competidor, y su equipo competía directamente con el de Lansdale por ganarse la simpatía de los sudvietnamitas más prominentes, incluidos los últimos gobernantes, el teniente general del ejército del aire Cao Kỳ y el general Nguyễn van Thieu. Además, peleaban por la atención de Lyndon Johnson. «E[dward]. L[ansdale] ha cometido un grave error —escribió Holbrooke a los Lake en Washington—. Ha traído de vuelta consigo a gente que en su día podría haber volado los puentes del río Kwai, pero están ya mayores y se exponen demasiado[114]».

Holbrooke hizo correr el rumor de que a Lansdale se le había pasado el arroz. Stanley Karnow, periodista del *Washington Post*, escribió un artículo que apareció en primera plana titulado «Lansdale y sus legendarios milagros, venidos a menos en Vietnam»[115], que terminaba con una cita anónima de «un curtido oficial estadounidense»: «Estamos enfrentándonos a una organización comunista de enorme eficiencia que debe ser erradicada por otra

organización superior. Eso no pueden hacerlo, sin más, unos pocos hombres de buena voluntad».

Enfurecido, Lansdale trató de dar con la fuente. Holbrooke recordó a sus colegas que cada vez que Karnow visitaba Saigón, se alojaba en casa de un joven funcionario de la embajada llamado Frank Wisner. Quien quisiera conocer las fuentes de Karnow debería comenzar por ahí.

Wisner no era un funcionario cualquiera, sino un príncipe del *establishment*. Su padre, también llamado Frank Wisner, era una leyenda de los operativos de inteligencia que en la década de 1950 había dirigido las operaciones especiales de la CIA; fue, por ejemplo, la mente pensante tras el derrocamiento de gobiernos electos en Irán y Guatemala, así como tras otras tantas dudosas acciones encubiertas, muchas trágicas, llevadas a cabo en el marco de la guerra fría. Wisner padre era también dado a la depresión; en octubre de 1965 puso fin a su vida con una de sus escopetas de caza en la casa de campo familiar de la costa oriental de Maryland. Wisner hijo regresó a Estados Unidos desde Vietnam para asistir al funeral paterno, pero se reincorporó a la guerra de inmediato.

Era un tipo bajo y erguido, apuesto y vividor. Hablaba, entre bromas y veras, un inglés sembrado de expresiones un tanto anticuadas y frases hechas pasadas de moda, y creía en ideas caducas como la de «hacer una buena guerra», es decir, la imperiosa necesidad de ver la acción de primera mano en algún momento[116]. Acompañaba a los soldados sudvietnamitas en las patrullas nocturnas y una vez se metió en un lío por viajar en un deportivo Triumph hasta la frontera camboyana junto con un par de amigos. Su casa, situada en el número 47 de Phan Thanh Giản, junto al puente de Biên Hòa y a orillas del río Saigón, había sido construida para una de las queridas del emperador. Contaba con un encantador jardín cerrado por un muro y estaba decorada con la colección de porcelana china de Wisner y atendida por un cocinero y una criada. Wisner hijo solía presidir libertinas veladas en que trinchaba carne, servía coñac y proponía historiados brindis.



Vladimir Lehovich, Frank Wisner y unas amigas en una cena en el barrio de Cholon, Saigón. Cortesía de Vladimir Lehovich.

Aquella casa se convirtió en el epicentro de una elitista vida social que reproducía fielmente en Saigón los vínculos establecidos en Georgetown, en el Upper East Side neoyorquino, en Princeton y en Harvard. Holbrooke no había nacido ni se había educado en ese mundo —las universidades Scarsdale y Brown no entraban en esa liga, ni muchísimo menos—, pero gracias a la guerra lo conocía de primera mano, así que se convirtió en comensal habitual en las cenas organizadas por Wisner. Otra de los habituales era una esbelta periodista de pelo rubio y grandes ojos llamada Frances FitzGerald, a quien todo el mundo llamaba Frankie. Su padre, Desmond FitzGerald, había sido uno de los principales fichajes de Frank padre, y su madre, Marietta Peabody, era una progresista militante, mujer de mundo que había sido amante del director John Huston y del político Adlai Stevenson. Había también un teniente de las Fuerzas Especiales llamado Tobias Wolff. El hermano de este, Geoffrey Wolff, crítico literario en el *Washington Post*, había trabado amistad con Wisner en Princeton y era su proveedor de novedades literarias. Se había casado además con una de las amigas que Frankie FitzGerald había hecho en Radcliffe. Frecuentaba también esas cenas John Negroponte, futuro embajador de Estados Unidos ante las Naciones Unidas, quien compartiría apartamento en Saigón con Holbrooke después de que, en una vivienda que compartiera antes, un marinero estadounidense borracho lo había perseguido cuchillo en mano creyendo equivocadamente que quería ligarse a su novia

vietnamita. También solía hacer acto de presencia Ward Just, corresponsal del *Washington Post* que escribiría libros de éxito, como también hicieron Frankie FitzGerald o los hermanos Wolff. Y así otros varios nombres más. Espero que de este modo los lectores sepan entender que hubo tantas versiones de Vietnam como estadounidenses, y que no todos se parecían a los de películas como *El cazador* o *Platoon*.

Wisner no tenía a Lansdale en muy alta estima. Decía que su equipo era como un grupo de dobles agentes británicos entrados en años que luchaban por conservar su protagonismo, igual que en *El espejo de los espías*, la nueva novela de John Le Carré que Geoffrey Wolff le había hecho llegar. Sin embargo, Wisner no era el tipo de hombre que da citas anónimas a periodistas, ni siquiera aunque sean sus invitados. No, Wisner no era la fuente de Karnow. Era Holbrooke. A este le gustaban los periodistas, y disfrutaba jugando a filtrar información para acercarse a sus objetivos. Conoció a Karnow en casa de Wisner y quiso disimular señalando a su anfitrión.

Un capitán del ejército llamado Pete Dawkins dijo en una ocasión a Holbrooke que se le había ocurrido una idea: revertir el ritmo del enfrentamiento bélico y convertir a las tropas norteamericanas en un ejército nocturno como el Vietcong, capaz de luchar a la vez que se desplazaba. Dawkins —delegado de clase y mediocampista estrella en el equipo de fútbol americano de la academia militar de West Point, ganador en 1958 del trofeo Heisman y portada de *Life*— estaba pensando en presentar la idea a Westmoreland. Intrigado, Holbrooke le pidió echar un vistazo al documento clasificado en que la exponía. Dawkins se lo entregó reticente, con la condición de que le fuera devuelto en veinticuatro horas y no lo mostrara a nadie. Unos días más tarde, la idea del «ejército nocturno» era objeto de reflexión en un artículo de R.W. Apple Jr. Aparecido en el *New York Times*[117]. Dawkins, quien temió que aquello pusiera fin a su carrera, perdonó al final a Holbrooke, a quien le había gustado la idea y quería apostar por ella. Con respecto al engaño… así era Holbrooke.

Lo que no he llegado a comprender es por qué Wisner guardó silencio tras conocer la traición de Holbrooke a Lansdale. Por qué, en lugar de hundirlo, Wisner se convirtió en su mejor amigo de por vida. Quizá aceptó la traición como el precio que pagar por el placer de contar con una amistad así. Quizá fuera la caballerosidad de Wisner, y que Holbrooke supiera que podía contar

con ella. Frank, pensó, actuaba con la apuesta gracilidad de los personajes de F. Scott Fitzgerald, compañero suyo en Princeton[118].

Comoquiera que fuese, los episodios de este tipo empezaron a multiplicarse: eran los primeros gusanos de la manzana podrida. Los conocidos de Holbrooke se percataron de que los febriles aires del Saigón ocupado estaban subiéndosele a la cabeza. A Ward Just le pareció demasiado ambicioso para darle su confianza y evitó recurrir a él para recabar información. «Tienes un resplandeciente futuro por delante —le dijo a Holbrooke un alto cargo administrativo de la embajada—. Pero ascenderás más rápido si vas más despacio[119]».

Había llegado el final de sus días en Vietnam. En la primavera de 1966, Litty y el bebé zarparon desde Bangkok para, rodeando medio mundo en barco, llegar hasta Roma, donde Holbrooke se reuniría con ellos. En la Casa Blanca le esperaba un puesto, y en Georgetown algo igualmente importante: Wisner había avisado a su madre, la recién enviudada Polly Wisner, de que lo invitara a cenar. En su salón, le serían presentados a Holbrooke los grandes hombres del siglo americano.

VIII

—He leído en un informe que han cortado la carretera 4 entre Saigón y Can Tho —anunció Lyndon Johnson a los ocho hombres que se sentaban en torno a la mesa de caoba de la Sala del Gabinete—. Ya saben, en Tejas, si el cerdo sube de precio, te echan. Pierdes las elecciones. El precio del cerdo, en Tejas, es poder[120].

El presidente interpretó el corte de la carretera 4 en relación con el efecto que podría ejercer sobre la cotización del porcino en Saigón. Recostándose en su sillón de cuero, se volvió hacia el hombre que tenía a la derecha, Robert Komer, que iba ataviado con pajarita y mordía con fuerza una pipa. Komer se había convertido en el rey de la pacificación para Johnson y era el nuevo jefe de Holbrooke.

—Komer, quiero que el precio del cerdo baje a la mitad en veinticuatro horas y que esa carretera vuelva abrirse.

—Sí, señor presidente —replicó Komer, antiguo funcionario de la CIA y burócrata tan feroz y volátil que Henry Cabot Lodge lo apodaba «el Soplete».

Al otro lado de la mesa, a Holbrooke le parecía que Johnson estaba hablando como Hitler al final de la guerra mundial, imaginándose al frente de divisiones que no existían. Ningún estadounidense tenía en su mano reabrir la carretera 4, ni siquiera Bob Komer, alias el Soplete.

Johnson continuó:

—Tengo otra idea, Bob. Tú sabes que al final de la Segunda Guerra Mundial hubo un montón de asesores en asuntos civiles que se encargaron de gestionar la Alemania y el Japón ocupados. Tenemos que recuperarlos y mandarlos a Vietnam.

Era finales de verano de 1966. Holbrooke nunca había hablado directamente con un presidente, pero había llegado a la conclusión de que nadie en Washington conocía mejor la guerra que él. En la Casa Blanca y el Pentágono la noción que se tenía de Vietnam era más bien endeble, mientras que el convencimiento de que Estados Unidos podría hacer lo que le viniera

en gana se mantenía sólido como la roca, como si Washington se hubiera quedado varado en 1945. Holbrooke alzó la mano:

—Señor presidente, ¿me permite? —Johnson miró por encima de sus anteojos al joven asistente que se sentaba al otro lado de la mesa—. Señor presidente, acabo de llegar de Vietnam y, si me lo permite, todo esto me preocupa un poco. No estoy seguro de que esos asesores estadounidenses de que usted habla estén cualificados para esta tarea. Existen ciertas limitaciones respecto a lo que los estadounidenses podemos hacer en el ámbito de lo civil en Vietnam.

Johnson se quitó las gafas y dirigió hacia Holbrooke aquel rostro suyo de mirada triste y mandíbula prominente.

—Veamos, hijo. Su trabajo es acabar con esas limitaciones —le contestó el presidente.

Los Holbrooke compraron una casa de dos plantas en la avenida Nebraska, al noroeste de Washington, junto a un sombreado camino de ribera que bordeaba el río Potomac. Los Lake vivían a cinco minutos en coche, colina arriba, en un barrio algo más elegante, sobre la carretera Foxhall. Todas las mañanas, Litty, con el bebé en el asiento trasero, llevaba a Dick en su Volkswagen Escarabajo hasta el céntrico edificio de la Old Executive Office, ese ostentoso mamotreto estilo Segundo Imperio al que Truman llamó «la mayor monstruosidad de Estados Unidos», el cual se alzaba no lejos de una Casa Blanca que, a su lado, se veía pequeña y decorosa. Litty lo recogía también a diario. Holbrooke y otros seis miembros del equipo de Komer, incluido el teniente coronel Bob Montague, amigo de Holbrooke desde Bạc Liêu, compartían despachos en el primer piso. Libraban «la otra guerra» desde Washington.



Robert Komer (*a la izquierda, de espaldas*), Lyndon Johnson (*señalando*) y RH (*tercero por la derecha, de perfil*) en la Sala del Gabinete. Yoichi Okamoto. Fotografía oficial de la Casa Blanca.

Johnson quería resultados rápidos —«pieles de mapache en las paredes», según sus palabras[121]— y por eso hizo responsable de la pacificación a la Casa Blanca y no al Departamento de Estado, que lo había solicitado explícitamente. Sin embargo, en Vietnam los resultados nunca llegaban de inmediato y a veces ni llegaban, salvo cuando se trataba de esos informes que contaban 324 aldeas estratégicas en Ba Xuyên. Nada había cambiado en esencia desde 1963. El ejército sudvietnamita apenas se interesaba por el bienestar de la población rural, los campesinos sentían poco afecto por el gobierno y los políticos y generales de Saigón se dividían en facciones. Imperaba una corrupción galopante. Los problemas seguían sin resolverse año tras año, y los estadounidenses se empeñaban en arreglar las cosas con más dinero, más programas, más gente, más armas y más palabras, con una voluntad misteriosamente —casi admirablemente— implacable.

Si no es posible ganar una guerra, al menos puede intentarse administrar la burocracia de la manera correcta. Por mi experiencia, sé que cuando empieza a normalizarse el uso de términos como «gestionar», «coordinar», «reestructurar» y «fortalecer», las medidas no están funcionando. Cambiar la estructura del gobierno estadounidense no era fácil, pero cambiar la forma de ser de los sudvietnamitas resultaba mucho más complicado. Así pues, Komer

dedicó todo un año de trabajo a rediseñar el esquema organizativo. La cuestión era cómo obligar a todas las agencias implicadas en la pacificación a trabajar codo con codo, salvando las brechas entre las provincias y Saigón, Saigón y Washington, los militares y los civiles, los estadounidenses y los vietnamitas. A principios de 1967, Johnson creó el Apoyo al Desarrollo Revolucionario y de Operaciones Civiles (CORDS, por sus siglas en inglés), que tomó el control de la pacificación, apartando a los civiles y entregando el timón a Westmoreland. El enorme aparato militar absorbía, así pues, todo el quehacer estadounidense en Vietnam. En mayo de 1967, Komer fue destinado a Saigón para convertirse en la mano derecha de Westmoreland en la tarea de la pacificación al frente del DEP-COMUSMACV CORDS (lo de los acrónimos empezaba a salirse de madre[122]), con cuatro mil militares y civiles a sus órdenes, rango de embajador y, tras su insistencia recalcitrante (pues un guardia militar había negado la entrada al cuartel general a su Chrysler Imperial con chófer), prerrogativas de un general de cuatro estrellas.

«Este es el final de la misión civil independiente —escribió Holbrooke a Litty desde Saigón ese mismo mes, al hilo de la llegada de Komer—. Todo aquello por lo que he trabajado se ha perdido. Y Komer también se ha perdido[123]».

Tras seis años en Vietnam, tras las aldeas estratégicas, las manchas de aceite y los pijamas negros del Vietcong, los norteamericanos creyeron que por fin habían dado con las claves de la pacificación: la respuesta estaba en una gestión mejor. Habían estado tirando más bombas y usando más potencia de fuego aérea que nunca. Finalizado 1967, Johnson, Westmoreland y Komer se convencieron de que la guerra estaba ganándose.

Entretanto, Holbrooke se convirtió, por decirlo así, en el Komer de Komer. Viajaba sin descanso entre Saigón y Washington DC, apretando las tuercas a los burócratas de ambos lugares para que actuaran con mayor agilidad. Creó listas con los nombres de los funcionarios del Servicio Diplomático que acababan de prestar juramento y se disponían a realizar un periodo de servicio obligatorio de un año en Vietnam (era obligatorio porque nadie pedía ya ir *motu proprio*). Se volvió impopular entre sus colegas, e incluso llegó a protagonizar acres enfrentamientos con Komer «el Soplete». En una ocasión, durante un vuelo a Manila, adonde acudió para asistir a una de las cumbres periódicas entre Johnson y los líderes sudvietnamitas,

Holbrooke se encontraba en la parte de atrás del avión con Tony Lake cuando Komer se le acercó:

—Dick, voy a dictarte una carta —le dijo, pretendiendo humillarlo frente al otro, como si pudiese olfatear la competición entre ambos.

Komer se puso a hablar; Holbrooke abrió un cuaderno y comenzó a escribir furiosamente ante la atenta mirada de Lake.

—No sabía que supieras escribir en taquigrafía —observó Komer.

—No, no sé —replicó Holbrooke, cerrando el cuaderno. Solo había hecho en el cuaderno garabatos sin sentido.

Una noche, durante una cena en casa de los Lake, Tony Él le presentó a un tal John Helble, quien trabajaba asesorando sobre personal en el Departamento de Estado. Lake y Holbrooke habían alcanzado ambos el nivel FSO-5 en muy poco tiempo (Vietnam los había impulsado en su carrera), y Tony había asistido a una sesión de asesoramiento profesional oficial.

—Dick, tienes que ir —le dijo Lake a Holbrooke—. Ha sido increíble. He aprendido un montón, de verdad[124].

—No creo que a mí me haga falta —respondió Holbrooke, quien ya tenía a los funcionarios del Servicio Diplomático por oportunistas sin imaginación. Él pretendía escalar por la vía más rápida.

Sin embargo, Lake insistió y, por estima a su amigo o por la competitividad imperante entre ambos (eran inextricables una de la otra), una semana después, Holbrooke fue a ver a Helble. En su ficha personal se hacía hincapié en sus muy altas cotas de rendimiento, pero también en un problema recurrente: no se llevaba bien con los demás. Helble detectó un patrón de enfrentamientos y asperezas que no había visto en la ficha de ningún otro funcionario.

Helble sacó el asunto a colación, pero Holbrooke lo atajó.

—No he venido a eso. No me interesa ese asunto. Lo único que quiero saber es cuánto voy a ascender y cuándo.

Helble insistió en que los ascensos de Holbrooke dependían de su conducta. Que Helble fuera incapaz de comprender su talento no hizo sino enfurecerlo aún más.

—Quiero saber a qué edad puedo aspirar a convertirme en FSO-1.

FSO-1 era el escalafón inmediatamente inferior a embajador de carrera.

—Veamos ¿a qué edad cree usted que debería convertirte en FSO-1? —preguntó Helble.

—A los treinta y cinco —respondió Holbrooke, y añadió que para aquel entonces también esperaba haberse convertido en secretario de Estado adjunto.

Helble sofocó una risita y señaló que el FSO-1 más joven de la historia del Servicio Diplomático había obtenido el cargo a los cuarenta. A los treinta y cinco, Holbrooke sería el segundo consejero del secretario de Estado más joven de la historia. Helble le recomendó que, si quería convertirse en una figura de peso en política exterior, dejase el Servicio Diplomático e hiciese carrera en la política, los negocios o la universidad. En el seno del departamento no había muchas opciones para ascender rápido (ni de ascender, en general). A menos que su conducta mejorase. Holbrooke salió de la entrevista bastante descontento.

Entonces comenzó a alejarse de sus amigos de siempre, como David Rusk o Vlad Lehovich, y cada vez frecuentaba más a los nuevos, como Frank Wisner. En las fiestas, se pasaba el tiempo mirando más allá de las personas con quienes hablaba para ver si localizaba a alguien de mayor interés. De algún modo, todos los acrónimos y reorganizaciones de esos primeros días en Washington, así como todos los viajes e informes, importaban mucho menos que aquello a lo que se dedicaba fuera de su horario de trabajo.

Estaba tratando de mostrarse atractivo ante algunas personas poderosas para convertirse, de una vez por todas, en «Holbrooke». Fue así como Polly Wisner empezó a referirse a él cuando se volvió uno de los habituales en el comedor de la lujosa casa de cuatro pisos de la calle P. La señora Wisner hablaba con afecto de «ese tal Holbrooke», como si fuera el disoluto héroe de alguna novela picaresca del siglo XIX.

Dick y Litty pensaron que estaban simplemente presentando sus respetos a una viuda solitaria, pero Polly, con aquel centelleante acento típico de las élites de su tiempo que mezclaba inglés británico y americano, les abrió las puertas del poder en Washington. Las cenas se celebraban a las ocho; solían acudir una docena de comensales. La lista de invitados era muy variada y en ella se trataban de equilibrar los distintos estatus y edades, mezclando a personajes célebres con jóvenes promesas. El invitado más prestigioso se

sentaba a la derecha de la anfitriona y los criados negros servían platos cocinados por el chef francés de la casa. Senadores, diplomáticos, periodistas, espías…

Ese era el cóctel, una muy bien ligada mezcolanza washingtoniana de vida social y profesionales ansiosos por avanzar en sus carreras. Solían acudir Katharine Graham, amiga de Polly —viuda también de un suicida y propietaria del *Washington Post*—; los hermanos periodistas Joe y Stewart Alsop; el mayor sovietólogo del país, Charles Bohlen; *sir* Isaiah Berlin; y Frankie FitzGerald. La regla no escrita era charlar siguiendo la estela del asado, es decir, con la persona sentada a la derecha durante el primer plato, y con la persona sentada a la izquierda durante el segundo. En su primera cena, cuando las mujeres se levantaron, una vez finalizada la refacción, Holbrooke, por mera amabilidad, se levantó con ellas. «¿Dónde vas? —gruñó Joe Alsop —. Ahora es cuando se habla aquí en serio[125]». Lo habitual era que los hombres se quedaran en el comedor compartiendo coñac y puro para charlar de política, mientras las mujeres se retiraban a la sala de estar.

Holbrooke entró en la lista de invitados de Polly como amigo de Frank, pero se ganó el puesto por ser una estrella fulgurante que había vivido varios años en Vietnam. Pocas personas en Washington conocían de cerca la guerra y podían estar a la altura en una multitudinaria cena en Georgetown, explicando la situación en un idioma que los estadistas de mayor edad pudieran comprender. Holbrooke hechizó a los grandes hombres y coqueteó con ellos, haciéndose cargo de la soledad que debían de sentir y ahorrándoles tener que mostrarse atónitos ante lo que relataba. Alsop, que también vivía como un potentado de Georgetown, perseguía a Holbrooke con tal denuedo que este decidió por fin invitarlo un domingo a comer en su casa de la avenida Nebraska, que no tenía aún ni muebles. Al día siguiente, Alsop le envió como regalo una mesita auxiliar coreana lacada en negro. Alsop quería contar con el apoyo de Holbrooke en su dura campaña contra Vietnam y muy pronto el matrimonio fue invitado al legendario salón-comedor de la residencia de la calle Dumbarton, donde Dean Acheson enseñó a Dick cómo anudarse correctamente la pajarita de su esmoquin de segunda y Ethel Kennedy se mostraba incapaz de recordar el nombre de Litty.

Era el Washington anterior a los restaurantes. Los WASP seguían gobernando en Georgetown y las cenas se celebraban de forma alterna en

unas cuantas casas de prestigio, a pocas manzanas unas de otras, como los castillos vecinos de una numerosa familia real. El consenso en torno a la guerra fría, no obstante, se hacía añicos contra el muro que representaba Vietnam, y con él, las élites mismas. El debate estaba polarizado sobre todo por edades. Alsop se enojaba con FitzGerald, la hija de su amigo Desmond, por sus protestas contra la guerra, que aquel consideraba una amarga traición generacional en el mismo seno de su clan. Holbrooke, el forastero que quería abrirse un hueco en los círculos de Georgetown, veía que sus dudas se hacían cada vez más profundas, si bien en 1966 no había cejado en el empeño de pelear por una guerra mejor. Además, debía seguir cuidando su reputación dentro del gobierno.

Una noche, en casa de Polly Wisner, Holbrooke hablaba sobre ciertos documentos sustraídos al enemigo y que había tenido ocasión de leer[126]. El crítico literario del *Washington Post*, Geoffrey Wolff, sentado frente a él, lo interrumpió:

—Por favor, no sé cómo podemos seguir hablando de documentos sustraídos al enemigo, maldita sea. —Wolff, que tenía veintiocho años, era contrario a la guerra—. Hablas como Joe Alsop. ¡Venga ya, por Dios!

Holbrooke estalló:

—¿Y tú qué sabes? No tienes ni idea de nada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no sé nada?

—Porque no soy idiota.

—Y yo sí.

—Juzga por ti mismo. Lo dejo aquí.

—Tú eres un imbécil.

Al final, se hicieron buenos amigos.

Los partidos de tenis con Maxwell Taylor permitieron a Holbrooke conocer a Bobby Kennedy. Desde Georgetown, los Holbrooke ascendieron en el escalafón de residencias hasta la casa de Hickory Hill en McLean, Virginia, la finca de los Kennedy desde donde se dirigía el gobierno en el exilio. Litty leía junto a la piscina y Dick jugaba al tenis con Bobby o, si Bobby estaba bañándose, con Ethel, que jugaba aún mejor que su marido. Litty notaba algo extraño en la pareja de los Kennedy. Ethel no se mostraba muy amistosa y Bobby salía del agua frente a Litty con el bañador un poco bajado. Dick estaba deslumbrado por aquella familia, aunque para un joven funcionario del

gobierno de Johnson era muy arriesgado verse arrastrado a la órbita del archienemigo del presidente. De estos dos gigantes del Partido Demócrata, Johnson era quien más se parecía a Holbrooke —por los anhelos, las inseguridades y la voluntad—, pero a esas alturas de su presidencia, Johnson fenecía a manos de la paranoia y la guerra. Bobby se convirtió en el nuevo héroe político de Holbrooke, y habría trabajado gustoso para la campaña de Kennedy de 1968 si el senador se lo hubiese pedido[127]. Pero no lo hizo, porque le preocupaban las perspectivas profesionales de Holbrooke. Tras el asesinato del senador, Holbrooke escribió a Ethel una carta de pésame: «No hay nada que decir, en realidad, excepto que siempre recordaré al senador Kennedy. Para mí, fue un tenista mediocre pero un gran hombre»[128].

A cuatro manzanas de la casa de Polly Wisner, en la calle N, se alzaba la mansión de Averell y Marie Harriman. Averell Harriman tenía setenta y cuatro años y se había quedado prácticamente sordo. Todo el mundo se empeñaba en dirigirse a él como «gobernador», pues había ejercido ese cargo en el estado de Nueva York en la década de 1950, aunque se lo conocía mejor por el apodo de Cocodrilo, por su prominente dentadura y porque tras su aspecto senil seguía ocultándose un peligroso depredador. Harriman era el último eslabón vivo que unía a la clase política de ese tiempo con Franklin Delano Roosevelt, Churchill, Stalin, el programa de Préstamo y Arriendo, Yalta y el Plan Marshall, así como con su padre, el gran barón de los ferrocarriles estadounidenses. Siempre había deseado ser secretario de Estado y cerca estuvo de conseguirlo cuando Kennedy se cansó de Rusk. Harriman, sin embargo, perdió el favor de JFK cuando el famoso cable deptel 243 condujo al sangriento derrocamiento de Diem. Cuando Johnson accedió a la presidencia, Harriman envió al presidente varias cartas extensas dando cuenta de su ilustre trayectoria y suplicando que le confiara una labor de responsabilidad, pero había quedado fatalmente estigmatizado por su cercana amistad con Bobby Kennedy. En 1966, Harriman seguía siendo embajador y no tenía mucho que hacer.

Había algo conmovedor en aquel anciano inquieto que no quería desempeñar el papel de sabio, de distinguido banquero de Wall Street ni de abogado de Washington que ocasionalmente asesoraba a presidentes. Los Hombres Sabios crearon la arquitectura de la contención y el decano Acheson persuadió a Truman para que financiara la guerra francesa en Indochina, lo

que provocó la entrada de Estados Unidos en Vietnam. En ciertos momentos clave de la guerra de Vietnam, Harriman y sus amigos fueron convocados a la Casa Blanca para garantizar a Johnson (basándose en apenas algunos informes bastante sesgados, un apego a la teoría del dominó digno de estudio y unos principios propios guiados por la determinación) que aquel lejano país que nadie entendía era un campo de batalla necesario de la guerra fría, tras lo cual regresaron tan tranquilos a continuar cultivando su excelente reputación en sus elegantes despachos. La guerra de Vietnam tuvo su origen primero en muchas de sus ideas, pero la responsabilidad directa fue de los hombres más jóvenes que los veneraban.

Harriman se sentía solo entre los Hombres Sabios y no pudo librarse del demoniaco impulso de seguir jugando, como si retirarse del juego significara el descenso inminente a la sordera más total y, luego, la muerte. Esa patente necesidad resultaba humillante, pero también tal vez un signo de que se tomaba muy en serio el asunto más importante de todos en ese tiempo. Cara al público, Harriman se mostró servil en su apoyo a las políticas de Johnson en Vietnam. En privado, abrigaba cada vez más dudas y quiso darles salida. En el verano de 1966, supo que vivían en Washington unos pocos funcionarios del Servicio Diplomático que habían trabajado en Vietnam**[129]**. Citó a Holbrooke y a Lake en su casa de la calle N, a quienes recibió en la gran sala de estar. De las paredes colgaban obras de Matisse y Renoir, y, sobre la chimenea, unas *Rosas* de Van Gogh. Charlaron sobre la guerra; Harriman, medio siglo mayor que sus invitados, perdía el hilo cada tanto o se quedaba en silencio. No obstante, Holbrooke se llevó la impresión de que era el único alto cargo del gobierno que proponía intentar hablar con Hanói. Negociar un acuerdo de paz con Vietnam del Norte sería la guinda que coronaría la vida de un gran hombre. Quizá Harriman se quedaría tranquilo así.

Se convirtió en el mecenas más importante de Holbrooke en Washington. El joven ofreció al anciano conocimientos y consejos sobre el tema que a todos consumía. El anciano correspondió al joven con un vínculo emocional que lo ataba a los años de grandeza, antes de que llegara Vietnam e hiciera temblar los cimientos de la confianza estadounidense.

Holbrooke intentó que Lake lo acompañara a ese mundo de Georgetown. Polly Wisner organizó una cena para ambos a la que también invitó a Walt

Rostow, consejero de Seguridad Nacional, todo un halcón que había reemplazado a Bundy. No obstante, a Lake aquella escena la pareció de mal gusto. Le disgustaba el afán por ascender en la escala social y el estilo de vida de las familias de dinero. No sabría decir si eso lo hacía a él más honorable o menos sincero, pero todo era más sencillo cuando uno mismo era hijo de Georgetown y tu madre estaba prometida con un Kennan.

A Lake empezaba a desagradarle un poco la compañía de Holbrooke. Seguían siendo buenos amigos y jugaban al tenis. Las dos parejas solían hacer planes juntos y una noche fumaron marihuana en casa de los Lake; Dick fue el padrino del segundo hijo del matrimonio. Sin embargo, la amistad con Holbrooke había adquirido un regusto utilitario. Holbrooke se consideraba a sí mismo y a Lake, y también a Wisner y a Campbell (otro prominente miembro de la promoción de 1962 del Servicio Diplomático) la élite de la generación de Vietnam. Eran los herederos de Kennan, Acheson y Harriman; las siguientes grandes figuras de la política exterior estadounidense. En Vietnam, Holbrooke y Lake habían preguntado a varios amigos, entre bromas y veras, cuál de los dos llegaría antes a embajador. Ahora, en Washington, el debate era cuál de los dos llegaría antes a secretario de Estado, y todos convenían en que Lake llevaba cierta ventaja. En cualquier caso, Holbrooke no era el tipo de amigo al que Lake pudiera pedir que lo recogiese a las dos de la mañana de una estación de autobuses. Empezaba a sentirse utilizado.

A Lake le ocurría algo más. La guerra lo tenía asqueado[130]. Trabajaba horas interminables en el Departamento de Estado, primero en la Oficina de Asia Oriental y luego como asistente del vicesecretario de Rusk, Nicholas Katzenbach. Vivía enterrado en el papeleo diario proveniente de Saigón y algunos informes absorbían durante días. En una ocasión, leyó el relato de unos soldados estadounidenses que habían volado la entrada de una cueva y sepultado a un gran número de civiles junto a los soldados enemigos. Tanto él como sus colegas quedaron tan afectados que llegaron a pedir explicaciones al Pentágono. Sin embargo, apretar aún más —es decir, preguntar si tales sucesos eran compatibles con la moralidad y cuestionar si Estados Unidos podía continuar librando aquella guerra sin perder su alma como nación— habría sonado a histerismo.

A principios de 1967, Lake cometió la imprudencia de preguntar a Jim Rosenthal, amigo en Saigón tanto de él como de Holbrooke y funcionario del

Departamento de Estado en Vietnam, por qué Estados Unidos debía enviar tropas a Vietnam y no a otros lugares[131]. ¿Por qué no combatir el comunismo en todo el mundo? Rosenthal, que se encuadraba en el ala dura, respondió con virulencia. La pregunta le pareció frívola y la respuesta tan obvia que hacía pasar a Lake por un ingenuo. Vietnam era el frente principal de la guerra por el mundo libre, el lugar donde los comunistas habían decidido luchar contra «nuestro bando» y donde más favorablemente podría Estados Unidos mantener su posición. «Si tienes tiempo, te sugiero que te leas las montañas de documentos que genera la Secretaría para Extremo Oriente cada pocos meses para el secretario o el presidente, en los que se explica por qué es necesaria una postura sólida y por qué la situación general de Extremo Oriente ha mejorado ostensiblemente desde 1965, momento en que Estados Unidos adoptó dicha postura». En el gobierno, las certezas alocadas suelen imponerse a la sabiduría frágil.

Lake no pensaba que Estados Unidos debiera retirarse de Vietnam por haber sido derrotado, pero empezaba a darse cuenta de que la guerra no podía ganarse. Los norvietnamitas no cederían a los bombardeos. Los sudvietnamitas y su gobierno eran incapaces de implantar reforma alguna y solo los ilusos pensaban que los militares se comportarían con limpieza. La guerra no mejoraría y la única salida era negociar con Hanói. A lo largo de los años había habido varios amagos que se habían revelado inútiles. La postura oficial estadounidense pedía a Vietnam del Norte que acabase con las infiltraciones antes de comenzar las conversaciones. Vietnam del Norte insistía en que Estados Unidos pusiera fin a los bombardeos. Los líderes de ambos países creían en la victoria y buscaban servirse de las negociaciones para acercarse un poco más a sus metas respectivas. Sin embargo, Lake sabía que las auténticas negociaciones terminarían con la salida de los estadounidenses y, en última instancia, se zanjarían con una victoria comunista. Estaba atrapado.

Un hombre honorable puede vivir disintiendo consigo mismo, pero no de cuanto lo rodea. Un día, Lake dijo algo en una reunión departamental a raíz de lo cual un capitán de la Marina lo acusó de hablar como el senador William Fulbright, que había organizado varias audiencias en el Senado para criticar la guerra. Dos semanas más tarde, durante una cena con su esposa y sus padres, tras eludir con cuidado el tema de Vietnam, Lake por fin aventuró

un comentario que hizo a su padre gritar: «¡Estás hablando como Dean Rusk!».

Toni había dejado de ser halcón para convertirse en paloma[132]. Era más fácil ser paloma en Washington que en Saigón o Huế, donde las amenazas del Vietcong eran personales y había mucha presión para hacer piña con el resto de estadounidenses, y, además, había que bregar con los miedos de los vietnamitas que dependían de esos mismos estadounidenses. Es más fácil ver la verdad desnuda de una causa perdida cuando uno está lejos y no se deja distraer por la complejidad del día a día y los rostros de otros seres humanos. Toni empezó a argumentar, a menudo delante de los colegas de su esposo, que la guerra era un error. Prohibió que se vieran en su casa los informativos televisivos y empezó a acudir a manifestaciones pacifistas, aunque no le gustaban las certidumbres violentas de los manifestantes antiguerra: ella conocía Vietnam y allí nada era sencillo; tampoco mantener a los compatriotas motivados. Sin embargo, de lo que estaba segura era de que Estados Unidos no tenía por qué interferir en un país —destruirlo— que no era su enemigo.

Lake la animó a expresar sus opiniones. Quizá ella podría dar voz a puntos de vista que él no podía. Sin embargo, Toni no era ya la esposa amable de un funcionario del Servicio Diplomático y su resentimiento se extendía a la carga de trabajo aplastante que la guerra imponía a su marido, e incluso a la disposición de este a colocar su carrera profesional por delante de la familia. Pasaba tanto tiempo fuera de casa que ella empezó a preguntarse si no le preocupaba más el prestigio de su cargo que el bienestar de su esposa e hijos. Cuanto menos lo veía, más le costaba defenderlo cuando sus amigos lo criticaban por colaborar con un gobierno proguerra. Toni buscaba su propia vocación, y rechazaba la idea de que el trabajo de su marido fuese más importante que el suyo.

Imaginemos a un funcionario, aún joven, al que compañeros y superiores juzgan una persona brillante, con una gran carrera profesional ante sí. Imaginemos que comienza a albergar dudas sobre el problema más importante a que se enfrenta su gobierno, en el que ha estado trabajando día y noche a lo largo de cinco años. Las dudas le pesan cada vez más. Nos preguntamos por qué no dimite. Pero ¿que estaríamos pidiéndole? Que renunciara no solo a sus ambiciones, sino a sus ilusiones. El funcionario

todavía puede encontrar cientos de razones para creer que permaneciendo en su puesto hará más bien que mal. Un asistente que había trabajado en Asia durante los años de Vietnam llamado James Thomson escribió en una ocasión sobre lo que él denominaba «trampa de la eficacia», la idea de que permanecer conectado al poder es la única manera que un funcionario tiene de hacer el bien y evitar el daño, lo que, por supuesto, se convierte en una razón de peso para no arriesgar demasiado ni dimitir por principios[133]. «El activo más importante que un profesional aporta a la vida burocrática es su "eficacia", el cóctel misterioso de formación, estilo y contactos —escribió Thomson en 1968, después de haber renunciado a su cargo—. La queja más funesta que se puede presentar al respecto de un burócrata es: "Me temo que Charlie no es tan eficaz como antes"». Perder la eficacia es como morir. ¿Y qué cosa salva el dimitir sino el amor propio, que es en parte vanidad? Dimitir es lo más fácil y lo más egoísta. El verdadero sacrificio es quedarse. Y quedarse agudiza el sentido de tu propio valor. Si la gente como Lake renunciara, ¿quién quedaría que conociera la verdad? ¿Quién se pondría del lado de los buenos?

Lake estaba tan desanimado que a mediados de 1967 meditó seriamente presentar su dimisión. Para que siguiera trabajando en el Servicio Diplomático, Katzenbach le consiguió un permiso de dos años y una beca para un doctorado en relaciones internacionales en Princeton[134]. Igual que en Saigón, Lake recomendó a Holbrooke como su sustituto. Así que los Lake acabaron en Princeton y Holbrooke, en el Departamento de Estado.

IX

En 1967 fue cuando las dudas de Holbrooke entraron en un cuarto y último estadio, el de cuestionar el compromiso de los estadounidenses en Vietnam. A quince mil kilómetros de allí se percató de que la amenaza verdadera se hallaba en el frente doméstico: la guerra estaba rompiendo Estados Unidos en dos. Su crisis de fe era más intelectual y menos mortificante que la de Lake, pero lo llevaba a la misma conclusión: Estados Unidos nunca ganaría, al menos no en los términos en que los estadounidenses querrían ganar. De cualquier modo, hay que entender lo que esto significaba para las palomas del gobierno. No quería decir: «Vámonos cagando leches de Vietnam», sino: «¿Qué carajo hacemos ahora?». Ese era todo el escepticismo que uno podía permitirse estando aún dentro. El desencanto fraguaba a un ritmo de una lentitud desesperante. Más adelante, la gente recordaría su particular momento de iluminación, su largamente pospuesto choque con lo flagrantemente obvio. La caída del caballo era, a menudo, fortuita: con sinceridad, la gente no podía creer haber estado tanto tiempo equivocada. Cuando por fin perdían la fe, se lo guardaban para sí o lo compartían solo con amigos de confianza que pensaran de manera similar. Si se descuidaban, alguien como Jim Rosenthal podría rebanarles el cuello. Nadie quería que lo llamasen «paloma».

Katzenbach, número dos del Departamento de Estado y jefe de Holbrooke, empezaba a albergar dudas también. Comenzó a reunirse los jueves a las cinco de la tarde con una decena de expertos de todas las áreas de gobierno. Durante hora y media charlaban y bebían en su despacho, sentados en un semicírculo de sillas. Katzenbach lo llamaba el «No Grupo», porque no tenía orden del día, no se levantaban actas y estaba prohibido hablar fuera sobre lo que allí se trataba. El No Grupo se convirtió en un lugar seguro donde estudiar políticas alternativas: en efecto, la mentira y el miedo habían permeado muy profundo el gobierno de Johnson. Dean Rusk conocía el No Grupo, pero nunca asistió para no verse tentado a hablar de paz. Holbrooke se plantó en el despacho de Katzenbach sin previo aviso y le insistió tanto que este al final lo aceptó en el No Grupo, entre otras razones porque le resultaba

alentador su juvenil entusiasmo. Los nudos de corbata de Holbrooke eran demasiado llamativos y sus modales demasiado frívolos para algunos de los asistentes a aquellas reuniones, pero lo cierto es que guardaba silencio a menos que algún superior le formulara una pregunta. Así pues, pudo disfrutar de un valiosísimo tiempo junto a Harriman, Rostow y la mano derecha de McNamara, Cyrus Vance. Holbrooke era el único con experiencia en Vietnam.

El verano de 1967, Holbrooke recibió una llamada de Les Gelb, con quien había trabado amistad el año anterior. Gelb había empezado a trabajar como consejero del secretario de Defensa y le habían encomendado un proyecto por orden directa de McNamara: crear un equipo de seis analistas y, al cabo de tres meses, dar respuesta a un centenar de preguntas sobre la guerra[135]. ¿Eran exactos los recuentos de cadáveres? ¿Surtían efecto los bombardeos? ¿Cómo saber si la pacificación estaba teniendo éxito? ¿Podría convertirse Ho Chi Minh en un Tito asiático? En otras palabras, ¿tenía obligatoriamente que ocurrir cuanto estaba ocurriendo? El proyecto era de alto secreto, pero Gelb se lo contó todo a Holbrooke y a este le interesó.

Gelb no había pisado Vietnam en su vida. Su ignorancia era casi total —solo había leído un libro sobre el asunto, *The Two Viet-Nams*—, y durante dos años redactó una serie de informes periódicos sobre la guerra que transitaban de las manos del secretario de Defensa a la Casa Blanca, y a la inversa. Como se ha dicho ya, esto era normal entre los funcionarios dedicados a política exterior. Lo que no era normal era Vietnam. Como Holbrooke, Lake y otros pocos, la mayoría veinteañeros, Gelb no hablaba sobre otro tema y su vida —igual que la de sus colegas— quedaría marcada a fuego por esa guerra. «Me dejó maltrecho», diría él.

En 1966, Gelb había recibido una carta de un amigo que comandaba un batallón de caballería en la región del Altiplano Central. Sus hombres eran hábiles en la lucha, pero los norvietnamitas eran aún mejores. O estaban drogados o el nacionalismo los hacía pelear con más ímpetu, especulaba su amigo. Si su secreto era el nacionalismo, Estados Unidos tenía un problema grave. Aquella era la semilla de la duda que, por mero azar, cayó y germinó en la mente poco academicista de Gelb. Llegado el verano del año siguiente, 1967, empezó a adoptar una postura más propia de las palomas. Y Gelb no era un tipo lo que se dice blando.

En el plano político, se definía por el centrismo y el realismo. En el personal, era un chico pobre con problemas de vista y una boca carnosa que esbozaba una sonrisa taimada. A diferencia de Holbrooke, era inconfundiblemente judío y había nacido en un lugar de cierto abolengo: New Rochelle. Sus padres tenían una tienda de comestibles donde trabajaban catorce horas al día y que solo cerraba por las festividades de Rosh Hashaná y Yom Kipur, y durante la semana de vacaciones familiares en los montes Catskills, donde acudían para escuchar música húngara. Los Gelb no leían el periódico y tenían dos libros en casa: la Biblia y *Los Rothschild*. Eran padres amorosos y las personas que peor vida llevaban de cuantas Les conocía. La tienda de comestibles ocupaba todo su tiempo, y en ella trabajó Les todos los veranos, incluso el de su boda. Era tan pobre que los padres de su novia, Judy, no dieron su bendición al matrimonio; era tan listo que pudo cursar un posgrado en Harvard, pero había estudiado tan poco hasta entonces que no entendía nada de lo que explicaban sus profesores. En realidad, todo se debía a su vagancia, que trocó en trabajo duro con tal de no volver a pisar la tienda de sus padres. Fue entonces cuando el profesor Henry Kissinger se fijó en él y Gelb inició su ascenso.

No obstante, aquella tienda de comestibles jamás lo dejó a él. Los años tras el mostrador le habían conferido cierta inmunidad a las tentaciones e ilusiones del poder. Jamás le impresionó nadie y jamás dejó pasar una mentira sin llamar la atención sobre ella, normalmente exclamando en voz alta: «¡Mentira!». Sin embargo, en el verano de 1966, cuando Dick Holbrooke, de veinticinco años y recién llegado de Vietnam, entró bruscamente en el despacho de Jacob Javits en el Capitolio para explicar al senador neoyorquino sus ideas sobre la pacificación, un Les Gelb cuatro años mayor se rio de él y le dijo que el senador estaba ocupado y tendría que compartir su sabiduría con su asistente ejecutivo. Ese primer encuentro sentó de por vida las bases de la relación entre ambos, la cual se desarrolló a través de miles de conversaciones tan breves como épicas: Holbrooke defendía, Gelb interrumpía y hacía una contrapropuesta, y si las cosas que decía Holbrooke le parecían muy indignantes, se llevaba el teléfono al inodoro, acercaba el auricular y tiraba de la cadena. Holbrooke solía ser el protagonista y Gelb el crítico con claridad de juicio. Holbrooke retenía el turno de palabra hablando del drama de su vida, pero a Gelb no había quien lo contuviese. El caso es que aquellos

intercambios devinieron en una amistad entre iguales que duraría para siempre.

A lo largo del otoño de 1967, el proyecto de Gelb no hizo sino expandirse. Las preguntas de McNamara suscitaban aún más preguntas, lo que condujo a dispersar el vasto archivo documental a lo largo y ancho del gobierno nacional. El equipo de Gelb creció de seis analistas a tres docenas, todos los cuales trabajaban de manera anónima en un exhaustivo estudio sobre la implicación de Estados Unidos en Vietnam desde la década de 1940. No se entrevistó a ningún funcionario para que no hubiera filtraciones. Era tan secreto que ni Dean Rusk ni Walt Rostow ni el mismísimo Lyndon Johnson estaban al tanto de su naturaleza.

Holbrooke quería hacer su aportación. Sería la primera historia de la guerra desde dentro. Convenció a Gelb y a Katzenbach de que le permitiesen escribir un capítulo sobre los esfuerzos de pacificación en que había participado entre 1965 y 1967. Cumplía con sus cometidos en el Departamento de Estado a primera hora del día y luego cruzaba el río para ir al Pentágono. Allí accedía a las salas que se encontraban justo a las espaldas de la suite de McNamara, en el anillo E del tercer piso, desde donde Gelb coordinaba el proyecto. Holbrooke escarbaba en la montaña de documentos y en los descansos merodeaba por los pasillos en busca de funcionarios a los que acorralar y acribillar a preguntas, trabajando muchas noches hasta tarde. El despacho de Gelb parecía una residencia literaria, con autores que entraban y salían, incluido Daniel Ellsberg, quien seguía siendo halcón y trabajaba en un capítulo sobre las decisiones tomadas por Kennedy en 1961.

Un día, Gelb pidió a unos cuantos analistas que escribieran sobre las lecciones que la guerra les había enseñado. Su mano derecha, Paul Gorman, coronel del ejército recién llegado de Vietnam, repuso: «Te voy a contar la lección que he aprendido de esta guerra». Gorman se puso en pie, se acercó a la pizarra y escribió con la tiza una única frase: «No lo hagas».

Ojeando los documentos, Holbrooke tuvo la extraña sensación de estar contemplando desde gran altura la historia que había vivido y paladeado apenas unos años antes sobre el terreno. Aldeas estratégicas, incursiones en pagodas, el golpe de Diem, los marines en Quảng Nam, las reestructuraciones burocráticas. Reflexionó sobre cómo se pergeñaban en Washington las políticas que él había aplicado en Vietnam, y quién estaba tras ellas. Aquellos

documentos arrojaban luz sobre el pesimismo íntimo de los más altos cargos, que cara al público se habían mostrado muy entusiastas. Lo que tenía entre manos era un inmenso registro de mentiras.

La mayor parte de los autores que participaron en aquel estudio se dedicaron a resumir documentos, pero Holbrooke escribió desde su propio punto de vista. Se centró en la ironía de los esfuerzos de sus compatriotas, dignos de un Sísifo: conseguir que los vietnamitas salvasen su propio país, pero de acuerdo con las ideas y los ritmos estadounidenses. «En este estudio, nos hemos centrado en la historia de la burocracia estadounidense, porque, al mirar atrás, nos parece que de ella llegó el impulso en pos de la pacificación, y no del pueblo vietnamita[136]».

¿Por qué ordenó McNamara realizar aquel estudio? Algunos —Dean Rusk, por ejemplo, cuando se enteró de su existencia gracias a las páginas del *New York Times*— pensaron que McNamara quería ponerlo a disposición de su amigo Bobby Kennedy, en caso de que se presentara a las elecciones contra Johnson. McNamara afirmaría más tarde que lo encargó por amor a la historiografía. Quizá, tras siete años en el cargo, quisiera entender el enorme fallo que había cometido. Quizá buscaba la respuesta a una pregunta fundamental que jamás se había molestado en hacerse. Durante al menos un año, McNamara había sabido para sus adentros que la guerra que defendía en público no podía ganarse, cosa que lo atormentaba. El 1 de noviembre de 1967, en un extenso informe, transmitió por fin al presidente su opinión sincera. Esta no fue recibida de buen grado y a finales de ese mes, Johnson propuso a McNamara para la presidencia del Banco Mundial, puesto que ocupó hasta 1969[137]. Ese año, Gelb se presentó en su despacho cargado con dos cajas que contenían cuarenta y siete volúmenes de documentos y análisis. Aquella era una de las quince copias que existían del estudio, aún de alto secreto. Se sentaron en el sofá y Gelb sacó uno de los volúmenes. McNamara lo hojeó y se lo devolvió: «No los quiero. Devuélvelos al Pentágono». Se negó a leer los que luego serían conocidos como Papeles del Pentágono.

La noche de aquel 1 de noviembre, once estadistas de larga experiencia en la guerra fría se reunieron en el Departamento de Estado para cenar, beber y comentar las últimas noticias sobre Vietnam[138]. Entre ellos se encontraba McNamara, quien acababa de finiquitar su largo memorando para Johnson, y

no fue capaz de ocultar su pesadumbre, pero Rusk siguió demostrando ser un buen soldado. La sesión fue animada: los recuentos de cadáveres y la documentación sustraída al enemigo probaban que Estados Unidos iba ganando. La mañana siguiente, los Hombres Sabios desfilaron por la Sala del Gabinete y, uno a uno, dijeron a Johnson lo que este quería oír: que mantuviera el rumbo. Acheson invocó la resolución estadounidense durante los momentos más oscuros de la guerra de Corea y el inspirador trabajo del Comité Ciudadano para el Plan Marshall. El general Omar Bradley conjuró lemas patrióticos y McGeorge Bundy aconsejó a Johnson que empezase a hablar de «la luz al final del túnel». El presidente se sintió muy aliviado.

No así Katzenbach. Desde su punto de vista, las opiniones y los datos vertidos por los Hombres Sabios conducían a engaño y Johnson había cometido un gran error al dar su aprobación[139]. Holbrooke coincidía con él y se ofreció a escribir un memorando discrepante para que su jefe lo hiciera llegar al presidente[140]. Por lo general, en el seno de los gobiernos se suele embarrar y oscurecer la prosa porque es preferible decir algo ininteligible a equivocarse. En el caso de Holbrooke, sin embargo, no fue así. El documento ocupa diecisiete páginas y es el mejor texto sobre Vietnam escrito por un miembro del gobierno que haya pasado por mis manos.

Holbrooke expuso el problema estratégico apoyándose en su primer amor, la historiografía: «Hanói se sirve del tiempo como los rusos se sirvieron del territorio ante el avance de Napoleón hacia Moscú: se retiraban una y otra vez y perdían todas las batallas, pero al final crearon las condiciones necesarias para incapacitar al enemigo. Para Napoleón, esas condiciones fueron las impuestas por la larguísima cadena de suministros, que debía soportar el duro frío invernal. Hanói espera que encontremos nuestro invierno ruso en las crecientes disensiones, la impaciencia y la frustración causadas por una prolongada guerra sin frentes y sin señas visibles de éxito; la necesidad cada vez mayor de elegir entre la inversión en la guerra o en el resto de asuntos de interés para la ciudadanía; y la repugnancia, también al alza entre la ciudadanía estadounidense, causada al descubrir que su país era “un gigante” que lanza su descomunal superioridad aérea contra una “pequeña nación asiática”».

Vietnam del Norte no tenía capacidad para vencer a medio millón de soldados estadounidenses, pero sí para ir despojando poco a poco a la opinión

pública de Estados Unidos de la voluntad de seguir luchando. Así pues, a Johnson le quedaban dos opciones: podía, por un lado, convertir todo Vietnam del Norte y Vietnam del Sur, junto con una parte de Laos y Camboya, en una zona de fuego a discreción y aplastar al enemigo antes de que se multiplicasen las protestas en Estados Unidos; o podía ganar una posición equidistante en casa —y con ello, más tiempo—, pero no con eslóganes patrióticos y falsas esperanzas, sino acotando la implicación estadounidense en la guerra. La primera opción tenía pocas probabilidades de funcionar, porque el ímpetu bélico de Hanói parecía inextinguible. La segunda era más plausible, pero requeriría varios pasos.

Johnson podría reformular el objetivo del país: de obtener la victoria sobre el comunismo a permitir la consolidación de un gobierno sudvietnamita capaz de sobrevivir y lidiar de forma autónoma con una amenaza comunista incesante. Para ello, Estados Unidos debería exigir más a los sudvietnamitas, desde los planos tanto político como militar. Estados Unidos debería tener en cuenta los valores morales del país y dejar de recurrir a los bombardeos por tierra y aire que acababan con pocos miembros del Vietcong, pero segaban la vida de un gran número de civiles o los llevaban a convertirse en refugiados: «Son muchos los consternados por la brutalidad de esta contienda. Muchos tienen la impresión de que librar una guerra de contrainsurgencia con una potencia armamentística muy superior es inmoral y contraproducente. […] Algunos opinan —no tanto en nuestro país como en el extranjero— que Estados Unidos se muestra despiadado cuando se trata de población de razas distinta a la blanca». De seguir este camino, Johnson tendría que anunciar el cese de los bombardeos en la mayor parte de Vietnam del Norte, lo que a su vez allanaría el camino a las negociaciones.

«El tiempo es un elemento crucial en la presente etapa de Estados Unidos en Vietnam —concluye el texto de Holbrooke—. Si no podemos obligar a la tortuga de los éxitos demostrables sobre el terreno a caminar más rápido, hemos de frenar a la liebre de las protestas en casa».

Aquel memorando no pedía una retirada unilateral, ni siquiera negociada. Por lo contrario, proponía un método para ganar tiempo. La guerra en Vietnam seguiría adelante, pero dentro del espectro de la opinión oficial, se trataba de un planteamiento más propio de palomas. En un estilo enérgico e inflexible, el autor, de veintiséis años, afirmaba que Estados Unidos no podía

ganar. Esa fue la razón por la que Katzenbach dudó de que su nombre apareciese entre los firmantes de aquel memorando. No obstante, dado que estaba de acuerdo con lo que en el texto se decía, y puesto que lo juzgaba en general un análisis brillante, al final plasmó su firma el 16 de noviembre. No habló con su superior, Dean Rusk, sobre el documento hasta que se envió un ejemplar a la Casa Blanca. Cuando este lo leyó, dijo a Katzenbach: «Siempre trato de averiguar qué piensa el presidente antes de darle mi opinión». No llegaron más noticias de la Casa Blanca. Johnson no quería la opinión de Rusk[141].

Holbrooke estaba trabajando en un despacho que se encontraba en el mismo pasillo que el de su antiguo padrino oficioso, aunque rara vez veía al secretario de Estado. Bundy se había marchado y McNamara estaba a punto, pero Rusk siguió en la brecha en su octavo año trabajando con Vietnam. Para Rusk, seguía siendo principios de la primavera de 1942, cuando las tropas de Hitler invadían Rusia y la flota estadounidense humeaba en Pearl Harbor; o finales del verano de 1950, cuando Corea del Norte enviaba una división tras otra contra el Octavo Ejército de Estados Unidos, atrapado en el perímetro de Pusán; o verano de 1961, cuando los soviéticos cortaron el contacto entre Berlín Occidental y los aliados de la OTAN[142]. Rusk mentaba el poder de la democracia norteamericana, y la generosidad de Estados Unidos cuando los estadounidenses arrimaban el hombro. El único enemigo que podía vencer a aquel país era el derrotismo. Estaba en juego la fe de una generación que había visto al país coronarse en el podio de la grandeza a muy corta edad, casi por accidente, sin haber llegado a conocer aún el fracaso total.

Rusk era más pesimista sobre Vietnam de lo que dejaba entrever, pero consideraba que su obligación no era pensar por sí mismo, sino apoyar a su presidente. Esa postura se cimentaba en ciertos principios que Holbrooke respetaba, al igual que respetaba a Rusk, pues con él jamás se dejaba llevar por favoritismos. Rusk, no obstante, era el tipo de funcionario del Servicio Diplomático que Holbrooke nunca quiso ser.

Habían divergido en gran medida desde aquella tarde de domingo de 1965, cuando Holbrooke estaba de vacaciones en Washington y Rusk lo llamó para que acudiese al Departamento de Estado[143]. Se sentaron en el despacho del secretario con vistas al Lincoln Memorial, el mismo en que Holbrooke lo había entrevistado para un artículo historiográfico sobre el

expresidente Woodrow Wilson. Holbrooke intentó hacerle saber a Rusk, que no estaba en horas de trabajo y llevaba camisa hawaiana, que la situación en Vietnam era más grave de lo que se creía en Washington y aseguraban los informes. Cuando Rusk planteó la necesidad de impedir que las unidades norvietnamitas se infiltraran en el sur cruzando la zona desmilitarizada, Holbrooke respondió que tampoco de esa manera se lograría pacificar Vietnam del Sur, porque se estaba lidiando con una guerra civil en toda la parte meridional del país, y no solo con agresiones desde el norte. A Rusk no le hacía gracia nada de lo que Holbrooke le estaba contando. «Dick, los norvietnamitas no miden tres metros —dijo—. No son marcianos ni superhombres».

Rusk empezaba a sentirse traicionado por su protegido. Sospechaba que Holbrooke filtraba noticias negativas a amigos suyos periodistas, y no se equivocaba. Fue uno de los principales informadores de Philip Geyelin, redactor de editoriales del *Washington Post*, quien se sirvió de las filtraciones para apartar al periódico de su tradicional postura a favor de la guerra. En diciembre de 1967, Geyelin escribió a la propietaria del periódico, Katharine Graham, para contarle que Holbrooke «pertenece a este extraño gobierno extraoficial en la sombra, integrado por funcionarios muy jóvenes. […] Debido a su juventud, les cuesta trabajo que les hagan caso. […] En el aire reina un sutil aroma a miedo y en ese ambiente es muy fácil que te arruinen la carrera profesional de un plumazo»[144]. A principios de marzo de 1968, Holbrooke almorzó con Neil Sheehan en Martin's Tavern, en Georgetown. A Holbrooke le gustaba quedar allí porque los funcionarios del departamento no lo frecuentaban, aunque no sabía que los agentes de la CIA sí. Sheehan le anunció que el *New York Times*, donde trabajaba entonces, estaba a punto de publicar una explosiva primicia sobre el debate interno al respecto de la petición del Pentágono de movilizar a reservistas y a 206 000 soldados más. El periodista quería saber específicamente quién había pedido esa cantidad.

—Ha sido Westmoreland —informó Holbrooke, dándole a Sheehan la confirmación que necesitaba para ir directo a imprenta.

Años más tarde, pese a sus divergencias, Holbrooke y Rusk intercambiaron varias cartas. Rusk le expresó su sospecha de que había sido él quien había informado al *New York Times*. «Me negué en redondo a confirmar o desmentir ese dato al periódico»[145], contestó Holbrooke. Fue

aquella una mentira egoísta; no así la filtración. Quería que la noticia forzase un debate sobre la guerra. Quería descabezar al ejército de argumentos. Sabía que el Tet hacía insostenible la petición de Westmoreland.

X

El 30 de enero de 1968, el primer día de la tregua del Tet, la festividad del Año Nuevo Lunar vietnamita, el Vietcong y las tropas norvietnamitas atacaron ciudades de todo Vietnam del Sur. Los zapadores se colaron en el recinto amurallado de la flamante y fortificada embajada de Estados Unidos, construida en un prado anejo a la casa de campo de los Lake, donde Holbrooke y sus amigos solían jugar al fútbol americano. Trudi, la madre de Holbrooke, estaba en Saigón con motivo de la celebración del Tet. Había viajado para visitar a su hijo pequeño, Andy, quien se había alistado tras abandonar los estudios en la Universidad Estatal de Kent y prestaba servicio en una unidad de pacificación en el Delta (Andy seguía adorando a su hermano mayor). Según todo el mundo, Trudi era «una mujer de armas tomar», el tipo de persona que se iba de vacaciones a Vietnam en 1968. Su entusiasmo llegaba a resultar tan embarazoso a Holbrooke que rara vez reconocía siquiera tener madre. En aquella ocasión, no obstante, llamó a un amigo de Saigón que estaba en contacto con ella para preguntarle cómo se desenvolvía allí. Al parecer,Trudi estaba muy bien y justo en ese momento se encontraba viendo los fuegos artificiales desde su habitación del hotel Continental. Estaba dispuesta a todo: a charlar con famosos, a viajar por el mundo entero e incluso a presenciar en directo la Ofensiva del Tet.

Para la mayoría de estadounidenses, no obstante, el Tet fue un seísmo. A los funcionarios de Washington los sacudió hasta desencajarles los huesos. En el Departamento de Estado se desató el pánico, y Rusk y Katzenbach decidieron enviar a Holbrooke a Vietnam a principios de febrero a fin de evaluar la ofensiva comunista mientras aún estaba en marcha[146]. En Saigón descubrió que sus compatriotas, incluidos Westmoreland y Komer, estaban conmocionados. Se habían creído hasta tal punto sus propias patrañas acerca de la desmoralización del enemigo —a la fiesta de Nochevieja de la embajada la habían llamado, sin ironías, «la fiesta de la luz al final del túnel»— que no vieron venir la ofensiva. Holbrooke se encontró con un Westmoreland destrozado[147]. Saigón nunca fue la misma ciudad después del Tet. Ya nadie podía creerse lo de que en Saigón no había guerra.

Wisner, quien ejercía de representante provincial en Dalat, en el Altiplano Central, se había visto obligado a defender su propia casa a tiro limpio durante un ataque del Vietcong. Descubrió que su amigo Holbrooke se había vuelto contra la guerra viviéndola desde Washington. Wisner, que seguía luchando en Vietnam, creía aún que podía librarse una guerra mejor. De igual modo pensaba John Vann, amigo de Holbrooke, quien se había retirado del ejército y prestaba servicio como experto civil en el CORDS, bajo las órdenes de Komer. Diez días después del Tet, Vann y Holbrooke volaron en helicóptero hasta Hậu Nghĩa, una peligrosa provincia cubierta de arrozales, situada entre Saigón y la frontera camboyana, de la que Vann era máximo responsable[148]. Las posiciones militares sudvietnamitas habían quedado reducidas a las capitales de provincia y en la base norteamericana el ambiente era tenso. Tras la cena, Vann preguntó a un teniente coronel estadounidense cuánto distaba el perímetro defensivo de la base. «Unos cuatrocientos metros», le contestó. Vann propuso acercarse para comprobar que todo estuviera en orden. A Holbrooke le pareció una locura, pero no podía decirle que no a Vann. A las diez de la noche salieron a la oscuridad y caminaron casi medio kilómetro por estrechos senderos que serpenteaban entre arrozales, hasta llegar a un puesto de avanzadilla atendido por dos solitarios soldados sudvietnamitas. Aquella fue una de las cosas más arriesgadas que Holbrooke hizo jamás en Vietnam, pero para Vann, al que le hacía feliz estar fuera de su oficina todo el tiempo que fuera posible, era simplemente otra noche de guerra. Holbrooke veía en él a un Enrique V, merodeando disfrazado entre sus tropas en Agincourt para calibrar su valor.

Muchos estadounidenses en Vietnam afirmaban que el Tet fue una derrota sin paliativos para el enemigo —y lo fue, si contamos la mareante cifra de muertos del Vietcong— y que la población urbana del sur de Vietnam no aprovechó la oportunidad para alzarse. Eso era lo que opinaba Vann. En Washington, Holbrooke había sido uno de sus adalides más fervientes. Trataba de conseguir a Vann un público con poder de decisión, cuando nadie quería saber nada de su lúcido pesimismo sobre el estado de la guerra ni mostraba interés por sus apasionadas ideas acerca de la contrainsurgencia. Vann veía en el Tet una gran oportunidad para dar la vuelta a la guerra. Y aun así, fue Vann, la leyenda del coraje físico e intelectual, quien había enseñado a Halberstam y Sheehan que Vietnam era una guerra política. La política que

más importaba en ese momento, según había escrito Holbrooke en el memorando que mencionaba a Napoleón y a Rusia, era la estadounidense. El Tet había quebrado la voluntad norteamericana de creer las mentiras de sus dirigentes, y había conseguido que estos dejasen de pedir paciencia y sacrificios. Así pues, la derrota táctica del comunismo en el Tet se convirtió en su victoria estratégica en la guerra.

De vuelta en Washington, Holbrooke se encontró con que todo cambiaba a una velocidad vertiginosa, como si el Tet hubiera tironeado de una locomotora política y la hubiera soltado en una empinada cuesta abajo. McNamara se había marchado, sustituido por Clark Clifford, abogado de Washington y Hombre Sabio de segunda fila que había trabajado para Truman y había sido asesor con Kennedy y Johnson. Clifford era la personificación misma del *establishment*: trajes y peinado perfectos y voz serena, como el *bourbon* vertido sobre cubitos de hielo. En 1965, había alertado *en petit comité* a Johnson contra la escalada de la violencia, pero luego se convirtió en uno de los partidarios más acérrimos de la guerra, razón por la cual Johnson lo nombró secretario de Defensa. En el Pentágono, Clifford puso en marcha una revisión completa de las políticas aplicadas en Vietnam, incluida la referente a la nueva solicitud de tropas**[149]**. Como recién llegado, planteó a los militares preguntas de lo más básicas, algunas de las cuales nadie había vuelto a formular desde el estallido de la contienda, como: «¿Cuál es el plan para obtener la victoria?». Los generales no sabían responder. La guerra seguía y seguía.

Clifford se percató de que el único camino era la negociación. A finales de marzo ya había dirigido a sus amigos, los Hombres Sabios, hacia ese mismo punto de vista. Estos se reunieron con Johnson en la Casa Blanca por última vez el 26 de marzo e instaron al presidente a poner fin a la guerra. Los Hombres Sabios habían estado equivocados todo el tiempo.

Johnson invitó a Clifford y a Rusk a salir de la Sala del Gabinete. «¿Quién ha envenenado el pozo?», refunfuñó**[150]**.

El presidente tenía previsto pronunciar un gran discurso televisado la noche del 31 de marzo. Holbrooke participó en la redacción junto con Katzenbach y el principal redactor de discursos de Johnson, Harry McPherson. No obstante, había dos versiones del documento: una beligerante, que expresaba la determinación de seguir luchando; y otra que Clifford,

exasperado ante esta primera versión, encargó de urgencia a los redactores, y que preconizaba la paz[151]. Nadie supo cuál de las dos versiones utilizaría Johnson hasta dos días antes, cuando el presidente llamó a McPherson para protestar por lo que se decía en una línea en la página cinco. Este, tratando de encontrar el extracto, se dio cuenta de que Johnson estaba trabajando sobre el borrador del discurso que hacía hincapié en la paz. El presidente tenía previsto anunciar el cese de los bombardeos en Vietnam del Norte más allá de las rutas de infiltración cercanas a la zona desmilitarizada, poniendo así fin a tres años de violencia creciente.

Los autores del discurso pensaron que estaban tomando el pulso político con las primarias de Wisconsin a solo dos días. Dudaban de que Hanói reaccionase de alguna forma, pues el discurso estaba dirigido a la ciudadanía estadounidense. No sabían que el presidente planeaba terminar con unas palabras de su cosecha, para anunciar que no se presentaría a la reelección. Si hubiera avisado de ello a los redactores del discurso, lo habrían convencido de que ampliase la oferta con un alto el fuego parcial en cuanto a bombardeos se refería, acabando definitivamente con los bombardeos en Vietnam del Norte, lo que habría posibilitado el inicio de unas conversaciones de paz auténticas. Más tarde, Holbrooke se imaginó diciendo a Johnson: «Mire, señor presidente, si va a poner fin a su carrera pública esta noche hablando de este asunto, haga que paren todos los bombardeos y valore qué puede obtener de ello en los próximos diez meses. No realice un gesto a medias, que podría quedar sin respuesta o, en el mejor de los casos, recibir una respuesta limitada»[152]. Sin embargo, Johnson no previno a nadie. No quería cerrar su trayectoria política con una paz que sabía a derrota.

El 3 de abril, Radio Hanói anunciaba la voluntad de Vietnam del Norte de reunirse con negociadores estadounidenses para debatir «el cese incondicional de los bombardeos y cualesquier otras acciones bélicas contra la República Democrática de Vietnam», con miras a entablar conversaciones[153]. Holbrooke participó en la delegación estadounidense como miembro de segundo nivel. Gracias a su presencia en las cenas de Georgetown y su pertenencia al No Grupo se había ganado la confianza del cabecilla de la delegación, Harriman, y de su segundo de a bordo, Cy Vance, abogado neoyorquino de ademán apacible y antiguo funcionario del Pentágono, al que

Rusk había encomendado vigilar a Harriman. Rusk, que aún guardaba lealtad a Johnson, había dado instrucciones a la delegación para que todo el mundo se ciñera a la postura oficial —que las unidades de Vietnam del Norte debían dejar de infiltrarse en el sur— y no plantease otras metas sin la aprobación de Washington[154]. «Por supuesto que tenemos que plantearnos otras metas —contradijo Gelb durante una reunión con gente del Pentágono, convencido de que estaba diciendo una perogrullada—. De lo contrario, ¿cómo vamos a negociar?». Cuando le llegó la noticia a Rusk, trató de echar a Gelb del grupo de la delegación.

En mayo, los delegados se alojaron en el parisino Hôtel de Crillon. Todo el mundo pensó que aquello duraría semanas, aunque no había plazos. París, además, estaba preciosa. No ocurrió nada significativo. Holbrooke fue a ver el Roland Garros y presenció las concurridísimas manifestaciones estudiantiles contra De Gaulle en el Barrio Latino[155]. Jugó mucho al tenis y salió a beber whisky con señalados periodistas paisanos, pese a la prohibición de hablar con la prensa. De todos modos, había muy poco que contar. Ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a moverse de su posición de partida. Holbrooke se asentó en la ciudad pensando en el largo plazo: alquiló un apartamento y pidió a Litty que se instalase con él en la capital francesa junto con su hijo David. La primavera se convirtió en verano y Bobby Kennedy moría víctima de un atentado en Los Ángeles después de que Martin Luther King fuese también asesinado, en Memphis. En Francia las conversaciones no avanzaban.

Harriman le dijo a Holbrooke que, en sus tiempos, Roosevelt lo envió a acompañar a Churchill a Moscú en el verano de 1942[156]. Sus únicas órdenes eran explicar a Stalin por qué los Aliados no podían abrir aún un segundo frente en Europa. Ahora se encontraba en París, maniatado por las rígidas instrucciones recibidas de Dean Rusk, a quien Harriman despreciaba por haber conseguido el puesto que él siempre había codiciado y estar usándolo para impedirle negociar el fin de la guerra, lo que habría ayudado a Hubert Humphrey a salir elegido y derrotar a Nixon. Los tanques soviéticos entraban en Praga y la Convención Demócrata estallaba en Chicago. Humphrey era nombrado candidato por un partido que estaba en guerra consigo mismo a cuenta de Vietnam, mientras los Holbrooke se dedicaban a descubrir la arquitectura románica del norte de Francia. El verano se tornó otoño y la

ausencia de progresos hizo que Humphrey cayera en picado en las encuestas[157]. Harriman y Clifford estuvieron de acuerdo en que el presidente debía de querer que su vicepresidente perdiera las elecciones. El caso es que siguió sin ocurrir nada.

A mediados de octubre, Johnson decidió ordenar el cese de los bombardeos, lo que Holbrooke y otros llevaban esperando desde marzo. Estados Unidos y Vietnam del Norte acordaron entablar negociaciones. Se les unirían en París tanto Vietnam del Sur como el Frente de Liberación Nacional (el Vietcong). Sin embargo, antes de que sucediera nada más, Richard Nixon saboteó cualquier posibilidad de una paz firmada[158]. La única persona que no pertenecía a la delegación, pero tenía acceso a todos los secretos que en ella se manejaban era Henry Kissinger, asesor de la Casa Blanca en Vietnam y conocido de Holbrooke[159]. Kissinger ofrecía asesoría secretamente a los defensores de ambas posturas. Había viajado a París ese mes de septiembre y se había reunido con Holbrooke y otro miembro de segunda fila de la delegación. A su regreso, Kissinger advirtió a John Mitchell, en el cuartel general de Nixon, de que los bombardeos cesarían a mitad de octubre. «Confiamos en él —reconocería Holbrooke más adelante—. No es tergiversar la verdad decir que la campaña de Nixon contaba con un informador secreto dentro del equipo negociador estadounidense». Por orden de Nixon, sus directores de campaña establecieron un canal de comunicación bajo cuerda con Saigón y convencieron al presidente Thieu de que, aun a regañadientes, aceptara la promesa de que Vietnam del Sur saldría mejor parado en las conversaciones si en Estados Unidos gobernaban los republicanos.

¿Fue aquello traición? A mí no se me ocurre otra palabra. Johnson descubrió el plan de Nixon gracias a grabaciones hechas por el FBI. Llamó al candidato para advertirle y este le juró: «Dios santo, yo jamás haría algo así. No se me ocurriría disuadirlos de sentarse a negociar»[160]. Como no contaba con pruebas fehacientes, Johnson decidió no decir nada. De igual manera actuó Humphrey, quien ni siquiera habla de este episodio en sus memorias. En aquel tiempo los políticos conspiraban con otros países para ganar las elecciones en su país, y los presidentes en el cargo no decían ni una palabra, pero seguían existiendo los límites.

A causa del bloqueo de Saigón y quizá debido a su propia ambivalencia hacia Humphrey y respecto del fin de la guerra, Johnson no anunció el cese de

los bombardeos hasta el 31 de octubre, cinco días antes de las elecciones. Humphrey remontó en las encuestas con fuerza, pero era demasiado tarde. El problema de Vietnam pasaría a manos del gobierno de Nixon.

A mediados de noviembre, hicieron acto de presencia en París tanto los sudvietnamitas como el Vietcong. Ninguno de los dos aceptaba la legitimidad del otro y durante dos meses las partes se dedicaron a discutir sobre las banderas, las placas identificativas y la forma que debía tener la mesa de negociaciones. ¿Cuadrada, redonda, rectangular? Entraban en juego principios de peso. En un momento dado, Holbrooke presentó su propio diseño de mesa: un tablero alargado con una única fila de sillas frente a un espejo curvo, de manera que las imágenes de los norvietnamitas y el Vietcong se fundirían en una única delegación, la cual solo podía ver, por su lado, a la delegación de Vietnam del Sur. Al final, un diplomático soviético resolvió el problema proponiendo una mesa redonda con dos mesas rectangulares a un lado y otro.

Dos días antes de la investidura del presidente Nixon, dieron por fin comienzo las conversaciones de paz parisinas. Harriman había sido sustituido por Henry Cabot Lodge. Aparte de eso, no ocurrió nada más. Los estadounidenses seguirían matando y muriendo en Vietnam todavía durante cuatro años.

—Henry, yo no quiero un puesto en el gobierno de Nixon —dijo Holbrooke a Kissinger en una ocasión en que se toparon en las antiguas oficinas del personal de la campaña de Nixon, en Nueva York[161].

—¿Por qué? —inquirió Kissinger, que acababa de ser nombrado consejero de Seguridad Nacional del presidente, y daba por hecho que todo el que acudía a verlo quería pedirle trabajo.

—No creo que yo pueda trabajar para Richard Nixon.

Holbrooke se quedó en París, donde aprendió mucho sobre negociación: lecciones negativas que le serían útiles en los años siguientes. Cuando llegó el verano de 1969, decidió que ya era suficiente y regresó con su familia a Washington.

Estaba hecho un lío. Durante siete años no había trabajado en otra cosa más que en Vietnam. Podría haberse quedado en el gobierno de Nixon, pero no estaba listo aún para abandonar el Servicio Diplomático. Entonces, el

Departamento de Estado le encontró una estancia de un año en Princeton. Por tercera o cuarta vez, Holbrooke seguía los pasos de Tony Lake.

Lake, por su parte, volvía a la política[162]. Kissinger lo había contratado como consejero especial en el Consejo de Seguridad Nacional (CSN). En Princeton había tenido tiempo por fin de leer la historia del nacionalismo vietnamita y ahora comprendía mejor la futilidad de la guerra. No había en ella más que intereses artificiales, inventados por Estados Unidos. Era un error seguir derramando sangre; el coste humano era demasiado elevado. Tras dos años fuera, acordó volver a Vietnam para tratar de sacar a su país de allí. Cuando Kissinger estuvo vigilando a Lake, Bundy le dijo: «Tony se opone a la guerra, pero es un buen soldado». Aquella frase llegó a oídos de Lake y le dolió. Estaba decidido a cuestionar todas las premisas de la guerra. Depositó sus esperanzas en su ingenioso, brillante y encantador nuevo jefe, y Kissinger animó a Lake a debatir. Eso mismo se propuso Toni, aunque en ocasiones ella lo hiciera con cánticos, como una manifestante más, tras el cordón de autobuses que rodeaba la Casa Blanca.

Antes de dejar su puesto, Holbrooke envió dos largas cartas con consejos para Lake, que podrían resumirse en una única advertencia: «Tenemos que salir de Vietnam —escribió—. La guerra ya ha propagado por las venas de nuestro país un veneno cuya toxicidad nos llevará años neutralizar[163]».

Holbrooke confesó que se sentía deprimido, profesional y personalmente. Transcurridos siete años, seguía sin haber final a la vista. Había decidido terminar con Vietnam.

«En cualquier caso, ahora ya no es mi problema, sino el vuestro».

¿Cómo lo hace?

«Tengo algo que decirte». Holbrooke dejó su maleta en el suelo en el amplio recibidor de mármol de su casa en Marruecos. Era la víspera de Acción de Gracias de 1971. Litty lo escuchaba. «Me he enamorado de otra persona. Ella está casada y no quiere abandonar a su marido, así que se ha terminado. —Litty continuaba escuchando—. Pensé que debía decírtelo».

Por aquel entonces, Holbrooke y Litty tenían dos hijos. A Anthony le pusieron el nombre en parte porque era fácil de deletrear, pero Holbrooke daba a entender a todo el que preguntaba que había llamado así a su segundo hijo en honor a su mejor amigo. Nació en Princeton la mañana del 16 de diciembre de 1969, justo un día después de que su padre regresara de esquiar en los montes Pocono, en Pensilvania. Holbrooke había almorzado ese día con George Kennan y había acudido luego al hospital para conocer a su hijo. En Nueva Jersey seguía vigente una ley de la década de 1920 que prohibía a los padres entrar en los paritorios. De todos modos, Dick no quería estar presente, y su mujer tampoco quería que estuviese.

Esa Navidad, a Dick le apeteció ver la nueva película de James Bond, *Al servicio secreto de Su Majestad*. A Litty no le apetecía demasiado y, además, tenía un niño de cuatro años y otro de nueve días a quienes cuidar. Le dijo a Dick que fuera él, que ella estaría bien. Mientras Dick estaba viendo la película, Litty sufrió una hemorragia. Una amiga llegó desde Washington para echarle una mano por unos días. En enero, el flamante padre se marchó a Vermont de nuevo a esquiar, cinco días esta vez.

Aun para los estándares del momento, esos finales de los años sesenta en que la revolución feminista no había cambiado aún la vida familiar de los estadounidenses, Holbrooke se comportó como un marido ausente y un padre indiferente. Siguió siendo, además, una persona muy inquieta. La veleidosa diosa Historia lo había mandado temporalmente al banquillo. Se leyó en un día *Cuna de gato*, la novela de Kurt Vonnegut, y al siguiente las memorias de

Acheson, y después el resto de novelas de Vonnegut[1]. Una semana vio el western *Valor de ley* y el musical *Oh! Calcutta*! y a la siguiente, *Danzad, danzad, malditos*, de Sydney Pollack y *Z*, de Costa-Gavras. No se perdió ni un partido de la final de la NBA, en los que Willis Reed salía cojeando triunfante a la cancha y los Knicks ganaron a los Lakers tras siete encuentros. Cenaba fuera de casa cuatro veces a la semana; subió a Nueva York para el cumpleaños de John Campbell y al día siguiente bajó a Washington para quedarse con los Lake unos días: cenó con Toni y fue a ver con ella *Flor de cactus* (Tony volvía a trabajar con un horario inhumano), al día siguiente almorzó con Joe Kraft y Art Buchwald y acudió a una cena de gala en casa de Polly Wisner con Harriman, Alsop y otros poderosos. Un día después almorzó con los Lake y la noche del siguiente, volvió a cenar con ellos y con Frank y Genevieve Wisner, tras haber comido con Harriman y haber tenido otras cinco citas esa jornada, incluida una visita al despacho de Tony Lake, en el sótano de la Casa Blanca.



Richard Holbrooke con David y Anthony Holbrooke. Cortesía del Estate of Trudi Kearl.

Holbrooke era un tipo energético, pero esa energía se desataba cuando intentaba encontrar cosas que hacer. ¿De dónde sacaba el tiempo? Si se eliminan de la ecuación las cosas cotidianas que él siempre dejaba a los otros

—limpiar, hacer la compra, criar hijos—, lo cierto es que le quedaba bastante espacio para sus ocupaciones favoritas.

La historia sacó a Lake de vuelta al terreno de juego, convirtiéndolo en uno de los tipos sensibles favoritos de Kissinger. Lake se dirigía al Kissinger de Harvard, el que respetaba el ingenio y los conocimientos. Este se lo llevó a París para que lo acompañase en sus reuniones secretas con Le Duc Tho, el líder norvietnamita que había conseguido que las conversaciones de paz oficiales del Departamento de Estado tuvieran aún menos sentido de lo habitual.

Lake pasó el verano de 1969 con Kissinger en San Clemente, California, mientras Nixon seguía ocupando el ala oeste de la Casa Blanca. Toni y los dos niños los acompañaron durante una semana. Se alojaron en un hotel, un rascacielos encajado entre el poderoso oleaje del Pacífico y una autopista. Una noche, los Lake salieron a tomar algo con Kissinger y una mujer rubia que lo acompañaba. Tony Él se recogió pronto para trabajar un poco y Kissinger llevó de vuelta a Toni Ella al hotel. Estaba borrachísimo y conducía dando volantazos mientras acosaba a su acompañante rubia con comentarios cada vez más desagradables. «Toni, así es como cumplo mis objetivos —dijo —. Empujo y empujo hasta que gritan pidiendo ayuda».

Toni era el tipo de mujer tranquila a la que subestimaban los hombres como Kissinger.

Durante las masivas manifestaciones de octubre contra la guerra, Lake y dos colegas salieron a la Explanada Sur de la Casa Blanca y se preguntaron en qué parte de la muchedumbre, que ocupaba toda la Elipse, se encontrarían sus esposas, y si ellos no deberían estar también al otro lado de los autobuses y los M16. Lake y Kissinger querían poner fin a la guerra, pero este último pensaba que Estados Unidos no podía retirarse sin perder credibilidad, y la credibilidad solo se ganaría bombardeando más y desatando una guerra abierta a medida que las tropas estadounidenses retrocedían. Lake argumentaba que una retirada paulatina no haría sino debilitar la posición negociadora estadounidense. En una ocasión, Kissinger reprendió a Lake por escribir memorandos poco «viriles». Cuando Kissinger se marchó, creyéndose a solas, Lake le pegó un puñetazo a la máquina de Coca-Cola que había a la entrada de la cantina de la Casa Blanca.

El Nixon que habitaba en Kissinger sospechaba que sus asistentes de talante más progresista estaban filtrando secretos de Estado para minar la política del gobierno. El ambiente tóxico que reinaba en la Casa Blanca de Nixon se extendió hacia el CSN y Kissinger aprobó que el FBI grabase en secreto a su propio equipo, tanto en el trabajo como en sus casas. Lake descubrió que las transcripciones de esas grabaciones se guardaban en una caja fuerte de la Sala de Crisis de la Casa Blanca, muy cerca de su escritorio[2]. Jamás sacó el tema de las grabaciones con Kissinger. Ya era suficiente con discutir sobre Vietnam.

Un sábado de finales de 1970, Kissinger convocó a Lake y a sus colaboradores a una reunión y les informó de que Estados Unidos se disponía a invadir Camboya. Lake se pronunció apasionadamente contra esa decisión: Camboya terminaría destruida, los estadounidenses aún más divididos y el final de la guerra en Vietnam seguiría alejándose. «Tony, sabía muy bien lo que ibas a decir», le espetó Kissinger con desdén[3]. Que Kissinger invalidase los argumentos de Lake con tanta facilidad apuntaba al ocaso de la carrera de este. La invasión de Camboya lo sacó de un respingo de la «trampa de la eficacia». Lake decidió hacer lo que llevaba largo tiempo planteándose, lo que muchos miembros del gobierno se proponían hacer pero casi ninguno hizo, aun frente a mentiras y delitos monstruosos: dimitir por principios.

Dimitió junto con dos compañeros más, Roger Morris y William Watts, sin alharacas y sin comunicarlo a la prensa. Creyeron que así ejercerían mayor influencia (las ilusiones proyectadas por la trampa de la eficacia tardaban tiempo en desvanecerse). Más tarde, el periodista de investigación Seymour Hersh acudió a casa de Lake para intentar hacerle hablar sobre Nixon y Camboya, pero Lake se negó. «¡Hazlo! ¡Habla de una vez!», le pidió Toni. «Quiero, pero no puedo», repuso su marido. Aunque creía acabada su carrera política, esperaba obtener algún otro puesto gubernamental en el futuro.

Tras su dimisión, el FBI le pinchó el teléfono de casa. Le espiaron durante nueve meses. Kissinger justificó las escuchas por el miedo a que Lake filtrase a los demócratas los secretos de las conversaciones de paz de París[4]. Cuando Lake se convirtió entonces en asesor jefe de política exterior del senador Edmund Muskie, principal candidato demócrata para las presidenciales de 1972, el gobierno de Nixon podía ya espiar a la oposición. «Toneladas de material. Todo cotilleos y chorradas —se quejaba Nixon al respecto de

aquellas cintas—. Aquellas grabaciones supusieron un esfuerzo muy, muy improductivo[5]».

Lake supo de las grabaciones a través de las escuchas del Watergate y demandó a su antiguo jefe hasta que, años después, obtuvo por fin una disculpa de Kissinger. No quería otra cosa de él.

En Princeton, incluso entre los novatos, Holbrooke se dio cuenta de que la guerra estaba volviendo a los jóvenes en contra de su propio país y en contra de las élites a las que él aún valoraba. Los mejores alumnos preferían trabajar para General Motors que para el gobierno: les parecía un empleo mejor y menos hipócrita. «En el extranjero, el país que les vio nacer se asocia siempre a lo mismo: a Vietnam, a Vietnam y a Vietnam —escribió a Charles Bohlen, el experto en la Unión Soviética y artífice de la guerra fría—. La guerra contra el fascismo y el nazismo, la defensa de Corea y Berlín y, de hecho, de toda Europa occidental en el clímax de la guerra fría, las terribles luchas intestinas con respecto del macartismo y el fanatismo fronteras adentro, e incluso la crisis de los misiles cubanos (¡!) son episodios que han quedado en el pasado y los chavales apenas conocen[6]».

El veneno Nixon llevó a Holbrooke a dejar el país. Tras trabajar durante cinco años en equipos dirigidos por otras personas, quiso tener un equipo de gente a su cargo, algo imposible para un funcionario del nivel FSO-4 del anodino escalafón diplomático, al que acababa de ascender. Así pues, decidió informarse sobre el Cuerpo de Paz, un programa de voluntariado gubernamental, y pidió que se le asignara la dirección de sus operaciones en algún país. Le propusieron Marruecos y aceptó. El verano de 1970 lo dedicó a estudiar árabe en el Instituto del Servicio Diplomático y a jugar al tenis con Lake, como si estuvieran de nuevo en Saigón en 1963. Apuntaban cada tanto en un estadillo: 2-6, 2-6; 6-2, 3-6. Los Holbrooke se veían con los Lake todas las semanas, en ocasiones dos y tres veces. En septiembre, Holbrooke voló con Litty y los niños a Rabat.

Justo antes de la Navidad de ese año, 1970, Daniel Ellsberg fue a visitarlos con su nueva esposa, la segunda. Cenaron en una mesa con banco corrido; la nueva pareja parecía incapaz de no tocarse y acariciarse. «¡Buscaros un hotel!», musitó Holbrooke. No le caía muy bien Ellsberg, quien le había dado la espalda a la guerra de la misma forma ostentosa en que

estuviera a favor antaño. Holbrooke creía a Ellsberg dotado de un gran talento analítico pero falto de juicio. Además, lo consideraba un exhibicionista emocional.

—¿No crees que habría que hacer algo respecto a la guerra? —preguntó Ellsberg a Holbrooke.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Pues no lo sé —repuso Ellsberg—. ¿No crees que podría hacerse algo con el estudio?

Se refería, como es natural, al proyecto del Pentágono en que ambos habían trabajado. Holbrooke tenía la inquietante sensación de que Ellsberg estaba intentando meterlo en algo turbio.

—No, desde luego que no —respondió.

Holbrooke no entendió lo que Ellsberg estaba intentando decirle hasta seis meses después, el 13 de junio de 1971, cuando fue a comprar el *International Herald Tribune* en su kiosco habitual y vio, firmado por el periodista Neil Sheehan, el siguiente titular: «El archivo Vietnam: un estudio del Pentágono analiza tres décadas de creciente implicación estadounidense»[7]. De inmediato supo de qué se trataba y quién le había entregado los Papeles del Pentágono a Sheehan.

Holbrooke terminó viendo a Ellsberg como uno de esos personajes accidentales de la historia que encarnan el patrón de toda una época. La filtración de los Papeles del Pentágono fue un momento bisagra entre dos eras. Hizo que Nixon sucumbiera a la paranoia más profunda y lo llevó a crear el Cuerpo de Fontaneros, la banda de espías y trileros bajo cuerda cuya primera operación encubierta fue entrar en el despacho del psiquiatra que atendía a Ellsberg, en Santa Mónica, a la busca de información comprometida. Los Fontaneros se volvieron entonces hacia los Kennedy para intentar demostrar que fue JFK quien ordenó el asesinato de Diem y Nhu. Al final, transcurrido un año desde la filtración, decidieron incordiar al Comité Nacional Demócrata en Washington. Nixon justificaba siempre sus delitos amparándose en la seguridad nacional. Para Holbrooke, el Watergate era «un Vietnam doméstico»[8], y Ellsberg «el mecanismo que desencadenó acontecimientos que atarían de por vida a Vietnam y el Watergate con el periodo de la historia estadounidense que va desde 1961 a 1975»[9].

No hay mucho que contar sobre los años de Holbrooke en el Cuerpo de Paz. Tenía a su cargo a 176 personas y un presupuesto de medio millón de dólares. Viajó por todo el país y caía bien a los voluntarios. «Ojalá tuviera media docena de Holbrookes más trabajando para mí», declaró el funcionario encargado de evaluar su trabajo[10]. Holbrooke declararía más tarde que aquel fue el mejor trabajo que había tenido jamás. Sin embargo, Marruecos nunca le cautivó. Estaba esperando sin más a que pasase el gobierno de Nixon.

Litty había seguido a su marido al extranjero de nuevo. Tenía ya dos hijos y orillaba la treintena. Llevaba el pelo largo y liso, con raya al medio, como Judy Collins. Seguía teniendo los ojos bonitos y la mirada plácida de años atrás. Se pasaba los días nadando con los niños, enmarcando fotografías y recibiendo en su enorme casa a invitados como Polly Wisner y John y Brenda Campbell. Organizaba además bufés para medio centenar de voluntarios, e incluso se animaba a limpiar de carne los restos del cordero para la fiesta del Sacrificio. Se aburría mucho y escribía cartas a sus padres contando las banalidades de su vida cotidiana: «¡Por favor, enviadme más manoplas de cocina! Las mías se me están deshilachando y estoy todo el tiempo quemándome los dedos»[11]. Holbrooke dijo en una ocasión que les había dado una vida bastante interesante a su mujer e hijos, y cuando ella le comentó que aquel comentario la deprimía, él repuso que no entendía por qué.

En octubre de 1971, Holbrooke partió en un viaje de un mes con el Cuerpo de Paz a Tailandia, la India y Nepal. (Había acompañado al organismo el año anterior a Afganistán, el país más fascinante de cuantos había conocido. Zahir Shah ocupaba aún el trono y Kabul era una ciudad moderna enclavada en una tierra pedregosa y antiquísima. Los extranjeros que seguían la ruta hippie de Londres a la India no podían evitar sucumbir a su hechizo. Holbrooke, que amaba las montañas, cayó rendido ante el sublime Hindu Kush). El 8 de noviembre, estaba sentado en el salón del coordinador del programa en Nepal, en Katmandú. Llevaba botas de montaña y una mochila a la espalda, y estaba a punto de salir a una expedición de montaña de cinco días, cuando sonó el teléfono. Era Tony Lake: «Se acaba de morir John»[12].

John Campbell era una de las estrellas rutilantes de su quinta en el Servicio Diplomático, aunque no había formado parte del círculo de Vietnam. Se había convertido en el irreverente redactor ejecutivo de la novedosa revista

trimestral *Foreign Policy*, publicación que pisaba fuerte. A Holbrooke le había ofrecido en 1969 ese puesto Samuel Huntington, uno de los redactores fundadores, pero lo había declinado y había recomendado en su lugar a Campbell, quien, además, acababa de escribir un libro sobre la estulticia burocrática del Departamento de Estado titulado *The Foreign Affairs Fudge Factory* («La fábrica de tofes falsos de Asuntos Exteriores»). También fumaba y bebía como un carretero. Había muerto a los treinta y un años por un cáncer de tiroides que le habían detectado demasiado tarde y terminó bloqueándole las vías respiratorias.

Mientras Holbrooke estaba intentando encajar la noticia, Brenda Campbell lo telefoneó. No se la entendía apenas, la línea funcionaba fatal. Brenda pidió a Holbrooke que viajase a Nueva York para el funeral.

Mientras volvía a Estados Unidos, escribió a Litty en una hoja de papel con el membrete de la TWA. Es esa una carta confusa, casi desesperada. Holbrooke se encontraba perdido en un banco de niebla emocional y pedía ayuda. «Ahora mismo me siento tan deprimido y desconcertado que no creo que pueda volver directo a Rabat. Quizá debiera tomarme unos días libres y quedarme en Nueva York. ¿Qué crees? ¿Qué debería hacer? […] Quizá vaya a Washington. Me pregunto si podré emprender el viaje de Navidad como lo planeamos. […] Ahora mismo no tengo ni idea de qué hacer o decir. ¿Qué dirías tú? ¿Vas a ir a Nueva York? ¿Has hablado con alguien de Washington o de NY? ¿Te veré de nuevo?»[13]. Aunque aparece, añadida después entre «Nueva York» y «te», la palabra «cuándo», como si Holbrooke se hubiera planteado irse para no volver y estuviera pidiendo permiso a Litty.

Holbrooke convenció a Brenda de que lo dejara hablar en el funeral. El día de la ceremonia, mientras Lake trabajaba en las oficinas neoyorquinas del Carnegie Endowment, institución cultural que le había concedido una beca, dio un paseo por Manhattan con Toni. En el funeral, Holbrooke recordó el gusto de Campbell por el absurdo. «Amaba el Servicio Diplomático, pero en cierto modo John era demasiado audaz para él —opinó Holbrooke—Le parecía casi imposible existir en el estrecho coto definido por el Departamento de Estado[14]». Después, se reunió con el segundo de los fundadores de *Foreign Policy*, Warren Manshel, que le había ofrecido el puesto de Campbell. En esta ocasión, Holbrooke aceptó. Viajó a Washington y allí se alojó, como siempre, en casa de los Lake. Unos días después voló de

vuelta a Rabat y, al entrar por la puerta de su casa, le dijo a su mujer: «Tengo algo que decirte».

Litty no preguntó de quién se había enamorado. Extrañamente, creyó que no era asunto suyo, si bien eso no le impidió hacerse esa pregunta una y otra vez durante semanas, torturándose con el quién, el qué y el porqué. Lo peor no era que quizá se hubiese acostado con otra persona. Lo peor era que amaba a esa persona y había vivido con ella, según él le contó, una de las experiencias más intensas que recordara, de la cual ella no había formado parte en modo alguno. Los celos arreciaban en su fuero interno, pero aún más dolorosa era la sensación de haber quedado anulada. Aquel sentimiento fue haciéndose más y más poderoso y terminó revistiendo para ella un peligro mortal.

Litty preparó las maletas y regresó a Estados Unidos. Se instaló en casa de sus padres, en Maryland, para pasar las Navidades. Holbrooke se quedaría en Marruecos zanjando algunos asuntos. A continuación, ella le escribió para decirle que no volvería a Rabat, algo que ya había decidido antes de viajar, pero que no había querido contar a su marido. Su madre estaba gravemente enferma, pero el auténtico motivo era que no soportaba la idea de convivir con él durante aquellos últimos meses en Marruecos, mientras él decidía si poner o no fin a su matrimonio. «Pensé que debía decírtelo». ¿Por qué, si la aventura de su marido había quedado en el pasado? Porque estaba pensando en dejarla. Incluso le había propuesto vivir separados cuando regresaran a Washington. Litty había decidido tomar la iniciativa y no humillarse. Tras el Año Nuevo decidió buscar un trabajo, aunque fuera de camarera. Quedarse en Washington también le ahorraría la necesidad de dar explicaciones. Podría decir que había vuelto a casa con el fin de buscar colegio para David y que Dick regresaría en marzo, con un año de adelanto, para incorporarse a *Foreign Policy*. No le extrañaría a nadie. Así pues, no lo comentó, del mismo modo que había evitado hacer a su marido las preguntas más obvias. Se lo guardó todo para sí. Esos días, compró a sus hijos regalos de Navidad y, descubrió que, mientras ella estaba en la cama con gripe, el pequeño Anthony le había roto los dos pares de gafas que tenía.

Quizá su matrimonio se hubiera ido al garete, quizá no. Se dio cuenta de que no le importaba demasiado. El golpe la había despertado y se sentía por fin ella misma. Meditó sobre su vida y, antes de nada, se dio cuenta de que

estaba completamente sola, y llevaba mucho tiempo sintiéndose así. No tenía amigos íntimos y había dejado de ver a su última amiga cercana diez años antes, cuando quedó claro que esta no soportaba a Dick Holbrooke. En los Países Bajos había sentido lástima por las esposas de los becados Fulbright e incluso había llegado a mirarlas por encima del hombro, porque ella estaba allí por derecho propio. Fue entonces cuando dejó de lado sus estudios universitarios y sus ambiciones profesionales para seguir a su esposo por todo el mundo. No por ambicionar el título de señora de Richard Holbrooke, sino por estar junto a él. Sin embargo, terminó en una posición mucho peor que la de aquellas señoras Fulbright, porque su esposo nunca estaba junto a ella.

Cuando el gobierno estadounidense pasó a considerarla una molestia de la que prescindir en Vietnam, en lugar de obligarlo a él a elegir entre ella y Saigón, fue Litty la que se marchó sin rechistar a Bangkok, embarazada antes de lo que había deseado. Juró no volver a entrometerse en la carrera de su esposo, sabedora de lo que significaba para él. La vida de él era la vida de ella. Así pues, esperó en la soledad más total en Bangkok y, a continuación, siguió de nuevo los pasos de su marido a Washington, París, Princeton y Rabat, deshaciendo cajas y colocando libros en estanterías, y a la inversa después. En todas partes se sintió sola. Era invisible para los amigos de él —que ni siquiera sabían escribir correctamente su nombre— e incluso para él mismo. Litty era una mujer inteligente que había pertenecido a la sororidad Phi Beta Kappa de la Universidad Brown, pero la brillantez de su marido socavaba su confianza en sí misma. No había nada en su vida de lo que pudiera estar orgullosa, salvo de sus hijos y del ocasional *canard à l'orange*. Tenía la impresión de que aburría a su marido si trataba de hacerle alguna confidencia, así que se sentía sola incluso cuando estaban juntos.

Entretanto, en las vidas de las mujeres estadounidenses estaba produciéndose una revolución. En 1964, se esperaba de Litty que fuera la ayudante de su marido. En 1971, era una fracasada que no había sabido labrarse una carrera profesional propia. Había sido una estúpida por dejarse anular, pero eso era lo que había ocurrido.

Su instinto no fue salvar su matrimonio. Dudaba de que pudiera sobrevivir e incluso de que él quisiera hacer algo al respecto. Litty no deseaba volver a lo vivido durante ocho años: un matrimonio parasitario en que las cosas interesantes de la vida le llegaban de segunda mano. Su instinto la llevó, pues,

a salvarse a sí misma. «Mi vida depende de la tuya y la tuya no depende de la mía; por eso me hace añicos que te hayas enamorado de otra persona —le escribió—. Amenaza toda mi existencia. La tuya no se vería amenazada en modo alguno si la situación se invirtiera. Así pues, estoy decidida, muy decidida, aunque me asuste, a construirme una vida propia[15]».

Desde las cartas de Litty parecía hablar una mujer nueva. La ira y el miedo hicieron que el instinto de evasión se difuminara; se sentía viva y lúcida y decía verdades con una claridad amarga. Holbrooke escribió de vuelta con el interés súbito de un hombre que se ve apartado de su esposa, apaleado por su elocuencia. Se preguntó por qué nunca le había hecho saber esas cosas y le pidió que regresara unas semanas para hablar de ello. Ella no le vio mucho sentido. No le ahorró la noticia de que los niños apenas habían acusado su ausencia. «Cuando venga papá, podremos comprar una tele», era cuanto David había dicho. Y Anthony: «Papá se va mucho tiempo»[16].

A Litty siempre le había tocado la china en su matrimonio, y así se lo había hecho saber, a su esposo, al que, sin embargo, no dejó en la estacada. Siguió haciendo gestiones para equilibrar las cuentas, le dio instrucciones sobre cómo embalar las cosas en Rabat e informó al inquilino de la casa de la avenida Nebraska, con contrato hasta finales de junio, de que pensaba instalarse en ella. Entretanto, se alojó con los niños en casa de los Lake.

Tony estaba en el hogar de sus padres, en Connecticut, dando los últimos retoques a su tesis doctoral sobre Rodesia. Muskie lo había decepcionado: era un tipo volátil y perezoso que no aceptaba consejos de nadie. Toni Ella asistía a clases de urbanismo y hacía planes para construir una granja en unos terrenos que habían comprado en las remotas montañas de Virginia Occidental, cerca de la granja de Sheehan. Litty quería sincerarse con Toni, no se le ocurría con quién más podía hacerlo, pero esta se hallaba tan ocupada con las tareas de la casa (los tres hijos, el perro y el gato), que Litty no tuvo ocasión y empezó a pensar que su amiga quizá no fuera la persona adecuada. Los Lake le regalaron su vieja televisión en blanco y negro para que Litty pudiera seguir la visita oficial de Nixon a China cuando regresara a su casa de la avenida Nebraska, en febrero.

Holbrooke tampoco se lo contó a nadie. No se lo dijo a Frank Wisner cuando este lo visitó para Año Nuevo, y eso que viajaron juntos a Fez y Tánger. Tampoco se lo dijo a Geoffrey Wolff, con el que fue a esquiar a

España. Había tenido ocasiones, pues condujeron durante cuatro horas desde la casa que Wolff tenía a orillas del Mediterráneo hasta las lunares montañas peladas de Sierra Nevada. Wolff estaba viviendo su propia crisis. Había dejado su puesto de profesor en Princeton y su labor como crítico en *Newsweek* para escribir. Su primera novela, sin embargo, no se había vendido bien, su editor había rechazado la segunda y temía que ocurriese lo mismo con la tercera, que acababa de terminar. Holbrooke leyó el manuscrito estando en España y quedó entusiasmado. Wolff conocía a mucha gente que no soportaba a Holbrooke, pero a él le parecía un amigo leal y vitalista. Quizá contribuyó a ello que llevasen dos vidas tan diferentes. Holbrooke probó suerte con la literatura en una ocasión: escribió una novela a lo Graham Greene. Wolff la leyó y le dijo con mucho tacto que la ficción no era lo suyo. Más adelante, Holbrooke solía contar: «Wolff me dijo que soy el peor novelista que ha leído nunca». Si Holbrooke te encontraba interesante sin que supusieras una amenaza, podía ser el mejor compañero del mundo.

Durante aquel viaje nocturno hasta Granada, Holbrooke le contó a Wolff que era muy consciente de cómo lo veía la gente: como un tipo despiadadamente ambicioso. Él, no obstante, había dejado atrás todo eso. No le importaba ya llegar a la cumbre: «Ese no soy yo». Por supuesto, no era cierto, pero Holbrooke creyó que sí, porque no quería ser ese hombre, menos aún cuando estaba a punto de romper con su familia, y también porque no veía con claridad su futuro, lo cual lo llevaría a regresar una y otra vez a esa ilusión a lo largo de su vida. Holbrooke pasó cuatro días con Wolff y no le dijo una palabra sobre la mujer de la que se había enamorado.

Regresó a Washington el 14 de marzo y se reunió con su familia en la casa de la avenida Nebraska. Al día siguiente, lo hicieron abandonar a la fuerza el Departamento de Estado con una excedencia no remunerada de dos años. Regresó a su casa con un maletín lleno de la correspondencia que le habían reenviado desde Marruecos. Litty estaba clasificando esas cartas cuando vio una de Tony Lake. Algo la impulsó a abrirla.

«Estarás de vuelta pronto y tendremos que vernos —escribía Lake a Holbrooke—. Espero que podamos dejar esto atrás y volver a ser amigos». El tono era tranquilo y atento.

A Litty empezó a temblarle la mano. No podía controlarse. Jamás se había sentido así en su vida. Casi echaba espuma por la boca. Cogió la televisión en

blanco y negro, la cargó en el coche y condujo el kilómetro y medio que separaba la avenida Nebraska de la calle Lowell, hasta casa de los Lake. Sacó la televisión del coche. Podría habérsela tirado a la puerta, pero Litty siempre había sabido mantener el control, así que la dejó en el suelo, ante la casa. «No puedo creer que hayas hecho algo así», le dijo a Toni.

¿A qué se refería Litty con «algo así»? Lo desconozco. Dos personas se enamoraron. ¿Durante cuánto tiempo? Lo desconozco también. Probablemente, cuando Holbrooke regresó a Washington desde Rabat y se quedó con los Lake, él y Toni se sentaron a la mesa de la cocina y charlaron durante horas, mientras Tony, como siempre, estaba trabajando. Ella se sentía sola y la maternidad la tenía abrumada, así que se sintió atraída por aquel amigo que la escuchaba, que le dedicaba su tiempo, al contrario que su marido.

El día que regresó para el funeral de Campbell y fueron a pasear por Manhattan, los mutuos sentimientos se revelaron de una intensidad peligrosa. Holbrooke pidió a Toni que se fugara con él. Él ya sabía que se lo propondría cuando escribió a Litty desde el avión de la TWA. Habría destrozado dos familias por un sueño fugaz. ¿Por qué? No lo sé. «Era irresistible sentir aquel poder sobre Tony», cuenta uno de sus amigos íntimos. Es esta una interpretación oscura, de cierto peso psicológico, pero probablemente había otros factores que Holbrooke no logró resistir. Quizá vio en Toni a ese tipo de mujer, que en su opinión escaseaba, capaz de controlar el egoísmo de él y dotada, a la vez, de la calidez necesaria para espolearlo en su idealismo. Quizá, habiendo seguido a Tony a Saigón, al Departamento de Estado y a Princeton, sintió que la única manera de convertirse en lo que quería era ocupando el lugar de su amigo Lake.

Sin embargo, Toni seguía amando a su marido y ella sí le contó el «algo así»: una bengala de advertencia que captó toda la atención de él. Ella decidió seguir adelante con su matrimonio, mientras Holbrooke enfilaba la gran autopista estadounidense y trataba de comerse el mundo a bocados. Aquello fue el final de todo.

De modo que nos encontramos ante un misterio que quizá no deba resolverse nunca. Nos gusta pensar que la verdad reside en los detalles y que cuantos más conozcamos, más diáfana será dicha verdad —como en las actas

de un juicio—, aunque esa acumulación de datos a veces nos da la falsa seguridad de que hemos llegado al meollo del asunto cuando en realidad seguimos sin entender nada. Existe cierto tipo de injusticia que queda disimulada en la exhaustividad. ¿Quién se sostendría íntegro ante el juicio a su biografía? Ni ustedes ni yo. Trataré de mantenerme alejado del tono testimonial, así como de veredictos y sentencias. El «algo así» no debería siquiera incumbirnos, salvo por el hecho de que tuvo consecuencias de muy largo alcance.

—Dick ha estado viéndose con mi mujer —le contó Lake a Gelb, con quien había trabado amistad—. Estoy completamente destrozado.

Gelb no tenía ganas de hablar con Holbrooke. Era un asunto demasiado feo y no quería que tiñese sus opiniones sobre él. Sin embargo, fue Holbrooke quien lo sacó a colación, a su vuelta de Marruecos.

—¿Te ha contado Tony lo que ha ocurrido entre nosotros?

—¿Habéis tenido algún problema?

—Nuestra relación se ha deteriorado —Algo había ocurrido entre él y Toni—. Se acabó.

Toni trató de pedir disculpas a Litty, pero lo cierto es que nunca volvieron a hablar. Dick pidió disculpas a Tony hasta tres veces y, por fin, le hizo saber: «No voy a seguir disculpándome toda la vida», y en última instancia se convenció de que era Tony quien lo había agraviado a él. Probablemente, no habría podido vivir con ello de otra manera.

Litty y Tony ocupaban posiciones análogas y se compadecían el uno del otro. Un día fueron a pasear por el camino del bosque y pasaron junto a la antigua casa de los Holbrooke. Los sentimientos que Toni había confesado tener por Dick habían enfurecido y herido hondamente a Tony. Como había ocurrido con Litty, los sentimientos se le antojaban más importantes que el hecho de que se hubieran acostado o no. Toni dijo a su marido que eso no había ocurrido.

Él, no obstante, se había apresurado a meter sus emociones en una caja que había cerrado con llave, y había decidido seguir adelante. La gente se enamoraba. No era razón para dejar de ser amigos, aunque Tony se dio cuenta entonces de que su amistad con Holbrooke no había sido tan profunda en realidad. Lake podía permitirse portarse como un caballero. Él había terminado el partido con una mejor puntuación que Holbrooke: no 6-1, 6-1;

sino 5-7, 6-0, como poco. Tony Él y Toni Ella estaban decididos a sacar su matrimonio a flote. Litty entendió entonces por qué los Lake habían ido a ver juntos todas las películas de la cartelera de Washington ese invierno.

Litty, la ciega, la última en enterarse, pensó que nadie más había captado, sin embargo, la seriedad del asunto. Dick jamás afrontó la profunda gravedad de lo que había hecho. Tony tampoco la hondura de sus propios sentimientos. Litty no se explicaba que los dos hombres siguieran siendo amigos.

No fue así. La traición de Holbrooke quedaría en secreto, salvo excepciones, mientras que el ácido que fue liberando iría erosionando con los años los eslabones que habían mantenido unidos a ambos hombres —la ambición juvenil, Vietnam, el tenis y la grandeza estadounidense—, hasta que al final no quedó entre ellos más que odio y un pasado indeleble.

Los estertores del matrimonio Holbrooke se prolongaron unos meses más. Un día de finales de verano de 1972, la familia hizo una visita a Johnny Apple, el reportero del *New York Times*, y a su esposa, Edie Smith, exfuncionaria del Servicio Diplomático. Los Apple formaban parte del círculo de Vietnam al que Holbrooke se mantuvo leal toda su vida. Los hombres se sentaron a charlar; Litty y Edie fueron a pasear con los niños. Cuando volvieron a entrar, Holbrooke levantó la mirada asustado, como si de repente hubiera perdido algo: «¿Dónde está mi familia?».

Al poco, Holbrooke se marchó de la casa de la avenida Nebraska.

Su primera escala fue Georgetown, donde siempre recalaba cuando andaba sin rumbo fijo por Washington. Se instaló en el bloque de ladrillo visto que Harriman había comprado para almacenar sus archivos, junto a su mansión de la calle N. Holbrooke fue acogido como un niño huérfano, como hicieran los Rusk en Scarsdale en 1957, en aquella otra ocasión en que él había perdido algo de gran valor.

En la casa había una nueva señora Harriman. La mujer con que Averell había estado casado cuatro décadas había muerto en 1970. Al año siguiente, cuando falleció el segundo marido de Pamela Digby Churchill Hayward, un adinerado productor de Broadway, la viuda se aseguró de que el obituario llegase a manos del aún doliente Harriman. La historia entre Averell y la Churchill estaba servida.

En 1941, Harriman, con casi cincuenta años, había sido enviado por Roosevelt a Londres para supervisar el programa de Préstamo y Arriendo. Durante su primera semana, en una cena, sonó la alarma antibombardeos alemanes y Harriman se refugió en su suite de hotel junto a la nuera del primer ministro, de veintiún años. Pamela no era demasiado agraciada —tenía el rostro cuadrangular y una infantil doble papada que terminó desapareciendo—, pero se propuso con entusiasmo estar a la altura, como explicaría más tarde[17]. Lejos de escandalizarse, Churchill y su gabinete consideraron el *affair* un golpe diplomático a sus intentos por implicar más a los estadounidenses en el esfuerzo bélico británico. En 1943, Harriman dejó Londres para prestar servicio como embajador en Moscú y se convirtió en el estadounidense más cercano a Stalin. Los subsecuentes amantes de Pamela en aquel tiempo de guerra fueron, entre otros, un general de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, un teniente general de la RAF británica, el periodista Edward R. Murrow —el único al que realmente amó, aunque su moral de chico de campo le impedía corresponderla— y el jefe de Murrow en la CBS, William Paley. Ninguno de ellos, empezando por Harriman, abandonaría a sus respectivas esposas por ella.

El caso es que, finalizada la guerra, se divorció de Randolph Churchill y se embarcó en una vida de consorte de hombres ricos, guapos y a menudo mucho mayores: donjuanes internacionales, jugadores de polo, el presidente de Fiat, la realeza paquistaní, Frank Sinatra, un banquero llamado Rothschild… Parecía estar escribiendo el excesivo guion de su propia película. Lo hizo con la disciplina de una profesional. Apuntaba sus preferencias personales en un cuadernito plateado; en el verano de 1971, cuando todos sus hombres la habían dejado o la habían convertido en viuda, se encontró con Harriman en una cena en la mansión de Katharine Graham, en la calle R. Pam tenía cincuenta y un años y a Averell le faltaban meses para cumplir los ochenta. Estaba ya medio sordo, pero las mujeres seguían excitándolo tanto como el poder. Al cabo de una semana estaban de vuelta en la cama. Justo antes de su boda, en septiembre, uno de los asesores financieros de Harriman preguntó a este:

—Gobernador, ¿quiere usted seguir pasando la pensión a la señora Hayward?

—¿Qué pensión? —respondió Harriman, que había estado manteniendo a su examante durante treinta años sin saberlo.

Había dos opiniones respecto a Pamela Harriman. Pertenecía a la flor y nata británica y le habían puesto todo en bandeja, pero ella siempre quiso más, maniobrando en todo momento para su propio beneficio, metiéndose en la cama con hombres a quienes la guerra había separado de sus mujeres, comiendo chuletones pagados por los contribuyentes estadounidenses para los soldados, robando y empeñando las herencias de unos hijastros y presentando como aval para alguna deuda el fondo educativo de otros[18]. Todo ello sin un atisbo de remordimiento. Por el contrario, otros opinaban que era una mujer encantadora e inteligente, entregada al placer y el poder, que se había abierto paso en un mundo de hombres y que, mientras no tuvieras algo que ella quisiera para sí, era una compañera divertidísima.

Polly Wisner advirtió a Holbrooke que Pam podía ser peligrosa, pero él no quiso tener que elegir entre sus madrinas. Le encantaba ser gratis el inquilino de los Harriman. Se quedaba horas sentado en la cama en calzoncillos, comiendo directamente del frasco de caviar que los Harriman habían hecho llegar desde Moscú. Su apetito era más que suficiente para un salón lleno de Pamelas Harriman: millonarios, estrellas de cine, figuras de sociedad. Los perseguiría el resto de su vida. Era un yonqui de los famosos, ya fueran Averell, Pamela, Dikembe Mutombo o Angelina Jolie.

Si uno no presta demasiada atención, puede terminar identificando la ambición con la sobria nómina de triunfos y reveses de un político; con la mujer que logra ascender hasta la cima de una organización importante; o con el diplomático que trabaja día y noche sin meter las narices donde no debe. Sin embargo, la ambición no es algo bonito si lo observamos de cerca. Es una cosa animal y de mal gusto, mortificante en los detalles. Impregna las habitaciones de un olor característico. Es un hombre engatusando a una viuda aún enlutada para que lo incluya en la lista de quienes harán un panegírico en el funeral de su marido muerto, y que luego recoloca las tarjetas de la mesa a fin de que le toque el invitado que más le interesa en el convite posterior a la ceremonia. La psique de Holbrooke había mutado y él ya no era capaz de verse a sí mismo como era. Posiblemente le importara todo ya un carajo; el caso es que gracias a Holbrooke podemos regodearnos en contemplar la ambición humana en toda su desnudez.

Si lo seguimos muy de cerca, en especial a partir del momento en que decidió huir de la vida familiar, es posible trazar un vistoso mapa de los círculos concéntricos que entraban en juego en Washington y seguir las interacciones entre vínculos sociales, poder, notoriedad, dinero y sexo. Holbrooke no había obtenido ningún logro importante, pero la gente empezó a hablar de él como si estuviera destinado a hacer grandes cosas. Y, si mientras le seguimos el rastro notamos la necesidad de chascar la lengua reprobatoriamente, como me ocurre a mí en ocasiones, recordemos que en el interior de la mayor parte de las personas sobre las que leemos en los libros de historia hay un niño que se resiste con uñas y dientes a aprender a hacer pis y caca en el inodoro. Si suponemos que lo que ensucian es inseparable de su entendimiento y comprensión, nuestro juicio deberá depender de lo que ambicionan para el futuro, de esa ambición como el centelleo emancipador del desear algo valioso.

El Servicio Diplomático concedió a Holbrooke dos años de excedencia no remunerada para que se dedicara a *Foreign Policy*, pero jamás volvería a recuperar comba como funcionario de carrera ni intentó seguir escalando con gran esfuerzo el escalafón. Se había propuesto jubilarse al terminar la excedencia, en 1974. «Quizá vuelva algún día —le dijo a Wisner—, aunque querría un cargo explícitamente político. Tendría que ser algún puesto relacionado con el diseño de políticas, con los demócratas». El Servicio Diplomático, en efecto, se las pintaba solo para perder talentos a raudales y también para promover la mediocridad. Holbrooke y Lake, luminarias de la promoción de 1962, ya no estaban.

La guerra no había terminado y ellos no habían terminado con la guerra. Jamás lo conseguirían. Holbrooke, Lake y toda su generación entraron en el gobierno durante lo que podría definirse como la última hora de la mañana del poder estadounidense. Ocurrió entonces que esa mañana dio paso a la tarde y a la noche muy rápido, y ellos se pasaron una década entera tratando de encontrar el camino en la oscuridad. Ingresaron en el cuerpo como creyentes y Vietnam puso patas arriba todas y cada una de sus verdades preconcebidas sobre lo que significaba servir a Estados Unidos. ¿Cómo iban a surgir otro Acheson u otro Kennan, si el país decaía? Eran todavía *insiders* y ni las convicciones ni la ambición les permitirían alejarse de manera voluntaria de

la profesión que habían elegido. Vietnam, sin embargo, había sido un asunto demasiado importante para seguir adelante como si nada.

Llevarían consigo el estigma de haber trabajado sobre el terreno en la primera guerra perdida por Estados Unidos. El peligro no procedía de las palomas, que nunca ganaron mucho poder, sino de los halcones, que los culparían de haber apuñalado a Estados Unidos por la espalda. Holbrooke y sus amigos no obtuvieron nada de Washington por haber hecho frente a la verdad de la guerra. Vietnam les colgó el sambenito de «blandos», y daba igual que los halcones se hubiesen equivocado de medio a medio: en el gobierno, esa etiqueta podía acabar con uno. La ciudadanía vietnamita había quedado horrorizada, marcada por aquella experiencia atávica; muchos estuvieron emocionalmente lisiados de por vida. Holbrooke se pasó el resto de su existencia recalcando que la guerra de Vietnam no la perdieron los periodistas, ni los demócratas del Congreso, ni el movimiento pacifista ni los *insiders* como él: «La guerra se perdió en los arrozales de Indochina»[19].

Trató de abrirse paso entre sus recuerdos de la guerra volcándose en la literatura. En Princeton escribió su experiencia en Vietnam; eran crónicas rebosantes de vida, pero poco concluyentes. En Marruecos se le ocurrieron varios títulos para los capítulos de un potencial libro sobre temas clave relacionados con la guerra que jamás escribió («Mentir fuera», «Mentir dentro», «La pacificación: teoría frente a práctica», «Estadounidenses en Asia: Lansdale — El americano feo — El americano impasible»). Publicó artículos en el *New York Times*, en el *Washington Post* y en su propia revista, titulados «La máquina que falla»[20], «Mentir un poco puede llevarte muy lejos[21]» o «Patrones implacables de nuestra pesadilla vietnamita»[22], en los que trató los efectos destructivos de la mendacidad oficial y la atrofiada burocracia, y contó también cómo los funcionarios del Servicio Diplomático de su generación habían cedido a sutiles corruptelas tras años de trabajo en Vietnam. «La disensión exigía un valor poco habitual —aseveraba—, así que poco a poco terminó desapareciendo, salvo entre unos pocos hombres fuertes.»[23].

Se nota su aversión a sonar moralista o asustadizo. Reflexionaba con meridiana claridad, pero amordazaba las emociones. Vietnam era una amenaza contra el corazón de su misión vital, inextricable del proyecto general de un orden mundial liderado por Estados Unidos. La tarea de

devolver la fuerza tanto a su misión como al proyecto estadounidense exigía un cuidado exquisito.

Gelb, quien había empezado a trabajar para el *New York Times*, escribió un extenso artículo para *Foreign Policy*, que más tarde amplió y publicó como ensayo con el título *The Irony of Vietnam: The System Worked* («La ironía de Vietnam: el sistema funcionaba»[24]). En él, argumentaba que el desastre no era un accidente ni una perversión de la política exterior estadounidense, sino el resultado de un cuarto de siglo de consenso oficial en torno a una premisa: Vietnam del Sur no podía caer en manos del comunismo. Estados Unidos se había metido, a base de convicción, en una guerra innecesaria. La tarea radicaba en entender cuál fue el error primigenio, por qué no se pensó de manera crítica sobre los auténticos intereses estratégicos estadounidenses. John Negroponte, quien se quedó trabajando en el Servicio Diplomático y reemplazó a Lake como asistente de Kissinger en Vietnam, no tenía libertad para escribir, pero entregó información detallada sobre las negociaciones de Kissinger con Hanói antes de las elecciones de 1972 —el cómo se vendió secretamente el acuerdo de paz a los sudvietnamitas— al periodista Tad Szulc, quien escribió el artículo más extenso e importante de los aparecidos en *Foreign Policy* cuando lo dirigía Holbrooke[25]. Kissinger, como represalia, castigó a Negroponte con el puesto de cónsul general en Tesalónica.

De todos los amigos de Holbrooke, Lake —el buen soldado, el asistente que eludía a la prensa— fue uno de los más convencidos a la hora de replantearse el poder estadounidense. Vietnam lo había dejado malherido: sus personalísimas reflexiones sobre la guerra rezumaban angustia. Desde las páginas de *Foreign Policy*, él y Roger Morris, quien había dimitido a la vez que él a cuenta de Camboya, tildaban la política exterior estadounidense de anodina e indiferente a las consecuencias para los seres humanos, y resaltaban la importancia del factor humano en los estadistas. En el seno del gobierno, cualquier mención al abrumador sufrimiento en Vietnam se interpretaba como una pérdida de «eficacia» o, incluso, de control. «Recordamos con más claridad de la que querríamos —escriben los autores— la quietud alfombrada de esos despachos gubernamentales donde se redactaron algunos de los primeros Papeles del Pentágono. El eficaz *stacatto* de las máquinas de escribir; la blancura aséptica de los memorandos de pulcros márgenes; los

afables, autoritarios y muy sofisticados señores que los redactaron: todo ello conformaba un mundo espiritual y geográfico que nada tenía que ver con los montones de cuerpos en descomposición en una zanja a las afueras de Huế ni con las aldeas bombardeadas en Laos, ni con el ala de quemados del hospital infantil de Saigón, ni siquiera con un cementerio o un hospital de veteranos en nuestro país[26]».

Holbrooke jamás se permitió hablar así. Él nunca miraba hacia dentro. Como siempre, siguió manteniendo la vista hacia delante.

La muerte de John Campbell le cambió la vida. Los despachos de *Foreign Policy*, ubicados en el Carnegie Endowment for International Peace, cerca del Dupont Circle, le brindaron un lugar de excepción donde resguardarse del chaparrón de poder republicano en Washington que, a la vez, lo erigía en árbitro de la opinión política. Pidió artículos a Harriman y a Zbigniew Brzezinski, y rechazó otros de George McGovern. Tenía el poder de espolear o poner trabas a las esperanzas profesionales de periodistas más jóvenes que no lograban ver sus artículos publicados en *Foreign Affairs*, una revista más densa en sus contenidos, portavoz del poder que se había vuelto tan aburrido como irrelevante durante los años de Vietnam (en un número, por ejemplo, apareció un artículo titulado: «Japón: la vista puesta en 1970», seguido por otro artículo titulado: «Japón más allá de 1970»). *Foreign Policy* estaba pensada para guardarse enrollada en el bolsillo de la chaqueta y no para dejarla sobre la mesa del café; era una revista seria, pero no aburrida. Se lanzó con la premisa de que la posguerra estadounidense había llegado a su fin, debido a la guerra de Vietnam.

En mayo de 1972, como mostrando que no quedaban resentimiento alguno entre ellos, Holbrooke y Lake firmaron un artículo en la página de opinión del *Washington Post* en que criticaban la decisión de Nixon de bombardear Hanói y sembrar de minas el puerto de Hai Pong durante una ofensiva de Vietnam del Norte. Ya no jugaban al tenis, rara vez quedaban a almorzar y cuando aparecían juntos en eventos públicos, sus amigos percibían mucha tensión. Sin embargo, la relación profesional no se interrumpió. Lake escribió artículos sobre la guerra para *Foreign Policy* y Holbrooke, un capítulo para un libro que Lake editaría sobre el legado de Vietnam y, además, ayudó a este a convertirse en director de los International Voluntary

Services cuando la campaña de Muskie se vino abajo, aunque entonces nadie se enteró de eso.

Holbrooke era un soltero en Washington. Y 1972 fue un año bastante lúbrico: fue el año de *Garganta profunda* y también de Garganta Profunda. En la Convención Nacional Demócrata, celebrada en Miami Beach, Jack Nicholson y Julie Christie inhalaban gas de la risa con los periodistas y representantes de actores, y todo el mundo se acostaba con todo el mundo. Los Harriman también estaban allí, aunque por orgullo no lo contaron a nadie: tras el fiasco entre bambalinas de la Convención Demócrata de Chicago, se habían reescrito los reglamentos del partido y en esa ocasión Averell tuvo que hacer campaña puerta a puerta con Pamela por los pueblos del estado de Nueva York para ganarse el puesto de delegado demócrata. El gran hombre perdió, de todas formas, contra la lista de George McGovern. Los demócratas estaban tan desorganizados que McGovern pronunció su discurso de aceptación del cargo a las dos y media de la mañana, tras presentar una protesta porque el candidato a la vicepresidencia había sido tratado con terapia de electrochoque por depresión.

Holbrooke también se encontraba en Miami Beach, aunque guardaba las distancias con la campaña excesivamente izquierdista de McGovern. También se hallaba allí una joven pareja: George y Anne Crile.

Anne, de veintidós años, era hija de la esposa del periodista Joe Alsop, Susan Mary, y tenía los ojos verdes, los labios del rojo de los tulipanes, una luminosa sonrisa y unos modales más bien displicentes. Era la mejor amiga de la hermana de Frank Wisner. George Crile III era periodista y provenía de una ilustre familia de médicos de Cleveland. Mujeriego y muy apuesto, podía quitarle la novia a uno delante de sus narices, y sin rencores, pues tenía la virtud de hacer que cualquiera se sintiera la persona más interesante del planeta. Fue así como Crile conoció a Tobias Wolff, quien se convertiría en su mejor amigo. En 1972, George y Anne vivían en el lado más feo de Dupont Circle junto con Wolff, que había salido del ejército y estaba trabajando con el *Washington Post*, cubriendo la labor policial en el turno de noche. Los Crile estaban sufriendo los problemas esperables.

Anne supo de Holbrooke en el hogar del periodista Joe Alsop en Georgetown y lo trató también jugando al tenis a dobles en la casa de vacaciones que el hermano de este, Stewart, tenía en Maryland. Un día,

Holbrooke vio a Anne pasar como un soplo de brisa por el salón de los Alsop. Ese vistazo le bastó. Aquel verano decidió abordarla, cuando ambos estaban a punto de separarse de sus respectivas parejas. Para despistar a George, Holbrooke le insinuó que era Wolff quien rondaba a la que aún era su esposa. No era cierto, y aquello estuvo a punto de terminar con la amistad entre Wolff y Crile.

Holbrooke y Anne tuvieron una aventura. El atractivo que él veía en ella era evidente, incluido el vínculo con los Alsop. ¡Era descendiente de John Jay, el primer presidente del Tribunal Supremo estadounidense! ¿Qué vio ella en él, que era diez años mayor y con dos hijos? Desde los días de Vietnam había engordado, su rostro era menos anguloso y tenía una alborotada mata de pelo largo y rizado. En 1962, era un niño que parecía un hombre; en 1972, un hombre aniñado. Había en él cierto desaliño, pero cuando miraba a las mujeres con todo el poder de sus ojos azul hielo, adornados con su franca y jovial inteligencia, estas se sentían vistas y reconocidas, y atraídas por él. Eso fue lo que descubrió en 1972 y, con ello, todas las alucinantes posibilidades que ofrecía el sexo. Si llevas siendo un empollón treinta y un años, se trata de un descubrimiento importante. Era un amante atento, sin filias peculiares. Le gustaban las mujeres y compartía con ellas cosas que jamás habría compartido con sus amigos íntimos.

«Me enamoré de la esposa de mi mejor amigo», le confesó en una ocasión a Anne; en otra, habló con melancolía de sus hijos. Su culpa era una herida que en ocasiones lamía y lo volvía vulnerable. Anne no tenía ningún interés en ocuparse de las inseguridades de un hombre ya en la treintena, así que mantuvo las distancias.

A principios de la primavera de 1973, se fueron a pasar el fin de semana a una cabaña en las afueras de Harper’s Ferry y él le propuso matrimonio durante un picnic. Anne se quedó de piedra: entre otras circunstancias, ambos estaban casados. Así era como se comportaba un hombre que había echado a perder su vida.

La chica no tenía palabras.

—¿Dónde te ves dentro de cinco años? —le preguntó ella.

—Voy a ser el próximo Henry Kissinger —le contestó él.

Anne había conocido a Kissinger en una cena en casa de sus padres y lo consideraba un imbécil pomposo. Aquel fue el final de su aventura con

Holbrooke. Volvió con George Crile, aunque el matrimonio no duró mucho.

Hubo otras novias. Tras Anne, la más importante fue una fotógrafa británica que no llegaba a los treinta, Gail Malcolm. Tenía el pelo castaño y pecas, llevaba sombreros algo estrafalarios y vestía las emociones a flor de piel. No usaba maquillaje ni corazas de ningún tipo. Holbrooke la vio una noche en una fiesta y fue directo a presentarse.

—Ah, he conocido a tu esposa —le dijo Gail. Le habían presentado a Litty la semana anterior, en un almuerzo durante el cual gran parte de la charla había girado en torno a Dick.

—Empezamos mal —replicó él—. ¿Por qué no lo intentas de nuevo?

Antes de salir de la fiesta, le puso un papel en la mano.

Dick Holbrooke
797-8405
Llámame.

Esa noche volvieron a encontrarse en otra fiesta, más tarde. Gail se había metido en la bañera vacía completamente vestida, cuando de repente entró Holbrooke. «¿Puedo acompañarte?», le preguntó. Después bailaron y Gail tuvo la sensación de que aquel hombre le iba como un guante. Holbrooke estaba cuidándole la casa al periodista británico William Shawcross, un apartamento junto al Capitolio. Gail no tenía un techo bajo el que vivir, iba mudándose de casa en casa de sus amigos: todo en su vida estaba en el aire.

Unas noches después, Holbrooke la invitó a cenar. Hablaron de sus respectivos pasados y resultó que ella acababa de romper con George Crile. A veces me imagino el Washington de aquellos años como una telaraña de relaciones entretejidas por el deseo, y a Holbrooke en su centro, con sus largos brazos totalmente extendidos.

En el apartamento de Shawcross él dio un paso adelante.

—Este no es el momento ni el lugar —se excusó Gail.

—¿Arriba dentro de diez minutos te vendría bien? —replicó él.

Tan seductora como la confianza de Holbrooke resultaba la advertencia de una amiga que había estado presente en el almuerzo donde Gail conoció a Litty: «Hagas lo que hagas, no te líes con él. Es divertido, pero mantén las distancias». Se embarcaron en una de esas relaciones sin compromiso tan

propia de los años setenta y en las que los sentimientos siempre salían heridos.

Gail encontró una casa de dos pisos para Holbrooke en la calle Corcoran, cerca del Dupont Circle, y le preguntó si podía guardar sus cosas allí. Holbrooke se quedaba en la cama hasta las diez y luego ponía rumbo a las oficinas de *Foreign Policy*. Estaba tomándose un descanso en el afán por ascender —que no duraría para siempre, advirtió— y aprovechó para ir con Gail a ver *American Graffiti*; luego bailaron como adolescentes por Wisconsin Avenue. Se pasó una hora explicándole la guerra de Yom Kipur, y leyó *Miedo a volar*, porque Gail dijo que describía muy bien cómo se sentía ella. Gail le aseguró que era capaz de distinguir a un inglés en cualquier momento y lugar, y Holbrooke se acercó a unos desconocidos que ella identificó como tales y se puso a hacerles preguntas al azar para oír su acento.

Holbrooke le decía a Gail que el sexo era para él un bonus, un crédito extra, la guinda sobre la tarta de la vida y sus maravillosos sabores. Ella le replicó que su vivencia sexual había estado protagonizada por una ristra de hombres desastrosos. Holbrooke sabía cómo hacerla reír y no lo avergonzaba llorar en presencia de ella. Nunca mencionó a sus padres, simulaba no conocer apenas a su exmujer, a Litty, e incluso Vietnam había desaparecido de su vida. Él no miraba atrás y ella no lo presionaba. Era la compañera perfecta para una temporada de relajación. «Solo quiero estar a tu lado —le decía él— Contigo me siento en paz».

En una ocasión, asistieron juntos a una fiesta en la que Holbrooke se encontró con el consejero político Clark Clifford nada más entrar[27]. Gail no tenía ni idea de quién era aquel hombre de pelo plateado del sofá, pero por la emoción, torpemente disimulada, que advirtió en Holbrooke imaginó que debía de tratarse de alguien importante. Holbrooke quiso presentarla y, mientras charlaban, Clifford dedicó toda su atención a ella, expresando un interés genuino en sus opiniones, sin mirarla una sola vez por encima del hombro. Tal vez fuera su manera particular de mostrarse ambicioso, algo que explicaría en parte por qué llegó a asesorar a cuatro presidentes estadounidenses. Más tarde, Gail confesó a Holbrooke que «el señor Clark» la había impresionado.

Holbrooke la miró. «¿Cómo lo hace? ¿Cómo lo hace? Lo pregunto en serio».

La pareja no tenía futuro. A ella no le interesaba el trabajo de él y además deseaba tener hijos, pero no quería a Holbrooke como padre, habida cuenta de cómo había criado a los suyos. De todos modos, él se negaba rotundamente a tener más. Litty estaba muy ocupada: aparte de la custodia exclusiva de los niños, trabajaba en la Comisión Federal de Comercio y estudiaba derecho en el turno de noche. Le resultó más fácil llegar a un entendimiento con Gail al respecto de las visitas de los niños a su padre que negociar directamente con este. La visita de fin de semana quedaría reducida a un día, siempre a la conveniencia de él. Por lo general, Holbrooke iba a visitar a los Gelb y los Wolff, que también tenían niños, y se desentendía de los suyos, o los llevaba a la piscina de los Harriman y mientras se bañaban él se pasaba la tarde charlando con Averell. Cuando se quedaban en casa, él se enfrascaba en la lectura de la revista *Time* al tiempo que los chicos trataban de llamar su atención con mayor desespero cada vez. «Dedícales una hora —le pidió Gail —. Treinta minutos, aunque sea. Te sentará bien». Ella les hizo unas fotos muy bonitas a David y Anthony, donde los chicos aparecen abrazándola a ella en vez de a él.

Dick y Gail se distanciaban y luego volvían a acercarse, y entretanto él se veía con otras mujeres. En un viaje a Berlín, a finales de 1975, le escribió: «Ahora mismo, y por lo menos durante un año más, estaré dejándome llevar por la vida. No paro de viajar, estoy conociendo a una cantidad asombrosa de mujeres atractivas y, en general, lo paso bien». Mencionó a algunas de ellas y dijo a Gail que no podía prometerle nada. «Tal vez nos hallemos ante el caso inquietante de alguien que sí que puede estar al plato y a las tajadas. ¿Soy demasiado codicioso a la hora de buscar mi propio bien? Tal vez; es un juicio de valor que dejo a los demás. ¿Es esto una etapa? Tal vez; el tiempo lo dirá. ¿Debo seguir adelante con ello? Por el momento, sí. En cualquier caso, trato de no hacer daño a nadie, especialmente a ti**[28]**».

Los amigos de Holbrooke pensaban que la trataba con desvergüenza.

—¿Cómo se lo permites? —le preguntó una vez Genevieve Wisner.

—Porque no me impone nunca nada —le respondió Gail.

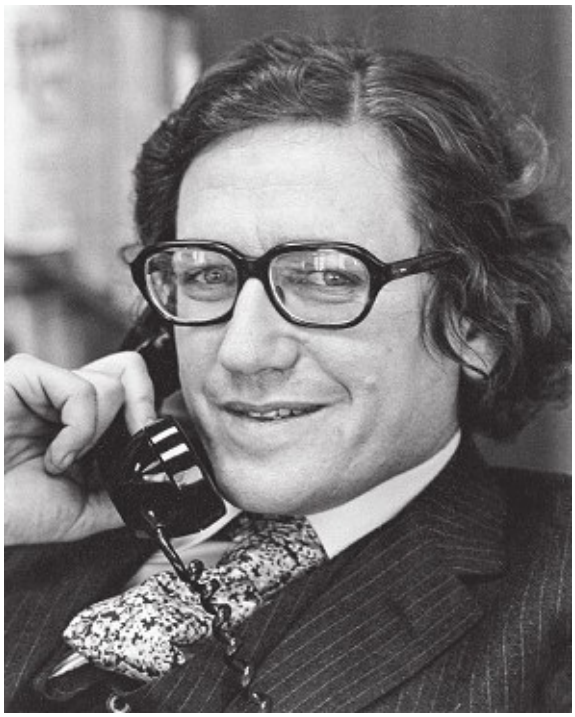
Incluso Holbrooke le preguntó en una ocasión: «¿Por qué no te proteges más?». Gail intentó romper con él varias veces, pero él siempre terminaba rogándole que no se marchara. El rechazo le resultaba intolerable. Si se separasen, sería él quien diera el paso.

El final llegó en el otoño de 1975, y se materializó en la piel de un tono canela, la pequeña estatura, figura curvilínea e ímpetu inteligente de una realizadora de internacional de un informativo de la televisión pública, llamada Blythe Babyak[29]. Tenía veintitrés años y acababa de graduarse en Yale con honores en una de las primeras promociones en que pudieron estudiar mujeres. Blythe lo abordó para una entrevista y terminó formalizando una cita, durante la cual compitieron por demostrar quién conocía mejor el libro de Kissinger sobre la Alianza Atlántica. ¿Pueden los lectores imaginar una mayor emoción para Holbrooke? Blythe aunaba inteligencia, ambición y sexo en un plato combinado que, simplemente, era demasiado para él. En una cena en casa de los Harriman, ella coqueteó con Clark Clifford, sentada en el brazo de su silla. En los picnics, usaba biquinis escuetos que enfurecían a las esposas de sus amigos. Esquiando en Vermont, Holbrooke suspiraba por ella tan mundanamente —«Ay, qué buena es Blythe en la cama… ¿Por qué no contesta el teléfono? ¿Crees que debería escribirle una carta?»— que Geoffrey Wolff y Pete Dawkins casi lo tiran del telesilla.

Blythe vivía en Nueva York y viajaba a Washington para ver a Holbrooke y poner a trabajar sus contactos en busca de perspectivas profesionales en el periodismo televisivo. Eso también atraía a Holbrooke. Declinaba ya la era de oro de los grandes periódicos estadounidenses y tanto los columnistas de su última juventud (Reston y Alsop), como los heroicos reporteros de su veintena (Halberstam y Sheehan), se veían desplazados por estrellas televisivas (Barbara Walters, Mike Wallace) que cubrían la actualidad política como si se tratase de puro entretenimiento. Holbrooke quería aprender a surfear la ola. Blythe y él se miraban uno a otro y veían atractivas oportunidades.

Blythe era demasiado astuta para tolerar a Gail, la medio novia de Holbrooke. En una visita de fin de semana a la calle Corcoran, Blythe le pidió a Gail que desapareciera, y luego escribió a Holbrooke exigiéndole que él hiciera también algo al respecto. Llegado el verano de 1976, Holbrooke y Gail habían roto. En una carta de despedida, ella le confesó que lo amaba. «¿Por qué no lo dijiste antes?», se preguntó él, como responsabilizando a Gail de que Blythe se hubiera llevado el gato al agua. Holbrooke, en cualquier caso, estaba preparándose para la siguiente etapa, y esperaba una oportunidad para reanudar su particular ascenso en compañía. Aquella inglesa apolítica

con un talento especial para la fotografía, cuya bondad le había conmovido en lo más hondo, no era la compañera ideal para esa escalada.



Richard Holbrooke al teléfono en la redacción de la revista *Foreign Policy* en Washington. Cortesía de Gail Malcolm.

A finales del otoño, Holbrooke pidió a Gail que fuera a verlo a la calle Corcoran. Ella se había comprometido con Mark Lynch, abogado de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles y trabajador civil en Vietnam que representaba a Lake en su demanda contra Kissinger. Holbrooke estaba muy nervioso, le temblaban las manos. Quería decirle una cosa, pero no se atrevía.

Holbrooke y Blythe se casaron en Nueva York el día de Año Nuevo de 1977, en una capilla de la catedral episcopaliana de San Juan el Divino, donde hasta un cuáquero judío podía imaginarse haciéndose un hueco en la élite WASP. El obispo Paul Moore, esposo de la viuda de John Campbell, Brenda, ofició la ceremonia ataviado de mitra y casulla. Advirtió a la pareja de que no se tomaran el matrimonio a la ligera. Asistieron cuatro o cinco personas, una de ellas Frank Wisner. «Eres mi único amigo episcopaliano del círculo WASP —le había dicho Holbrooke—. ¿Quieres ser mi padrino?». Wisner pensaba que Holbrooke debía haberse casado con Gail. Tras perder a su esposa Genevieve a causa de un tumor cerebral, Frank se refugió en Holbrooke, que lo apoyó en cuanto pudo. A Wisner le preocupaba tanto conservar su amistad

que se guardó mucho de hacerle saber su opinión: a sus ojos, casarse con Blythe era una pésima idea.

De todas formas, de habérselo hecho saber Holbrooke no le habría hecho ningún caso. Su nuevo jefe, Jimmy Carter, había dejado claro que ninguno de sus mejores subordinados podía vivir en concubinato.

Apretar los dientes

¿Cómo pudo un funcionario no demasiado conocido de treinta y cinco años convertirse en un alto cargo del Imperio estadounidense, secretario de Estado adjunto para Extremo Oriente y el Pacífico, el puesto que Harriman ocupó a los setenta años —y Rusk antes que él— y que lo llevaría a trabajar en un vasto territorio que se extendía desde Corea hasta Australia, desde los bosques de teca de Birmania hasta los estados-isla de la Polinesia, con la larga sombra de China cerniéndose por doquier? ¿Cómo se ganó un sitio en la mesa de los mayores, la de la Sala de Crisis; cómo creció hasta tal punto que el principal consejero del presidente se empecinó en destruirlo? No sé qué estarían haciendo los lectores mediada la treintena, pero yo no me dedicaba a tender relaciones diplomáticas simultáneamente entre dos antiguos enemigos de Estados Unidos. Holbrooke tuvo en su mano aliviar el sufrimiento humano, hacer oídos sordos a él o agudizarlo, todo ello en nombre del interés nacional. Justo eso es lo que significa ser estadista.

En ocasiones aquello le ponía histérico. Seguía doliéndose de sus heridas aún abiertas. La historia merece la pena contarse. Si la observamos muy de cerca, nos daremos cuenta de cómo se comporta el poder cuando, usando un símil selvático, campa por debajo de las tupidas copas de los árboles, donde animales plenamente expuestos, con los cuartos traseros al aire, intentan trepar hasta las ramas más altas, y llegan a tenerlas tan cerca que pierden el control en la lucha por sacar ventaja al contrario.

Situémonos en el 30 de abril de 1975. Holbrooke había comido con Halberstam y Gelb. Era el último día de la guerra de Vietnam. En el Centro de Operaciones del Departamento de Estado, Wisner y otros coordinaban un cuerpo especial de emergencia para rescatar a los vietnamitas que se habían jugado la vida por Estados Unidos. Algunos de ellos lograron subirse a los últimos helicópteros que salían de Saigón, pero la mayoría no. El final de Vietnam del Sur llegó de manera tan violenta y rápida que pilló por sorpresa

incluso a Holbrooke, que llevaba tiempo esperándolo. Se sentó con su cuaderno de espiral y trató de resumir la guerra que lo había formado como persona:

> Era una mezcolanza muy curiosa de gran idealismo y estupidez, de engaño y autoengaño, de heroísmo conmovedor e inexcusable crueldad. Durante largo tiempo, intenté separar esas vetas contradictorias entre sí, con ánimo de comprender algunas cosas que parecían tener sentido y otras que no. Quería dilucidar si había manera de que de aquel caos emergiese algo bueno. En última instancia, todo parecía reducirse a una única verdad terrible: aquel no era nuestro sitio. No pintábamos nada allí, haciendo todas aquellas cosas, ni siquiera las positivas[1].

En la primavera de 1975, la izquierda culposa y la derecha maniquea convergieron en una conclusión común: la guerra había debilitado fatalmente a Estados Unidos. Henry Kissinger, secretario de Estado de Gerald Ford, lo formuló afirmando que la caída de Saigón había sido un tremendo golpe a la credibilidad estadounidense. La pérdida de Indochina convirtió a Kissinger en un profeta del declive norteamericano.

Holbrooke estaba obsesionado con Kissinger. Él no era un pensador estratégico de ese nivel, y por eso admiraba su brillantez y envidiaba su poder y su fama. No obstante, también lo despreciaba. Holbrooke llegó a decir en público: «Es el diplomático y negociador de más éxito de la historia estadounidense, pero también uno de los altos cargos más taimados del país. […] Se trata de un hombre que desde su posición podría hacer cosas para reducir el sufrimiento humano, pero que a menudo, o no ha hecho nada, o ha empeorado la situación»[2].

En petit comité tildaba a Kissinger de mentiroso y lo consideraba un hombre amoral y sumamente cínico, con una reputación inflada y que, si bien no había cometido delitos, había contribuido a la cultura del Watergate al espiar a sus propios asistentes[3]. Los Acuerdos de París de 1973, firmados cuando el conflicto ya se había propagado a toda Indochina, y por los que Kissinger recibió el Nobel de la Paz, fueron básicamente los mismos que Holbrooke y sus colegas habían propuesto en esa misma ciudad en 1968, cinco años y cientos de miles de muertos antes. Tras la ceremonia de la firma, Kissinger perdió el interés en Vietnam. «Queremos que pase un tiempo decente» garabateó Kissinger en un cuaderno de notas, refiriéndose a un periodo de gracia de dos o tres años entre la retirada estadounidense y la victoria comunista, para que el abandono del país quedara disimulado[4]. «Como es obvio, ese tiempo no tiene nada de decente —ironizó Holbrooke

ante su amigo Neil Sheehan después de la guerra—. Es más bien un tiempo indecente. Probablemente no le haya dedicado ni un pensamiento y, desde luego, es incapaz de imaginarse las dimensiones de la catástrofe[5]».

La opinión que Kissinger tenía de Holbrooke era igualmente cínica. «Soy un experto en Holbrooke —decía a sus máximos ayudantes en el Departamento de Estado—. Fue mi principal fuente de información del departamento cuando me nombraron consejero del presidente. Durante el último periodo de transición, me filtraba información a diario[6]». Y añadía: «Hay que reconocer que Holbrooke al menos ha alcanzado un nivel mínimo de inteligencia, pero es el personaje más viperino que conozco en esta ciudad». Eso no es poca cosa, viniendo de alguien como Kissinger.

Holbrooke no veía la caída de Saigón como un paso de gigante hacia el declive de Estados Unidos. El final de la guerra llegó casi como un alivio para él, y le allanó el camino para ocupar un lugar auténticamente propio en la administración de la *Pax Americana*. Estados Unidos seguía siendo el país más poderoso del mundo desde los puntos de vista económico, político, militar y cultural. Lo aquejaba, no obstante, el descreimiento: algunos malos líderes y los quince años marcados por Vietnam y el Watergate habían degradado los valores nacionales. En la nueva era, con un liderazgo renovado y mejor, Estados Unidos podría aparcar su papel «seudocolonial» en Asia y restaurar su posición sin tener que recurrir a los B-52[7].

Holbrooke encargó artículos para *Foreign Policy* sobre recursos naturales, economía mundial, derechos humanos y medio ambiente: asuntos transnacionales de los considerados «blandos», que no interesaban a un estudioso de las políticas de poder como Kissinger. La teoría del dominó había muerto, la de la contención había pasado de moda y la guerra fría no encajaba demasiado bien en el pensamiento de Holbrooke. Desde las páginas de la *New York Times Magazine*, llegó a sugerir la retirada de las tropas estadounidenses de Corea del Sur. Además, en su propia publicación escribió:

> Poseemos aún, además de la gran cantidad de elementos de poder mensurables ya mencionados, una fuerza descomunal que no podemos usar hoy, pero que espero que vuelva a formar parte de nuestro «arsenal» en algún momento: me refiero a la fundamental fuerza moral que se desprende de los principios de nuestro sistema de gobierno. Una fuerza erosionada en años recientes por dirigentes que al parecer no creían en dichos principios[8].

Vietnam polarizó la política exterior estadounidense entre palomas y halcones extremos. Pocos volvieron de la guerra como Holbrooke, predicando

el internacionalismo progresista de sus héroes de la era Truman.

Publicar artículos de pensamiento era una manera de posicionare para volver al terreno de juego. Otra manera fue acompañar al senador Walter Mondale, de Minnesota, en un viaje de alto nivel a Oriente Próximo y Europa. Otra más, participar en el tipo de eventos de las élites globales por la paz mundial y el libre mercado —la Comisión Trilateral, el Grupo Bilderberg, el Consejo de Relaciones Internacionales—, los cuales daban a los participantes la posibilidad de conocer a las personas adecuadas y engalanar sus reputaciones, sembrando en quienes se quedaban fuera resentidas fantasías paranoides. Cuantos participan en este tipo de grupos sabe qué se traen los demás entre manos y todo el mundo acepta las reglas del juego.

Transcurrido un mes desde la caída de Saigón, la Comisión Trilateral celebraba su congreso anual en Kioto. Estaba dirigida por un politólogo de Columbia llamado Zbigniew Brzezinski, un envarado inmigrante polaco de rasgos angulosos. Formaba parte del consejo editorial de *Foreign Policy* y había cabreado a Holbrooke al vender un artículo, que había prometido a su propia revista, a la rival *Foreign Affairs*[9]. Brzezinski se dedicó a hacer contactos como un loco en Kioto: se encontraba allí el gobernador del estado de Georgia, a quien Brzezinski y David Rockefeller habían fichado y que terminaría convirtiendo al primero en su Kissinger personal.

Fue en Kioto donde Holbrooke habló por primera vez con Jimmy Carter. Este se había planteado presentarse a la presidencia en un futuro y usaba la Trilateral para sacar brillo a sus credenciales en política exterior. Holbrooke mantenía un compromiso vago con Sargent Shriver, que pretendía utilizar como trampolín para un compromiso aún mayor con el cuñado de este, Ted Kennedy. En enero de 1976, fue invitado en Washington a una cena con Carter a la que también acudirían otros diez nombres de importancia. Carter se mostró decidido, reflexivo y en absoluto intimidado entre aquellos pesos pesados de la política. Sus opiniones se acercaban bastante a las de Holbrooke, pero la atracción mutua era más bien instintiva: como hombre sureño y blanco de posturas moderadas, Carter gustaba a diversas facciones del Partido Demócrata y parecía capaz de hacerlas converger. Poseía el liderazgo moral que Holbrooke juzgaba necesario para ventilar el tufo de los años Johnson-Nixon-Kissinger. Carter era casi virgen en todo lo relacionado

con Vietnam y no se había posicionado al respecto. Era el hombre nuevo que el país necesitaba, y podía ganar. Cuando Carter pidió el respaldo de los comensales, Holbrooke se sumó sin dudarlo.

En ese momento, Carter contaba con el apoyo del cuatro por ciento de los votantes demócratas. A Gelb, que había coincidido con él en un vuelo desde Indiana a Georgia, le pareció un tipo endeble. Pensó que Holbrooke estaba loco, pero el olfato político de este rara vez fallaba. Dos meses después, Holbrooke ayudó a Polly Wisner a preparar una multitudinaria y lujosa cena para Carter en la calle P.[10] Este se presentaba por fin a la carrera presidencial enfrentándose, por decirlo así, a casi todo Georgetown. El nuevo marido de Polly, un periodista llamado Clayton Fritchey, brindó por él: «Gobernador, va usted a darse cuenta de que esta no es una ciudad tan horrible». Holbrooke se convirtió en uno de los principales contactos de Carter con Washington y con la vaca sagrada de Georgetown, Averell Harriman, que se sentía indignado por ni siquiera conocer a aquel candidato demócrata[11].

La otra labor necesaria era redactar informes de campaña. En marzo, Holbrooke empezó a enviar a Carter un flujo constante de notas con consejos y advertencias. Le explicó por escrito que los consejeros presidenciales, desde Bundy a Kissinger, habían amasado un poder desmedido en la Casa Blanca. El Departamento de Estado debería desempeñar un papel fundamental en la gestión de la política exterior, y el presidente tendría que escoger a sus asesores por la capacidad para trabajar en equipo y no por su brillantez personal, como los Celtics de Bill Russell. Tras recibir uno de esos informes, Carter contestó a Holbrooke para darle las gracias en su empalagoso estilo confesional, tan del gusto del populismo meloso de mediados de los setenta: «P. D.: ¡Me siento la mar de a gusto con usted! J.»[12].

En mayo, Holbrooke entró a formar parte del grupo de trabajo sobre política exterior de Carter. A finales de julio, tras la Convención de Nueva York (coincidiendo más o menos con el momento en que dejó a Gail por Blythe), Holbrooke voló al cuartel general de la campaña, en Atlanta, y fue investido coordinador de política exterior del candidato. Lake acudió tras el día del Trabajo, celebrado en Estados Unidos el 5 de septiembre, para poner orden en los papeles del personal de campaña para el periodo de transición.

Holbrooke afirmaba haberle encontrado él ese puesto, pero resultó que en realidad había sido Cyrus Vance.

Holbrooke envió al candidato un último informe antes de las elecciones, en el que le daba las gracias por la oportunidad, recordándole el apoyo que le había brindado desde el principio, recordándole el consejo de elegir a jugadores que hicieran equipo y resumiendo su carrera: Vietnam, Washington, París, Marruecos. «Considero mi experiencia mayor que la de cualquier otro, con alguna excepción, en los ámbitos de política exterior y defensa, a día de hoy. Si encontrase en ella algo que le fuera valioso, considérelo a su disposición en cualquier momento[13]» El 15 de noviembre, el presidente electro Carter contestó a ese mensaje con otro que Holbrooke llevaba largo tiempo deseando leer: «Tu trabajo ha sido impecable. Me gustaría contar directamente con tus recomendaciones personales en los asuntos más importantes de mi gobierno»[14]..

El día de Acción de Gracias, Carter llamó desde Plains, en Georgia. Holbrooke estaba en la granja de los Wisner, en el este de Maryland, sentado frente a la chimenea. Fue entonces cuando cometió el error más grave de su corta carrera[15].

Carter enumeró una serie de nombres para su gabinete y pidió a Holbrooke su opinión. Este mostró entusiasmo por todos ellos, especialmente por Vance. Lo conocía bien, pues había sido asistente de Harriman en París en 1968: era un caballero de la moribunda élite WASP que había aprendido casi por instinto a susurrar al oído del poder; era tan discreto y comprometido con el juego limpio que Joe Alsop lo comparaba con un trozo de pan mojado en leche. La catástrofe de Vietnam lo había hecho escorarse desde el respetable centro a la izquierda progresista: se solidarizaba con el sufrimiento de los países del Tercer Mundo, su principio rector era la negociación y quería, ante todo, acelerar el deshielo de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Era el tipo de personaje de la élite que encajaba bien en la visión del mundo pos-Vietnam de Carter.

—No has dicho nada sobre el consejero de Seguridad Nacional —lo provocó Carter, en tono casi jovial—. Ni tampoco de ti mismo.

—Hay un par de personas que podrían hacer ese trabajo en el CSN —dijo Holbrooke. Nombró a unos cuantos, entre ellos a Tony Lake—. Por mi parte, será un honor prestarle servicio en el puesto que usted considere necesario.

Me gustaría mucho trabajar en Asia —continuó—. A lo largo de los últimos treinta años ha sido en Extremo Oriente donde Estados Unidos se ha topado con los escollos más grandes. Nuestras últimas tres guerras empezaron en aquel escenario y, fronteras adentro, ha habido encarnizadas batallas por determinar quién perdió China y Corea, Vietnam y Camboya. Creo que su gobierno sería capaz de marcar un punto de inflexión. Podríamos diseñar de nuevo una política coherente que ponga fin a esto y nos permita ocupar una posición lógica en Asia.

Carter le escuchó y a continuación preguntó:

—¿Qué te parece Zbigniew?

Holbrooke se quedó callado. Brzezinski —hijo de un diplomático polaco que había tenido que huir tanto de los nazis como de los comunistas— era un halcón en todo lo referido a la Unión Soviética. Tenía una visión tan dura como nítida del mundo, que miraba siempre desde el prisma de la guerra fría, que a Holbrooke le parecía en exceso obtuso. Brzezinski le recordaba demasiado a Kissinger: un académico célebre que dominaba el razonamiento abstracto y hablaba el idioma de la *realpolitik* con acento europeo. En su opinión, su ego era tan grande que tenía gravedad propia y atraía toda la política exterior de la Casa Blanca hacia su despacho, aunque solo fuera por competir con el legado de Kissinger. El Departamento de Estado se vería aún más socavado y a Vance se lo comerían vivo.

En lo personal, Brzezinski jamás se convertiría en un jefe benevolente como Harriman, Clifford o Vance, y Holbrooke tampoco podría ser su acólito lisonjero. Eran ya rivales y durante la campaña, Holbrooke había tumbado más de una propuesta suya. Brzezinski era una criatura distinta, criada en la vieja élite de Georgetown. Pertenecía a una nueva generación de profesionales de la política exterior: expertos académicos salidos de universidades y grupos de reflexión, más partisanos, menos seguros de sí, y proclives al enfrentamiento continuo. Se les daba muy bien hacerse publicidad y habían alcanzado el poder aferrándose a los políticos y nadando con ellos hasta donde pudieran llevarlos, como Kissinger hiciera con Nelson Rockefeller y luego con Nixon; como Brzezinski había hecho con Carter.

Holbrooke no expresó estas opiniones a Carter. En su lugar, propuso sin aspavientos que Vance y Brzezinski fueran no tanto los aspirantes Lakers como los Celtics campeones.

—Gobernador, no creo que Vance y Brzezinski formen un buen equipo. Creo que Brzezinski es demasiado combativo y tiene objetivos personales en exceso definidos para ese tipo de trabajo.

Carter se quedó callado y su silencio hizo que a Holbrooke casi se le congelara el teléfono en la mano. Aquello no era lo que el presidente electo quería oír. Holbrooke había dado por sentada cierta intimidad («¡Me siento a gusto contigo!») y cierta disposición a una conversación franca, pero en realidad eso no existía. Carter le dio las gracias y colgó. Hasta ahí llegó la cercanía entre ellos, y Holbrooke perdió la oportunidad de distender su relación con Brzezinski, que terminaría siendo uno de los dos o tres hombres más poderosos del nuevo gobierno y que se confirmó como enemigo acérrimo de Holbrooke.

Una semana después Vance telefoneó a Holbrooke para decirle que Carter le había ofrecido el puesto de secretario de Estado y a Holbrooke, el de secretario de Estado adjunto para Asia, lo que lo convertía en el más joven en ese puesto en la historia del departamento.

—¡Qué buenas noticias, Cy! —exclamó Holbrooke—. ¿Y Brzezinski[16]?

—Le he dicho al presidente electo que puedo trabajar con cualquiera —respondió Vance, fiel a su código.

Tal vez no recuerden los lectores la esperanza que trajo consigo Jimmy Carter. Probablemente les venga a la mente las colas para poner gasolina, los rehenes con los ojos vendados en Irán, la inflación de dos dígitos, las tasas de interés del veinte por ciento o un Carter con chaqueta de punto en Despacho Oval predicando con solemnidad que se bajaran los termostatos, desmayándose por una insolación durante una carrera de diez kilómetros por carretera, o pronunciando en televisión un discurso del «malestar» que en realidad fue el discurso de la «crisis de confianza». A finales de la década de 1970, todo parecía estar afeándose y ajándose: las ciudades, los coches, la música de la radio AM. Carter juró que, a diferencia de sus predecesores, jamás mentiría al pueblo estadounidense y puede decirse que cumplió con su palabra. El pueblo estadounidense, empero, lo rechazó por ello. Fue el último presidente en cometer semejante error.

Aun así, llegó con muchas esperanzas bajo el brazo, una sonrisa dentuda y pelos en las orejas. Fue candidato contra Washington, como ocurriría a todos los candidatos a partir de entonces. Era *tabula rasa*, y prometió la renovación

que los estadounidenses buscan perpetuamente en una república fundada por los nietos de los puritanos: una renovación a través de la política que trascendiese a la política y, por tanto, estaría en última instancia condenada por la política. En 1980, cuando quedaba claro que todo saldría mal, Holbrooke escribió en un cuaderno de notas: «1976. No supe ver a Jimmy Carter con claridad. Me sentía deslumbrado por la proximidad, por su sentido de la oportunidad, por su inteligencia. Pasaba por alto los problemas y los minimizaba»[17].

Tras la boda, celebrada el día de Año Nuevo, Holbrooke y Blythe partieron de luna de miel a Palm Beach. Pasaron allí una semana, la mayor parte del tiempo en la finca que los Harriman tenían en Hobe Sound. Holbrooke dijo a su nuevo asistente especial, Kenneth Quinn, funcionario del Servicio Diplomático que había pasado seis años en el delta del Mekong, que se ocupara en su ausencia de cualquier asunto que exigiera atención[18]. Blythe no quería que los problemas de Washington les estropearan la luna de miel.

Holbrooke juró su cargo oficialmente ante Vance el 31 de marzo en la sala John Quincy Adams, situada en el octavo piso del Departamento de Estado. Esto fue antes de que se redecorasen los pisos superiores, que quedaron como un museo del siglo XVIII de historia estadounidense: muebles y herramientas antiguas, lámparas de araña, retratos. Parecía que en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la superpotencia mundial nadie trabajase en realidad. La sala en que Holbrooke juró su cargo abundaba en la monotonía estética propia de ese funcional edificio construido a mediados de siglo, enmoquetado y con falsos techos de pared a pared. Estuvieron presentes su madre, sus hijos, los Harriman, los Wisner, Clark Clifford, Tony Lake, todos los compañeros de Vietnam, sus amigos periodistas y también John Helble, el asistente de personal que, en 1967, había tenido que aguantarse la risa cuando Holbrooke le dijo durante una entrevista que esperaba ser el secretario de Estado adjunto a los treinta y cinco años[19]. En calidad de máximo responsable en Tailandia y Birmania, a Helble se le exigió ser testigo de cómo su nuevo jefe daba cumplimiento a su augurio.

Holbrooke estaba tan agradecido por ese consejo que le había regalado Helble diez años antes (a saber, que dejase el Servicio Diplomático) que le ofreció un puesto de embajador. Helble, no obstante, era un tipo fiel al

escalafón y no quería ser ascendido a un rango superior al que le correspondía. Holbrooke no lo entendió. A él no le interesaban los trabajadores laboriosos y sin imaginación: ¡la política internacional era aventura y melodrama! Helble vio cómo Holbrooke despedía a todo el personal anterior y contrataba a subordinados propios sin observar en absoluto el protocolo (dio prioridad a los funcionarios de raza negra). Por ejemplo, dijo a las secretarias de los adjuntos que había que pintar los despachos, les pidió que los abandonaran temporalmente, y luego que no volvieran. Helble veía a Holbrooke ir de aquí para allá desenfrenadamente por las dependencias de la secretaría adjunta para Extremo Oriente[20]. Al final, decidió trasladar su lugar de trabajo a la Oficina del Inspector General y jamás volvió a ver a Holbrooke jamás.

El caso es que Holbrooke se abrió paso en el departamento dando codazos y poniendo zancadillas a funcionarios de quienes apenas sabemos los nombres. Quizá lo mereciesen. Quizá podía hacer lo que quería con los funcionarios del Servicio Diplomático que serían destinados a la Agencia de Aprovisionamiento de la Oficina de Administración. No lo pensaba mucho: actuaba por instinto en nombre de la excelencia. Un colega de Saigón era «ese tipo que vendía bidés en Francia»; otro compañero de sus años en Bosnia era «el tipo que mejor tomaba notas en toda la historia del Departamento de Estado». Su sistema nervioso central se alimentaba de fracasados. Había algo despreocupado y gratuito en esas crueldades aleatorias, como si ninguna de ellas tuviera peso real pero, en última instancia, todas contaran.

Su despacho se encontraba en la esquina suroeste del sexto piso. Uno de los indicadores más fiables del estatus en Washington es la proximidad física al poder. En el Departamento de Estado, el estatus cae con cada planta que se baja. Los funcionarios hablan del «séptimo piso» para referirse a la suite del secretario, forrada de paneles de caoba como el Palacio de la Pureza Celestial de la Ciudad Prohibida. Estar un piso por debajo era para Holbrooke fuente de constantes agravios, exacerbados por el hecho de que todos sus amigos habían conseguido despachos en la séptima planta. Lake era director de planificación de políticas, cargo que inauguró George Kennan, quien había estado prometido con la madre de Tony, en 1947; su despacho se hallaba a una puerta del despacho de Vance. (Toni superó sus recelos ante la idea de perder otra vez a su marido en el torbellino gubernamental, pero le hizo prometer

que no saldría a cenas de trabajo entre semana, y Lake cumplió). Gelb tenía su despacho junto al de Lake y dirigía los asuntos político-militares. Peter Tarnoff, amigo íntimo de Holbrooke y Lake de los años de Saigón y elegante diplomático consumado, trabajaba desde la misma suite del secretario, pues hacía las veces de asistente ejecutivo. Wisner, quien había rechazado trabajar para Holbrooke por temor a malograr la amistad, era la mano derecha de Tarnoff. La cercanía entre Lake y Vance enervaba a Holbrooke, quien visitaba con frecuencia a Gelb en su despacho en busca de información sensible que demostrase que Lake malmetía contra él ante el jefe de ambos. Gelb no veía indicios de ello, pero se percataba de que sus dos amigos ya nunca hablaban, a menos que los obligara el trabajo.

Holbrooke se inventaba cualquier motivo para subir a la séptima y charlar con Tarnoff y Wisner a las puertas del despacho de Vance, para dejarse ver junto al ascensor privado del secretario o para asegurarse una plaza en la limusina del secretario cuando esta esperaba frente a la entrada del edificio. Vance era demasiado educado para objetar nada, así que le tocó a su secretaria personal, Elva Morgan, hacer llegar esta nota a Holbrooke:

> Esta secretaría reservará plazas para acompañar al secretario a reuniones diversas en exclusiva para individuos específicos. Usted y los demás cargos del Departamento de Estado no pueden ser informados sistemáticamente sobre la agenda del secretario, sujeta a cambios constantes, ni sobre otras disposiciones hechas en persona por el secretario o en su nombre. De ahora en adelante, la rogamos se abstenga de viajar como pasajero en el vehículo del secretario, a menos que desde esta oficina se apruebe de forma explícita una solicitud hecha por usted para acompañarlo. El servicio de seguridad del secretario ha recibido instrucciones para permitirle viajar como pasajero en el vehículo del secretario solo previa autorización de esta secretaría[21].



Richard Holbrooke, Cyrus Vance y Anthony Lake en el Departamento de Estado. Robert Kaiser, Departamento de Estado de Estados Unidos.

Holbrooke ni se inmutó, y mandó enmarcar la nota.

Los nuevos gobiernos suelen incorporarse a la agitada dinámica de poder volcándose en cambiar cuanto han hecho los predecesores. El caso de Carter no fue distinto, y en ningún lugar se registraron más turbulencias que en el despacho esquinero de Holbrooke y las políticas sobre Extremo Oriente. Holbrooke actuaba no como un asistente del secretario de Estado (puesto no muy glamuroso, pues asistentes había muchos), sino como un joven político de trayectoria fulgurante. Atendía febrilmente a los distintos grupos de los que podía recabar apoyos: visitaba sin cesar el Capitolio o llamaba a congresistas, tratando de hacer migas con Tip O'Neill, Ted Kennedy y John Glenn. Se ofreció como fuente a importantes periodistas, de los cuales el más prestigioso era Strobe Talbott, corresponsal de política exterior de la revista *Time*, con quien trabó una estrecha amistad. Ya que el gobierno republicano había descuidado las relaciones con Japón, organizó un partido de béisbol junto al Lincoln Memorial entre el Departamento de Estado y la embajada japonesa: Holbrooke bateó tan fuerte la primera bola lanzada por el embajador japonés que la envió a la calzada[22]. Corrió el jonrón sin dejar de reír a carcajadas, mientras el embajador japonés, avergonzado por sus aliados estadounidenses, lo miraba como un pasmarote. A sus subordinados no les procuró calidez personal —mientras los atendía, mantenía conversaciones por

teléfono u hojeaba sus papeles—, sino estímulos intelectuales, la posibilidad de discrepar y un espíritu de misión colectiva. A cambio, ellos debían dar lo mejor de sí mismos[23].

Su propósito último era restablecer la confianza en esa región del mundo, emancipando a Estados Unidos de su papel de dueño y señor. Esta perspectiva coincidía con la de Carter, quien pronunció al principio de su mandato un discurso contra una política exterior que dejaba de lado los valores estadounidenses, en el que además se despedía del «miedo desorbitado al comunismo, que en una ocasión nos llevó a dar el beneplácito a un dictador que tenía tanto miedo como nosotros». El enfrentamiento igualado entre superpotencias, que fue el principal asunto en política exterior estadounidense durante la posguerra, no interesaba demasiado a Holbrooke. La posibilidad de una Tercera Guerra Mundial era demasiado abstracta y estática, demasiado aburrida. Sí le interesaban los países, y Vietnam el que más.

En marzo de 1977, Carter envió una delegación a Hanói encabezada por Leonard Woodcock, líder sindical del sector del automóvil, para inquirir sobre la desaparición de soldados estadounidenses. Oficiosamente, el objetivo de la misión era anunciar que no había quedado ni un solo compatriota vivo en Indochina. La cuestión de los prisioneros de guerra y desaparecidos en el cumplimiento del deber era lo único que seguía haciendo de Vietnam un lugar peligroso para los políticos, pues personalizaba el dolor, la rabia y la humillación infligidas por la derrota estadounidense, y dio pie a un poderoso mito que sacaba la traición a la palestra, un arma poderosa en manos del ala más dura de la derecha, que se mostró dispuesta a apuñalar por la espalda a quien fuera. Por esta razón ondean aún a lo largo y ancho del país, décadas después, banderas negras en honor a los desaparecidos y prisioneros: porque no podemos aceptar que esa guerra la perdimos.

Sin embargo, en 1977 sí había estadounidenses desaparecidos en la guerra de Vietnam. Kissinger se había negado a hablar siquiera con los vietnamitas, hasta que no rindieran cuentas al respecto. Holbrooke echó por tierra esa política. Tenía en mente planes más ambiciosos.

Quinn, el asistente especial de Holbrooke, formaba parte de la delegación de Woodcock, junto con (entre otros). Jim Rosenthal, de los tiempos de Saigón, quien trabajaba ahora para Holbrooke en Extremo Oriente. A Quinn

le sorprendió encontrar un Hanói bastante intocado por la guerra: el viejo barrio colonial estaba intacto y los grandes árboles en torno al lago Hoàn Kiếm continuaban en pie. Habían caído miles de toneladas de bombas estadounidenses, pero el corazón de la capital enemiga seguía latiendo.

Los estadounidenses fueron recibidos cortésmente por los vietnamitas, que organizaron varias reuniones y almuerzos. Uno de los días, los condujeron a un cementerio a las afueras de Hanói, los metieron en una sala oscura y atestada y les mostraron una serie de pequeñas cajas metálicas, de un metro por unos setenta centímetros. Las cajas contenían los huesos de aviadores estadounidenses derribados sobre Vietnam del Norte.

Durante la última jornada de aquella visita, Quinn se unió a sus colegas en una ceremonia honorífica celebrada en el aeropuerto. Se colocaron banderas estadounidenses plegadas sobre cada una de las cajas, que se embarcaron en el avión con ayuda de una rampa. Quinn aguardaba firme, con la mano sobre el corazón. Había pasado seis años en Vietnam del Sur y acompañado a las Fuerzas Especiales en operaciones de combate. En esos momentos supo que estaba cumpliendo con el compromiso aprendido de aquellos soldados: no dejar a ni un compatriota atrás, costara lo que costara, existieran o no vínculos personales.

La delegación de Woodcock regresó a Washington con aquellos restos humanos y cierta sensación de que los líderes vietnamitas estaban dispuestos a dar un paso adelante. Carter también deseaba eso: convertirse en el presidente que curase las heridas de la guerra. Vance creía que, manteniendo cierta presencia en Hanói, Estados Unidos podría moderar la influencia soviética en el Sudeste Asiático a través de la diplomacia y no del poderío militar[24]. A principios de mayo, envió a su secretario adjunto a París para negociar las cláusulas del restablecimiento de relaciones con la República Socialista de Vietnam.

Holbrooke y sus ayudantes se alojaron en el Hôtel de Crillon, el mismo lugar donde se hospedara la delegación de Harriman-Vance en 1968. Ambas partes se reunieron en la nueva embajada del país asiático, aún sin terminar, donde se colocaron *in extremis* algunos cuadros y plantas, pero apenas había muebles[25]. El homólogo de Holbrooke en la mesa fue Phan Hien, viceministro de Asuntos Exteriores de Vietnam, quien también había estado en París en 1968 como vaga contraparte de Holbrooke: habían cenado juntos

previa autorización una noche, en el Bois de Vincennes. En esta ocasión, el sonriente Phan Hien, con el pelo cuidadosamente peinado hacia atrás y un fluido francés, representaba de nuevo en París a un Vietnam esta vez reunificado y victorioso. Holbrooke se sentó frente al vietnamita y recordó sus tiempos de funcionario novato estadounidense en aquel mismo lugar, sentado al final de una mesa ante la que el gran Harriman oficiaba como representante de Estados Unidos[26]. Sintió el sobresalto y el peso de lo que significaba hablar por el país propio.

El alborotado pelo ensortijado y las gafas enormes que le tapaban la cara no le daban lo que se dice un aspecto de diplomático. Llevaba la pajarita torcida y la camisa se le salía sin parar. En una ocasión, en un viaje oficial a Japón, tuvo que pedir prestados unos pantalones de traje a un compañero porque se le había olvidado meter en la maleta los suyos; en otro viaje, le ocurrió lo mismo con los calcetines[27]. En cualquier caso, por primera vez en su vida, las cámaras de televisión lo enfocaban directamente a él y aparecería en las primeras planas. Daba la impresión de que todo inducía a que Holbrooke se convirtiese en el estadounidense que pondría fin a la guerra de su juventud.

No tardó mucho en recordar que los comunistas de Vietnam eran duros y disciplinados en la negociación. Cuando ofreció retirar el veto a la entrada de Vietnam en las Naciones Unidas, Phan Hien sacó una carta secreta de Richard Nixon al primer ministro de Vietnam del Norte, Pham Van Dong, un anexo a los Acuerdos de París de 1973 en que aquel prometía casi cinco mil millones de dólares en ayudas a la reconstrucción[28]. Vietnam exigía ahora ese dinero como condición para seguir adelante con el restablecimiento de las relaciones. Los hombres de Carter habían oído hablar de esa carta, pero la consideraban nula de pleno derecho. Vietnam del Norte había quebrantado los acuerdos con la invasión del sur y, en cualquier caso, ni el pueblo estadounidense ni el Congreso estarían dispuestos a pagar reparaciones de guerra (si bien Phan Hien evitó usar este término). Holbrooke consideró que el dinero prometido en aquella carta secreta era otro de los típicos señuelos de Nixon y Kissinger[29]. Sin duda, la habían firmado solo para aplacar los ánimos de Vietnam del Norte, sin molestarse en plantear su contenido a la ciudadanía estadounidense y sin ninguna intención de cumplir lo que en ella se prometía.

Holbrooke aseguró a Phan Hien que tras el restablecimiento de las relaciones podrían debatir sobre las ayudas. Sin embargo, los vietnamitas no dieron su brazo a torcer. Habían ganado la guerra y las condiciones las dictaban los ganadores. El país necesitaba el dinero a la desesperada. La victoria los había arruinado.

Durante la segunda reunión, al día siguiente, al ver que la partida podía quedar en tablas, Holbrooke se inclinó sobre la mesa, miró a Phan Hien a los ojos y le dijo:

—Señor ministro, dejemos a un lado los asuntos que nos dividen. Salgamos ahí fuera y declaremos a la prensa que hemos decidido normalizar las relaciones entre nuestros países[30].

En la sala se hizo el silencio. Holbrooke no tenía ninguna instrucción escrita al respecto. Estaba improvisando. Durante años, aquella sería su técnica diplomática: aprovechar el momento, crear dramatismo, intentar encontrar un hilo del que tirar cuando todo estaba enredado. Le preocupaba mucho menos el procedimiento que el resultado.

En voz tan baja que apenas podía oírse, Phan Hien repuso en inglés:

—Sin la ayuda, no.

Holbrooke, que sentía que estaba a punto de hacer historia, se desinfló completamente.

Tras la reunión, Phan Hien celebró una rueda de prensa e hizo pública la carta de Nixon. Holbrooke lo llamó por teléfono después.

—Señor ministro, debe usted entender que ha hecho un daño enorme a estas negociaciones.

—¿Por qué?

—Porque el Congreso de mi país va a reaccionar muy, pero que muy mal ante esto[31].

Holbrooke recordó a Phan Hien que Estados Unidos tardó dieciséis años en reconocer a la Unión Soviética y veintitrés hasta abrir una embajada oficiosa en China.

—¿Quiere usted que tardemos veintitrés años en restablecer relaciones diplomáticas[32]?

Solo calculó cinco de más.

Holbrooke tuvo la impresión de que los vietnamitas habían perdido su mano izquierda política con los estadounidenses. No entendían que el

Congreso había dejado de ser un contrapeso benevolente, la gran paloma que hacía frente al halcón presidencial, como ocurriera durante la guerra. Los estadounidenses habían cejado en la destrucción de Vietnam y los años de recuerdos amargos y de culpa quedaban atrás. El Congreso, como el resto del país, quería olvidar Vietnam.

De hecho, justo después de la rueda de prensa de Phan Hien, el Congreso tomó nota y no tardó en aprobarse una ley que prohibía cualquier ayuda a Vietnam e imponía, además, un embargo comercial. La diplomacia depende del apoyo político en casa: una lección que Holbrooke había aprendido en 1968.

No tiró la toalla. No obstante, había otro obstáculo que superar, y se encontraba dentro de la mismísima Casa Blanca.

En un primer momento, Zbigniew Brzezinski no tuvo una opinión muy formada sobre cómo proceder en el restablecimiento de las relaciones diplomáticas. Para él, Vietnam simbolizaba algo mayor: una pérdida fatal de confianza entre los demócratas. En su opinión, el Departamento de Estado era una residencia para veteranos de Vietnam[33]. Holbrooke, Lake, Gelb, Tarnoff e incluso Vance, que había sido el segundo de McNamara, se habían visto discapacitados por el síndrome vietnamita y se mostraban reticentes a hacer uso del poder estadounidense. «No puedo evitar sospechar que los sentimientos de culpa al respecto de la guerra de Vietnam tengan algo que ver con el deseo obvio por parte de Cy y Holbrooke de pasar página lo antes posible en este asunto», escribió en una nota para Carter, quien escribió de vuelta en el mismo margen: «Yo no tengo sentimientos de culpa y quiero pasar página con Vietnam»[34].

Brzezinski tenía a Vance por un miembro de la moribunda élite WASP, estandarte de sus valores y reglas ancladas en el pasado[35]. La década de 1970 estuvo protagonizada por un sinnúmero de episodios turbulentos a lo largo y ancho de lo que entonces se conocía como Tercer Mundo. En la época de Gadafi y de Castro, la política exterior estadounidense no podía quedar en manos de un abogado neoyorquino para quien las relaciones internacionales no eran sino una negociación prolongada en el tiempo entre partes en disputa. Tanto la política como la geopolítica estadounidense se habían embravecido y los discretos ingenieros de instituciones bipartidistas de después de la

Segunda Guerra Mundial no estaban acostumbrados a ello. Los nuevos tiempos exigían a gente más joven, más descarada y más ideológica. La nariz y el tupé de Brzezinski daban a su rostro el aspecto de un hacha. Vance podría parlamentar con otros países, pero para Brzezinski el epicentro de las políticas era la Casa Blanca, no el Departamento de Estado. Tras apenas una semana en el cargo, lanzó el primer puñetazo dentro del ring del gobierno. Iba dirigido a Holbrooke.

A finales de enero, el vicepresidente Mondale tenía planeado visitar Tokio dentro de una gira programada por capitales de países aliados y Holbrooke debía acompañarlo. La mano derecha de Brzezinski, David Aaron, informó al representante del CSN, Michael Armacost, de que su principal cometido en ese viaje era impedir que Holbrooke estuviera presente en la reunión con el primer ministro japonés.

—El propósito del CSN es coordinar las políticas con el resto de agencias —protestó Armacost.

—Haga lo que le pido —ordenó Aaron.

Aaron había trabajado para Mondale en el Senado, lo que le colocaba en una posición segura para llevarse el gato al agua. Que Holbrooke estuviera presente no tenía mucha importancia. Ni siquiera Mondale dispondría de libertad para decir lo que pensaba: Carter le había pedido que asegurase al primer ministro que Japón era un aliado importante y que la situación de los derechos humanos en países vecinos como Corea del Sur o Filipinas condicionaría en gran medida las políticas del nuevo gobierno. Evitar que alguien asista a una reunión, no obstante, quizá sea la versión más cruda del poder burocrático. Cada vez que Holbrooke se veía en una de esas —y fue a menudo—, luchaba por su espacio como gato panza arriba.

Armacost y Holbrooke tomaron juntos un vuelo comercial a París. Charlaron hasta bien entrada la noche y Holbrooke ojeó varios cablegramas de alto secreto, los rompió en pedazos y los metió en el bolsillo de su asiento. Armacost decidió que no quería inaugurar la nueva legislatura reactivando la guerra entre el CSN y el Departamento de Estado declarada por Kissinger en 1969. Antes de llegar a Tokio, encontró la manera de meter a Holbrooke en la reunión con el primer ministro japonés. (Tres años después, Armacost trabajaría con Holbrooke en Extremo Oriente).

De vuelta en Washington, Holbrooke, Lake, Gelb y Tarnoff advirtieron a Vance de que Brzezinski intentaba ya echarle el guante por intermediación de subordinados, difundiendo noticias en que quedaban todos retratados como izquierdistas recalcitrantes y también interceptando informes sobre políticas dirigidos al Departamento de Estado y desviándolos directamente a Carter para su aprobación[36]. Instaron a Vance a contraatacar, pero este no quiso oír hablar del asunto y zanjó la discusión dando una fuerte palmada sobre su escritorio y afirmando con vehemencia que él sabía cómo trabajar con Brzezinski[37]. Holbrooke y Gelb sí se sumaron a la batalla y recurrieron para ello a los numerosos amigos que tenían en la prensa. En *Time* apareció un reportaje que atacaba a Brzezinski citando a un funcionario anónimo del Departamento de Estado. Vance llamó a Gelb a su despacho: «¿Eres tú?», le preguntó[38]. Gelb reconoció ser la fuente. «No vuelvas a hacer nada así —le ordenó Vance—. No es la manera. Lo único que conseguirás es extender el veneno y empeorar la situación. Yo trataré los asuntos que sea necesario con el presidente, pero no voy a hablar con él sobre Zbig ni sobre sinsentidos burocráticos. Voy a hablar con él sobre los problemas que nos atañen. Esa es la manera».

Esa era la manera antigua de hacer las cosas. Funcionó un tiempo, pero Carter venía de un mundo muy distinto al de Vance, y el primer asesor que hablaba al oído del presidente desde primera hora de la mañana, en el sacrosanto silencio del Despacho Oval, era Brzezinski. A Carter le atraía la agresividad de este. Y como todos los presidentes modernos, prefería puentear su propia burocracia. La guerra entre agencias se hizo inevitable.

El experto en China de Brzezinski en el CSN era un politólogo de Michigan llamado Michel Oksenberg. Holbrooke y Oksenberg compartían objetivo, a saber, establecer relaciones diplomáticas con la República Popular, asunto en que tendrían que trabajar juntos[39]. Con vistas a eso, Holbrooke lo invitó a desayunar poco después de la investidura de Carter. «Quiero que nos comprometamos a una cosa —dijo Holbrooke—. No nos ocultaremos nada el uno al otro. Para no sembrar la rivalidad entre nosotros, tenemos que contarnos cuanto sepamos». Holbrooke intentaba resguardarse de la tormenta burocrática que se avecinaba. «Démonos la mano», ofreció Holbrooke, y eso hicieron.

Sin embargo, Oksenberg era leal a Brzezinski y Holbrooke, a Vance. En Washington, las lealtades importaban más que el estar o no de acuerdo con una política u otra, o si estrechabas la mano a alguien después de desayunar. La política exterior es muy dada a la hemorragia interna, por razones que nunca he entendido en verdad, que tal vez se aclaren a medida que avancemos en este relato. En cualquier caso, en el marco de la triste historia de las batallas por el favor del presidente, Brzezinski y Holbrooke pertenecían a una misma especie. Eran animales políticos, luchadores callejeros pagados de sí mismos que anhelaban visibilidad y consideraban el servicio del gobierno como una guerra en la que nadie gana. Estaban también de acuerdo sobre China: ambos querían avanzar con rapidez hacia el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, a paso más ágil que Vance, quien no deseaba que el asunto alterase las delicadas conversaciones con la Unión Soviética en torno al Tratado SALT II sobre misiles nucleares, por no mencionar el del Canal de Panamá, al respecto del cual se esperaba un intenso debate en el Congreso. Vance debía hacer juegos malabares con todo el mundo, pero Holbrooke solo tenía jurisdicción, por así decirlo, sobre los países del Extremo Oriente, de los cuales el más importante era China. El hecho geopolítico clave de la década de 1970 fue la malísima relación que mantenían los dos gigantes comunistas, peor que la que ambos mantenían, respectivamente, con la superpotencia capitalista. De hecho, el temor chino a una expansión soviética dio a Estados Unidos una gran oportunidad estratégica. Mediada la década, las maniobras de apertura hacia China que Nixon y Kissinger pusieron en marcha habían entrado en punto muerto a causa de factores diversos: el Watergate, el contragolpe conservador y la radical Banda de los Cuatro que se hizo con el poder cuando a Mao le quedaba muy poco de vida. Con Mao muerto y la Banda de los Cuatro arrestada, el reformador Deng Xiaoping rehabilitó su autoridad y recuperó el poder. Por su lado, Estados Unidos tenía un nuevo presidente que quería entablar relaciones de paz con el mundo entero.

Vance voló a Pekín en agosto de 1977, junto con Holbrooke, Oksenberg y el segundo de Holbrooke, William Gleysteen, un veterano de Asia, para entablar conversaciones sobre el restablecimiento de las relaciones. El Partido Comunista Chino acababa de elegir su XI Comité Central, y las calles de Pekín eran un hervidero de cientos de miles de personas, que por última vez

entonaban, sin demasiado entusiasmo, consignas para celebrar el maoísmo revolucionario[40].

Los estadounidenses se alojaron en la misma casa que lo hiciera Nixon en 1972. Holbrooke no tardó en percatarse del patrón ritual que seguían las conversaciones con los chinos, que parecían replicar el antiguo y arduo camino de quienes buscaban ser recibidos en una audiencia por el emperador en la Ciudad Prohibida, a los cuales se hacía esperar durante días, y siempre se veían obligados a sobornar a los funcionarios de diferente rango en los patios del palacio, hasta que, por fin, se les franqueaba el acceso al salón del Trono Celestial y, tras haberse desprendido de cuanto poseían, se postraban ante el emperador con las manos vacías, igual que mendigos. Así pues, los diplomáticos estadounidenses fueron conducidos primero ante el ministro de Asuntos Exteriores, Huang Hua, quien esperó a comprobar si aquellos visitantes eran tan necios para cambiar de parecer unilateralmente. Vance esquivó la trampa y tras apenas dos reuniones con Huang Hua les fue anunciado que podrían ver a Deng Xiaoping.

Este los recibió en el Gran Salón del Pueblo, con su imponente entrada de dos alturas. Deng era un personaje diminuto, de metro y medio de altura, vestido con traje estilo Mao de un azul grisáceo. Los esperaba al final de un largo pasillo y parecía ir creciendo conforme los estadounidenses se acercaban. Sonreía, y esa sonrisa se les antojó adorable. (Cuando Blythe vio por primera vez a Deng, mientras este bajaba por la rampa de su avión oficial en la base Andrews de las Fuerzas Aéreas, durante su histórica visita a Estados Unidos en enero de 1979, exclamó: «¡Qué mono es!»)[41] Deng era, ante todo, un hombre de negocios. A sus setenta y tres años disfrutaba de una tercera vida política, tras haber muerto dos veces en sendas purgas. «¿Sabe usted que soy el único hombre que ha resucitado dos veces?», le dijo a Vance[42].. El presidente chino tenía prisa por poner en marcha la modernización de la economía de su país. Mientras Deng y Vance intercambiaban comentarios, Holbrooke quedó fascinado por la mirada de aquel; sus ojos resplandecían, enmarcados por unas gruesas bolsas de coriácea piel que parecían contemplar no a la persona a quien se dirigía, sino la sangrienta historia de la República Popular o el futuro de prosperidad y riqueza que esperaba al gigante comunista. Holbrooke nunca había conocido a un líder tan frío, despiadado y ágil en la superación de obstáculos, tan

dispuesto a romper el cofre de la historia y apoderarse de las gemas que ocultara.

El único tema que perturbó la calma de Deng fue Vietnam. El líder chino lamentó con amargura la ingratitud vietnamita tras haberle prestado China ayuda durante las dos guerras libradas en su territorio. Cuando hablaba de ello, elevaba la voz enfadado y gesticulaba airadamente, y se extremaba en su discurso. A ojos de Deng, Vietnam estaba convirtiéndose en un satélite soviético, una «Cuba asiática». El antagonismo con China llegó a tal punto que, de hecho, en la guerra de Vietnam los chinos terminaron cambiando de bando. Deng tildaba de ingenuas a las palomas estadounidenses y prefirió siempre tratar con los halcones. Holbrooke no sabía en qué lugar situaba esto al líder chino, pero tenía claro que este conocía bien la historia que le era contemporánea[43]. Cuando salió a colación Vietnam, Deng miró a Holbrooke de reojo por un instante.

Las conversaciones sobre el restablecimiento de las relaciones diplomáticas quedaron en agua de borrajas. Estaba a punto de inaugurarse el debate sobre el Canal de Panamá y Carter no tenía ningunas ganas de enemistarse con el Congreso, por lo que Vance, víctima de una rigidez incómoda, decidió no cejar en el compromiso estadounidense de mantener alguna presencia oficial en Taiwán. Esta decisión era un punto innegociable para China, así que Deng argumentó con rotundidad que el gobierno de Carter estaba dando un paso atrás con respecto al debate mantenido hacía tiempo con Ford y Kissinger. Los estadounidenses regresaron a casa con el peso de un viaje hecho en balde.

En retrospectiva, la historia parece haber seguido un curso ineludible, aunque el fracaso a la hora de negociar con Vietnam y China tuvo que ver con las oportunidades perdidas por una mala gestión de los tiempos o a causa de malentendidos entre las partes, o debido a que un funcionario sobre el terreno no se sintiera con la libertad o no tuviera el carisma necesario para aprovechar el momento. «La política no es un producto seco y hermético que emerge ya acabado de las cabezas de la gente —escribiría Holbrooke más tarde—. Muy a menudo, nace del conflicto entre egos y ambiciones, de incidentes, desencuentros y engaños, tanto como de los planes mejor diseñados[44]». Para tener éxito, la diplomacia exige contar con respaldos desde casa y con algo

aún más difícil de obtener: una lectura informada de la política del otro país, lo que es comparable a dominar un idioma extranjero que además se escribe en un alfabeto imposible. La diplomacia también necesita impulso, y el resto de 1977 y los primeros meses de 1978 transcurrieron sin movimientos en ninguno de ambos frentes. Para cuando se reanudaron las conversaciones, el terreno de juego había cambiado radicalmente.

Brzezinski vio el cielo abierto en el fracaso de Vance. A finales de 1977, se las arregló para que los chinos lo invitaran a visitar Pekín y fue entonces, tras varios meses de maniobras y subterfugios, cuando se ganó la autorización de Carter. Esto supuso la consumación de un hecho: la política al respecto de China había sido arrebatada de manos del Departamento de Estado y entregada al CSN. Vance quedó patidifuso y se resistió, pero terminó aceptándolo, y luego insistió en que Holbrooke y Gleysteen lo acompañaran en aquel viaje, programado para mediados de mayo de 1978. Durante los preparativos, Brzezinski trató a Holbrooke bastante mal y lo despojó de su función como coordinador de políticas para Extremo Oriente. Se negó a que leyera siquiera las cuestiones que había que debatir en las reuniones clave. Cuando Holbrooke presionó para que el Departamento de Estado desempeñara un papel de mayor peso, Brzezinski lo llamó a casa a las seis y media de la mañana y le amenazó a gritos con dejarlo en tierra. «Jamás he conocido a un hombre tan malhablado y miserable —se quejó Holbrooke ante Oksenberg—. Zbig me ha gritado tan fuerte por teléfono que ha despertado a mi mujer[45]».

La humillación no amainó en ningún momento del viaje[46]. Durante el vuelo a China, Brzezinski mostró a Gleysteen las cuestiones que quería poner sobre el tapete a condición de que no se las hiciera saber a Holbrooke[47]. Brzezinski planeaba mantener a Holbrooke y el resto del contingente del Departamento de Estado al margen del crucial encuentro con Deng. Cuando Holbrooke se percató, montó en cólera. Incapaz de luchar por su propia causa, reclutó a Leonard Woodcock, enviado especial de Carter a Pekín. El primer día en China, durante la cena, Woodcock trató de convencer a Brzezinski de que no infligiera un agravio tan flagrante, dándole a entender que a los chinos les extrañaría que el Departamento de Estado no se hallara presente en la sesión más importante de las conversaciones.

—¿Tú representas al Departamento de Estado, no? —preguntó Brzezinski.

—Francamente, yo creo que a quien represento es al presidente —respondió Woodcock.

Brzezinski ni se inmutó. Al día siguiente, durante una visita guiada a la Ciudad Prohibida, Gleysteen le suplicó:

—Zbig, estás cometiendo un grave error. Estás destruyendo los procesos de gobierno. Tienes que dejar que Holbrooke participe en la reunión.

—Que te den, Gleysteen —le espetó Brzezinski—. No voy a permitírselo.

Brzezinski y Deng veían el mundo a la luz de la amenaza soviética y ese enemigo compartido los acercaba uno a otro. Durante una visita a la Gran Muralla, rodeado de periodistas, Brzezinski retó a sus acompañantes chinos a echar una carrera hasta una de las torres que se alzaban a lo lejos: quien perdiera debería hacer frente a los rusos en Etiopía. Adulaba a sus anfitriones y coqueteaba con ellos ofreciendo transferencia de tecnologías y la posibilidad de compartir la labor de inteligencia, dejando claro a la vez que Taiwán no se interpondría en el mutuo reconocimiento de esas dos grandes naciones.

Nadie, ni siquiera los chinos, pudo ahorrarse el espectáculo de ver a Brzezinski profanando el cadáver de su enemigo caído. En los desfiles motorizados relegaba a Holbrooke siempre al último vehículo, hasta que en una ocasión, ciego de frustración, este se bajó de su coche y corrió hacia la cabecera para pedir a Woodcock que le permitiese subir al suyo. En una cena formal, la esposa de Brzezinski, llamada Muska, se rio de Holbrooke por su desaliño. Una mañana, Brzezinski se acercó a la mesa donde estaban su mujer y la esposa de Woodcock, Sharon, y, sosteniendo una bandeja imaginaria, les anunció: «Llevo aquí la cabeza de Richard Holbrooke y voy a servírsela a los chinos».

Holbrooke rabiaba. Imaginen los lectores a ese luchador feroz, en el meollo de una misión verdaderamente histórica —su papel era debatir los vínculos económicos y culturales con los chinos—, reducido a suplicar que le dejaran montar en un coche. De vuelta a Estados Unidos, a bordo del avión de las Fuerzas Aéreas, todo explotó: Brzezinski se negó a que Holbrooke ni ningún otro representante del Departamento de Estado vieran siquiera la transcripción de sus conversaciones con Deng hasta que él se hubiera reunido

con Carter. «Que no las vea», ordenó Brzezinski a Oksenberg, quien, no habiéndose comprometido con esa lucha tanto como su superior, logró obtener autorización para ensenárselas a Gleysteen.



Muska y Zbigniew Brzezinski (centro) y Richard Holbrooke (derecha) en la Gran Muralla China. Holbrooke Papers.

Holbrooke no pudo soportarlo. Recorrió a zancadas el pasillo del avión y agarró a Oksenberg del cuello de la camisa:

—¡Si no me entregas la transcripción de esas conversaciones, acabaré contigo! —le gritó[48].

Oksenberg, que había quebrantado la promesa hecha durante aquel desayuno, agarró también a Holbrooke del cuello de la camisa y le dijo que quizá fuese él quien terminase destruido. Todo el mundo puso el grito en el cielo, incluido Gleysteen, quien jamás había visto nada igual en veinticinco años de servicio en el gobierno. Antes de que la cosa llegara a las manos, Holbrooke soltó a Oksenberg.

—¿Me estás amenazando? —inquirió.

China se convirtió en la palanca de que Brzezinski se valió para apoderarse de toda la política exterior. Él y Vance protagonizaban ya una carrera abierta para cumplir con los dos objetivos más importantes de Carter en ese ámbito para 1978: la normalización de las relaciones diplomáticas con China y el

acuerdo de control de armamentos con la Unión Soviética. Habida cuenta de la hostilidad entre chinos y soviéticos, los avances en cualquier de estas dos misiones podían provocar descarrilamientos en la otra. Vance trataba de que se mantuviera una relación independiente con cada una de las potencias comunistas y se negaba a que Estados Unidos se dejase llevar por esa rivalidad. Brzezinski veía el mundo cada vez más desde el punto de vista chino. Quería escorarse hacia China para aislar a los rusos y contener sus incursiones en África y otras partes del mundo. A sus ojos, Vietnam era un satélite soviético en el Sudeste Asiático que amenazaba la paz en la región, pero por lo demás era secundario para la estrategia global estadounidense.

«Debe elegir: o Vietnam o China —le escribió Brzezinski a Carter en julio—. China es incomparablemente más importante para nosotros». Carter se negó a elegir y respondió en el mismo margen del informe: «Creo que una relación entre EE.UU. y Vietnam beneficiaría a China y perjudicaría a la URSS»[49].

Holbrooke seguía tratando de hacer progresos en el Sudeste Asiático. De repente, en el verano de 1978, los vietnamitas reaccionaron como si les hubiera entrado prisa. La coyuntura estratégica había cambiado para ellos: en su frontera norte, China se mostraba cada vez más hostil y el aliado genocida de esta, los Jemeres Rojos camboyanos, llevaba tiempo preparando ataques desde el otro lado de la frontera, en el delta del Mekong. Vietnam quería obstaculizar cualquier posible acuerdo chino-estadounidense que fortaleciese a la potencia más amenazadora del continente.

El 22 de septiembre, reunidos los líderes mundiales en Nueva York para la Asamblea General de las Naciones Unidas, Holbrooke se entrevistó con un alto cargo vietnamita llamado Nguyễn Cơ Thạch. Se citaron en la nueva misión de Vietnam ante las Naciones Unidas, un apartamento mal equipado situado en Waterside Plaza, un complejo de torres de ladrillo de estilo brutalista a orillas del East River. Thạch recibió la noticia de que se mantenía la objeción estadounidense a la ayuda como condición previa al reconocimiento. «Así que la pelota está en nuestro tejado», le dijo el vietnamita en francés[50]. Acordaron reunirse de nuevo el 27 de septiembre, en el mismo lugar.

Holbrooke llamó a Oksenberg de inmediato para informarle sobre las conversaciones a fin de que Brzezinski no pudiera acusarlo de operar en

secreto. Oksenberg informó a su jefe sobre lo que Holbrooke tramaba. «Dick Holbrooke está adrenalínico, sin duda. Me ha llamado hoy, en cuanto ha salido de una reunión de tres horas con el vietnamita —notificó a Brzezinski —. Creo que Vietnam va a renunciar a su demanda de ayuda y vamos a vernos en una desagradable posición, sin mucho margen de maniobra. En caso de que sigamos adelante con estas negociaciones, podríamos terminar normalizando las relaciones con Vietnam antes que con China, lo que nos complicaría mucho el restablecimiento de relaciones con los chinos[51]».

Oksenberg viajó a regañadientes a Nueva York para la segunda ronda de conversaciones. Acompañaba a Holbrooke su mano derecha, un funcionario llamado Robert Oakley que había trabajado en Vietnam, y estaba también Wisner. Un año y medio después de las fracasadas negociaciones de París, Thạch se preocupaba por dar a entender por todos los medios la voluntad de pasar página, pero no había explicitado aún la renuncia a la ayuda estadounidense. Tras una hora de diálogo sin sentido, Holbrooke recogió sus papeles y empezó a meterlos en su maletín, dejando traslucir así que estaba a punto de levantarse de la mesa.

—Déjeme hacerle una pregunta muy franca —dijo a su homólogo—. Cuando tras esta reunión regrese a nuestros despachos y el secretario de Estado me pregunte si Vietnam se ha mostrado receptivo ante nuestra postura, ¿qué debo contestar[52]?

Thạch no dio una respuesta directa. En su lugar, sugirió un descanso para tomar un té. Las pausas para el té entre estadounidenses y vietnamitas eran siempre el preámbulo de alguna declaración seria por parte de alguna de las partes. Thạch y Holbrooke se dirigieron a un rincón de la sala y charlaron en voz baja junto a una mesa con teteras y una bandeja de rollitos de primavera recién hechos. Cuando volvieron a sentarse a la mesa de negociación, Thạch dijo:

—Vamos a decirles lo que quieren oír. Estamos de acuerdo en dejar de considerar la ayuda norteamericana como condición previa para el restablecimiento de las relaciones. Puedo garantizarlo[53].

¡Qué resistencia tenían aquellos diplomáticos! Tras un farol que se había mantenido durante cinco horas y dos reuniones, Thạch se mostró ansioso por ponerse manos a la obra y propuso incluso redactar un acuerdo allí mismo. Holbrooke alegó que necesitaría la aprobación de sus superiores. Entretanto,

cada delegación pondría en marcha un equipo de trabajo para analizar las posibilidades de abrir sendas embajadas en la capital del otro[54]. La República Socialista de Vietnam se quedaría con la antigua embajada de Vietnam del Sur en Washington. En el Departamento de Estado, unos cuantos funcionarios que habían trabajado en Saigón en tiempos presentaron su candidatura para ser los primeros en ir a Hanói.

—¿No es increíble? Estuvimos allí hace tantos, tantos años… Y míranos ahora, ¡tan cerca de normalizar relaciones! —exclamó Holbrooke, de vuelta de Waterside Plaza en un taxi, apretándole el brazo a su amigo Wisner.

Las guerras de Indochina no habían terminado. En las últimas semanas de 1978, la historia se dispuso a avanzar a pasos agigantados. Ocurrieron media docena de cosas a la vez.

Diez días antes de que Holbrooke alcanzara el compromiso con Thạch, Carter consiguió que Egipto e Israel firmaran los Acuerdos de Camp David. Carter quería apuntarse aún más tantos, pero el acuerdo con Vietnam era demasiado sensible para anunciarlo justo antes de las elecciones legislativas. Por razones de política interna, Holbrooke tendría que mantener a raya a los vietnamitas hasta noviembre.

A lo largo de septiembre, empezaron a aparecer en el mar de China Meridional frágiles embarcaciones cargadas de cientos de vietnamitas, muchos de origen chino, que huían de la persecución. El drama de estos refugiados ensombreció el cronograma de la normalización, como ocurrió asimismo con algunos informes de inteligencia a tenor de los cuales estaban dándose movimientos de tropas vietnamitas a lo largo de la frontera camboyana. Esto terminó de ralentizar los calendarios estadounidenses. Los vietnamitas, no obstante, seguían teniendo prisa, pues sabían dos cosas que aquellos no sabían. Estaban a punto de firmar un tratado de amistad —de mutua defensa, en realidad— con la Unión Soviética, como parapeto contra posibles agresiones chinas. Y además, estaban preparándose para invadir Camboya. Querían haber restablecido las relaciones con Estados Unidos antes de embarcarse en una y otra empresa.

El 11 de octubre, Carter se reunió en la Casa Blanca con Leonard Woodcock, al cargo de las negociaciones cotidianas con Pekín, y se sumó al encuentro *motu proprio* Brzezinski, pero Vance quedó fuera[55]. Brzezinski y

Woodcock persuadieron al presidente para aplazar la cuestión vietnamita hasta que se hubieran resuelto los contenciosos con China[56]. Carter fijó una fecha límite para la normalización de las relaciones con Pekín: al día de Año Nuevo de 1979. Por el momento, habrían de guardar secreto al respecto. Ni siquiera podía enterarse el secretario de Estado adjunto para Extremo Oriente.

A finales de octubre, Holbrooke emprendió un viaje al Sudeste Asiático. Se reunió en Laos con el embajador vietnamita en una recepción diplomática celebrada en la capital, Vientiane. Desde allí viajó a Birmania, uno de los países más aislados del mundo: hubo de volar en helicóptero desde Mandalay hacia el norte, hasta Lashio, desde donde partía la Carretera de Birmania, construida por los británicos en la década de 1930 y utilizada por los aliados durante la Segunda Guerra Mundial, que serpenteaba entre las montañas hasta alcanzar China. A Holbrooke le atraían la historia y los nombres de aquellos lugares remotos: era un auténtico romántico. «Estoy atormentado por el perenne prurito de las cosas remotas —dice Ismael al principio de *Moby Dick*, una de las citas literarias preferidas de Holbrooke—. Sueño con navegar por mares prohibidos y abordar costas bárbaras[*]».

Fue entonces cuando le llegaron pésimas noticias. Según la Agencia de Noticias vietnamita, un «dignatario estadounidense» había acogido «calurosamente» al embajador vietnamita en un encuentro de carácter informal en Vientiane[57]. Ese dignatario habría declarado que, tras las elecciones legislativas en Estados Unidos, se retomarían de manera simultánea las relaciones diplomáticas tanto con Vietnam como con China; la agencia añadía, no obstante, que un cargo estadounidense (debía referirse a Brzezinski) «estaba presionando a los responsables del Departamento de Estado encargados de los asuntos concernientes al Sudeste Asiático para que siguieran coqueteando con China y conteniendo a Vietnam». Esta noticia fue analizada por la CIA, que la hizo llegar al CSN y terminó aterrizando en el escritorio de Michel Oksenberg dentro de la remesa diaria de documentos de inteligencia. Oksenberg la mostró a Brzezinski, quien se dirigió directamente al Despacho Oval y exigió que el presidente llamase al orden y cesara a aquel dignatario insubordinado que estaba en Asia.

A Holbrooke le llegó un mensaje por radio en Mandalay, en el que le hicieron un breve bosquejo de la crisis que se avecinaba. Vance quería una explicación.

Mientras Holbrooke estaba al otro lado del mundo, sus enemigos en Washington preparaban su ejecución. Ese «perenne prurito de cosas remotas» dejó de repente de mortificarlo y regresó de inmediato a Rangún, donde lo esperaba un golpe de buena suerte: Frank Scotton, su viejo amigo de Vietnam, que había entrenado a oficiales sudvietnamitas para hacer la guerrilla, trabajaba allí como hombre de confianza del Servicio de Información de Estados Unidos en Birmania. Scotton tuvo una brillante idea, que solo podía ocurrírsele a alguien que había dedicado una década de su juventud a librar guerras propagandísticas contra un taimado movimiento insurgente: ¿por qué no atribuir esa noticia a un acto de desinformación perpetrado por los soviéticos?

A altas horas de la madrugada, en Rangún, Scotton despertó a la persona encargada de las comunicaciones con la CIA. Se reunieron en la sala segura de las dependencias estadounidenses en la capital birmana, donde Holbrooke dictó un cable que el tipo de la CIA escribió y Scotton revisó, a fin de garantizar su plausibilidad. Entonces lo enviaron dentro de un lote de informes de inteligencia. Llegó a la CIA y luego fue recibido en el Departamento de Estado por otro amigo de la época de Holbrooke en Vietnam, Peter Tarnoff.

La idea de Scotton salvó la carrera de Holbrooke. La tapadera funcionó a pedir de boca y Holbrooke llevó el juego a un extremo al que ningún burócrata en su situación (estuvo a un pelo de que lo cesaran) se habría atrevido nunca más a jugar. De vuelta en Washington, Holbrooke filtró la historia (sin confesar, como es obvio, que era falsa) a los periodistas conservadores Rowland Evans y Robert Novak. En la columna que ambos firmaban en varios diarios contaron que, según los analistas de la CIA, Brzezinski había sido engañado por su némesis, la Unión Soviética, y que esta buscaba socavar las relaciones chino-estadounidenses y enemistar entre sí a altos cargos de la diplomacia de Estos Unidos[58]. Brzezinski montó en cólera: por una vez, le habían ganado. Holbrooke se reafirmaría en aquella mentira hasta el fin de sus días[59].

Las cosas en Extremo Oriente estaban saliéndose de madre. El 2 de noviembre, Leonard Woodcock entregó a los chinos el comunicado oficial de Carter donde proponía el establecimiento de plenas relaciones diplomáticas a

partir del 1 de enero. Al día siguiente, Hanói y Moscú firmaban un acuerdo de amistad. Holbrooke regresó del Sudeste Asiático el 6 de noviembre, un día antes de que las elecciones al Congreso colmaran de buenas noticias al Partido Republicano (augurio de lo que habría de llegar en 1980). Esa misma semana, la oficina de inteligencia del Departamento de Estado concluía que Vietnam estaba preparando la invasión de Camboya. La normalización con Vietnam perdía impulso y la normalización con China se aceleraba.

La formalización de las relaciones con la República Popular China conllevaba el final de las relaciones con la República de China (Taiwán), así que se cerraron todas las oficinas estadounidenses en la isla y se dejó que expirara el tratado de mutua defensa.

El último punto de desacuerdo entre Washington y Pekín se refería a si Estados Unidos seguiría vendiendo armas a Taiwán para que los nacionalistas pudieran defenderse en caso de un ataque comunista. Con la negociación en manos de Brzezinski y Woodcock, el papel de Holbrooke como miembro del Departamento de Estado del equipo dedicado a las negociaciones con China se limitó a informar al Congreso y mitigar las reacciones que provocaría el haber dado de lado a Taiwán.

Woodcock y Deng mantendrían su conversación decisiva el miércoles 13 de diciembre. La víspera, Holbrooke fue a cenar con Strobe Talbott y su esposa a un nuevo restaurante vietnamita en Georgetown. Talbott había recibido el chivatazo de que Carter estaba a punto de ordenar que se reconociera a la República Popular y le preguntó a Holbrooke si era cierto. Este lo miró a los ojos y mintió: «En absoluto». Al día siguiente, Woodcock y Deng se sentaban en el Gran Salón del Pueblo[60]. Cuando los cablegramas llegaron a la Sala de Crisis de la Casa Blanca, esa mañana a primera hora, Brzezinski no dejó que los leyera ni siquiera su ayudante Oksenberg[61]. Al final, alrededor de las diez y media de la mañana, Brzezinski convocó a este a su despacho: «El trato está hecho. La normalización va a producirse. El presidente quiere anunciarlo el viernes por la noche por televisión. Hay que redactar el discurso».

Transcurrían las horas del día y Holbrooke llamaba una y otra vez a Oksenberg para averiguar qué había ocurrido en Pekín[62]. Este siguió mintiendo para despistarlo. En el Departamento de Estado todos seguían pensando que el anuncio público sobre China se haría el 1 de enero, después

de que Vance zanjase las conversaciones sobre armas estratégicas en Moscú. Brzezinski le había adelantado por la derecha una vez más: China sería el asunto prioritario. Vance, no estaba allí para presentar sus alegaciones, pues se encontraba en Jerusalén. En su ausencia, el Departamento de Estado había quedado a cargo de su segundo, Warren Christopher. Holbrooke dijo a este que la Casa Blanca estaba postergando la publicación de información crucial proveniente de Pekín. Christopher llamó entonces a Brzezinski, quien lo convocó en la Casa Blanca a última hora de esa tarde. Christopher, abogado de clase alta y rictus gélido, se dio cuenta de que Holbrooke estaba de un humor displicente y agresivo, y se escabulló del edificio sin decir palabra al secretario adjunto.

En la Casa Blanca, Brzezinski compartió con Christopher las buenas noticias. Por fin, este preguntó:

—¿Cuándo se enterará Dick Holbrooke de esto?

—Bueno —contestó dijo Brzezinski esbozando una sonrisa de satisfacción—, tal vez el viernes por la noche.

Eso quería decir: dos días después, como el resto de ciudadanos estadounidenses. Le aseguró que Holbrooke tenía fama de filtrar información a la prensa y le dijo que Carter no quería que participase de aquello. Christopher, no obstante, temía que su secretario adjunto dimitiese por haber sido excluido. En última instancia, hacia las diez y media de esa noche, se le permitió llamar a Holbrooke, que ya se había metido en la cama, pero seguía despierto, dándole vueltas a la cabeza.

—Estoy aquí, en el despacho de Zbig y tenemos un mensaje de Pekín —anunció Christopher—. ¿Quieres venir a verlo?

Cuando Holbrooke leyó el cable de Woodcock y el borrador de respuesta de Brzezinski a Deng, detectó al instante un problema. Estaba claro que los chinos no aceptaban ni entendían que Estados Unidos se reservase el derecho de vender armas a Taiwán. Quedaban por resolver ambigüedades deliberadas con respecto de esa cuestión fundamental, aunque sin una declaración bien clara sobre la defensa de Taiwán —argumentó Holbrooke—, el apoyo político del gobierno estadounidense se volatilizaría.

—Zbig, Chris: si enviáis ese mensaje, jamás lograremos que el Congreso apruebe lo que hemos hecho.

Brzezinski desdeñó las inquietudes de Holbrooke. Él iba a ser el protagonista de aquel asunto. Sin embargo, Holbrooke tenía razón: los chinos asumieron que se pondría fin a la venta de armas a Taiwán, y esa suposición amenazó con echar por tierra el acuerdo poco antes de que Carter lo anunciara. Hicieron falta dos reuniones más en el Gran Salón del Pueblo, en las que Woodcock y Deng acordaron, en esencial, pasar por alto los desencuentros para cerrar un pacto que ambas partes deseaban desesperadamente. Carter pudo por fin aparecer en televisión el 15 de diciembre para hacer un anuncio impactante: el primer día de 1979, el país más poderoso del mundo establecería relaciones diplomáticas con el más populoso del mundo.

Una semana más tarde, en Moscú, los soviéticos comunicaron a Vance que el haber normalizado las relaciones con China justo en ese momento empañaba las conversaciones sobre armamento, justo cuando ambas partes estaban a punto de entenderse[63]. El Tratado SALT II no se firmó hasta seis meses después y, en efecto, nació muerto.

Diez días después del anuncio de Carter, en Navidad, trece divisiones vietnamitas integradas por un total de ciento cincuenta mil soldados cruzaron la frontera camboyana y atacaron al ejército de los Jemeres Rojos. El 7 de enero entraban en Nom Pen.

Resultó que Brzezinski tenía razón en muchas cosas. Estaba en lo cierto cuando juzgaba el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con China como el objetivo más importante de los años de Carter. Tenía razón también al mostrarse escéptico respecto a la normalización con Vietnam y al considerar que la Unión Soviética violaba los derechos humanos intramuros y se comportaba como una potencia colonial en África y Asia. Su forma de entender el mundo, marcada por una visión de línea dura condicionada por la guerra fría, quedó de sobra confirmada en el momento en que Carter dejó el cargo.

Sin embargo, Brzezinski con sus posicionamientos ayudó asimismo a derribar los últimos pilares que sostenían el consenso posterior a la Segunda Guerra Mundial, y sembró la crueldad y el engaño en el corazón de las labores de gobierno, imposibilitando que quienes trabajaban para un mismo presidente pudiesen confiar unos en otros. Holbrooke era joven, fuerte y se

parecía lo suficiente a Brzezinski para sobrevivir, aunque sus heridas se volvían evidentes en el silencio que de por vida mantendría sobre el daño que Brzezinski le había hecho. Holbrooke opinaba que Vance jamás se recuperaría de los acontecimientos de aquella semana[64]. A finales de 1980, cuando ya había abandonado el cargo, y pasando por alto cualquier código de conducta, Vance confesó a Holbrooke: «Sigo sin entender cómo el presidente se dejó engañar por Zbig. Es un embustero, un tipo malvado y peligroso»[65].

A Brzezinski, al igual que a Kissinger, le encantaba el espectáculo del poder cuando este se ejercía para su propio beneficio. En enero de 1979, Deng Xiaoping llegó en visita de Estado a Estados Unidos, y fue el invitado de honor a una cena celebrada en casa de los Brzezinski, en Virginia. El líder chino hizo saber a los estadounidenses que su país planeaba dar a los vietnamitas «una lección» por derrocar a sus amigos camboyanos, los Jemeres Rojos. Brzezinski apenas logró contener su entusiasmo. Deng contaba con la bendición implícita de Estados Unidos para declarar una guerra. Brzezinski, más tarde, describió aquello como «la demostración más impresionante de poder puro que he presenciado en mis cuatro años en la Casa Blanca […]. En mi fuero interno deseé que el gusto de Deng por el ejercicio de ese tipo de poder se contagiase a algunos de los principales responsables de la toma de decisiones de nuestro país»[66].

La «lección» de dieciséis días impartida por Deng en febrero de 1979 supuso la muerte de veinte mil personas —diez mil soldados y civiles vietnamitas e igual número de soldados chinos— y dejó en ruinas una gran parte de Vietnam del Norte que se había librado de los bombardeos estadounidenses[67]. Así era ese poder puro. Esa guerra no le hizo ganar nada a China; si alguien enseñó una lección, fueron los vietnamitas. Diez años más tarde, Deng volvería a demostrar su gusto por el ejercicio del poder, enviando al Ejército Popular de Liberación a la plaza de Tiananmen para sofocar a veinticinco mil quinientos manifestantes pacíficos y aplastar el movimiento prodemocrático al menos durante dos generaciones más.

Brzezinski, a diferencia de Kissinger, no se deleitó en su propia indiferencia ante el sufrimiento humano, impuesta por el arte de gobernar, pero al igual que aquel veía el mundo como una competición entre grandes potencias. La catástrofe de un país como Camboya estaba condenada a convertirse en un asunto secundario.

Ken Quinn era otro de los funcionarios del Servicio Diplomático destinado en el delta del Mekong, junto a la frontera con Camboya. Un día de 1973, ascendió una colina, oteó más allá de la frontera y descubrió columnas de humo y fuego que se elevaban sobre aldeas en kilómetros a la redonda. La decisión de Nixon y Kissinger de llevar la guerra de Vietnam a Camboya había acelerado el auge de los Jemeres Rojos comunistas, y aquella zona estaba bajo su control. Quinn entrevistó a refugiados que habían huido a Vietnam del Sur y comenzó a hacerse una idea de cómo debía de ser la vida bajo el régimen de los Jemeres Rojos. A principios de 1974, envió un informe de alto secreto de cuarenta páginas al Departamento de Estado, donde describía una partitocracia basada en el terror totalitario, que recordaba a la Alemania nazi y a la Rusia estalinista, y cuyo objetivo era reconstruir la sociedad camboyana y la conciencia del pueblo jemer desde cero[68]. Los comunistas camboyanos, lejos de estar controlados por Hanói, como creían Kissinger y otros altos cargos estadounidenses, mantenían relaciones cada vez más hostiles con los comunistas de Vietnam.

El informe de Quinn fue el primer análisis estadounidense de los Jemeres Rojos. Washington lo pasó por alto completamente. El año siguiente, en abril, los Jemeres Rojos se hicieron con el poder, rebautizaron el país como Kampuchea Democrática, se aislaron del resto del mundo y empezaron a poner en práctica sus radicales convicciones, como Quinn había descrito. De forma paulatina, empezaron a filtrarse desde Camboya, merced a los pocos que lograban escapar, noticias de trabajos forzados, hambrunas y matanzas. Esas historias resultaban inverosímiles, como suele ocurrir con los genocidios en sus etapas primeras, y a la política estadounidense esas verdades le cogían a contramano. Washington no se apresuró a denunciar al aliado de China; muchos izquierdistas, como Noam Chomsky, defendieron a los Jemeres Rojos, y la ciudadanía no quería prestar más atención a Indochina. Durante su primer año, el gobierno de Carter no tuvo nada que decir sobre Camboya. Con una excepción.

En julio de 1977, Holbrooke fue llamado a testificar ante una subcomisión del Congreso presidida por un congresista de Brooklyn llamado Stephen Solarz, en cuyo distrito vivían más supervivientes del Holocausto que en ningún otro lugar del país. Solarz quería llamar la atención sobre Camboya. Al salir del despacho de este, en el Capitolio, Holbrooke se pasó por la mesa

de Quinn. Holbrooke conocía el informe clasificado y preguntó a Quinn qué debía exponer ante la subcomisión. Quinn era el tipo de funcionario del Servicio Diplomático que gustaba a Holbrooke: había prestado servicio cara a cara con la guerra en el delta del Mekong, y sus informaciones sobre los Jemeres Rojos contradecían las opiniones de sus superiores. Cuanto decía Quinn sonaba a la verdad que posee quien conoce el terreno. En cinco minutos, le resumió sus hallazgos a Holbrooke, que seguía de pie ante el escritorio de Quinn.

«El nuevo gobierno pretende restructurar radicalmente la sociedad y el carácter de los camboyanos —explicó Holbrooke a la subcomisión de Solarz, haciéndose eco de Quinn—. La herramienta utilizada para acelerar el cambio es la coerción. Las libertades políticas individuales se han erradicado o han quedado subordinadas a metas colectivas[69]». Los Jemeres Rojos llevaban en el poder más de dos años y Holbrooke estimó que el número de víctimas eran «decenas de miles, si no cientos». Algunos periodistas daban cifras de más de un millón. «Hemos declarado que nuestra política sobre derechos humanos es de aplicación en Camboya. Déjenme hoy hacer hincapié en ello aquí. No podemos dejar que nuestro silencio se entienda como aquiescencia al respecto de los trágicos sucesos que están dándose en ese país. Me gustaría dejar constancia, en los términos más enérgicos de que sea capaz, que deploramos lo que está ocurriendo ahora mismo en Camboya». Holbrooke preparaba así el terreno para las malas noticias. «Siendo realistas, no puedo decir, sin embargo, que podamos hacer algo en un futuro cercano para mejorar la lamentable situación que está atravesando el pueblo jemer». La única herramienta de que podía servirse Estados Unidos, no obstante, era la ayuda a los refugiados.

De vuelta a su despacho, Holbrooke pasó de nuevo por la mesa de Quinn.

—Eso es justo lo que tenemos que hacer —le dijo.

Holbrooke fue el primer funcionario estadounidense en denunciar los crímenes de los Jemeres Rojos. Sus observaciones no influyeron en absoluto en las políticas en curso. Estados Unidos no ejercía influencia alguna sobre Camboya. ¿Era políticamente moral señalar un crimen flagrante pero no actuar para acabar con él, guardando además silencio al respecto? La única solución real —organizar una fuerza internacional para rescatar al pueblo jemer de lo que un escritor francés había descrito como «primer

autogenocidio de la historia»— era tan extremada que en el gobierno solo la defendió George McGovern, el senador contrario a la guerra al que Nixon había ganado por goleada en 1972. «¿Hemos de hacernos a un lado y contemplar cómo masacran a la población? —preguntó McGovern en una audiencia ante la comisión de Relaciones Internacionales del Senado—. ¿O hemos de comandar una fuerza militar y poner fin a la barbarie?»[70].

Era 1978 y las estimaciones sobre víctimas en Camboya iban del millón a los tres millones. Estados Unidos tenía una parte de responsabilidad en aquel genocidio y, por pura angustia moral, McGovern quiso poner sobre la mesa lo que vino en llamarse una «intervención humanitaria». La idea espantó a izquierda y derecha y en el gobierno de Carter nadie le dio pábulo. Quince años más tarde, Holbrooke firmaría una iniciativa similar, solo que más cerca de casa. Pero en 1978 y en el Sudeste Asiático, esa propuesta no tenía futuro.

Los derechos humanos fueron la principal aportación de Jimmy Carter a la política internacional estadounidense[71]. Los colocó en el centro de su campaña —Holbrooke escribió varios pasajes de sus discursos al respecto— y creó el cargo de secretario de Estado adjunto sobre Derechos Humanos y Asuntos Humanitarios, que otorgó a una activista inflexible de los derechos civiles, Patricia Derian. Tony Lake fijó reuniones mensuales con un equipo de trabajo presidido por Warren Christopher, en el que Derian opinaría sobre las implicaciones en materia de derechos humanos de los distintos programas de ayuda y también de las ventas de armamento. Carter y sus subordinados mencionaron los derechos humanos en discursos a lo largo de toda la presidencia.

Sin embargo, una cosa era escribir un discurso y otra llevarlo a la práctica. Los derechos humanos lucharon por tener oxígeno político desde las primeras semanas del gobierno de Carter, pues eso que llamamos «interés nacional» era siempre prioritario y Holbrooke, cuyo objetivo primordial era restaurar la hegemonía estadounidense en el Pacífico, se mostraba enérgico en particular en anteponerlo a todo lo demás. Quería vender aviones F-5 al régimen indonesio, que estaba llevando a cabo una represión masiva sobre Timor Oriental. Quería también renovar las concesiones de dos grandes bases estadounidenses en Filipinas, bajo el mando del dictador Ferdinand Marcos. Derian argumentaba que esos acuerdos deberían subordinarse a la salvaguarda de los derechos humanos y viajó por toda Asia dando conferencias a jefes de

Estado, como si fueran gobernadores del sur de Estados Unidos necesitados de educación humanitaria. Holbrooke consideraba a Derian una intrusa temeraria e ingenua.

En abril de 1977, pasó veinticuatro horas con Blythe en el gigantesco yate presidencial de Ferdinand e Imelda Marcos, comiendo, bebiendo, bailando, haciendo esquí acuático y advirtiendo a Marcos de que al presidente Carter le preocupaban sumamente los derechos humanos[72]. Al final Holbrooke consiguió que se renovaran las concesiones de las bases y, por su lado, Marcos liberó al líder de la oposición, Benigno Aquino, y lo mandó al exilio. Holbrooke lo consideró un éxito, pero para Derian aquello era venderse. Ambos se gritaron a la cara[73]. Filipinas continuó siendo un aliado estadounidense y una dictadura corrupta.

Otro ejemplo: Carter accedió al poder decidido a retirar las tropas estadounidenses de Corea del Sur. ¿De dónde sacó aquella idea? Cómo no, del artículo que había publicado Holbrooke en *New York Times Magazine* en 1975. Ya en el cargo, Holbrooke se retractó de lo dicho en ese artículo, llegando incluso a negar su existencia. Hizo a Gelb prometer que no lo mencionaría a nadie y se mostraba tan susceptible con el asunto que este tuvo que dejar de bromear al respecto. Holbrooke y otros colegas consiguieron que Carter revirtiera su postura, si bien el precio del éxito fue una dura bronca por parte del presidente durante un viaje a Seúl, en 1979. En mayo de 1980, cuando soldados surcoreanos masacraron a cientos de manifestantes en Gwangju, Holbrooke apoyó el silencio estadounidense. Unos meses después, intervino discretamente para evitar la ejecución del líder disidente Kim Dae Jung.

Estos eran los típicos casos en que el interés nacional se imponía a los principios universales. Holbrooke priorizaba los primeros, haciendo a la vez gestos a favor de los segundos. Camboya, no obstante, era otro asunto. Las matanzas eran masivas y habían sufrido cinco años de guerra civil y, antes, los bombardeos estadounidenses. En los cuatro años de terror se había masacrado a un cuarto de la población del país. Ahora, la invasión y ocupación vietnamita, la tercera guerra de Indochina, propagaba la hambruna y provocaba un flujo masivo de refugiados hacia la frontera con Tailandia. La política estadounidense era no reconocer que Vietnam había liberado al pueblo camboyano de un régimen genocida, y tampoco garantizar que llegase

la ayuda humanitaria a ese país hambriento, sino prolongar el conflicto en aquel nuevo campo de batalla de la guerra fría todo el tiempo que fuera necesario, hasta que Vietnam pleitease por la paz. A raíz de las objeciones presentadas por Holbrooke, Brzezinski alentó a los tailandeses a que hicieran llegar armas chinas a los combatientes jemeres que vivían en los campamentos de refugiados[74]. El gobierno estadounidense se negó a usar el término «genocidio» en alusión a lo que estaba ocurriendo en Camboya.



Richard Holbrooke y Ferdinand Marcos. Holbrooke Papers.

En septiembre de 1979, las Naciones Unidas debatieron si entregar el sillón de Camboya a la Kampuchea Democrática, es decir, a Pol Pot y a los remanentes de su régimen asesino, que se refugiaban en las selvas del oeste del país. La noche anterior a la votación, Vance mandó llamar a Holbrooke y repasó con él los pros y los contras[75]. Holbrooke señaló que un voto negativo supondría para Estados Unidos muchos más costes que ganancias y sería una recompensa a la agresión vietnamita. Los aliados de Estados Unidos en el Sudeste Asiático, en especial Tailandia, temían a Vietnam y querían aislar al gobierno títere de Nom Pen. Por supuesto, dejar el asiento vacío quedaba fuera de toda discusión. Al día siguiente, Estados Unidos votó junto con la mayoría de la Asamblea General dar la plaza de Camboya en las Naciones Unidas a los Jemeres Rojos.

Holbrooke juzgó esta decisión «el lance más complicado» que hubiera resuelto jamás en política. «Iba en contra de mis opiniones personales. Pero yo era un funcionario público y tuve que apretar los dientes[76]».

Los funcionarios públicos toman juramento y, en virtud de este, en efecto, se comprometen a apretar los dientes. Digan lo que digan los estadistas en sus discursos y memorias, la función pública pocas veces tiene que ver con salvar vidas o mitigar el sufrimiento: tiene que ver con apretar los dientes. Hasta Jimmy Carter, quien miraba a Henry Kissinger con displicencia, era incapaz de escapar a la fría lógica: tenía que apoyar a Pol Pot. El gobernante debe velar por los intereses nacionales y muy a menudo hay que sacrificar el equivalente a unos pocos millones de camboyanos traumatizados, y el sacrificio resulta más fácil, porque esos camboyanos apenas se ven y se les olvida con facilidad cuando se hace política desde las copas de los árboles.

Si Holbrooke hubiera tenido éxito en las conversaciones con los vietnamitas de 1977 y 1978, el futuro habría deparado quizá otras cosas para Camboya. Estados Unidos habría asumido un papel mediador en el Sudeste Asiático y se habría evitado la tercera guerra de Indochina y otra década de tormentos para el pueblo jemer. Holbrooke perdió esa batalla y siguió la corriente de la política de castigo a los camboyanos en nombre del interés nacional estadounidense.

Esa fue la lección más importante que aprendió Holbrooke en su primera cata de poder. Me he extendido más de lo que tenía planeado acerca de lo ocurrido durante esos años porque me doy cuenta de que dan una visión importante sobre la historia que quiere contar este libro. Las buenas personas imaginan que el gobierno de su país ha de ser bueno y hacer el bien en el mundo: en especial las buenas personas estadounidenses. Nos gusta imaginarnos conjurando la Declaración de Independencia, que tan presente estuvo en el eslogan de la campaña de Carter en 1976. No nos ajustamos de manera natural a la *realpolitik*, y Carter alcanzó algunos objetivos de valor resistiéndose a ella, de los cuales el más importante fue convertir los derechos humanos en una cláusula permanente de nuestro idioma político, aunque fuese de boquilla. Sin ellos, el interés nacional podría terminar justificando cualquier cosa. No cejemos en esa idea, así pues, aunque sepamos que no es la prioridad de los gobiernos. Mostrémonos infelices cuando los altos cargos no estén a la altura, pero no nos sorprendamos.

Blythe se instaló en Washington presuponiendo que encontraría un empleo adecuado y que podrían llevar una buena vida juntos. Holbrooke, entregado por entero a su jovencísima, ágil e irritable esposa, movía cielo y tierra por complacerla. Se mudaron a un gran apartamento cercano a Embassy Row que él no podía permitirse, y la llevó consigo a los viajes oficiales por Europa y el Pacífico: se alojaban, por poner dos ejemplos, en el cuarto de invitados del embajador estadounidense en Roma o en los alojamientos destinados a militares del Mando del Pacífico, en una playa de Honolulú. No es fácil llevar una buena vida cuando no tienes dinero.

Trabajar desde las copas de los árboles te permitía conocer a líderes mundiales y a la vez te obligaba a gorronear todo lo posible. El salario de Holbrooke era de unos treinta y seis mil dólares netos. Había retirado los nueve mil que tenía en el fondo de pensiones del Servicio Diplomático y Harriman le prestó otros trece mil. Pedía que le reembolsaran hasta los gastos más nimios. Cada vez fallaba más con la pensión de sus hijos, hasta que recibió una carta firmada por un amigo de Litty, abogado de profesión. Blythe no mostraba interés alguno por los hijos de Holbrooke. Pese a sus esfuerzos, más bien irregulares, este los veía menos que nunca.

La ambición de Blythe era convertirse en escritora —tenía cierta vena para la sentenciosidad acerba, al estilo Didion— y Holbrooke le presentó a todos los editores que conocía (Wisner juzgaba aquello un importante conflicto de intereses), pero ese «empleo adecuado» se le resistía. Los amigos de Holbrooke no se interesaban por ella, y tampoco a la inversa. Él se mostraba despreocupado y se aseguraba de que Blythe pasara tiempo con Gelb y los Harriman, y con el resto de compañeros del Departamento de Estado. Ella vestía demasiado provocativamente para el departamento: en una ocasión, Holbrooke fue a la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews para recibir al primer ministro japonés, y Blythe se presentó con unos vaqueros y una sencilla blusa. Los japoneses se escandalizaron y no lo olvidaron; a partir de ese momento, juzgaron a Holbrooke un tipo descuidado y poco respetuoso.

Blythe no soportaba Washington, por motivos no demasiado originales: la ciudad rebosaba de hombres aburridos y egoístas que no hacían distingos entre el trabajo y la vida personal. Es fácil imaginar su particular frustración, siendo una mujer joven y más inteligente que la mayoría de mentes mediocres que dirigían el gobierno de Estados Unidos. No la tomaban en serio: sus jefes

en la televisión pública envidiaban todas las invitaciones que recibía por el hecho de ser la esposa de Richard Holbrooke. Aunque aferrarse a él había sido una maniobra astuta, en cualquier caso ella quería ser reconocida por derecho propio. Como Pamela Harriman, Blythe jugaba sus cartas para obtener esas cosas a las que solo los hombres se sentían con derecho. Y estos se burlaban por ello.

Una noche, cuando Blythe llevaba un año en Washington, un tipo que se sentaba a su lado durante una cena en casa de Katharine Graham le preguntó:

—¿Qué le parece Washington?

—Es maravilloso —respondió ella.

—¿Le gustaría escribir sobre ello para mí? —propuso él. Era el editor de *Newsweek*.

Al día siguiente, Blythe se sentó ante su máquina y escribió, *à la* Didion: «En los días malos, cuando alguien me pregunta cómo estoy, respondo: "En Washington"». La reflexión clave llegaba a la mitad del artículo: «Claro que hay sexo, pero el único romance que se vive en la ciudad es el que se mantiene con el poder».

Le mostró el artículo a Holbrooke, consciente de los problemas que podría acarrearle. «Si no quieres que lo publique, no lo haré». Pero a él le encantó el texto, y le contestó que quizá se convirtiera en la próxima Tom Wolfe. Eran cómplices en el delito; el éxito de ella sería en parte también suyo. Cuando se publicó la columna, titulada *Why I Hate Washington* («Por qué odio Washington»), él hizo decenas de copias y las distribuyó orgulloso a sus desconcertados empleados y colegas, que interpretaron la pieza como un sutil ataque contra el marido de la firmante. Por un breve periodo, Blythe estuvo de moda en la capital del país. La futura exesposa de Bob Woodward obligaba a este llevar una copia de la columna en el bolsillo. Las mujeres políticas estaban del lado de Blythe, pero las anfitrionas de cada casa estaban deseando pillarla con la guardia baja. Pam regañó a Holbrooke por la indiscreción de su esposa y este de repente se recompuso. Si debía elegir entre Blythe y los Harriman, lo tenía claro. Comenzó a trabajar más horas que nunca. Blythe, aún en la veintena, se sintió abandonada.

A finales de 1979, ella regresó a Nueva York. Holbrooke quería recuperarla y se encerraba en su despacho para hablar por teléfono con Blythe durante horas. El matrimonio, no obstante, se encaminaba hacia un desenlace

inevitable. Un día, un asistente de personal llamado Jeff Bader estaba revisando el correo de Holbrooke y se topó con un documento legal remitido por el abogado de Blythe en que se exigía que Holbrooke presentara las alegaciones por las que el matrimonio no habría de disolverse. Bader dio por hecho que su jefe esperaba esa carta, pero cuando este la vio, se quedó lívido: «¿De dónde ha salido esto?».

Holbrooke se instaló de nuevo en la casa de huéspedes Harriman en la calle N, como un animal herido que regresa al cubil de su manada. Lloró abiertamente sobre el hombro de su amiga Sally Quinn, la esposa del editor del *Washington Post*, Ben Bradlee, y acudió a varias exnovias en busca de consuelo, entre ellas a Gail. Gail estaba casada y había tenido hijos; tras almorzar dos veces con él, se negó a seguir viéndolo. Antes del juicio, Holbrooke pidió a Gelb que testificara que él y Blythe no habían mantenido relaciones sexuales durante más de un año.

—¿Es eso verdad? —quiso saber Gelb, incapaz de resistirse a preguntarlo —. Si me hacen declarar bajo juramento no me veo capaz de mentir.

—Di que te lo dije yo, y ya está —pidió Holbrooke—. Siento obligarte a hacer algo así.

Gelb habría mentido por su amigo, pero el caso es que Blythe no se presentó al juicio, así que se formalizó un divorcio incausado. Para entonces, ya se había cambiado el nombre a Blythe Holbrooke, con el que firmó los dos libros que escribiría más tarde.

La última vez que Holbrooke vio a Blythe fue en el otoño de 1980, durante una visita a Nueva York para finiquitar los trámites del divorcio y trabajar en el asunto del voto estadounidense a favor de que los Jemeres Rojos tuvieran lugar en las Naciones Unidas. «¿Pol Pot, Dick? —le preguntó Blythe, incrédula, cuando hubieron firmado los últimos documentos—. ¿Cómo has podido?».

Pero no es este el final de esta parte de la historia. Queda un último episodio, en que descubriremos qué diferenciaba a Holbrooke de los demás en el ecosistema arbóreo.

Tras la caída de Saigón, el presidente Ford había permitido la entrada de ciento treinta mil sudvietnamitas en Estados Unidos, pero después cerró las fronteras a cal y canto. Los estadounidenses querían poner fin a su

implicación en aquella parte del mundo. Durante los dos primeros años de mandato de Carter, casi nadie prestó atención a la difícil situación de la población del Sudeste Asiático, desarraigada por la guerra y maltratada por la represión. Estados Unidos no mantenía una postura clara sobre los refugiados y ni siquiera los consideraba una cuestión de la política exterior. La oficina dedicada a este particular, dependiente del Departamento de Estado, estaba integrada solo por dos personas. Vance, para quien la política exterior consistía en la administración de las relaciones entre estados soberanos, opinaba que los refugiados eran un asunto interno de cada «país de acogida» —en aquel caso, Tailandia— del que debía ocuparse, en todo caso, las Naciones Unidas, por su vocación humanitaria. Brzezinski no les dedicó ni un solo pensamiento.

Los refugiados ocupaban la estrecha grieta que se abría entre diversos intereses nacionales —en lo referido al ejercicio del gobierno, eran una realidad neutra, casi invisible—; además, eran de Indochina y no parecían tener esperanza alguna. Por estas razones, sí preocupaban a Holbrooke, que durante cuatro años no dejó de interesarse por ellos. En agosto de 1977, compareció ante el Congreso y defendió que se acogiera a otros quince mil refugiados vietnamitas. «La motivación es simple —declaró—. La profunda preocupación humanitaria que por tanto tiempo ha sido parte distintiva de nuestro carácter nacional[77]». En 1978 y 1979, decenas de miles de vietnamitas se vieron obligados a echarse al mar de China Meridional y Holbrooke presionó para que Estados Unidos respondiera más enérgicamente, enviando, por ejemplo, buques de la Marina para rescatar a los que habían sido rechazados por países del entorno. La Marina, no obstante, no consideraba el rescate de refugiados una misión militar.

En la primavera de 1979 Holbrooke halló un aliado en el vicepresidente Mondale, quien convocó una reunión en la Sala de Crisis durante la cual se debatieron cuestiones urgentes relativas a la seguridad nacional. Holbrooke se dio cuenta de que, en aquella cámara sin ventanas del sótano de la Casa Blanca, herméticamente cerrada y aislada del mundo exterior, hasta los refugiados que se ahogaban en el mar se convertían en una abstracción burocrática[78]. Todas las agencias gubernamentales encontraban razones para oponerse a la propuesta del rescate, en especial el Pentágono. Después de dos horas de discusión, Mondale, que presidía la reunión, se volvió hacia el

almirante de la Marina que había en la sala. «¿Está diciéndome que hay miles de personas ahogándose en mar abierto y, teniendo la Séptima Flota desplegada justo en esa zona, no podemos ayudar?»[79]. El vicepresidente ordenó al almirante que pusiera en marcha una misión de rescate o se fuera buscando otro trabajo.

Un par de meses después, Mondale sobrevoló en helicóptero la bahía de Manila y aterrizó en un portaaviones que participaba en las operaciones de rescate.

—No me hizo gracia recibir esas órdenes —le confesó el comandante del portaaviones a Mondale—. Pensé que desmoralizaría a mis marineros… Pero estaba completamente equivocado.

Los marineros, en efecto, se alegraron de ayudar a hombres y mujeres en peligro de muerte.

—Esto cambiará de manera radical la visión que toda esta gente tiene acerca de Estados Unidos —razonó el comandante—. Cuando sus vidas estaban en peligro, vieron un barco con bandera estadounidense cuya tripulación los sacó del mar e hizo que se sintieran seguros por primera vez en meses. De repente, el mundo dejó de ser un lugar hostil para ellos. Es difícil enojarse con quien aplica medidas de este tipo[80].

Sin embargo, no bastaba con rescatar a la gente de entre las olas. Había que ofrecerle un hogar en alguna parte. Los países vecinos afirmaban no tener más capacidad de acogida: ordenaban a los barcos alejarse de sus costas e incluso amenazaban con disparar contra los refugiados más desesperados. En junio de 1979, Holbrooke viajó en el Air Force One a Japón para la cumbre del G7, y mientras sobrevolaban el Pacífico, hostigó primero a Vance y luego a Carter para que aceptasen duplicar la cuota de admisión de refugiados procedentes del Sudeste Asiático (de siete a catorce mil). Para ellos, no obstante, no era una cuestión prioritaria. El Tratado SALT II estaba perdiendo apoyo en el Senado, había una revolución en curso en Irán y el mundo se hallaba en crisis. Sin embargo, cuando Carter llegó a Tokio, anunció que esos catorce mil refugiados serían bien acogidos.

Al mes siguiente, Carter canceló sin previo aviso su viaje a un congreso celebrado en Ginebra sobre la crisis de los refugiados. Se retiró a Camp David para preparar el famoso discurso, que más tarde se conocería como «discurso del malestar», y envió a Mondale en su lugar. No se esperaba gran cosa de

aquel congreso. El anterior celebrado con ese propósito no había sido demasiado productivo: mientras miles de personas en el Sudeste Asiático se enfrentaban a la muerte, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) se enredaba en sus propias inercias burocráticas. El redactor de los discursos del vicepresidente tuvo que preparar una alocución sobre la marcha. Entre sus documentos informativos se encontraba un informe proporcionado por Holbrooke en que este aludía a otro congreso sobre refugiados: el celebrado en 1938 en Évian, a orillas del lago de Ginebra, para determinar el destino de miles de refugiados judíos. Ningún país se había ofrecido a aumentar su cuota de refugiados, excepto la República Dominicana. En aquel entonces, el presidente Roosevelt había hecho lo posible por mantener esa cuota al mínimo. El redactor de discursos de Mondale leyó el informe de Holbrooke y se dio cuenta de que tenía gancho.

En Ginebra, Mondale instó a los delegados a no repetir la tragedia de Évian: «Renunciemos a ese legado vergonzoso. Honremos los principios morales que hemos heredado. Hagamos algo significativo y grande para poner fin a esta desgracia. Nos enfrentamos a un problema de alcance mundial; generemos, pues, una solución de alcance mundial también. La historia no nos perdonará si fracasamos. La historia no nos olvidará si tenemos éxito». El discurso de Mondale recibió una ovación cerrada. Además, los gobiernos presentes en Ginebra aumentaron tanto las cuotas de refugiados como la ayuda financiera.

Debido a su historia familiar, Holbrooke debía de conocer bien lo ocurrido en Évian. No creo, sin embargo, que ser hijo de refugiados explique su entrega a este tema. Los padres se habían encargado de sepultar ese pasado, y el hijo no quiso desenterrarlo. No, no fueron los judíos; fue Vietnam. Allí fue donde vio a una madre amamantando a su hijo junto al cadáver de su marido. Nunca consiguió quitársela de la cabeza. No era de boquilla: le había tomado una foto; la había admirado. Holbrooke no hacía aspavientos al hablar de los refugiados ni trataba de poner en palabras profundos sentimientos al respecto. El sufrimiento humano no lo sumía en la parálisis psicológica ni en exasperaciones filosofales, sino que lo empujaba a actuar con ímpetu furioso.

La mayoría de los altos cargos y funcionarios estadounidenses que se preocupaban por los refugiados tenían en común haber trabajado en Vietnam.

Tal vez eso respondiera a un sentimiento de culpa o fuera únicamente el recuerdo de los rostros humanos. El hecho de haber prestado servicio a su país en aquel lugar les impedía a todos ellos entender aquel problema como una abstracción. Lionel Rosenblatt, un amigo de Holbrooke que trabajó para Komer en pacificación a finales de la década de 1960, había contravenido órdenes en 1975 al ayudar a evacuar a sudvietnamitas de Saigón. En 1979, se encontraba en la embajada de Estados Unidos en Bangkok cuando decenas de miles de camboyanos comenzaron a cruzar la frontera de Tailandia.

Eran fantasmas muertos de hambre. Muchos habían sido obligados a marchar por las tropas de los Jemeres Rojos. Algunos se derrumbaban en la frontera y morían allí mismo. Tailandia consideraba a los refugiados «inmigrantes ilegales»; en junio los soldados tailandeses los obligaron a regresar a través de los escarpados desfiladeros fronterizos, tras los cuales los esperaban campos minados. Renuente a ofender a los tailandeses, ACNUR no se pronunció. Las protestas del embajador estadounidense, Morton Abramowitz, amigo también de Holbrooke, no lograron conmover al primer ministro tailandés. Abramowitz y Rosenblatt hicieron saber a Holbrooke que en la frontera estaba produciéndose una crisis humanitaria comparable a la del mar de China Meridional. Holbrooke les ofreció el respaldo político necesario para que apretasen las tuercas a los tailandeses y despertó el interés de sus contactos en el Capitolio y los medios de comunicación. Viajó a Tailandia en octubre y visitó los precarios campos de refugiados que las organizaciones no gubernamentales estaban construyendo, cuando ya era tarde.

A un joven funcionario británico de las Naciones Unidas llamado Mark Malloch-Brown le habían dado tres días para abrir caminos y construir un campamento donde meter a sesenta mil «inmigrantes ilegales» en una fangosa pradera a las afueras de una aldea a sesenta kilómetros de la frontera[81]. Malloch-Brown trabajaba en un entorno de fariseísmo internacional en que los funcionarios parecían más preocupados por seguir los protocolos correctos que por resolver los problemas. Muchos se mostraban escépticos al respecto del supuesto genocidio perpetrado por los Jemeres Rojos y estaban convencidos de que el propósito de la campaña de reasentamiento de Estados Unidos era desestabilizar a los regímenes comunistas de Indochina[82].

Holbrooke llegó al campamento en helicóptero: un estadounidense grande y sudoroso, vestido con uniforme de safari color canela y enormes gafas, a

cuyo lado los refugiados parecían enanos. Nada más llegar, denunció las maneras de la burocracia de las Naciones Unidas, preguntó a Malloch-Brown qué necesitaba de Ginebra y quién se había negado a proporcionárselo, y reclutó a sus amigos en la embajada para que lo ayudaran a salir de aquel *impasse*. Malloch-Brown deseó que todos los supuestos imperialistas estadounidenses fueran como aquel tal Holbrooke. Entre las copas de los árboles del bosque washingtoniano, los refugiados apenas importaban a nadie, y por esa misma razón, Holbrooke era libre de mostrarse implacable. Por primera vez, vemos cómo su egoísmo y su idealismo se equilibraban a la perfección para conseguir algo bueno.

Hacia finales de 1979, una ofensiva vietnamita contra los Jemeres Rojos provocó una nueva oleada de refugiados. Carter recibía presiones de Ted Kennedy, quien le había plantado cara en las primarias demócratas, criticando la débil respuesta estadounidense al desastre del Sudeste Asiático. A principios de noviembre, Carter envió a su esposa Rosalynn a Tailandia en compañía de Holbrooke. La señora Carter visitó el campamento que Malloch-Brown había ayudado a construir. No le dijeron que estaba controlado por los Jemeres Rojos; jóvenes soldados miraban hoscamente a los visitantes. Holbrooke siguió a la primera dama entre los refugiados y la vio arrodillarse como una *madonna* para tomar a un niño enflaquecido entre los brazos. La esposa del presidente habló con la madre del niño, que yacía exhausta a sus pies, y besó la frente de la joven, murmurando: «Dedíqueme una sonrisa». Mientras, ciento cincuenta reporteros y fotógrafos peleaban por encontrar la mejor instantánea, y uno de los ayudantes de la señora Carter le gritaba a Malloch-Brown: «¡Propicie una situación para la foto!»[83].

«No he visto nada así jamás en mi vida —confesó la primera dama a la prensa—. Como esposa, como madre, como ser humano… Es devastador[84]».

Después, el mundo dirigió la mirada a Camboya. Al año siguiente, el último de su presidencia, Carter firmó la ley de Refugiados de 1980, que triplicó el número anual de refugiados permitidos en el país. En 1982, Estados Unidos había admitido a medio millón de indochinos; fue el país que mayor cantidad acogió de todo el mundo, con diferencia[85]. Al final fueron un millón y medio, y Holbrooke tuvo mucho que ver con ello.

Hoy parece que nos da vergüenza.

Puesto que he perdido la esperanza

Doce años. Los que correspondieron a su cuarentena y un par más. Tres elecciones presidenciales. Las guerras en Camboya, El Salvador, Nicaragua, Etiopía, Mozambique, el Líbano, Irán e Irak ardieron con furia hasta extinguirse. La guerra en Afganistán no terminaba nunca. Llegó la democracia a la cuenca del Pacífico. Sadam Husein engulló Kuwait y luego tuvo que regurgitarlo. Cayó el muro de Berlín y terminó la guerra fría, con sus millones de víctimas sin nombre. Yugoslavia se desmembraba, la Unión Soviética desaparecía y Estados Unidos se convertía en superpotencia. Holbrooke engordó cinco kilos y sus hijos se hicieron hombres mientras él esperaba nuevos avatares del destino.

El escenario cambió a Nueva York, justo cuando estaba inaugurándose el carnaval de Wall Street. Holbrooke ganaba dinero por primera vez y se hizo un nuevo grupo de amigos de alcurnia, porque eso es lo que ocurre cuando uno va cumpliendo años y escalando en la sociedad. Y también se echó novias, ¡claro! Todas esas cálidas luces de Manhattan hacen que nuestro hombre se nos difumine por temporadas a lo largo de la década de los ochenta: el resplandor mismo que desprende nuestra cámara lo torna cada vez más indistinto. Sin embargo, jamás se atenuó la luz interior de ese cerebro inasequible a la fatiga. Sin descanso, Holbrooke se posicionaba, se vinculaba, aprendía, se abría de miras, sondeaba, se preparaba para lo único que contaba de verdad.

Doce años eran muchos años de espera. Al final de ese periodo, estaba ya royendo los barrotes de su celda.

Holbrooke sabía que Carter perdería en 1980. La crisis de los rehenes estadounidenses en Teherán y la invasión soviética de Afganistán permitieron a Ronald Reagan afirmar con rotundidad que el presidente de la paz, el

presidente de los derechos humanos, había debilitado a Estados Unidos. Las cosas tenían cada vez peor pinta en los hogares, en el centro de las ciudades, en las gasolineras, en la economía en general. Carter terminó su legislatura igual que el típico conductor que en mitad de un deslizamiento de tierra se pone a hurgar en el motor de su coche para intentar averiguar por qué no arranca. En algunos aspectos, se adelantó en una generación a su época, pero no tenía madera de líder, y un líder es lo que quieren los votantes, aun cuando les mienta.

Clark Clifford, que supo susurrar al oído del poder desde tiempos de Truman, vio un cambio político mayúsculo, de esos que se extienden durante más de un ciclo electoral. Holbrooke apuntó en su cuaderno: «Clifford. Los demócratas llevan en punto muerto cuarenta años, viviendo de las rentas de la coalición de Roosevelt. Esta coalición, sin embargo, está desintegrándose»[1].

A unos días de las elecciones, Holbrooke se dispuso a meditar sobre cuál sería el siguiente paso que daría. Llegada la segunda semana de noviembre, propuso a editores y agentes escribir un libro sobre el futuro de las relaciones entre Estados Unidos y los países asiáticos[2]. Cada vez que se salía del gobierno, planeaba ponerse a escribir, algo que llevó a término solo en una ocasión (y no fue esta). A. M. Rosenthal, redactor jefe del *Times*, le ofreció un puesto en el periódico que lo había rechazado en 1962[3]. La oferta, no obstante, llegaba en un mal momento. Holbrooke tenía deudas y algunos de sus amigos, como Clifford, al que le iba muy bien económicamente, le aconsejaron buscarse un segundo trabajo más lucrativo. Holbrooke no necesitó que lo convencieran. «En el mundo del periodismo me consideraban un burócrata y en el gobierno, un periodista, de modo que siempre me he sentido un extraño en ambos ámbitos —escribía a principios de 1981—. Así pues, ahora intentaré dedicarme a algo que siempre me ha sido ajeno: los negocios[4]» En su cuaderno, anotó un verso del poeta Robert Frost, «el trabajo es un juego en el que te juegas la vida»[5]..

En Georgetown, a principios de la década de 1970, Holbrooke había llegado a intimar con Peter Peterson, hijo del propietario de un restaurante griego en Nebraska, que fue secretario de Comercio de Nixon durante un año y luego se hizo con la vetusta firma de Wall Street, Lehman Brothers. Holbrooke había contratado al hijo de Peterson para *Foreign Policy*, el cual le abría las puestas de su casa a Holbrooke cada vez que este pisaba Manhattan.

Dos semanas después de la derrota de Carter, almorzaron juntos en el hotel Carlyle, en el Upper East Side[6]. Holbrooke enumeró las empresas a las que había ayudado a entrar en los mercados asiáticos: Chase Manhattan, Pan Am o Weyerhaeuser, entre otras. Dejó claro que conocía a todos los cabecillas de los gobiernos de Extremo Oriente. Contaba con las referencias de Rockefeller, Cyrus Vance e incluso de Henry Kissinger.

Entre las empresas de Wall Street había una larga tradición de contratar a grandes hombres de gobierno, y a la inversa. Lehman Brothers sumó a sus filas a un ya anciano George Ball, vicesecretario de Estado de Kennedy y Johnson, quien había ayudado a organizar el derrocamiento de Diem en Vietnam y pasó a ser luego una de las voces discrepantes respecto a la guerra dentro de la Casa Blanca. Holbrooke también tenía cierto nombre, pero no podía compararse con Ball. El declive de las élites WASP estrechaba el túnel que conectaba Washington y Wall Street. Los fondos de inversión contrataban a licenciados en empresariales con conocimientos de banca provenientes de las mejores universidades. Holbrooke no tenía ni idea cómo funcionaban los bancos y Lehman no tenía sitio para alguien con su perfil.

Sin embargo, en enero, un banco de larga trayectoria le propuso un acuerdo diferente: Lehman contrataría a Holbrooke como consultor privado en Washington y Pekín, lo que en tiempo de trabajo le exigiría un cuarto de su jornada laboral, a cambio de una remuneración de cuarenta mil dólares anuales más bonificaciones[7]. La idea le resultaba atractiva y no tenía otras propuestas en el horizonte.

Sin embargo, lo llamó entonces su amigo Jim Johnson con una propuesta. Johnson y Holbrooke se habían conocido en Princeton en 1969 y aquel, originario de Minnesota, había terminado convirtiéndose en el asesor más cercano de Walter Mondale (y único amigo de Holbrooke en el terreno hostil en que se había convertido para este la Casa Blanca de Carter). Mondale era el candidato presidencial más probable del Partido Demócrata para 1984 y Johnson, por así decirlo, le guardaba la puerta. Todos los demócratas ricos del país querían conocerlo, así que ¿por qué no entrar juntos en el mundo de la consultoría y ofrecerse a empresas que buscaban desenvolverse mejor en el sector público?

Era este un nicho de mercado relativamente novedoso en Washington: no se trataba de ejercer presión al estilo *lobby*, sino de ofrecer asesoría

estratégica: abrir puertas y, a la vez, vender opiniones. La tarjeta de visita más eficaz de Holbrooke era China. Tras la normalización de las relaciones diplomáticas, él se había encargado de gestionar los vínculos económicos y culturales, y en el verano de 1979 acompañó a Mondale a un viaje de alto perfil a Pekín que supuso el primer remache en la nueva relación. Johnson ofreció a Holbrooke el cargo de subdirector de asuntos internacionales y le ofreció una participación del cuarenta por ciento. En caso de que a alguien se le pasara por alto el carácter político de la iniciativa, tendrían su sede en un edificio de la calle M, donde también se encontraba el bufete de Mondale. La empresa se llamaría Public Strategies, Inc. Holbrooke aceptó en la misma conversación telefónica.

Empezó a sacudir el árbol de las empresas que podían tener interés en expandir su actividad comercial por Asia y el Pacífico: Seagram's, John Deere, Levi Strauss. Escribió a Lester Crown, principal accionista de General Dynamics y excompañero de clase de Jack Valenti —director de la Motion Picture Association of America— en la Escuela de Negocios de Harvard, a quien Holbrooke había conocido en la Casa Blanca de Johnson (esto es lo que hoy llamaríamos «capital social»):

> Estimado señor Crown: Por sugerencia de Jack Valenti me pongo en contacto con usted para proponerle entablar con ustedes una relación profesional mutuamente beneficiosa, la cual, además, favorecería a los intereses estratégicos y de política exterior de nuestro país. Me interesa debatir con ustedes la posibilidad de desarrollar una minuciosa y eficaz estrategia mercadotécnica para vender la aeronave FX a los cinco estados miembros de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático[8].

El señor Crown no mordió el anzuelo, pero Edgar Bronfman, de Seagram's, sí (por cincuenta mil al año), y también Hyundai (por treinta mil más seis mil en dietas) y Nike, que quería abrir fábricas en la República Popular. Holbrooke aconsejó a Philip Knight, presidente de Nike, que eliminase de las etiquetas de sus zapatillas el *Made in Taiwan R. O. C.* para no ofender a Pekín[9].

Durante los viajes de negocios, incluidos los muchos que hizo a la capital china, Holbrooke era recibido por los más altos cargos como si siguiera representando al gobierno estadounidense. Fue el primer funcionario en sacar partido de su antiguo cargo público para beneficio propio: en 1981 había casi siete mil grupos de presión en Washington, número que crecía astronómicamente. No sería ni mucho menos el último. Sin embargo, aquellos

tejemanejes olían un poco a corrupción, lo suficiente, al menos, para incomodarlo[10]. Su coartada fue siempre el interés nacional de su país.

Holbrooke compró una elegante casa en el límite de Georgetown y dejó el cuarto de invitados de la casa Harriman en la calle N, donde había vivido como un ocupa durante dos años. Harriman ya había cumplido los noventa, pero insistió en caminar con Pam las tres manzanas que los separaba de la nueva casa de Holbrooke para conocerla. Echó un vistazo al piso de arriba y al de abajo, baños incluidos.

—Bonita casa —declaró—.[11] ¿Cuánto te ha costado? —Ya conocía la respuesta, pues le había prestado a Holbrooke cincuenta y siete mil dólares[12].

—Doscientos cincuenta mil.

—Vaya, la misma cantidad que pagué por la mía.

—Averell, eso fue hace más de veinte años —puntualizó Pam.

El Cocodrilo no solo se había quedado medio sordo y medio ciego, sino que se le había agriado el carácter. Pero sonrió.

Holbrooke nunca había tenido dinero. Seguía siendo un poco tacaño: jamás dejó el hábito de endosar las cuentas de los restaurantes a los amigos. Invertía el dinero en hacer que su estilo de vida se pareciese un poco más al de las personas que lo rodeaban. Fue como cuando descubrió a los treinta y un años que las mujeres querían meterse en la cama con él, algo que jamás digirió del todo. «El dinero no me interesa —escribió en una ocasión—. Lo que me interesa es lo que uno puede hacer con él[13]». Era una manera algo moralista de aclarar que las complejidades de las finanzas le aburrían, que no tenía ningún interés en hacer un seguimiento de lo que ganaba y que se había metido en todo aquello por las cosas a que el dinero le franqueaba acceso: el poder y la cercanía a personas que podrían resultarle útiles en su otra profesión, la que de verdad le importaba.

A lo largo de la década de 1980, muchos creyeron que jamás volvería a haber un presidente demócrata. Reagan había descubierto la fórmula perfecta para la supremacía republicana: ondear la bandera y no preguntar nada a la ciudadanía. Hinchar el presupuesto de Defensa y recortar impuestos. Hacer que Estados Unidos ganase más medallas que nadie en las Olimpiadas. Contraatacar al comunismo con pequeñas guerras sucias que no costaban ni

una vida estadounidense. Si tocaba enviar tropas al campo de batalla se declaraba la guerra a un pequeño país isleño, como Granada. Si en Beirut casi trescientos estadounidenses saltaban por los aires al inmolarse unos terroristas secundados por Irán, se retiraba a los marines del lugar y se cambiaba de tema (por el amor de Dios, ¡no se podía airear la propia impotencia, como hizo Carter con la crisis de los rehenes!). Aquello bastaba para seguir ganando, aparentemente.

La generación de demócratas de Holbrooke no era capaz de quitarse de encima el sambenito de la debilidad. Se lo habían colgado en Vietnam: el apellido que los republicanos habían asociado de manera más inmediata con los demócratas no era McNamara, sino McGovern, como si arrastrarnos a una guerra imposible de ganar fuese perdonable, pero oponerse a ella, no. No había manera de revertir aquella situación: Carter había sido un corolario del Watergate, un inútil paréntesis en veinticuatro años de mandato republicano desde 1968. Holbrooke pensó que los activistas demócratas estaban escorando el partido demasiado a la izquierda. Los progresistas no podían seguir a la defensiva y debían empezar a aplicar un discurso fuerte, haciendo sangre de los errores cometidos por la derecha. Respaldó que se les proporcionaran armas a los rebeldes anticomunistas en Afganistán y Nicaragua. «Una política exterior progresista no tiene por qué identificarse con una política exterior débil —escribió al senador Gary Hart, un nuevo astro que ya ascendía en el cielo demócrata—. Es necesario no quedarse en afirmar, sin más, que conocemos los males del comunismo. Debemos saber, por ejemplo, cómo demostrar que entendemos la importancia estratégica de América Central mejor que Reagan y que podríamos aplicar políticas mejores para proteger nuestros intereses allí[14]».

Holbrooke clamaba por los derechos humanos en política exterior, pero tampoco con gran ímpetu[15]. Quería que Estados Unidos fuese fiel a sí mismo dando un ejemplo de presión calma, no intimidando ni interfiriendo. Era un excepcionalista estadounidense, pero deseaba que el Departamento de Estado dejase de publicar su informe anual sobre el estado de los derechos de humanos en el mundo. No le gustaban la arrogancia moral de la izquierda aislacionista ni tampoco la de la derecha chovinista. Los derechos humanos debían ser una baliza, no una maza. Holbrooke trataba de posicionarse en algún lugar a medio camino entre palomas y halcones.

Una de las cosas buenas de la política exterior es que uno puede disponer determinados términos abstractos de la manera que mejor le convenga: «los valores e intereses», «la paz a través de la fuerza», «el pragmatismo wilsoniano», «un idealismo realista». Libros, congresos y facciones de partidos se empapaban de este lenguaje sin sentido, sobre todo cuando uno u otro partido político perdían poder. Este lenguaje, sin embargo, no solucionó los problemas de Holbrooke ni de los demócratas, que necesitaban imperiosamente volver a entrar en liza. Para ello, habría que esperar al final de la guerra fría.

Holbrooke sabía que daba igual si la ciudadanía estaba o no de acuerdo con los demócratas sobre asuntos específicos, como los referidos al control de armamento. Lo que importaba era la impresión de liderazgo. A finales de 1982 escribió a Mondale:

> Quieren como comandante en jefe a alguien de quien fiarse a pies juntillas y que sepa verse las caras con el líder soviético de turno. Alguien que haga a los estadounidenses sentirse fuertes y orgullosos, que proteja el honor y la seguridad del país sin meternos en guerras ni embrollos en el extranjero. Los detalles de casi cualquier asunto relativo a la política exterior se le hacen demasiado complejos al estadounidense de a pie, así que tenemos que mostrarnos dispuestos a dejarlos en manos del presidente, al menos mientras nos fiemos de él. El simbolismo, creo, tiene un peso mucho mayor en asuntos de política exterior que en las cuestiones domésticas cotidianas, en que el votante puede calibrar los discursos, y comparar las promesas con la realidad de los hechos[16].

Reagan era imbatible en lo referido a ese simbolismo. En 1984, Mondale perdió todos los estados, salvo el propio, Minnesota. Fue una derrota peor que la de Carter, ya de por sí devastadora. Esas elecciones marcaron asimismo el final del modelo de negocio de Public Strategies. ¡Se acabó estar guardando la puerta de entrada a la Casa Blanca!

Tras la votación, el constructor multimillonario Larry Tisch preguntó a Jim Johnson que tenía pensado hacer después de aquella nueva victoria conservadora. Johnson no tenía ni idea. Los socios estaban ganando cientos de miles de dólares al año, pero para mediados de la década de 1980, las cifras dejaron de revestir importancia. Johnson se sentaba en el despacho de Tisch en Manhattan solo porque a este le caía bien y porque el apellido de Mondale aún tenía peso. «¡Ya está! —exclamó Tisch—. Vende la empresa a Saatchi & Saatchi». Pidió a gritos a su secretaria que le pusiera con Goldman Sachs y al tipo de Goldman le pidió, también a gritos, que llamase a Maurice

Saatchi a Londres para solicitarle que comprara Public Strategies y que Goldman avalase la operación.

Holbrooke, sin embargo, objetó: si iban a vender, primero tendrían que hacerle una oferta a Lehman. La firma, que había sido comprada por Shearson/American Express, había dado de lado a Peterson. El nuevo director general, Peter Cohen, le dijo a Holbrooke: «Si vais a vender, me lo tenéis que vender a mí». Al día siguiente, Lehman ofrecía cinco millones de dólares por Public Strategies. Johnson y Holbrooke se llevarían sendas indemnizaciones de un millón de dólares. Así pues, en 1985, se convirtieron en directores ejecutivos en Lehman y entraron a trabajar como banqueros de inversión en el recién inaugurado World Financial Center, junto a las Torres Gemelas de Manhattan. Holbrooke ni siquiera se esforzaba por disimular que aquel nuevo empleo no le interesaba lo mínimo.

Se había mudado ya a Nueva York. Su novia, Diane Sawyer, trabajaba allí.

Se habían conocido en Washington, en 1979. Ella mediaba la treintena y era corresponsal en la redacción de la CBS en Washington. Para acallar los cotilleos se veía obligada a trabajar muchas horas extras. A sus espaldas, se le criticaba que hubiera sido coronada *Miss* América Júnior en el certamen celebrado en Louisville en 1963, cuando estudiaba el último curso de secundaria, y siguiera conduciéndose con la gracilidad de una dama, algo bastante provocativo dado el estilo desgarbado imperante en la década de los setenta. Por otro lado, hubo de imponerse a su propio glamour y atractivo: tenía largas piernas, boca sensual, ojos azul oscuro y un pelo tan sedoso que podría hacer las veces de edredón de lujo, y tan resplandeciente que servía de lamparita para leer en la cama. Lo peor de todo es que había trabajado seis años codo a codo con Richard Nixon: dos en el gabinete de prensa de la Casa Blanca, a las órdenes de Ron Ziegler, levantando endebles parapetos para contener el Watergate, y a continuación cuatro años más en la casa de Nixon en San Clemente (California), ayudando al malogrado expresidente a escribir sus memorias. Solo alguien realmente leal a Nixon podría hacer algo así. Eso sorprendió a los veteranos de la CBS, como Dan Rather, que fue incapaz de comprenderlo y juzgó que alguien así no podía trabajar en esa cadena[17]. Sawyer hubo de reivindicarse aceptando todos los pequeños encargos que le

hicieran, por poco apetecibles que le pareciesen. Era tan diligente, tan inteligente y tan agradable que muy pronto se había ganado a la redacción entera.

Al cabo, fue ascendida para cubrir la actualidad del Departamento de Estado. En los primeros días de la crisis de los rehenes de Irán, se hizo fuerte en las oficinas y estuvo durmiendo en un sillón una semana. Llamó a todos los funcionarios que encontró en los listines telefónicos de la cadena y, cuando se dirigió a Holbrooke, este se ofreció de modo voluntario como fuente y le brindó instrucciones diversas[18]. Las filtraciones que consiguió elevaron su estatus en la CBS. Cuando Blythe desapareció del panorama, Holbrooke empezó a quedar con ella. Se creaba así un patrón de relaciones con mujeres que, en su opinión, estaban por encima de él, socialmente hablando. Su amiga Sally Quinn lo veía cada vez más inseguro y obsesionado por complacerlas; lo cual, según ella, lo hacía a la vez muy abrazable, pero poco atractivo en el plano sexual.

La ansiedad que le despertaban las mujeres por las que tenía sentimientos prendía en él breves fuegos de introspección. Le ocurrió con Kitty, con Toni y, de nuevo, con Diane. En su cuaderno, a principios de 1981, apuntó: «DS: ¿Estará tranquila? ¿O está manteniendo el control? Está controlada, pero no estoy seguro de que esté tranquila. Yo creo que estoy tranquilo, pero creo que no mantengo el control […]. Me estoy vaciando, porque ella recibe, pero es incapaz de dar; no es capaz de aceptar el amor como algo real porque se ve inferior, indigna de ser amada, aunque lo entiende todo. Es como lo que decía Groucho Marx, que no entraría en un club que lo aceptara a él como miembro. Tiene que mostrarse más sincera respecto a en qué punto se encuentra esta relación»[19].

Holbrooke mostró a Diane el mundo como ella jamás lo había visto. Hicieron un duro viaje a través del Tíbet, soportando baños sucios de las estaciones de autobuses a mareantes altitudes de más de cinco mil metros, con espectaculares vistas del Everest. Las entradas de su diario de viaje a cuatro manos son largas disquisiciones sobre los monasterios budistas y la historia y cultura de ese pueblo. La entusiasta curiosidad viajera de Holbrooke se entrevera con comentarios joviales, como cuando se mete con Diane por dar propinas sustanciosas a fin de aliviar su sentimiento de culpa conservador. Su prosa, en efecto, parece siempre mirar de reojo, como a la expectativa de ser

leída. Diane, por su lado, hace observaciones breves, no demasiado personales. En la carretera hacia Lhasa, un camión se cruzó con ellos. El lector tiene la impresión de estar leyendo las palabras de una mujer que se permite acomodarse entre los brazos de un hombre a quien está condenada a abandonar algún día.

—¿Has visto a los que iban en el camión? —pregunta él.

—No —responde ella—. Estaba mirando hacia el otro lado.

—¡Tienes que ser más observadora! Si te cruzas con un camión, hay que mirar a la gente que viaja en él. Así es como se conoce un país[20].

Diane caía bien a todo el mundo, tanto a sus amigos como a sus compañeros de trabajo, y siguió siendo maravillosa con su equipo aun tras ascender en el escalafón hasta trabajar en los noticieros matutinos de la cadena. Holbrooke la animó intentar copresentar el programa y, cuando ella obtuvo el puesto, él negoció el contrato y, por fin, decidió seguir sus pasos hasta la Gran Manzana[21]. Vivieron como ocupas en el apartamento de Diane, situado en el Beresford, un lujoso edificio que se alzaba junto al lado oeste de Central Park, con los colchones en el suelo y una nevera siempre vacía: la morada de dos personas sumamente ocupadas. Ella se despertaba antes de las dos de la madrugada y la recogían para ir al estudio; algunas madrugadas, Holbrooke la acompañaba por las calles oscuras, proponiéndole preguntas con que buscarle las cosquillas a McGeorge Bundy o acorralar a Zbigniew Brzezinski. Además, Holbrooke incordiaba al productor del programa para que le diera más tiempo a su novia en el noticiero matutino. Por fin, una vez terminado el programa, le hacía a Diane una crítica pormenorizada, que iba desde la postura hasta al atuendo, pasando por el pelo. Una vez llamó a Larry Tisch, propietario de la CBS, para quejarse de que Howard Stringer, el director general de noticias, no había felicitado a Diane, cuando no era cierto. Stringer no entendía por qué una mujer tan capaz como Sawyer dejaba que su novio interfiriese de ese modo en su trabajo. «No hagas así las cosas —le reprochaba Sawyer—. ¿Por qué no acudes directamente a mí?».

El caso es que ella se lo permitía. Holbrooke realizaba el trabajo sucio pero necesario que Diane quería evitar para preservar su enigmática gracilidad. Nadie tenía la llave que abría la caja fuerte de Diane (al menos, Holbrooke no) y esa realidad lo llevó a esforzarse aún más en ello. Durante

una visita a la casa vacacional que Peter Tarnoff tenía en Nueva Escocia, en Canadá, Holbrooke le dijo a Diane: «Tú lo has tenido todo fácil. Yo he tenido que pelear como un animal por todo lo que tengo, porque por algún motivo no le caigo bien a la gente».

Diane y Holbrooke formaban una de esas parejas poderosas de Manhattan en una década marcada por la ostentación televisada. Se hace raro recordar que en los ochenta no había nadie más famoso que los presentadores de los informativos televisivos. Cuanto tenía que ver con esos hombres y mujeres —sus salarios millonarios, sus rivalidades, hasta sus peinados— era noticioso, a veces incluso más que las propias noticias que narraban (como cuando la ABC y la NBC trataron de fichar a Sawyer; al final, se llevó el gato al agua la ABC). Las cadenas daban comienzo así al largo proceso de evisceración de su división de noticias. Fue la última época en que los estadounidenses dejaron de ver, desde sus salas de estar, a quienes les servían el mundo en bandeja (algunos de ellos, periodistas) como autoridades que unificaban la realidad. Se trataba de un punto intermedio entre la sobriedad de la guerra fría y la morralla del famoseo, entre Walter Cronkite y Laura Ingraham. La nación seguía necesitando las noticias, pero quería entretenimiento, así que las cadenas derramaron purpurina y polvos mágicos sobre sus presentadores y los convirtieron en estrellas de cine. Todo eso llamó la atención de Holbrooke, que se buscó la manera de aparecer en el programa *Nightline* cada vez que la actualidad internacional requería su presencia.



Una vez, probablemente en 1985, una vecina del edificio Beresford vio a Dick y Diane de pie junto a Central Park esperando un coche, y se detuvo a observarlos. Holbrooke lucía elegante y apuesto con un abrigo de cachemira azul marino con el cuello levantado. Sawyer, tan alta y tan rubia, era como una aparición. Aquella vecina, Kati Marton, estaba casada con otra personalidad de las noticias televisivas, Peter Jennings. Pensó: «Qué pareja tan glamurosa. Este es sin duda el lugar que les corresponde».

Holbrooke se declaró a Diane y le pidió matrimonio. Quería tener hijos. Ella declinó. Los amigos dejaron de notar la calidez entre ambos. Eran afectuosos y se hacían favores el uno al otro; ella dependía de su consejo y protección, él se solazaba en su compañía mientras la veía consolidarse en su celebridad, al pasar del informativo matutino al programa *60 Minutes*, también en la CBS. Diane, sin embargo, solía quejarse a Judy Gelb de que Holbrooke la agotaba: llenaba de amigos la casa de vacaciones de Connecticut cuando Diane lo único que quería era leer en paz, y nunca parecía disponer de efectivo para pagar los taxis cuando viajaban juntos. Esas quejas llegaron a oídos de Holbrooke, como ella pretendía, pero él lo negaba todo.

El otoño de 1987, un amigo le dijo a Diane en presencia de Dick:

—El tiempo pasa, ¿cuándo os vais a casar?

—Cuando aparezca el hombre adecuado —soltó ella.

Y el hombre adecuado terminó apareciendo. Se trataba del escenógrafo y director de cine Mike Nichols. Diane lo había conocido a finales de 1986, en la sala de espera de primera clase del aeropuerto parisino Charles de Gaulle de París, antes de volar en supersónico Concorde a Nueva York. Nichols se le acercó por detrás de una palmera: «Eres mi heroína», le dijo[22]. «Y tú el mío», repuso ella. Nichols acababa de divorciarse de su tercera esposa y estaba dispuesto a tener un romance con una mujer que estaba teniendo un romance con otro hombre (Sawyer y Holbrooke vivían juntos). El verdadero obstáculo, no obstante, fue la adicción de Nichols al somnífero Halcion, que lo hacía delirar. Cuando se rehabilitó y recobró la cordura, él y Diane empezaron a verse más asiduamente para almorzar juntos.

Una jornada de septiembre de 1987, poco antes de regresar de un viaje de trabajo al extranjero, Holbrooke propuso a Diane que fueran a cenar la noche

de su vuelta. Ella le dijo que no, que había quedado con Mike esa noche, y que, por favor, se marchara de su apartamento. Y eso hizo él al día siguiente.

Para hacerlo oficial, Diane filtró la historia a Liz Smith, amiga y columnista del corazón. Antes de que saliera, fue a buscar a Holbrooke a su escondite de turno, el apartamento de Pete Peterson a orillas del East River, y le explicó lo que iban a contar en el *Daily News*. La pieza decía: «Es cierto: tras su divorcio, Mike Nichols parece profundamente enamorado de Diane Sawyer. Pero ella sigue dejándose ver con su pareja de varios años, el antaño gran valor del Departamento de Estado, el alto y guapo Richard Holbrooke»[23].

Holbrooke se recompuso —como siempre— y garabateó una nota para Liz Smith: «Mis amigos (los tres) me han preguntado si, en su columna del 1 de octubre, lo de "antaño" se refiere solo a "gran valor del Departamento de Estado" o también a "alto y guapo". Estoy persuadido de que, como he vuelto a ser el mismo tipo sin remedio de siempre, tengo que procurar, al menos, seguir siendo alto y guapo, pero mis amigos (ambos) me dicen que eso es evidentemente absurdo»[24].

Fue un esfuerzo valiente. Los amigos de Holbrooke nunca lo habían visto tan decaído. Había intentado ser grande para que Diane Sawyer lo admirase, pero la perdió a manos de un refugiado judío alemán que la hacía reír. Tras siete años, tuvo ocasión de relajarse. Una noche, Holbrooke, muy desanimado, compartía una pasta *al nero di seppia* con su amigo Wisner, quien se vio impelido a preguntarle qué sentía más magullado, si su corazón o su ego. ¿Cuál era la diferencia? Ya resulta difícil para quienes gestionan su vida afectiva lejos del centelleo de los diamantes, pero la distinción se desdibuja cuando tu novia te deja el mismo mes en que es portada de *Vanity Fair*. En ese número, Diane aparecía con un vestido negro enseñando el hombro, una pose y atuendo cuyos riesgos y beneficios habían calculado juntos, precisamente.

Sawyer y Nichols se casaron en la primavera de 1988 y su matrimonio duró hasta la muerte de este, en 2014. Ella continuó acudiendo a Holbrooke en busca de consejo profesional y él en su despacho colgó otra portada de revista enmarcada, en la que aparecía el rostro de Diane.

En julio de 1986 murió Averell Harriman, a los noventa y cuatro años. Holbrooke escribió a Pam una carta de diez páginas que rebosaba dolor, amor y agradecimiento[25]. Le dijo que su difunto marido había vivido «la vida del siglo». Holbrooke intentó describir cómo había sido trabajar para Averell, lo impaciente que se mostraba Harriman con el pensamiento abstracto, su perenne confianza en sus propios instintos. «Parecía capaz de resolver ecuaciones muy complejas en su cabeza, pero no de explicar cómo lo hacía». En esa carta de pésame también se preguntaba por qué Harriman no había consumado sus más elevadas ambiciones —convertirse en un político exitoso y ser secretario de Estado—, especulando que se debía al malestar que le causaba el progreso personal sin tener misiones concretas en pos de las cuales trabajar. (La falta de sentido del humor de Averell decidió pasarla por alto). «Era en especial eficaz cuando lo enviaban a solucionar algún problema o a poner arreglo a una crisis concreta —escribió Holbrooke—. Sin embargo, será a él, y no a los hombres galardonados con los premios que él codiciaba, a quien recuerden por sus logros históricos y, en última instancia, por su personalidad imponente».

En este halago había algo más que una pequeña aspiración. ¿Puede alguien convertirse en un gran hombre sin detentar un gran título? ¿Se puede hacer historia sin haber sido más que secretario de Estado adjunto para Extremo Oriente? Uno puede contemplar decepcionado cómo su carrera va extinguiéndose poco a poco, chisporroteando igual que una vela a punto de apagarse, y esperar luego, cuando uno se ha muerto, una carta escrita por su discípulo predilecto. Y eso, siempre y cuando la personalidad de uno encaje con el sentir del momento, las crisis superadas gracias a sus esfuerzos hayan sido lo bastante graves y, en general, sus logros perduren en el tiempo.

Holbrooke se encontraba entre las setecientas u ochocientas personas que acudieron al funeral de Harriman, celebrado en una iglesia episcopaliana de la Quinta Avenida, y formó parte también del reducido grupo de amigos y familiares que acompañaron el coche fúnebre. Este, escoltado por la policía de Nueva York (la estatal y la de la ciudad), cruzó el río Hudson por el puente George Harrison y remontó sus orillas hasta la finca de los Harriman. El obispo Paul Moore —el mismo que había casado a Holbrooke y Blythe— ofició otro responso con Harriman de cuerpo presente, junto a la sepultura de Marie Harriman. Los invitados se reunieron a continuación para almorzar en

la mansión familiar, mientras los enterradores remataban la faena. Solo dos o tres familiares de Harriman sabían que la tumba estaba vacía (aunque la historia se filtró al *Washington Post* dos meses después, pese a los esfuerzos de Holbrooke, quien, por Pam, intentó que aquello jamás se supiera[26]). El cadáver de Harriman se hallaba en realidad en un tanatorio de un barrio residencial de las afueras de Nueva York, donde se conservaría refrigerado hasta que finalizaran las obras del lugar de reposo final que Pam había escogido en secreto, junto a la orilla de un lago, a unos cinco kilómetros de la supuesta tumba oficial. En ese segundo trozo de tierra se erigiría una lápida con la siguiente inscripción: PATRIOTA, SERVIDOR PÚBLICO, ESTADISTA, y habría espacio para una segunda sepultura, la de Pam.

Durante los ochenta, en esos años en que se volcó en cuidar de su avejentado esposo y aun tras la muerte de este, Pam se convirtió también en la principal recaudadora de fondos para el Partido Demócrata. Puso en marcha su propio comité de acción política, al que llamó PamPAC, con razón social en la casa-pensión de los Harriman. El PamPAC organizaba «veladas de debate» sobre cuestiones candentes, que se celebraban en el gran salón de la casa principal y en las que se servían langosta a la crema y champán[27]. Los participantes conversaban sobre, por ejemplo, políticas energéticas. Los comensales eran notables acomodados —el astronauta John Glenn, el gobernador Mario Cuomo, el senador Gary Hart— que pagaban el cubierto a mil dólares para echar un capote financiero al debilitado partido. Pam se anticipaba a las necesidades de todo el mundo, como hiciera antes con el heredero de Fiat, el productor de Broadway y el gran hombre que se le acababa de ir. Ayudó a los demócratas a recuperar la mayoría del Senado en 1986. Finalizada la década, había conseguido recaudar doce millones de dólares.

Holbrooke se había convertido en uno de los miembros más importantes del círculo intelectual creado por Pam: cuando telefoneaba a su despacho, siempre le atendían al primer timbrazo y en ocasiones ella grababa las llamadas para tenerlas como[28] referencia[29]. Holbrooke aconsejaba a Pam respecto a cuestiones de diversa índole y también a la hora de confeccionar las listas de invitados. La ayudó asimismo a conseguir una codiciada plaza en el Consejo de Relaciones Internacionales. Solía oficiar los actos de recaudación del PamPAC Clark Clifford, el caballero de voz aterciopelada,

cabello plateado y corteses maneras, que también era cofideicomisario del patrimonio legado por Harriman, valorado en cien millones de dólares (casi la totalidad fue a parar a manos de Pam, con fideicomisos para sus herederos). Clifford era el último de los eslabones que seguían vinculando a Holbrooke con el amanecer del siglo americano y la mesa de póquer de Harry Truman. Harriman estaba más alto en el panteón que Clifford, el cual había prestado servicio en el gobierno solo seis años a lo largo de su carrera de cuatro décadas en Washington. Sin embargo, los ventanales del bufete forrado de *boiserie* de Clifford daban directamente a la plaza Lafayette y a la Casa Blanca, y tanto su trayectoria como su estilo eran los de un *insider* tan bien conectado y respetado por todos, tan enterado de todo (abogado de Jack Kennedy, miembro del consejo de Phillips Petroleum y Knight Ridder y el único de los altos cargos de Johnson que salió de la guerra con mejor reputación de la que entró), que seguía infundiendo respeto con solo levantarse de su sillón de oficina o alzar el auricular del teléfono.



(*De izquierda a derecha*). Richard Holbrooke, Pamela Harriman, Sandy Berger y hombre no identificado. Cortesía de Estate of Robert Knudsen. Robert L. Knudsen Photography, Inc.

En una ocasión, la empresa DuPont fue investigada por incumplir la legislación antimonopolística cuando estaba siendo representada por Clifford. Este habló con gente que conocía en el Departamento de Justicia y se las arregló para convencerlos de que los cargos no tenían fundamento. Envió a

DuPont una factura por setecientos cincuenta mil dólares, lo que motivó la airada respuesta por escrito de su presidente, Irving Shapiro. Clifford habló con él por teléfono y le explicó que le había ahorrado a la empresa diez millones de dólares en costas al impedir que el procedimiento siguiera adelante. «Ahora puedes hacer dos cosas —propuso Clifford a su cliente—: pagar la factura por el monto que indica, y que no pienso rebajar, o no pagarme nada. Si no me pagas, seguiremos siendo amigos y jugando al golf, pero jamás me pidas que trabaje con vosotros de nuevo». DuPont terminó pagando.

Harriman había alcanzado logros que Holbrooke admiraba (se sentía especialmente orgulloso de la negociación con los soviéticos del Tratado de Prohibición de Ensayos Nucleares en 1963), pero de Clifford admiraba la personalidad y el carisma, algo que jamás podría emular. «Tú y yo jamás seremos así», le dijo una vez a Peter Duchin, pianista y director de orquesta judío que se había convertido en una especie de hijo putativo de Averell y Marie. Ellos estaban destinados a observar desde fuera el mundo WASP, como niños que mirasen dentro de una casa asomados a una ventana. Sin embargo, Holbrooke no era capaz de resistirse al cálido resplandor que desprendía aquel interior. «En ocasiones, Clark Clifford genera a su alrededor un halo de magia —dejó escrito en un cuaderno—. Uno sabe que ese halo es, al menos en parte, una ilusión, pero es muy intenso, así que al final te lo crees o quieres creer en él[30]». Cuando en 1987, Clifford, a sus ochenta años, se dirigió a él para pedirle ayuda en la redacción de sus memorias —la guinda a una carrera de leyenda—, Holbrooke aceptó de inmediato. ¿Acaso McGeorge Bundy no había escrito en la sombra las memorias de Henry Stimson, otro viejo titán del siglo americano por antonomasia? Holbrooke cobraría medio millón de dólares que Mort Janklow, agente literario de Clifford, había obtenido de Random House. Decidió ayudar a uno de sus ídolos mientras esperaba que las cosas se pusieran de nuevo en marcha en su vida profesional.

Sin embargo, antes tenía que preguntar en Lehman.

Con la salida de Peterson en 1983, Holbrooke había perdido a su principal paladín en el seno de la firma, aunque en general seguía gozando de las simpatías del consejo de administración. No porque llegase a cerrar ningún acuerdo —cosa que nunca hizo—, sino porque esos mismos banqueros que tan conscientes eran de sus propias carencias vivían fascinados por la

inteligencia y mundología política de Holbrooke, de igual modo que este vivía fascinado por el dinero de ellos. Con independencia del éxito y la riqueza, los banqueros tendían a ser personas obtusas y grises, y Holbrooke era un compañero abierto, multicolor. El responsable en Lehman de las relaciones con el gobierno nunca había trabajado en Washington, así que Holbrooke se encargó de instruirlo. A los ejecutivos les gustaba volver al despacho y contar que habían almorzado con Holbrooke. Este les explicaba a los altos cargos de Lehman la actualidad de China y Corea, e incorporaba a las charlas nombres como Phil Knight o John Glenn, les hacía hueco a algunos colegas en el Consejo de Relaciones Internacionales, y se inventaba sus propias normas, porque las finanzas simple y llanamente le aburrían.

Aun así, para sobrevivir en ese mundo había que andar con un cuchillo entre los dientes. En Lehman, la codicia y el humo de los puros nublaban el juicio y espoleaban la cuchillada por la espalda. Un día de finales de 1986, Holbrooke subió a la planta decimoctava, donde se encontraban los despachos de los directores financieros —Sherman Lewis y el *enfant terrible* Peter Solomon— para pedir una mayor bonificación anual. Aquel era un aspecto del mundo financiero al que sí dedicaba toda su atención: desde la compra de Lehman por parte de Shearson/American Express, Holbrooke había estado cortejando al presidente de esta, James Robinson (pese a encontrarlo intelectualmente anodino y absorto en sí mismo), al punto de descuidar el departamento que le pagaba el salario[31]. Así pues, sus jefes decidieron divertirse un poco a su costa:

SOLOMON: Me alegro de verte, Dick, ¿cómo estás? Sherman, este es Dick Holbrooke.

HOLBROOKE: ¿A qué te refieres con eso de «verte»?

LEWIS: Dick, no te he visto en todo el año. ¿Qué te trae por aquí?

HOLBROOKE: Peter me ha pedido que suba para que hablemos de mi bonificación.

LEWIS: Pero ¿por qué con nosotros? Creía que estabas dedicando todo tu tiempo a Jim Robinson. No creo que nosotros podamos subirte la bonificación.

La conversación se prolongó unos diez minutos. Holbrooke salió de la sala disgustado.

Al día siguiente, abordó a Solomon en la puerta de su despacho.

—Peter, ¿alguna vez te has planteado entrar en el CRI?

—No, ¿qué es eso?

Holbrooke le explicó el trabajo que se hacía en el Consejo de Relaciones

Internacionales.

—Alguien como tú tendría que estar en el CRI.

Lo que Holbrooke le planteaba como una obviedad se volvió para Solomon irresistible. Holbrooke imaginó que al final se saldría con la suya. Era el tipo de maniobra de Holbrooke que obligaba a aguantarle cualquier cosa, si uno tenía redaños. Al cabo, consiguió que le subieran la bonificación (aquel año fue de un cuarto de millón de dólares), que se sumaba a su salario de medio millón de dólares anuales.

Llegado el otoño de 1987 (más o menos la época en que Diane estaba a punto de dejarle), hubo cambios en el terreno de juego. Fue un año de tendencias a la baja en la bolsa que culminaron en el peor crac bursátil desde 1929. Shearson Lehman se había volcado en el mercado de acciones y trataba de encontrar financiación para no quedar a la zaga de su contrincante, Drexel Burnham, así que no restaba ya espacio en la firma para un banquero de inversión que no cumplía objetivos. Cuando Clifford le ofreció trabajar con él un tiempo, Holbrooke pidió autorización a Vincent Mai, alto cargo de Lehman, de origen sudafricano, y uno de sus pocos amigos en Wall Street, sin sospechar que este iba a comunicarle su inminente despido.

«Me encanta trabajar aquí y creo que tengo un gran futuro —argumentó Holbrooke—. Pero si crees que me perjudicará, lo asumiré».

Mai, que era un tipo de una decencia impecable, vio la manera de evitarle un desagradable incidente a Lehman y de salvar a Holbrooke del desastre. Aconsejó a Holbrooke explicar a la empresa que le habían hecho una oferta muy interesante, aceptar trabajar menos horas por menos salario y ayudar a aquel gran estadista a escribir sus memorias.

A finales de octubre, Clifford y Holbrooke se reunieron con el editor de Random House, Peter Osnos, en el despacho que el primero tenía en el centro de Washington; no en su bufete, sino a tres manzanas de distancia, en First American Bankshares. Esta era una nueva empresa donde Clifford había entrado con un cargo ejecutivo cuando comenzó el lento declive de su bufete de abogados, durante los años de Reagan. En una ocasión, Clifford dijo a Mort Janklow que quería ser el tipo que amenazase a los congresistas más hostiles con no concederles la hipoteca que necesitaban. Las dependencias del banco estaban forradas de caoba y decoradas, en el mismo estilo clásico

estadounidense de la séptima planta del Departamento de Estado, con piezas de la colección familiar de la señora Clifford, entre ellas un sillón que había pertenecido al estadista Daniel Webster y una serie de estampas firmadas por Currier & Ives que representaban a veintisiete presidentes estadounidenses a caballo[32]. Por esta razón, sorprendió a Peter Osnos enormemente que los propietarios que aparecían en los folletos del banco tuvieran aspecto árabe.

Durante el almuerzo, Clifford confesó que le había costado trabajo terminar la autobiografía de su amigo Dean Acheson y aún más las de Henry Kissinger y George Ball[33]. Le preocupaba no tener la capacidad de escribir un libro interesante, que vendiera. De hecho, las memorias de los grandes hombres casi siempre resultan decepcionantes (de esto hablaré más adelante).

Osnos dijo a Clifford y a Holbrooke que sin duda terminarían escribiendo un libro de éxito, pero que «debería transmitir toda la verosimilitud. Los lectores han de tener la certeza en todo momento de que las cosas ocurrieron así».

Holbrooke se entregó en cuerpo y alma al proyecto. Dedicó horas y más horas a trabajar en el elegante despacho de Clifford, registrando sus declaraciones y relatos en una grabadora: este hablaba con el mismo deje teatral, con una cadencia segura y énfasis susurrados que se habían ganado la confianza de los presidentes demócratas y sus potentados clientes, si bien su dicción se había ralentizado y vuelto pastosa. Holbrooke peinó los recuerdos de Clifford y lo obligó a evocar nombres propios largo tiempo olvidados. Ahí estaba Holbrooke, a los cuarenta y seis años, en su culmen intelectual, convertido ya en un emblema de la ambición descontrolada, subyugando su ego alegremente a la tarea de sacar con sacacorchos antiguas batallitas a un hombre ya antiguo de por sí. ¿No resulta sorprendente? La magia de Clifford lo había hechizado, pero ¿qué lo impulsó a dejarse las pestañas en aquello durante meses, sino el encantamiento de la historia?

Desde su llegada el verano de 1945 a la Casa Blanca en calidad de asistente de Truman, Clifford había representado el internacionalismo progresista que luego Holbrooke haría suyo. En los asuntos nacionales, Clifford siempre tiró de Truman hacia la izquierda. En política exterior, lo ayudó a hacer realidad la doctrina Truman, el Plan Marshall, el reconocimiento del Estado de Israel por parte de Estados Unidos y la ley de Seguridad Nacional de 1947, en virtud de la cual se crearon el Departamento

de Defensa, la CIA y la Consejo de Seguridad Nacional. En palabras de Acheson, Clifford estuvo presente en la creación de las estructuras que habían convertido Estados Unidos en una potencia global, cuando dimos la espalda a un siglo y medio de mirarnos el ombligo y asumimos el liderazgo del mundo libre.

Podría decirse que Clifford encarnaba lo mejor y lo peor de los Hombres Sabios. En julio de 1965, en Camp David, intentó en calidad de ciudadano particular convencer a Johnson de no enviar cincuenta mil soldados a Vietnam, argumentando de manera apasionada y contrariamente a la postura de los asesores del presidente, en especial McNamara, que la guerra era imposible de ganar, que se alargaría al menos cinco años más y costaría cincuenta mil vidas de compatriotas y cientos de miles de millones de dólares: «Será nuestra ruina»[34].

Sin embargo, cuando el presidente hizo caso omiso de sus consejos, Clifford pasó al otro lado del espectro y se convirtió en un halcón exaltado, que argüía las mismas razones a favor de la guerra que había descartado antes en Camp David; todo ello por pura lealtad a Johnson, por un mal entendido compromiso con las políticas en curso y por la necesidad de no cerrarse puertas en la Casa Blanca. Entonces, en enero de 1968, justo antes de la ofensiva del Tet, Johnson lo llamó en sustitución de McNamara en el Pentágono. Por primera vez, Clifford se volcó en el estudio concienzudo de Vietnam y retomó su opinión primera, la de que la guerra no podía ganarse. Se pasó su año como secretario de Defensa intentando cambiar el rumbo del barco. Para Holbrooke, que había trabajado en Vietnam sobre el terreno, todo aquello era un auténtico manjar intelectual.

Ahora tocaba ponerse a escribir. Eso es lo que hacen los «negros» de los famosos: apuntar cada puñetera frase que sale por boca de estos para ganarse el honor de aparecer en versalitas —y antecedido el nombre por una conjunción copulativa— en la portada del libro (el contrato obligaba a que el nombre del autor apareciese al doble de tamaño que el del «coautor»: CLARK CLIFFORD y RICHARD HOLBROOKE). Entregaron su muy trabajado manuscrito y Holbrooke se sintió como la madre de alquiler que entrega a su bebé tras parir cuando aún no ha dejado de sangrar. Solo lo recordarían, si acaso, las matronas de aquel parto. John F. Kennedy, entonces senador, publicó *Perfiles de coraje* (su padre movió hilos para que le concedieran el

Premio Pulitzer de 1957), pero un periodista afirmó que el verdadero autor del libro era su ayudante, Ted Sorensen, sin acreditar; fue entonces cuando Clark Clifford, abogado de Kennedy, obligó a los informativos de la ABC a retirar la acusación, amenazando educadamente con una demanda judicial. Los «negros» son un escándalo literario tolerado, pero su presencia queda flotando en el ambiente como el eco de una voz ajena, que desvirtúa veracidad y verosimilitud. Por esta razón, entre otras, digo que las memorias de los grandes hombres suelen decepcionar.

En su despacho del Senado, Kennedy tenía a una despampanante recepcionista llamada Pam Turnure[35]. Un día de 1958, con la campaña presidencial en el horizonte, Kennedy mandó llamar a Clifford. El senador estaba metido en un buen lío. Solía verse regularmente con su recepcionista en el apartamento de esta, situado en el segundo piso de una casa de Georgetown. La pareja que vivía en el primero, que se había percatado de las idas y venidas del famoso senador, se coló en el apartamento de Turnure, instaló un micrófono en su dormitorio, taladró un agujero en el suelo, tendió un cable hasta su casa y lo conectó a una grabadora. Tras hacerse con el explosivo material, se pusieron en contacto con Kennedy y le exigieron como rescate un cuadro de Modigliani propiedad de su padre.

«No soy el tipo de abogado ideal para un caso como este —confesó Clifford a su cliente—, pero conozco a otro que sí lo es». Propuso que Joe Kennedy se pusiera en contacto con un exagente del FBI llamado James McInerney, quien sabía manejarse muy bien por las cloacas de Washington. McInerney investigó el pasado de la pareja chantajista y descubrió que ambos tenían antecedentes por malversación de fondos. Les hizo una visita en su casa y les dijo que tenían dos semanas para dejar la ciudad: «Si no os marcháis, os arrepentiréis toda la vida. De hecho, si no os largáis y volvemos a saber de vosotros, os mataremos».

Matar, lo que se dice «matar».

Por estas cosas, entre otras, algunos hombres poderosos contrataban los servicios de Clifford, a fin de que los sacara de líos. Desde luego, esa historia no tenía cabida de ningún modo en sus memorias. Clifford no quería avergonzar a Jackie Kennedy y tampoco sentirse él mismo avergonzado. Ni siquiera dejó que Holbrooke grabara su voz mientras lo relataba. El «negro», no obstante, escribiría en sus notas esta historia, entre signos de exclamación.

No era de esperar que Clifford contase la verdad sobre Pam Turnure. Pero ¿y la esposa de aquel? Cuando Holbrooke entrevistó a Marny Clifford, esta le contó cómo había conocido al que se convertiría en su marido[36]. En 1929, recién cumplidos los veinte años, coincidieron en un crucero por el Rin. Marny jugaba al bridge con sus compañeras del Wellesley College, con quienes había emprendido aquel viaje de estudios, cuando un apuesto joven se acercó a la mesa y dijo: «No he podido jugar una buena partida de bridge desde que salí de Estados Unidos». «Tendrás que inventarte una excusa mejor para hablar con nosotras», le espetó Marny. Se levantó así la veda del coqueteo. Ella estaba bebiendo vino blanco y, entre el alcohol y el calor, empezó a encontrarse muy mal, pero no le importó: «Bueno, no lo veré nunca más». Sin embargo, Clark y un amigo suyo siguieron los pasos de Marny y las amigas de esta, incluso tras haber terminado el crucero, a través de Italia y hasta París.

No es una historia demasiado elegante, pero es buena. Su traslación al formato de las memorias, sin embargo, no le hace justicia:

> Había a bordo un grupo de seis jóvenes chicas estadounidenses de viaje de estudios universitarios. Me fijé de inmediato en una chica rubia, alta y delgada, y Lou eligió a una pelirroja preciosa. Las estuvimos observando desde cierta distancia; luego nos acercamos y les preguntamos audazmente si podíamos acompañarlas y pasar el día juntos para hablar inglés, porque el francés y el alemán solo los chapurreábamos. La oferta fue aceptada cortésmente[37].

Cuando Holbrooke terminó el libro, Clifford insistió en leérselo en voz alta de principio a fin, vertiendo sobre cada palabra esa voz suya, como de *bourbon* que se derramaba sobre cubitos de hielo, igual que si quisiera apropiarse de la historia: un ejercicio de *droit du seigneur* que restauraba el vínculo entre autor y escribiente.

Sin embargo, Clifford hacía bien en preocuparse. Lo último que un gran hombre quería ver en sus memorias era verosimilitud. Holbrooke había escrito de esa manera desde los días del delta del Mekong, en un momento en que no era una figura lo suficiente importante como para mostrarse insincero. Ahora atesoraba cierta celebridad, y había escrito un libro con la voz de otro personaje más célebre que él mismo, acerca de una serie de acontecimientos históricos en que aparecían personajes aún más famosos que uno y otro. En el fondo, un libro como aquel estaba abocado a ser un fraude. No quiero decir que lo que se cuenta en él sea inventado y tampoco que sea demasiado autocomplaciente (todas las autobiografías lo son). Me refiero a que tras el

abnegado funcionario público y serio estadista al que otros calificaban de «amable», «encantador» y «cautivante», tenía que haber, por fuerza, un monomaníaco insaciablemente ambicioso. Y lo era tanto que había aceptado dirigir un banco con ochenta años (sobre First American aparece media frase en todo el libro[38]). En efecto, tras ese personaje debía ocultarse un tecnócrata tan sutilmente despiadado que era capaz de espantar a una pareja de chantajistas o hacer desaparecer una demanda por prácticas monopolísticas; un hombre tan obsesionado por el poder y el dinero que en ocasiones renegaba de dos de sus tres hijas adultas[39]. Ese personaje, mucho más vivo que cualquier Hombre Sabio, quedó tan bien disimulado en esas memorias como Pam Turnure. Clifford, igual que Acheson y Kissinger, se las arregló para pasar por un tipo aburrido.



Richard Holbrooke y Clark Clifford en Washington. Diana Walker/ The Life Images Collection/Getty Images.

Counsel to the President: A Memoir fue un gran ejemplo de título de su género. En la primavera de 1991 apareció por fascículos en el *New Yorker* (a Holbrooke también se le acreditó) y terminó escalando hasta la cima de los superventas. Pam Harriman organizó una fiesta en la calle N para su amigo el literato, a la que asistieron cuatrocientos dignatarios de Washington[40]. Sin embargo, en el momento de su coronación última, a Clark Clifford se le torció todo.

La semana en que iba a celebrarse la fiesta en casa de Pam, saltó a la prensa que el First American Bankshares había cometido una ilegalidad, pues su verdadero propietario era el Bank of Credit and Commerce International (BCCI), con sede en Pakistán. El BCCI se había servido de esos inversores de aspecto árabe que aparecían en el folleto de First American como testaferros para formalizar la compra, recurriendo asimismo a la excelente reputación de Clifford, al que se consideraba dotado de gran habilidad para engañar a las autoridades estadounidenses. El BCCI se dedicaba a lavar dinero para los cárteles de la droga, para terroristas y para dictadores como Sadam Husein o Manuel Noriega. Clifford no solo era el presidente de First American, sino que representaba como letrado a esta firma y al BCCI. Tanto él como su socio, Robert Altman (casado con Lynda Carter, la primera actriz que encarnó a la Mujer Maravilla), habían sido agraciados con un generoso préstamo en forma de acciones del BCCI por un valor inferior al real, por la venta de las cuales obtuvieron unos pingües beneficios compartidos de 9,8 millones de dólares[41].

Cuando salieron a la luz las actividades delictivas del BCCI, Clifford afirmó desconocer quiénes eran los verdaderos dueños de First American. «Tengo dos opciones: quedar o bien como un estúpido, o bien como un mercenario»[42]. Y como es habitual, eligió lo primero. El senador John Kerry celebró una serie de audiencias que tuvieron gran repercusión y en Manhattan se presentaron cargos por soborno. Altman fue absuelto en última instancia, y Clifford evitó el juicio por su edad y su delicado estado de salud, aunque se enfrentó a demandas civiles con multas de cien millones de dólares. El escándalo manchó su reputación para los restos, mandó a pique su bufete de abogados y hundió las ventas del libro, que salió de la lista de superventas a la vez que su autor se erigía como símbolo de la corrupción washingtoniana. «Me he convertido en un paria —se lamentó ante Holbrooke—. Ni mis amigos de toda la vida me devuelven las llamadas[43]».

Pero había más. En los seis años posteriores a la muerte de Harriman, su patrimonio, del que Clifford era uno de varios fideicomisarios, menguó en treinta millones de dólares, y específicamente se vieron reducidos los fondos reservados para el futuro de los descendientes de Averell. Una parte se perdió en malas inversiones inmobiliarias y otra financió el caro estilo de vida de Pam. Para compensar esas pérdidas, hubo de vender un Matisse, un Picasso,

un Renoir, y las dos casas de la calle N. Pam culpaba a su viejo amigo Clark por negarse a pagar más de un millón de dólares como aportación para compensar esa pérdida[44].

Para entonces, Clifford se había retirado de la vida pública. Murió en 1998, a los noventa y un años. Sobre su lápida no aparecen inscritas las palabras: «Aquí yace un titán en Washington del que probablemente no hayas oído hablar». El negro que escribió la autobiografía de Clifford nunca dejó de creer en la magia de este. Holbrooke siempre pensó que los escándalos de corrupción fueron un lapsus de madurez que no llegaba a empañar la figura del gran hombre.

Holbrooke desentrañaba la vida y las obras de Clifford, mientras intentaba no dejar de vivir las suyas propias. Las diferencias entre unas y otras resultan instructivas y, a mis ojos, hasta conmovedoras.

A finales de los ochenta, Holbrooke compartía un apartamento tríplex en el Upper East Side con su hijo menor, Anthony, al que habían expulsado del internado por fumar marihuana y estaba terminando la secundaria en Nueva York. La vida académica de Anthony se había visto llena de vaivenes y tropiezos, y a Litty se le había agotado la paciencia. «He pasado demasiado poco tiempo con él, sobre todo a finales de los setenta», reconoció Holbrooke[45]. Así pues, padre e hijo vivieron juntos varios años, como dos solteros desaliñados. Iban juntos a ver la lucha libre al Trump Plaza, en Nueva Jersey, e incluso salieron por la misma época con una madre y una hija. David también pasaba tiempo con ellos y consiguió, gracias a su padre, un empleo en la NBC. Holbrooke empezaba por fin a intimar con sus hijos.

Las novias iban y venían. Una de ellas era una elegante y esbelta holandesa que trabajaba en una agencia de fotografía y pasaba los fines de semana en la casa de campo que Holbrooke poseía en los bosques del condado de Litchfield, en Connecticut. Pero Holbrooke terminó cansándose de su cándida alma artística, y la dejó por la descarada y pícara redactora de una revista nacida en Inglaterra, a la que ya veía en Nueva York de vez en cuando, y que le presentó a famosos como Mick Jagger. Estuvo quedando también por una temporada con una interiorista bastante reconocida pero emocionalmente frágil; se vio con la viuda del crítico de teatro británico Kenneth Tynan; frecuentó a la futura vicegobernadora del estado de Nueva

York (republicana); tuvo un lío con una célebre actriz de cine y otro con una chica con quien un compañero de trabajo lo vio meterse en el baño de un avión de Eastern Airlines; salió asimismo con una tal Stormy y, por fin, con la esposa de un taimado político local neoyorquino. Fue en ese momento cuando las cosas empezaron a cobrar forma de vodevil.

Holbrooke acompañó a la mujer del taimado político a un viaje a Puerto Rico, donde ella poseía una empresa de telefonía móvil. Reservaron vuelos y hoteles distintos. Sin embargo, el político —que había grabado conversaciones telefónicas de los amantes y las había filtrado al *New York Post* (aunque luego cambió de opinión y contrató a un abogado para que la historia no saliera a la luz)— siguió a los dos amantes hasta San Juan. De madrugada, empezó a aporrear la puerta de la habitación de hotel de ella, gritando «¡Sé que estás ahí, Holbrooke! ¡Abre la puta puerta!». Holbrooke, quien en efecto estaba allí, agarró su ropa y se ocultó en el balcón, hasta que por fin el político dejó de gritar y se marchó. También Holbrooke decidió marcharse. Tuvo la prudencia de esperar y bajar con el ascensor directamente al garaje, pero resultó que el tipo estaba esperándolo allí, sentado en un banco, carcajeándose.

Cuando Holbrooke quiso poner fin a aquella aventura romántica, la esposa del político, también muy proclive a los ataques de celos, se presentó en el apartamento de aquel y empezó a aporrear la puerta, como hiciera su marido. Holbrooke tuvo que pedir silencio a sus hijos, que disfrutaron de una gran oportunidad de conocer la faceta más mundana de su padre, hasta que la mujer se cansó y se marchó. (A ella le salió bien la jugada: tras divorciarse de aquel político taimado, Kissinger le presentó a un Rothschild con título nobiliario y, ganándole la espalda a Pam Harriman, se casó con él).

Holbrooke se convirtió en objetivo de los medios de comunicación de la Gran Manzana. Tras una prolongada batalla con su propio buen criterio, no fue capaz de resistirse a caer en la trampa de una entrevista insidiosa en *Spy*, donde debía confirmar esa imagen que la revista daba de él, la del «prototípico político *New Age* con infinidad de contactos»[46]. En el verano de 1988, la revista *Time* se burló de él por intentar meterse por las bravas en la campaña de Dukakis, después de que se retirase el candidato de Holbrooke, Al Gore. Iracundo y ofendido, Holbrooke se quejó al periodista de que aquello era falso y dañaba su imagen. «Ambicioso, quizá —reconoció en una

ocasión ante la esposa de Les Gelb, Judy, a colación de una semblanza suya publicada en otra revista—. Pero ¿trepa? ¿Yo?».

Aquel julio, *Vanity Fair* publicó un artículo sobre Pam Harriman, quien parecía encontrarse en su salsa como madrina del Partido Demócrata. Holbrooke quiso contribuir a la causa de ella —y a la suya propia— sirviéndose del ascendiente que tenía tanto sobre la periodista como sobre una de las redactoras, que no era otra que su descarada y pícara novia inglesa[47]. Al final, terminó metido en una fea discusión con la periodista y Pam no le agradeció su mediación, pues el texto no le había gustado. El motivo: no hablaba de su vida anterior como cortesana. En venganza, Pam no incluyó a Holbrooke en la lista de invitados de la fiesta benéfica que había organizado para Michael Dukakis y que estaría tachonada de estrellas. «A la larga dará igual, pero este desplante ahora mismo solo sirve para acentuar mi sensación de soledad —escribió Holbrooke en un diario—. Todo ello, pese a mis sentimientos encontrados con respecto a la posibilidad de entrar en un gobierno de Dukakis[48]». En noviembre, Dukakis perdió (era la tercera derrota seguida de los demócratas) y Holbrooke no se vio obligado a dirimir esos sentimientos encontrados.

Creó a su alrededor un remolino de desorden e indignidad que Clifford habría sido incapaz de imaginar siquiera en la ignominiosa recta final de su vida. Este había perfeccionado el arte de la discreción y en apariencia no deseaba ya nada, pero aun así las cosas parecían ir en su busca (las ofertas de trabajo con el presidente, los clientes adinerados). Ese modelo de poder ejercitado en privado por unos pocos hombres rectos que no necesitaban justificarse por nada había desaparecido hacía tiempo, otra más de las víctimas de Vietnam. Holbrooke, sin embargo, era una criatura de las élites pos-WASP, en las que el poder se difuminaba y había que vociferar para llamar la atención y conseguir grandes cosas.

Sí, grandes cosas. Los lectores podrían pensar que a estas alturas a Holbrooke le importaba un comino si la redactora de tal revista o el cámara de tal televisión estaban presentes para registrar los hechos. Quería que estuvieran en las cercanías, pero también intentaba que no hicieran acto de presencia o, al menos, no daba la impresión de que le importara que no apareciesen. Daré un ejemplo.

En 1991, Holbrooke regresó al Tíbet no para pasear y mostrar a una novia glamurosa, sino para descubrir si el budismo y la cultura tradicional tibetana sobrevivían al puño de hierro chino. Viajó acompañando a un equipo humanitario, fue interrogado a conciencia por sus anfitriones chinos, se reunió con disidentes políticos, presionó para visitar el interior de los templos y las cárceles. El último día, durante el vuelo de vuelta, escribió lo siguiente en un diario que, en su opinión, nadie leería jamás:

> Delante de nosotros se desarrolla la vida al ritmo cotidiano: llamadas telefónicas, reuniones, crisis, dramas, contactos tangenciales con acontecimientos de gran calado, problemas personales grandes y pequeños. A nuestras espaldas se extiende el Tíbet, un atractivo lugar, aún sin parangón. Si no pensamos en él, ni siquiera existe: es una región sin salida al mar, en el interior de Asia, que sigue manteniendo pocos contactos con el exterior, con problemas peculiares tan ajenos a los nuestros que quedan relegados sin miramientos a la parte más baja de cualquier lista de prioridades. Cuando regrese a Nueva York, me dirán sin duda que a nadie le importa o le debería importar los problemas del Tíbet, con sus dos millones de habitantes, con la profunda crisis que atraviesa la ciudad de Nueva York, con el cuádruple de población. Sin embargo, no creo que los problemas de Nueva York (y, por ende, los del resto del país), que son muy reales, deban hacernos mirar hacia otro lado dadas las apremiantes tragedias humanas que se producen en otras partes del mundo. ¿Terminaremos tan absortos en nosotros mismos que no podremos dedicar el mínimo de nuestras vidas a otras personas**[49]**?

Cuando oiga estos ataques (que sin duda se darán), recordaré a Tashi, sentado en su sala de estar en el templo de Jokhang, rompiendo a llorar al hablar sobre Estados Unidos, país al que no ha podido volver desde 1964, pero cuyo espíritu e ideales le sirven de inspiración. Yo recordaré ese país que siempre es mejor cuando se muestra leal a sus propios valores + ideales; no a través de la injerencia gubernamental, que por su propia naturaleza niega los valores que trata de promover, sino del ejercicio astuto de la presión y una hábil articulación de medidas.

Holbrooke seguía ardiendo con la llama dura y diamantina de aquella viñeta del *New Yorker* que había visto en la mesita de café de los Lake, tiempo atrás. Sin embargo, tras doce años alejado del único asunto que en realidad contaba para él, tras una década plagada de execrable corrupción —los ochenta asquearon incluso a Clark Clifford—, entre novias, platós de televisión y dinero, era difícil darse cuenta de que, en realidad, Holbrooke estaba intentando remendar los deshilachados retales de su vida, con miras a aprovechar alguna oportunidad que solo él podía vislumbrar tenuemente en el

futuro. Su hambre indisimulada lo volvía más vulnerable que a sus héroes y —al menos en mi opinión— más humano también.

En cualquier caso, me pregunto si habré sabido transmitir a los lectores cómo se sentía uno en su compañía. No sé si lo habré logrado. Holbrooke saltaba en la cama elástica de su casa de campo de Connecticut junto con Strobe Talbott y la goma se tensaba y destensaba con toda la energía de su celo adolescente. Se acostaba con la elegante agente fotográfica y le preguntaba cómo le había ido el día y cómo estaban sus hijos, fundiendo intimidad y jovialidad, dando rienda suelta a su amor por la conversación mientras durase el hechizo poscoital que disipaba temporalmente el estrés. Les hacía a los Gelb resúmenes y análisis de todas las películas que había visto la semana anterior (hasta nueve, a veces). Jugaba al *Donkey Kong* en unos recreativos durante horas, metiendo monedas de cuarto de dólar sin parar, maldiciendo y riéndose mientras buscaba esa épica victoria que siempre lo esquivaba. ¿Que cómo era? No quería desperdiciar ni un solo minuto de su vida.

En la primavera de 1991, cuando estaba a punto de cumplir cuarenta —tras once años sin ejercer en el gobierno y sin perspectivas de cambio en ese aspecto, con los éxitos de los dos primeros años del primer mandato de Bush: el comunismo en ruinas e Irak derrotado—, Peter Tarnoff, que dirigía el Consejo de Relaciones Internacionales, planeó una fiesta de cumpleaños para Holbrooke junto con una decena de amigos. Holbrooke le reconoció a Pete Peterson que, en su opinión, aquel hito vital demandaba algo más. Era pura arrogancia, pero Peterson y Tarnoff se avinieron a sus deseos, y al final reservaron una cena en el 21 Club, en la Midtown neoyorquina, donde cenaban los presidentes y Donald Trump y Frank Sinatra disponían de mesas a su nombre. En un reservado de la primera planta se reunieron unas ochenta o cien cabezas visibles de la aristocracia neoyorquina —Tom Brokaw, Tina Brown y Harry Evans, los Halberstam, los Janklow, etcétera—, junto con la madre, el hermano y los hijos de Holbrooke. Los oradores se turnaban en el estrado para reírse de la libido descontrolada del cumpleañero, de su debilidad por las mujeres de mundo y por su manía de cancelar planes cuando le salía algo mejor que hacer. La novelista chino-estadounidense Bette Bao Lord llamó la atención sobre el hecho de que había nacido en el año de la

Serpiente, lo que le iba que ni pintado, por lo sibilino. Jim Hoge, editor del *Daily News*, declaró: «Probablemente os habréis dado cuenta de que tengo el hombro izquierdo más bajo que el derecho. Es por hablar tanto con Dick, que siempre está mirando por detrás de mí para ver si encuentra a alguien más interesante». David Holbrooke, su hijo, describió cómo llevaba tener por padre a un tipo que obligaba a sus amigos a organizar una fiesta de cumpleaños de ese nivel.

Aquello estaba torciéndose. Los oradores improvisaban y trataban de mejorar el discurso del anterior, lo que llevó a alguno a atreverse a denunciar el alto peaje que cobraba Holbrooke por su amistad. No supieron ser ingeniosos y los chistes eran demasiado crudos y aludían a realidades muy en carne viva. Hicieron sangre y el olor de la sangre hizo que se saliera todo de madre. Holbrooke, que jamás se reía de sí mismo —según decía, porque no se conocía lo bastante bien— se reía a carcajadas desde su mesa, al pie del estrado, porque era la única manera de sobrevivir a aquella catástrofe, y no dejaba de mirar alrededor para que el resto de invitados lo secundara. No tuvo éxito. Nadie más reía.

Entonces, dio un paso adelante Gelb, su mejor amigo de entre los presentes. El humorista Jackie Mason, que tenía un espectáculo en Broadway, había estado cenando hacía poco tiempo en casa de los Gelb y se había topado con Holbrooke en la cocina. «¿Eres judío?», le había preguntado Mason. Holbrooke respondió afirmativamente. A Judy Cohen Gelb, que lo conocía desde hacía veinte años, casi se le cae la bandeja de las manos. Mason miró a Holbrooke y luego a Judy. «¿Ahora dice que es judío? Lleva toda la vida negándolo».

Este descubrimiento sirvió a Les Gelb para su discurso del día del cumpleaños. Representó ambos papeles en una entrevista ficticia con el invitado de honor:

PERIODISTA: ¿Es usted judío?
HOLBROOKE: No.
PERIODISTA: ¿Está usted seguro?
HOLBROOKE: Sí, estoy seguro.
PERIODISTA: Tenemos datos.
HOLBROOKE: Bueno, una bisabuela mía era judía.
PERIODISTA: Según nuestros datos, su filiación es más directa.
HOLBROOKE: Bueno, igual soy judío a medias.
PERIODISTA (al público): Bueno, nosotros nos lo creemos… a medias.

Holbrooke fingió con toda jovialidad que los discursos le habían hecho disfrutar mucho y al final se levantó para dar las gracias. Gelb, sin embargo, detectó el dolor en su rostro. Más tarde, sus propios amigos se mostraron bastante horrorizados unos con otros. Años después, seguían sin explicarse de dónde había nacido aquella saña. «Fue el peor día de mi vida», le contaría Holbrooke a su hermano.

Tony Lake se mantuvo deliberadamente ajeno a aquella fiesta de cumpleaños.

Los Lake se habían marchado de Washington en 1981 —la guerra entre Vance y Brzezinski había agriado el trabajo de Tony en el gobierno— e instalado en el oeste de Massachusetts. Compraron treinta hectáreas de terreno de labor y pastos junto a una sinuosa carretera, al pie de las colinas Berkshire. Toni Ella se dispuso a criar caballos y Tony Él, treinta cabezas de ganado. Además, plantaron heno y extraían casi seiscientos litros de sirope de un arcedo que crecía en la finca. Él impartía clases de relaciones internacionales en la Universidad de Amherst y en el Mount Holyoke College, y se dedicó también a escribir. Sus hijos adolescentes crecieron como chicos de campo. Esa era la vida que Toni Ella quería —y también Tony Él, al principio—. Le tocaba a ella elegir y la cosa funcionó por un tiempo.

Lake y Holbrooke apenas se veían. Cada cuatro años intercambiaban textos o artículos con ideas acerca del último candidato presidencial demócrata condenado al fracaso. En una ocasión, Holbrooke invitó a los Lake a su casa de campo de Connecticut; al llegar, se la encontraron llena de gente de dinero y no les gustó. En otra ocasión, almorzando en Nueva York, Holbrooke trató de explicar a Lake cuánto ganaba en Lehman (diez veces más que cualquier profesor universitario) y Tony hizo un gesto displicente, para irritación de su amigo: «Dick, no quiero saberlo». Lake el caballero, el agricultor y el profesor, era un personaje al que Holbrooke no entendía y que tampoco le caía bien. Aquella actitud le olía a falsa humildad, como cuando Lake le juraba que no quería ser secretario de Estado, aunque quería decir justo lo contrario. Wisner y Holbrooke lo apodaban Cincinato, por el dictador romano que tuvo que dejar a regañadientes su labor como agricultor para salvar la república.

Tras el drama vivido a principios de los años setenta, Toni Ella y Dick pasaron años sin verse. Ella puso tanta distancia entre ambos como pudo. El vínculo, sin embargo, no se rompió. A principios de la década de los ochenta, en una visita a la granja, Judy Gelb se los encontró en la cocina, enfrascados en una charla tan agitada que se dio la vuelta inmediatamente. En 1984, la madre de Toni, aquejada de cáncer, se quitó la vida. Ella necesitaba a alguien con quien hablar del tema. Su marido no se prestaba, así que acudió a Holbrooke y quedaron para comer un día. A Tony no le hizo ninguna gracia, pero no se lo prohibió. Así que ella bajó a Nueva York y durante tres horas disfrutó de la plena atención de Holbrooke.

A finales de esa década, Lake temía que en Washington se hubieran olvidado de él. Como un intento de volver al ruedo, se propuso escribir un libro sobre la política exterior del Partido Demócrata. Cada cuatro años, los demócratas volvían a declarar figuradamente la guerra de Vietnam y se embarcaban en el mismo estéril conflicto civil entre halcones y palomas; mientras, los republicanos seguían ostentando la presidencia[50]. Con el final de la guerra fría, esas diatribas pasaron a la historia y Lake quiso saber si la nueva era brindaría a los demócratas la oportunidad de desarrollar propuestas y planteamientos novedosos para recuperar la mayoría. Su plan era hablar con los candidatos presidenciales para 1992 y redactar un ideario de campaña. Sin embargo, los candidatos demócratas no querían hablar de política exterior: ya habían entregado la iniciativa en ese asunto al presidente Bush.

Sandy Berger, abogado de Washington que fuera la mano derecha de Lake dentro del equipo de planificación de políticas de Carter, asesoraba a Bill Clinton, del que era viejo amigo, pues se habían conocido durante la campaña de McGovern. En noviembre de 1991, Berger movió los hilos para que Lake lo acompañara en los viajes de campaña. Se reunió con Clinton en una cena para recaudar fondos celebrada en las afueras de Boston; también acudió Hillary, quien confesó su admiración a Lake —que se mostró sorprendido— por haber salido de la Casa Blanca a raíz de la invasión de Camboya. Después de cenar, Lake mantuvo una charla de diez minutos con Clinton en la parte de atrás del coche del candidato[51], que le preguntó a Lake dónde vivía, y este, que creía que iban a hablar sobre los misiles de Europa, terminó contándole los problemas económicos de los pequeños agricultores del oeste de Massachusetts. Clinton se interesó vivamente y quiso saberlo

todo sobre esos vecinos en apuros. No hablaron de política exterior, pero Lake quedó de igual modo impresionado.

Una semana después, el asesor y periodista Stephanopoulos llamó a Lake para pedirle que redactara un primer discurso de Clinton sobre política exterior. Lake voló hasta Little Rock y revisó línea por línea el borrador con el candidato. Clinton le decía «Está bien, estoy de acuerdo con lo que se dice en este párrafo» y pasaban al siguiente. En el discurso se culpaba a Bush de centrarse en los asuntos exteriores y descuidar la economía, si bien los estadounidenses, paradójicamente, se miraban cada vez más el ombligo, hasta un punto peligroso[52]. En un momento en que el mundo se disponía a abrazar por entero la democracia y el libre mercado, la política exterior de Bush se atascaba en el pasado y traicionaba los valores estadounidenses: el gobierno se negó a apoyar la democratización en China tras la masacre de la plaza de Tiananmen, dejó a los kurdos a su suerte tras la primera guerra del Golfo y no hizo mucho por los estados recién independizados de la antigua Unión Soviética. «Habiendo ganado la guerra fría —dijo Clinton—, no debemos perder la paz».

Ahí encontró Lake la respuesta a la pregunta que había estado haciéndose. La política exterior de su partido rechazaba el aislamiento en nombre de la democracia. Lake aparcó el proyecto del libro y sumó fuerzas a la campaña como asesor de Clinton junto con Berger.

Durante la última noche de la convención demócrata en Nueva York, Lake se encontraba charlando en su habitación de hotel con Sandy y Susan Berger mientras Clinton estaba a punto de salir al escenario del Madison Square Garden para pronunciar el discurso de aceptación de la candidatura. El discurso en sí (el cual, como señaló Gelb en una columna del *Times*, contenía solo 141 palabras sobre política exterior) fue menos memorable que el conmovedor documental sobre la vida de Clinton que lo precedió, *The Man from Hope*, o que el espectáculo posterior, con los Clinton y los Gore abrazándose y bailando al son de «Don’t Stop» de Fleetwood Mac. Fue un momento extático para los anhelosos demócratas, pero Lake se sentía abrumando por la tristeza.

«¿Qué te pasa?»[53], le preguntó Berger, que había detectado el pesar en su rostro. «Creo que esto va a funcionar», respondió Lake. Clinton ganaría y a

Lake le tocaría regresar a Washington, y sabía lo que eso significaría para Toni.

En la larga historia de la relación entre Holbrooke y Lake, este estaba poniéndose en cabeza de carrera. Holbrooke le envió su primer informe de campaña justo antes de la Navidad de 1991. Tras las primarias del estado de Nuevo Hampshire, Holbrooke empezó a hacerle llegar un informe mensual. Durante la convención enviaba informes todas las semanas y en el periodo previo a los debates de otoño, los envíos eran casi diarios. Estos informes hablaban del presupuesto de Defensa, de comercio, de Hillary, de los problemas de carácter de Bill, de los debates, de Japón (adonde viajó en abril), de las antiguas repúblicas soviéticas (en mayo), de Italia (en junio), de China (en julio), de la antigua Yugoslavia (en agosto). Su consejo en política era acusar a Bush de retrógrado en asuntos exteriores y buscar el empate técnico en ese ámbito, para luego imponerse en asuntos internos. Pensó que la pasividad de Bush frente a la guerra civil que se sobrevenía en Bosnia lo hacía particularmente vulnerable. Clinton pidió ataques aéreos contra la artillería serbia que asediaba Sarajevo[54].

Holbrooke sugirió formar un triunvirato de asesores junto con Lake y Gelb. A Lake la idea no lo entusiasmó. Pilló a Holbrooke contándole una mentira venial sobre cierto asunto y eso lo llevó a telefonear a Gelb desde una carretera en mitad de Connecticut: «¿Por qué me miente?». A lo que Gelb respondió: «Es su naturaleza». Se habían tolerado durante los años de Carter, pero la acritud acumulada durante dos décadas los había conducido al punto de convertirse en enemigos.

Dirigía los preparativos del debate de Clinton un abogado y militante demócrata llamado Tom Donilon, que había sido asistente de Carter durante veinte años. Holbrooke lo conocía por un mutuo amigo, Jim Johnson, con quien había trabado amistad en la campaña de Mondale. Los preparativos del debate regalaron a los asesores horas preciosas junto al candidato: Lake, Berger y una asistente a tiempo completo llamada Nancy Soderberg prepararon todo el material informativo, y Lake y Berger estudiaron los ensayos y comprobaron las respuestas de Clinton. Holbrooke trató de infiltrarse en el círculo más cercano del candidato a través de Donilon. «Dick, eso no va a ocurrir», tuvo que reconvenirle este. Todos los puestos estaban asignados y la gente importante no quería tenerlo cerca. No obstante, siguió

redactando informes, hasta la revolucionaria victoria demócrata en las elecciones.

Varias semanas después de la votación, Holbrooke tuvo que preparar una reunión con Al Gore, vicepresidente electo. Doce años más tarde volvía a encontrarse en una situación parecida a la de aquella otra vez con Carter. No quería meter la pata por elegir mal las palabras, así que tomó notas previas:

> Gran campaña. Orgulloso de ser tu amigo. Tu selección marca incuestionablemente el punto de inflexión de la campaña. […] Hay que gestionar mejor la evolución desde la guerra fría a un mundo posguerra fría: antigua Unión Soviética, Yugoslavia, Camboya, Somalia, etcétera. […] Personal: (equipo). Baloncesto o béisbol. SEG. NAC.: 5 puestos principales + 5 siguientes puestos prioritarios = equipo […] CSN — Tony o Sandy— gran trabajo de campaña. También: Tarnoff […] Personal: Es un honor que me lo pida. Tras dieciséis años en el gobierno y doce en Wall Street, creo que he aprendido a integrar la política económica y la política exterior tradicional. Sería para mí un honor que me tuviera en cuenta para alguno de los altos cargos de que acabamos de hablar. No para del Departamento de Defensa ni CIA ni el Tesoro. Sería un gran privilegio para mí prestar servicio como secretario de Estado adjunto; podría administrar el departamento: soy buen administrador; conozco todas las regiones del mundo; conozco el Servicio Diplomático; creo en su agenda. Si no, creo que podría resultar útil aplacando las inquietudes de los países asiáticos como embajador en Tokio (sin conflictos de interés) o embajador de EE.UU. ante la ONU, pero entiendo que esto es menos factible[55].

Holbrooke no sacó nada en claro de aquella reunión. El puesto de embajador ante las Naciones Unidas no es que fuera poco probable que se lo dieran, sino que estaba fuera de toda discusión: le tocó a Madeleine Albright, excolaboradora de Brzezinski en la Casa Blanca de Carter y quien, gracias a ese tipo de congresos, programas académicos y campañas que encumbran a los expertos de cada partido político, logró convertirse en la experta oficial en política exterior del Partido Demócrata.

Strobe Talbott, amigo de Clinton de los tiempos de Oxford que se planteaba abandonar la revista *Time* porque le habían ofrecido un cargo en el nuevo gobierno, se reunió con el presidente electo en el hotel Hay-Adams de Washington justo antes de Acción de Gracias[56]. Talbott era el único amigo leal que le quedaba a Holbrooke dentro del círculo mágico, y habló bien de este. ¿Por qué no figuraba en ninguna de las listas de quienes estaban encargándose de gestionar la transición de una administración a la siguiente? Clinton apenas conocía a Holbrooke, pero aseguró que le caía bien y que lo tendría en cuenta para el cargo de secretario de Estado. Lo único que lo echaba para atrás era que provocara tantas controversias y tuviera tantos detractores. Clinton optó finalmente por Warren Christopher, el abogado de

trajes inmaculados y buenos modales que justo había dirigido su incorporación al nuevo gobierno como presidente y se había presentado al cargo *motu proprio*. Dejar Asuntos Exteriores en manos de Christopher fue la manera de Clinton de tenerlos bajo control, garantizando una gestión predecible y sin sobresaltos. Christopher conocía a Holbrooke de los años compartidos en el Departamento de Estado de Carter y no le era nada simpático, más por cuestiones relacionadas con las formas que con el contenido. Eran diametralmente opuestos: Christopher no tenía enemigos y tampoco opiniones formadas sobre política exterior; a Holbrooke le sobraban ambas cosas. Que Christopher estuviese en el Departamento de Estado significaba que el cargo de secretario adjunto, o de cualquier otro tipo de secretario, quedaba fuera del alcance de Holbrooke.

Lake, por su lado, aseguró a Clinton que no quería ningún tipo de puesto, «a menos que bajase el precio de la ternera», lo que, claro está, significaba que sí que quería un puesto. Fue nombrado asesor de Seguridad Nacional. Berger, que podría haber obtenido el puesto número uno, cedió ante la mayor experiencia y conocimientos de Lake y accedió a ser su mano derecha. Lake prometió a Toni que trabajaría en Washington solo dos años. El caso es que los principales cargos relacionados con política exterior, tanto en la Casa Blanca como en el Departamento de Estado, iban a parar a dos personas que no querían a Holbrooke ni en pintura.

Su amigo Les Aspin, congresista por Wisconsin y uno de los niños prodigio del Pentágono de los tiempos de Saigón, fue nombrado secretario de Defensa. Wisner pasó a ser el número tres de Aspin; Tarnoff, por su parte, se hizo también con el tercer cargo más importante del Departamento de Estado. Parecía que toda la pandilla de Holbrooke en Vietnam, con Lake a la cabeza, ascendía poco a poco hasta las mismas copas de los árboles, encarando los años noventa con todas las cicatrices y la sabiduría acumuladas desde Vietnam y decididos a dar forma a la política exterior estadounidense de la posguerra fría. Entretanto, Holbrooke se tiraba de los pelos en su apartamento, escribiendo informes como un loco y hablando por teléfono con Talbott: «¿Los ha leído el presidente? ¿En la mesa de quién están? Warren Christopher y yo hemos estado llamándonos todos los meses durante veinte años y ¿ahora nunca puede ponerse?».

Cierto instinto lo llevó a hacer frente a ese dolor buscando la acción fuera del país. Pasaría las Navidades en Camboya y celebraría el Año Nuevo en Bosnia.

BOSNIA

Vendrán a buscarme



Slobodan Milosevic y Richard Holbrooke en Dayton. Departamento de Estado de Estados Unidos/Sargento Brian W. Schlumbohm.

I

Hacía mucho frío, pero la nieve no había cuajado. El campo de refugiados estaba en un pueblo sembrado de barracones militares llamado Karlovac, a una hora de Zágreb, capital de Croacia. Tres mil bosnios musulmanes, la mayoría hombres, vivían hacinados en dos edificios de hormigón entre los que se alzaban los restos de una iglesia ortodoxa serbia que había resultado muy dañada durante los combates. «La puñetera iglesia puede caerse en cualquier momento —advirtió un cooperante danés a Holbrooke—. Deberíamos demolerla, pero para los serbios tiene mucho valor y quieren reconstruirla. Es una tarea muy peligrosa y no nos ponemos de acuerdo en qué hacer[1]».

Los bosnios dormían en literas metálicas de tres camas, en barracones con suelo de cemento. De los bastidores de las camas colgaban ropas y el aire olía a moho. Todo el mundo esperaba a las puertas de su residencia improvisada la noticia de que se les hubiera asignado un nuevo hogar en otro país. Los cooperantes querían que en algún momento pudieran regresar a Bosnia, pero pocos parecían desear lo mismo.

Holbrooke se inclinó hacia delante con las manos cruzadas a la espalda para escuchar a un joven mientras otros estaban sentados o tumbados en las literas de alrededor. Era panadero y provenía de un pequeño pueblo del norte de Bosnia llamado Prijedor. Hasta el estallido de la guerra, esa primavera, la ciudad estaba poblada mayoritariamente por musulmanes. Los paramilitares serbobosnios entraron en Prijedor y también en otros pueblos, como Zvornik, Bijeljina, Omarska, Orašac, Bišćani o Sanski Most. Siguiendo un plan cuidadosamente diseñado, los combatientes rodearon el pueblo, bloquearon las salidas y fueron a las casas donde, según los vecinos serbios, vivían familias musulmanas y, en algunos casos, croatas[2]. Los paramilitares sacaron a las habitantes a la calle y después saquearon y destruyeron sus casas. Mujeres, niños y ancianos fueron expulsados del pueblo y se los obligó a poner rumbo a Croacia, país relativamente seguro. A los hombres se los separó en distintos grupos. Aquellos cuyos nombres aparecían en los listados de notables locales fueron retenidos y jamás se los volvió a ver.

Al resto se los envió a campos de concentración, donde se los mató de hambre y se los obligó a vivir entre sus propias heces. Los paramilitares atormentaban a sus prisioneros contándoles que sus esposas habían sido violadas y sus hijos, asesinados. Los forzaban a mantener relaciones sexuales entre sí y a cavar fosas comunes y enterrar en ellas a sus amigos y parientes muertos. En algunos pueblos, los paramilitares no discriminaban y mataron hasta al último musulmán. Sin embargo, el objetivo era el mismo en todos lados: hacer una Bosnia puramente serbia, imposibilitar que los distintos grupos que cohabitaban en ese país pudieran vivir juntos jamás.

Cuando los paramilitares llegaron a Prijedor, el panadero se ocultó en el bosque y presenció desde su escondite cómo los serbios destruían su casa. Sus vecinos —amigos a quienes conocía desde hacía años— lo encontraron y entregaron a los paramilitares sin pensárselo dos veces. Fue el primer indicio de odio que el panadero veía en ellos y lo repentino de todo aquello lo dejó anonadado. Cuando Holbrooke preguntó por qué los serbios habían hecho aquello, el panadero respondió simplemente: «No lo sé». Había tenido suerte, al fin y al cabo: era un simple panadero, sin ningún poder local. Lo trasladaron al campo de concentración de Manjača, desde el que escapó y cruzó la frontera de Croacia. Allí se sumó a otros dos millones de refugiados de guerra.

Aquellos acontecimientos fueron etiquetados con un eufemismo que trasluce la ideología de sus responsables: «limpieza étnica». En un viaje anterior a Bosnia, en agosto, Holbrooke había sido testigo de sus secuelas más inmediatas: las casas destruidas de los musulmanes junto con una vivienda serbia intacta, las fábricas demolidas, el maíz pudriéndose en los campos de cultivo, los matones serbios armados hasta los dientes, los musulmanes en fila para firmar la renuncia a sus propiedades y luego embutidos como ganado en autobuses que los sacarían del país. Holbrooke había pasado por Prijedor, incluso[3]. Ahora entrevistaba a los supervivientes de la limpieza étnica.

Había un obrero de factoría de Sanski Most cuyo capataz, serbio, se había plantado en su casa de madrugada con un grupo de milicianos serbios sin uniformar[4]. Le ordenaron que saliera de su hogar y luego lo demolieron. En ningún momento el capataz lo miró a la cara siquiera. Otro hombre contó a Holbrooke que su madre, de setenta años, había sido violada y seguía atrapada en Sanski Most, y preguntó a Holbrooke si podía ayudarlo a traerla

desde Bosnia. Un señor mayor se arrastró entre las literas para explicarle cómo los serbios le habían partido la pierna en dos.

—Esos serbios son repugnantes; llevan a sus hijos de diez años a los campos de concentración para enseñarles cómo nos pegan —aseguró el viejo.

—No todos son tan malos —puntualizó un joven—. Pero, cuando todo empezó, a quienes se negaron a participar en la matanza también se los cargaron.

Las historias se repetían aquí y allí. De un día para otro, se había extendido una fiebre salvaje e inexplicable entre vecinos y amigos de muchos años. Ahora, todo había terminado.

Cuando Holbrooke se dispuso a marcharse, el panadero sacó una bolsa de plástico sucia de debajo de su colchón[5]. Dentro guardaba un par de figuras de madera clara, de unos ocho o diez centímetros de alto. Eran figuras humanas de rostros sin apenas rasgos, con las cabezas inclinadas hacia delante y las manos a la espalda. El panadero las había labrado con un trozo de cristal mientras estuvo internado en el campamento de Manjača, donde los prisioneros debían pasar horas de pie con las cabezas gachas, de lo contrario les pegaban. La muda sencillez de las figuras transmitía una pesadumbre inconmensurable. Al cogerlas, a Holbrooke le pareció que las manos le quemaban. Se sintió tan conmovido que no pudo sino mascullar unas pocas palabras y devolver las figuras a su dueño.



La figura de madera tallada por el panadero bosnio. Cortesía de Kati Marton.

—No —le dijo el panadero—. Por favor, lléveselas a su país y enséñeselas a su gente. Enséñeles a los americanos cómo nos están tratando. Cuente lo que nos está pasando.

Holbrooke había viajado a los Balcanes como miembro del Comité Internacional de Rescate (CIR), organización dedicada a la ayuda a los refugiados cuyo consejo de administración estaba integrado por hombres y mujeres de renombre; entre ellos, él. Holbrooke no había acudido oficialmente a la región, sino por las mismas razones por las que había entrado en la pagoda donde se veneraba el corazón carbonizado de aquel monje vietnamita, guardado en un cáliz: quería ver las cosas con sus propios ojos. Viajaba solo, a excepción de una guía que hacía las veces de intérprete, una licenciada universitaria de Seattle de veintiocho años llamada Stefanie Frease, que trabajaba con el CIR en Zágreb. Tenía un abuelo croata y otro serbio, y había pasado parte de su niñez en Yugoslavia; antes de que el país empezara a desmembrarse, en 1991, regresó para conocer la guerra y ayudar a la gente en lo que pudiera. No conocía de nada a Holbrooke, de cuya llegada la avisaron solo con dos días de antelación. Cuando hacía de traductora entre

Holbrooke y los refugiados en Karlovac, muchas veces tenía que contener las lágrimas. Ella pensaba que Holbrooke debería haberle regalado una de las figuras de madera.

El 29 de diciembre volaron desde Zágreb a Split, en la costa del Adriático. A la mañana siguiente se subieron a un Nissan todoterreno en el que remontaron el valle del río Neretva hasta Mostar, en la región de Herzegovina, al sur de Bosnia, dominada por croatas ultranacionalistas. La guerra estaba a punto de convertirse en un triángulo bélico, pues a los pocos meses se enfrentarían también entre sí los croatas de Bosnia y los bosnios musulmanes. En los controles militares croatas, los soldados se mostraban tensos y amenazadores. El viaje duró horas, ya que se detuvieron en varias ocasiones para hablar con refugiados y cooperantes. En el asiento de atrás, Holbrooke y Frease charlaban sobre la guerra. Los ojos azul hielo de él se iluminaban cada vez que ideaba una estrategia y sus palabras parecían desapegarse de cuanto tanto él como Frease oían contar a los refugiados. Viajar junto a otra persona por una zona bélica crea cierta intimidad temporal. Ella había visto más guerra que él; le hizo saber que, en su opinión, no parecía sentir mucha empatía por las víctimas.

A Holbrooke ese comentario le sentó mal. Le dijo que a él Bosnia le preocupaba más que a cualquier otro miembro del gobierno estadounidense. «No imaginas cómo es entrar en la Casa Blanca para informar a los altos cargos y presentar propuestas prácticas muy claras ante un grupo de personas que tienen mucha menor capacidad que yo para entender y empatizar con la situación», replicó.

Desde Mostar continuaron viaje hacia el norte, a través de escarpadas montañas y desfiladeros, hasta llegar a Vitez, una localidad mayoritariamente croata en Bosnia central, donde el CIR tenía oficinas. Arribaron al atardecer. Vitez era el pueblo más alejado que tenían previsto visitar. Tras un par de días recopilando datos de boca de los refugiados, regresarían a Split. Sin embargo, estando en las oficinas Holbrooke se enteró de que Lionel Rosenblatt, su viejo amigo de los años en el Sudeste Asiático, estaba a solo una hora, en Zenica, y pensaba viajar a Sarajevo al día siguiente por la mañana temprano. A Holbrooke visitar Sarajevo le pareció un plan emocionante.

Se puso en contacto con él por teléfono.

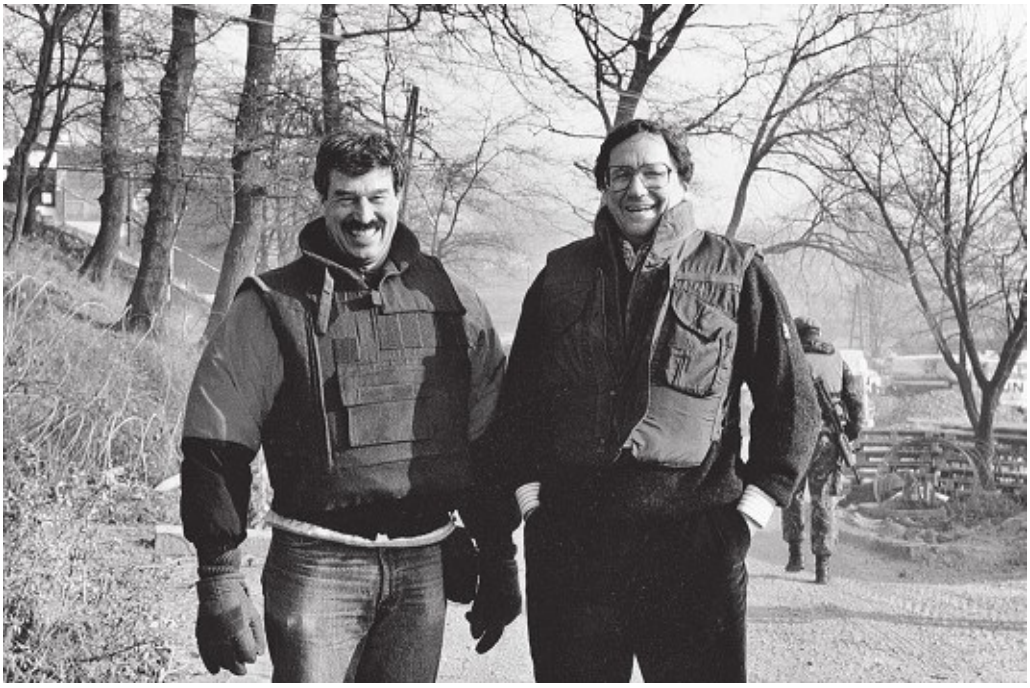
—Lionel, quiero ir contigo a Sarajevo.

—No hay manera de que puedas llegar a tiempo —le respondió su amigo.

Era invierno, caía la noche ya y las carreteras estarían heladas. Holbrooke, además, tendría que llegar por sus propios medios. Sin identificación adecuada, el viaje, de por sí peligroso, se complicaría aún más, pues en la carretera había varios controles serbios.

—Voy a ir —aseguró Holbrooke.

Rosenblatt era un tipo modesto y apasionado con un espeso bigote negro; había sido uno de esos funcionarios de Vietnam a quienes la guerra había llevado a apartarse de la escalada de violencia del gobierno estadounidense y entregarse al trabajo humanitario. Su principal interés fueron los refugiados indochinos de etnia hmong y su cultura en peligro de desaparición, si bien refugiados había en todos los rincones del planeta, y cada vez más. Para cuando le llegó el turno a Bosnia, se contaban en el mundo cuarenta millones de personas sin hogar[6]. La caída del comunismo había desencadenado feas guerras nuevas en lugares como Somalia o Nagorno Karabaj, que se veían complicadas por coyunturas propias que a los estadounidenses crecidos en la claridad meridiana de la guerra fría les costaba entender. La imagen posterior a la guerra fría no resultó ser la de la paz y la prosperidad, sino la de un niño acuclillado en un charco de barro y rodeado de carpas con el emblema de ACNUR. Los refugiados alcanzaban ahora el corazón de Europa.



Lionel Rosenblatt y Richard Holbrooke en la carretera a Sarajevo. Cortesía de Sylvana Foa.

Rosenblatt, que presidía Refugees International, había acudido a Bosnia para averiguar cuál era la mejor manera de invertir cincuenta millones de dólares de ayuda humanitaria que había donado George Soros, el multimillonario inversor y filántropo. Rosenblatt se alojaba en un hotel de hormigón construido en estilo brutalista, en Zenica. Una de las cosas que hacían las guerras balcánicas especialmente desagradables era toda aquella arquitectura comunista, que ahora estaba siendo destruida.

Mientras cenaban en el viejo y cavernoso restaurante, Holbrooke puso a Rosenblatt al día sobre amigos comunes de Washington. Lake había conseguido el puesto de sus sueños y también Berger, mientras que Holbrooke se había quedado con las manos vacías y había terminado en Bosnia. A lo largo de toda la gira por el país se había sentido extrañamente apagado, pero la idea de visitar Sarajevo hacía que sintiera de nuevo la adrenalina corriendo por sus venas. Había visitado la ciudad durante el viaje que había hecho a dedo por Europa con diecinueve años: recordaba los alminares y los techos de tejas rodeados de pintorescas montañas; y a orillas del río Miljacka, las huellas conservadas de Gavrilo Princip, quien con dos disparos desencadenó la Primera Guerra Mundial. Ahora, Sarajevo estaba bajo asedio. Para ser una ciudad no muy grande, seguía haciendo historia.

En los vehículos blindados de transporte de personal de las Naciones Unidas hubo dos plazas para Holbrooke y Frease. A ella, su condición de miembro del CIR le franquearía el paso en los puestos militares serbios, pero él era un banquero de Nueva York que no pintaba nada en Bosnia. Por la mañana, en el desayuno, Rosenblatt se levantó de la mesa y subió a su habitación; al poco regresó con una bolsa llena de fotos de carnet, con la que siempre viajaba para hacer frente a situaciones como aquella[7]. (En abril de 1975, decidido a rescatar a doscientos sudvietnamitas, se plantó en Saigón haciéndose pasar por hombre de negocios francés y falsificó todo un lote de visados de salida). Rosenblatt hurgó en la bolsa y sacó una foto de un amigo suyo de rostro ancho y amplia sonrisa, y con unas gafas enormes que le daban aspecto de vendedor de seguros de Illinois. El tipo tenía un vago parecido con Holbrooke. «Esta foto debería funcionar».

Con ayuda de un mechero, Rosenblatt manipuló el plástico de una tarjeta de identificación en blanco de funcionario de la ACNUR y le colocó la foto de Holbrooke. Este temía que se dieran cuenta de que no era él, pero a

Rosenblatt le preocupaba más que en una de las esquinas el plástico no había quedado bien pegado. «Cuando se lo enseñes a los serbios, agarra la tarjeta por esta esquina», le indicó. Si hubiera algún problema en el puesto de control, tendrían que continuar sin Holbrooke.

Desde Zenica, se dirigieron al sur en los coches a través de altos abetales hasta Kiseljak, población que marcaba la entrada en territorio serbio, pero estaba dominada por milicianos croatas[8]. Ambos bandos se disputaban Sarajevo. Pocos llegaban a la capital sin pasar antes por Kiseljak. En las calles de la capital bosnia, un saco de patatas pequeño costaba setenta y cinco dólares y un litro de combustible, cien[9]. En Kiseljak cambiaron los coches por transportes blindados. Holbrooke iba sentado en la parte delantera con un enorme casco y un anticuado chaleco antibalas. Era el último día del año y los combatientes serbios de los puestos de control ya habían empezado a beber. En uno de ellos, estaban acompañados por una mujer muy maquillada. El ambiente navideño ayudó a que no prestaran mucha atención a los extranjeros, incluido Holbrooke y su sospechosa identificación. Por la tarde, el grupo llegó al aeropuerto de Sarajevo. Los edificios habían sufrido daños y la pista estaba llena de escombros. El aeropuerto se hallaba bajo el control de las Naciones Unidas y los Cascos Azules tenían órdenes de no dejar salir a ningún bosnio sin autorización, aunque los pocos afortunados que conseguían reunir mil marcos alemanes podían comprar su salida[10]. Los funcionarios de las Naciones Unidas debían negociar con las fuerzas serbias la llegada de suministros humanitarios a Sarajevo que permitieran, al menos, unas mínimas condiciones de vida, y que el mundo exterior quedase satisfecho. Las Naciones Unidas, en efecto, también participaban a su modo del asedio.

Las líneas de asedio apenas se movían. El objetivo de los serbios no era apropiarse de Sarajevo, sino golpearla hasta hacerla caer.

El plan del grupo era dejar los transportes blindados en el extremo oeste de la ciudad y coger coches particulares en un edificio de la compañía telefónica amurallado con sacos de arena, donde tenía su cuartel general la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas. Al llegar el convoy, se encontraron con que el secretario general, Butros Butros-Ghali, que justamente estaba haciendo una visita de unas horas a Sarajevo junto con su enviado especial, Cyrus Vance (ambos vestían chalecos antibalas azules

idénticos y parkas con capucha de pelo beis), iba a dar una rueda de prensa en el interior del edificio[11]. El secretario general declaró ante los habitantes de Sarajevo que la intervención extranjera no haría sino empeorar las cosas, que una ofensiva del ejército bosnio para romper el asedio sería contraproducente y que debían dar una oportunidad a la negociación.

—Para nosotros, usted es el responsable de todo este sufrimiento —espetó a Butros-Ghali una joven periodista de una radio de Sarajevo—. ¿A qué espera para intervenir? ¿Cuántas víctimas necesitan antes de actuar? ¿No bastan doce mil? ¿Cuántas quiere? ¿Quince, veinte mil? ¿Cuántas le bastan?

Butros-Ghali yVance habían sido recibidos al salir del palacio de la Presidencia por sarajevitas que gritaban: «¡Fascistas!» y «¡Ghali es Hitler!» y portaban pancartas donde se leía: «Necesitamos armas» o «Ayúdanos o vete a casa». Los manifestantes rodearon su coche y empezaron a zarandearlo. Butros-Ghali intentaba mantener el tipo componiendo una sonrisa y entrecerrando los ojos. Las preguntas de la periodista de la radio lo habían agitado.

—Si soy culpable, entonces *mea culpa* —reconoció el secretario general —. Entiendo vuestro sufrimiento. —A continuación, para asombro de los presentes, añadió—: La situación aquí es mejor que en otros lugares del mundo. Puedo daros una lista de diez lugares donde hay más problemas que en Sarajevo.

La periodista rompió entonces a llorar.

—Nos están matando, señor Ghali, nos están matando.

Butros-Ghali y Vance regresaron al aeropuerto en su viejo sedán blindado. Al descender el coche por la rampa de acceso, Holbrooke entrevió en el asiento trasero las canas y la parka con capucha de pelo de su antiguo jefe.

Cuando Holbrooke bajó del vehículo blindado, el cielo tenía un color de leche sucia. Alrededor había coches abrasados. Al otro lado de la calzada, se alzaba el edificio bombardeado y quemado del diario sarajevita *Oslobođenje*, que seguía imprimiendo ejemplares desde un refugio antiaéreo construido en el sótano. Entre los montones de basura, un grupo de niños buscaba madera[12].

Holbrooke divisó entonces a alguien conocido: un tipo alto, desgreñado y de barba astrosa, y con una expresión a la vez triste y cómica. Se trataba de John Burns, corresponsal del *New York Times* en Sarajevo, que acababa de

salir de la rueda de prensa. Parecía bastante decaído. Se saludaron tan informalmente como si se hubieran topado en Times Square y Burns propuso a Holbrooke alojarse en su habitación del Holiday Inn[13]. Ese hotel sería sin duda un lugar interesante donde pasar la Nochevieja.

La última parte del viaje llevó a Holbrooke a recorrer el amplio bulevar que apodaban la Avenida de los Francotiradores y que conducía al centro de Sarajevo. El asedio duraba ya 271 días.

Nevaba sobre la ciudad, sobre los edificios ennegrecidos, las tumbas recién cavadas y las baterías serbias instaladas en las faldas de las montañas, que esa jornada no atronaban debido a la visita del secretario general[14].

En una calle del centro, Holbrooke vio a un tipo frotándose las manos debido a los diez grados bajo cero, junto a un coche con el capó abierto. Vio a una mujer elegantemente vestida pasar por el otro lado de la calle cargada con una garrafa de agua. Junto al Estado Olímpico, en un parque que se había convertido en un cementerio, vio a otro hombre encaramado a un árbol pelado que aserraba una rama.

Los locutores de la radio bosnia decían: «El criminal de guerra Radovan Karadžić ha declarado que no cejará en la búsqueda de la soberanía de los territorios que los serbios consideran propios».

En una clase de educación primaria, unos cooperantes italianos estaban dando una charla sobre minas antipersonas. Por la calle, los niños corrían con pistolas de cartulina en la mano. Un hombre se enjugaba las lágrimas mientras leía una carta de su hija, quien por suerte había alcanzado Split sana y salva.

Un periodista del *Oslobođenje* quemaba sus libros en la chimenea de su casa para calentarse mientras escribía en su diario: «Butros Butros-Ghali está aquí. Cuando oigo su nombre, se me despierta un odio irrefrenable»[15].

En un pequeño apartamento situado en algún lugar del centro, había gente que a la luz de las velas cantaba, batía palmas, se abrazaba, besaba y brindaba con vasos de plástico por el Año Nuevo[16].

El hotel Holiday Inn era un cubo de hormigón marrón y amarillo al que le faltaba la mayoría de las ventanas. En los meses anteriores a la guerra, el hotel había albergado el cuartel general del partido político del líder serbio Radovan Karadžić. En aquellos momentos, las habitaciones de las plantas superiores estaban ocupadas por soldados bosnios y regentaba el hotel una banda criminal vinculada a la cúpula del gobierno. La entrada daba a la

Avenida de los Francotiradores y al plantel de artillería serbia que disparaba desde los puntos elevados al otro lado del río, así que los huéspedes entraban por la parte trasera. Las habitaciones no tenían agua ni calefacción y rara vez había luz eléctrica. Una noche costaba ciento cincuenta dólares.

Burns dormía y trabajaba en la habitación 305 y usaba la 306 como almacén. Guardaba dos mil litros de combustible en el baño, pues un tiempo antes había sorprendido al encargado del garaje del hotel extrayendo la gasolina de su vehículo para venderla en el mercado negro y reemplazándola con agua. A Holbrooke y Rosenblatt les asignaron esa habitación, la 306. A Frease le dieron la antigua suite de Karadžić.

Holbrooke se instaló, fue a la habitación de Burns y tocó a la puerta. Se sentaron y charlaron entre mapas y equipo diverso (dos pequeños generadores, un ordenador con procesador de textos y un transmisor de datos vía satélite). Se habían visto antes, en Pekín, cuando Burns era corresponsal allí, y de nuevo en Manila, justo tras la caída del dictador Marcos, ocasión en que exploraron juntos el palacio presidencial abandonado, rebuscaron entre los roperos de los Marcos y Holbrooke terminó colocándose uno de los sujetadores de Imelda Marcos en la cabeza, con las dos copas talla 70B a modo de orejeras.

A Holbrooke, John Burns lo encandilaba: le fascinaban su coraje bienhumorado, su *savoir faire* de corresponsal extranjero y el que para hacer llegar la noticia sobre los desafortunados comentarios de Butros-Ghali tuviera que sentarse en su Land Rover blindado, enchufar al encendedor eléctrico del coche el lentísimo transmisor, apuntar este hacia el cielo meridional y, mientras esperaba que llegasen preguntas desde Nueva York, rezar por que no hubiera ningún francotirador apuntándole a la cara iluminada por el resplandor azul de la pantalla. Todo ello le tocaba la fibra al reportero que Holbrooke siempre había querido ser.

Antes de viajar a Yugoslavia, Burns a punto estuvo de morir debido a un linfoma, cuyo pronóstico no era muy halagüeño, en cualquier caso. Sus jefes trataron de impedir que se marchara, pero él tenía el pálpito de que Bosnia lo salvaría, de que quizá le devolviera la vida correr los quinientos metros que separaban el hotel del palacio presidencial esquivando balas de francotiradores, cayendo agotado y haciéndose sangre al golpearse contra el asfalto. Aquel pálpito era real. Burns remontó el río hasta Sarajevo y se perdió

en la ciudad y su historia, en la solidaridad con los vecinos, incluido el chelista que tocaba el *Adagio* de Albinoni cada tarde a las cuatro en punto en la puerta de una panadería situada en un pasaje comercial, justo donde unos explosivos habían acabado con la vida de veintidós personas que hacían cola para comprar pan. Sus cables eran llamadas de socorro, cada vez más insistentes y funestas, a las capitales europeas y, sobre todo, a Washington[17].

Burns explicó a Holbrooke su punto de vista: aquella no era una guerra de odios en la que todos los bandos eran igualmente culpables. Había agresores y había víctimas. Burns había entrevistado a los artilleros serbios de las colinas y comprobado que tenían perfectamente a tiro el hospital y a través de sus mirillas distinguían hasta a los recién nacidos en brazos de sus madres[18]. En el centro de Sarajevo se alzaban una mezquita, una catedral católica, una iglesia ortodoxa y una sinagoga, todas a pocos pasos de distancia entre sí, y todas habían resultado dañadas. Sarajevo siempre había sido una ciudad de mezclas y ahora una horda de fascistas estaba destruyéndola. Nada detendría la matanza salvo una intervención exterior. Nadie en Sarajevo esperaba nada de las Naciones Unidas ni de los europeos. Si quedaba alguna esperanza, habría que depositarla en Estados Unidos.

Holbrooke, a su vez, confesó sus frustraciones por no haber conseguido un puesto en el nuevo gobierno. «Pero me necesitarán —dijo—. Vendrán a buscarme».

Fueron al piso de abajo para unirse al grupo de periodistas en el frío restaurante lleno de humo para disfrutar de una cena de Nochevieja a treinta dólares el plato, servida a temperatura ambiente por camareros que hacían lo que podían por mantener las apariencias con sus pajaritas negras y sus chaquetas verdes estilo Holiday Inn. Sarajevo apelaba a ese Holbrooke que jamás había dejado de ser un joven aventurero con cierto gusto por el absurdo más oscuro y cuya novela favorita era *Trampa 22*.

Después de cenar, Holbrooke pidió a Burns que lo llevase a ver las huellas de Gavrilo Princip, las que viera en 1960.

«Imposible», dijo Burns. Las huellas y la placa homenajeaban un acto de nacionalismo serbio (DESDE ESTE LUGAR, EL 28 DE JUNIO DE 1914, GAVRILO PRINCIP EXPRESÓ CON SUS DISPAROS LA PROTESTA DE LA CIUDADANÍA CONTRA LA TIRANÍA Y LA ETERNA LUCHA DE LOS PUEBLOS POR SU LIBERTAD)[19] y habían sido

destruidas por soldados bosnios nada más empezar la guerra. En su lugar, los reporteros invitaron a Holbrooke y sus amigos a asistir a una fiesta en la parte vieja de la ciudad. «Vas a ver algo que parece sacado del Infierno de Dante», aseguró Burns[20]..

La fiesta se celebraba en una escuela de arte a orillas del río Miljacka, muy cercana al lugar donde estalló la Primera Guerra Mundial. Llamaban al lugar el Hole in the Wall Club porque para llegar había que escalar una montaña de escombros que dejó tras de sí la explosión de un proyectil y entrar por un agujero, y también porque era poco más que un antro. El interior era oscuro y ruidoso y apestaba a humo de tabaco y marihuana. Un grupo tocaba canciones de los Rolling Stones. Cooperantes y periodistas extranjeros y estetas bosnios se agolpaban junto al pequeño escenario y bailaban, gritaban, se abrazaban y bebían el licor de ciruelas típico de la región y cerveza de la ONU. Cuando dieron las doce de la noche, empezaron a tirarse la cerveza unos a otros. Todo el mundo era joven, guapo y feliz. Holbrooke bailó con la chaqueta antimetralla puesta y coqueteó con Frease, aunque siempre guardó las distancias. Tras el velo de la fiesta y el desenfreno se trasparentaba la desesperación.

A la una de la mañana, Holbrooke estaba de vuelta en la habitación 306. Requisó la cama y le dejó el suelo a su compañero de habitación. Hacía tanto frío que se quedó dormido con la ropa puesta. Cuando Rosenblatt regresó, Holbrooke estaba roncando.

Se despertó sobre las siete y media de la mañana. Era el primer día de 1993. No tenían agua para lavarse. Para desayunar había té, un queso malísimo y una mortadela aún peor. Después del desayuno, Burns lo llevó a hacer una visita guiada: el hospital, la morgue, el cementerio.

Una gruesa capa de nieve congelada cubría Sarajevo. Los cañones serbios resonaban en el Año Nuevo. Un tipo subió trescientos cuarenta y cuatro escalones para llevar a su exmujer un regalo por el nuevo año. Una manada de perros semisalvajes rondaba por el barrio. Un grupo de amigos almorzaban, a modo de celebración, unas pizzas hechas en casa regadas con vino tinto, mientras debatían si a los serbios que conocían antes de la guerra les habían lavado el cerebro o siempre habían abrigado ese odio. El dueño de la casa sentenció: «Si los norteamericanos no actúan, no tenemos esperanza»[21].

Sobre la ciudad se asentaba una fría niebla. Se acercaba una tormenta y, con ella, una ofensiva del ejército bosnio.

Rosenblatt se quedaría un par de días más —y aconsejaría a Soros invertir esos cincuenta millones de dólares en mantener Sarajevo con vida—. Holbrooke tuvo suficiente con aquellas veinticuatro horas. Sobre mediodía, consiguieron que un coche convencional los llevara al aeropuerto, por una carretera muy expuesta. Esperaron toda la tarde para averiguar si podrían irse en algún avión. Frease negociaba con miembros daneses de las fuerzas de paz, pero las credenciales que llevaban tanto ella como Holbrooke les daban una prioridad baja. Este se dedicó a leer sentado en el suelo y recordó Vietnam: las sensaciones agudizadas, las esperas interminables, el agotamiento. Bosnia lo había cautivado, como pasara en su día con el Sudeste Asiático. Sacó su cuaderno y escribió:

> Si no doy a conocer mis opiniones al nuevo equipo, no habré hecho lo suficiente para ayudar a toda esta gente desesperada a la que acabamos de visitar. Si trato de imponer mis puntos de vista, pareceré demasiado agresivo. Me siento atrapado[22].

De repente, les avisaron de que podrían embarcar en un C-130 canadiense. Al tiempo que caía la noche sobre Sarajevo, el avión militar ascendía hacia el cielo y se alejaba de la ciudad.



Mapa de la antigua Yugoslavia. David Lindroth.

II

La cuestión de los Balcanes se explicaba según el momento histórico al que uno quisiera retrotraerse. Los nacionalistas serbios se remontaban a 1389, año en que combatieron a los turcos en la batalla del Campo de los Mirlos, en Kosovo, que quedó en tablas, pero franqueó al Imperio otomano el acceso para conquistar las tierras habitadas por los eslavos del sur, hasta las mismas puertas de Viena. Al presidente croata, Franjo Tuđman, le gustaba ir más atrás, hasta la caída del Imperio romano. El presidente de Bosnia, Alija Izetbegovic, comienza su autobiografía señalando que Bosnia se menciona por primera vez como territorio diferenciado en el año 958[23]. Cada pocos siglos, algún nuevo conquistador atravesaba la península Balcánica —ya fuera eslavo, austriaco u otomano—, surcando montes y llanuras de un lado a otro y dejando a su paso un cambiante mosaico de identidades y creencias religiosas. Los croatas eran católicos; los serbios, ortodoxos. Muchos se convirtieron al islamismo bajo el dominio turco. Los serbios usaban el alfabeto cirílico; los croatas y los musulmanes, el latino. Todos, no obstante, hablaban una lengua parecida, se emparejaban entre ellos y tenían aspecto físico similar. Compartían una historia de violencias, pero no eran pueblos con predisposición a exterminarse entre sí.

Uno podía también quedarse en los albores del siglo XX, cuando dos guerras balcánicas acarrearon la expulsión de los otomanos de Europa y sirvieron para expandir el reino serbio e inflamar los nacionalismos, que estallaron al final en Sarajevo el 28 de junio de 1914, con el resultado conocido de la Primera Guerra Mundial, la Conferencia de Paz de Versalles y, por último, el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, que terminaría convirtiéndose en el Reino de Yugoslavia. Para ir al grano, podríamos situarnos en la Segunda Guerra Mundial, aún muy vívida en la memoria décadas después (cuando Yugoslavia empezó a sufrir estertores iniciada la década de 1990). Hitler y Mussolini atacaron el país en abril de 1941. Los serbios se convirtieron en objetivos y fueron masacrados por ser una raza enemiga, y Croacia se transformó en un Estado títere del Eje, aun siendo independiente en teoría. Detentaba el poder la llamada Ustacha, fascistas de

factura local que se convencieron de tener orígenes germánicos y se creían superiores racialmente al resto de yugoslavos. La Ustacha asesinó a cuatrocientos mil serbios de Croacia y a decenas de miles de judíos, gitanos y comunistas. Bosnia quedó incorporada a la Croacia de la Ustacha, que consideraba que los yugoslavos musulmanes eran croatas que habían sido islamizados.

Al inicio de la guerra, un número reducido de notables musulmanes procedentes de pueblos de toda Bosnia se pronunciaron contra la persecución de sus vecinos serbios, pero también fueron muchos los musulmanes que se unieron a las organizaciones civiles y militares de la Ustacha. En 1943, se creó una división de las SS integrada por esos «croatas musulmanes», uno de cuyos más jóvenes miembros fue el mencionado Alija Izetbegovic. Presentaron resistencia a los nazis sobre todo los nacionalistas serbios —los conocidos como chetniks, que abrigaban sus propias fantasías étnicas criminales— y también los Partisanos Yugoslavos comunistas, que se habían hecho fuertes en las montañas bosnias. Los chetniks y los partisanos, además, luchaban entre sí. Hacia el final de la contienda, los chetniks empezaron a colaborar con los ocupantes, mientras que los partisanos se convirtieron en el ejército de resistencia antinazi más eficaz de toda la Europa ocupada.

Durante la Segunda Guerra Mundial murieron en territorio yugoslavo unos dos millones de personas, la mayoría de etnia serbia. Esto permaneció grabado en la memoria colectiva: artillería enterrada que la ambición política supo exhumar medio siglo más tarde.

Podríamos, asimismo, quedarnos en 1987. Ese año, un alto cargo del Partido Comunista de Yugoslavia llamado Slobodan Milosevic cayó en la cuenta de que podría ascender más y más rápido si enarbolaba la bandera proscrita del nacionalismo serbio. Josip Broz Tito, el líder de los Partisanos Comunistas, que era medio croata, medio esloveno y gobernó Yugoslavia desde el final de la guerra hasta su muerte, en 1980, mantuvo el país unido gracias a un habilidoso cóctel de represión, descentralización y medidas compensatorias para las distintas nacionalidades. Evitó que los serbios —el grupo más numeroso de la antigua Yugoslavia, aunque no el mayoritario— acumulasen demasiado poder, aplicando una filosofía de gobierno que podía resumirse en el lema: «Serbia débil, Yugoslavia fuerte». Sin embargo, con la muerte de Tito todo empezó a desmadejarse. El comunismo era una ideología

en bancarrota que había eviscerado espiritualmente a los intelectuales de Belgrado. Algunos seguían sentándose en los cafés, pertrechados de tabaco y licor de ciruelas, y soñaban con alguna idea lo bastante grandiosa y emocionante para ocupar el vacío dejado por el comunismo. Fue la idea más simple de la historia: yo soy lo que yo soy. Somos serbios, víctimas de la historia. Sangre de nuestra sangre. Esta tierra es nuestra.

Esa idea era el nacionalismo, que resultó ser más fuerte que el comunismo y la democracia, más fuerte que las creencias religiosas y los anhelos de paz y hermandad universales. Quizá sea, en efecto, la idea más poderosa del mundo. Cobró forma, en aquella ocasión, en un manifiesto redactado en 1986 por un grupo de intelectuales serbios. Se estaba cocinando un caldo de ultrajes políticos inadmisibles, que terminó llevando a ebullición el rumor de que un grupo de albaneses había sodomizado a un granjero serbio en Kosovo (la investigación, no obstante, demostró que el granjero estaba intentando procurarse placer sentándose sobre el culo de una botella).

La idea se extendió por el resto de Yugoslavia, inquietando a los eslovenos, que se consideraban más austriacos que eslavos, y a los croatas, cuyo líder, el general retirado Franjo Tuđman, parecía querer imitar al dictador español Franco hasta en el inmaculado uniforme blanco: pomposo y racista, soñaba fantasías de gloria para su pueblo y para sí mismo. Los planteamientos serbios preocuparon también a los albaneses de Kosovo —el noventa por ciento de la población de esa región autónoma del sur de Serbia que exigía equipararse en estatus al resto de repúblicas yugoslavas— e hicieron temer a los musulmanes de Bosnia, a los que apenas se los tenía en cuenta como colectivo. En cualquier caso, la cepa nacionalista más agresiva era la serbia. Alguien dijo una vez que el nacionalismo resultaba tan adictivo para los serbios que no podían ni olerlo, pues les recordaba el irresistible sabor de la amargura, sazonado con el sedimento de antiguos agravios. Destilado, el nacionalismo se convertía en un licor embriagador que inducía alucinaciones de purificación y venganza. Era la bebida favorita de los perdedores políticos. Quizá esta descripción pueda aplicarse no solo al serbio, sino, en última instancia, a cualquier nacionalismo.

En abril de 1987, Milosevic viajó a la ciudad de Kosovo Polje, en cuyas inmediaciones turcos y serbios habían librado la histórica batalla del Campo

de los Mirlos, en 1389. Lo rodeó allí una furibunda turbamulta de serbios, minoría en Kosovo, que la policía dispersó a porrazos. Casi por casualidad, Milosevic se puso a gritar lo que terminaría convirtiéndose en un grito de guerra serbio: «¡Nadie se atreverá a pegaros de nuevo!». Así, de la noche a la mañana, pasó de ser un panfletista del Partido Comunista en un estado multiétnico en decadencia a ser un celebrado demagogo de un joven y virulento ultranacionalismo. Probablemente vio el cielo abierto.

En 1989, Milosevic se erigió presidente de la República de Serbia y enseguida acumuló más poder que el propio primer ministro yugoslavo, que se encontraba maniatado en su cargo. Milosevic revocó la autonomía de la región de Kosovo, reprimió a la población albanesa y dio pistoletazo de salida a la conversión del Ejército Popular Yugoslavo en una fuerza de combate serbia, sirviéndose de la televisión pública para crear un clima de miedo y odio entre los serbios que no tardó en extenderse a otras repúblicas yugoslavas. Los fantasmas de la Segunda Guerra Mundial resucitaron y, en junio de 1989, coincidiendo con el sexto centenario de la batalla librada contra los turcos junto a Kosovo Polje, Milosevic descendió en helicóptero sobre el Campo de los Mirlos y declaró ante una muchedumbre de dos millones de serbios que era necesario defenderse de los antiguos enemigos, y que quizá hubiera que hacer la guerra.

Todo aquello no ocurrió de la noche a la mañana, como sostuvo ante Holbrooke el panadero de Prijedor. Hicieron falta algunos años de diligentes esfuerzos por parte de unos cuantos líderes sedientos de poder para empujar a aquellos pueblos al genocidio.

Aquellos pueblos, en efecto, no creían poder cohabitar en una Yugoslavia dominada por Serbia, una «Serboslavia». En junio de 1991 se independizó Eslovenia. Hubo una guerra que duró diez días, al cabo de los cuales el ejército yugoslavo se retiró. En Eslovenia fue sencillo, pues apenas había serbios allí y a Milosevic no le interesaba la región. El caso de Croacia, que declaró su independencia al mismo tiempo, fue diferente. En Croacia vivían cientos de miles de serbios, sobre todo en la región de Krajina, lindando con Bosnia, y también en Eslavonia oriental, junto a la frontera serbia. No costó demasiado trabajo a los propagandistas de Milosevic convencer a estos serbios de Croacia de que el régimen del croata Tuđman equivalía a una segunda llegada de la fascista Ustacha: el propio Tuđman había alimentado la

idea de que se cernía sobre ellos de nuevo la catástrofe vivida en la Segunda Guerra Mundial. Los serbios de Croacia, pues, desempolvaron la insignia y las largas barbas de los viejos chetniks.

A principios de 1991, Milosevic y Tuđman se reunieron en uno de los refugios de caza que usaba Tito y se pusieron de acuerdo, igual que Stalin y Hitler, en cómo repartirse Bosnia. Ya que Bosnia no tenía identidad propia, terminaría, creyeron ellos, desapareciendo del mapa. Era una fantasía tan vívida que ni la inminente guerra entre Serbia y Croacia pudo sofocarla.

Tuđman se negó a reconocer oficialmente a los serbios de Croacia, y mucho menos su derecho de autodeterminación: la Croacia que soñaba sería un estado poblado por croatas, dentro de las fronteras croatas existentes. Cuando Croacia declaró su independencia, en el verano de 1991, el líder de los serbios de Croacia más extremista optó por separarse a la fuerza —con respaldo de Belgrado— y permanecer en Yugoslavia, que estaba convirtiéndose a pasos forzados en una especie de Gran Serbia. Así fue como la guerra llegó también a Croacia.

Serbia estaba más preparada para la contienda que Croacia. Serbios eran la mayor parte de los oficiales del Ejército Popular Yugoslavo. Tras tres meses de asedio y artillería pesada, el pueblo croata de Vukovar, en Eslavonia oriental, allende el Danubio, empezaba a parecerse a Estalingrado. Cayó por fin en noviembre de 1991. Soldados yugoslavos y paramilitares serbios se apoderaron del principal hospital, último refugio civil de Vukovar. Separaron a las mujeres y a los niños, y cientos de hombres terminaron en fosas comunes[24]. Las atrocidades cometidas por los croatas fueron tan espantosas como las de los serbios. A finales de año, medio millón de croatas y un cuarto de millón de serbios se habían visto obligados a abandonar sus hogares[25]. Una tercera parte de Croacia estaba bajo control serbio. Las Naciones Unidas enviaron a doce mil Cascos Azules para imponer la paz, gracias a lo cual se contuvieron las líneas por las que avanzaba la limpieza étnica. El Consejo de Seguridad votó imponer un embargo de armas a toda la región, que sirvió para que los serbios no siguieran acumulando potencia de fuego, aunque ya disponían de muchas más armas que los croatas.

En Croacia se demostró lo brutal que podría ser aquel conflicto entre nacionalismos. Todos los combatientes habían sido ciudadanos de una misma Yugoslavia y los vecinos se volvían unos contra otros. Esta intimidad hacía

que los ciclos de violencia y venganza fueran en especial perniciosos. Desde fuera, nadie se hacía una idea de cuánto duraría aquella guerra. Los mediadores extranjeros —el británico lord Carrington y, después, lord David Owen, ambos exministros de Asuntos Exteriores; el estadounidense Cyrus Vance; y una retahíla de cargos de otros países— viajaban a los Balcanes y reprendían a las partes beligerantes como si fueran niños irracionales que tenían que portarse bien o, de lo contrario, el resto del mundo les daría de lado. Pocos diplomáticos se molestaron en estudiar el asunto hasta comprender a fondo las causas del conflicto y las razones por las que, desde el punto de vista de los implicados, esa guerra no era en absoluto irracional.

En el verano de 1991, justo antes de que estallase el conflicto bélico, el secretario de Estado estadounidense, James Baker, pasó por Belgrado durante un viaje de algún lugar a otro del mundo y dedicó toda una jornada a reunirse con gente[26]. En ocasiones no sabía muy bien a quién tenía delante. Pensó que un golpe de regla en los nudillos bastaría para devolver a Eslovenia y Croacia a Yugoslavia, como si las fronteras trazadas setenta y dos años antes en Versalles importasen más que las graves rencillas locales. No entendía que esas dos repúblicas estaban a punto de independizarse. Cuando Baker se marchó, empezó la guerra. Hasta ahí llegaron los empeños del país que el jefe de Baker, el presidente Bush, describía como «indiscutible y respetado líder del mundo libre» para evitar otra terrible contienda en Europa.

Después de Croacia le tocó el turno a Bosnia, el escenario más complicado de todos. Los bosnios eran conscientes de que la guerra derramaría más sangre en su tierra que en cualquier otro lugar.

Los musulmanes de Bosnia habían conseguido ser reconocidos como nacionalidad diferenciada hasta 1974, en el marco de la estrategia de Tito para mantener a los serbios a raya. Muchos bosnios de religión musulmana, en efecto, creían pertenecer a una nación con siglos de antigüedad y se autodenominaban bosniacos. Izetbegovic, intelectual y activista político de esta etnia, escribió varios libros donde reclamaba un renacimiento islámico entre los bosniacos y pasó la mayor parte de la década de los ochenta en la cárcel por ser considerado una amenaza para la integridad del Estado yugoslavo. El problema principal para un nacionalista como Izetbegovic era que su pueblo no contaba con una estructura nacional que pudiera considerar

propia. En Bosnia, el 43 por ciento de la población profesaba ese entonces la religión musulmana y había amplias minorías de serbios y croatas: era la república yugoslava más heterogénea de todas. Sarajevo era la única ciudad en verdad cosmopolita de Yugoslavia. «Aunque los musulmanes constituyen el colectivo más numeroso de la república, no son suficientes —escribía Izetbegovic en 1990, tras su liberación—. Deberían sumar el setenta por ciento de la población» para poder formar un Estado propio[27].

En Bosnia era imposible aplicar políticas nacionalistas basadas en la etnia sin provocar una matanza masiva. Así pues, se hacía necesario plantear esas políticas de manera cívica, acogiendo en el movimiento a cualquier ciudadano bosnio, con independencia de su etnia o religión. Sin embargo, cuando se celebraron las primeras votaciones libres a lo largo y ancho de las repúblicas yugoslavas, en 1990, los vencedores en las elecciones parlamentarias en Bosnia se alinearon en tres partidos de corte etnicista. Izetbegovic lideraba el partido musulmán.

En 1989, un inglés que vivía en Sarajevo acudió a la consulta del psiquiatra para tratarse una depresión. El médico, que además dirigía una editorial de poesía, era un serbobosnio muy temperamental, con un hoyuelo en la barbilla y un mechón de pelo entre blanco y gris que le caía sobre la frente como la cola de una mofeta. Sin hacerle una sola pregunta, le recetó unas pastillas. Poco después, el inglés empezó a sentirse enfermo. Regresó al psiquiatra y confesó que había dejado de tomarlas. El psiquiatra sonrió y le dijo: «Estoy orgulloso de ti. Por fin has demostrado alguna iniciativa». El inglés no volvió por aquella consulta[28].

El psiquiatra y editor de poesía era Radovan Karadžić. A mediados de los ochenta, había pasado once meses en la cárcel por redactar informes médicos falsos a cambio de materiales para construirse una residencia vacacional en Pale, una estación de esquí a las afueras de Sarajevo[29]. En 1990, se convirtió en presidente del Partido Serbobosnio. Otros líderes de esta formación política fueron un filósofo, un especialista en Shakespeare, un profesor de biología y un contrabandista de cemento que había estado en prisión con Karadžić por malversación. La abundancia de intelectuales en el elenco de criminales de guerra balcánicos no debe de sorprender a nadie. El líder de Sendero Luminoso era asimismo filósofo; Pol Pot se hizo marxista estudiando en París. Los ideales también asesinan.

El otoño de 1991, tras la secesión de Eslovenia y Croacia, Karadžić advirtió en el Parlamento bosnio a los musulmanes de lo que les esperaba si seguían ese mismo camino: «Ustedes no llevarán a Bosnia y Herzegovina al infierno. Y no crean que podrán impedir que el colectivo musulmán desaparezca, porque los musulmanes no tendrán manera de defenderse si estalla la guerra. ¿Cómo van a evitar que todo el mundo muera en Bosnia y Herzegovina?»[30].

El líder del Partido Serbobosnio estaba amenazando con un genocidio. Izetbegovic se levantó para replicarle: «Sus palabras y sus modos explican por qué otros se niegan a quedarse en esta Yugoslavia. Nadie más quiere el tipo de país que el señor Karadžić quiere. Nadie, salvo, quizá, los serbios. […] Yo declaro aquí solemnemente que los musulmanes no atacarán a nadie. No obstante, con igual solemnidad afirmo que los musulmanes se defenderán con gran determinación, y sobrevivirán. No van a desaparecer, como dice Karadžić. No pueden desaparecer».

La lógica que empujó a los bosnios musulmanes y a los croatas a dar un abrumador sí a la independencia a principios de 1992 era, ante todo, defensiva: la otra opción consistía en dejarse sojuzgar por las amenazas y humillaciones en una Yugoslavia que menguaba cada vez para convertirse en una Gran Serbia. La mayoría de los serbios apoyaban el boicot a los referendos. Milosevic ordenó en secreto la formación de un ejército serbobosnio, que estaría compuesto por noventa mil soldados serbios de Bosnia, y envió a Bosnia a oficiales serbios para tomar posesión del armamento pesado yugoslavo que allí hubiera[31]. Completó ese nuevo ejército con escuadrones paramilitares enviados desde Serbia, los cuales se organizaron a las órdenes del director de la policía secreta, Jovica Stanišić. Milosevic financió y controló así a los combatientes serbios en Bosnia sin dejar rastro de su huella. Su plan maestro preveía crear un corredor a través del norte de Bosnia que conectase el pequeño protoestado serbio de Croacia con la Madre Serbia, convirtiendo el valle del río Drina en una zona tapón. En ambas regiones había mayorías musulmanas que debían ser eliminadas.

La limpieza étnica comenzó a principios de abril, con masacres en las localidades fronterizas de Bijeljina y Zvornik. El líder bosnio Izetbegovic, que estaba aún menos preparado para la guerra que el croata Tuđman, emitió una orden general de movilización. Los serbios levantaron barricadas en torno

a Sarajevo y dividieron la ciudad en enclaves étnicos. El 5 de abril, cien mil ciudadanos de todos los orígenes se manifestaron por un Sarajevo multiétnico. Francotiradores del barrio serbio abrieron fuego sobre la muchedumbre y mataron a una joven estudiante de medicina originaria de Dubrovnik llamada Suada Dilberovic. Al día siguiente, la Unión Europea reconoció a la Bosnia independiente y le siguió Estados Unidos. Aquella noche, tiradores serbios dispararon desde la azotea del Holiday Inn sobre una multitud reunida frente al Parlamento y mataron a seis personas. El ejército yugoslavo tomó el aeropuerto y en cuestión de días, la artillería serbia dispuesta en las faldas de las montañas y los barrios de las afueras bombardeaban la ciudad. El asedio había comenzado.

Llegado el verano, las fuerzas militares serbobosnias, dirigidas por el violento general Ratko Mladić, se habían hecho con el control del 70 por ciento de Bosnia, cifra que no variaría en los siguientes tres años. Bautizaron a ese territorio *Republika Srpska* (literalmente, «República Serbia»), de la que Karadžić se erigió en presidente.

«Nosotros no tenemos vela en ese entierro», declaró James Baker. A Bush le tenían que recordar todo el tiempo de qué iba aquella guerra. «No podemos meternos en el barrizal de una guerra de guerrillas donde no tienes ni idea de lo que estás haciendo y solo consigues obstaculizar la acción del ejército regular», declaró[32]. ¿No había sido esa la lección aprendida en Vietnam? Bosnia no era problema de Estados Unidos; aquella era una lucha de sangre de siglos de antigüedad en otro continente. «Le toca a Europa —proclamó un diplomático luxemburgués—. No es la hora de los estadounidenses». Sin embargo, en Europa se hablaba y se hablaba, y en Bosnia volvía a caer la noche. La única esperanza era el nuevo presidente norteamericano.

III

Holbrooke regresó de Sarajevo con una opinión sobre la guerra similar a la de John Burns. Estaban cometiéndose crímenes terribles en el corazón de Europa y Estados Unidos no podía desentenderse. Lo que ocurría en Bosnia le despertaba todo el rechazo que siempre había sentido por el racismo y avivaba su empatía ante las desgracias de la gente inocente, estimulando a la vez su convencimiento de que Estados Unidos debía liderar el asunto. Aquel era un potente cóctel emocional, y Holbrooke se había implicado como no solían implicarse los más altos cargos gubernamentales, aquellos a quienes debía convencer con propuestas claras durante las sesiones informativas de la Casa Blanca. Cualquier otro se habría vuelto de Sarajevo sumido en la rabia y la impotencia, rebosante de autocomplacencia, pero también de repugnancia por sí mismo. Habría escrito a sus líderes políticos, aburrido a sus amigos con peroratas, enviado cien dólares al Comité Internacional de Rescate y dado vueltas en la cama acordándose de aquel panadero de Prijedor. Pero Holbrooke era un diplomático en busca de empleo. A estas alturas de su biografía, lo conocemos lo suficiente para entender por qué ese trabajo no estaba, en su escala de valores, ni un centímetro por debajo de la guerra. Egoísmo e idealismo, paradójicamente aliados en un antagonismo diríase irreconciliable. Para actuar en Bosnia, Holbrooke necesitaba poder.

Dos noches después de volver, acudió al programa televisivo de Charlie Rose y presentó las opciones que tenía el gobierno estadounidense: desde no hacer nada a intervenir militarmente. En cualquier caso, fue cuidadoso y aclaró: «Esta última opción supondría para nuestro país el riesgo de verse involucrado en una guerra del estilo de la de Vietnam, pero en los Balcanes. Nadie quiere algo así y no estoy abogando por ello». Al final de su intervención mostró la pareja de figuras de madera que había tallado el panadero. «Espero que los espectadores puedan verlas bien desde sus casas[33]».

Holbrooke redactó un informe y se lo envió a Lake y a Warren Christopher el 13 de enero, a una semana de la investidura de Clinton. En él, describía los horrores testimoniados en el asedio de Sarajevo. «Es como si

uno negociara con sus propios ejecutores sobre si la propia muerte será rápida o lenta[34]». Sin embargo, la mayor parte del informe no era tanto un grito emocional desde el epicentro de la masacre como un análisis estratégico redactado en un idioma comprensible para los políticos, ese idioma que hiciera que Stefanie Frease pensara que a Holbrooke le faltaba empatía por las víctimas. El informe proponía cuatro objetivos: salvar vidas, contener la guerra, castigar a los serbios y fortalecer las Naciones Unidas. Cada uno de esos objetivos requería acciones específicas, así que era necesaria una política agresiva por parte de Clinton: bombardear a los serbobosnios —e incluso algunos objetivos dentro de Serbia—, aun sin la aprobación de las Naciones Unidas; introducir armas en Bosnia secretamente pese al embargo de la ONU (el informe hacía hincapié en que desde otros países musulmanes entraban combatientes y armamento ligero, lo que podría provocar una yihad en Europa); y, por fin, perseguir a los criminales de guerra. Holbrooke urgió a que se estudiase y aceptase el nuevo plan Vance-Owen —la propuesta de Vance y el otro mediador en Ginebra, David Owen, consistente en dividir Bosnia en diez cantones federados según etnias—, aunque solo como referencia. Holbrooke no creía que la diplomacia fuese a terminar por el momento con la guerra. Estados Unidos tendría que cortar todo vínculo diplomático con Belgrado y abrir embajada en Sarajevo. Bosnia necesitaba el liderazgo estadounidense: ese era el mensaje central del informe.

Holbrooke no recibió noticias de vuelta. El presidente entrante quería centrarse en la economía. Su equipo de política exterior estaba ya sometido a muchas tensiones internas. En lugar de los Celtics de Bill Russell, Clinton había reunido a los Knicks de Patrick Ewing, una escuadra de jugadores que no encajaban entre sí y provenían de equipos muy distintos. Colin Powell, jefe del Estado Mayor y el único con una reputación conocida, quería mantener la pólvora seca hasta la siguiente guerra convencional, algo del estilo de la Operación Tormenta del Desierto: no deseaba embarcarse en la típica guerra que podía complicarse de forma interminable, como ocurrió en Vietnam. Aspin desempeñaba un papel brillante en Defensa, pero era muy desorganizado; lo abrumaban sin remedio tanto Powell como la burocracia descomunal. Albright hacía las veces de halcón humanitario en las Naciones Unidas, papel que también representaba el vicepresidente, Al Gore. James

Woolsey, al frente de la CIA, era un conservador del ala dura. Christopher, por su parte, no tenía opiniones demasiado sólidas sobre casi ningún asunto.

Lake, por su lado, había entablado cierta relación con Clinton, a quien apenas conocía. El presidente no estaba interesado en la política exterior ni quería oír hablar de Bosnia, menos aún en los términos moralistas y agresivos que él mismo había usado a lo largo de la campaña para criticar la pasividad del presidente Bush. En efecto, había prometido actuar si ganaba con frases acuñadas por el propio Tony Lake. Aquellos discursos, sin embargo, habían quedado en papel mojado.

Unas semanas después de enviar el informe, Holbrooke telefoneó a Lake a la Casa Blanca[35]. Sí, Lake había recibido el informe y sí, le había resultado útil. Se habían presentado, no obstante, diversas dificultades con las Naciones Unidas y los aliados de la OTAN. Holbrooke se ofreció como enviado especial del presidente Clinton en Bosnia. Lake no contestó, lo que equivalía a un no. Holbrooke no iba a conseguir ningún trabajo, al menos no de manos de Lake y —dada su tendencia a la acción— tampoco en Bosnia, probablemente.

El despacho del asesor de Seguridad Nacional se encontraba en el rincón noroccidental del ala oeste de la Casa Blanca, en diagonal con el Despacho Oval. El día de la investidura, el 20 de enero, Lake se sentó ante su nuevo escritorio y encendió un puro para solazarse en aquel momento de tranquila satisfacción: había conseguido el sillón antaño ocupado por su jefe, Kissinger. El humo se extendió por los pasillos y el olor alcanzó el Despacho Oval, a raíz de lo cual Hillary Clinton prohibiría poco después fumar en la Casa Blanca[36]. La visión que Lake tenía del cargo estaba en las antípodas de la de Kissinger. Aquel aspiraba a ser un asesor confiable y un mediador sincero y sin afición por las candilejas —como Brent Scowcroft— y no quería sentirse el dueño del mundo, como Kissinger o Brzezinski, quienes persiguieron el poder y la notoriedad de manera ostensible. Lake decoró el despacho no con las habituales fotografías junto a personajes célebres, sino con un viejo cuadro enorme de un toro pintado por un artista estadounidense. Kissinger le decía a todo el mundo que a Lake el puesto le venía grande y que fracasaría[37].

Un día de febrero, Holbrooke se autoinvitó a almorzar en el despacho de Lake[38]. A lo largo de su vida habían comido cientos de veces juntos: en Saigón, en el delta del Mekong, en Angkor Vat, en Huế, en Princeton, en

Washington, en el Departamento de Estado… Y ahora comían en la Casa Blanca, atendidos por un mayordomo de la Marina.

Holbrooke presionó mucho a Lake. Los serbobosnios rechazaban el plan Vance-Owen y en Sarajevo la gente se moría de frío e inanición. Los refugiados musulmanes se hacinaban en un pequeño pueblo llamado Srebrenica, a pocos kilómetros de la frontera serbia, donde se vivía una situación aún más desesperada, sin cámaras extranjeras que llamaran la atención de otros países[39]. Los refugiados dormían a la intemperie, ateridos, y se veían obligados a comer raíces de árboles y paja, pues los serbios habían bloqueado toda ayuda humanitaria[40]. Los titubeos de Clinton habían permitido esta primera catástrofe.

Lake contraatacó argumentando que trabajaba durante jornadas de dieciocho horas, siete días a la semana, y había pasado más tiempo en Bosnia que en el resto de países del mundo juntos, aun viéndose obligado a bregar con un sinfín de crisis a lo largo y ancho del planeta: Corea del Norte, los refugiados que huían de Haití, una intervención humanitaria en Somalia, heredada del gobierno anterior, que empezaba a ir mal… Holbrooke no era consciente de todo lo que el gobierno recién inaugurado estaba haciendo en Bosnia. El Consejo de Seguridad Nacional trabajaba en una directiva presidencial para el análisis sobre las políticas de Bosnia, la primera del gobierno. Los cargueros militares C-130 se preparaban para arrojar víveres en enclaves musulmanes asediados y se endurecieron las sanciones contra Serbia. «No te haces una idea de cuántos muertos más habría, de no ser por nuestros esfuerzos».

Holbrooke replicó que no había por qué ufanarse de hacerlo un poco mejor que Bush. Le recordó a Lake los categóricos discursos que durante la campaña había escrito para Clinton y cuán orgulloso estaba de ellos. Holbrooke insistió en que aquella inacción era inmoral. Como conocía muy bien la sensibilidad de Lake, se mostró dispuesto a meter el dedo en la llaga y removerlo dentro, en venganza por todas las puertas que este le había cerrado.

Lake, de hecho, trató también de meter el dedo en la llaga, dando a entender a Holbrooke que no estaba al tanto de las opiniones que los peces gordos vertían en la Sala de Crisis ni de los complejos escenarios bélicos planteados por los militares ni de los argumentos dados por los aliados europeos. Según Lake, Holbrooke se permitía el lujo de adoptar una postura

contundente porque no debía responder por las consecuencias: seguía siendo un banquero que necesitaba una tarjeta de visitante para entrar en la Casa Blanca.

Lake zanjó la discusión diciendo que lo hacía lo mejor que podía.

Durante ese almuerzo en la Casa Blanca, los dos hombres rondaron también —más que en las últimas dos décadas— el núcleo incandescente de sus problemas personales. Tal vez porque el problema que habían tratado durante ese almuerzo (Estados Unidos, su papel en el mundo, el poder, la moral y la ambición) en realidad era bastante personal. Lake se despidió de Holbrooke enojado; uno de sus asistentes vio el enfado en la palidez de su rostro y sus facciones en tensión.

El caso es que Lake opinaba lo mismo que Holbrooke sobre Bosnia. Bosnia planteaba el tipo de problema al que Lake le gustaba enfrentarse: una cuestión de política exterior que participaba de un intenso sufrimiento humano y tenía, además, consecuencias estratégicas. Se trataba de un genocidio en el sudeste de Europa, no de una guerra civil en el Sudeste Asiático. Lake pensaba que Estados Unidos debía intervenir. Sin embargo, una vez embarcado en ese empeño, cuanto tenía que ver con Bosnia daba la impresión de enrarecerse. Todas las propuestas chocaban con algún problema y las soluciones ideadas en Washington parecían ineficaces, a tenor de las noticias negativas que llegaban desde los Balcanes. Cuanto más se estudiaba la guerra, más complicada resultaba. Yugoslavia se había convertido en el único país poscomunista que no quería comportarse como era debido y sin la guerra fría como principio rector nadie era capaz de averiguar dónde se hallaban realmente los intereses estadounidenses y por cuáles valía la pena arriesgar vidas de soldados. Los estadounidenses querían tomarse un descanso de la historia.

Lake presidía reuniones de cuatro o cinco horas en la Sala de Crisis, a la vuelta de la esquina del lugar donde antaño se sentaba para buscar una salida al laberinto de Vietnam. A veces, Clinton y Gore llegaban al final de dichas reuniones; Gore para pontificar, Clinton para hacer preguntas y mostrar su preocupación, y luego reiterar la necesidad del liderazgo estadounidense. Christopher y Aspin hacían lo que podían para que Bosnia no apareciera en las primeras planas. Powell los advirtió de que cualquier participación

estadounidense —para abrir, por ejemplo, un corredor humanitario desde el mar Adriático o imponer un acuerdo de paz— exigiría el envío de doscientos mil soldados y preguntaba si contaban ya con alguna estrategia para salir del teatro de operaciones[41]. Cada vez que los debates pinchaban en hueso, Powell lanzaba miradas al techo, exasperado: para él, esas reuniones eran poco más que seminarios teóricos o, peor aún, sesiones de terapia grupal[42]. Lo peor era cuando Clinton llegaba tarde y no había silla para él y se quedaba de pie, como si el presidente fuera otro.

Los civiles que se sentaban a aquella mesa sentían cierto respeto por Powell, el héroe de la guerra del Golfo, de porte erguido y con el pecho forrado de medallas. Aspin, el superior civil de Powell, ampuloso intelectual que siempre llevaba trajes demasiado grandes, no tenía ningunas ganas de desafiar al general respecto a Bosnia. En una ocasión Albright reunió el coraje para preguntar: «¿De qué sirve tener este magnífico ejército del que siempre hablas si no podemos servirnos de él?». Powell casi estalla, y Lake tuvo que calmarlo.

Incluso el presidente se sentía intimidado por Powell. Clinton anhelaba que todo el mundo lo amase, así que dedicó un tiempo desmesurado a ganarse al escéptico general, pero fue en vano. Clinton tenía graves problemas con el ejército: algunos militares lo odiaban por haberse librado de ir a Vietnam; a otros no les gustó que abriera las puertas del ejército a los homosexuales. El presidente hacía el saludo militar con tan poco ímpetu que el profesor Tony Lake —lo más parecido que tenía en su círculo íntimo a un veterano de guerra por el tiempo que este pasara en Vietnam— hubo de darle una clase rápida. Ni la guerra fría ni las secuelas de Vietnam acortaron el ya largo distanciamiento entre demócratas y militares, lo que casi incapacitó a Clinton —política y también psicológicamente— para ordenar al ejército que fuera a Bosnia a combatir.

Mientras en Washington se conversaba, el asedio a Sarajevo entraba en su segundo año. Los serbios cercaban Srebrenica; 56 civiles murieron durante un bombardeo de artillería, entre ellos varios niños que jugaban al fútbol. En Mostar estalló el enfrentamiento entre musulmanes y croatas, y los representantes de Tuđman siguieron los pasos de los serbios en la limpieza étnica y la creación de campos de concentración. Los soldados musulmanes tenían tal ansia de echar mano a las armas que se las turnaban entre ellos y

pagaban a los críos para que recogieran casquillos de la calle para recargarlos con pólvora en una fábrica de munición a las afueras de Sarajevo.

Tras tres meses de debates, los responsables políticos llegaron a un acuerdo que quedó formulado en los términos «levantamiento y bombardeo»: primero, el levantamiento del embargo de armas —unilateralmente, si fuera necesario—, para que los musulmanes pudieran armarse y defenderse. Segundo, el bombardeo de los serbobosnios desde el aire, a fin de impedir que masacraran a los musulmanes antes de que las armas empezaran a llegar a Bosnia. El propósito principal de estas medidas era evitar que Estados Unidos se viera arrastrado a una situación realmente compleja. El problema radicaba en que, al parecer, nadie creía en el plan. Los asesores especializados en estadística y sondeos explicaron a Clinton que los estadounidenses estaban contra la acción unilateral en Bosnia, pero que la opinión pública se mostraba maleable al respecto[43]. Clinton siguió posponiendo la decisión final y Lake, percibiendo la aversión del presidente por todo aquel embrollo, no quiso presionarlo. El 1 de mayo, Clinton envió por fin a Christopher a Europa para sondear a los aliados, que tenían miles de soldados destinados a las fuerzas de paz de la ONU en Bosnia, y que se mostraban oficialmente neutrales.

El viaje fue un desastre. Christopher leyó las diversas propuestas que llevaba apuntadas con la cabeza gacha, como quien lee un manual de instrucciones, sin mirar a nadie a la cara, igual que un abogado que presentara los argumentos jurídicos de un caso perdido. Para cuando se puso a explicar el concepto de «levantamiento y bombardeo», los británicos apenas seguían ya el hilo. Lo mismo ocurrió en París, Bruselas y Roma. «Estoy aquí para escuchar», anunciaba Christopher, palabras que jamás se oyó pronunciar a Dean Acheson, por ejemplo, y que los europeos ni esperaban ni querían oír del secretario de Estado estadounidense, dados los ánimos lúgubres que imperaban en Europa. Christopher, en cualquier caso, invitó a los europeos a responder como hicieron: «Tenemos tropas en Bosnia y ustedes no. Manden a sus hombres a donde quieran aplicar su política y, si no, propongan otra. El levantamiento del embargo de armas y los bombardeos supondrán también más muertes entre las fuerzas de paz». Clinton había prometido no enviar tropas al conflicto, y la misión de la ONU se convirtió en su principal argumento para no hacer nada y quedarse de brazos cruzados. Mientras, las matanzas arreciaban.

El Reino Unido y Francia interpretaban la guerra en clave histórica europea: «Nosotros conocemos a esta gente, ustedes no», solían argumentar. Los serbios disfrutaban de antiguas simpatías residuales por sus sacrificios en la lucha contra los nazis. Especial afecto les tenía el presidente francés, François Mitterrand, quien en una ocasión espetó al embajador de Bosnia en París, de etnia serbia: «Es usted un traidor al pueblo serbio». Otra vez, dijo a Alija Izetbegovic: «No todos los pueblos de Europa pueden tener un Estado propio» (con lo que se refería a un «Estado musulmán»[44]). Ese fue también el mensaje de los funcionarios británicos, que explicaron a Clinton que aquella guerra quería restaurar la «Europa cristiana», lo cual no era plato de gusto de nadie, pero no podía evitarse. «No, no, despierten del sueño de que Occidente va a acudir para resolver este problema —advirtió lord Owen a los bosnios durante una visita a Sarajevo—. Dejen de soñar».

No es de extrañar que los bosnios no esperasen nada de Europa, el continente donde se producía un genocidio cada una o dos generaciones. ¿Por qué iban a creerse especiales ellos? Con Estados Unidos, sin embargo, las cosas eran distintas. Haris Silajdzic, el primer ministro bosnio (también profesor universitario), seguía confiando en la decencia del pueblo estadounidense —«nuestra inocencia», habría dicho Graham Greene— e hizo innumerables viajes a Washington para aparecer en el programa de entrevistas de Larry King y presentar su testimonio en el Capitolio. Denunció el embargo de armas, declarando ante una comisión del Congreso que tanto él como su familia merecían la oportunidad de decidir cómo morir. Hubo entrevistas y testimonios suficientes para que Silajdzic se marchara convencido de que los estadounidenses harían lo correcto.

Clinton leyó un libro que le había regalado Hillary: *Fantasmas balcánicos*, del periodista Robert Kaplan, donde este cuenta que empapaba aquellas tierras la sangre derramada por antiguos odios entre pueblos que se hacían la guerra desde siempre. Kaplan había viajado por los Balcanes y leído con pasión el gran clásico *Cordero negro, halcón gris*, en que la periodista británica Rebecca West relata un viaje a través de Yugoslavia, justo antes de la Segunda Guerra Mundial, con un fuerte sesgo proserbio y antimusulmán. Donde los europeos veían un conflicto entre civilizaciones, los estadounidenses se llevaban las manos a la cabeza pues ese tipo de problemas del Viejo Mundo se les hacían incomprensibles. No entendemos el

nacionalismo de los demás —aunque tenemos nuestro propio tipo de nacionalismo racial— porque aquí se construyó una república sobre ideas universales y muy optimistas. Las ideas de sangre y suelo son para los perdedores de la historia.

Esto lo comprendemos mejor ahora que nuestro siglo ha terminado y algunos compatriotas estadounidenses empiezan a parecerse cada vez más a los serbios. Sin embargo, en 1993 acabábamos de ganar la guerra fría y montábamos el mundo como si fuese un caballo. Lake inventó una expresión sustitutiva del término «contención» para describir la política exterior en la nueva era: «ampliación democrática». La gran estrategia estadounidense sería ampliar el círculo de las democracias con economía de mercado a lo largo y ancho del mundo, apoyando la liberalización económica, ampliando la OTAN hacia el este y colaborando con otros estados mediante instituciones multilaterales. Fue el nacimiento de la política exterior de la era de la globalización. ¿Qué tuvo que ver con ese cambio aquella maldita guerra tribal?

El 6 de mayo, en el Despacho Oval, Clinton les dijo a Powell y a Aspin que *Fantasmas balcánicos* le había dejado huella[45]. Aspin regresó al Pentágono y llamó a Lake y a Peter Tarnoff: «Está perdiendo el norte con esta política. No tiene el corazón puesto en ella». Christopher recibió la noticia en Europa y regresó de inmediato. En manos del joven presidente había caído un libro de viajes —basado en otro libro de viajes— que le había hecho cambiar de opinión sobre Bosnia. (¿He dicho ya en este libro que la política exterior tiene a veces cosas inexplicables?).

Lake no estaba preparado aún para renunciar a la búsqueda de respuestas. Entendía los viejos odios, pero se emocionaba si veía a un niño morir en brazos de su madre. No quería terminar sintiéndose anestesiado ante el terrible sufrimiento que retransmitía la CNN. Por esa razón había escrito «The Human Reality of Realpolitik», veinte años antes, acerca de Vietnam, y por esa razón también había renunciado a su puesto en el equipo de Kissinger que trabajaba sobre Camboya. Los funcionarios del Servicio Diplomático estaban dimitiendo en protesta por Bosnia —cuatro en un solo año— y Lake sentía cierta complicidad con ellos[46]. Por otro lado, él ocupaba un puesto de responsabilidad y no podía dejar que sus emociones le desvirtuaran el juicio. No perdía los nervios cuando se ponían sobre el tapete las atrocidades de los

serbios, como en ocasiones le ocurría a Clinton. Tenía que meditar con gran detenimiento sobre todos los riesgos de actuar y también sobre los de no actuar. Tildaba su filosofía de «pragmatismo neowilsoniano»[47]. Sonaba a paradoja, cuando no a oxímoron. Holbrooke creía que el carácter de Lake llevaría siempre dentro el conflicto, de manera inextricable[48].

Vietnam era el tigre que espera agazapado en la jungla, un fantasma que deambulaba por la Sala de Crisis. Ese fantasma atormentaba a Clinton, que se había manifestado en contra de la guerra y había evitado participar de ella, y también a Aspin, que había vivido las locuras del Pentágono de McNamara cuando era un niño prodigio del ejército, y además había sido elegido al Congreso en 1970 por posicionarse contra la guerra. Ese fantasma quitaba el sueño asimismo a Powell, que había prestado servicio dos veces en Vietnam y dedicó el resto de su carrera militar a desarrollar una doctrina para garantizar que los soldados estadounidenses no tuvieran que enfrentarse de nuevo a un desastre de tal magnitud. Y ese fantasma asustaba también a Lake.

A Lake, Bosnia lo angustiaba. Si Estados Unidos decidía hacer uso de la fuerza, mucha gente moriría sin que ninguno de los políticos que se sentaban en la Sala de Crisis pudieran evitarlo. En cualquier caso, ya moría gente mientras los estadounidenses miraban la televisión de brazos cruzados. Las lecciones aprendidas en Vietnam eran complejas, pero quizá podrían aplicarse en Bosnia. Quizá, al igual que entrar en Vietnam había sido el error fundamental de la guerra fría, sería el error fundamental de la posguerra fría mantenerse al margen de Bosnia. Así opinaban los corresponsales de Sarajevo, y sus crónicas y fotografías transmitían un mensaje opuesto al que se daba en Vietnam: Bosnia era Vietnam entendido al revés. Quizá aquella matanza inacabable en aquel remoto rincón de Europa podría, en este caso sí, perjudicar los intereses estadounidenses. Quizá Estados Unidos debía esforzarse en aprender a usar la fuerza con mesura y a reconstruir países rotos. Quizá lo realmente pragmático fuera eso.

La sombra de Vietnam no alcanzaba a Holbrooke. Él adoraba la historia, pero no solía mirar atrás con angustia. No iba con su carácter alimentar conflictos interiores, y tampoco ocurrió así en Bosnia. Las veinticuatro horas vividas en Sarajevo le habían vacunado contra las incertezas que albergaban sus antiguos colegas. Vietnam había desarrollado en él, como en Lake, cierta sensibilidad para la realidad de otros países y de los pueblos atrapados en las

tragedias de la historia. «Hay que meterse en el ajo en Europa —escribió en un trozo de papel—. Necesitan y desean la participación estadounidense (1947, no 1919[49])».

Era más fácil escribir eso cuando no tenía uno que tomar las decisiones. Pasaban los meses y Holbrooke seguía sin empleo.

El enero anterior, Holbrooke había dicho a Tarnoff que estaba interesado en el cargo de embajador en Japón. Tarnoff le hizo llegar la propuesta a Christopher y no halló demasiadas resistencias. Entonces, Walter Mondale, que había aceptado la embajada de Rusia, cambió de parecer y prefirió la de Japón (Joan Mondale, que era ceramista, prefería la escena artística de Tokio a la de Moscú, y el exvicepresidente no quería trabajar a las órdenes de un experiodista, Strobe Talbott, a quien Clinton había elegido como embajador extraordinario para la antigua Unión Soviética[50]). Para entonces, Holbrooke había difundido rumores sobre su inminente nombramiento y sus amigos le escribían para felicitarle. Holbrooke y Mondale habían sido aliados durante los años Carter, pero ahora competían por el mismo puesto. Pasaron otros cuatro meses, pero nada más ocurrió.

A principios de junio, Holbrooke estuvo en Manhattan en una cena a la que también asistió el escritor y periodista del *New Yorker* David Remnick. «¿Sabes si hay un quiosco de prensa aquí cerca?», le preguntó Holbrooke. Salieron a la calle y Remnick lo guio hasta un puesto de periódicos. Holbrooke pidió el *New York Times* y no tardó en encontrar lo que buscaba: una noticia en primera plana que él había filtrado, sobre el *affaire* Tokio. No se nombraba al nuevo embajador, pero leyendo entre líneas supo, sin ápice de duda, que había perdido contra Mondale[51].

A primera hora del 8 de junio, Christopher telefoneó a Holbrooke: «Tengo una mala noticia: el presidente manda a Tokio a Fritz Mondale. La buena noticia es que quiere que vayas tú a Alemania»[52]. Christopher se apresuró a colgar. Él no se había interpuesto en el camino de Holbrooke y tampoco lo había hecho Lake, que acompañó a Clinton en el Despacho Oval cuando se debatió el asunto. Si quería un empleo, Holbrooke lo tendría.

Holbrooke no sabía si deseaba ir a Alemania. No era un mal destino, pero no se ajustaba a su trayectoria y llamó por teléfono a Tarnoff para comentárselo.

—Una cosa que tienes que saber si vas a Alemania es que la gente te preguntará si eres judío —le dijo Tarnoff—. ¿Lo eres?

—¿Qué importancia tiene eso?

Tarnoff le explicó la relevancia de ser judío en Alemania.

—Pues sí, soy judío.

Aquel día tuvieron varias charlas, hasta que por fin Holbrooke aceptó.

Le organizaron reuniones con dirigentes judíos estadounidenses y una visita guiada a puerta cerrada al nuevo museo del Holocausto de Washington. Ese septiembre juró el cargo en el octavo piso del Departamento de Estado y aprovechó para presentar a todo el mundo a su madre, a quien ya casi no veía. Su padre, contó Holbrooke a los invitados, había llevado prendida una cruz de hierro en la solapa durante la Primera Guerra Mundial, pero con la llegada de Hitler vio claro que en aquella Alemania no quedaba sitio para los judíos.

Los amigos de Holbrooke se miraron asombrados. En ese preciso instante Holbrooke se convirtió en judío. Fue un acontecimiento público por derecho propio.

No hay mucho que contar sobre el año que pasó en Bonn. En ciudades como esa a los embajadores se les trata muy bien. Vivía en una hermosa mansión de otra época a orillas del Rin, con piscina y cancha de tenis, y disponía de un amplio y solícito equipo de personal, nueve escoltas, un Cadillac blindado, guardia de honor, cenas elegantes y visitas del máximo nivel (Nixon, por ejemplo, un mes antes de morir). Holbrooke pudo incluso llevar a su propio asesor, el historiador Fritz Stern, que enseñaba en la Universidad de Columbia y que se tomó un semestre sabático para asesorar a Holbrooke en todo lo concerniente a la cultura alemana. En el salón de su residencia de embajador, Holbrooke mostraba a todo el mundo el retrato de su abuelo tocado de casco prusiano y con la cruz de hierro en el pecho. A las visitas alemanas no les hacía demasiada gracia.

De cualquier modo, los alemanes querían a Holbrooke. Este estaba familiarizado con la historia del país, valoraba la Alianza Atlántica y no hablaba en jerga protocolaria. «Explíquenme qué defectos ven en la relación entre nuestros países —pedía a los funcionarios alemanes durante las cenas que celebraba en su casa— y qué querrían mejorar[53]». Hasta tuteaba al canciller Kohl, llamándolo por su nombre de pila. Holbrooke no había deseado esa embajada, pero se empleó a fondo en ella. Ignoro si leyó alguna

vez la Biblia, pero al parecer se propuso vivir según este versículo del Eclesiastés: «Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo con todas tus fuerzas; porque en el sepulcro, adonde tú vas, no hay obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría».

Los Clinton estuvieron en Bonn una vez. Era julio de 1994 y la Brigada de Berlín —las últimas tropas estadounidenses destacadas en la que había sido y volvería a ser capital alemana— estaba a punto de retirarse. Clinton tenía previsto pronunciar un importante discurso en el lado oriental de la Puerta de Brandeburgo. Este tipo de viajes presidenciales suelen estar organizados al minuto y al milímetro: «22.15. Tras aterrizar el Air Force One, el embajador se situará al principio de la alfombra roja que conduce a la aeronave y esperará al pie de la escalerilla junto el resto del grupo para saludar al presidente»[54]. Los numerosos asistentes de los Clinton, que arramblaban con todo y se comportaban como típicos estadounidenses avasalladores, desconcertaron al embajador. Clinton apenas conocía a Holbrooke y este anhelaba entablar una relación de cercanía con el presidente[55].

El embajador monopolizó la atención de la prensa al pie de la escalerilla del Air Force One, se quedaba haciendo cualquier cosa ante la puerta de la suite de los Clinton, se coló en reuniones de alto nivel y telefoneó a los funcionarios de la Casa Blanca para informar sobre los cambios de última hora en el menú de la cena de Estado con Kohl. Él y Lake se enfrentaron alto y fuerte en público sobre quién de los dos era el funcionario de mayor rango, el que debía viajar en el llamado «asiento del asesinato» —el asiento trasero derecho— de la limusina señuelo, donde no viajaba el presidente. Lake esgrimió sus argumentos, pero después su buena educación se impuso a su competitividad y permitió a Holbrooke ocupar esa plaza. El personal de la Casa Blanca se había quedado estupefacto. Aquella era la peor cara de Holbrooke. Otro presidente le habría parado los pies (lo cual terminaría ocurriendo, en efecto), pero a Clinton le gustaban los personajes grandilocuentes como Holbrooke. El día de la retirada de la Brigada de Berlín, Holbrooke asistió a una conferencia en la Universidad Humboldt. Durante la cena posterior, pidió a un pequeño grupo de empresarios alemanes y estadounidenses que se reunieran con él en una estancia aneja al salón de conferencias. Sentó a todo el mundo en sillas plegables y anunció: «Tenemos que hacer algo. Estados Unidos siempre ha mantenido una relación especial

con Berlín y no podemos dejar que languidezca». Se le había ocurrido crear una institución que encarnase lo mejor de Estados Unidos, un espacio dinámico no solo en el ámbito de las artes y las humanidades, sino en el de las políticas públicas. Los empresarios asintieron en silencio. «¿Puedo contar con ustedes para formar parte del consejo de administración?».

Antes de que terminara su año en Alemania, Holbrooke sentó las bases para la creación de American Academy de Berlín, que sigue funcionando hoy día, con sede en una gran mansión a orillas del lago Wann, al oeste de la ciudad, en la misma carretera junto a la cual se planeó la Solución Final. La casa había pertenecido a una rica familia judía hasta que los nazis la expropiaron; tras la guerra había alojado a oficiales estadounidenses y, por fin, la familia propietaria la donó para la American Academy. A lo largo del año pasaban por ella artistas e intelectuales estadounidenses y alemanes. Holbrooke demostró un gran sentido de la historia al intuir que algo de Estados Unidos debía quedar en la ciudad cuyo asedio ellos habían combatido, la capital del «Ich bin ein Berliner» de Kennedy y el «Derribe este muro» de Reagan. Aquella era la mejor cara de Holbrooke. Podemos intentar separar la mejor versión de la peor, pero es imposible.

Holbrooke hizo otras muchas cosas como embajador, pero no tienen cabida en este relato. Lo importante era que la guerra continuaba, con temporadas de tranquilidad intercaladas de orgías de muerte y asesinatos. Sarajevo estaba a solo dos horas en avión, pero en Bonn Holbrooke dejó de pensar en Bosnia.

IV

Holbrooke se autoinvitó a pasar la Navidad de 1993 con Pam Harriman en París. Clinton había recompensado sus habilidades en lo tocante a recaudar fondos con un cargo como embajadora. Pam, en cualquier caso, era el pretexto. Holbrooke tenía otro objetivo.

Ese objetivo era la mujer que lo había visto esperando un coche con Diane Sawyer junto a Central Park y había pensado: «¡Qué pareja tan glamurosa!». Y esa mujer estaba en París. Ha llegado el momento de que los lectores descubran el papel que esta desempeñó en la vida de Holbrooke. Es fundamental.

Kati Marton estaba casada con Peter Jennings, pero Holbrooke llevaba siguiéndole la pista largo tiempo, al menos en sus fantasías. Había enumerado sus encuentros, quince o veinte en total desde principios de la década de los ochenta: una cena de matrimonios en el escasamente amueblado apartamento de Diane, un encuentro fortuito en un viaje oficial, un encontronazo bajo la lluvia en Madison Avenue. En 1993, Kati estaba a punto de poner fin a su matrimonio.

Jennings tenía una aventura —como casi siempre— y Kati, que también había tenido un par de *affaires*, se sentía infeliz. Holbrooke lo sabía. Jennings era una estrella televisiva y los problemas de la pareja habían trascendido al público. Kati hasta había planeado dar una exclusiva sobre la ruptura a la misma columnista del corazón a la que recurriera Diane, método habitual en ciertos estratos sociales a la hora de deshacer vínculos afectivos. Así pues, en el verano de 1993, Holbrooke se presentó en la casa de campo de la familia Janklow, en los Hamptons, y una vez allí —va quedando patente el estilo Gran Gatsby— regaló el oído a sus anfitriones y consiguió que invitasen también a Kati a una cena. Se pasó toda la noche charlando con ella y cuando esta anuncio que se marchaba, la acompañó a la puerta y le plantó un beso en la comisura de los labios.

Ese otoño la llamó a menudo desde Bonn —«Hola, Katika», solía decirle, con ese diminutivo sonoro y cariñoso que sugería una intimidad inopinada—. Ella declinó su oferta de visitarlo en Alemania, pero cuando le propuso un

viaje en coche de tres días por el valle del Loira después de Navidad dijo que sí (en contra del consejo de su abogado).

Holbrooke también debía cerrar algunos asuntos: la esposa del taimado político neoyorquino había decidido sin previo aviso pasar Acción de Gracias en Bonn. Aquella historia, en cualquier caso, era más sencilla que la de Jennings, quien no quería separarse.

El día de Navidad, Jennings se presentó en la casa que la hermana de Kati tenía a las afueras de París, con intención de salvar su matrimonio y pasar las fiestas con sus hijos, de once y trece años. Kati se negaba a dormir bajo el mismo techo que él y pidió a Holbrooke que la recogiese al día siguiente para viajar al Loira, así que se marchó a un hotel de cuatro estrellas cercano, al otro lado de uno de los jardines del palacio de Versalles, donde nació el moderno estado de Yugoslavia en 1919. A la mañana siguiente, Holbrooke llegó en su Cadillac blindado oficial[56]. Su equipo de escoltas se había quedado en la frontera alemana. Holbrooke la vio avanzar trabajosamente por el camino de grava que llevaba al hotel, con la cabeza gacha y las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo largo color arena. Estaba tan absorta en su pesar que ni lo oyó cuando la llamó la primera vez: «¡Kati! ¡Venga, vamos!»[57].

Kati alzó la mirada, se metió en el coche de un salto y se fueron. A los dos les gustó esa idea de huir juntos, lo teatral de aquella escapada.

Holbrooke lo había planeado todo al detalle. La primera escala fue Chartres; mientras paseaban por la catedral, ella enhebró el brazo en el de su compañero de viaje. Se sentaron en un banco de la nave principal y él dijo: «Imagina la primera reacción de los peregrinos al ver estas vidrieras, el poder que un lugar como este debía ejercer sobre un simple campesino en la Edad Media»[58]. El objetivo de Holbrooke era impedir que Kati pensara en su familia, y una de las cosas que hizo a tal fin fue leer en voz alta una vieja guía de la ciudad. De vez en cuando, ella se quedaba en silencio y lloraba, se sonaba la nariz y, a continuación, él continuaba perorando sobre el románico y el gótico —a él le gustaba más el románico, le parecía más terrenal— y ella hallaba cierto consuelo.

De camino a Tours, en el corazón del valle del Loira, Kati le contó que había pasado unas semanas con una familia francesa a finales de la década de

los sesenta, cuando estudiaba en la universidad. Quería volver a visitar esos lugares. Francia le encantaba, hasta el último rincón.

Holbrooke había reservado dos habitaciones separadas en el hotel de Tours[59]. Hasta el recepcionista pareció escéptico, pues saltaba a la vista lo que tenía que ocurrir. Durante el viaje desde Chartres, ella había estado hablando a Holbrooke de sus antiguos amantes. Y él la había besado mientras paseaban por el parque favorito de ella, junto a la catedral de Tours.

Subieron a la habitación de Kati. Se sentaron en la cama. Se tumbaron y empezaron a besarse.

—No hagamos el amor esta noche —propuso ella.

—De acuerdo —respondió él.

Se besaron un poco más.

—Un momento —interrumpió ella—, voy a quitarme esto[60].

A él le costó un poco ponerse a tono. Ella lo tranquilizó diciéndole que simplemente se sentía un poco intimidado, lo cual solo complicó las cosas, porque era cierto. Se rieron del asunto y transcurridos unos minutos, todo fue como la seda[61].

Al rato, Holbrooke estaba yendo a su habitación a recoger su maleta.

—No pensarás dormir en mi habitación esta noche, ¿no? —preguntó ella.

—No, claro que no —ironizó él.

Durante los dos días siguientes hicieron excursiones por el Loira y después regresaron a París. En su cartera, Holbrooke guardaba el trozo de papel color rosa de la embajada donde había apuntado el teléfono de la hermana de Kati: lo guardó en la cartera el resto de su vida. La historia del nacimiento de este amor se ha contado muchas veces y, desde el primer momento, ha tenido cierto halo de fábula: *châteaux* franceses, un coche de embajador, la tristeza con que ella cargaba («¿Sabes que he llorado todas las veces que me he quedado sola durante este viaje?»[62], le confesó) e incluso un fortuito y poco deseable encuentro en un restaurante parisino, la última tarde que compartieron, con Pam Harriman, a quien le pareció mal que Holbrooke se hubiera escapado con otra mujer. A Pam no le gustaban nada los *affaires* y más tarde difundió el rumor de que Holbrooke había cenado con una periodista sueca, cuyo nombre ni se había molestado en aprender, porque, total, era otra de tantas[63].

Holbrooke la llevó al aeropuerto con una mano en el volante y con la otra palpando la calidez de la entrepierna de ella. Su despedida fue más abrupta de lo que él habría deseado. Puso rumbo a Alemania y, al llegar a su residencia de embajador, calculó el tiempo y esperó para llamarla en el instante en que Kati entraba por la puerta de su apartamento neoyorquino. Ella descolgó al primer timbrazo. Parecía feliz de escuchar su voz[64].

¿Qué tenía Kati de especial? Jamás se le había visto a Holbrooke usar el tono con que escribió las cartas dirigidas a ella, en las que la saludaba con el apelativo cariñoso de «Mordaz».

La llamaba así cariñosamente (en inglés, *Trenchant* o, simplemente, *T*) porque cuando Holbrooke le dijo lo mucho que le gustaba el nombre Kati, ella repuso: «Qué mordaz». Él respondió en tono socarrón: «¡La chica refugiada ha sacado una palabra de nueve letras con triple tanto de palabra!».

A ella no le gustaba el diminutivo «Dick». Lo llamaba Richard y le insistía en que él se presentase con ese nombre para que todo el mundo se dirigiera a él así. «Tú no eres un *Dick* —le repetía—. Eres un Richard. Eres un tipo de estatura».

> Mordaz:
>
> Para mí, la parte milagrosa de todo esto hasta ahora, la parte realmente misteriosa y mística, está en los tres primeros días después de que regresaras a Nueva York. Creo que es justo dar por hecho que ambos esperábamos pasarlo bien juntos en Francia —quizá yo fui más sincero conmigo mismo con respecto a qué ocurriría— o, de lo contrario, no nos habría apetecido pasar tanto tiempo juntos. Sin embargo, lo que ocurrió los tres días siguientes —el 29, 30 y 31 de diciembre— sigue siendo para mí algo insondable, que me para el corazón. […]
>
> Habíamos emprendido nuestro camino, despejando a machetazos nuestros enredados pasados para abrir un sendero hacia… ¿dónde? No lo sabemos todavía, pero cada uno tiene sus esperanzas. No siempre será tan fácil como lo ha sido hasta ahora, porque para mí es realmente un milagro. ¿Cuidaremos el uno del otro, nos daremos consuelo si nos topamos con un revés? ¿Nos preocuparemos el uno por el otro en las adversidades y los triunfos? Lo tenemos todo por delante. En mi descargo diré que aun cuando nuestra historia terminase mañana, lo que ocurrió ha sido maravilloso, necesario y bueno. En cualquier caso, estoy seguro de que me sentiría como una mierda y estaría preguntándome hasta el fin de mis días cómo habría sido nuestra vida juntos[65].

Holbrooke le hizo saber que estaba escribiéndole a la vez que leía por encima los informes diarios de inteligencia; en plena rueda de prensa, sobre la tarima esperando su turno para intervenir, fingiendo tomar notas mientras Kissinger hablaba de las relaciones entre Estados Unidos y Alemania, o

mientras Kohl peroraba sobre la OTAN o Bosnia o algún otro asunto[66]. Al cabo de apenas unas semanas, estaban planeando un futuro juntos durante una conferencia telefónica trasatlántica.

> Esta mañana me he despertado sin alarma tras unas escasas cuatro horas de sueño. ¿Te me has declarado o algo así sobre las tres de la madrugada? Me gustaría captar ese momento, por si acaso. ¿Será que mi corazón dio un vuelco, en lugar de sentir la habitual ambivalencia u opresión? ¿Por qué las rosas son rojas y las violetas, azules? ¿De qué color era el caballo blanco de Santiago?
>
> Bueno, esto son detalles sin importancia. Sería de ayuda que primero te divorciases. Un aspecto técnico, quizá, pero al que merece la pena prestar atención. Lo importante de verdad son tus hijos (no los míos, que ya son adultos). Ellos son lo más importante. Yo daría el paso, sin dudarlo, hoy mismo. Pero eres tú la que tiene que decidir si quiere dar ese mismo paso y, en su caso, cuándo y cómo. Yo estaré ahí, ahora y para siempre, si tú me quieres.
>
> Cualquiera que no comparta nuestra felicidad, no será nuestro amigo[67].

¿Qué tendría Kati, vuelvo a preguntar? Holbrooke estaba enamorado hasta los tuétanos.

Era indiscutiblemente guapa y con ese color de piel ni muy claro ni muy oscuro que a él le gustaba. Tenía pómulos de húngara. Sus ojos castaños se fijaban con entusiasmo —casi con codicia— en cualquier cosa, desde sus fotos de la más tierna infancia hasta cualquier objeto de deseo. Sus pechos eran más grandes de lo que él había esperado, y también eso le gustaba. Su belleza no era de la que se recuesta en un diván esperando ser desvelada. Kati era muy consciente de su poder y cuando entraba en cualquier sitio no solo los hombres pensaban «Qué mujer tan atractiva», sino que, de algún modo sutil que ninguno alcanzaba a comprender, se sentían obligados a hacérselo saber, como si no comunicárselo acarrease un precio muy alto. Kati provocaba admiración y temor, y hombres y mujeres de poder se prestaban gustosos a hacer de extras en el melodrama que ella siempre ponía en marcha. Su fuerza de voluntad estaba, como poco, a la altura de la de Holbrooke.

Todo el mundo le reconocía un carácter notable. Era fácil imaginarla como una apasionada y calculadora condesa de Marton, salida de alguna novela de Stendhal: ingeniosa, amante de los libros y la conversación, aficionada al estudio astuto de otras personas y a las maquinaciones. Su mera compañía hacía que viniera a la mente la palabra «intriga». La historia de su familia estaba repleta de intrigas, las cuales se solapaban con las obsesiones de Holbrooke, como si este hubiera conjurado a esa mujer durante una ensoñación en que historia y sensualidad se hacían indistinguibles.

Los padres de Kati eran judíos de clase media-alta de Budapest. Se convirtieron al catolicismo cumplida la veintena y cuando Eichmann dio el pistoletazo de salida a la persecución de los judíos húngaros en 1944, Endre e Ilona escaparon de Auschwitz y se escondieron en casa de unos amigos cristianos de Budapest. Jamás llevaron la estrella amarilla. Los padres de Ilona habían muerto en los campos de exterminio. Cuando llegaron Julia y Katalin, en 1946 y 1947, respectivamente, los Marton no solo evitaron contar esta historia a sus hijas, como había ocurrido en casa de los Holbrooke, sino que la enterraron en lo más profundo del sótano, del que nadie la desenterró jamás.



Kati Marton al teléfono. Cortesía del Estate of Richard Holbrooke.

Endre Marton era un esnob: campeón de esgrima que adoraba a Fred Astaire, vestía trajes de algodón de estampado mil rayas y fumaba en pipa. Ilona Marton jugaba al tenis y al bridge, como si el Budapest comunista fuese la Londres eduardiana. El glamour, que flota siempre en la superficie, es una forma de represión, y los padres de Kati, notoriamente glamurosos, tenían una terrible carga que reprimir. Eran también valientes, casi temerarios. Tras la contienda, durante esa primera década oscura de la guerra fría, empezaron a trabajar como corresponsales de distintas agencias de prensa de Estados Unidos en la capital húngara. Marton conducía por la ciudad un gran descapotable de marca estadounidense, como pregonando su afiliación con el

enemigo capitalista, y algunas de sus acciones conjuntas con la embajada de Estados Unidos proporcionaron a la policía secreta las pruebas necesarias para acusarlo de espionaje en 1955. Pasó un año y medio en la cárcel y su esposa, casi un año. Las niñas —Kati tenía ocho años— fueron a parar a una familia de acogida.

Liberaron a los Marton durante el breve periodo reformista, en el verano de 1956, justo a tiempo para que enviaran a la prensa estadounidense las primeras apasionantes crónicas sobre la Revolución húngara. Aplastada esta por los tanques soviéticos, los contactos familiares en la embajada de Estados Unidos garantizaron al matrimonio la salida del país y su acogida como refugiados políticos. Su llegada a Nueva York fue un acontecimiento: los Marton volvían a salir en los periódicos estadounidenses.

Vivían a las afueras de Washington, donde el padre de Kati cubría la actualidad del Departamento de Estado para la agencia AP. Fue así como conoció a Harriman, Rusk y Kissinger. A Kati le encantaba Estados Unidos por principios —por las libertades que defendía y el liderazgo ejercido durante la guerra fría—, pero no le interesaba demasiado el típico estilo de vida norteamericano. No le fascinaban la comida ni el cine estadounidenses. Tenía idealizado el dandismo de su padre y por esta razón empezó a ejercer la profesión paterna[68]. Se convirtió en periodista televisiva y comenzó a trabajar para los informativos de la cadena ABC a finales de los setenta; fue entonces cuando su padre la instó a conocer al corresponsal de la cadena en Londres, Peter Jennings, que tenía el aspecto y hablaba como una versión anglocanadiense del centroeuropeo con estilo (fumaba en pipa y usaba gabardina).

En 1979, Jennings se convirtió en el segundo marido de Kati. (El primero, un banquero de Filadelfia, le había extendido al instante sus credenciales WASP, pero resultó ser menos interesante aún de lo que parecía). Su matrimonio fue muy inestable desde el primer momento. Podrían haber remontado las aventuras extramatrimoniales del otro —si hubieran querido vivir una novela de Stendhal—, pero no las inseguridades, que eran motivo de peleas constantes. ¿Inseguro, Peter Jennings? Por supuesto que lo era, y Kati también. No se libraba nadie. Pensemos en Kissinger. Lo que alimentaba la implacabilidad de todo el mundo era justo la inseguridad.

Jennings hizo que Kati dejase los informativos televisivos casi a empellones y ella decidió dedicarse a escribir. En 1980, mientras investigaba para su primer libro —acerca del diplomático sueco Raoul Wallenberg, quien había evitado la deportación de miles de judíos húngaros— abrió accidentalmente el sótano en que sus padres dejaran metafóricamente enterrada la historia familiar. «Por supuesto, Wallenberg llegó demasiado tarde y no pudo salvar a tus abuelos de las cámaras de gas», le contó una conocida en Budapest[69]. Los padres de Kati recibieron el hallazgo como si hubiera arrojado luz sobre un humillante escándalo familiar. No eran judíos: eran húngaros. Kati intentó apretar las tuercas a su padre para que le contara más cosas, pero este le replicó: «Jamás entenderás por lo que pasamos»[70]. La herida que los separaba nunca llegó a cicatrizar del todo.

Kati trabajaba con suma disciplina y tenía un talento especial para dramatizar episodios de la historia reciente, a partir de los cuales escribía «ensayos de suspense». Publicaba libros y libros a la vez que criaba a sus dos hijos. La actitud de Jennings se fue agriando; su marido la tildaba de «superficial» y «ambiciosa».

En una ocasión, durante una cena con unos amigos, cuando el matrimonio parecía estar ya haciendo aguas, Jennings se llevó a un rincón a Peter Duchin, el director de orquesta que era hijo putativo de Harriman, y le preguntó:

—¿Cómo es Pam Harriman en realidad?

—Solo le importan el dinero, el poder y el estatus —confesó—. Se preocupa únicamente por sí misma, por nadie más. —Jennings lo miraba, asintiendo—. ¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Duchin.

—Porque mi mujer quiere ser como ella. Pam es un ídolo para Kati.

Jennings infravaloraba a su mujer. No era Kati una mujer que buscase instrumentalizar a los hombres para materializar sus deseos. Tenía un carácter independiente y era voluntariosa y ambiciosa por derecho propio. Quería ser, en igualdad de condiciones, compañera de un gran hombre, y seguir al mismo tiempo su propio camino, aprovechando todos los recursos de que pudiera disponer. En cualquier caso, para aquel entonces, Kati se sentía ya fuera de aquella relación de pareja.

A Holbrooke no le costó darse cuenta de lo que esa mujer necesitaba: atención, admiración y amor. Elogió sus libros y le aseguró que podría conseguir cualquier cosa. Le dijo que, si fuera su pareja, ella podría serle

infiel, y él tendría que perdonarla. Con suma discreción le dio su beneplácito para que se viera con uno de sus amantes (a este le pareció estupendo). Pam le advirtió de que Kati —Pam pronunciaba su nombre incorrectamente, «Queiti», como si se escribiera Katie— no lo respetaría, pero a él no le importó. Estaba entregado.

Como Holbrooke lo deseaba todo de ella, su cuerpo y su mente, Kati le aguantaba las manchas en la corbata, el sobrepeso y las horas que le dedicaba a ver deportes en la televisión, y soportaba sin rechistar que se comiera todo el cuenco de cacahuetes que se ofrecía a los asistentes a una reunión con algún jefe de Estado centroeuropeo, o que sus padres no lo aceptasen porque, simplemente, no era Peter Jennings. En cualquier caso, sí pudo ajustar ciertas cosas: le compró ropa nueva y le cambió las gafas y también el nombre. (Los viejos amigos de Holbrooke más complacientes, como Wisner, se pasaron al Richard; otros, como Gelb, insistieron tercamente en el Dick, como mandándole un mensaje a ella: «Sabemos quién eres y no nos andamos con tonterías»). Acudieron de la mano al estreno de *La lista de Schindler* en Manhattan y notaron un intenso flujo sexual surcándoles la piel. Supieron que los de la pantalla podrían haber sido ellos y regresaron a su habitación de hotel para celebrar que estaban vivos. Se enamoraron de esa manera que lo consume a uno y lo saca del mundo, si bien ambos necesitaban el mundo, como escenario y como platea rebosante de público: el tono retórico de las cartas de él; el entusiasmo de ella por su «idea de pareja»[71], que se apresuró a compartir con todos los amigos comunes.

Pronto supieron deshacer los demás enredos. Ambos cargaban con dos matrimonios fallidos y estaban dispuestos a hacerlo bien esa vez. Iban a convertirse en una de esas grandes parejas, tomarían el mundo por asalto. Algunos les guardarían rencor por ello, pero esas personas no serían sus amigos. Un amigo de los de verdad describió a aquella pareja como un caso de almas gemelas atraídas irremediablemente entre sí: una auténtica «salve a la genética».

Mordaz:

Quiero que sepas una cosa: si en alguna ocasión crees que no te tengo en el centro de todo —o sea, que no nos tengo a nosotros en el centro de las cosas—, tienes que decírmelo, alertarme en cuanto percibas esa impresión. Siempre podrás contar conmigo. Sé que jamás me pedirías algo así, pero tienes que saber que, si alguna vez te da la impresión de que me alejo y no me dieses otra opción, renunciaría a mi trabajo y me iría de Washington, lo dejaría todo para estar contigo.

¿Que cómo puedo decir eso? Fácil. Eres más importante para mí que mi carrera profesional. Me sentiría realizado, aunque no volviera a tener un puesto en el gobierno. No lo estaría, por el contrario, si no pasáramos juntos el resto de tiempo que nos tenga reservado la vida.

Para mí es increíble. Fue en enero pasado cuando me di cuenta de lo que estaba ocurriendo. Recuerdo «advertirte» de que yo era un hombre ambicioso. Intentaba decirte que, si bien entonces ya te quería, mis planes eran otros, de tipo profesional, y tenían peso suficiente para afectar a nuestra relación.

Pero ya no me siento así[72].

V

La política exterior de Clinton estaba en ruinas. Una sola semana había bastado, a principios de octubre de 1993, para que Estados Unidos cayera humillado por dos turbamultas: en Somalia, donde los milicianos mataron a diecinueve soldados estadounidenses cuyos cuerpos arrastraron por las calles de Mogadiscio; y en Haití, donde una multitud reunida en los muelles de Puerto Príncipe, al grito de «¡Somalia, Somalia!», impidió atracar al USS *Harlan County*, que transportaba fuerzas de paz de la ONU y cuyo objetivo era apartar del poder al dictador y restaurar al presidente electo. La superpotencia parecía desvalida e ineficaz ante cualquier banda de matones. Clinton cesó a Les Aspin tras el desastre de Somalia y lo reemplazó por su segundo, William Perry.

Meses después, Lake redactó un borrador de carta de dimisión que al final no firmó[73]. Se veía demasiado pragmático y demasiado neowilsoniano, pues creía a pies juntillas que Estados Unidos debía ser una fuerza del bien y que el presidente había de sustituirlo por alguien con ideas más afines a las suyas: «Aunque estamos plenamente de acuerdo en la importancia de abrir mercados para los trabajadores estadounidenses y en la necesidad de remodelar nuestras fuerzas armadas, no detecto el mismo compromiso en cuestiones relacionadas con la expansión de la democracia y los derechos humanos, o con la necesidad de detener las matanzas perpetradas en guerras civiles de otros países. Son, estos últimos, asuntos muy espinosos que exigen tomar decisiones dolorosas. En cualquier caso, una vez involucrados en ellos, solo podremos resolverlos con pragmatismo, constancia y, caso necesario, contundencia. […] (No hay nada negativo en adoptar una visión más "realista" y enfocada a la economía de nuestros intereses en el extranjero. Pero tendría más sentido en mi opinión adoptar esta postura en cuestiones de política interna. Sencillamente, no es una visión que me interese o atraiga.)».

Clinton jamás leyó esta carta. Sin embargo, tras los sucesos de Somalia, había aprendido la lección de que las bajas estadounidenses provocadas por conflictos mal entendidos en países remotos surtían un efecto político devastador, y se dio cuenta de que la política exterior podría acabar con su

mandato. No tardó, así pues, en retirar hasta el último soldado estadounidense de Mogadiscio. Acto seguido, Clinton se volcó con las negociaciones comerciales, la economía global y el cuidado de las relaciones con la Rusia de Borís Yeltsin. E hizo la vista gorda cuando el gobierno de Ruanda perpetró el genocidio más fulminante del siglo XX, con casi un millón de muertos en cuestión de cien días, en la primavera de 1994. Lake, que al final continuó en su puesto en la Casa Blanca, no fue convocado a una sola reunión de alto nivel sobre Ruanda.

El conflicto los Balcanes entraba entonces en su tercer año. Serbia se ahogaba en un mar de sanciones internacionales y Milosevic hacía esfuerzos por cerrar un acuerdo con Occidente que permitiera la entrada de ayuda. Sin embargo, los serbobosnios soñaban con la conquista total, y Radovan Karadžić, en alianza con los ultranacionalistas de Serbia, se convertía en una amenaza política para el propio Milosevic, quien había neutralizado las conspiraciones de aquel al detener a varios antiguos camaradas de Karadžić. Por primera vez, se abría una escisión entre los líderes de Belgrado y de Pale (la capital de los serbios de Bosnia), y se ralentizaba el flujo (aunque nunca desapareció) de suministros militares a través del río Drina. Las fuerzas serbobosnias habían ocupado todo el territorio que eran capaces de defender frente a un enemigo superior en número. Tuđman, amenazado también con sanciones, hubo de posponer su meta de repartirse Bosnia con Milosevic y añadir su trozo de pastel a su planeada Gran Croacia. En marzo de 1994, la guerra dentro de la guerra, que enfrentaba a croatas y musulmanes, tocó a su fin gracias a un acuerdo alentado por la diplomacia estadounidense: el primer logro real de Estados Unidos desde el estallido del conflicto. El nuevo Estado federado resultante se convertiría en la primera amenaza verdadera para los serbobosnios.

La configuración de fuerzas en Bosnia se prestaba a un nuevo esfuerzo diplomático, respaldado por los cazas de la OTAN.

Nada cambió, empero. Mediado el año, el peaje de muertes en Sarajevo alcanzó los diez millares; entre ellas, las de mil quinientos niños. Los más afortunados ni siquiera esperaban que se los rescatara. No les quedaba energía más que para sobrevivir. Algunos sarajevitas habían excavado un túnel de casi un kilómetro bajo la pista de aterrizaje del aeropuerto que desembocaba en el barrio de Butmir, valiéndose de postes de madera recogidos de los

escombros y de rieles arrancados en las vías del ferrocarril. Los sitiados usaban el túnel para introducir en la ciudad víveres de contrabando, que cargaban a la espalda, caminando encorvados y con agua hasta los tobillos. En los dormitorios de las casas, desparedados por los bombazos, criaban conejos para comerlos. Entretanto, el asedio serbio estrangulaba otras «áreas seguras» designadas por la ONU, como Goražde, Srebrenica, Zepa, Tuzla o Bihać. El compromiso internacional para proteger esos enclaves se veía traicionado a diario por la negativa de los altos funcionarios de la ONU a aprobar los ataques aéreos de la OTAN, salvo que estuvieran dirigidos de modo explícito contra fuerzas serbias perfectamente localizadas. Los estadounidenses seguían oponiéndose al envío de tropas. Los europeos insistían en mantener el embargo armamentístico. La guerra estaba dividiendo sin remedio a la Alianza Atlántica y los grandes poderes se veían paralizados. El conflicto se hallaba en punto muerto.

En una ocasión Lake dijo a un visitante europeo que su principal problema era Bosnia y su segundo principal problema era conseguir meter a alguna personalidad extranjera en la agenda del presidente. Bosnia debía de llevarle unos dos tercios de su tiempo de trabajo. Así lo atestiguan las notas tomadas durante las reuniones del CSN: Bosnia siempre aparecía en la cabeza de los puntos que debatir y los dilemas de 1993 eran los mismos que en 1994: «2/94. No muy por la labor de bombardear».

Jenonne Walker, secretaria adjunta de Lake para Europa, fue testigo de cómo este iba palideciendo poco a poco, de cómo se endurecían sus maneras y se desvanecía su capacidad de reírse de sí mismo (virtud redentora que Lake poseía, pero Holbrooke no). Cada vez hablaba más rápido y se mostraba más territorial y susceptible, impidiendo el acceso de otros funcionarios a algunas reuniones o negándose a mostrarles los informes en que Walker detallaba las opciones posibles. Jenonne tenía a Lake en muy alta estima —era el mejor ideólogo en política exterior de cuantos había conocido, y el menos egoísta—, pero quería ataques aéreos sin condiciones contra objetivos serbios, no obstante tuviera que servir a un presidente incapaz de imponerse a sus asesores o de arriesgar su capital político en el asunto de Bosnia. Los constantes codazos metafóricos de ella erosionaban la relación; el lenguaje no verbal de Lake decía a voces: «Ya basta». En el verano de 1994, le asignó otro puesto. «Soy un coñazo, ya lo sé», le dijo ella.



El sitio de Sarajevo. Tom Stoddart/Getty Images.

La vez anterior que Lake había trabajado en la Casa Blanca, el recuerdo de Vietnam seguía cargando el ambiente. La nube tóxica era ahora Bosnia, y estaba envenenando todas sus relaciones personales y profesionales importantes.

Tras haber permitido al secretario de Estado convertirse en el principal portavoz de la política exterior, Lake sufrió en su cargo los constantes golpes de timón de este —Christopher abogaba por los ataques aéreos un día y al siguiente hacía lo contrario—, la mayoría motivados por los cambios en los vientos dominantes, tanto de la prensa como de la Casa Blanca. Christopher era quizá el peor candidato a ese puesto —no tenía una noción clara del papel de Estados Unidos en el mundo—, pero tras dejar caer a Aspin, Clinton, que no dudaba en culpar a otros cuando las cosas se torcían, no quería cesar a más asesores de alto rango. El presidente nunca se sintió cómodo con Lake. No habían compartido trayectoria, y este se desenvolvía como un profesor universitario o un mentor, lo que a Clinton no gustaba. Bosnia siempre se interpuso entre ambos. Lake entraba en el Despacho Oval a primera hora todas las mañanas e intercambiaba alguna escueta cordialidad con el presidente, para luego sacar el tema de Bosnia y comprobar cómo de inmediato a este se le oscurecía el semblante. Lake empezó a sentir que tenía una letra «B» mayúscula, de Bosnia, pintada en la frente[74].

Berger, mano derecha de Lake, no solo conocía a Clinton desde hacía muchos años, sino que era la primera opción del presidente para el puesto de aquel[75]. Lake se sentía tan amenazado que trataba por todos los medios de que Berger no pusiera los pies en el Despacho Oval cuando él informaba al presidente, y cada vez que abría la boca en la Sala de Crisis, se dedicaba a mirar el reloj sin cesar o a tamborilear en la mesa con los dedos. A Berger le resultaba doloroso.

Una noche, los Gelb asistieron a una cena celebrada en la Casa Blanca. Clinton se acercó a Les y le dijo:

—Tienes que llamar a Tony. Te necesita. Necesita ayuda.

—Lo pensaré —respondió Gelb.

Sentados a la mesa, el presidente y Gelb tenían a Ethel Kennedy entre medias. Clinton no hacía más que sacar el tema de Lake, hasta que Gelb dijo por fin:

—Un amigo con poder es un amigo perdido.

Una cita clásica que le había dado a conocer Judy. No era muy agradable repetir la máxima ante el presidente, pero era cierto.

Gelb y Lake eran amigos íntimos desde hacía veinte años. En la década de los ochenta, Gelb había tratado más con Lake que con Holbrooke. Gelb pensaba que el puesto estaba convirtiendo a Lake en peor persona. Este siempre había expresado cierta ambivalencia respecto del poder, pero ahora que lo poseía, estaba provocándole una auténtica crisis nerviosa. Una única palabra inofensiva en una de las columnas firmadas por Gelb para el *New York Times* podía motivar una llamada a primera hora de Lake, a la cual contestaba Judy, porque Les aún dormía. «¿Cómo puedes escribir: “Anthony Lake, el consejero de Seguridad Nacional del presidente, camina con paso grácil hasta el despacho de Christopher”? ¿Qué se supone que significa eso?»[76].

Holbrooke explicó a Gelb que Lake siempre había sido así: paranoico, reservado y dado a aislarse de sus amigos. «¿De qué estás hablando? —le espetó Gelb—. Tú eres el padrino de su hijo. Cuando me lo presentaste me dijiste que era tu mejor amigo». Sin embargo, Holbrooke perdía cualquier cordura cuando se hablaba de Lake. Se adueñaba de él una obsesión venenosa que terminó llevándolo a borrar su larga historia de amistad en un juicio sumarísimo.

Lake, por su parte, soportaba una presión mortificante, pues la prensa lo atacaba sin remisión y tenía que aguantar faltas de respeto incluso de sus amigos. Era consciente de que, para Gelb y otros, cuanto tenía que ver con Bosnia era catastrófico, que la política exterior de Clinton era un desastre, y que en ocasiones así lo afirmaban ante los medios. Lake opinaba que las críticas venían motivadas en parte por la envidia, pero en cualquier caso le hacían muchísimo daño. En una ocasión, invitó a Gelb a un partido del equipo de baloncesto de la Universidad de Massachusetts-Amherst. En el partido, que se jugaba en Nueva Jersey, Gelb hizo algunos comentarios críticos sobre Bosnia, y durante el trayecto de vuelta a Nueva York en coche los dos hombres ni se dirigieron la palabra. Lake subió con Les a su casa y mientras este preparaba algo de cenar en la cocina, Tony se pasó media hora desahogándose amargamente con Judy, que estaba echada en la cama con un libro (aunque no de Séneca).

Cuando Lake obtuvo el cargo, el matrimonio compró una casa en Washington, cerca de la Universidad Americana. El plan era instalarse en la ciudad solo por dos años. Toni Ella dejó la granja, pero se llevó un caballo para montar. Nunca veía a su marido, que algunas noches ni siquiera dormía en casa. Cuando estaban juntos ni hablaban. Una mañana, cuando él salía por la puerta, ella le preguntó: «¿Qué matrimonio es este?». «Tendremos que hablar del tema», replicó él.

Ese mismo día, por la tarde, él la llamó desde la Casa Blanca y le dio el nombre de un restaurante. Se citaron allí; él le dijo que quería ejercer el cargo dos años más, pero no con ella al lado. Después, regresó al trabajo. Al día siguiente, Toni se volvió al norte, a su granja.

Una madrugada de mediados de mayo de 1994, estando en Alemania, Holbrooke recibió una llamada de Strobe Talbott, quien se había convertido en vicesecretario de Estado[77]. El secretario de Estado adjunto para Europa, un abogado de Wall Street llamado Stephen Oxman, había salido rana. La oficina de Europa estaba descabezada, mientras la situación en Bosnia continuaba deteriorándose y flotaba en el aire la cuestión de la ampliación de la OTAN. Talbott y Tom Donilon, jefe de personal de Christopher, estaban tratando de convencer al secretario de Estado de sustituir a Oxman por Holbrooke.

—Mira, Strobe… Me estás pidiendo que vuelva a un puesto equivalente al que ocupé hace diecisiete años, en una situación en que, además, ese tipo de cargo ha perdido peso —respondió Holbrooke, añadiendo que planeaba salir del gobierno en cuestión de un año por razones personales (a saber: Kati) y que hasta entonces tenía asuntos que cerrar en Alemania.

—Bueno, uno de los motivos por los que queremos que vuelvas es que hasta tus detractores reconocen que has hecho un trabajo extraordinario en muy poco tiempo —argumentó Talbott. Y agregó—: Me gustaría que lo meditaras. Fue el propio Christopher quien te propuso, lo cual me da a entender que opina también que eres la mejor opción disponible.

No era cierto. Christopher, como siempre, no soportaba a Holbrooke.

—Christopher y yo podemos trabajar bien juntos —convino Holbrooke, lo cual tampoco era cierto. Holbrooke procuraba disimular lo que en verdad creía: que Christopher era demasiado vanidoso para arriesgarse a cometer un error en su puesto—. Jamás nos hemos enfrentado. Esa cuestión en torno a los problemas que supuestamente existen entre nosotros está muy sesgada. Strobe, Christopher no está cualificado para ejercer como secretario de Estado, pero el cargo es suyo. Debemos ayudarlo, por interés nacional. El verdadero problema es Tony, y lo sabes.

—La relación que mantiene Tony contigo y con todos los demás da para un psicodrama del que aún no se vislumbra el final.

—¿Cómo te llevas tú con él?

—No tan mal como tú, pero no es fácil. Tony podría durar mucho tiempo en ese puesto o salir dentro de un par de semanas.

—Si ves probable que se marche, ¿no nos convendría a ti y a mí esperar un poco para poder hacer lo que siempre hemos querido, que es trabajar en algún tipo de configuración de fuerzas desde dos de los tres cargos de mayor poder?

—Sinceramente, si aceptas este cargo, se multiplican las posibilidades a ese respecto.

—Strobe, creo que el presidente no tiene mucha idea de quién soy yo realmente…

—¿Por qué no dejas de repetir siempre lo mismo? —rogó Talbott—. Es de las cosas que más me duelen que digas.

—Lo siento, Strobe. Te duele porque es verdad. Y sabes cuál es el motivo. El motivo es que Tony se interpuso entre el presidente y yo. Creo que si el presidente me conociera mejor se daría cuenta de lo valioso que puedo resultarle.

—Eso implica también que tendrías que resolver el problema de Bosnia —añadió Talbott, antes de colgar.

Holbrooke pensó contestar algo que al final se calló: «No puedo resolver el problema de Bosnia porque no estaré al cargo. Nadie está al cargo de ese asunto, realmente. Ese es el verdadero problema con el asunto de Bosnia».

No cerró puertas a la proposición, pues eso habría empeorado su relación con Clinton. Sin embargo, de manera muy consciente se propuso empujar a Talbott a que desestimara la oferta, porque Washington seguía pareciéndole un nido de víboras y ese cargo estaba al menos dos escalafones por debajo del suyo. En un plano más inconsciente, obvio para el resto, pero indetectable para Holbrooke, este ya había decidido aceptar la oferta, pues le devolvería al terreno de juego en una posición decisiva.

No obstante, aún no le habían ofrecido el cargo oficialmente. Un día de principios de junio, Christopher, durante un viaje con Clinton a Roma, estaba desayunando en el balcón de su hotel con Donilon, que revisaba los compromisos del día en su bloc de notas. «Chris, las cosas están así: tienes que decidir sobre el secretario de Estado adjunto para Europa. Strobe y yo recomendamos encarecidamente a Dick».

Christopher respondió que ni le gustaba Holbrooke ni confiaba en él.

Pero más adelante cedió. «Está bien, contaré con él. Pero es problema tuyo». Holbrooke fue convocado a Roma desde Bonn. En la reunión, Donilon y Talbott le sirvieron a su superior un tercer vaso de chardonnay para lubricar un poco las interacciones, pero de todas formas las cosas salieron mal. Christopher tenía la impresión de que Holbrooke no quería el puesto y que exigía condiciones como si el secretario de Estado estuviera obligado a cumplirlas[78]. Como si le debiera algo. Holbrooke se dio cuenta de que Christopher detectaba su displicencia y se percató también de otra cosa importante: a Christopher le inquietaba verse eclipsado y que Holbrooke le arrebatara el puesto. Tenía razones para temer ambas cosas.

Holbrooke salió de la suite del secretario y un funcionario del departamento le preguntó si aceptaría el cargo. Holbrooke respondió: «¿Qué

cargo?». Christopher ni siquiera se había atrevido a ofrecerlo.

Holbrooke se enteró por Tarnoff de que Lake se oponía a su nombramiento y estaba seguro de que aquello tenía que ver, en parte, con las dudas que albergaba Christopher. Hicieron falta otras dos semanas de maniobras de Talbott, Donilon y Tarnoff para que Christopher se mostrara dispuesto a cruzar la línea[79]. Incluso entonces Holbrooke tuvo que dar el empujón final filtrando la noticia al *New York Times*. La periodista le cubrió las espaldas: «El señor Holbrooke, contactado por teléfono en Berlín, ha respondido: "No tengo nada que comentar"»[80].

Durante la ceremonia de aceptación del cargo de Holbrooke, celebrada en el octavo piso, en lugar de dedicar los elogios habituales Christopher recicló algunas de las líneas más mustias del discurso que había pronunciado en aquella famosa fiesta de quincuagésimo cumpleaños, el cual también mencionaba un sarcástico artículo de *Vanity Fair* que saludaba el regreso de Holbrooke a Washington.

Tras la ceremonia, Holbrooke volvió a bajar dos tramos de escalera para regresar a su lugar de trabajo en el sexto piso.

Esto cuesta entenderlo desde fuera, pero en ese estrato en que se toman las grandes decisiones, el trabajo y la responsabilidad que implican los cargos gubernamentales pueden destruir a cualquiera. Así fue con Les Aspin, que lloró y rogó a Clinton que no lo cesara, y murió de un derrame cerebral quince meses después. Los altos funcionarios del gobierno trabajan muy duro bajo una presión ininterrumpida a cambio de un sueldo relativamente bajo. (Holbrooke pasó de ingresar más de un millón de dólares en 1992 a ganar ciento veintitrés mil dólares el año siguiente). Soportan jornadas de catorce horas, reuniones interminables y montañas de papeleo, y han de bregar con una prensa despiadada. Sus egos, grandes *per se*, no encuentran ningún estándar objetivo con el que cotejar su desempeño —no hay bonificaciones anuales, ni el electorado los vota, ni ganan trofeos al mejor jugador del año, ni aparecen en listas de superventas—, por lo que deben buscar otras formas, a veces degradantes, para estar seguros de que han hollado la cumbre: la posición del despacho, las reuniones de alto nivel, el favor del presidente. La única manera de saber con seguridad que estaban haciéndolo bien era a expensas de los demás: si alguien gana territorio es porque otro lo está perdiendo. El valor en bolsa de cada uno de ellos sube o baja a diario; si

alguna vez pierden la noción de su verdadero valor, será demasiado tarde. Así pues, labores vitales para el país se llevan a cabo en un ambiente de mezquindad humillante.

Esta podría ser la razón que explique por qué la política exterior es el campo de batalla más sangriento de todos. A diferencia de la política interna, en que la opinión pública y las estadísticas sobre empleo pueden orientar la toma de decisiones, en política exterior nadie entiende en realidad qué está ocurriendo en el mundo y no hay tiempo para aprender leyendo libros o prensa. La política exterior se reduce al carácter humano desnudo.

Aun así, quienes trabajan en puestos gubernamentales —y no infravaloremos esto— hacen gala de un profundo sentido de la responsabilidad en asuntos que, en última instancia, son muy difíciles de controlar. Fracasan una y otra vez en la resolución de problemas o directamente evitan resolverlos, porque son pocos los que se prestan a soluciones burocráticas y son raros los burócratas dispuestos a arriesgar su carrera en el intento. La mayoría de ellos, no obstante, aceptan sus cargos llenos de ideales hondamente sentidos y, con el tiempo, la inutilidad e inaplicabilidad de tales ideales los rompe por dentro. ¿Qué otra cosa pueden hacer más que tirarse los trastos a la cabeza unos a otros?

No fue Bosnia lo que envenenó la relación entre Lake y Holbrooke, que ya venía largo tiempo enrareciéndose. Sin embargo, cuando empezaron a colaborar al más alto nivel y en el asunto más importante de todos —la cosa es que, démonos cuenta, con respecto de Bosnia, ¡estaban de acuerdo!—, cuantos rodeaban a estos dos hombres tuvieron la impresión de que aquella atmósfera cargada no podía deberse solo a Bosnia, sino que habían de existir capas y capas de historia por debajo. James Steinberg, director de planificación de políticas de Christopher, regresó al Departamento de Estado una noche tras una reunión especialmente explosiva en la Casa Blanca. Se sentó en el despacho de Donilon y le preguntó: «¿Qué cojones les pasó a esos tipos en Vietnam?».

Holbrooke se propuso grabar su historia de nuevo. Su voz se oye muy distinta a la de treinta años antes, en el delta del Mekong. No traslucía ya frescura ni entusiasmo. Se nota que la grandeza lo mira por encima del hombro y le susurra al oído. Holbrooke está en la flor de su carrera y es capaz

de aplicar sus talentos y plenas capacidades, sacando lo mejor de sí mismo y relegándose también a la peor versión de sí mismo.

VI

Hoy ha sido un pésimo día para el gobierno, con la caída de Goražde ante la impotencia de la administración[81]. La gama de propuestas que se han barajado parecía irrelevante, habida cuenta de la magnitud del problema. Son medidas a medias, que me traen a la mente las que se aplicaron durante la Operación Rolling Thunder en el norte de Vietnam. Simplemente, no están bien enfocadas. Deberíamos, o bien no hacer nada, o bien atacar con contundencia —cortando quizá todos los puentes sobre el Drina—, y dejar claro a los serbios que las cosas empeorarán si no echan el freno. Cualquier otra cosa es quedarse a medias y no funcionará, aunque a eso es a lo que parecía hoy que estábamos todos abocados. Hemos enfilado un rumbo peligroso, a mi parecer el que con más probabilidad nos conducirá al fracaso.

Le hice saber a Strobe que, en mi opinión, el gobierno no había hecho una a derechas en Bosnia. Heredamos un desastre y lo empeoramos. Propuse no tomar decisiones tácticas de un día para otro hasta que hubiéramos fijado un objetivo estratégico y calculado costes, averiguado si estos merecían la pena y si la opinión pública nos respaldaría. Parece sencillo, pero es justo lo que no hicimos en Vietnam y lo que ahora mismo estamos volviendo a no hacer con tantas idas y venidas.

Hablé con Gelb anoche, que me dijo que había tenido la peor conversación de su vida con Tony Lake, una competición de gritos de treinta minutos de duración que, lisa y llanamente, había arrasado con lo poco que quedaba en pie de su amistad. Le dije que había tardado, pero que era irremediable que terminase ocurriendo, y que, en cualquier caso, no me sorprendía nada de aquello, salvo la prolongada lealtad de que él había hecho gala. Le conté que después de Sandy Berger, sin el cual Tony jamás habría tenido la oportunidad de optar siquiera al puesto de consejero de Seguridad Nacional, Les había hecho más por Tony que nadie. En 1992, lo instruyó personalmente y le conminó a reposicionarse cara al público como moderado y no tanto como paloma, con respecto de Vietnam. Yo creo, en cambio, que Tony jamás ha hecho nada por Les, y ahora Les va a tener que afrontar el hecho de que su amistad estaba muy sesgada y que Tony ya no era su amigo.

Es un trago muy amargo para Les, pero Tony ha aplicado la política de cortar amarras con todos sus amigos, uno a uno, porque no es capaz de controlar su ambición ni su competitividad. Estoy seguro de que cuando todo termine y Tony, que es una persona muy inteligente y dotada de un encanto considerable, se dé cuenta de lo que ha hecho, buscará la manera de enmendarse. Para entonces será tarde, tardísimo, y la factura, muy elevada.

Le dije a Les que todo ese asunto había dejado de importarme. Que el mayor error de Tony fue dejarme escapar —es decir, no bloquear mi nombramiento a cualquier cargo gubernamental—. Cuando dejó que yo obtuviera este puesto, empezó a perder el control.

Acabo de hablar con M., que ha tenido un día complicado, pero se ha mostrado más feliz y amorosa que nunca. Les, entretanto, me dice que la ve maravillosa, pero también que, antes de que me comprometa aún más, quiere hablar conmigo en privado. Le he dado mi palabra de que lo escucharé, porque soy consciente de que lo hace con buena intención.

En los años sesenta yo pensaba que la inteligencia no era ni mucho menos la principal virtud que uno necesitaba para prestar un buen servicio desde un puesto gubernamental. Sigo creyendo que es de una importancia vital: nadie quiere que el gobierno esté dirigido por imbéciles. Sin embargo, el carácter tiene un peso equivalente. Cuando se hace notar la presión de los acontecimientos, uno no conoce más del cinco o el diez por ciento de los factores que idealmente habría que conocer antes de tomar una decisión. Muchas veces, tiene que optar por una u otra cosa conociendo apenas el dos por ciento de la información necesaria para tomar una decisión importante. Así pues, hacen falta, además de una serie de principios rectores, un sistema de valores y una integridad a prueba de bombas o, de lo contrario, terminan cayéndote encima las encuestas de opinión pública, la presión, la confusión que produce la competencia dentro de la propia burocracia. Sin carácter, es fácil perder el norte.

En este gobierno, la persona que ha mostrado más carácter en condiciones de presión es, sin duda, Strobe Talbott, quien no ha perdido en ningún momento su decencia innata y se ha mantenido siempre fiel a sus valores. Por lo contrario, quien menos carácter ha demostrado tener es, ante todo, Tony Lake, quien sigue siendo la persona más inteligente en esta administración, pero ha demostrado muy poco carisma y una gran volubilidad. En menor

medida, es necesario mencionar a Warren Christopher, quien no ha cambiado su personalidad y posee cierto carisma, pero es débil y se subordina en todo momento a cualquier presión que detecte. Christopher es bastante inteligente, pero su intelecto de abogado no está estructurado y no maneja valores conceptuales. Me di cuenta tras desayunar con él en Roma, el 1 de junio pasado, de que literalmente no tiene ni idea de en qué consiste su trabajo, en el sentido clásico del término. No conoce los objetivos de Estados Unidos en política exterior; si alguien le preguntase, probablemente respondería que «promocionar el poder económico estadounidense». Lo cual es un buen discurso de cara al electorado, pero no cumple con los requisitos reales del puesto.

Obviamente, Tony es la decepción mayor de todas. Su personalidad ha mutado por completo desde que ocupó el cargo y se ha convertido, podríamos decir, en una mezcla entre Kissinger y Brzezinski. Es todo lo que juró que jamás sería: manipulador, reservado hasta la paranoia, insincero y obsesionado por proteger sus prerrogativas frente al presidente, limitando el acceso del resto al Despacho Oval. Puesto que él y Warren Christopher se profesan una cordialidad superficial por debajo de la cual ninguno de los dos sabe comunicarse con el otro, el sistema es disfuncional desde las más altas instancias. No tengo muy claro si el presidente entiende esto, pero él es quien más tiene que perder.

Antes de entrar a formar parte del gobierno de Clinton, yo afirmaba que había dos tipos de presidentes de Estados Unidos. Unos tenían magia, como Reagan o Kennedy, y podían salir indemnes pese a cometer graves errores, como fueron la invasión de bahía de Cochinos o el escándalo Irán-Contra. Otros no tenían magia y estaban obligados a rendir cuentas, y sus ascensos y caídas dependían de sus propios logros. En aquel tiempo, pensaba que Clinton podía tener magia. Hoy día, a mi pesar, vivo convencido de que no es así. Espero que se recupere, pero no creo que llegue a verlo coronado de ese halo mágico.

No podemos permitirnos que fracasen ni un solo mandato ni un gobierno. Ello tendría graves consecuencias, sobre todo internamente. En política exterior, los márgenes son siempre más estrechos, pero Clinton es, fronteras adentro, mejor presidente que cualquiera de los candidatos republicanos. Quiere abordar los problemas del país y resolverlos de verdad, y ese es el tipo

de liderazgo que necesitamos. Sin embargo, no sabe llevar adelante la política exterior, lo cual pone en peligro su presidencia.

Tuve una breve reunión secreta con George Stephanopoulos, quien quería verse conmigo fuera de la Casa Blanca por varias razones que no me quedaron demasiado claras. Dediqué la mayor parte del tiempo a informarle sobre la actualidad de Bosnia, y al final le dije que deseaba hacerle un comentario personal. Me habían ofendido profundamente rumores difundidos por alguna fuente anónima —sin duda, funcionarios de menor rango de la Casa Blanca— que daban una visión incorrecta y sesgada de mis actividades en Berlín durante la visita del presidente. George, que sabía muy bien a qué me estaba refiriendo, se deshizo en disculpas, desentendiéndose de esos rumores y sus fuentes, si bien reconoció que había hablado con Marjorie Williams sobre el artículo de *Vanity Fair*.

A Frank Wisner, que había luchado bravíamente durante un año y medio por sobrevivir a los esquemas dementes puestos en marcha por Les Aspin, lo habían destinado a Nueva Delhi como embajador, y eso le había supuesto un enorme alivio. A mí me dijo que me estaba metiendo en una pesadilla. El propio Aspin es otro hombre que se dobla y se rompe en cuanto aplicas presión. Ciertos aspectos de su carácter, que estaban bajo control mientras fue congresista, explotaron en el momento en que accedió a la secretaría de Defensa. Perdía el control y los nervios cada dos por tres, se enrabietaba y tenía comportamientos infantiles, lo que aunaba a Tony Lake y a Christopher Warren en el convencimiento de que Aspin habría de ser el chivo expiatorio al que sacrificar para salvarse ellos. Le pusieron fecha: octubre o noviembre de 1993. Así lo hicieron, pero el sacrificio no sirvió para que desaparecieran sus problemas más fundamentales.

Una noche, Frank y yo cenamos a las tantas en nuestro restaurante japonés favorito. Él tuvo la gentileza de invitar. Le pregunté si creía que Washington había cambiado o si éramos nosotros, que nos habíamos hecho viejos. Me respondió que, en su opinión, Washington había cambiado mucho y que en la ciudad no había ni rastro de alegría. La función pública no era algo ya a lo que aspirar ni que los ciudadanos respetaran. El sentir general de la gente era que los políticos y gobernantes solo pensaban en sí mismos. Se había perdido el respeto por el servicio público y por el interés nacional, todo lo cual, ahora nos dábamos cuenta, no era sino un legado de la Segunda Guerra Mundial y la

guerra fría. Convinimos en que aquel sería nuestro último cargo en el gobierno. Ninguno de los dos lamentábamos el devenir de nuestra carrera profesional, que habíamos disfrutado mucho y nos había permitido vivir muchas cosas fascinantes. El placer y la recompensa, sin embargo, habían desaparecido.

Si me pidieran que explicase cómo imagino hoy el próximo año de mi vida, diría que me gustaría llevar a cabo las funciones de secretario de Estado adjunto para Europa unos meses más (menos de un año), reorganizar la oficina europea e intentar articular las políticas estadounidenses en la esfera pública y aplicarlas de manera más discreta. Luego, me saldría del gobierno y me iría a Nueva York para estar con Mordaz. He perdido casi cualquier entusiasmo por este trabajo. Si ni siquiera el presidente está dispuesto a reconocer mis aportaciones a su labor de gobierno, no veo razón en seguir adelante. He perdido, al menos por el momento, mi celo y mi entusiasmo por el servicio público, salvo cuando nuestro trabajo se demuestra especialmente productivo. Siempre he creído tener ambición —y he creído que por sí misma esta no es elogiable ni censurable, pues depende de cómo se la maneje—, pero ahora me siento colmado.

Quizá todo esto cambie mañana. Registro hoy esto para dejar una instantánea de mi agotamiento en esta carrera gubernamental, y de mi deseo de llevar una vida distinta en otra ciudad, junto a Mordaz. Reconozco, desde luego, mi naturaleza inquieta y quizá estando en Nueva York eche de menos esto mismo que hoy me tiene harto. Quién sabe.

Ayer asistí a la audiencia de ratificación para mi puesto celebrada en el Senado, que dirigían el senador Biden y el senador Lugar. Duró una hora y fue bastante agradable, pues no tuvieron más que encomios para mí. Biden, no obstante, quiso retratarme como opuesto a Christopher y el gobierno en lo concerniente a Bosnia, y predijo que terminaría tirándome los trastos a la cabeza con ellos a costa de las políticas aplicadas allí. Intenté dar a entender que me sentía muy cómodo con las medidas emprendidas, aunque, en realidad Biden sabía muy bien lo que decía. Yo me había reunido antes con él en privado para tratar de asentar una base intelectual y moral. Esta reunión previa había tenido lugar en el bonito y muy ornamentado despacho que el vicepresidente tiene en el edificio del Senado, mientras en la Cámara se

debatía algún tema relacionado con la salud, y con anterioridad charlé muy brevemente con otros diez o doce senadores, la mayoría de ellos viejos amigos como Sam Nunn, John Danforth o Paul Simon. La conversación privada con Biden no fue fácil. Su ego y la dificultad que demuestra a la hora de escuchar a otras personas me hizo sentir a disgusto, pero al final fue una reunión productiva.

El domingo por la tarde, el presidente Clinton se reunió con Izetbegovic. Yo estaba sentado en el semicírculo de altos cargos junto a Tony. Izzy dio un argumento ante el que asentí con la cabeza varias veces, mirándolo a los ojos y esperando transmitirle aliento cuando consideraba que lo necesitaba. De repente, Tony me susurró entre dientes:

—No muevas la cabeza.

—¿Qué? —pregunté.

—No muevas la cabeza —repitió Tony en un apremiante susurro.

—¿Por qué? —pregunté de nuevo.

—Porque no. Si asientes estás diciéndole que sí, que vamos a enviar ochenta mil soldados a Bosnia.

Aquel comentario me cogió tan de sorpresa que casi me eché a reír en plena reunión.

—Tony, no significa nada de eso, en absoluto. Asiento para darle ánimos —repliqué susurrando.

Todo esto ocurría mientras Izzy hablaba en bosnio y los intérpretes mediaban hacia y desde el inglés. Pensé en ello más tarde, tratando de dilucidar qué le pasaba por la cabeza a Tony, aquel WASP antaño tan discreto y refrenado. Escribí en un trozo de papel una nota para mí mismo: «Obseso del control que ha perdido el control».

Tom Donilon me contó anoche que Warren Christopher estaba encantado con el apoyo que había obtenido de la oficina para Europa y de mí, personalmente. He de decir que no me emocionan en especial ese tipo de halagos, pues lo cierto es que trabajé para él y cumplí con las expectativas durante los años de Carter en un puesto de rango similar, y no veo nada especialmente reseñable en haber desempeñado el mismo trabajo con idéntica eficacia. He de decir que dirigir la oficina para Europa de los años de Clinton ha sido más complicado que dirigir la de Extremo Oriente con Carter. Una de las principales razones, desde luego, es Bosnia, un problema mucho más

complejo que cualquiera de los que hayamos tenido que abordar en Asia, China y Vietnam incluidos. Además, existe cierta diferencia en cuán precisos se mostraban Vance y Christopher, y en el tipo de respaldo que daban uno y otro. El otro día, comiendo con él, recordé que Vance no era demasiado imaginativo, pero era un tipo preciso, ágil y poseedor de una verdadera base de datos en la cabeza. Chris es lento y protestón; con él cada cosa hay que hacerla paso a paso, y es mucho más cauto de lo que Cy haya sido nunca. Muchas veces se los compara, pero esa comparación no es justa. Si tuviera que elegir, me quedaría sin dudarlo con Cy.

Mañana me voy a Sarajevo. Es mi tercer viaje a la zona de guerra en los últimos veinticinco meses, pero esta vez será distinto. Viajaré con un gran contingente oficial, por lo que me sentiré enormemente cohibido. Sin embargo, estoy contento porque gracias a mis viajes anteriores me siento muy preparado para este que viene. Me deprime cada vez más todo lo que se oye decir sobre la región y sus problemas, a lo que será necesario sumar las ataduras políticas y burocráticas con que nos encontramos. De manera objetiva, lo correcto sería presionar militarmente a los serbios. Son los agresores y sus fines irredentistas amenazan a toda la región. No estoy seguro de que la ciudadanía estadounidense, ni tampoco nuestros dirigentes, quieran vernos emprender una operación militar, y británicos y franceses se oponen a las claras, y afirman que en caso necesario se retirarán de las operaciones de mantenimiento de la paz para proteger a sus tropas. Pero los riesgos son enormes; aún mayores si no nos mostramos dispuestos a llegar hasta el final. Es una verdadera agonía, y el problema ha empeorado por el mal manejo que se ha hecho de él a lo largo del último año y medio.

Sigo estando convencido de que el embargo de armas es inmoral y debe levantarse, para que los musulmanes bosnios puedan defenderse, pero dada la situación en que nos encontramos actualmente será muy complicado. Me parece mejor opción suministrar víveres vitales a los bosnios a través de un abastecimiento encubierto, aunque tampoco hemos tenido demasiada suerte en ese empeño.

Martes, 8 de noviembre, día de elecciones. Clinton ha dicho algo curioso y memorable. Refiriéndose a la ya famosa nota de prensa en que Reagan anunciaba al mundo que tenía alzhéimer, afirmó: «¡Qué listos! Apuesto a que

lo harán público justo antes de las elecciones para ganar simpatías y desviar la atención». Al principio pensé: «Qué absurdo». Pero lo medité un rato y me pareció que estaba en lo cierto. Luego dijo algo aún más interesante: «Los republicanos saben muy bien cómo usar simbólicamente la presidencia. Nosotros, los demócratas, no. Yo estoy empezando a hacerlo ahora». Me dije para mis adentros: «Qué extraño; qué conmovedor y deprimente al mismo tiempo; qué perspicaz y, sin embargo, revelador». Clinton es un tipo inteligente y entiende mejor la carga simbólica de la presidencia de lo que podría deducirse por su conducta. Pero ahí lo tenemos, rodeado de adolescentes y niños indignos de sus propias habilidades, que no obstante él mismo escogió. Y no los ha dejado de lado. Esto se debe, claro, a que en el análisis último de cualquier problemática, toda la responsabilidad se le achaca a él. Sus fortalezas lo llevaron a la Casa Blanca, sus debilidades lo están lastrando.

Al ver los resultados de las elecciones, uno se siente —o yo, al menos— desinflado con los descomunales reveses que nos llevamos los demócratas. Los próximos meses, qué digo, los próximos dos años van a ser, además, bastante desagradables en Washington, con Jesse Helms y Bob Dole en la mayoría, y un montón de republicanos agresivos pululando por la ciudad. No será nada divertido. Por si fuera poco para mí, que ya había dejado de disfrutar.

Se supone que tengo que volar a Londres esta tarde con Kati para celebrar con ella Acción de Gracias, pero me llevan presionando desde ayer para que no vaya, a causa de la crisis en Bosnia y el malestar general en la oficina. Tengo la intención de viajar, de todos modos, y soy consciente de que eso no hará sino agudizar las enormes tensiones que ya existen. Esta semana pasada se sembró, diríase, la semilla de mi próxima salida del gobierno y, creo, de mi despedida definitiva del funcionariado. He aquí el resultado de una serie de acontecimientos que no solo me han alejado de todo, sino que también han hecho que otras personas se alejen de mí.

Mi empeño por tener bajo control las caóticas políticas sobre Bosnia ha obtenido un éxito razonable, y Strobe y yo habíamos estado trabajando para lograr una resolución de la ONU que lleve a la OTAN a tomar la decisión de recurrir a los ataques aéreos en la región, algo que no cambiará la situación, pero que era un mínimo esencial para demostrar que podemos usar la fuerza.

En una coyuntura como esta, Tony jugó las malas cartas que nos habían salido con cierta habilidad; yo, por mi parte, reaccioné exageradamente. El resultado ha sido el periodo más doloroso que he experimentado en mucho tiempo desde que estoy en el gobierno. El truco de Tony fue muy simple. Me dejó fuera de una reunión que iba a mantener con el secretario general de la OTAN, Willy Claes, con quien he estado trabajando estrechamente, logrando avances reales en asuntos importantes. Llamé a Strobe y a Peter, y les dije que eso no estaba bien, pero no me respaldaron. El domingo, Strobe me llamó para informarme de que Christopher también asistiría a aquella reunión con Claes. Reaccioné fatal, y Strobe también, y tuvimos la bronca más fea de nuestra vida profesional común. Le eché en cara que me habían traicionado, él y Christopher —no debí usar un verbo tan fuerte—y él contraatacó. Le dije que aquello no haría sino acelerar mi salida del gobierno. No había reparación posible, al menos por un tiempo.

Mientras, la situación en Bosnia se hacía cada vez más peligrosa. Por una vez, la ONU y la OTAN agilizaban las tareas de cooperación y aprobaron los ataques aéreos en Croacia, al menos durante las hostilidades. Me involucré cuanto pude en todas y cada una de las etapas de este difícil proceso de toma de decisiones, en un intento de impedir que la guerra se propagase justo propagándola. No teníamos otra opción frente a los aviones serbios que desde Croacia volaban cruzando fronteras internacionales y atacaban el enclave de Bihać. La respuesta, aun constituyendo la mayor acción militar en la historia de la OTAN, no disuadió del todo a los serbios, que a las pocas horas reanudaban su ofensiva contra Bihać.

La situación ha dejado a todos los implicados —a mí, al menos— una sensación de malestar en el estómago. No estaba claro qué sucedería a continuación, pero sigo decidido a viajar a Londres.

Anoche, cuando estaba cenando, el teléfono no dejaba de sonar. Era Donilon, que me suplicaba que no viajase, o algún otro que me ponía al día de lo que ocurría en el frente de batalla. Eso era lo que más detestaba de mi trabajo, aunque a otros en apariencia les hacía sentir conectados, tangencialmente al menos, con los grandes acontecimientos de la actualidad; en mi opinión, una de las peores perversiones de Washington, si no la peor. Me pareció enormemente invasivo, y me habría sentido igual de invadido si yo fuera el invitado de alguien y ese alguien (o sea, yo) llegara una hora tarde

(como así fue) y se dedicase a atender llamadas telefónicas. En cualquier caso, Washington será siempre Washington, y esto no solo no le importaba nadie, sino que todo el mundo parecía sinceramente complacido por haber disfrutado de esa conexión directa con la historia.

Siguieron llegando funestas noticias hasta bien entrada la noche. Mi segundo, Bob Frasure, me llamó durante la cena y me dijo que las tropas serbias estaban a un kilómetro de Bihać.

Esta mañana ha sonado el teléfono a las seis y cuarto. Informaban desde Londres de que el Ministerio de Defensa británico piensa que la situación no es tan terrible como nos habían informado. Quizá tengan razón, pero mi primera reacción ha sido preguntarme si no sería otro sombrío ejemplo de esa actitud por la cual los británicos quitan hierro a las cosas para no urgirse a sí mismos a actuar. El resultado es que, de manera invariable, se termina haciendo demasiado poco y demasiado tarde.

Salgo ahora hacia el despacho, y después tengo el vuelo a Londres.

Unas cuatro horas antes del vuelo, Strobe Talbott ha entrado en mi despacho y, con cara de depresión y ojos de cordero degollado, me ha vuelto a pedir que me quede. Le he dicho a Strobe que no fuese el correveidile de Christopher, y que si este no se atrevía a pedírmelo directamente, como debería un secretario de Estado, él no tenía por qué mediar. Le he dicho, con toda franqueza, y bastante alterado —de hecho, más de lo que habría querido —, que era un insulto a mis subordinados dar a entender que no sabrían gestionar el problema estando yo fuera, y que, además, no viajar a Londres tendría graves consecuencias en mi relación personal con M. Yo ya había echado a perder dos matrimonios por mi entrega al Departamento de Estado y no iba a ocurrir lo mismo con esa relación. Strobe se ha levantado muy ofuscado y ha salido sin más del despacho. Me ha llamado una hora después, diciendo que él se ocuparía de todo y que me fuera tranquilo. Le he dado las gracias.

Mientras tanto, me ha llamado Gelb, sorprendido de que Tony Lake hubiera sabido por Sandy Berger que yo estaba difundiendo el rumor de que Tony no soportaba a Sandy y quería librarse de él. Mis comentarios han llegado a oídos de Sandy y este ha ido con el cuento a Tony. He pedido mil perdones a Les y le he explicado, con toda sinceridad, que no sabía cómo había podido ocurrir aquello. Strobe jura y perjura que él no ha contado nada,

pero, que yo recuerde, ese comentario se lo hice a él y a nadie más. Les se ha mostrado muy molesto, y lo entiendo, pero no puedo hacer nada salvo pedir disculpas por habérselo contado a Strobe.

El viaje a Londres aclaró de manera fehaciente la realidad de la relación entre Estados Unidos y sus aliados de la OTAN. Los europeos no usarían las fuerzas de la OTAN para ayudar a los musulmanes y Estados Unidos no enviaría tropas a la región. Este empate técnico resultante es la puntilla final para los musulmanes, salvo que acepten convertirse en un Estado residual. La ofensiva musulmana contra Bihać desencadenó una contraofensiva de los serbios, que esta mañana estaban al filo de triunfar. Karadžić y Mladić han visto la oportunidad de quebrar la voluntad de sus enemigos antes de que el invierno termine de doblegarlos en su aislamiento. Se han jugado el todo por el todo y Occidente no tiene ni idea de cómo reaccionar. La respuesta aliada ha sido lamentable y, así, nos encontramos asomados al precipicio de las políticas que hemos aplicado en la región. Es imperativo buscar medidas nuevas, que inevitablemente perjudicarán a los musulmanes.

Me pone enfermo tener que participar en el diseño de tales medidas. No me siento responsable, no obstante, pues he heredado una situación terrible. Sin embargo, la reacción del gobierno estadounidense ha sido tan mala como la de los europeos, aunque de otro modo. Por ejemplo, mis esfuerzos por obtener respuestas ágiles a lo largo de toda esta semana se han visto lastrados por la indecisión, el desacuerdo y los malentendidos entre Christopher y Lake. Las constantes objeciones del CSN a cualquier cosa que propusiéramos han ralentizado hasta nuestras reacciones más reprobables.

Nadie quiere decir a las claras que los musulmanes han perdido la guerra según la entendemos ahora mismo, ni que deberíamos acudir al rescate de una entidad resultante de la desmembración de la antigua Yugoslavia —encajada como una cuña triangular entre la costa croata y Sarajevo y la planicie de Tuzla— y forzar un alto el fuego para buscar su reconocimiento internacional como Estado. Nadie quiere decir que está de acuerdo con eso ni nadie quiere tampoco dedicar demasiada energía a ayudar a los musulmanes a ganar. El esfuerzo por salvarlos haría necesaria la intervención aérea de la OTAN y tropas estadounidenses sobre el terreno, algo imposible hoy por hoy. Yo

quería diseñar una política que nos permitiera mantener el *statu quo* al menos durante el invierno, pero la ofensiva de Bihać ha dado al traste con todo.

Nixon y Kissinger, al abordar el inevitable desastre en Vietnam, se las arreglaron para convencer a la ciudadanía de que había sido una paz firmada que honraba a Estados Unidos, cuando en realidad habíamos vendido a los sudvietnamitas. Culparon al Congreso, dieron un decidido paso adelante asegurando que habían hecho lo posible y luego desvirtuaron la naturaleza del acuerdo firmado con Saigón. Aquí no puede pasar lo mismo. Ese grado de cinismo sería inaceptable y, en cualquier caso, no es algo de lo que nuestro gobierno sea capaz, pues le faltan la coherencia y disciplina necesarias. Sin embargo, el hecho es que debemos afrontar este dilema y esta situación horrenda en que nos hallamos, fijar prioridades y tratar de restaurar el liderazgo estadounidense perdido. Va a ser muy complicado.

Tony Lake bloquea cualquier acción y se niega a tomar iniciativa alguna. Warren Christopher está dispuesto a actuar, pero lo hace con inseguridad y mostrando una constante ambivalencia; y siempre después de consultar a todo el mundo. El presidente se ha desentendido por completo. Yo, por mi parte, recibo constantes ataques de Tony y no tengo ningún respaldo de la gente del séptimo piso, excepción hecha de Strobe. Su apoyo, no obstante, es bastante precario, porque para él implica un precio elevado, y también porque no le gustan los enfrentamientos. En cualquier caso, no tenemos mucho más que hacer, salvo apretar los dientes y seguir adelante.

Siento como si mi carrera gubernamental estuviera acercándose muy lentamente a su final. No sé cuánto podré seguir, dada la coyuntura de las cosas, aunque daré el todo por el todo. Estoy ya pensando en maneras de salir de todo esto con honor, dignidad, y sin destrozar mi reputación.

El sábado acompañé al presidente y a Christopher, Gore y Sandy Berger en un almuerzo con el primer ministro de Bélgica. El almuerzo fue un *tour d'horizon* global un tanto irrelevante. Nos reunimos en el Despacho Oval para la previa a la sesión informativa con Christopher, Berger y Gore, y, en un momento dado, el presidente alzó la vista de sus papeles y me dijo: «No sabía que estabas saliendo con la exmujer de Peter Jennings. —Y mirándome a los ojos añadió—: Es un encanto. Un verdadero encanto». Me quedé de piedra, pero acerté a darle la razón y las gracias, y él volvió a las andadas:

«Demuestra que tienes buen gusto, aunque no sé nada de mujeres». Yo quise replicarle: «Luego le cuento mi secreto, señor presidente». Pero Sandy miró de forma inquisitiva su reloj de pulsera y nos obligó a volver al orden del día.

Tony Lake se muestra más y más asertivo. Por primera vez —que yo recuerde, al menos— ha interrumpido a Christopher y ha discrepado con el presidente frente a un dignatario extranjero. Dio un discurso bastante sorprendente a los flamencos sobre democracia y otros temas de altos vuelos. Supongo que es su manera de intentar ser kissingeriano, aunque no resultó demasiado impresionante. No obstante, fue él, y no Christopher, quien hizo gala de mayor poder frente a los extranjeros. Queda claro, asimismo, que sigue saboteando a Warren Christopher frente a la prensa. Les Gelb dice que Tony prefiere terminar tarumba que dejar el puesto. No estoy de acuerdo. En mi opinión, tras romper con su mujer ha liberado una parte de sí mismo —para empezar, esa parte que solo quiere sexo de las mujeres— y por fin puede reconocerlo. Esto le acercará un poco a la realidad, pero no demasiado: sigue siendo el mayor negacionista de sí mismo que haya conocido en mi vida.

Peter Tarnoff me ha contado que él y Mathea cenaron a solas con Tony la otra noche, y les dijo que se siente completamente liberado y en paz consigo mismo, que ha dejado atrás todas las culpas que había acumulado a lo largo de la vida respecto de sus padres y su mujer, que mientras estaba con ella jamás hizo ninguna tontería, nunca jamás en treinta años, etcétera. Peter pensó que habrían de haberle dicho: «Bueno, pues deberías». La impresión de Peter era que Tony vive convencido en verdad de cuanto dice y yo opino más o menos lo mismo, o sea, que Tony va a sentirse más satisfecho consigo mismo, pero que ahora va a terminar de aislarse de todos sus amigos y conocidos. Creo que es un tipo con un problema muy gordo, que lo niega todo en cualquier circunstancia. Pero probablemente se sentirá más feliz ahora, aun con ese extraño trastorno. Creo que ha hecho las paces con su obsesión por el poder. Es alucinante.

Anoche cené con Toni, que me describió con gran emoción y amargura, al borde de las lágrimas, cómo su marido la había dejado en la estacada tras treinta y tres años de matrimonio. «¿Por qué no lo hizo hace quince años?», me preguntó. Le respondí: «Porque entonces te necesitaba». Fue una velada triste. Mathea le ha ofrecido trabajo preparando fármacos y eso le ha permitido darle cierto objetivo y equilibrio a su día a día, pero cada cierto

tiempo sufre ataques de ira. Aun así, no está segura del todo de no querer intentar salvar su matrimonio, tras haber invertido en él treinta y tres años de su vida. Se siente confusa, pero creo que al final saldrá adelante. Se quejó muchísimo de la frialdad de su marido, de que nunca hablase con ella. Pero le recordé que, por lo que ella me había venido contando, eso llevaba mucho tiempo siendo así.

Cuando trataba de entrar en Sarajevo para negociar la prórroga del alto el fuego, Bob Frasure fue retenido en el aeropuerto por los serbobosnios, que no le permitieron acceder a la ciudad. Esa es una de las cosas más humillantes que hemos tenido que vivir en Bosnia hasta el día de hoy y deja patente nuestra debilidad. Cada vez hay más indicios de que los serbobosnios se plantean realmente jugarse el todo por el todo, lo que yo llamo «marcarse un Saigón».

Me he reunido como treinta o cuarenta minutos con Hillary Clinton, a solas. Ha sido una charla útil de la que he sacado muchas conclusiones positivas. He tenido la oportunidad de explicarle unos cuantos argumentos básicos sobre cómo hacer campaña estando en el cargo y cómo hacer campaña desde la oposición, haciendo hincapié en lo descuidadamente que hablamos de nuestra manera de ejercer la política exterior. Al día siguiente, el presidente convocó a Strobe y le preguntó si sabía algo de mi reunión con Hillary. Strobe respondió que sí y Clinton le dijo que Hillary entendía mis críticas a Tony Lake (cuyo nombre, paradójicamente, no se había mencionado).

Se ha ido al garete la semana de intensas negociaciones entre Milosevic y Bob Frasure, pese a los heroicos y casi épicos esfuerzos de este, que negoció con mucha mano izquierda. Al final Frasure fue incapaz, sencillamente, de lograr que Milosevic aceptara un paquete de medidas más bien generoso. Esta noche sigue sin estar claro si Milosevic jamás ha tenido intención de aceptarlo y estaba toreándonos (esa es mi opinión hoy por hoy, aunque quizá cambie) o si hemos llegado a estar cerca de un acuerdo que no se ha materializado por problemas concretos. En cualquier caso, el resultado es el mismo. Mañana, el mundo leerá en prensa sobre una negociación fallida, y París y Londres empezarán a presionarnos cada vez más para que hagamos concesiones. Pero, en fin, no puede decirse que no lo hayamos intentado. Frasure pasó más de

treinta horas con Milosevic en seis sesiones muy agitadas, llegando al límite, haciendo luego muchos progresos y luego quedándose a un paso. La siguiente etapa será muy dura.

El jueves viajo a Budapest, para casarme. Estoy emocionado. M. es, de todas todas, la mujer del resto de mi vida. Ojalá pudiera dedicar más tiempo a este episodio de mi vida, en lugar de dejarme arrastrar de nuevo por la ola de Bosnia, como me ha venido ocurriendo últimamente. El sábado estuve en el despacho hasta la una y media de la madrugada, trabajando en el asunto de Bosnia. He tenido que cancelar dos partidos de tenis el fin de semana, a causa de Bosnia. Estoy empezando a tomármelo personalmente, sobre todo porque Milosevic le ha dicho hoy a Frasure: «Los rusos me dicen que Holbrooke quiere acabar conmigo para que lo nombren secretario de Estado».

VII

La boda tuvo lugar el 28 de mayo en el jardín de la residencia del embajador estadounidense en Budapest. Kati conocía esa casa desde su infancia. Hubo unos sesenta invitados, la mayoría parientes de Holbrooke; de Kati, que se había divorciado de Jennings hacía apenas unas semanas, casi no acudieron familiares. Holbrooke pasó gran parte del día de su boda hablando por teléfono con Washington.

La situación en los Balcanes, a poco más de mil kilómetros al sur, era la siguiente.

El alto el fuego de cuatro meses negociado por Jimmy Carter para salvar el invierno había terminado en abril. Todos los bandos en liza tenían la impresión de que 1995 sería el último año de la guerra y maniobraban ya para encarar la recta final con ventaja. A principios de mayo, el ejército croata —el más fuerte de los tres en ese momento— llevó a cabo una ofensiva sobre Eslavonia occidental en la que murieron o fueron expulsados todos los serbios radicados en la región. Esta ofensiva fijó la plantilla para las supuestas conquistas por venir.

El gobierno bosnio seguía vivo gracias a las armas que enviaban otros países musulmanes y se introducían en el país a través de un aeródromo croata abandonado y un puerto de mar situado entre Split y Dubrovnik. Ante esa violación del embargo de armas de la ONU por parte de Croacia, la respuesta oficial estadounidense fue un guiño y un gesto de aquiescencia de Lake. Cuando Peter Galbraith, embajador en Zágreb, pidió instrucciones específicas al consejero de Seguridad Nacional, este le contestó: «No se las pienso dar». Es decir, ni hable ni pregunte. Lake pensó en lord Nelson: en la batalla de Copenhague, un superior ondeó ante su navío el banderín de retirada y él se puso el catalejo en el ojo tuerto[82]. Galbraith y Holbrooke convirtieron esta política de la inacción en un esfuerzo conjunto que casi terminó dando lugar a acciones encubiertas para pasar armamento ligero —en su mayor parte, de origen turco e iraní— a los bosnios. Los croatas se quedaban con una parte de cada envío de armas y se negaban a dejar pasar

armamento pesado, por si acaso en el futuro los musulmanes se volvían contra ellos.

Al final de la tregua invernal, el ejército bosnio intentó de nuevo romper el cerco de Sarajevo, sin éxito. Karadžić y Mladić, el comandante general del ejército serbobosnio, decidieron tomar todo el territorio del que fueran capaces antes de que las fuerzas musulmanas y croatas tuvieran la oportunidad de dar la vuelta a la guerra (aquello que Holbrooke tildó de órdago, «marcarse un Saigón»). Los serbios cortaron la carretera de Kiseljak, por la que llegaban todos los suministros, cerraron el aeropuerto de Sarajevo y retomaron el estrangulamiento de la ciudad. Las fuerzas de Mladić también avanzaron sobre los superpoblados enclaves musulmanes cercanos a la frontera serbia, que, supuestamente, estaban bajo protección de la ONU: Goražde, Zepa y Srebrenica.

Durante casi cuatro años, los serbios habían encadenado varias victorias sobre el campo de batalla. Sin embargo, los ejércitos corruptos y genocidas son pésimos a la hora de mantener guerras a largo plazo, y Milosevic sabía que el partido entraba en los minutos de descuento. Serbia vendía proyectiles de artillería y armamento ligero al ejército serbobosnio de Mladić, que en el mercado negro costaban cinco veces más, a cambio de materias primas (madera de roble, por ejemplo). El objetivo de Milosevic había basculado de la creación de una Gran Serbia a la conservación de su propio poder, eludiendo las sanciones y ganándose el respeto de la comunidad internacional (el cual llegaría solo a través de Estados Unidos). «Creo que Milosevic se sentirá satisfecho, al menos por un buen tiempo, con las ganancias obtenidas, aunque se haya hecho con ellas de forma ruin», le dijo Holbrooke a Galbraith[83].

Esa primavera, Robert Frasure, mano derecha de Holbrooke en los Balcanes, tuvo tiempo de conocer bien a Milosevic, gracias a las semanas de conversaciones en Belgrado, coronadas siempre con opíparas cenas a base de cordero con patatas. Las negociaciones se enquistaron a finales de mayo, a cuenta del mecanismo para levantar las sanciones. Para entonces, Frasure se había convencido de que lo único que acabaría con el empate técnico sería bombardear los puentes del Drina para aislar Serbia de Bosnia, pero no creía que el gobierno estadounidense estuviera por la labor. «Los corderos de Serbia respirarán tranquilos cuando me haya ido —escribió Frasure en un

cable final, antes de regresar a Washington—. Al final de la larga velada, Milosevic estimó que la situación estaba “en el filo de la navaja”. Yo lo veía como una carrera suicida de coches, uno contra el otro. Milosevic quería claramente cerrar un acuerdo, pero… Si no podemos, todo este andamio diplomático se vendrá abajo en un abrir y cerrar de ojos, y Milosevic, que me ha contado que este sábado se reunirá secretamente con Tuđman en Eslovaquia, buscará otra estrategia. Posiblemente, un reparto territorial de Bosnia[84]».

A finales de mayo, los nuevos bombardeos de Serbia sobre Sarajevo se tradujeron en una respuesta internacional y los cazas de la OTAN volaron dos depósitos de armas serbios. En venganza, los serbios bombardearon el centro de Tuzla, lo que costó la vida a setenta civiles que estaban en las terrazas de dos cafés, y retuvieron a varios cientos de Cascos Azules de la ONU, los maniataron a puentes y otros posibles objetivos a modo de escudos humanos, y los sacaron en televisión.

En mitad de su boda, Holbrooke llamó por teléfono desde la casa del embajador de Budapest a unos cuantos compañeros que iban a reunirse en la Casa Blanca[85]. «Dadles a los serbios cuarenta y ocho horas para liberar a todos los rehenes sanos y salvos, y decidles que, si no lo hacen, bombardearemos Pale —ordenó—. Enviadles una cinta con el bombardeo de Bagdad en la guerra del Golfo. Estoy convencido de que, si la amenaza es creíble, claudicarán. Hablo en serio. Pero, por favor, ¡me estoy casando!».

A sus colegas, aquello les sonó como si estuviera dando un discurso para sus memorias (donde dichas frases, en efecto, acabaron apareciendo). Aquella tarde, en la Sala de Crisis, el Comité Superior del CSN decidió suspender los bombardeos, sin hacerlo público. La mayor alianza militar de la historia se arrodillaba ante unos secuestradores. Milosevic, avergonzado por la actitud de sus protegidos serbobosnios, envió al jefe de su policía secreta, Jovica Stanišić, al cuartel general de Mladić, un búnker excavado a cincuenta metros de profundidad en el subsuelo de Pale. En la entrada, un guarda desarmó a Stanišić. «Ahora podría matarte», le dijo el guardia. «Sí, pero luego te matarían a ti», respondió Stanišić. Ese era el amor que se profesaban los hermanos serbios y serbobosnios. Después de dos horas de negociaciones, Mladić accedió a liberar a los rehenes.

Los europeos empezaron a plantearse seriamente retirar a sus fuerzas de paz de Bosnia. Los serbios tendrían las manos libres para arrasar los enclaves musulmanes, empezando por Srebrenica.

Holbrooke y Kati pasaron su luna de miel de diez días en los Alpes franceses. Ella le compró un montón de ropa en una tienda de Annecy. La guerra arreciaba hacia su clímax.

Esa primavera, Holbrooke publicó un artículo en *Foreign Affairs* titulado «America, a European Power». («Estados Unidos, una potencia europea»[86]). Sigo preguntándome aún hoy de dónde sacaría el tiempo para escribirlo. En él, daba muestras del típico pensamiento estratégico que un gobierno raramente materializa. Se retrotraía al orden de posguerra en Europa Occidental, puesto en pie por Acheson y Kennan, sus héroes de la era Truman, y pedía un esfuerzo similar para hacer de la Europa postsoviética una realidad política íntegra, democrática y libre, mediante la expansión de la OTAN al antiguo bloque comunista. Creo que su obsesión con Bosnia radicaba en esto último: no tanto en las sangrientas reyertas entre vecinos de pueblos con nombres impronunciables como en la amenaza a la Alianza Atlántica y el peso de Estados Unidos en Europa tras la guerra fría. Este, en efecto, era un problema digno de un estadista con visión histórica. Bosnia estaba provocando el desmoronamiento de muchas cosas en Europa, entre ellas el liderazgo de Estados Unidos. Cada día de guerra que pasaba, la OTAN se debilitaba un poco más. Hasta los oídos de sus ocupados colegas se abrió paso una cáustica frase del artículo: «Bosnia, el mayor fracaso colectivo en materia de seguridad en Occidente desde la década de 1930».

Los colegas de Holbrooke sabían que este no sentía respeto por la mayoría de ellos. Con ese artículo, estaba meándose en el lado de dentro de la tapia. Los melodramas que pueblan su diario personal podrían circular en formato de cablegrama entre las distintas agencias gubernamentales y aparecer publicados por entregas en el *New York Times*. En las reuniones de la Sala de Crisis, solía sentarse contra la pared, junto con los invitados de turno, pero muy pronto empezaba a arrastrar la silla hacia delante, hasta encajarse, clavando los codos en la mesa, entre dos miembros del gabinete del presidente, algo que sacaba de quicio a todo el mundo. Una vez, tuvo que esperar cuarenta y cinco minutos en el control de seguridad de la Casa Blanca

porque su nombre había sido borrado de la lista[87]. Protestaba con vehemencia cuando no le dejaban asistir a las reuniones más importantes, pero Christopher no le hacía caso. Hasta sus aliados, Talbott y Donilon, se cansaron de defenderlo continuamente. Había agotado todo el crédito acumulado en Washington. Tenía que encontrar un nuevo empleo en Nueva York. Apareció un puesto de responsabilidad en la editorial Doubleday y se mostró interesado, pero al final quedó en agua de borrajas.

Mientras Holbrooke era obligado a hacerse a un lado, Lake avanzaba. Los rumores sobre su muerte profesional —que Holbrooke había predicho un centenar de veces— se revelaron prematuros.

Lake había tocado fondo a finales de 1994, durante los ataques serbios contra la «zona segura» de Bihać, al norte de Bosnia. Justo cuando Estados Unidos estaba a punto de embarcarse en ataques aéreos más intensivos, Lake respondió a las resistencias europeas dando un paso atrás. Salvar la OTAN era más importante que salvar Bosnia. Tras Acción de Gracias, envió un memorando a Clinton donde se declaraba la derrota: «La amenaza de la presión militar ya no parece viable»[88]. Lo mejor que podía esperarse desde Estados Unidos era que la guerra no se extendiese.

La desatención bienintencionada convenía a los altos cargos de Estado y Defensa, pero Lake no pudo vivir con ello más que unos pocos meses. En la primavera de 1995 —más o menos cuando Holbrooke empezó a ver en Tony Lake a un hombre liberado—, este decidió forzar las cosas y convencer a Clinton de que Estados Unidos tenía que entrar en Bosnia de un modo u otro.

Lake dejó de lado el papel de mediador honesto, que no le había procurado más que fracasos durante dos años y medio, y se encargó en persona del diseño de las políticas que había que aplicar. En colaboración con su principal asistente para Europa, Alexander Vershbow, quien había reemplazado a Jenonne Walker, y con Madeleine Albright como aliada, puso en marcha una estrategia para negociar el final de la guerra de Bosnia o permitir al menos que los bosnios se defendieran y recuperasen su territorio. A ese conjunto de medidas se lo llamó la «estrategia del final de partida». Si los bandos enfrentados no alcanzaban un acuerdo antes del invierno, Estados Unidos debería ayudar a los Cascos Azules a retirarse y luego rearmar y entrenar a los bosnios, defendiéndolos además desde el aire. No entraré en

detalles —todas las reuniones, informes y memorandos, el tedioso cambio de marchas del CSN, que de ninguna manera podía seguir el ritmo a esa gente que seguía matándose en aquel lugar remoto—. Se puede leer acerca del trabajo que hizo Lake en un montón de libros (en el de Holbrooke, no[89]). Sus ideas no eran innovadoras; de una manera u otra, habían estado en el aire desde que Clinton fue investido presidente. Lo que faltaba era la voluntad política de este. Lake pensó que era el momento de hacerse con ella.

Un día de junio[90], se dirigió al Despacho Oval con la habitual «B» de Bosnia impresa en la frente, más una cicatriz en el abdomen por una operación de hernia que él imaginaba con la misma forma que el mapa de Bosnia, como aquella célebre viñeta en la que Lyndon Johnson mostraba una cicatriz tras su operación de vejiga con la silueta de Vietnam: «Señor presidente, si usted no desea proceder de esta manera, hágamelo saber —le dijo Lake a Clinton tras explicarle sus ideas—. Páreme ahora, pues los riesgos son muy claros[91]». Entre los riesgos figuraban, bien un espectacular fracaso diplomático con una incierta intervención militar posterior, bien un despliegue de veinte mil soldados estadounidenses en Bosnia para hacer cumplir los pactos acordados por la diplomacia. A todo esto, justo se inauguraba la campaña electoral de 1996.

Clinton, por fin, dio luz verde a Lake.

Querría poder decir que Clinton se había cansado de las muertes en Bosnia. Estoy seguro de que así era, por un lado, pero también era cierto que los republicanos se burlaban de su ineficacia[92]. Clinton veía venir una votación en el Congreso para el levantamiento del embargo de armas, el cual se aprobaría sin duda con un margen muy amplio y quizá a prueba de vetos. Además, le hacía caso a Dick Morris, un especialista en estadística intransigente y sin moral, un instigador al que el presidente había instalado en el ala oeste de la Casa Blanca y que había dicho a Clinton «dale de bombazos a los serbios, te hará parecer fuerte». Además, insistía en valorar la posibilidad de acordar previamente el envío de unos cuantos miles de soldados a Bosnia para echar una mano en la compleja y peligrosa retirada de las fuerzas de paz de la ONU, en el caso de que los aliados decidieran retirarse. Este sería el peor de los escenarios, porque pondría en riesgo vidas estadounidenses en una derrota ignominiosa.

Jacques Chirac, el enérgico nuevo presidente francés, trató de incitar a Clinton en un discurso: «El puesto de líder mundial sigue vacante». El 14 de junio, Chirac se reunió con Clinton en el Despacho Oval y le urgió a emprender acciones. Este presentó sus pretextos y Holbrooke, cuyo cargo estadounidense era el de menor rango que había en la sala, sorprendió al francés tomando la palabra: «Señor presidente, no se equivoque. El señor Chirac tiene razón. Debemos hacer algo».

«Me están dando palos por todos lados —rezongó Clinton un día, mientras practicaba sus *putts* en el *green* de la Casa Blanca—.[93] Esto tiene que parar. Tenemos que dar con las medidas apropiadas y seguir adelante. ¿Por qué mi gente no me apoya?». Clinton siempre desplegó una seductora mezcla de empatía y autocompasión, de elusiones y pensamiento diáfano, que encandilaba a todo el mundo.

Como de costumbre, los acontecimientos adelantaron por la derecha a los funcionarios estadounidenses, demasiado lentos en la búsqueda de soluciones.

La tarde del 11 de julio de ese año, las fuerzas serbias entraron en Srebrenica. La ciudad estaba vacía. Quince mil musulmanes —la mayoría hombres, unos armados, otros no— habían decidido no depender de la protección de la ONU y habían dejado el pueblo la noche anterior, tratando de escapar por las montañas y bosques sembrados de minas en dirección a Tuzla, más de ciento diez kilómetros al norte. Veinticinco mil civiles y trescientos setenta Cascos Azules neerlandeses se quedaron en la retaguardia, hacinados en una base que la ONU había instalado en una fábrica de baterías a unos kilómetros del pueblo. Los ataques aéreos de la OTAN habían llegado lamentablemente tarde y no habían surtido ningún efecto.

El general Mladić, invocando la rebelión serbia de 1804 contra los otomanos, proclamó la victoria contra los «turcos». No obstante, le enfureció que tantos hombres hubieran escapado de Srebrenica. Mandó llamar al comandante de la unidad de los Cascos Azules neerlandeses, el teniente coronel Thom Karremans, a quien citó al anochecer en un decrépito hotel del pueblo. Con la barbilla alzada, los fuertes antebrazos en jarras y los ojos de un azul enloquecido fijados en su presa, Mladić inquirió quién había ordenado los bombardeos contra sus tropas[94]. Karremans, un hombre larguirucho con decimonónico bigote de militar, con la pared a la espalda y los brazos

cruzados, masculló en un inglés casi perfecto que los bombardeos no eran cosa suya. Él no estaba al cargo del mecanismo por el que la ONU y la OTAN habían fracasado de nuevo al intentar usar de manera eficaz los ataques aéreos contra los serbios.

—No fantasee, teniente coronel, y responda a mi pregunta —gritó Mladić en serbio—. ¿Ha ordenado usted que sus tropas disparen contra las mías?

Karremans se descruzó de brazos y entrelazó los dedos en señal de sumisión. Bien podría haberlas tenido atadas a la espalda, como las figuras de madera del panadero.

—He dado solo una orden, la de defendernos.

—¿De quién se estaban defendiendo si nadie los estaba atacando?

—Hemos sido atacados por fuego de mortero y de carros blindados.

Mladić siguió haciendo preguntas a voces. Un soldado serbio abrió una cajetilla de cigarros.

—Enciéndase uno. No va a ser el último que se fume en su vida, no se preocupe. —Compartieron un cigarro y Karremans dio las gracias a Mladić por tratar bien a sus soldados—. Quiero ayudarle —prosiguió Mladić—. Aunque no se lo merezca, ni como ser humano ni como oficial. Por esta razón quiero pedirle lo siguiente. ¿Puede traer a mi presencia a los representantes de la población civil? Y ¿cuándo podría hacerlo? Voy a llegar a un acuerdo con ellos. En ese momento podrán marcharse, todos. O podrán quedarse. O morir todos aquí. Y yo no quiero que mueran.

Karremans prometió cooperar. Mladić ofreció atender a los musulmanes heridos y Karremans le dio las gracias por su humanitarismo. Mladić jugó con Karremans durante cuarenta minutos, mientras un velo de oscuridad caía sobre la estancia. A las objeciones del neerlandés, Mladić respondió proponiendo beber algo juntos. Brindaron con vino y gaseosa. Todo el mundo terminó blandiendo sonrisas.

Al día siguiente, 12 de julio, Mladić y sus hombres entraron en la fábrica de baterías a las afueras de la población. Los soldados serbobosnios repartían caramelos y Mladić acariciaba las cabezas de los niños, asegurando a los musulmanes que se les permitiría el paso franco. Pero entonces, los soldados empezaron a separar a las familias: hombres y adolescentes, por un lado; mujeres, niños y ancianos, por el otro. A estos últimos los metieron en autobuses y los mandaron a Tuzla, a tres horas en dirección norte, aunque por

el camino algunas de las mujeres fueron separadas del resto y violadas, abandonadas e incluso asesinadas por los soldados serbios. Los hombres y adolescentes bosnios fueron llevados a campos y edificios abandonados, donde los serbios los abatieron sin contemplaciones a ráfagas de kaláshnikov o los hicieron volar en pedazos con granadas de mano, y después enterraron los cuerpos en profundas zanjas abiertas con excavadoras. Los hombres que habían huido a los bosques se convirtieron en presas de caza. Cayeron uno tras otro, y los que no cayeron, se suicidaron.

Quien hoy visite Srebrenica puede leer sus nombres, casi siete mil, tallados en varios bloques de granito blanco jaspeado que forman un amplio semicírculo en mitad de un campo tachonado de blancas lápidas, al otro lado de la carretera en que se alzaba la fábrica de baterías. Una y otra vez se repiten los mismos apellidos, las mismas familias: hay decenas de Smajlović o de Delić, por ejemplo.

Anthony Holbrooke se encontraba en Tuzla cuando los autobuses de Srebrenica llegaron al aeródromo y descargaron a sus desesperados pasajeros. Anthony estaba trabajando para Refugees International con Lionel Rosenblatt —su padre le había ayudado a obtener el puesto— y había oído los quejumbrosos lamentos de las mujeres, sabedoras de que jamás volverían a ver a sus maridos, padres e hijos. De entre los bosques apareció un hombre medio muerto de hambre, uno de los pocos supervivientes de la matanza.

Anthony llamó por teléfono vía satélite a su padre:

—¡Papá, tenéis que hacer algo!

—En eso estoy, hijo. El informe que he escrito al respecto lo tiene el presidente en su mesa. No me hacen caso.

El mundo, como siempre, ni se esperaba aquel genocidio ni quería creérselo. Yasushi Akashi, el más alto cargo de la ONU en los Balcanes, culpó de la caída de Srebrenica a las «provocaciones» musulmanas. Su superior en Nueva York, Butros Butros-Ghali, dijo: «No creo que esto suponga un fracaso. Hay que ver si el vaso está medio lleno o medio vacío. Nosotros seguimos prestando ayuda a los refugiados»[95]. En Washington, Lake imaginó algo terrible, pero no de esa escala, porque en aquella guerra nunca había pasado nada parecido a Srebrenica, como tampoco en Vietnam había ocurrido nada parecido a la masacre de Mỹ Lai, hasta que llegó la masacre de Mỹ Lai.

Holbrooke se sintió resarcido. Pensaba que un bombardeo habría evitado la matanza. Si más funcionarios estadounidenses hubieran salido de Washington e ido a ver los campos de refugiados con sus propios ojos, la guerra no se habría quedado en un ente abstracto y la matanza de Srebrenica no les habría cogido por sorpresa[96].

Ahora sí que tenían que hacer algo. «Nuestra postura es insostenible —declaró Clinton a sus asesores—. Estamos echando por tierra el liderazgo mundial de Estados Unidos en el mundo. Todo esto va mucho más allá de Bosnia[97]» Sin embargo, el presidente siguió manteniendo, extrañamente, cierta distancia al respecto y dejó que el desastre prosiguiera: en una reunión multilateral, estuvo sentado exactamente seis minutos, luego se levantó y dejó que los europeos tomaran las decisiones difíciles[98].. Holbrooke pensó que Clinton había abdicado por completo de sus responsabilidades —«visitaba ocasionalmente el barco del que era capitán», según sus propias palabras—. Sin embargo, a principios de agosto, con toda Bosnia sumida en un violento cataclismo, Holbrooke dejó Washington con Kati para tomarse tres semanas de vacaciones en Colorado.

Zepa fue la siguiente población en caer en manos de las fuerzas de Mladić. Más musulmanes fueron víctimas de violación o asesinato, u obligados a huir como refugiados. La caída de los enclaves lindantes con la frontera serbia tuvo un efecto perverso: dar coherencia al mapa de Bosnia. Se eliminaban así los incómodos puntos verdes que flotaban en todo el territorio contiguo, la Serbia coloreada de rojo. Algunos diplomáticos europeos y estadounidenses parecían aceptar —e incluso veían con buenos ojos— la caída del enclave. Las negociaciones serían ahora más sencillas.

El 20 de julio, los aliados se reunieron en Londres y acordaron por fin trazar una línea roja. Si Mladić atacaba Goražde, la OTAN golpearía con contundencia, con independencia del riesgo que pudieran correr las fuerzas de paz. Desde ese momento, la decisión quedaría en manos de los oficiales al mando de los Cascos Azules: Butros-Ghali no conseguiría su veto en Nueva York. Aunque la OTAN y la ONU habían sido inventos estadounidenses de posguerra, teníamos mucho más predicamento en la primera que en la segunda.

Sin embargo, Mladić y Karadžić estaban preparando ataques contra los enclaves restantes, con el objetivo último de hacerse con Sarajevo y cumplir con todos sus fines bélicos. Estaban ebrios de victorias, lo que les hacía perder la cordura. De hecho, los serbios estaban a punto de perder también gran parte de lo que habían ganado, por la misma vía violenta. Tuđman y sus generales se disponían a hacer una limpieza étnica en Croacia: el 4 de agosto, su ejército lanzó una ofensiva relámpago contra Krajina, una región de Croacia poblada mayoritariamente por serbios y lindante con Serbia. Se incendiaron pueblos y se expulsó a todos los habitantes de origen serbio. Estados Unidos dio entonces luz verde a la llamada Operación Tormenta, una limpieza étnica que sí estuvimos dispuestos a tolerar: en cuestión de tres días, doscientos mil serbios que llevaban siglos asentados en Krajina huyeron a Serbia a través del norte de Bosnia. Milosevic, el padrino de todos los serbios, no hizo nada para paliar aquella derrota —le interesaba un acuerdo de paz, no extender la guerra— y envió a esos refugiados a Kosovo. Aquella fue la primera derrota militar serbia desde el inicio de la guerra y marcó el punto de inflexión hacia el colapso. El ejército de Mladić estaba volcado en masacrar el este del país y, mientras, las fuerzas croatas y bosnias expulsaban a los serbios de las áreas del norte y el oeste de Bosnia que estos habían ocupado en 1992. El 70 por ciento de la población de Bosnia era serbia desde tres años atrás, pero ese porcentaje cayó súbitamente al 50 por ciento, e iba camino de bajar mucho más.

Clinton salió de la parálisis. Tras Srebrenica y la Operación Tormenta de los croatas, supo que aquella era su última oportunidad para atreverse a actuar en Bosnia. Mejor en ese momento que en plena campaña. La precipitación de los acontecimientos en los Balcanes coincidió con el final de la revisión de políticas que estaba haciendo Lake. Todas las agencias gubernamentales aportaron estrategias posibles, y a Clinton le hicieron llegar treinta páginas de documentos para estudiar[99]. Christopher, desde el Departamento de Estado, y Perry, desde el de Defensa, seguían mostrándose escépticos al respecto de la conveniencia de afrontar grandes riesgos. Clinton se ciñó al plan de Lake, que era el más ambicioso y que por fin aunaba diplomacia y acción militar en una única estrategia. Se pediría buscar un acuerdo político en el que Bosnia siguiera siendo un Estado intacto con dos comunidades autónomas de tamaño similar: una serbia y otra musulmana y croata (este era el plan que se

manejaba también en la comunidad internacional). A continuación, se desplegaría por todo el país una gran fuerza militar de la OTAN, liderada por Estados Unidos, para preservar la paz. Si eso no pudiera llevarse a cabo, Estados Unidos armaría y entrenaría a un ejército bosnio y se revertirían los efectos de la limpieza étnica ayudándose de ataques aéreos. Cualquiera de los dos escenarios obligaría a mandar a hombres y mujeres estadounidenses al terreno por primera vez.

—Tendríamos que espabilar y cerrar un acuerdo en los próximos meses —dijo Clinton a sus asesores principales en la Sala de Crisis, el 7 de agosto —.[100] Tenemos que agotar todas las opciones, tirar todos los dados, arriesgar. Si dejamos que se nos escape este momento, seremos historia. —Miró en torno a la mesa y se detuvo en Lake, quien había sido designado para informar a los aliados—. ¿Cuánto tardarías en hacer las maletas?

—Tengo el cepillo de dientes en el despacho —respondió Lake.



(*De izquierda a derecha*). Bill Clinton, Anthony Lake, Madeleine Albright y Richard Holbrooke. Fotografía oficial de la Casa Blanca.

Un largo linaje de estadistas —lord Carrington, Owen, Vance, Jimmy Carter — salieron con las reputaciones maltrechas de los implacables Balcanes. El último negociador europeo, el político sueco Carl Bildt, tendría que hacerse a un lado en las conversaciones con los bandos en liza. Un estadounidense lideraría las conversaciones con las partes enfrentadas.

El Departamento de Estado insistía en que el negociador fuera uno de los suyos, pues en su opinión se trataba del clásico trabajo de corte diplomático. Había un candidato obvio, pero Lake se resistía. En lugar de a Holbrooke, propuso a Frasure y Tarnoff[101]. Albright presentó como candidato a un enviado especial de la Casa Blanca, Charles Redman, quien había sustituido a Holbrooke como embajador en Alemania y había negociado la creación de una federación croato-musulmana, idea que gustaba a Lake[102]. En realidad, Lake quería encargarse de aquello en persona. Había cerrado con éxito las negociaciones en Haití y liderado los procesos para fijar una nueva política respecto de Bosnia, que quería ver aplicada sobre el terreno. Las conversaciones podrían ser determinantes para la reelección del presidente. Kissinger jamás habría dejado ese asunto de alto voltaje en manos de otra persona; aun así, Lake era un funcionario cumplidor que había evitado hasta entonces atraer cualquier atención mediática. Había sido la figura poderosa entre bastidores: el consejero de Seguridad Nacional tenía que cumplir en ese momento con demasiadas exigencias para poder dedicar varias semanas o incluso meses a poner fin a una pequeña guerra.

Durante la primera semana de agosto, Warren Christopher estuvo en Hanói, zanjando por fin lo que Holbrooke había intentado sin éxito hacer casi veinte años antes: la normalización de las relaciones entre Estados Unidos y la República Socialista de Vietnam. En el vuelo de vuelta, Donilon decía por teléfono a Talbott, que estaba en Washington, que Holbrooke era el indicado para liderar las conversaciones en Bosnia. Si no obtenía ese encargo, Holbrooke quedaría fuera del gobierno en cuestión de meses, pues ya estaba en conversaciones con un banco de inversiones neoyorquino[103].

Christopher se percataba de que Dick Holbrooke era la elección perfecta. Los mismos rasgos de carácter que hacían temblar al secretario de Estado —la actuación exagerada, la agresividad— encajaban a la perfección con los señores de la guerra de los Balcanes. Había quien pagase por ver ese espectáculo. En la escala en Hawái, Christopher llamó a la Casa Blanca para anunciar que, tras el viaje de Lake a Europa, Holbrooke iría a los Balcanes. Aseguró a Lake que Holbrooke seguiría instrucciones e informaría a diario.

Lake cedió. Conocía las capacidades de Holbrooke mejor que nadie. Quizá fuera necesario esa clase de desvergüenza para batear un jonrón en Bosnia en el último momento.

Mientras el presidente y sus asesores tomaban decisiones vitales sobre Bosnia en Washington, Holbrooke pasaba unos días en la estación de esquí de Telluride, en Colorado, enfurruñado como Aquiles en su tienda de campaña a las puertas de Troya. Deseaba tanto estar al mando de la misión que, a principios de verano, se plantó en el despacho de Donilon, junto a la suite del secretario, en el séptimo piso, se tumbó en el sofá y habló durante una hora sobre cómo había estado preparándose profesionalmente, desde las conversaciones de paz de París, para una oportunidad como aquella. Dejó claro, no obstante, que había perdido toda fe en el gobierno de Clinton.

El 9 de agosto, Lake y otros volaron a Europa para comunicar a los aliados y a los rusos que Estados Unidos encabezaría una iniciativa diplomática conducente quizá a una acción militar. A diferencia de lo que hizo Christopher en 1993, Lake pidió cooperación, no permiso, y esta vez el sí no se hizo de rogar. Los europeos se sintieron aliviados al entregar el liderazgo a Estados Unidos. Habían sido necesarios cuatro años, pero la arena del reloj europeo casi se había agotado. Occidente cerraba filas por fin en torno a Bosnia. Lake llamó a este ejercicio de influencia norteamericana «los ladridos del perro grande», que no habían resonado en el mundo desde que Clinton llegase a la presidencia. Las conversaciones de Lake marcharon tan bien que la gente de su equipo intentó convencerlo de que se encargase también de las negociaciones sobre el terreno[104].

El 12 de agosto, Holbrooke viajó desde Colorado para encontrarse con Lake en Londres, y el *New York Times* publicó un artículo titulado «El enviado de Clinton a los Balcanes se aísla de todo el mundo». Se citaba a Holbrooke criticando a sus colegas: «Holbrooke opina que tiene enfrente “una gigantesca máquina de estancar aguas”, que solo sirve para fabricar “políticas diluidas”, un aparato de toma de decisiones dirigido por personas incapaces de decidir nada, en el que “tienen voz y voto burócratas de todo pelaje”. —Esto último era una pulla directa a Lake—.“¿Qué aprendimos en Vietnam?”, pregunta el señor Holbrooke retóricamente. “La única lección inequívoca es esta: si está en juego el interés nacional, no podemos fracasar”. Holbrooke hace una pausa. “Comprueben con qué brillantez hemos aplicado esa lección en Bosnia”». Cuando Christopher, que mantenía un perenne perfil bajo, leyó estas líneas en Washington, montó en cólera de un modo que Strobe Talbott no había visto jamás[105].

Sandy Berger llamó a Lake, que se hallaba en Londres, para advertirle que Holbrooke podría no estar poniendo todo su empeño, que temía convertirse en el chivo expiatorio si los esfuerzos en los Balcanes terminaban en fracaso[106]. Habría que convencerlo.

La mañana del 14 de agosto, Holbrooke se reunió con el equipo de Lake en una pequeña sala de conferencias de la embajada estadounidense. Lake detalló a Holbrooke su plan para el «final de partida»[107]. Incluía siete puntos: un acuerdo de paz global para la antigua Yugoslavia; un alto el fuego y un reconocimiento tripartito entre los países enfrentados; un Estado bosnio dividido en dos entidades autónomas más o menos iguales —una musulmana y croata, y otra serbia— con una única Constitución; la negociación de fronteras según la realidad sobre el terreno en Bosnia, con la posibilidad de canjes de territorios —Goražde, el último enclave bosnio superviviente en el oriente del país, a cambio de territorios serbios en Bosnia central, por ejemplo —; el levantamiento de las sanciones a Serbia; la devolución a Croacia del último pedazo de tierra que quedaba en manos serbias en Eslavonia oriental; y la reconstrucción económica. Lake dijo a Holbrooke que durante sus viajes de una a otra capital de los Balcanes no podría perder de vista estos siete puntos de debate.

Holbrooke respondió que el plan estaba lleno de defectos. Era una irresponsabilidad entregar Goražde, y crear sesenta mil nuevos refugiados era impensable. La idea era realmente un señuelo que la Casa Blanca había lanzado a los escépticos del Pentágono, que querían un mapa militarmente homogéneo; y Holbrooke recurrió a ese señuelo para ganar terreno en lo moral y dejar a Lake las cosas claras sobre las realidades de la contienda[108]. Lake le recordó que el propio Izetbegovic había dicho que Goražde era indefendible, pero Holbrooke se atrincheró en su argumento: «Después de lo ocurrido en Srebrenica no podemos proponer tal cosa»[109]. No estaba tomándose las cosas agriamente, pues él no había tenido nada que ver con ese plan.

—No podemos dejar que las expectativas superen la realidad —aseveró Holbrooke—.[110] Haremos lo posible, pero será un proceso muy complejo —zanjó, situando las probabilidades de éxito entre el quince y el veinte por ciento.

—Ah, no. Las probabilidades de éxito son de al menos el cincuenta por ciento —lo contradijo Lake[111].

Lake pidió a los demás que salieran de la habitación, para quedarse a solas con Holbrooke. Si los lectores han seguido el hilo de la historia hasta aquí, pagarían sin duda por haber sido testigos invisibles y mudos de lo que sucedió en aquella estancia. Lake tenía cincuenta y seis años; Holbrooke, cincuenta y cuatro. Se conocían desde hacía treinta y tres, y estaban en la cima de sus carreras. Lake acababa de entregar a Holbrooke un plan que era suyo y el rol que quería para sí mismo. Holbrooke terminaría aceptándolo y volaría más alto de lo que ninguno de los dos había volado jamás, o bien se derrumbaría ante la mirada de todo el mundo.

Aun poseedor del autocontrol que le faltaba a Holbrooke, Lake sofocó su propia competitividad y el resto de asuntos que había entre ellos el tiempo necesario para alentar a su antiguo amigo.

—Voy a acompañarte durante todo el recorrido —le aseguró Lake—. Si este plan falla, me van a dar a mí más duro que a ti[112]. —De repente, pensó en sus comienzos, en los días y las noches de Saigón, en el esfuerzo conjunto por encontrar una mejor manera de hacer aquella guerra, la de Vietnam, o de ponerle fin. En voz baja añadió—: Esto es lo que una vez soñamos hacer juntos.

Las palabras de Lake conmovieron a ambos. Los dos hombres se dieron la mano.

VIII

Holbrooke voló a los Balcanes. Por fin tenía algo que hacer, más allá de los tormentos del trabajo en Washington. Una metabólica conversión estaba a punto de catalizar todos esos rasgos mezquinos y destructivos de su personalidad en un propósito claro y único. La misión concentraría la luz de sus ojos azul hielo y lo empujaría a abordar todas las cosas que ya he contado que amaba: la velocidad, la historia, Estados Unidos y hacer alguna que otra travesura. Porque, en efecto, era cierto: llevaba esperando esta oportunidad toda la vida. La preparación, la circunstancia y la suerte le habían hecho por fin encontrar lo que había venido a este mundo a hacer.

Cuando empezó, no sabía cómo lo haría. Apenas conocía a tres dirigentes balcánicos. Tenía los argumentos y las propuestas de Lake, nueve páginas escritas a espacio sencillo, que en Washington conocían ya como «el plan Lake-Holbrooke». El resto lo improvisaría.

Ojalá pudiera contar a los lectores qué tenía en la cabeza Holbrooke. Más tarde escribió un relato de los acontecimientos muy fácil de leer —en que se reunían, por primera y última vez, sus dos sueños, el del periodismo y la diplomacia, en una única tarea, convirtiéndose en cronista de su propia historia—, pero sufrió el síndrome del gran hombre, a saber, ocultó su yo auténtico tras otro falso. Dejó fuera los fingimientos y teatros, los avemarías y las broncas entre bambalinas: la locura.

Empezó con cinco personas, que se sumaron al grupo para asesorar, para hacer de extras en las reuniones, para mantener informadas a sus respectivas agencias y para asegurar que Holbrooke se ceñía al guion. Cuando viajas en una misión oficial como esa, tienes que llevar contigo a todo el gobierno del país.

Representando a las fuerzas armadas estaba el teniente general Wesley Clark, junto con su subordinado, el teniente coronel Daniel Gerstein. Clark había estudiado en Rhodes y comandado una compañía en Vietnam, donde se llevó cuatro disparos durante una emboscada que le valieron una Estrella de Plata. Tenía el pelo también plateado y unos atractivos ojos de mirada grave. Había conseguido tres estrellas por la vía rápida, no le gustaba perder ni a las

canicas y le resultaba antipático a casi todo el mundo en el ejército. En 1994, Clark se había convertido en el director de planificación del Estado Mayor y se había reunido con Holbrooke a principios de otoño de ese año, durante unos debates acerca de la ampliación de la OTAN celebradas en el Departamento de Estado.

—¿Hay alguien aquí que no esté de acuerdo con que esta sea la política de Estados Unidos? —preguntó Holbrooke, dando breves paseos por la sala mientras otras dos decenas de oficiales del ejército permanecían sentados.

Clark representaba al Pentágono, que se oponía a la ampliación de la OTAN. Levantó la mano:

—¿Cuándo se ha convertido esto en una política? ¿Alguien ha venido a preguntarnos?

Holbrooke estaba de pie junto a Clark.

—Quien cuestione esta política estará cometiendo insubordinación al presidente de Estados Unidos.

Clark se puso rojo y pegó un puñetazo en la mesa. Holbrooke dio un rápido paso atrás, como si el puño fuese a aterrizar en su cara.

—¡Usted a mí no me llama insubordinado! —Hacía calor y el militar se bajó la cremallera de la chaqueta.

—No es eso lo que quería decir. Pero la política es esta.

Lo ideal era ser el jefe de Holbrooke, o su discípulo. Repartía halagos entre sus superiores y se comportaba como un exigente patrón para con los de abajo, pero no había nadie de su nivel que pudiera presentársele como un rival al que batir, o siquiera como subordinado al que someter. En el equipo de Holbrooke, Clark era quien le iba a la zaga, lo cual le colocaba en un lugar peligroso. Su temperamental seguridad en sí mismo a veces se imponía a sus habilidades políticas, y Holbrooke solía sacar tajada de los errores del militar. En una ocasión, Clark pasó dos horas en Pale escuchando a Mladić recitar la retahíla de agravios que los serbios habían tenido que soportar desde 1389, y después se fotografió con el general serbobosnio, intercambiándose las gorras en un gesto de buen rollo militar. Holbrooke se quedó a cuadros e instituyó la norma no escrita de jamás dejar a Clark a solas con un croata, un serbio o un musulmán.

Desde la Casa Blanca, se incorporó el coronel Nelson Drew, oficial de las fuerzas aéreas integrado en un equipo del CSN y valorado por Lake por su

duro trabajo en el final de partida. Drew tenía relativamente poca experiencia y pasó a formar parte del equipo de Holbrooke a última hora, tras retirarse Vershbow, el jefe de Drew en el CSN, que se llevaba muy mal con Drew (la antipatía era mutua). Del Departamento de Defensa estaba Joe Kruzel, oficial de inteligencia de las Fuerzas Aéreas en Vietnam (Vietnam corría como un riachuelo fangoso por entre todos los estadounidenses que trabajaban en Bosnia) y más tarde profesor de relaciones internacionales en la Universidad de Duke. Era un intelectual de Defensa, de complexión fuerte, oscuras cejas de gesto escéptico y mordaz ingenio.

Y del Departamento de Estado estaba Bob Frasure, que era un año más joven que Holbrooke y su opuesto; se trataba de uno de esos profesionales de carrera que en el Servicio Diplomático llaman «diplomático clásico». Era un tipo institucional e imperturbable, comedido, de bigote ancho y entradas profundas, un poco encorvado y algo cínico. «Típico funcionario del Servicio Diplomático» era uno de los peores insultos para Holbrooke, pero valoraba a ciertos personajes de ese gremio que se ajustaban a esa descripción, y a ninguno más que a Frasure, quien conocía mejor los Balcanes que ningún otro miembro del gobierno, y tuvo la lucidez y las agallas de escribir en un memorando lo siguiente: «A lo largo de los últimos tres años, hemos manejado muy ineptamente este asunto de complejidad extraordinaria»[113]. Era un tipo sardónico por naturaleza, y la combinación de la guerra y el gobierno de Clinton le habían servido para pulir su sarcasmo hasta sacarle brillo.

Un día, Frasure regresó de otra larga e inconclusa reunión en la Casa Blanca a su despacho del sexto piso del Departamento de Estado y estaba mirando por la ventana al Lincoln Memorial con las manos en los bolsillos y, como era habitual en él, enfrascado en sombríos pensamientos, cuando entró Christopher Hill, uno de sus subordinados en el equipo de los Balcanes:

—¿Qué ha pasado, Bob?

Frasure no respondió de inmediato. Sin desviar la mirada, dijo:

—En la guerra de Secesión, las tropas que se reunían en el campo de batalla siempre querían saber qué unidades estaban en formación junto a ellas, para hacerse a la idea de qué podría pasar a un lado y otro. Imagínate ahí fuera, batiendo los tambores de guerra, y gritándole a tu sargento: «Sargento, ¿qué unidad tenemos a nuestra derecha?». E imagínate ahora el miedo que

debió de recorrer las filas cuando llegó la respuesta: «No se preocupen, muchachos. Es la Brigada Clinton»[114].

Frasure, Kruzel, Drew. Todos de mediana edad, con esposa y dos hijos, yéndose a la guerra cuando debían estar de vacaciones[115]. Poco antes de marcharse, Gail Kruzel hizo saber a una colega de su marido que ella y sus dos hijos pequeños apenas habían tenido tiempo de ver a este, porque el grupo de trabajo del Pentágono sobre los Balcanes le robaba demasiado tiempo. Frasure había estado yendo y viniendo a Europa la mayor parte del año y aquel sería su último viaje; en adelante se quedaría junto a su esposa, Katharina, y sus dos hijas adolescentes, en Washington o en la granja familiar del valle de Shenandoah, pintando el granero y haciendo tareas de carpintería.

Frasure, Kruzel y Drew eran el tipo de funcionarios de carrera que todas las mañanas se trasladaban a sus despachos desde los barrios residenciales de Virginia trajeados y encorbatados. Trabajaban largas horas y recibían quizá alguna distinción del departamento de vez en cuando, pero eran desconocidos fuera de su círculo de colegas. Si no llegaban a las copas de los árboles, no era por falta de habilidad o dedicación, sino por carecer de esa ambición demoniaca. En otras palabras, eran burócratas. Pensamos en los burócratas como mediocres seres incoloros que realizan tareas sin sentido, pero quiero usar aquí este término con mucho respeto. La mayoría no tenemos idea de cuánto talento, honra y trabajo yacen enterrados en los mausoleos de hormigón construidos a mediados de siglo pasado que el gobierno federal tiene esparcidos por todo Washington. Estos tres hombres, Frasure, Kruzel y Drew, pertenecían a una era pasada en la que se creía en… algo.

El equipo de Holbrooke pasó la noche del 14 de agosto en la costa croata, cerca de Split. Se alojaron en una torre de piedra del siglo XVI convertida en hotel. Kruzel y Clark saltaron desde el balcón del tercer piso al mar Adriático, después de que los demás los retaran a ello. Holbrooke cenó en la terraza del restaurante gambas y mejillones con Peter Galbraith, embajador ante Croacia. Galbraith era hijo del economista John Kenneth Galbraith, intelectual de acción de la era Kennedy, al que Holbrooke adoraba. También era un halcón en lo referente a Bosnia, lo que lo convertía en aliado; mantenía buenas relaciones con Tuđman y entendía el papel crucial de Croacia como bisagra en las guerras de los Balcanes, algo muy útil. Sin embargo, estaban siempre dándose codazos uno a otro. El sentido que Galbraith tenía de su propia

importancia rivalizaba con el de Holbrooke, y por esa razón era tan poco querido por sus colegas como este. En sus cables hacía aseveraciones de tipo moral que en Washington se juzgaban demasiado emocionales. En noviembre de 1994, durante una discusión acerca de si bombardear o no a los serbios de Croacia durante la defensa de Bihać, le pinchó a Holbrooke: «¿La "C" de "Richard C. Holbrooke" qué significa? ¿"Chambelán"?»[116]. Holbrooke respondió con una displicencia muy suya: «Estás abogando por extender la guerra y en Washington nadie te secunda. Soy el único amigo que tienes aquí».

Ante un plato de marisco del Adriático, revisaron uno a uno los puntos de debate de la lista de Lake, que a ambos les resultaban exasperantes[117]. Para Washington, la guerra era un ente abstracto que tenía más que ver con mapas y negociación de posturas que con agresiones y genocidio. Galbraith se negaba con insistencia a abandonar Goražde, y repetía sin parar el argumento que Holbrooke había dado a Lake. Holbrooke probó entonces a presentar el argumento que Lake le había dado a él, pero Galbraith insistió, como lo hiciera también Holbrooke. Este decidió que sus instrucciones le proporcionaban flexibilidad suficiente para eliminar la propuesta. Con un rotulador grueso tachó la frase sobre Goražde.

Sin embargo, esa no fue la última palabra sobre Goražde. Holbrooke hizo una maniobra más, que dice mucho de su manera de negociar. Al día siguiente, el ministro de Asuntos Exteriores de Bosnia, Muhamed Sacirbey, llegó a Split y pasó una hora charlando con Holbrooke en el aeropuerto, a bordo del pequeño avión en que este había aterrizado. «Querríamos que se plantearan intercambiar Goražde», empezó a decir Holbrooke. Sacirbey se quedó boquiabierto y empezó a mirar a Frasure, quien parecía bastante incómodo, como si Holbrooke no debiera haber preguntado. Si Sacirbey hubiera expresado cualquier disposición, Holbrooke habría aprendido un par de cosas sobre las posturas negociadoras bosnias, pero Sacirbey afirmó que intercambiar Goražde era imposible y Holbrooke no lo presionó. En el exterior de la terminal esperaban varios periodistas y, antes de zanjar la conversación, Holbrooke pidió al minsitro que no dijera a la prensa que los estadounidenses estaban presionando a los bosnios para que entregasen Goražde. Sacirbey pensó que eso era como decir: «Por favor, dile a la prensa que el sexo fue consentido». Así que Sacirbey se bajó del avión y se acercó a

los periodistas para declarar: «Dick Holbrooke me ha dicho: “No les estamos pidiendo que entreguen Goražde, y quiero que se lo hagan saber a la prensa”»[118].

Este episodio hizo que Goražde desapareciera para siempre de la mesa de negociaciones, pero no antes de que Holbrooke entendiese todas las opciones de que disponía. Aun cuando creía que intercambiar Goražde era un error, comprendía que no había absolutos morales. No iba a entregar nada hasta saber qué cartas llevaban los demás jugadores.

Su objetivo era presentar el plan estadounidense a las tres partes enfrentadas y escuchar sus respuestas. Según el calendario, el equipo viajaría primero a Sarajevo. Sin embargo, la lluvia y la niebla obligaron al helicóptero que los transportaba a volar en círculos durante hora y media, y al final no les quedó más remedio que regresar a Split. Así pues, decidieron volar a Zágreb en su lugar.

Tuđman había instalado el despacho de presidencia en uno de los palacios de arquitectura moderna construidos por Tito, en el centro de un parque de varias hectáreas situado por encima de la ciudad, amueblado con sillas Habsburgo y alfombras persas. La guardia de honor vestía capas y gorras rojas, lo que confería al palacio un aire de escenario de ópera bufa. Tuđman llegó puntual, envarado e impecablemente vestido. Llevaba el pelo blanco pulcramente peinado hacia atrás, incluido un solemne tupé al estilo antigua Yugoslavia.

Holbrooke, como de costumbre, llegó unos minutos tarde. Tuđman lo esperaba en el extremo más alejado de la gran sala de recepciones. Holbrooke y Galbraith entraron en el baño de hombres para dar un último remate a la estrategia ante los urinarios, donde nadie los molestara. (Lo hicieron varias veces más, hasta que al final los croatas apagaron todas las luces de los baños, salvo una que había justo encima de los urinarios para iluminar un cartel que rezaba: «Bienvenido, señor embajador»). El consejo de Galbraith fue seguirle la corriente a Tuđman y tratarlo como el líder decimonónico que creía ser (una suerte de Bismark o Garibaldi). A sus ojos, su país pertenecía a una civilización europea de Estados nación soberanos, cada uno con su propio idioma, trajes típicos, lucha por la libertad y glorioso destino. Sus dos

homólogos, Milosevic e Izetbegovic, eran poco menos que unos hombres primitivos de los Balcanes[119].

Los estadounidenses y croatas se sentaban en los lados opuestos de una gigantesca mesa de conferencias de madera clara, como si aquello fuera una cumbre Estados Unidos-Unión Soviética, con Tuđman presidiendo. Este se sentía eufórico por la victoria en Krajina y le molestaba tener que contener su alegría. Con la limpieza étnica había aflorado el hombre primitivo de los Balcanes que también había en él. Antaño historiador, tras escuchar con paciencia los puntos de debate de Holbrooke, impartió a sus invitados una clase magistral de historia de Croacia desde los tiempos otomanos y les habló de la amenaza islámica en el sudeste europeo, a saber, el plan secreto bosnio para crear un Estado islámico desde el Adriático hasta Macedonia, el cual sería incluso más poderoso que Serbia. Occidente podía considerarse afortunado de que los croatas de Bosnia mantuviesen a raya a los musulmanes dentro de la federación.

—Los musulmanes son realmente croatas —informó Tuđman a Holbrooke—. Pero la religión marca una diferencia. La gente pregunta: «¿Cómo podemos cooperar con ellos si no son cristianos?». Bosnia-Herzegovina debería convertirse en un Estado independiente y miembro de la ONU. Por el momento.

En última instancia, los serbios de Bosnia regresarían a la Iglesia ortodoxa y los musulmanes terminarían europeizándose. Tuđman era un gran admirador de Samuel Huntington, antiguo jefe de Holbrooke en *Foreign Policy*, y predecía que, en el choque entre civilizaciones, Bosnia terminaría disolviéndose en la falla abierta entre Occidente y Oriente. Era la explicación culta, nivel posgraduado, del que pensaba repartirse el país con otros líderes.

—Estados Unidos no será cómplice de la desaparición del mapa, no voluntaria, de una nación llamada Bosnia —respondió Holbrooke.

Tuđman cambió al inglés.

—Bosnia no tiene futuro.

Galbraith, ultrajado, pasó a Holbrooke una nota: «Dick, estos son los viejos prejuicios de Tuđman, que reemergen con toda su fuerza un año y medio después de relativo letargo. Hay que responder a esta postura con toda contundencia, pues así es como se justificó la guerra entre croatas y musulmanes. Yo siempre le decía que los estadounidenses tenían más empatía

con los musulmanes precisamente porque los veíamos como la más occidental de las tres comunidades de Bosnia».

A lo cual Holbrooke contestó: «Estoy de acuerdo, PERO AHORA NO, AQUÍ NO, TODAVÍA NO. No podemos ir más allá de lo que hemos dicho. Es grave que siga manteniendo esta postura, pero no podemos lidiar con ello ahora mismo».

La limpieza étnica de la región de Krajina era una mancha para Occidente y Holbrooke estaba aprendiendo que Tuđman podía tener el mismo discurso que la Ustacha de la Segunda Guerra Mundial. A la larga, a musulmanes y croatas les costaría mucho trabajo mantener su alianza. Sin embargo, por el momento, Tuđman era un nacionalista útil con un ejército eficaz. El plan Lake-Holbrooke pedía «que todas las partes suspendieran las ofensivas militares», pero la Operación Tormenta de los croatas había cambiado la guerra más de lo que nadie en Washington era capaz de entender. La federación croato-musulmana, con apoyo del ejército croata, empujaba ahora con fuerza hacia territorios en manos de los serbios al oeste de Bosnia. Antes de que se fijasen las fronteras del mapa, los bosnios merecían la oportunidad de recuperar las poblaciones perdidas a manos de las operaciones de limpieza étnica. Ese impulso militar podía salir a colación en las negociaciones con los distintos líderes para aplicar presión en la facción más recalcitrante, la de los serbios de Bosnia.

En el almuerzo con Tuđman, Clark se hizo eco de la opinión de Washington: que era necesario detener la ofensiva. Frasure escribió algo en el reverso del cartelito que indicaba su nombre y se lo pasó a Holbrooke: «Dick: hemos “contratado” a estos tipos para que sean los perros que nos guarden el jardín, porque estamos desesperados. Tenemos que intentar “controlarlos”. No obstante, este no es el momento de ponerse aprensivo. Es la primera vez en que se ha frenado la oleada serbia. Esto es fundamental para encontrar la estabilidad y salir del atolladero»[120].

Holbrooke ya había trazado una línea entre los párrafos de su lista de puntos de debate respecto de la contención militar. La conclusión final era obvia y de mucho calado: la guerra podía ser utilizada como herramienta diplomática.

Al día siguiente, 17 de agosto, el equipo voló de Zágreb a Belgrado. Una escolta policial serbia los condujo hasta el centro de la capital desde el aeropuerto militar a tal velocidad que el resto de vehículos se veían obligados a echarse a la cuneta. En las aceras, había tipos vendiendo gasolina del mercado negro en garrafas de plástico[121]. Serbia era un estado policial que funcionaba gracias a una economía mafiosa.

Holbrooke no se había reunido jamás con Milosevic, pero sabía que era el personaje clave en aquel escenario. Se sentaron en el vasto recibidor de suelo de mármol del palacio presidencial serbio —un lóbrego edificio de altas ventanas y cortinajes amarillentos que olía a moqueta vieja y estaba decorado con la austeridad propia de la era comunista (había un desnudo femenino en bronce: una mujer con el brazo izquierdo levantado sobre la cabeza y la nariz apretada contra la axila)—, y Holbrooke trató de romper el hielo diplomático describiendo su viaje en autostop por Yugoslavia en la década de 1960: la policía de Tito lo había tomado por contrabandista y lo había detenido, pero él consiguió librarse repitiendo una y otra vez: «Autostop Americanski!»[122].

Milosevic se mostraba nervioso con las personas a las que no conocía. Llevaba un traje demasiado grande de chaqueta cruzada que le daba el aspecto de empleado de banca estatal que fuera en tiempos. Su piel era incolora y los lóbulos de las orejas le colgaban. Sus emociones no se traslucían en ningún momento. Nunca daba a los extranjeros la impresión de ser un déspota cruel. Podía ser ingenioso, encantador, malhablado. De los tres presidentes era, de lejos, el más gracioso. Era difícil deducir qué se le pasaba en realidad por la cabeza en cada instante.

Parecía que en el palacio no había ninguna persona más aparte del ministro de Asuntos Exteriores y un secretario, pues Milosevic no se fiaba de nadie, salvo de su esposa, Mira Markovic. Se sentía incómodo en público y cada vez era más impopular entre su propio pueblo, al que gobernaba mediante el miedo. Envolvía todo en un manto de engaño, tratando de no dejar rastros: así fue como logró llevar adelante las agresiones en Bosnia y Croacia, asegurando a la vez que no estaba al tanto de ellas. Carl Bildt, el diplomático sueco que se hizo cargo de las conversaciones, una vez rotas las negociaciones con Frasure, se había percatado de que podían pasar horas sin que Milosevic recibiera una sola llamada telefónica (salvo, quizá, de su esposa). Nunca estaba ocupado resolviendo asuntos oficiales y en su

escritorio no había papeles ni ningún otro indicio de trabajo. Aparentemente, ser el presidente de Serbia consistía en recibir al invitado extranjero de turno y charlar con él sobre la actualidad de los países vecinos hasta las tantas, ante una mesa llena de manjares regados con grandes cantidades de alcohol. Creía disponer de todo el tiempo del mundo y, en realidad, era el visitante quien luchaba contrarreloj.

Milosevic era solo cuatro meses más joven que Holbrooke. Su familia provenía del norte de Montenegro, una zona remota y rural, el equivalente yugoslavo de los Apalaches estadounidenses. Él, no obstante, había nacido en un villorrio de provincias, a una hora de Belgrado. Su padre abandonó a la familia muy pronto y él creció entregado a su madre, que no le dejaba hacer ningún deporte. Cuando tenía siete años, su tío, héroe partisano, se pegó un tiro en la cabeza. Cuando tenía veinte, su padre también se suicidó. Cuando tenía treinta, su madre se ahorcó. Milosevic jamás hablaba de su escabrosa historia familiar. Su ascenso en el escalafón del Partido Comunista de Yugoslavia fue una maniobra hábil y despiadada, pero el amor de su vida no fue la ideología, sino el poder en sí. Eso sin contar a su esposa, Mira, una comunista convencida y un monstruo, como su marido. En una ocasión escribió: «Mi marido jamás dirá: "Moriré por el socialismo y por el internacionalismo". Yo sí». Un psicólogo serbio describió a Milosevic como un «Narciso frío», que cauterizaba las heridas de su juventud con una lujuria de poder que mataba cualquier empatía[123]. El palacio vacío y ese ejercicio del poder sin mácula eran reflejo de la naturaleza de su alma. Si tuviera tendencias suicidas, su táctica sería ponerse a sí mismo una estratégica trampa mortal.

Cuando Holbrooke llegó al palacio, Milosevic estaba intentando cerrar, metafóricamente, su cuenta con Bosnia, ya agotada. No era nada fácil y necesitaba ayuda estadounidense. La ayuda de Holbrooke, en concreto. Milosevic podría ser acusado de crímenes de guerra ante el Tribunal de La Haya que había condenado a Karadžić y Mladić tras la matanza de Srebrenica. Sin embargo, en aquella circunstancia, Holbrooke necesitaba que Milosevic se comportase como un estadista serbio.

Un mayordomo de chaqueta blanca servía bebidas en una bandeja de plata: vasos de zumo, vino serbio, whisky escocés, el típico licor de ciruelas que llaman *šljivovica*. El grupo se retiró después al comedor para el clásico

cordero con patatas, digno de infarto. Milosevic bebía como un alcohólico y fumaba cigarrillos y puros como un jefe de la mafia, mientras trataba de cautivar a Holbrooke dejando caer nombres de banqueros estadounidenses que había conocido durante sus viajes a Estados Unidos en la década de 1970[124], aunque la mayor parte del tiempo la hubiera pasado de compras en Bloomingdale's y Macy's[125]. Holbrooke le hizo saber que conocía a todos y cada uno de los banqueros que mencionó.

La charla se alargó casi seis horas, un tiempo por debajo de lo habitual en Milosevic. El líder serbio no hacía sino dar vueltas en círculo al mismo asunto, deteniéndose en minucias o divagando con irrelevancias. Le pareció que Holbrooke estaba menos informado que invitados anteriores sobre el estado de la cuestión en los Balcanes[126]. Después del encuentro, Frasure se reunió con Carl Bildt en el aeropuerto y le dijo con tono seco: «Esos dos egos han estado bailando toda la noche».

Holbrooke y Frasure se alojaron en la residencia de Rudy Perina, el principal cargo diplomático estadounidense en Belgrado. Holbrooke le preguntó a Perina, que se había reunido con Milosevic en varias ocasiones las semanas anteriores, si este había dicho algo nuevo en aquella ocasión.

«Francamente, no —contestó Perina—. Te ha dicho las mismas cosas que le dijo a Bob[127]».

Milosevic era todo juegos de palabras, y Holbrooke era el último compañero de juegos del presidente. Holbrooke se fue a la cama temprano y se despertó también temprano, y bastante enfadado. Estaba poniéndose los pantalones por el pasillo, cuando Perina y Frasure salieron de sus habitaciones. «Vestíos —les dijo Holbrooke—. Quiero hablar con vosotros en el jardín». Pasearon juntos bajo los castaños, junto a la cancha de tenis, lejos de los micrófonos de Milosevic. «Escuchad, chicos —dijo Holbrooke—. Voy a reunirme de nuevo con Slobo dentro de un rato y me voy a volver un poco loco». Lo que quería decir es que no haría ante Milosevic el papel de diplomático cortés. Holbrooke quería un encuentro marcado por la intensidad, que rompiera el patrón habitual de las negociaciones. Para eso necesitaría un equipo pequeño, así que solo lo acompañarían Frasure y Nelson Drew. Estaba calentando para una pelea de boxeo. «Se va a acojonar».

Holbrooke acaparó la conversación durante dos horas, hablando fuerte, para que se lo oyera desde las estancias contiguas. Gritó que se había acabado

el tiempo para debates interminables y que a Occidente se le agotaba la paciencia. Exigió a Milosevic ofrecer resultados o enfrentarse a las consecuencias. Holbrooke era capaz de montar en cólera, pero se trataba de una táctica bien meditada. Milosevic —cuya supervivencia dependía de ocultar cualquier indicio de vulnerabilidad— dio un paso atrás. Holbrooke agregó que era degradante para la misión de paz del presidente Clinton tener que entrar en Sarajevo por la peligrosa carretera que llegaba a la ciudad por encima del monte Igman. Le exigió que les asegurase un acceso seguro volando desde Belgrado al aeropuerto de Sarajevo.

Milosevic se quedó mirándolo un instante.

—Tiene razón. Lo intentaré.

Pidió a su secretario que llamase a Mladić. Milosevic había pasado el año anterior asegurando que no ejercía control sobre sus acólitos asesinos y, de hecho, había empezado a pensar que Mladić, que se tenía por un cruzado medieval, estaba volviéndose loco y era capaz de derribar un avión estadounidense. Veinte minutos más tarde, llegó la respuesta.

—Mladić dice que el aeropuerto es demasiado peligroso —informó Milosevic, como si el destino de los estadounidenses no estuviera ya en manos de las propias tropas y artillería de Mladić apostadas en torno a Sarajevo—. Dice que podéis volar a Kiseljak y entrar por carretera desde allí. —Los puestos de control se hallaban bajo el control de la policía de Karadžić, no del ejército de Mladić—. Estaréis completamente a salvo.

Era el mismo camino que Holbrooke había tomado para llegar a Sarajevo con Rosenblatt y Frease en 1992. Bildt había pasado por allí sin incidentes dos días antes y juzgó una locura tratar de llegar por la otra carretera, que subía hasta el monte Igman y luego descendía a Sarajevo. Pero la elección no fue de Holbrooke. El gobierno estadounidense se negaba a reconocer a la *Republika Srpska*, lo que descartaba la posibilidad de llegar por carretera desde Kiseljak.

—Solo podemos plantearnos llegar por tierra desde Kiseljak si nos da su garantía personal de que nadie nos detendrá —dijo Holbrooke, poniendo a prueba a Milosevic para ver si aceptaba hablar en nombre de los serbobosnios. Holbrooke vislumbraba una solución: obligar a Milosevic a comprometerse en nombre de todos los serbios, los de Serbia y los de Bosnia.

—No puedo garantizárselo —dijo Milosevic—, pero pediré a Mladić que se lo garantice él.

—Eso está fuera de toda discusión, señor presidente.

Frasure le susurró a Holbrooke: «No tenemos más opción que entrar desde el Igman».

IX

El monte Igman es una especie de altiplano que se asoma a Sarajevo desde el suroeste. En los Juegos Olímpicos de Invierno de 1984, la pista de salto de esquí estaba situada en una de sus laderas y el circuito de biatlón, en la otra. Los veranos, las familias yugoslavas acostumbraban subir al monte a pasar el día, caminar o merendar. Hay cumbres empinadas y está densamente arbolado por bosques de hoja perenne. Las vistas sobre los tejados rojos y los alminares de Sarajevo son espectaculares. Abajo, justo en el lugar en que arranca la falda del monte, se produjo un deslizamiento repentino que llegó a cubrir parte del aeropuerto. Ese corrimiento de tierras marcaba la línea de asedio.

El monte Igman estuvo en manos del gobierno bosnio durante toda la guerra. A fin de salir o entrar en Sarajevo por tierra, funcionarios, diplomáticos y la mayoría de extranjeros tenían permiso de las Naciones Unidas para pasar por el aeropuerto en coche, aunque el riesgo de ser acribillado era evidente. No obstante, los civiles bosnios que intentaban escapar de la ciudad debían atravesar el túnel de ochocientos metros que pasaba por debajo de la pista y emergía en la casa de una familia musulmana, del otro lado, y luego encontrar la manera de ascender la montaña.

Los serbios controlaban los barrios al este y oeste del aeropuerto. Habían instalado sus cañones antiaéreos en las cerradas curvas de la carretera que ascendía hacia el monte Igman, donde el bosque se aclaraba y la calzada quedaba completamente expuesta. Toda la zona se convirtió en un polígono de tiro y en los primeros tramos de la carretera que ascendía estaba sembrada de camiones carbonizados y coches volcados. Los bosnios por lo general conducían de noche con las luces apagadas, usando gafas de visión nocturna (cuando las tenían). Una mujer llamada Aida Cerkez, que colaboraba con periodistas extranjeros, solía arriesgarse a salir y entrar a Sarajevo por el monte Igman, lo cual hizo decenas de veces. De regreso a la ciudad, cada vez que se acercaba a los tramos más peligrosos de la carretera, en la parte más baja, veía cómo los conductores que avanzaban en dirección contraria se detenían a vomitar o se desmayaban, y ella entonaba en voz baja un espiritual negro:

Algún día encontraré la paz en el valle.
Habrá paz en el valle para mí.
No habrá más tristeza, ni pesar, ni tormento.
Encontraré la paz en el valle.

La mañana del 19 de agosto, Holbrooke y su equipo salieron de Split en un helicóptero de la ONU[128]. Se había abierto un claro entre las espesas nubes que había en el monte Igman, en cuya meseta aterrizaron a las 9.40. La zona de aterrizaje se situaba en un campo de fútbol llamado Veliko Polje («Campo Grande»). Había llovido cuatro días seguidos y el suelo estaba empapado. Volvía a hacer calor, no obstante, y en el aire flotaban fragantes aromas alpinos.

Fueron recibidos por dos vehículos, un Humvee estadounidense y un vehículo blindado francés para transporte de personal. El Humvee haría las veces de escolta; en él viajaba Pete Hargraves, el jefe de seguridad de la embajada; el teniente coronel Randall Banky, oficial de enlace estadounidense de mayor rango en el cuartel general de la ONU en Sarajevo, aledaño a la embajada estadounidense; y un suboficial, el sargento David Respass, al volante. El blindado francés, pintado de blanco y tripulado por tres soldados de las fuerzas de paz, se encargaría de transportar a los visitantes y llevarlos a la ciudad.

Pero Banky propuso un cambio.

—Señor, ¿querría usted ir en el Humvee? —preguntó el teniente coronel Banky al general Clark.

—Desde luego —respondió Clark, a quien tampoco le parecía apropiado que el jefe de la delegación estadounidense viajase en un blindado francés. Se dirigió a su vez a Holbrooke—: ¿Ha montado alguna vez en uno de estos? —Holbrooke respondió que no—. Vamos, véngase en el Humvee. Es mucho mejor que los jeeps que usábamos en Vietnam.

Así que Clark y Holbrooke cambiaron de vehículo y viajaron con Hargraves.

Antes de que Frasure se subiera al blindado, Holbrooke le dijo que pensara qué le dirían a Izetbegovic cuando se reunieran con él. Frasure, que conocía mejor que nadie las dificultades que entrañaba aquella misión, soltó una de sus sarcásticas carcajadas. Holbrooke y Clark montaron en el Humvee detrás de Respass y Banky; Holbrooke, trajeado, a la izquierda, y Clark a la

derecha con su uniforme. Ambos llevaban casco y chaleco antibalas. Frasure, Drew, Kruzel, Gerstein (el asistente de Clark), Hargraves y un sargento francés se apretujaron en los asientos enfrentados del blindado francés, con los otros dos soldados franceses como piloto y copiloto.

El blindado también transportaba una lata de combustible y mucha munición: cinco cajas de balas, quince granadas de mano, media docena de granadas autopropulsadas y un par de cohetes antitanque. Banky había dicho a la tripulación del blindado que, en caso de separarse al descender la carretera de vuelta a Sarajevo, se reuniesen en el puesto de observación francés, abajo del todo. El blindado no debía detenerse en los puestos de control del ejército bosnio. Los serbios llevaban tiempo sin disparar contra ningún vehículo blindado. La delegación estaría a salvo a bordo.

Empezaron a bajar, con el Humvee a la cabeza.

El camino que descendía desde la meseta del monte Igman hacia Sarajevo era de tierra y grava, y más estrecho en aquel tiempo de lo que es ahora. Mediría unos cuatro o cinco metros de anchura. Recorridos unos veinte kilómetros desde el improvisado helipuerto, la carretera hacía una curva a la izquierda y, tras una recta de unos cien metros que descendía moderadamente, describía otra a la derecha. La falda en ese punto era muy empinada y la carretera desfilaba entre una pared que se elevaba a la izquierda y un precipicio a la derecha.

Llevaban los dos vehículos treinta minutos de viaje cuando, en el tramo de camino que acabo de describir, se toparon con una columna francesa de camiones de carga y blindados que subían hacia la meseta. El convoy se había hecho a un lado y había detenido la marcha. Cuando el Humvee pasó junto al último de los vehículos franceses, vieron que un soldado francés había bajado de su vehículo y gritaba y gesticulaba. El sargento Respass, al volante del Humvee, no entendía lo que decía.

Hay dos versiones de esta historia. En realidad, debe de haber cientos, pero solo dos deben ser tenidas en cuenta.

La primera versión es la historia oficial. Lo que sus protagonistas más importantes contaron en los medios de comunicación o las publicaciones, y luego las reconstrucciones hechas por los periodistas. Los lectores que crean

haber oído algo sobre lo que ocurrió aquella mañana en el monte Igman, conocerán probablemente solo esta versión.

Yo voy a dejar que hablen Holbrooke y Clark.

Holbrooke: Salí del Humvee para ver si podíamos ayudar en algo, pero no entendía del todo bien lo que decía el soldado francés. Al parecer, un vehículo que venía por detrás de nosotros se había salido del camino. En ese momento, creí que lo estaba comprendiendo mal. Detrás de nuestro pequeño convoy no venía nadie. Le hice un gesto a Clark para que se acercara. El blindado francés nos seguía, supuestamente, pero muy por detrás. Al menos, eso creía yo.

Clark: Miramos atrás y no estaban.

Holbrooke: Y luego lo tuve claro.

Clark: Sí, luego lo tuvimos claro. Se referían sin duda a nuestro blindado.

Holbrooke: Clark y yo deshicimos camino corriendo por la carretera, unos treinta metros. Y vimos que el lateral se había desmoronado como un palmo.

Clark: Holbrooke y yo nos pusimos histéricos. Dentro del blindado iban los miembros de nuestro equipo. Incapaces de esperar, empezamos a descender la ladera de la montaña.

Holbrooke: Con los cascos y los chalecos antibalas, y yo con traje de ejecutivo, saltamos la cuneta del camino y empezamos a bajar la empinada ladera. Habíamos descendido menos de tres metros cuando se produjeron dos enormes explosiones. Oímos fuego de armas ligeras alrededor. Desde abajo y desde arriba oíamos gritos en francés: «¡Minas! ¡Vuelvan al camino!». Agarrándonos a las raíces de los árboles, de nuevo subimos a rastras hasta la calzada.

Holbrooke corrió de vuelta al Humvee sin detenerse un instante y le dijo a Respass que diese la vuelta, por si se desataba el fuego enemigo y había que evacuar hacia la zona de aterrizaje.

Holbrooke: Intentamos poner en marcha nuestra parabólica portátil para comunicarnos con el mundo exterior, pero metidos en aquella garganta era imposible. El coronel Banky había desparecido.

Clark: De repente, apareció un general bosnio, pero no hablaba inglés. A base de señas y con mis rudimentos de ruso, nos enteramos de que más adelante la carretera hacía una curva cerrada hacia la derecha y discurría en sentido contrario por la ladera, más abajo, de manera que si seguíamos

adelante quizá encontráramos el blindado en la calzada, por debajo de nosotros.

Holbrooke: Wes y yo salimos corriendo camino abajo, con los diez kilos de material extra clavándosenos en el cuello y el pecho. Pasamos la curva cerrada a la derecha y continuamos descendiendo casi un kilómetro.

Clark: El bosnio tenía razón. Más o menos un kilómetro y medio más abajo, cerca ya de la siguiente horquilla, esta vez a la izquierda, vimos un tapón de vehículos detenidos. Un oficial chapurreaba inglés, pero no éramos capaces de entender lo ocurrido.

En ese punto, la ladera de la montaña era casi vertical, una pared lisa de piedra de más de tres metros. Clark trató de escalar entre los arbustos.

Clark: Traté de trepar con pies y manos por la pared de piedra. Una vez arriba, me di de bruces con un médico francés. Junto a él yacía uno de los soldados franceses, muerto. «Dos más», se limitó a señalarnos el médico. El soldado muerto podría ser el que iba en nuestro blindado, pero yo no estaba seguro al cien por cien. Volví a bajar al camino.

Holbrooke: Por fin entendimos que los vehículos de ese segundo convoy francés, que venían subiendo el camino, se habían detenido en ese punto porque nuestro blindado había pasado por delante de ellos dando vueltas de campana, atravesando la calzada, había seguido cayendo por la ladera. Vimos que, montaña abajo, los troncos de los pinos se habían tronchado, como si hubiera pasado un buldócer. Dejaron de oírse disparos y empezó a llover.

Clark: Alguien señaló ladera abajo, y vimos una columna de espeso humo negro. Eché a correr, trastabillando montaña abajo entre el sotobosque.

Holbrooke: Como yo era la única persona que hablaba francés e inglés, me quedé en la carretera para hablar con los franceses mientras Wes bajaba. Aseguramos una cuerda en torno al tocón de un árbol para que pudiera rapelar hacia el blindado, al que ya habían llegado al parecer algunos soldados franceses y bosnios. Enormes volutas de humo se alzaban entre el bosque, por debajo de nosotros.

Clark: Unos doscientos metros más abajo vi el blindado. Estaba volcado sobre un lado y envuelto en llamas. Un combatiente bosnio estaba apoyado en un árbol, al lado. Me advirtió con un gesto que no me acercase. Pero era posible que mis hombres estuvieran dentro, y no podía quedarme de brazos cruzados. Con una rama traté de abrir la puerta, que ardía: era como asomarse

a un horno. Dentro vi a dos de nuestros hombres, muertos. Las llamas casi les lamían los rostros. Eché un rápido vistazo alrededor en busca de algo con que apagar el fuego.

Holbrooke: Oímos a Clark gritando por su *walkie-talkie* que necesitaba un extintor urgentemente. Miré alrededor, histérico; nadie tenía. Llegó a nuestra altura un todoterreno francés que venía subiendo el camino y se detuvo; en el asiento de atrás iba una solitaria figura, enderezada, cubierta de sangre y vendajes. No reconocí su rostro. Le pregunté quién era. Masculló algo ininteligible. «¿Quién?», pregunté de nuevo. «Hargraves… Su… jefe de… seguridad… señor», dijo muy despacio, como ido.

Holbrooke y un par de soldados franceses ayudaron a Hargraves a salir del todoterreno y a tumbarse en una camilla, sobre la calzada.

Holbrooke: Me arrodillé junto a él. Le costaba mucho hablar. Le entendí decir que nuestra misión era salvar a la gente, que era culpa suya, que se había roto la espalda. Intenté tranquilizarlo. Yo estaba desesperado por averiguar lo ocurrido, así que le pregunté por los miembros de nuestro equipo. «¿Y Frasure? ¿Dónde está el embajador?», le dije, casi a gritos. «Muerto», respondió con un hilo de voz. Me incorporé. Durante tres años como civil en Vietnam había visto algún combate de cerca y había sido testigo de sus terribles consecuencias, pero aquello era muy distinto. Ese era mi equipo, y mi mano derecha al parecer estaba muerto. No había tiempo de dolerse. Wes Clark se encontraba muy por debajo de nosotros, en la ladera, y lo único que yo sabía era que, según Hargraves, Bob Frasure no había sobrevivido. Volví a arrodillarme junto al herido: «¿Y Joe Kruzel? ¿Qué le ha pasado a Kruzel?». «No lo sé. Creo que está vivo». «¿Y Nelson Drew?». «Muerto. Ha muerto». Hargraves rompió a llorar. «Yo intenté…». «No es culpa tuya —atajé, sintiéndome también totalmente desvalido—. No podías hacer nada para salvarlo».

Clark: Volví a subir por la falda de montaña, para tratar de conseguir un extintor. De golpe, se me vinieron encima todos los soldados a quienes había perdido, todos los accidentes que había presenciado, todos los rastros de culpa que había sentido a lo largo de mi vida. Habría hecho lo que fuera por rescatar a esos hombres.

Holbrooke: Clark apareció por la pendiente, escalando con ayuda de las cuerdas. Daba la impresión de haber envejecido diez años. «Lo de ahí abajo

es la cosa más horrible que he visto en mi vida».

Clark: Apagamos el fuego y recuperamos los cuerpos del embajador Bob Frasure y el coronel Nelson Drew. Peinamos el área y descubrimos que dos miembros del equipo habían salido a rastras del blindado antes de que explotara.

Holbrooke: Los periodistas de Sarajevo ya habían interceptado algunas conversaciones sobre el accidente en los canales de radio del ejército francés y empezaron a dar una versión confusa e inexacta del accidente que se propagó por todo el mundo. Era hora de hablar con Washington.

Esta es una de las versiones de la tragedia de Igman. Fue el suceso más dramático al que Holbrooke hubo de enfrentarse en su vida, e inaugura el único libro que escribió. No obstante, existe otra historia que los lectores no habrán oído y que no ha recibido la atención de los historiadores porque no cumple con los requisitos básicos de la narrativa y porque echaría a perder el clímax de cualquier novela que se precie, si este libro fuera una ficción. Esta segunda versión es la que más podría acercarnos, en cualquier caso, a la voluble verdad. En ella, los personajes más conocidos se convierten en meros observadores y los protagonistas de la acción tienen nombres que los lectores jamás habrán leído y que salen de la historia con la misma agilidad con que entran, pues lo ocurrido en el monte Igman —ese roce momentáneo con grandes personas y grandes acontecimientos históricos— no alteró en nada el curso de sus vidas, que siguieron adelante, descendiendo hacia la oscuridad total que la historia nos reserva a la mayoría.

Randall Banky era un hombre de cuarenta años, esbelto y de pelo moreno. Creció en una casa adosada de un barrio de clase trabajadora de Baltimore y se alistó en el ejército al terminar secundaria, con la guerra de Vietnam ya en su recta final. Cuando él y el resto de chavales que se habían inscrito bajaron la mano derecha, tras hacer el saludo militar, el oficial reclutador les espetó: «Pobres inocentes». Banky hizo la instrucción en West Point y llegó a oficial, aunque era el tipo de oficial de infantería que se identificaba más con sus soldados que con sus superiores. Desde su punto de vista, uno ascendía en el ejército diciendo que sí a todo y autopromocionándose.

El teniente coronel Banky y el sargento Respass eran de los pocos estadounidenses uniformados en Bosnia. La misión del monte Igman les cayó

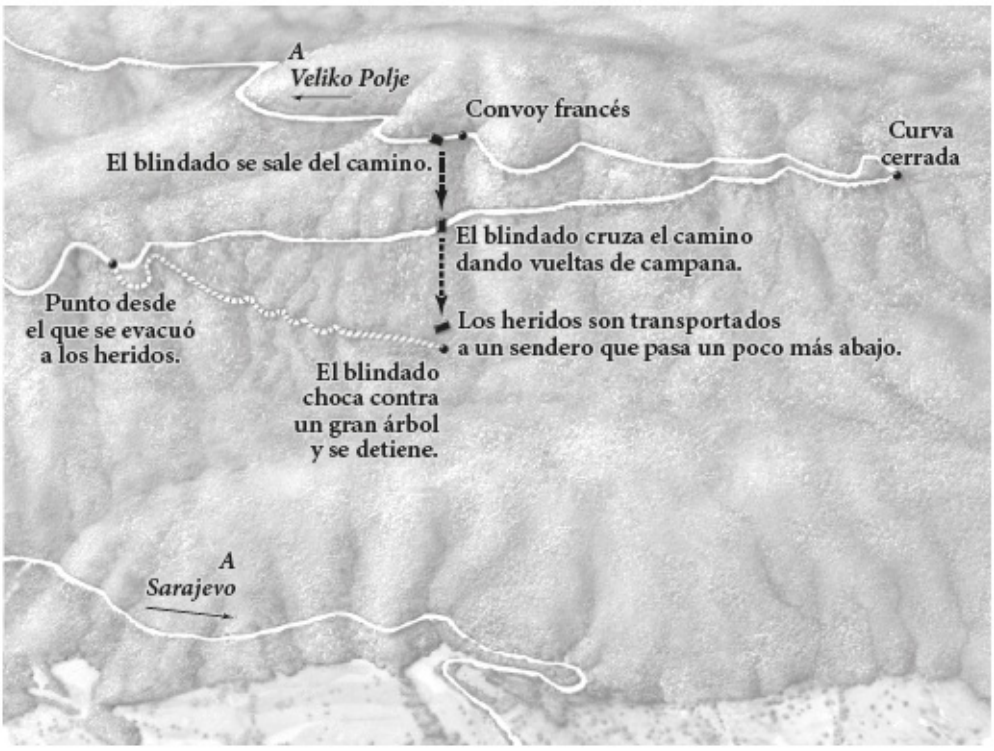
a ellos porque la embajada no disponía de ningún vehículo blindado, así que Hargraves le pidió a Banky que lo subiera a la meseta del Igman en el Humvee. Banky no tenía idea de por qué una delegación tan importante llegaba, en lugar de por cualquier otro acceso, por el monte Igman, que era como el Salvaje Oeste.

El convoy dejó la zona de aterrizaje de Veliko Polje sobre las 9.52. Respass conducía el Humvee. Holbrooke le dijo a Clark en el asiento de atrás: «Méritos para conseguir galones, ¿eh?». Holbrooke se refería a que el trabajo en Bosnia haría a Clark merecedor de otra condecoración del ejército. Banky y Respass intercambiaron una mirada. «No, esto no nos servirá de nada, señor», terció Respass. Banky había intentado obtener desgravaciones fiscales para los soldados estadounidenses destacados en Bosnia y ni eso les habían dado. Holbrooke se mostró indignado y le dijo a Clark que conocía a un congresista en Washington que arreglaría aquello.

A las 10.15, pasaron sin detenerse por un puesto de control del ejército bosnio. Cerca, un poco más metido en el bosque, había también uno de observación francés. A los soldados franceses les pareció que el Humvee iba demasiado rápido, a unos cuarenta o cincuenta kilómetros por hora, el doble de la velocidad a que los vehículos militares solían circular por el camino del Igman. El Humvee ya había adelantado a dos vehículos bajando desde la meseta, uno francés y otro británico, y ambos le habían hecho señales para que aminorase. ¿De quién era la responsabilidad de que el Humvee fuese tan rápido? Conducía Respass. Banky era el oficial al mando. Clark, su superior. Holbrooke, el jefe de la misión. Y a Holbrooke le encantaba la velocidad.

El blindado francés, más ancho y pesado, trataba de no perder de vista al Humvee. Cuando se acercaban al control, el soldado francés al cargo del puesto de observación, el oficial técnico jefe Eric Limousin, hizo señas al blindado para que se detuviese. Advirtió al oficial al mando del vehículo, el sargento Pause, que iba de copiloto, que tendrían problemas en la bajada porque se acercaba subiendo un convoy de carga, dos o tres kilómetros camino abajo[129]. Pause respondió que estaban escoltando a un transporte con pasajeros importantes y tenían que llegar a Sarajevo. Cuando le dieron vía libre, el conductor del blindado francés, el cabo Stéphane Raoult, se apresuró por tratar de alcanzar al Humvee estadounidense.

Limousin se comunicó por radio con el oficial al mando del convoy de carga que subía, el sargento Jacques Duedal: «Unidad Delta, atención, baja en su dirección un blindado a toda velocidad». Duedal salió de su todoterreno y recorrió la columna de vehículos, ordenándoles que se pegaran a la pared.



Mapa indicativo sobre el accidente en el monte Igman. Mapping Specialists, Ltd., Fitchburg, Wisconsin (Estados Unidos).

Sobre las 10.20, el Humvee tomó la curva cerrada a la derecha y pasó junto al todoterreno de Duedal. No había dado tiempo a todos los vehículos a apartarse, así que el Humvee no podría pasar todavía ni siquiera aminorando. Banky pidió a Respass que se detuviese y los dos oficiales bajaron. Banky se adelantó para hablar con el conductor del camión que les impedía pasar y Respass pidió al resto de vehículos que avanzasen para hacer hueco y así el camión pudiera dejar paso.

El conductor del todoterreno blindado que comandaba el convoy, el cabo mayor Jean-Louis Jégou, vio el blindado francés blanco, que bajaba hacia ellos. El vehículo no parecía ir a frenar, pero sí trató de separarse un poco del todoterreno, hacia el lado del precipicio. En ese momento, tuvo la mala fortuna de dar con un profundo bache. El morro se hundió y las ruedas traseras se elevaron en el aire. Al caer, rebotaron y derraparon hacia la derecha. El blindado terminó precipitándose por la ladera.

Hargraves, jefe de seguridad de la embajada, iba sentado junto a la puerta trasera, frente al sargento francés Hervé Michel. Desde la oscuridad del interior, notó que el vehículo empezaba a dar vueltas de campana hacia la derecha. Después de la primera, creyó que se detendría, pero no fue así. Los ocupantes volaban de un lado a otro dentro del vehículo. Alguien aterrizó sobre Hargraves. De un asiento se soltó una pieza de la que Hargraves se sirvió para protegerse de los golpes, dolorosos como los puñetazos que recibía cuando practicaba boxeo de joven. Gerstein hizo lo mismo, apretando instintivamente la cara contra el asiento a fin de amortiguar los impactos, que ya le habían partido la ceja derecha y una costilla.



El transporte blindado de personal accidentado en el monte Igman. Cortesía de Randall Banky.

La violencia de los golpes terminó arrancando las puertas delanteras de cuajo. Tras cuarenta metros de vueltas y más vueltas montaña abajo, el oficial al cargo del blindado, el sargento Pause, salió expulsado del vehículo. Tras otros sesenta metros, ocurrió otro tanto al conductor, el cabo Raoult, poco antes de que el blindado atravesara, aún dando vueltas de campana, el tramo inferior del camino, ante la segunda columna de vehículos franceses. Se abrieron las puertas traseras y, de repente, el sargento Michel había desaparecido y Hargraves colgaba por fuera del vehículo. Notaba la tierra contra la cara. Sabía que tenía que soltarse o volver a meterse en el vehículo.

La puerta se cerró violentamente en una de las vueltas y le rompió las dos manos. Tenía ya varias costillas rotas, la nariz medio arrancada y un dedo cortado.

El blindado cayó trescientos metros en total, lo que equivaldría a treinta o cuarenta vueltas de campana. De no haber encontrado en su camino un árbol de tronco especialmente grueso y sólido, habría llegado hasta Sarajevo. Chocó violentamente por su lado izquierdo. La munición que transportaba empezó a sisear y a explotar.

En la parte alta del camino, Respass volvió hasta donde se encontraba Banky, junto al Humvee, y le dijo que según los soldados franceses alguien estaba disparando armas ligeras montaña abajo. Su posición estaba expuesta a la zona serbia, ya cercana, y por esa razón Banky instó al convoy francés a seguir adelante. Respass le informó de que, según los franceses, un blindado se había salido del camino. Respass y Banky retrocedieron unos cien metros camino arriba y se asomaron hacia donde los franceses señalaban gritando.

Montaña abajo, se distinguía un rastro de árboles y arbustos aplastados, como si hubiera pasado un cortacésped gigante. El rastro era de la anchura, justamente, de un blindado. Cientos de metros más abajo, a lo lejos, se divisaba a la perfección Sarajevo. Empezaba a llover.

Holbrooke se quedó junto al Humvee mientras Clark se unía a Banky y Respass. A Banky se le hacía extraño dar una orden a un general de tres estrellas, pero a los otros dos les pidió que contactasen por radio con la embajada para pedir asistencia médica.

Y acto seguido, el coronel Banky desapareció ladera abajo.

La ladera era tan empinada que tuvo que bajar arrastrando el culo por el suelo. El sargento Pause había caído entre la vegetación, pero Banky no lo vio. Después de un centenar de metros, se topó con el cabo Raoult, el conductor del blindado, que se quejaba amargamente. Un soldado francés del convoy, el oficial técnico Philippe Duplessy, ya había bajado hasta allí y estaba practicándole los primeros auxilios. Raoult tenía la pierna izquierda prácticamente arrancada. Banky se quitó un cordón de la bota y le hizo un torniquete en torno al muslo. Raoult, que tenía veintidós años, lo miraba fijamente a los ojos. Ambos sabían que iba a morir. Apareció otro soldado

francés, que venía subiendo bosque a través desde el tramo del camino que pasaba por abajo. Este soldado vio a Raoult, se volvió y se marchó corriendo.

A unos doscientos metros por debajo se oían leves estallidos. Banky no supo decir si eran disparos de arma ligera o las municiones que transportaba el blindado accidentado, que estallaban. Oyó también explosiones más fuertes, que le sonaron a proyectiles antiaéreos serbios o quizá granadas autopropulsadas. Banky pensó en su amigo Hargraves y en el resto de los que viajaban en el blindado. Hizo cuanto pudo para vendar la herida de Raoult, lo dejó donde estaba, y después se escurrió los veinticinco metros restantes ladera abajo, hasta llegar a la pared de tres metros que daba al siguiente tramo de camino.

Media docena de soldados franceses observaban desde el camino el rastro que había dejado el blindado en la vegetación de la falda, desde ese tramo del camino hacia abajo. Banky dio unos pasos adelante: «¡Minas, minas!», gritaron los franceses. Se detuvo. Nadie había intentado seguir bajando. Tuvo un instante de indecisión. Probablemente terminaría muriendo allí si seguía adelante. Pensó en su familia. Pero ese instante pasó como había llegado: agarró un par de botiquines de los que llevaban los soldados franceses, dejó atrás el camino de nuevo y continuó ladera abajo. Le siguió los pasos uno de los soldados franceses.

Banky descendió unos veinte metros más. De repente, por debajo de él, una tras otra, hubo dos enormes explosiones y vio elevarse una nube negra. Banky sabía que era el blindado, aunque no lo veía aún. Siguió bajando. De repente, en mitad de la ladera, vio a un soldado bosnio, que les gritó: «¡Minas!». El bosnio hizo un gesto para que Banky y el soldado francés le siguieran. Subieron de nuevo hasta el camino y bajaron medio kilómetro por él, hasta el inicio de un estrecho sendero que descendía hacia la izquierda poco a poco, casi en paralelo al camino. Lo siguieron a través del espeso bosque unos cientos de metros, hasta un claro. Allí, un grupo de soldados bosnios daba los primeros auxilios a tres hombres.

Banky reconoció a Hargraves, sentado contra un árbol con la cabeza vendada, y a Gerstein, tumbado de espaldas en el suelo. Ambos estaban conscientes. El tercer hombre se hallaba también tirado en el suelo y gemía algo ininteligible. Tenía la cabeza desfigurada. Banky no lo reconocía. Gerstein le dijo que era Kruzel.

Cuando el blindado francés se detuvo por fin, quedó de costado. Hargraves salió por la pequeña escotilla del techo y cayó al suelo. Gerstein ya estaba fuera. La lata de combustible del blindado se había encendido y los dos cohetes antitanque instalados al frente silbaban y echaban chorros de humo blanco. Hargraves oyó que alguien gritaba dentro. Abrió las puertas traseras y agarró a Joe Kruzel por las axilas, haciendo fuerza con un pie contra el vehículo. Terminó cayendo al suelo con Kruzel encima. Trató de arrastrarlo cuesta abajo, hasta que aparecieron unos soldados bosnios y se echaron a Kruzel a hombros. Hargraves no quería estar cerca de él. Quería volver a casa con su esposa. Sabía que la herida que Kruzel tenía en la cabeza era mortal. Su compañero, con toda seguridad, no regresaría a casa.

Hargraves volvió al blindado. Vio fuego y oyó más gritos. Frasure y Drew seguían dentro. Hargraves intentó abrir del todo las puertas traseras, pero se habían atascado. Se quemó las manos, que tenía además fracturadas.

Ambos cohetes se dispararon, primero uno y luego el otro. Las explosiones lanzaron volando a Hargraves tres o cuatro metros hacia atrás. Un trozo de metralla se le incrustó en la rodilla izquierda. Pensó lo mucho que dolería cuando empezara a sentir cosas. Se apoyó contra un árbol y se sentó. Si se tumbaba, jamás volvería a casa.

A los pocos minutos del accidente, comenzaron a llegar más soldados bosnios hasta el lugar donde se había detenido el blindado. Pertenecían a un pequeño destacamento de cinco hombres apostados en una cabaña de madera situada doscientos metros más abajo. El comandante del destacamento era un musulmán de treinta años que medía dos metros llamado Dervo Gadzo. Antes de la guerra había sido mecánico en la fábrica de Mercedes de Sarajevo y se había pasado la mayor parte del conflicto en el monte Igman, donde solía hacer excursiones de niño. Gadzo no tenía ni galones ni casco ni chaleco antibalas, y contaba con tan poca munición que rara vez usaba su fusil. Esa mañana se había acordado una breve tregua porque, al parecer, una delegación diplomática iba a pasar por el Igman. Gadzo pensó que el ruido del choque lo había producido un camión que transportaba leña a Sarajevo. El área no estaba minada, todas las explosiones que habían oído provenían de la munición del vehículo francés accidentado.

Cuando Gadzo y sus hombres llegaron al lugar, un hombre estaba tratando de abrir las puertas traseras del blindado. Corrieron a ayudarlo, pero las puertas estaban atascadas. El chasis estaba tan caliente que la pintura blanca se desprendía del metal. Dentro, alguien seguía vivo. Gadzo nunca había oído a nadie gritar así. Él y otro soldado bosnio se dirigieron al frente del vehículo; su acompañante se las arregló para sacar a un hombre de dentro. Hubo entonces dos grandes explosiones, el motor estalló y la cabeza del hombre herido salió volando por los aires. El soldado bosnio que intentaba sacarlo, protegido por el blindaje del vehículo, había quedado cubierto de sangre. Los gritos cesaron.

El fuego descontrolado impedía acercarse al blindado. Los soldados bosnios atendieron a los tres hombres heridos. Pronto se unió al grupo un segundo destacamento apostado en la zona, al que acompañaba una enfermera serbia llamada Biljana Rakić, que trabajaba como voluntaria con el ejército bosnio. Gadzo y algunos hombres más llegaron con camillas desde la cabaña. Empezaba a hacer calor y en torno a las heridas de los hombres revoloteaban ya moscardones que los bosnios trataban de espantar.

Hargraves se desmayó, pero volvió en sí al poco, justo en el momento en que un bosnio estaba quitándole el reloj de pulsera G-Shock. El bosnio parecía sorprendido de que Hargraves siguiera vivo.

—Reloj, reloj —dijo el bosnio en inglés.

—Sí, claro —respondió Hargraves.

El bosnio le metió a Hargraves en el bolsillo el reloj de pulsera que él llevaba, que no funcionaba.

Banky valoró las heridas de los tres estadounidenses. Dejó un botiquín a los bosnios y se llevó el otro. Subió cincuenta metros por la ladera, donde había quedado el blindado. Pudo llegar a pocos metros del vehículo, pero no vio a ninguno de los dos estadounidenses que habían desaparecido, Frasure y Drew.

Como Kruzel era el más gravemente herido, Banky y varios bosnios se lo llevaron a él primero. Con él en una camilla, recorrieron los varios cientos de metros de estrecho sendero que los separaban del camino. La subida se hacía bastante dura entre el desnivel y la vegetación, y se vieron obligados a detenerse en un par de ocasiones. Al salir al camino se toparon con un

todoterreno blindado francés. Estaba llegando otro blindado médico que iba a trasladar a Kruzel al hospital más cercano. Banky escribió el nombre de Kruzel en un trozo de papel, dejó a su compatriota moribundo con los soldados franceses y bosnios y bajó a la carrera el sendero con la camilla a cuestas. Por el sendero, vio que un todoterreno blindado francés subía hacia el camino con Hargraves sentado detrás. No había sitio para tumbarse.

Gerstein, el que mejor parado había salido, fue el último al que evacuaron. Banky y otros bosnios lo portaron en camilla sendero arriba. Cuando llegaron de vuelta al camino, Kruzel y Hargraves habían sido ya evacuados. Banky se quedó con Gerstein e intentó mantenerlo consciente haciéndole preguntas —si estaba casado, de dónde era—, hasta que llegó otro blindado médico para llevárselo.

Banky bajó el sendero por tercera vez para buscar a los dos hombres desaparecidos. Cuando llegó al blindado, los soldados franceses estaban apagando el fuego con extintores. Había mucho humo y no se veía el interior.

Había pasado casi una hora y media desde el accidente. A Banky le dolía todo el cuerpo. Empezó a escalar de nuevo por el cortafuegos abierto por el blindado en su rodar montaña abajo, hacia la parte más alta del camino, para informar al general Clark de lo ocurrido. Por el camino buscó los cuerpos de sus dos compañeros y recogió todos los papeles que encontró.

Cuando el coronel Banky desapareció, Holbrooke se sintió abandonado a su suerte. Le enfadó que su jefe de seguridad se hubiera marchado y lo hubiera dejado en un lugar tan expuesto, mientras los disparos resonaban en las inmediaciones. Tras un instante, Clark hizo ademán de seguir a Banky ladera abajo. «¡Un momento, no me dejéis aquí! —gritó Holbrooke—. ¡Volved!». Clark trepó de nuevo por la ladera, de regreso al camino.

Respass estaba dando instrucciones al convoy francés para que se pegara a la pared de la montaña e hiciera hueco al Humvee y también a los blindados médicos. Holbrooke le dijo que diera la vuelta y subiera cien metros por el camino, en dirección de nuevo a la cima y la zona de aterrizaje, por si acaso fuera necesaria una evacuación. En última instancia, Holbrooke decidió que el peligro no era inminente y ordenó a Respass dar la vuelta otra vez y tratar de seguir bajando por el camino hasta la curva cerrada. El Humvee pudo por fin pasar y continuó un kilómetro y medio, hasta detenerse junto al segundo

convoy francés, en el punto donde el blindado había atravesado dando vueltas de campana el camino.

Un gran fuego se alzaba entre los árboles, más abajo aún. Respass se preocupó por Banky. Se hizo con los extintores que llevaban el Humvee y los vehículos franceses y bajó a trancas y barrancas por la trocha abierta por el blindado, deteniéndose cada tanto para apartar las municiones esparcidas por el terreno. Cuando alcanzó el blindado, unos soldados franceses estaban intentando apagarlo. Respass vio en el interior los restos de un cuerpo, pero las llamas eran aún altas. Ayudó a transportar en la camilla al sargento Michel, el que había salido volando por las puertas traseras justo antes de que el vehículo se estampara contra el árbol, y el último en ser evacuado. A continuación, Respass escaló de vuelta por la trocha hasta el camino, en busca de más extintores.

En el Humvee, Holbrooke y Clark hablaban por el teléfono vía satélite.

En la embajada, una voz gritaba desde la radio.

—¡Embajada de Sarajevo! ¿Hola? ¿Alguien nos oye? Es una emergencia, ¡soy Holbrooke! ¡Joder, contestad!

La embajada estaba en un chalet de dos plantas sin ningún tipo de comodidad. El personal, incluido el embajador, John Menzies, dormía en catres y se tapaba con sacos de dormir. Era una tranquila mañana de sábado y atendía la recepción una empleada de la embajada croata, casada con un musulmán (aunque hasta la guerra nadie utilizaba el término «matrimonio mixto»). El hijo de ambos, nacido en el infeliz invierno de 1993, apenas había salido del piso familiar.

La radio de la embajada estaba en un canal abierto y para establecer comunicación había que transmitir una elaborada serie de indicativos. La persona que llamaba no estaba utilizando ninguno de ellos, lo que hizo sospechar a la empleada de la embajada, que pidió el embajador que acudiese. Menzies llevaba en el puesto desde abril. Era un tipo sensible que se emocionaba con las historias que le contaban sus empleados bosnios, y estos lo adoraban por someterse a los mismos peligros que ellos vivían. Menzies bajó a la recepción para atender la llamada de radio.

—¿Dónde coño estáis, joder? Soy Holbrooke. Ha habido una desgracia en el monte Igman.

Menzies confirmó que se trataba de Holbrooke. Dos vehículos de la embajada salieron a toda prisa en dirección al monte, mientras Menzies corría al edificio contiguo para alertar al oficial al mando de las fuerzas de paz de la ONU.

Poco antes de mediodía, Banky llegó por fin de nuevo al tramo superior del camino. Holbrooke, Clark y Respass seguían junto al Humvee. No había vuelto a ver a ninguno de ellos desde el momento en que se había lanzado ladera abajo. Banky se sorprendió de que no hubieran evacuado aún a Hargraves, al que Respass había puesto una inyección de morfina, e intentó explicar a Holbrooke lo que les había ocurrido al resto de ocupantes del blindado. Poco antes de que se lo llevaran, Hargraves se quitó la alianza y pidió a Holbrooke que la guardara y se la entregara a su esposa si moría.

Banky informó a Clark sobre la situación que estaba viviéndose más abajo: a Kruzel y Gerstein les habían practicado los primeros auxilios y los habían evacuado. Frasure y Drew seguían desaparecidos, pero lo más probable es que estuvieran en el interior del blindado francés y hubieran muerto. Mientras Banky le informaba, Holbrooke comunicaba los nombres y detalles por radio a la embajada. Toda Sarajevo podría estar escuchando aquella comunicación. Banky se lo dijo a Clark, quien le espetó a Holbrooke:

—Apaga esa puta radio.

Por fin llegaron los dos coches provenientes de la embajada.

—Saquen al embajador Holbrooke de aquí —ordenó Clark a uno de los conductores, exsoldado del ejército bosnio.

—Se queda usted al cargo, general Clark —replicó airadamente Holbrooke—. Arregle esta locura.

Holbrooke estuvo gritándole a la radio durante toda la bajada hacia Sarajevo:

—¡Quiero que todos los políticos importantes de este país se presenten en la embajada, o que me los pongan al teléfono!

Ordenó a Menzies que no comunicase oficialmente ninguna muerte a Washington por el momento, hasta que Clark realizara las investigaciones pertinentes en el lugar del siniestro. Sin embargo, los nombres terminaron filtrándose a la prensa. A la familia de Kruzel se le dijo en un primer momento que este había salido por su propio pie del vehículo

accidentado[130]. A esa hora, los funcionarios regresaban ya a sus hogares en los tranquilos barrios residenciales de Washington. Katharina Frasure llevó a Strobe Talbott al despacho de su marido para que viese la cómoda silla en que este se sentaba a trabajar. A Tony Lake le tocó dar a Sandy Drew la terrible noticia. Cuando hubo asimilado el trágico suceso, ella le dijo: «Tienes que arreglar esto. Tienes que hacerlo por Nelson»[131].

En el monte Igman no había otra cosa que hacer más que recopilar los restos. Tras escuchar el informe de Banky, Clark le ordenó bajar, tomar fotos de la escena y llamarle luego para que bajara él. Así que Banky regresó, una última vez, al lugar del accidente. No había ya fuego, solo el chasis carbonizado. Cuando Clark se reunió con él, Banky le señaló los restos que había podido identificar: una cabeza y un torso dentro del blindado, y otra cabeza a diez metros de distancia. Clark ordenó que los metieran en bolsas para cadáveres. Respass regresó al Humvee por el sendero que discurría en paralelo a la falda. Banky y Respass cargaron las bolsas con los restos en el Humvee y condujeron hasta el hospital militar del aeropuerto.

Una investigación de la ONU determinó que el accidente que se cobró la vida de Robert Frasure, Joseph Kruzel, Nelson Drew y Stéphane Raoult fue inevitable. No obstante, en el informe se añade: «Este fatal accidente de tráfico se produjo debido a la excesiva velocidad con que el vehículo circulaba por el camino del monte Igman. La responsabilidad es del conductor y del oficial al mando del blindado, si bien la velocidad venía impuesta por un vehículo blindado estadounidense que encabezaba el convoy». Este informe jamás se hizo público.

El blindado sigue allí, oxidado y huero, entre abetos, descansando junto al gran tronco del árbol caducifolio cuyas hojas muertas lo cubren cada otoño como un manto. Cerca, se erige un pequeño monumento conmemorativo. El bosque parece embrujado.

X

Todos soñamos con actuar como Banky y Hargraves, como Respass, Gadzo, Duplessy o la enfermera serbia Rakić en una situación de peligro. Sin embargo, no sabemos —y la mayoría no llegaremos a averiguarlo— si huiríamos al encontrarnos frente a frente con un moribundo, si empezaríamos a insultar a nuestros amigos, cómo juzgaríamos a alguien que se haya visto en una situación así. La razón del absurdamente detallado relato que he hecho de aquel accidente es la siguiente: los lectores jamás han oído los nombres y apellidos de los verdaderos héroes del monte Igman. Holbrooke y Clark, que eran célebres y dieron una versión de los hechos que los hacía protagonistas en todos y cada uno de los episodios de la tragedia, apenas hicieron nada: no salvaron vidas, no portaron camillas, no vendaron heridas. No quiero decir que su conducta fuera censurable. Clark se arriesgó físicamente, pero con sensatez; se preocupaba por los demás, pero apenas tuvo estómago para identificar el cuerpo de Kruzel en el hospital militar francés con Banky. Llegó a la embajada, esa misma tarde, con gesto sombrío y el uniforme embarrado y roto, y una empleada se lo lavó y se lo planchó. Banky, en cualquier caso, le regaló más tarde a Clark un elogio sin parangón: «Ese día demostró que era usted un soldado. Demostró que era uno de nosotros».

¿Y Holbrooke? Holbrooke hizo lo que la persona de mayor rango político de aquel monte debía hacer: dejar las heroicidades a otros. Tenía una misión de paz que dirigir.

Sobre ninguno de ellos cayó la deshonra. Me refiero a que su papel fue, sin más, irrelevante. Esto es, en realidad, algo intolerable para alguien que se considera grande. La historia no puede contarse desde esa perspectiva. Para los protagonistas, es preferible ser unos parias a simplemente resultar prescindibles. Así pues, antes de que terminara aquella jornada, empezó a cobrar forma una versión distinta de los hechos: la que he relatado en primer lugar.

Camino a Sarajevo, Holbrooke se mostró furioso. Compañeros suyos habían muerto en una montaña peligrosa a causa de la terquedad de los serbios y, en sentido más amplio, al infeliz fracaso de Occidente —Estados

Unidos incluido— en el empeño de acabar con la guerra. Ellos fueron las primeras víctimas estadounidenses de ese conflicto. Al llegar a la embajada, Holbrooke abrió la puerta de un empujón, tiró su casco contra el suelo con tanta fuerza que rebotó, y subió la escalera a zancadas. Al pasar por delante de Menzies, le gritó:

—¡Llama a Milosevic! ¡Voy a contarle lo que ha pasado!

Esa tarde, Holbrooke telefoneó a Kati, para adelantarse a cualquier noticia que pudiera llegarle por otro lado, y evitar que se preocupara por él. Su voz sonaba como anestesiada.

—Hemos perdido a Bob.

—¿Qué quieres decir con que habéis perdido a Bob?

—Ha muerto. Y también Drew y Kruzel. Viajo de vuelta con los cuerpos a Estados Unidos, y me gustaría que estuvieras.

Esa noche, en una entrevista en la embajada, Holbrooke se presentó con la tez pálida y húmeda, y aspecto magullado. «Hemos perdido a tres grandes funcionarios públicos —dijo en voz baja para no dejar traslucir sus sentimientos más profundos—. Esas tres personas nos importaban. No podemos permitirnos perder a gente así. Los echaremos muchísimo de menos».

A la rabia, se unían el dolor y la culpa: supuestamente, él iba a viajar en el blindado francés. Desaparecidas tres quintas partes de su equipo, perdía también el control de la misión. Necesitaba recuperarlo, por razones tanto políticas como psicológicas. Decidió tomar las riendas de la situación desde la misma embajada, apartando a Menzies, gritando, irrumpiendo, exigiendo: «¡Que venga Izetbegovic! Llamad a los medios, ¡quiero una rueda de prensa ahora mismo! ¡Necesitamos un libro de condolencias!». Las papelerías de Sarajevo cerraban a las dos de la tarde los sábados, y eso en tiempo de paz. No importaba: necesitaban un libro de condolencias y alguien se las arregló para conseguir uno. Los bosnios de la embajada vivieron aquel guirigay con una mezcla de horror y admiración. Holbrooke no parecía un diplomático; más bien se comportaba como un vándalo maleducado, casi como un loco. No obstante, ¿qué habían conseguido los diplomáticos de Sarajevo? Holbrooke estaba actuando como los hombres que habían provocado la guerra. Observándolo, un empleado de la embajada reflexionó que solo ese tipo de

hombre sería capaz de hacer frente y pararles los pies a los señores de la guerra, políticos bosnios incluidos.

Holbrooke le dijo una vez al chófer bosnio que lo llevó a la embajada:

—¿Conoce usted la metáfora de las zanahorias y los palos? Al burro puedes obligarlo a caminar de dos formas: ofreciéndole zanahorias o arreándole palos. Pero en este país se negocia de otra manera…

—¿Qué quiere decir? —preguntó el chófer.

—Aquí les ofrecen elegir entre un martillo o un mazo. La gente sabe que va a recibir una paliza de cualquier manera, por las buenas o por las malas. Depende de ellos.

El chófer le dio la razón.

Holbrooke ordenó a Menzies que no diera a Washington más que la información básica sobre el accidente. Quería ocuparse él. Esa tarde, al teléfono con sus colegas del Departamento de Estado y la Casa Blanca, usó frases como «es mi triste deber» y «nuestros camaradas caídos» y «honrar sus muertes y continuar la misión», hasta que Sandy Berger lo instó a que se limitara a relatar lo ocurrido. Para Holbrooke, sin embargo, el accidente era ya más que una simple tragedia. Lo ocurrido en el monte Igman había metido a Bosnia en los salones de los estadounidenses, empezando por el presidente, y los obligaría inevitablemente a involucrarse. Holbrooke convertiría aquel trágico episodio en el mito fundacional de sus ímprobos esfuerzos por acabar con la guerra.

Por fin a Clinton, que en ese momento estaba jugando al golf en Jackson Hole, en Wyoming, lo pusieron en comunicación con Sarajevo.

—Lo siento, tío —le dijo Clinton[132].

—Hemos perdido a tres hombres magníficos —repuso Holbrooke—. Quiero recalcar que no se ha debido a ninguna acción enemiga.

Clinton reflexionó sobre cómo podría aquel accidente otorgar a Holbrooke alguna ventaja comparativa en las negociaciones con Milosevic, Izetbegovic y los aliados de Estados Unidos. Estos últimos ya no podrían quejarse de que los estadounidenses no tenían tropas en Bosnia.

—¿Qué recomiendas?

—Presidente, nos gustaría, con su autorización, que nuestro equipo se mantuviera como está, y repatriar los cuerpos a Estados Unidos.

—Me preocupa cómo pueda afectar esto a los procesos de paz. ¿Hay alguna manera de sacar partido de esta terrible tragedia y que sirva para incrementar nuestra influencia?

Holbrooke describió el accidente en detalle. Clark estaba asimismo a la escucha; Holbrooke lo presentó como el «paisano de Oxford, criado también en Arkansas» de Clinton. Luego, contó al presidente que Clark había bajado un precipicio de cuatrocientos metros y encontrado los restos de Frasure y Drew.

Holbrooke puso cuanto había hecho Banky a nombre de Clark, sencillamente. Aquel fue el «érase una vez» de la historia de los grandes hombres de Igman, y el público era nada menos que el presidente de Estados Unidos. No había vuelta atrás. No habría habido mito fundacional si Holbrooke le hubiera contado a Clinton que cierto teniente coronel, un tal Randall Banky —que no había estudiado en Oxford como Clinton, que no estaba participando en aquella llamada ni formaba parte de la misión de paz del presidente— había bajado por la montaña, rescatado a los heridos y encontrado los cuerpos de los fallecidos. La conversación telefónica se habría desinflado un poco y, con ella, quizá, el ímpetu estadounidense por la paz. Holbrooke, que era un amante de la historia, contó el tipo de historia que aman los amantes de la historia.

Abierto ese melón, no costó demasiado saltar desde el camino a la ladera, «acercar» las minas y los disparos al supuesto escenario de la acción, atar la cuerda alrededor del árbol. Holbrooke bañó toda la historia en la retórica del liderazgo y dejó fuera a los personajes menores. Años después, se publicó el libro escrito por Holbrooke sobre Bosnia. Este debió de llevarse una buena sorpresa cuando, durante la presentación del libro en Mineápolis, entre bastidores lo abordó su escolta militar en el monte Igman, que se había convertido en profesor de ciencias militares en la Universidad de Minnesota. Se había enterado de la presentación por el *Star Tribune* y se había presentado allí para informar a Holbrooke de que al leer «El coronel Banky había desaparecido», en la página 11, sin más detalles, sus amigos militares habían dado por hecho que Banky había sido un cobarde y había huido.

Holbrooke no le prestó mucha atención. Hizo las presentaciones entre Banky y Walter Mondale y luego atendió una entrevista telefónica. Cuando

colgó, culpó a aquel de haberlo abandonado en la montaña, aunque más tarde reconoció su error y dijo que eliminaría esa frase en la siguiente edición.

Banky sabía que aquello no ocurriría, y tenía razón. En 2002, perdió la oportunidad de ser ascendido y se retiró como teniente coronel, incapaz de disipar la sospecha de que su carrera militar se había visto truncada debido a esa frase: «El coronel Banky había desaparecido».

En el aeropuerto de Sarajevo, los heridos fueron embarcados en un helicóptero británico Sea King mientras que un Puma francés se encargó de transportar los tres féretros. Clark se ofreció a acompañar a los cuerpos; volviéndose hacia Holbrooke, le preguntó: «¿Vienes tú también?».

Holbrooke no quería subir[133]. Algo en aquel Puma le infundió pavor. Había volado en cientos de helicópteros, pero se sintió aturdido y sintió miedo de un modo poco habitual en él, como si aquella misión estuviera maldita, y los supervivientes del Igman fuesen al fin y al cabo a morir. «¿Crees que deberíamos volar con los féretros?», preguntó Holbrooke. Clark lo miró fijamente un instante, sin decir palabra, y acto seguido se dio la vuelta y subió al Puma. Holbrooke no tuvo más remedio que seguirle.

Cruzaron el Atlántico en un ruidoso avión de carga C-141 con los ataúdes envueltos en la bandera estadounidense. En la base Andrews de las Fuerzas Aéreas, a nadie pasó indavertida la expresión lúgubre y la cabeza gacha de Holbrooke, que buscaba el apoyo y la cercanía de unos y otros. Se le saltaron las lágrimas cuando la hija de Frasure, Sarah, de dieciséis años, se puso en pie en la capilla ardiente instalada en Fort Myer y declaró: «Nunca se me ocurrió que mi padre pudiera dejar de estar. Nunca le dije que le quería. Ahora, jamás volverá a despertarme el aroma de las tortitas que preparaba en casa los domingos por la mañana». Durante varias semanas fue incapaz de dejar de mencionar a los tres hombres a todas horas, sobre todo a Frasure.

Bosnia había pasado a ser la principal preocupación del gobierno estadounidense. Tras los funerales de Estado, celebrados en el Cementerio Nacional de Arlington, Holbrooke hubo de rehacer su equipo y regresar a Europa. Clark lo acompañó y se les unió también un abogado del Departamento de Estado llamado Roberts Owen, que se encargaría de colaborar en la redacción de una nueva Constitución para Bosnia. El coronel James Pardew, oficial de inteligencia retirado del ejército, oriundo de

Arkansas, que había sido reclutado por Kruzel para la unidad del Pentágono especializada en los Balcanes, ocupó el lugar de su reclutador. Los militares continuaban oponiéndose al desembarco de tropas en Bosnia aun para hacer cumplir un acuerdo de paz —se seguía invocando de manera sistemática lo ocurrido en Vietnam—, pero Pardew, otro veterano del Sudeste Asiático, era un bicho raro del Pentágono que veía la guerra bosnia desde el mismo punto de vista de Holbrooke, y juzgaba que el liderazgo estadounidense había fracasado y estaba produciéndose un genocidio.

Don Kerrick, general de una estrella del ejército y miembro del CSN, reemplazó a Drew para hacer las veces de ojos y oídos de la Casa Blanca y controlar a Holbrooke. Este sospechaba tanto de cualquiera que fuese a informar directamente a Lake, que Chris Hill tuvo que mentirle para que aceptara el nombramiento: «Te admira mucho, Dick. Cree que eres la única persona que sabe de verdad qué hacer en los Balcanes»[134]. Holbrooke había elegido a Hill como sustituto de Frasure, su exjefe e íntimo amigo. Los dos estaban cortados por el mismo patrón del Servicio Diplomático: Hill era un tipo cerebral y hacía gala de un ingenio mordaz. Antes de marcharse, fue a visitar a Katharina Frasure. Apenas habían pasado unos días desde su pérdida, pero esta había hecho acopio de fuerzas para ir a ver a Hargraves en el hospital y contarle que no debía sentirse culpable y que no podría haber salvado a su marido[135]. Ella y Hill charlaron y recordaron a Frasure. Entonces, cuando Hill estaba ya bajando los escalones de la puerta, ella le preguntó de repente: «¿Cómo puedes hacerle esto a tu familia?»[136].

El equipo voló en el avión oficial del secretario de Defensa, un Gulfstream C-20 de diez pasajeros adaptado para uso militar, en cuya librea se leía: UNITED STATES OF AMERICA. Aquella sería una de las herramientas de poder de Holbrooke: las impresionantes entradas en escena en aquellos destartalados aeropuertos balcánicos. En la parte más próxima a la cabina había un compartimento VIP con cama y sillones, pero Holbrooke pasaba el rato en la zona trasera del avión, descalzo y con los pies en alto, haciendo piña con su equipo[137]. En los escasos ratos libres leía un libro sobre las conversaciones de paz de Camp David. Había que hacerlo todo sobre la marcha. Los problemas clave eran conseguir que Milosevic dejase de intentar ganar tiempo y aislar a los serbobosnios para que se vieran obligados a negociar. Holbrooke calibraba escasas las opciones de éxito, pero ya no iba

con la cabeza gacha ni su expresión era lúgubre. Había sabido transformar sus emociones en un combustible de alto octanaje.

Aterrizaron en París la mañana del 28 de agosto. Había una sola razón de peso para hacer escala en la capital francesa: Holbrooke quería dormir en casa de Pam Harriman. Izetbegovic estaba también en la ciudad, donde tenía previsto reunirse con Chirac. Lo acompañaba su ministro de Exteriores, Sacirbey, de doble nacionalidad bosnio-estadounidense y un perfecto inglés de leve acento sureño (había jugado al fútbol americano en Tulane), que se mostraba tan agresivo como Izetbegovic desapegado. Sacirbey siempre viajaba con el presidente y se aseguraba de que Izetbegovic no hablase de más.

De los tres dirigentes balcánicos, Izetbegovic era el más críptico para Holbrooke, y también el que peor le caía[138]. Tenía setenta años, complexión delgada y una naturaleza distante y melancólica. Para haber visto tanto sufrimiento, a Holbrooke le sorprendió su mirada, que juzgaba insensible ante el dolor de los demás (eso pensó, al menos, cuando se presentó en la embajada para presentar sus condolencias tras el accidente del Igman[139]). Izetbegovic veía en Clark su modelo de estadounidense íntegro y respetuoso. La intensidad de Holbrooke parecía avivar cierta locura en los líderes bosnios, e Izetbegovic no confiaba en él. Holbrooke y el presidente bosnio se hablaban a base de falsos halagos —«Señor presidente, tiene usted toda la razón, pero…»—, así que jamás entablaron una relación de cercanía, como sí ocurrió con Milosevic[140].

Izetbegovic era todo lo opuesto a Milosevic. Tenía principios y no era cínico, y eso dificultaba el trato con él. A diferencia de Milosevic y Tu đman, Izetbegovic no había hecho carrera en el Partido Comunista. Era filósofo y activista, y había estado preso en la antigua Yugoslavia en varias ocasiones. Tenía sus propias obsesiones históricas, homólogas a las de nacionalistas serbios y croatas, los cuales estudiaban al dedillo los textos firmados por él para encontrar pruebas de fundamentalismo islámico. Y en efecto, habían logrado extraer frases que, sacadas de contexto, azuzaban la propaganda antimusulmana. No obstante, si bien Izetbegovic no era tan cosmopolita como otros ciudadanos de Sarajevo —Sacirbey o el primer ministro, Silajdzic—, tampoco era un extremista, sino más bien un islamista moderado que había terminado convirtiéndose en el símbolo de la resistencia bosnia a las

agresiones serbias. Como líder, podía tildársele de indeciso y echársele en cara que hubiera cometido crasos errores, ninguno de ellos peor que declarar la independencia sin haberse preparado para la guerra. Sus compatriotas lo respetaban, no obstante, por haberse quedado en Sarajevo durante el asedio.

Los musulmanes eran las víctimas peor paradas de la guerra, condición que no es necesariamente edificante. Izetbegovic y sus asesores hacían gala de conductas erráticas y pendencieras, tanto entre sí como con otras personas. Donde Tuđman presidía reuniones con pose de archiduque Habsburgo, y Milosevic hacía el paripé como un jefe mafioso, los bosnios discutían abiertamente entre sí, aun frente a sus invitados, sin el menor pudor. Habían dedicado todos sus esfuerzos a sobrevivir a la contienda, y pocos de entre ellos sabían mirar adelante para discernir qué querían construir realmente. Los diplomáticos europeos apenas ocultaban su displicencia, mientras que los estadounidenses se sentían divididos entre la culpa y el remordimiento cuando los bosnios les pedían que acudiesen a su rescate y diesen pábulo incluso a sus objetivos menos realistas. Querían su país de vuelta, íntegramente, y a Holbrooke le preocupaba que llegara a interesarles hasta tal punto el fracaso del plan Lake-Holbrooke —pues si el plan no surtía efecto, llegarían los ataques aéreos estadounidenses, el armamento y la instrucción militar— que se dedicaran a sabotear de forma deliberada las conversaciones de paz.

Cuando Sacirbey acudió al encuentro del avión de Izetbegovic en el aeropuerto parisino de Orly, la tarde del 28 de agosto, el presidente dijo: «Muhamed, ¿te has enterado de lo que ha pasado? No sé si debería haber venido a París». Aquella mañana, en el centro de Sarajevo, un proyectil de mortero había impactado contra el mismo mercado donde habían muerto sesenta y siete personas a principios de 1994. En aquel nuevo ataque, habían fallecido treinta y siete. Sacirbey aconsejó a Izetbegovic quedarse en París para pedir a Occidente una respuesta seria y este lanzó un ultimátum ante los medios: sin bombardeos, no habría conversaciones.

Cuando Sacirbey subió a su habitación del Hôtel de Crillon (el mismo donde se alojara Holbrooke al inicio de las conversaciones de paz de Vietnam, en 1968), se encontró con que este estaba esperándolo.

—He oído que habéis dado un ultimátum —le dijo a Sacirbey—. No podéis hacer eso.

—Sí, sí podemos —lo contradijo Sacirbey, agregando que Izetbegovic se negaba a ver a Holbrooke hasta que comenzaran los bombardeos.

Sacirbey se dio cuenta más tarde de que Holbrooke se la había jugado: el ultimátum de Bosnia apuntalaba, en realidad, la postura de Holbrooke. El equipo estadounidense pasó el resto del día hablando por teléfono con Washington desde la embajada estadounidense en París, recabando apoyos para los ataques aéreos.

Aquel proyectil de mortero fue una pifia criminal. Un accidente histórico que rompió el bloqueo de Occidente en Bosnia, que duraba años, y fijaba un rumbo nuevo y decidido para la política exterior estadounidense. No había sendero hacia la paz, pero aquel proyectil lo abrió. Holbrooke vislumbró la brecha y se coló por ella. Clinton se había decidido por fin a castigar a los serbios, aparte de por el ataque contra el centro de Sarajevo, por el siniestro del monte Igman. En esta ocasión, decidió hacer oídos sordos a las objeciones de sus aliados, de las Naciones Unidas y de su propio ejército.

Los serbios, como de costumbre, afirmaban que los musulmanes habían hecho aquello para ganarse las simpatías internacionales. Eso siempre había bastado para impedir que las Naciones Unidas tomaran una decisión activa, pero el oficial sobre el terreno, el general Rupert Smith, no necesitaba ya permiso de Butros-Ghali, en Nueva York, para pedir ataques de la OTAN. «Opino que estamos en una guerra —le dijo el general Smith a Menzies—. Estos ataques vienen del bando enemigo. Demuestren que no es así». Tras haber sido evacuadas en secreto las fuerzas de paz británicas de Goražde para evitar que se convirtieran en rehenes de última hora, empezaron los bombardeos masivos de las posiciones serbias en torno a Sarajevo. Era poco más de la medianoche del 30 de agosto, apenas horas después de que el equipo de Holbrooke hubiese tomado un avión rumbo a Belgrado.

Holbrooke siempre reaccionaba a las situaciones dramáticas dando un paso atrás en la corriente de la historia. En mitad de toda la acción, entre los Renoir y los Van Gogh de Harriman, regresó a Pam y comentó que se le hacía raro que no estuvieran los dos trabajando juntos en esa crisis.

«Averell habría estado tan orgulloso de nosotros», señaló Pam[141].

En Sarajevo, una mujer subió a una azotea para ver los fuegos artificiales de la OTAN sobre Pale, a apenas unos kilómetros. Al principio de la guerra,

sus padres habían quedado atrapados tras las líneas serbias y habían sido obligados a cavar trincheras en un campo de concentración. Llevaba tres años sin verlos. La mujer se había propuesto no salir a la calle sin maquillaje y se negaba a correr por la Avenida de los Francotiradores: siempre iba caminando. Una manera arriesgada de aferrarse al orgullo propio. Ella decía conocer a muchos serbios que ayudaban a musulmanes, entre ellos a un hombre que había sacado a su hermana a rastras de un puente para ponerla a cubierto. Cuando los vecinos de las azoteas cercanas vitorearon los bombardeos, la mujer les gritó que esas bombas también matarían a inocentes.

Haris Silajdzic disfrutó del espectáculo. Los serbios que habían asesinado sin contemplaciones a los habitantes de Sarajevo conocían ahora por primera vez el terror y el desamparo, y se lo merecían. Los vecinos del chófer de la embajada le dieron a este un ramo de flores y una tarjeta de agradecimiento para que se los llevase el embajador Menzies[142].

Las Fuerzas Aéreas estadounidenses pensaron que era demasiado peligroso que el equipo de Holbrooke volase a Belgrado durante la campaña aérea contra los serbios. Holbrooke creía, sin embargo, que no había mejor momento[143]. No tenía idea de cómo respondería Milosevic, ni siquiera si querría recibirlo, y en el coche camino del palacio residencial se le encogió el estómago. Tuvo la corazonada de que las bombas reforzarían su posición a la hora de negociar.

Milosevic recibió a Holbrooke como a un viejo amigo de los de salir de copas. Cuando el mayordomo de chaqueta blanca ofreció vasos de agua mineral y zumos de frutas, Holbrooke preguntó:

—¿Puedo coger dos?

—Embajador Holbrooke, coja tres —respondió Milosevic[144].

Se condolió entonces el líder serbio por la pérdida de los tres estadounidenses, deteniéndose en Frasure como si hubieran sido amigos cercanos. Holbrooke presentó a sus sustitutos.

—He estado muy ocupado mientras estuvo usted fuera —dijo Milosevic. Se metió una de las manos gordezuelas en el bolsillo de la americana azul, sacó un documento escrito en serbio y se lo entregó a Holbrooke—. Este documento consigna la creación de una delegación conjunta, integrada por representantes de Yugoslavia y la *Republika Srpska*, en el seno de la cual se dirimirán todas las futuras conversaciones de paz.

La delegación constaría de seis miembros, tres de Belgrado y tres de Pale. La presidiría el propio Milosevic que, además, se encargaría de deshacer cualquier empate en las votaciones. Desde ese momento, sería él quien negociase en nombre de la *Republika Srpska*, lo que allanaría enormemente el camino hacia el acuerdo.

—El documento, además, ha recibido el plácet del patriarca Pavle, el cabeza de la Iglesia ortodoxa serbia. Mire.

Milosevic señaló hacia una firma que aparecía junto a una cruz ortodoxa. La influencia del patriarca había marcado la diferencia con el muy devoto Karadžić. Para cubrirse las espaldas, el jefe de la policía secreta de Milosevic, Jovica Stanišić, había recopilado un grueso fajo de documentación relativa a los antecedentes delictivos del número dos de Karadžić, el presidente del Parlamento serbobosnio y contrabandista de cemento Momčilo Krajisnik. Quizá el cabreo que Holbrooke había fingido en su último viaje a Belgrado había impresionado realmente a Milosevic.

Hill, que sabía un poco de serbio, echó un vistazo al documento. Parecía ofrecer la clave de la paz.

—Ojalá estuviera aquí Bob para ver esto —deseó Holbrooke[145]. Hill pensaba justo lo mismo, pero tenía un nudo en la garganta.

Milosevic se encendió un habano enorme. Holbrooke decidió presionar.

—¿Cómo sabe usted que sus amigos de Pale harán…?

—No son mis amigos —lo interrumpió Milosevic, escupiendo unas hebras de tabaco acto seguido—. No soporto estar con ellos en la misma habitación. Son unos mierdas.

La charla, la comida y la bebida se alargaron por ocho horas[146]. Milosevic bebía a un ritmo constante, emborrachándose y serenándose de forma alterna en varias ocasiones. Holbrooke se llevaba el vaso de whisky o de *šljivovica* a la boca tantas veces como él, pero sorbía muy poco. No se quedó en los puntos del orden del día —no había realmente un orden del día —, sino que dejó que la conversación siguiese su curso sinuoso, con la atención puesta en brechas por donde colarse. Milosevic divagó sobre el vino serbio, sobre el Imperio otomano, sobre la Segunda Guerra Mundial, sobre sus días de banquero en Nueva York, sobre el futuro económico de Serbia… Holbrooke le dio carrete, disfrutando de la perorata, y de cuando en cuando recogía carrete para traerlo de vuelta al tema de la guerra. El estadounidense

salía alguna vez para atender una llamada —aceptar llamadas durante un almuerzo era una de sus maneras preferidas de demostrar estatus— y regresaba disculpándose e informando de que era la Casa Blanca, si bien Hill y los demás suponían que quien telefoneaba probablemente fuera Kati[147].

Cuando Milosevic sacó a colación por fin los bombardeos —después de dos horas de charla, sin emoción ninguna, como si se le hubiera ocurrido de pasada— y pidió que se les pusiera fin, Holbrooke dijo:

—No puedo garantizárselo, pero es posible que el general Clark logre que paren[148].

Como es obvio, no estaba en mano de Clark, pero este era el que más medallas llevaba en el pecho, y Holbrooke exageró un poco su importancia, como hizo también con el general Pardew, de quien dijo que podía hablar en nombre del secretario de Defensa, o con el general Kerrick, quien supuestamente tenía línea directa con Clinton. Holbrooke jugaba a la ambigüedad, a no decir cuánto peso tenía en la máquina de guerra de la OTAN, del mismo modo que Milosevic daba a entender, ilusamente, que apenas ejercía control sobre los serbobosnios, lo que lo convertía en el negociador menos insufrible de cuantos Holbrooke debía tratar.

Así pues, se tendió un vínculo entre ambos, con esa tensa familiaridad de los tahúres en la mesa de juego. Holbrooke no dudó en engañar a los tres presidentes balcánicos, pero a Milosevic le colaba más trolas que a los demás. Clark y Pardew recopilaron un archivo con documentos de inteligencia sobre el apoyo que los serbios daban a los serbobosnios, asegurándose de meter algunos datos falsos entre los verdaderos. Milosevic estudió los documentos y no dio muestras de distinguir unos de otros. En una ocasión, en mitad de una sesión interminable, Holbrooke telefoneó a Les Gelb: «Oye, Les, ¿qué tal? Estoy aquí en el despacho de Slobo. Le he dicho que a ti también te gustan los puros y le he pedido algunos para ti. Me dijo que te enviaría una caja, pero no me lo creo, porque miente más que habla. ¿No es verdad eso, Slobo? ¿Que miente usted más que habla?»[149]. Un paripé que iba en beneficio tanto del mejor amigo de Holbrooke en Nueva York como el monstruo de Belgrado.

Milosevic era aún más directo, salpimentando su inglés chapurreado de *fucks* o metiéndose con Holbrooke cada vez que podía: «Richard Charles Albert Holbrooke. ¿Por qué tiene todos esos nombres?». «¿Por qué siempre lleva el cuello de la gabardina levantado? Es usted un político y todos los

políticos tienen algo. Lo de Tuđman es el pelo; lo suyo, el cuello de la gabardina». Sí, en efecto, el cuello de la gabardina de Holbrooke era una de las pocas cosas que Milosevic no controlaba.

Thomas Mann consideraba el arte «una broma muy seria». El ejercicio diplomático de Holbrooke era un teatro en que se jugaba con la propia muerte. Un enjambre de periodistas empezó a seguir a su equipo a cada paso: los esperaban en el recibidor del hotel Hyatt, al otro lado del río Sava y las oficinas de Milosevic, y Holbrooke se daba la vuelta para concederles una parrafada espontánea pero hilada a la perfección y, ante todo, en absoluto noticiosa. Se guardaba siempre de mantener expectativas no demasiado altas, pues lo contrario no le hacía ningún bien. Una de sus reglas en el equipo era que no se filtrase nada, pero él tenía también a sus periodistas favoritos —Roger Cohen, del *New York Times*, por ejemplo, o Christian Amanpour, de la CNN— cuya prominencia y simpatía hacia sus ideas le ganaron acceso a información privilegiada.

Holbrooke pasaba una noche o dos sin dormir y se echaba siestas de unas horas cada tanto. Daba la impresión de estar en continuo movimiento, entrando y saliendo de aeropuertos y hoteles arropado por su séquito, atestando las agendas con reuniones que se extendían hasta la madrugada, marcando siempre el ritmo. Esa intensidad creaba el impulso necesario para dar el siguiente paso importante, por pequeño que fuera, y con cada paso el proceso ganaba velocidad y fuerza. Aquella experiencia le quitaba el aliento. Durante una jornada que tuvo que pasar en Ginebra rodeado de diplomáticos europeos tuvo la oportunidad de dormir una noche del tirón en un hotel de lujo, y eso, paradójicamente, hizo que se sintiera agotado al día siguiente. Quiso volver de inmediato a los Balcanes, donde las tensas horas de insomnio con los señores de la guerra lo cargaban de energía. Su supuesta estrategia era sencilla: él se ponía en marcha y obligaba a los demás a seguirle el ritmo. De esa manera, se ponían al alcance de la mano cosas inalcanzables a menos que el resto avanzara a la par que él.

Quienes se habían mostrado escépticos con Holbrooke y su equipo empezaron a confiar en él y en la misión. Clark era quien más esfuerzos había tenido que hacer para poner un pie en la orilla de la estrategia negociadora y el otro en la de sus superiores, pero vio de primera mano los resultados de la diplomacia respaldada por la fuerza y se convirtió en todo un halcón en lo

referido a Bosnia. Pardew se preguntó si el ego de Holbrooke no terminaría volviéndose en su contra, y confesó a sus colegas del Pentágono que, después de la reunión del 30 de agosto entre Holbrooke y Milosevic, decidió que no le prestaría las llaves de su casa a ninguno de esos dos hombres[150]. Sin embargo, Pardew escribió en su diario el 2 de septiembre:

> No hay nadie más en el gobierno estadounidense que pueda sacar esto adelante. RH es incansable, intuitivo, no tiene miedo a Washington ni a la gente con la que tiene que lidiar aquí. Es un encantador de serpientes y sabe llevar a quien tiene enfrente por el camino que le conviene, con el enorme riesgo que ello conlleva. Tiene muchos enemigos y detractores. Si la misión fracasa, será el único responsable. Es muy valiente y hábil. Se esfuerza por que todos nos involucremos al máximo, pero manipula al equipo como a todos los demás. Es todo un personaje. No puedo evitar que me caiga bien. Hay que verlo en acción[151].

XI

Durante el fin de semana del Día del Trabajo en Estados Unidos, a principios de septiembre, el equipo voló de Belgrado a Bonn, y de allí a Bruselas, Ginebra, Zágreb, de nuevo a Belgrado, Skopie, Ankara y Belgrado por tercera vez (a Atenas y Skopie, porque Holbrooke, Hill y Pardew se tomaron un descanso de Bosnia para resolver un volátil enfrentamiento de Grecia y Macedonia respecto del nombre adoptado por este nuevo país independiente). Tres años y medio después de la independencia declarada de los bosnios, Milosevic se avino por fin a reconocer Bosnia y Herzegovina como Estado independiente y aceptó respetar sus fronteras. Sin embargo, para evitar que Karadžić volviera a rebelarse, se negó a permitir que a Bosnia se la considerara «república», lo que conferiría al gobierno central demasiado poder: tendría que ser una «unión» o una «confederación», e insistió en que la parte serbia de Bosnia se llamara *Republika Srpska*, el nombre que le dieron los criminales de guerra de Pale. En un empate técnico militar, los nombres podían hacer las veces de símbolos de victoria o derrota.

El 1 de septiembre, la OTAN suspendió los bombardeos para poner a prueba a Mladić y comprobar si en verdad tenía intención de poner fin al sitio de Sarajevo. Mladić dio la típica respuesta equívoca, que bastó para debilitar la voluntad de los cargos europeos y estadounidenses de turno. Holbrooke sabía que, si las bombas caían de nuevo, sería más fácil vender las demandas de Milosevic a los bosnios.

El 4 de septiembre, Día del Trabajo en Estados Unidos, Holbrooke se reunió con Izetbegovic en Turquía. Se citaron a última hora en la embajada estadounidense de Ankara. Izetbegovic le había dicho a Holbrooke (el día del accidente en el Igman y de nuevo en casa de Pam Harriman en París) que los bosnios querían un Estado único. No habían aguantado tres años y medio para ver parte de su país anexada a Serbia. Al final, habría sido preferible dejar ir a los serbobosnios. Pero no nos adelantemos a la historia… Nadie sabía cómo esas dos entidades —una croata y musulmana, la otra serbia— podrían cohabitar en un único Estado, bajo el mismo marco constitucional.

¿Funcionaría como Suiza, con cantones federados, o como Chipre, con una perenne tregua hostil?

En el salón del embajador, Izetbegovic y Sacirbey echaron una ojeada al borrador de premisas que Milosevic había aceptado en Belgrado. Los bosnios no querían dar pábulo a ese hecho fundamental: que Milosevic estaba dispuesto a reconocer a su país oficialmente. Se obsesionaron con ese nombre, que detestaban: *Republika Srpska*.

—Es el nombre que le dieron los nazis— protestó Izetbegovic.

Roberts Owen, el jurista del equipo estadounidense, trató de argumentar que el nombre era lo de menos.

—En nuestro país, algunos estados se llaman a sí mismos «repúblicas» y otros *commonwealths*. —Habló también de Tejas—. No importa cómo se llamen, mientras se reconozcan parte de un país.

Izetbegovic replicó que Yugoslavia también había estado conformada por repúblicas, con la salvedad de que la *Republika Srpska*, de conformarse oficialmente, sería una república nacida de un genocidio[152]. La discusión se alargó hasta pasada la medianoche. Holbrooke no hacía más que salir al pasillo para instar a Washington a retomar los bombardeos, interrumpidos desde hacía un día por la resistencia de los generales de la ONU Bernard Janvier (en Zágreb) y Rupert Smith (en Sarajevo), de los franceses y del Pentágono. En ese momento, fuerza militar y diplomacia deberían estar en perfecta sintonía. Si Izetbegovic tenía la impresión de que los bombardeos no continuarían, jamás aceptaría la oferta de Milosevic. Era de mucha ayuda que Izetbegovic fuera testigo de cuanto Holbrooke estaba esforzándose.

—Entendemos los problemas que está usted atravesando en este sentido —dijo por fin Holbrooke al presidente—. No podemos quitar la *Republika Srpska* del borrador del acuerdo. Lo siento. Es todo lo que podemos hacer.

Los bosnios se reunieron para conferenciar entre ellos. Izetbegovic se hundió en el pesimismo y Sacirbey intervino:

—Esto es algo muy difícil de aceptar para mi presidente, pero haremos lo que podamos. Será muy difícil explicárselo a la ciudadanía.

Más tarde, en las primeras horas del 5 de septiembre, Holbrooke volvió a hablar por teléfono con Berger y el resto de cargos, reunidos en la Sala de Crisis[153]. «Si no retomamos los bombardeos será otra catástrofe —les dijo —. La OTAN de nuevo quedará como un tigre de papel. Los serbobosnios

volverían al chantaje». Lo que dijo después quizá sonase como otro mensaje al estilo Churchill, de los que se leen en unas memorias, pero iba muy en serio, y así se lo tomaron en Washington: «La historia podría encontrar su equilibrio esta noche. Creo sinceramente que, en calidad de funcionarios públicos, jamás en su carrera han tenido ni tendrán ante sí una decisión tan importante como esta. Bombas a cambio de paz».

Los bombardeos se reiniciaron a la mañana siguiente.

Más tarde, Holbrooke se arrepintió de haber presionado a Izetbegovic para que aceptara aquel nombre impuesto por los nazis. En aquel momento, era posible que tuviese más influencia sobre Milosevic de la que creía, y deseaba haberle apretado las tuercas al líder de los serbios para lograr un cambio. La *Republika Srpska* se convirtió en una cruz con que los negociadores obligarían a Bosnia a cargar para los restos.

El episodio de Ankara, y en general la experiencia de pasar dos meses viajando de un lugar a otro para hablar con gente, demostraron que la reputación que Holbrooke tenía de bravucón proclive a las intimidaciones era exagerada. Sí, se sirvió de los F-16 y los misiles Tomahawks para sus objetivos. Sí, podría ser un buldócer —así lo llamaba al parecer Tuđman— y en Serbia su apellido dio origen al verbo *holbrukciti*, que significa abrirse paso a base de fuerza bruta. A veces terminaba a gritos: en una ocasión le gritó a Milosevic, en alguna otra a Chris Hill (cuando algo salía mal); también dio un par de voces a Sacirbey (de hecho, casi llegan a las manos en una habitación de hotel de Nueva York). Sus métodos, a pesar de todo, eran diplomáticos. Sus logros llegaron a través de la persuasión, cuyo ingrediente principal (unas tres cuartas partes) es la pertinacia. ¡Aquella voz era una implacable corriente subterránea! Me imagino diciéndole a Milosevic: «Señor presidente, teníamos un acuerdo. Este comportamiento claramente no se corresponde con el mismo. Si sus “amigos” no quieren conversar, nos vamos de aquí de inmediato»[154]. Lo imagino diciéndole a la prensa: «El presidente Clinton nos ha enviado hoy aquí en misión de paz en una situación de guerra»[155]. A Izetbegovic: «Señor presidente, puede usted poner fin a cuatro años de hostilidades en su país firmando un papel, con sus condiciones»[156]. Y a Pardew: «Jim, déjame tu corbata. Kati dice que llevo saliendo en la tele tres días seguidos con la misma y que tengo que cambiármela»[157].

En su autobiografía, Izetbegovic, quien no sentía especial afecto por Holbrooke, escribió: «Dicen que la diplomacia y el poder son dos extremos de una misma escala. Cuanto más poder posees, menos diplomacia necesitas. En el caso extremo, la verdadera superpotencia no necesita diplomacia de ningún tipo. Holbrooke refuta esta teoría. Representaba a la mayor superpotencia, la única auténtica superpotencia del mundo, pero era diplomático en toda la extensión de la palabra, y usaba sus habilidades de persuasión como la más poderosa de las armas»[158].

Si el arsenal de Holbrooke incluía una hipertrofiada reputación de brutalidad, era probablemente porque él así lo quería.

El bombardeo duró días. Con Borís Yeltsin, los rusos estaban en su momento más bajo desde la caída de la Unión Soviética y habían demostrado de manera sorprendentemente sistemática su voluntad de que Estados Unidos tomara la delantera en los Balcanes. La acción militar estadounidense, sin embargo, avivó el nacionalismo ruso y el Kremlin apuntó la posibilidad de participar en aquella guerra del lado de sus compañeros serbios ortodoxos. Las fuerzas bosnias y croatas estaban aprovechando los ataques aéreos para adentrarse en los territorios serbios de la Bosnia occidental, lo que había supuesto la huida de miles de refugiados en dirección a Belgrado. Holbrooke creía que la presión militar los acercaba al acuerdo definitivo y quería que la OTAN siguiera apretando. Las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos alertaban, no obstante, de que se les estaban terminando los objetivos.

La tarde del 13 de septiembre, el equipo de Holbrooke se reunió con Milosevic en uno de los boscosos cotos de caza de Tito, cercano a Belgrado, en un refugio junto a un estanque de patos. Milosevic fumaba un cigarrillo tras otro. No hubo clases magistrales sobre el Imperio otomano.

—Hay que detener de inmediato los bombardeos —exigió—. Mujeres y niños están siendo asesinados. En Banja Luka, los misiles han alcanzado a los opositores a Karadžić.

Holbrooke dio su respuesta estándar:

—El general Mladić tiene en su mano poner fin a los bombardeos.

No mencionó, claro está, que al cabo de dos o tres días la propia OTAN cancelaría la campaña de ataques de su propio grado y que se había apresurado a intentar obligar a levantar el cerco a Sarajevo mientras aún

contase con el respaldo de los bombardeos. Milosevic pidió un alto el fuego general en toda Bosnia, pero Holbrooke no creía que hubiera llegado aún el momento de suspender la ofensiva de musulmanes y croatas en el oeste del país. El alto el fuego tenía que empezar por Sarajevo.

Para ello, dijo Milosevic, habría que incluir a los serbobosnios en las conversaciones.

—Están aquí, de hecho —añadió.

Holbrooke se mostró confundido.

—¿Dónde?

—En aquella casa —dijo Milosevic, señalando hacia un chalet situado a unos doscientos metros del refugio de caza en que se encontraban.

Holbrooke se hizo a un lado con su equipo. «¿Deberíamos hablar con ellos?». Tras negarse en un principio a negociar con los serbobosnios y mantener el aislamiento, Holbrooke supo que en última instancia tendría que incluirlos, aun habiéndoseles acusado de criminales de guerra. Todo el equipo pensaba que había llegado el momento.

—¿Debería estrecharles la mano? —preguntó Holbrooke.

Habían llegado tan lejos que Hill no podía creer que Holbrooke le hiciera esa pregunta.

—Dick, por el amor de Dios, hazlo, terminemos con esto y volvamos a casa.

Holbrooke temía quedar atrapado en una reunión con un montón de tipos sin escrúpulos de quienes no supiese sacar ningún provecho. Advirtió a Milosevic de que él debería tener el mando en todo momento y de que no cabían arengas ni «milongas históricas».

—Estarán de acuerdo —aseguró Milosevic—. Nada de historia. Voy a buscarlos.

Los estadounidenses dieron un corto paseo por el bosque mientras el líder serbio iba en busca de los serbobosnios. Al volver del paseo, vieron llegar por fin al refugio un par de Mercedes negros. Era última hora de la tarde, pero aun desde lejos identificaron a los dos hombres que bajaron del coche principal: uno alto con la cola de una mofeta pegada en la cabeza; otro, más bajo, corpulento y con un caminar trabajoso pero altivo. Tenían algo caricaturesco, eran como personajes de revista. Un asistente llamó a los estadounidenses para que se unieran a los serbios.

No es habitual conocer en persona a asesinos en masa, mientras están aún en libertad. Al parecer, provoca escalofríos de temor, no tanto por lo que vayan a hacer, sino por lo que uno pueda sentir en su presencia. Holbrooke se les acercó desde el bosque, con los nervios a flor de piel. No quería hablar con Mladić, ni siquiera tenderle la mano. Para darse valor pensó en Raoul Wallenberg negociando con Himmler la vida de tantos judíos húngaros[159].

En el porche del refugio, Karadžić sonreía enfundado en un traje granate y Mladić resplandecía en su uniforme verde. A Hill y Pardew les parecieron un par de campesinos serbios. Karadžić era la viva imagen de la banalidad, con su doble papada y sus ojos tristes, de mirada apagada. Mladić parecía un tipo realmente malvado. A Pardew le olió a esos militares que han pasado demasiado tiempo en el campo de batalla.

Mladić alargó una fornida mano. Holbrooke estaba decidido a no tocarlo, pero Mladić la mantuvo extendida tanto tiempo que no le quedó más remedio[160]. La apretó un instante y la soltó.

Había otros serbios en el grupo, entre ellos Krajisnik, el contrabandista de cemento que había confraternizado con Karadžić y se había convertido en presidente del Parlamento serbobosnio: un tipo pequeño, bien vestido, de ojos almendrados y una única ceja, negra y tupida, que le atravesaba toda la frente. Era el de línea más dura del grupo. Las dos delegaciones se sentaron a una mesa de jardín forrada de un fieltro verde. El sol empezaba a ponerse. Mladić miró con fijeza a Pardew, que no pudo evitar reírse.

Karadžić comenzó a hablar en inglés, denunciando los bombardeos de la OTAN, los crímenes de musulmanes y croatas y otras humillaciones infligidas a los serbios. Holbrooke se volvió hacia Milosevic: si continuaba por ese camino, se levantarían de la mesa.

—Llamaré al presidente Carter —dijo Karadžić poniéndose de pie—. Estoy en contacto con él.

La diplomacia independiente de Carter había convencido a los serbobosnios de que él era su amigo.

—Le diré una cosa —atajó Holbrooke, algo acalorado—. El presidente Carter me nombró subsecretario de Estado. Trabajé para él cuatro años. Como la mayoría de estadounidenses, siento gran admiración por él, pero ahora es un simple ciudadano. Nosotros trabajamos para el presidente Clinton. Solo recibimos órdenes del presidente Clinton.

El currículum abreviado de Holbrooke devolvió a Karadžić a su asiento. Milosevic confesaría más tarde a Holbrooke, no sin cierto desdén, que los serbobosnios creían que Carter seguía dirigiendo la política exterior estadounidense. La noticia de que ya no estaba al cargo hizo que Karadžić adoptase una actitud más constructiva, aunque Mladić seguía hirviendo de rabia.

—Nadie tiene permiso para regalar un metro de nuestra sagrada tierra serbia —dijo.

Holbrooke pasó la noche eludiendo a los serbobosnios. Llamó por teléfono a Washington para explicar la situación y dio un paseo con Milosevic, mientras Clark y los demás estadounidenses redactaban una declaración para firmar. En ella se declaraba que Estados Unidos detendría los bombardeos, retiraría el armamento pesado de las montañas y abriría el aeropuerto y la carretera de Kiseljak a las organizaciones humanitarias. Se pondría fin al cerco de Sarajevo. A cambio, la OTAN dejaría de bombardear tres días para verificar el cumplimiento de las condiciones, y Estados Unidos impediría que los bosnios sacasen tajada del alto el fuego. Pasada la medianoche, Clark se levantó, se colocó junto a una lámpara de pie en el porche y leyó la declaración en voz alta. Un intérprete la tradujo al serbio. Mladić miraba a Clark con ira. Cuando terminó, los serbios empezaron a discutir cada una de las frases.

—¿Tenemos acuerdo o no? —preguntó Holbrooke—. Si no, no veo razón para seguir hablando.

Nadie había obligado antes a los serbios a demostrar que decían la verdad, y él no pensaba aflojar ni un segundo. De sus antiguos jefes, estaba actuando no como Jimmy Carter, sino como Lyndon Johnson, a quien le gustaba decir: «Tienes que agarrarlos de los cojones y apretar hasta que les duela»[161].

Los serbios firmaron[162]. Eran las dos y media de la mañana. Mladić garabateó su nombre sin mirar siquiera el documento. Tenía el codo izquierdo vendado y grava en el riñón. Se dejó caer en un sofá y en torno a él se elevó una vaharada de mal olor.

Tres días después, el 17 de septiembre, Holbrooke contemplaba desde la cabina de un C-30 los árboles caídos en las laderas del monte Igman, poco antes de aterrizar en el aeropuerto recién abierto de Sarajevo, ciudad a la que

no había vuelto desde el accidente, a causa de los ataques aéreos. En el palacio presidencial —tachonado de balazos, rodeado de sacos terreros, con las ventanas forradas de nailon y los pomos de las puertas medio rotos—, Izetbegovic, Silajdzic y Sacirbey («Izzy», «Silly» y «Mo» los llamaba Holbrooke) se mostraron sumamente decepcionados por el fin de los bombardeos. Al parecer preferían que la OTAN siguiera castigando a los serbios, aunque el asedio continuase. «Estamos a un pequeño paso del éxito total», rezongó Silajdzic. Sacirbey le dijo a Holbrooke que durante las charlas se le había pegado a este el hedor de los serbios. Los bosnios temían que Milosevic se hubiera hecho con su voluntad.

Sin embargo, cuando Holbrooke salió del palacio, se topó con una gran muchedumbre que se había reunido para jalearlos[163]. Hill le recomendó que saludara. Holbrooke por lo general se valía de sus anchos hombros y su abultado pecho para imponerse, ya fuera bajo techo o al aire libre. Su tamaño y su energía infundían en los bosnios una sensación casi física de que al menos ese diplomático tenía intención de solucionar sus problemas. Sin embargo, en ese momento solo pudo alzar la mano lenta y torpemente. Estaban a punto de saltársele las lágrimas. El sitio se había prolongado cuarenta y dos meses.

Aun sin ataques aéreos, mediado septiembre la ofensiva en el oeste de Bosnia estaba cerca de llegar a una resolución. El ejército serbobosnio se venía abajo y las fuerzas croatas y bosnias se hallaban a veinte kilómetros de Banja Luka, la segunda ciudad de Bosnia en población y bastión serbobosnio desde principios de la guerra. Milosevic rogó a Holbrooke que no dejara caer Banja Luka[164]. De lo contrario, varios cientos de miles de refugiados huirían a Serbia, lo que supondría una amenaza para el régimen de Milosevic. En Washington, Lake y Christopher pidieron que la ofensiva se detuviera. Holbrooke y Galbraith querían que las hostilidades continuasen en los alrededores de Baja Luka, no en la propia ciudad, y urgieron a croatas y bosnios a tomar Prijedor, Omarska y Manjača, pueblos cuyos nombres eran sinónimo de «limpieza étnica», que merecían ser devueltos a los bosnios y que sería más fácil retener en las negociaciones si ya estaban en manos de la federación futura. Sin embargo, Tuđman, que llevaba meses en racha, propuso a Holbrooke que en las conversaciones finales Banja Luka pudiera intercambiarse por Tuzla, lo que permitiría a Croacia dominar Bosnia, y el

territorio musulmán se encogería hasta la misma Sarajevo. Tuđman seguía obsesionado por el peligro musulmán y el choque de civilizaciones.

Para Izetbegovic, Banja Luka era la Sarajevo de los serbobosnios. ¿Qué manera mejor de vengarse sino lanzando una lluvia de morteros sobre su mayor ciudad? No había dado tiempo a acostumbrarse a ver a los serbios derrotados y presa del pánico.

Todos los dirigentes se odiaban entre sí y todos temían que el otro traicionase en algún momento las buenas relaciones a punta de pistola, y ese miedo en parte alimentaba su afán de conquista. Las tropas musulmanas y croatas empezaban ya a enfrentarse entre ellas, y eso era lo que más alarmaba a los estadounidenses. Que cayese Banja Luka habría sido una apuesta a ciegas con posibles muertes evitables de por medio. Se habían perdido ya cien mil vidas.

Así pues, Holbrooke engañó a ambos líderes. Les contó la misma mentira, la única que podía obligarlos a deponer las armas: que había hablado por teléfono con el presidente Clinton y este le había advertido de que los cazas de la OTAN empezarían a tirar bombas sobre las tropas de uno y otro bando si se intentaba tomar Baja Luka.

El 11 de octubre entró en vigor un alto el fuego de sesenta días en toda Bosnia. Para entonces, el mapa se había visto transformado merced al campo de batalla: del 70-30 a favor de los serbios, la federación bosnia se había hecho con más del 51 por ciento gracias al plan del Grupo de Contacto. Este plan era un producto sobre todo estadounidense, y cambiar las condiciones a expensas de los serbios habría causado demasiados problemas. El alto el fuego puso fin a las hostilidades, pero no garantizaba nada: otros altos el fuego anteriores habían terminado quebrantándose. Era necesario desentrañar todas las enrevesadas cuestiones que habían dado inicio a la guerra y la sostenían —a saber, quién se quedaba con qué territorios, cómo funcionaría Bosnia en cuanto Estado— en una conferencia de paz que estaba agendada para varias semanas después. Tras dos meses yendo y viniendo entre residencias presidenciales de líderes balcánicos, Holbrooke no las tenía todas consigo.

¿Y si hubiera dejado caer Banja Luka? Holbrooke no era muy dado a los remordimientos, pero esa idea lo perseguiría durante años. Habría sido el fin de la *Republika Srpska*. Bosnia sería hoy un Estado multiétnico, difícil de

gobernar, pero íntegro. La guerra habría tenido un ganador. Y no habría habido Acuerdos de Dayton.

XII

El lugar que primero se nos viene a la cabeza al pensar en una conferencia de paz es París o Ginebra. Holbrooke no quería negociar ni en una ni en otra. Aquellas ciudades centelleantes habían seducido, por ejemplo, a los diplomáticos que habían pasado años hablando sobre Vietnam, comiendo bien y haciendo turismo, mientras al otro lado del mundo las matanzas no cesaban. Holbrooke deseaba que la conferencia se celebrase en Estados Unidos, y en una base militar, donde el control estadounidense fuera total. Sin distracciones y sin tentaciones de dejar las cosas para más adelante. Quería que el éxito tuviese el marchamo estadounidense y estaba dispuesto a asumir el riesgo de que todo quedara en fracaso. Aunque fuera un mero secretario de Estado adjunto, ese posible éxito o posible fracaso también sería suyo, porque aquel show lo había montado él y era él, Holbrooke, quien estaba jugándose el todo por el todo, por su país y por sí mismo.

A nadie más le gustaba la idea de celebrar la conferencia en suelo estadounidense, salvo a Lake. ¿Por qué arriesgar la imagen del presidente justo a un año de las elecciones? Lake, en cualquier caso, le pasó la patata caliente a Holbrooke, que era quien había llevado hasta ese punto las conversaciones de paz.

El lugar elegido se encontraba a unos kilómetros de Dayton, en el estado de Ohio. Se trataba de la base Wright-Patterson de las Fuerzas Aéreas, una de las mayores del país: más de tres mil hectáreas en mitad de una llanura llena de explotaciones agrícolas, veintitrés mil empleados y una pista de aterrizaje de cuatro kilómetros de longitud. Las delegaciones aterrizaron la noche del 31 de octubre, Holbrooke era el primero en la alfombra roja en estrechar la mano de los tres presidentes. Junto a la entrada a la base había cuatro edificios de ladrillo de dos pisos que abrazaban un aparcamiento rectangular: los alojamientos para los oficiales visitantes. Allí se hospedarían las delegaciones. Bosnios y croatas vivirían enfrentados, en los lados norte y sur del aparcamiento; serbios y estadounidenses, en los lados este y oeste. Los europeos ocuparían un quinto edificio, situado en el exterior del rectángulo. Los edificios tenían pasillos largos y estrechos, y las habitaciones no eran

muy grandes, con muebles algo desvencijados y suelos de linóleo, como un motel de carretera de 49 dólares la noche.

El oficial al mando de la base había mandado tirar tabiques, poner moqueta nueva y cambiar los muebles a fin de crear, en el segundo piso de cada edificio, suites más amplias y agradables para los tres presidentes y también para Holbrooke y Carl Bildt, que encabezaba la delegación europea. Los únicos lugares para comer eran el Club de Oficiales, al que había que ir en coche, y Packy's, un bar deportivo que se hallaba en el hotel y centro de congresos Bob Hope, un bloque de hormigón situado a doscientos metros, del otro lado del prado que rodeaba los alojamientos. Se mandó también abrir un sendero en el prado que comunicase los alojamientos con el hotel, flanqueado con focos de suelo, un modesto toque de elegancia entre tanta austeridad. De todas todas, no ha habido en la historia conferencia de paz menos elegante que la celebrada en Dayton.

Sin embargo, esa combinación de lo titánico de la base y lo espartano de la vida que en ella se llevaba —ese ambiente estadounidense y, de manera específica, del Medio Oeste, a la vez mundano, imponente y grave— ponía en evidencia los palacios y el pan de oro de los europeos. Se transmitía muy claro este mensaje: ustedes tendrán la historia y la belleza, pero han sido incapaces de poner fin a una guerra en su propio continente. Nadie había movido un dedo hasta que los estadounidenses se involucraron, hasta que Holbrooke, ese tipo vulgar e insomne, entró en escena.

Llegó nervioso y agotado. Llevaba dos meses cruzando el charco y viajando por Europa a toda velocidad, durmiendo tres horas por noche, echando siestas de diez minutos cuando podía, comiendo pesado y devanándose los sesos en reuniones interminables. Tenía el rostro pálido e hinchado. Había conseguido por fin arreglárselas para que todo el elenco balcánico se reuniera a ocho mil kilómetros de la antigua Yugoslavia y al otro lado de una valla de seguridad de una base estadounidense.

No puedo dejar de hacer una analogía con las artes escénicas: Holbrooke sería el empresario teatral que hace también de productor y director, todo a la vez. Se negaba a vender entradas para el espectáculo: el descomunal cuerpo de periodistas internacionales quedó confinado en un anodino edificio en un extremo de la base. Al final del día, se les alimentaba con una magra ración de partes informativos. (La regla de no dar entrevistas era de aplicación para

todo el mundo, salvo para Holbrooke, quien cenaba a veces con Roger Cohen, del *New York Times*, y cada tanto le filtraba alguna noticia a través de Kati, para que pudiera redactar una semblanza en detalle del hombre que acabaría con aquella guerra). Holbrooke relegó a los europeos a un papel secundario: sus larguísimos debates, centrados en los procedimientos, lo enloquecían, y muy pronto empezó a mandar a las reuniones matutinas de los europeos a su adjunto, John Kornblum. También supo mantener a raya a Washington, tildando de injerencia inaceptable cualquier pregunta u objeción presentada por Lake.

Había en la obra de teatro de Dayton unos doscientos extras, y de dar vida al melodrama se encargaban media docena de protagonistas. El plató era tan íntimo que se sabía quién estaba despierto simplemente echando un vistazo al aparcamiento y los edificios, y viendo qué luces se hallaban encendidas. La trama se iba desarrollando a base de encuentros no planeados sobre el asfalto, entre los cuatro edificios. Holbrooke había creado aquella escenografía claustrofóbica para producir un vacío existencial que obligara a los personajes a enfrentarse a las verdades por él reveladas.

No había fecha de clausura de las conversaciones, aunque Holbrooke no creyó que debieran pasar más de dos semanas en aquella base. Habían empezado los ensayos sin programa y sin guion: aquella era una pieza improvisada que podría cancelarse en cualquier momento.

Pensó que era probable que fracasaran. Y aun así, no cejó en su empeño, metiéndose en todas y cada una de las escenas.

Tuđman aterrizó en Dayton en calidad de ganador de las guerras balcánicas. Croacia llegaba limpia de polvo y paja étnicamente hablando, salvo por la parte oriental de Eslavonia, la región al otro lado del Danubio donde estallara la guerra. Lo único que Tuđman pretendía obtener de Dayton era esa región, Eslavonia oriental: estaba dispuesto incluso a volver a la guerra por ella, así que no dudó en ir y venir desde Zágreb con su obsequioso séquito, enfrentando a las otras dos partes una contra otra para su propio beneficio.

De Dayton, Milosevic quería la paz. Quería que los estadounidenses lo ayudaran a salir de lo que él mismo había puesto en marcha años antes. Encontró en Holbrooke a su redentor, y el mero hecho de poner el pie en Estados Unidos, donde la prensa lo tachaba de malvado ingeniero de la

guerra, era ya una suerte de victoria. Quería asegurarse el poder en Serbia y que se levantaran las sanciones. Holbrooke había intentado suspenderlas antes de que comenzaran las conversaciones, como incentivo para lograr un acuerdo, pero Lake y Albright bloquearon la iniciativa. El estrangulamiento sin remisión volvía a Milosevic más vulnerable, pues en Belgrado se temía que pudiera haber un golpe de Estado en su ausencia e incluso que se atentara contra su vida a su regreso. A Dayton, Milosevic llegó con poca voluntad de negociar, siendo, no obstante, quien más dispuesto estaba a alcanzar la paz. Karadžić y Mladić, criminales de guerra condenados, habrían sido detenidos por las fuerzas de seguridad estadounidenses, así que no viajaron con la delegación serbobosnia. Milosevic tenía al resto de serbobosnios enclaustrados en el segundo piso del edificio de los serbios, aislados del resto.

Los bosnios musulmanes eran el comodín. Izetbegovic odiaba negociar porque no quería tomar decisiones, y cualquier decisión podría, bien hundir a su gente de nuevo en el marasmo de la guerra, bien ratificar las atrocidades cometidas por los serbios[165]. Para él, las conversaciones de paz eran una especie de chantaje, y las falsas cordialidades de las diplomáticas charlas de sobremesa con gente que quería destruirlo le resultaban tan desagradables que terminaba retirándose antes de tiempo. Dormía mal en Dayton y se despertaba de madrugada con el corazón desbocado[166]. «Me sentía camino del Calvario, como si me fueran a crucificar», escribiría más tarde. Sus dos principales asesores. Silajdzic y Sacirbey, se odiaban y lo único que les preocupaba era su futuro político. No había espacio en la Bosnia de posguerra para tres líderes como aquellos.

Nadie estaba seguro al cien por cien de qué postura tomarían al final los bosnios. Querían una Sarajevo indivisa y también enclaves como Srebrenica o Zepa, que estaban en manos de los serbios. Querían recuperar territorios recientemente ocupados por los croatas. Y que los criminales de guerra fuesen juzgados en La Haya. Los bosnios eran igual que la víctima de una violación que, traumatizada y furiosa, no soportara ver cómo el violador se declaraba culpable para que le redujeran la condena.

Los tres bandos en liza se mostraban tan hostiles unos con otros que tras el primer día de la conferencia de paz no hubo más reuniones oficiales, hasta el último. Aquello no eran Estados Unidos y Vietnam discutiendo sobre la forma de la mesa y luego repitiendo las posturas oficiales año tras año.

Aquello no era una partida de ajedrez entre dos grandes maestros como Kissinger y Zhou Enlai. Era diplomacia en su forma más humana; violentos choques entre psiques al desnudo.

La primera noche, Holbrooke se llevó a Milosevic al Packy's, el bar con grill del cercano hotel Bob Hope. Haris Silajdzic y Chris Hill estaban sentados a una mesa cerca de una de las televisiones panorámicas. Silajdzic, el primer ministro bosnio, era un académico formado en Sarajevo, acababa de cumplir cincuenta años y creía en una Bosnia multiétnica, pero adolecía de un humor cambiante y era dado a melancolías, ataques de furia y posturas revanchistas e inmisericordes. Holbrooke, que siempre se había mostrado encorsetado con Izetbegovic, sí se sentía cómodo con Silajdzic, al que trataba de tú a tú. Como Izetbegovic no estaba por la labor de negociar, Holbrooke supo desde el principio que si quería sacar algún acuerdo de Dayton tendría que sentar a hablar a Milosevic y a Silajdzic.

Sin embargo, en el Packy's no hicieron sino ignorarse uno a otro, estrechándose fríamente la mano[167]. Milosevic estaba de un humor de perros a cuenta de las sanciones. Le dijo a Holbrooke que el enfoque que estaba dando a las negociaciones era una estupidez:

—Usted no entiende los Balcanes.

—Estoy seguro de que no los entiendo, señor presidente —repuso Holbrooke—. Pero estamos aquí para alcanzar la paz y espero que usted pueda ayudarnos.

La comida de Packy's era un asco, en opinión de Milosevic. Después de la primera noche, el líder serbio reservó una mesa en el Club de Oficiales, algo más elegante, y cenaba langostas que le llevaba un simpatizante estadounidense desde Maine, las cuales regaba con whisky. Fue de compras a un centro comercial que había cerca de la base y se hizo con un par de botas Timberland para su pérfida esposa[168]. Parecía dispuesto a quedarse a vivir en Dayton.

Esa segunda jornada, las cosas no fueron mucho mejor[169]. Milosevic y Tu đman se reunieron con Holbrooke y Warren Christopher para charlar sobre Eslavonia oriental. Los dos presidentes inauguraron el encuentro gritándose improperios uno a otro en una mezcla de inglés y serbocroata. «¡Franjo! ¡Slobo!», tuvo que intervenir Holbrooke, quien se obstinaba en que ambos

hicieran concesiones y llegasen a algún acuerdo que permitiese tomar decisiones en otros temas. Milosevic se resistía: «Señor Holbrooke, es usted muy poco realista. Este asunto debe dirimirse sobre el terreno. Yo no tengo capacidad para controlar a los serbios de Eslavonia oriental. —Milosevic se volvió hacia Christopher—. Tuđman volverá a Zágreb durante unos días, pero yo soy prisionero del dictador Holbrooke».

Esa noche, Holbrooke escribió en su diario: «Las posturas son realmente monolíticas. No sé cómo coño vamos a hacer esto».

La tercera noche, Holbrooke celebró una cena oficial en el Museo Nacional de las Fuerzas Aéreas Estadounidenses, que ocupaba varios enormes hangares llenos de aeronaves de todas las guerras libradas por Estados Unidos a lo largo del siglo XX. Lo preparó todo para que los líderes balcánicos se hicieran una idea clara del poderío militar estadounidense. Los serbobosnios cenaron sentados debajo de un misil Tomahawk del tipo que habían lanzado los submarinos estadounidenses desde el Adriático y habían caído sobre Banja Luka menos de dos meses antes.

Kati había viajado a Dayton para oficiar como anfitriona junto a su marido. Este había aprendido de Henry Cabot Lodge que las fiestas y cenas eran herramientas esenciales en diplomacia, y le encantaba jugar con los detalles más nimios, como el lugar donde se sentaría cada uno. A ella la colocó a la cabecera de la mesa, con su chaqueta de seda roja de Yves Saint Laurent, entre Izetbegovic y Milosevic. «Vas a sentarte entre estos dos y los vas a obligar a que hagan las paces», le ordenó su esposo[170]. Kati intentó que los líderes charlaran entre sí, relatando sus años de niñez en el bloque soviético y contando cosas sobre los húngaros que se habían refugiado en Yugoslavia tras la revolución de 1956: «¡Siempre admiramos mucho a Yugoslavia! ¿Qué les ha ocurrido?»[171]. Izetbegovic se mostró prácticamente inmune a los encantos de Kati, pero gracias a las artes de esta, los dos líderes terminaron recordando el día que se conocieron, cuando Yugoslavia aún existía. Ambos afirmaron que la guerra los había pillado por sorpresa, y que tampoco esperaban que se extendiera tanto en el tiempo ni que fuese tan violenta. Como si no tuvieran nada que ver en ello.

«¡Qué hijos de puta! —quiso gritarles Holbrooke—. ¡Si fuisteis vosotros quienes empezasteis todo esto!». Pero la banda de música empezó a tocar temas de Glenn Miller y los invitados no tardaron en divagar hacia otros

asuntos bajo el ala de un gigantesco B-52 Stratofortress de los que habían sembrado la destrucción en Vietnam.

Pasó la primera semana en Dayton y no se logró cerrar nada. El aislamiento hacía del resto del mundo un lugar de fantasía, incluido aquel rincón llamado Bosnia que se derrumbaba poco a poco. Las partes enfrentadas, al parecer, habían decidido tomarse un respiro más largo de lo habitual en el Medio Oeste norteamericano.

Sacirbey viajó en coche con Izetbegovic a Kentucky para ver un partido de fútbol americano de Tulane, el equipo en que había jugado aquel de joven, que perdió contra Louisville. Silajdzic se dedicaba a hacer footing por la base. El representante francés recibió una caja llena de botellas de Beaujolais *nouveau* de parte de la embajada francesa y descubrió un restaurante bastante decente en Dayton llamado L'Auberge, que hizo el encierro más soportable. Holbrooke y Hill perdían un set tras otro a dobles contra Tuđman —que había vuelto de Zágreb— y su pareja, un médico croata que jugaba muy bien.

«Lo más difícil en esta situación es calibrar cada momento desde el punto de visto psicológico y saber dónde presionar y dónde no —escribió Holbrooke en su diario—. ¿Cómo podemos hacer que estos líderes debatan los asuntos realmente importantes? Aún no lo sé. Lo que sí sé es que esto parece cada vez más una terapia de grupo. Nos va a llevar muchísimo trabajo sacar algo en claro de aquí[172]».

Holbrooke, no obstante, se apuntó un tanto esa primera semana. David Rohde, joven periodista del *Christian Science Monitor*, primer medio que había informado sobre las masacres de Srebrenica, había recibido un chivatazo de inteligencia a finales de octubre, se había metido en territorio serbobosnio en un coche alquilado sin documentación ni permisos y había empezado a buscar restos humanos al norte de Srebrenica, en una presa colmatada de lodos donde se había perpetrado una ejecución en masa. Por desgracia, lo capturaron unos milicianos serbobosnios, que amenazaron con darle trato de espía.

La familia de Rohde voló a Dayton para pedir su liberación. Holbrooke le dijo a Milosevic que no habría acuerdo final hasta que Rohde fuese liberado, lo que llevó al presidente serbio a preguntar: «¿Serías capaz de algo así por un periodista?»[173]. Uno de los serbobosnios de Dayton, Nikola Koljević,

profesor de literatura inglesa especializado en Shakespeare y perrito faldero del líder serbio, vio la oportunidad de apuntarse un tanto con los estadounidenses y se ofreció como mediador. Los padres de Rohde ignoraban que Koljević carecía de toda autoridad sobre los milicianos que retenían a su hijo. John Menzies, el embajador estadounidense en Sarajevo, pasó horas al teléfono en conferencia con Dayton para garantizar el acceso seguro a un diplomático estadounidense que pudiera visitar a Rohde en la cárcel. Kati, que presidía el Comité para la Protección de los Periodistas, advirtió a Milosevic de que los periódicos de medio mundo se le echarían encima.

Sin embargo, fue una persona en concreto la que consiguió que liberasen a Rohde: Jovica Stanišić, el secuaz de Milosevic. Lo hizo al modo tradicional: cogió el teléfono, llamó a Karadžić y le gritó al auricular: «¡Suelta al periodista americano o me cargo a tu madre!».

Holbrooke se sentía cada vez más tenso. Warren Christopher, que había inaugurado oficialmente las conversaciones de paz, estaba a punto de regresar y no había ningún resultado real que mostrarle. Cada vez que salían a la palestra los asuntos más espinosos —la Constitución bosnia, el futuro de Sarajevo, las fronteras—, los negociadores se atrincheraban. La acritud iba concentrándose en aquel extraño lugar, tras un grueso velo de silencio, bajo el cielo plomizo de noviembre.

«Es cada vez más improbable que alcancemos aquí un acuerdo de paz, aunque no pierdo la esperanza. Tenemos demasiado trabajo por delante y demasiado poco tiempo. No contamos con suficientes apoyos desde Washington y los europeos están todo el tiempo refunfuñando y quejándose de que no se les consulta nada. El problema principal, no obstante, es que los bosnios se niegan a ceder en los asuntos más serios. Sin hacer alguna concesión es imposible negociar[174]».

El viernes, 10 de noviembre, Christopher regresó a Dayton a tiempo para poder anunciar dos avances. Los musulmanes bosnios y los croatas de Bosnia estaban dispuestos a firmar un acuerdo para fortalecer su federación, que a efectos prácticos había dejado de existir. Por otro lado, los serbios y los croatas habían llegado a un entendimiento y Eslavonia oriental pasaría a manos de estos últimos. Resueltos esos dos puntos, las partes podrían quizá tratar de abordar el conflicto principal. Holbrooke cuenta en su diario:

El sábado, el domingo y el lunes no haremos más que pintar líneas en mapas. Christopher volverá esa noche y el martes saldrá hacia Asia. En caso de que obtengamos un acuerdo en ciernes, alargará su estancia y retrasará el viaje a Asia. Si no, se quitará de en medio y tendremos que empezar a inventar algo para salir de aquí enteros antes del final de la semana. Habrá que anunciar acuerdos provisorios, suspender las conversaciones en Dayton y anunciar que, dentro de unas semanas, después de haber digerido todo esto, volveremos a viajar entre las capitales balcánicas. Bueno, espero que todo quede en una táctica de serbios, bosnios y croatas. No quiero volver a los viajes interminables de una capital a otra, pero tampoco pasarme el resto de la vida encerrado en Dayton, así que vamos a poner toda la carne en el asador. Saldremos de aquí dentro de una semana. Creo que tenemos un buen plan. Si estos tipos quieren hacer las paces, en una semana lo conseguirán[175].

El sábado 11 de noviembre, Holbrooke fue a ver a Silajdzic en su habitación del edificio bosnio[176]. El primer ministro, de quien Izetbegovic desconfiaba y a quien Sacirbey había dado de lado, se sentía furioso y desesperado.

—¿Qué ocurre? —inquirió Holbrooke—. Hemos empezado a debatir sobre los mapas y usted ni siquiera estaba.

—¿No se da cuenta de a lo que me tengo que enfrentar? ¡Yo tampoco sé qué ocurre! ¿Se da cuenta del follón que están armando con todo esto?

—Tiene que volver a entrar en el partido, Haris —sentenció Holbrooke, añadiendo que si cuando llegara Christopher no se habían hecho progresos este suspendería las conversaciones.

—¿Suspenderlas o abandonarlas?

—Supongo que suspenderlas. Posiblemente nos envíe de vuelta a los Balcanes para seguir negociando. No estoy seguro.

—Eso es un error. Tienen ustedes que amenazar con que, si las conversaciones terminan aquí, será definitivo.

Holbrooke cruzó entonces el aparcamiento hasta el edificio de los serbios. Barría la base un viento frío y cargado de aguanieve. Tocó a la puerta de la suite de Milosevic y le soltó el mismo discurso que a Silajdzic respecto del posible fin de las conversaciones.

—La culpa es de los musulmanes —dijo Milosevic—. Son unos estúpidos y unos cabezotas.

—Esa no es la cuestión —respondió Holbrooke, preguntándole acto seguido si querría hablar con Silajdzic en ese mismo momento.

—Sí, claro.

Holbrooke regresó entonces al edificio bosnio.

—Haris, va a tener la reunión más importante de su vida —le dijo a Silajdzic mientras bajaban al gélido aparcamiento.

Este era uno de sus trucos, infundir a sus interlocutores la impresión de que un momento histórico se hallaba en sus manos[177]. A Silajdzic le habló de Mandela; a Milosevic, de Sadat. No tenía vergüenza. Silajdzic, no obstante, respondió con un escueto gesto de la cabeza.

—No pierda los estribos. Aguante. Con Milosevic ocurre a veces que la conversación empieza justo en el momento en que crees que está terminando.

Dejó a Silajdzic en la entrada del edificio serbio.

—Mire, no sé qué estoy haciendo aquí —le dijo Milosevic a Silajdzic en su suite—. Estoy intentando ayudarles. Están ustedes en guerra. Lo que yo quiero es volverme a Belgrado a seguir haciendo mi trabajo.

—¿No desempeña usted ningún papel en esto? —preguntó Silajdzic, tratando de controlar su rabia.

—Claro que no. Son esos estúpidos serbios de Bosnia paisanos suyos. Son como ustedes. Esos serbios son suyos, no míos.

—Pero ¿y las armas? ¿Y las tropas serbias que entran en Bosnia?

—Haris, es usted un tipo listo. Sabe que en los Balcanes todo el mundo tiene armas.

—¿Y las fotografías por satélite de los tanques cruzando el Drina?

—Haris, un tipo arranca un tanque y decide tomar la carretera hacia el Drina montado en él. ¿Qué puedo hacer yo? —Tras una pausa, continuó—: Mire, mi padrino es musulmán. Yo no los odio. Es ese tipo, Tuđman. Él les odia, yo no.

Hablaron durante dos horas. A Silajdzic, Milosevic le pareció un tipo jovial y de trato fácil. Ni siquiera Izetbegovic era capaz de explicarse que aquel conversador borrachín de Dayton fuese el déspota que había hecho estallar la guerra en los Balcanes[178].

Pasaron el sábado y el domingo, y llegó el lunes, y no hubo progresos.

Milosevic propuso un mapa de todo punto demencial, donde aparecían varias localidades importantes de su lado de la raya[179]. Silajdzic explotó al verlo, haciendo aspavientos y con los ojos desorbitados, hasta tal punto que Holbrooke y Hill pensaron que se había tomado algo. El mapa de los bosnios era aún peor, pues añadía una nueva línea de alto el fuego al viejo límite

impuesto por el Grupo de Contacto, lo que dejaba a la entidad serbia con un tercio del territorio bosnio[180]. Los bosnios se lamentaban enormemente de la división acordada en 1994, al 51-49 por ciento, si bien su posición en lo militar era mucho peor[181]. Las negociaciones de Holbrooke con Milosevic habían partido de aquel reparto y los estadounidenses no volverían atrás en ese sentido.

Las familias Frasure, Kruzel y Drew visitaron la base un día, por invitación de Holbrooke, que les pidió que se reunieran con cada uno de los presidentes por separado para que pudieran entender mejor que sus esposos y padres habían muerto trabajando por la paz[182]. El objetivo era que los dirigentes balcánicos se sintieran compelidos a realizar un último esfuerzo. Holbrooke se levantó al final de la visita y les dijo: «No estaríamos aquí hoy si no fuera por Bob, Joe y Nelson. Siempre estarán con nosotros». Y no pudo seguir, porque se emocionó.

Christopher despegó hacia Asia apenas puso el pie en Dayton. Pasaron martes y miércoles, y no hubo progresos.

Cayeron las temperaturas. Holbrooke empezaba a desesperarse. Llevaban encerrados en aquella base dos semanas y todo el mundo estaba cabreado y exhausto. A los europeos en particular les resultaba insoportables tanto la base como la comida que se servía, y estaban deseando irse. Una noche, durante una cena en el Club de Oficiales, Holbrooke se quedó en silencio, observando a los tres presidentes discutir encorvados sobre el mapa, y se dio cuenta de que estaba intentando poner de acuerdo a tres personas horribles[183]. Aquellos tres hombres tenían en su mano acabar con la guerra que ellos mimos habían desencadenado y ayudar a millones de personas que anhelaban la paz. Pero no estaban dispuestos a hacerlo.

Christopher volvería a pasar por la base el viernes, 17 de noviembre, fecha en que daría a las partes veinticuatro horas para llegar a un acuerdo. De lo contrario, pasado ese plazo se pondría punto final a las conversaciones en Dayton.

Kati había vuelto a la base. Holbrooke quería presumir de ella y también ante ella. Solo la presencia de su mujer lo tranquilizaba. Su incansable labor dramatúrgica sobre aquel escenario diseñado por él mismo la enamoró aún más. Kati se había propuesto escribir un libro sobre Dayton y participaba en algunas de las reuniones, a veces sentada en el regazo de su marido, con libre

acceso a información clasificada[184]. Él le escribía papeles para que ella los interpretara: tenía que acorralar a Milosevic en asuntos humanitarios o llevar a Silajdzic a reflexionar sobre sus tácticas durante un improvisado paseo. Su implicación contravenía todos los protocolos e irritaba a los compañeros de Holbrooke. Chris Hill, falto de sueño como todos los demás, durante una reunión matutina hizo un comentario sobre algún tema relacionado con Goražde:

—Lo incluiremos en los temas que tratar por Kati.

Holbrooke lo miró, ofendido:

—Nos vemos después de la reunión. —Metió a Hill en su suite, se le acercó a la cara y le dijo—: No vuelvas a decir algo así nunca más.

Holbrooke estaba tan quemado que despellejaba ya a cualquiera. Hill se mordió la lengua y salió de la habitación. Kati era intocable.

El miércoles por la noche, Holbrooke y Kati llevaron a Silajdzic a cenar a L'Auberge, en Dayton[185]. Le preguntaron acerca de su juventud en Sarajevo, de su familia, de sus esperanzas para Bosnia. Silajdzic, sin embargo, no era capaz de remontar su pesimismo. Era como si Dayton y la posibilidad de alcanzar la paz lo hubieran retrotraído a toda la tragedia de la guerra, como si no soportase dejar ir todo aquel mal, pues significaría aceptar sin más las injusticias y traicionar a los muertos.

—Ustedes no lo entienden —insistió—. No entienden por lo que hemos pasado.

—Tal vez no —admitió Holbrooke—, pero fueron ustedes quienes nos pidieron que creáramos un único Estado. ¿Por qué estamos intentándolo entonces, si no creen que vaya a funcionar?

—Lo que quieren habría sido fácil en 1992, o incluso en 1993 —repuso Silajdzic—. ¿Dónde estaba el mundo entonces? ¿Dónde estaba Estados Unidos?

Holbrooke conocía la respuesta. Pero ¿qué podría contestar a eso, sino que tampoco más muertes servirían para honrar a los muertos?

Al día siguiente, jueves, 16 de noviembre, Holbrooke y Hill almorzaron con Milosevic en el Club de Oficiales. Dos colegas estadounidenses paseaban por la base junto con Silajdzic, y Holbrooke se las apañó para convencerlos y que acudieran los tres al club. Silajdzic se sentó *él solo*, al otro extremo de la mesa

donde normalmente se sentaba Milosevic. La tenue iluminación y la ajada elegancia del Club de Oficiales lo hacían el tipo de establecimiento que esos dos hombres podrían haber frecuentado en la antigua Yugoslavia.

Holbrooke cruzó la estancia y se dirigió a Silajdzic:

—Milosevic está dispuesto a hablar sobre Goražde[186].

Pero Silajdzic se negó a sentarse con él a su mesa. Sin arredrarse, Holbrooke regresó a la mesa de Milosevic.

—Silajdzic está dispuesto a hablar sobre Goražde —repitió.

Entonces Milosevic cogió una servilleta de papel y dibujó un mapa donde aparecían Sarajevo, Goražde y las carreteras que conectaban ambas poblaciones a través de territorio serbio.

—Podemos ofrecer un salvoconducto para circular por estas dos carreteras.

—Los bosnios nunca confiarán en semejante oferta —replicó Holbrooke.

—Bueno. Entonces les daré un kilómetro a cada lado de la carretera.

Holbrooke cogió la servilleta de Milosevic y cruzó el restaurante con ella en la mano hasta donde se encontraba Silajdzic. Este observó el mapa garabateado, cogió una servilleta de su mesa y dibujó otro mapa con un corredor terrestre mucho más ancho, que conectaba Goražde con Sarajevo y el resto del territorio de la federación bosnia. Holbrooke fue de una mesa a otra media docena de veces con ambas servilletas, mientras Milosevic y Silajdzic analizaban mutuamente sus reacciones desde el otro lado de la sala.

—Milosevic está dispuesto a venir a su mesa —anunció por fin Holbrooke a Silajdzic.

—No, iré yo a la suya.

—¿Por qué?

—Porque yo soy primer ministro y él es presidente. Es lo que dicta el protocolo.

—Déjese de tonterías. ¿Por qué? En serio. Quiero saberlo.

—Si viene él a mi mesa, es como si ya estuviera concediendo algo. Es como si dijera: «Soy un buen tipo, un hombre humilde. Y ahora, ¿qué vas a hacer tú por mí?».

—Jamás los entenderé.

Silajdzic, sin embargo, estaba convencido de que Holbrooke los entendía muy bien. No era uno de esos estadounidenses inocentones de ojos muy

abiertos, tan generosos y confiados que a Silajdzic le parecían sumamente adorables. «Cuando estos desaparezcan, Estados Unidos seguirá siendo una gran potencia, pero no un gran país», pensaba Silajdzic.



Mapa con los límites acordados en Dayton. David Lindroth.

Este respondió que quería seguridad para Goražde, el último enclave musulmán en el este de Bosnia. Después de lo ocurrido en el resto de

enclaves, los musulmanes necesitaban una conexión defendible entre Goražde y el resto del país.

—¿Para qué necesitas ese corredor?

—Porque lo que queréis es partir Bosnia en dos.

—Bueno, ya basta —dijo Milosevic—. Dejaremos el corredor.

Pasaron la tarde entera sentados a la mesa de Milosevic y charlaron sobre todas las mezquitas y los pueblos que había en la carretera de Goražde a Sarajevo y que iban quedando integrados en la parte musulmana a medida que el corredor se ensanchaba. Holbrooke y Hill fueron testigos de la primera negociación cara a cara sobre el territorio después de dieciséis días en Dayton.

Holbrooke había estado dando largas a Lake para que se quedara en Washington, pero aquel jueves se plantó por fin en Dayton. Dijo a Holbrooke que en la capital federal todo el mundo se mostraba renuente a que aquello terminara bien[187]. El Congreso, dominado por los republicanos, quería evitar esa victoria de Clinton, los militares no tenían aún hambre de guerra para enviar tropas que impusieran la paz, y algunos asesores del presidente pensaban que un despliegue sobre el terreno en Bosnia, en una fecha tan tardía como 1996, se hallaría abocado al fracaso. Por ello, Dayton marcaría el fin de los cien días de esfuerzos estadounidenses en el marco de esa guerra. Si no se alcanzaba una solución, tendrían que relevarlos los europeos. Lake pasó solo unas horas con los líderes balcánicos.

—He oído que usted es el más contrario a Serbia de todo Washington —le espetó Milosevic.

—No, soy el más contrario a las agresiones militares —replicó Lake. Mientras caminaba con Holbrooke por el aparcamiento, Lake dijo—: Menuda fauna tienes aquí metida[188].

Al día siguiente, 17 de noviembre, Don Kerrick, uno de los altos funcionarios de la Casa Blanca que formaban parte del equipo de Holbrooke, escribió en su parte informativo diario a Washington: «Las dinámicas personales en este fin de partida están entrando en barrena. A Milosevic y los serbobosnios de Pale nunca se los ve juntos. Rara vez hablan. Izetbegovic, Mo y Haris continúan asombrándonos con su deseo de torpedearse unos a otros, aunque eso signifique echar a pique también la paz»[189].

Christopher regresó aquella noche. Había que cerrar el trato al cabo de veinticuatro horas o la conferencia se clausuraría. Si las cosas salían bien, dispondrían de otro día más para atar cabos sueltos. Clinton podría estar allí el lunes para la ceremonia de firma.

Ahora Holbrooke necesitaba desesperadamente a Christopher, porque apenas le quedaban ya energías. Algo había cambiado en la relación entre ambos. Christopher seguía encontrando desagradable a Holbrooke, y este seguía reclamando todo el crédito para sí. El secretario, no obstante, confió en él y le dejó tomar la iniciativa. «Aun sin estar seguro de por qué hacer algunas de las cosas que haces —le dijo—, me doy cuenta de que siempre tienen un motivo, al parecer». Les quedaban veinticuatro horas para hacerlo casi todo. Fuera de Goražde, el mapa seguía siendo un desastre: no había acuerdos sobre Sarajevo ni sobre la localidad de Brčko, en el noreste, tampoco sobre la frontera entre las dos entidades que formarían la federación. Los estadounidenses, que habían redactado la Constitución, dejaron esa negociación a los europeos, y los asuntos esenciales —si Bosnia tendría nueve presidentes o tres, una o dos cámaras parlamentarias, un primer ministro o solo un presidente, o si los refugiados podrían votar en sus ciudades y pueblos de origen— se resolverían sobre la marcha. Bildt opinaba que la importancia que los estadounidenses daban a las cuestiones cartográficas y militares —que en lo fundamental, todas tenían que ver con la división de Bosnia— suponían un paso atrás: Bosnia solo podría sobrevivir y sanar como país unido a través de la política. Aquello parecía cada vez más un reparto que una reunificación[190]. La cuestión de cómo llevar a la práctica todo aquello quedó relegada casi al hecho consumado.

El símbolo de la guerra era Sarajevo. Los serbobosnios querían dividir la ciudad más mezclada de Yugoslavia en distritos por etnias, como el Berlín de la guerra fría o los Jerusalén Este y Oeste (Karadžić llegó a proponer un muro). Los musulmanes querían que Sarajevo fuera la capital indivisa de Bosnia y estuviese íntegramente en su territorio. Holbrooke se mantuvo inflexible al respecto: no podía levantarse otro muro de Berlín a finales del siglo XX en Sarajevo. Los estadounidenses propusieron un tercer modelo, un distrito federal al estilo del Distrito de Columbia. La discusión era la pescadilla que se muerde la cola.

El sábado, Holbrooke dio un paseo por el aparcamiento con Milosevic y lo amenazó de nuevo con echar el cierre a todo aquello.

—El asunto de Sarajevo debe salir resuelto de aquí —lo conminó[191].

—De acuerdo. —Milosevic se rio—. Hoy no me siento a comer hasta que lleguemos a un acuerdo.

Un poco más tarde, Milosevic entró en la suite de Holbrooke.

—Está bien, está bien. Al diablo con su modelo de distrito federal. Es demasiado complicado, no funcionará. Resolveré lo de Sarajevo.

Holbrooke estaba aturdido. Milosevic iba a renunciar a la capital bosnia. Hasta ese punto había llegado a despreciar a sus protegidos, que habían destruido Sarajevo durante tres años y medio. «Son unos mierdas». Milosevic pidió a Holbrooke que no dijera ni una palabra a los serbobosnios de su delegación: el líder serbio los había excluido por completo y se había negado a mostrarles un solo mapa. Krajisnik, el contrabandista de cemento de ceja única, consideraba que su finca de cinco hectáreas, cercana al aeropuerto, era tierra sagrada para los serbios; para Krajisnik, en efecto, la guerra se reducía a Sarajevo. Quedaban por trazar sobre el mapa las líneas cruciales, pero toda la ciudad, incluidos los barrios controlados por los serbios, irían a parar a manos de los asediados. «Se merecen ustedes Sarajevo porque cavaron un túnel y entraron y salieron como zorros —dijo Milosevic más tarde a Silajdzic—. Lucharon por ella y esos cobardes les mataron desde las montañas[192]».

El domingo amaneció frío. La fecha límite había quedado atrás. Christopher prorrogó el plazo hasta el lunes por la mañana. Pese a haberse resuelto el asunto de Sarajevo, nadie creía que quedasen tiempo y voluntad para arreglar el resto de contenciosos, y se impuso la sensación de fracaso inminente. Holbrooke, que caía en el marasmo pero luego resurgía, cíclicamente, dijo a los estadounidenses que hicieran las maletas y las bajasen al aparcamiento, como si fueran a llevarlas a la pista de aterrizaje, y que lo vieran bien el resto de delegaciones. Fue un farol que falló de manera estrepitosa. Por la noche las maletas estaban de vuelta en las habitaciones.

John Menzies había preparado un par de gráficos sobre una cartulina para mostrar a los bosnios todo lo que habían ganado hasta ahora en Dayton. Holbrooke dejó que los bosnios se quedaran con los gráficos. Por la tarde, Milosevic fue a hablar con Izetbegovic en la suite de este. Entre el brazo del

sofá y una mesa con una lámpara, vio una carta con una única línea escrita: «La federación obtiene el 58 por ciento del territorio». El corredor de Goražde y otras concesiones se habían llevado el 7 del 49 por ciento asignado originalmente a los serbobosnios. Milosevic no era consciente de a cuánto había terminado renunciando, porque cada vez que intentaba averiguarlo en detalle, Holbrooke —que tenía acceso a un mapa militar en formato informático, en una habitación vigilada, al final del pasillo en que se encontraba su suite— le daba largas.

Al ver la carta, Milosevic salió a toda prisa del edificio bosnio, se dirigió al cuartel estadounidense y cuando encontró a Holbrooke, que estaba en su habitación, le gritó: «¡Me ha engañado! ¿Cómo voy a confiar en usted ahora?»[193].

Milosevic estaba dispuesto a renunciar a cualquier cosa por un trato —no le pareció mal ni siquiera la idea de que el cementerio serbio de Sarajevo estuviera fuera de la ciudad, en la montaña—, pero no estaba dispuesto a bajar ni un punto porcentual del 51-49, y los estadounidenses no se sentían capaces de obligarlo.

Al rato, Milosevic y Silajdzic estaban escudriñando los mapas en una pequeña sala de reuniones del edificio estadounidense. Discutieron toda esa tarde y esa noche a qué territorios correspondía ese 7 por ciento, y el debate se alargó hasta primeras horas de la mañana. Silajdzic no cedía: exigió Grbavica, el barrio de Sarajevo desde el que los artilleros serbios tenían la línea de visión más clara de la Avenida de los Francotiradores, quería un embalse situado a las afueras de Sarajevo que había caído del lado de la *Republika Srpska*, y reclamó también una aldea lindante con el corredor de Goražde, donde los serbios habían destruido una antigua mezquita. «¿Me vas a quitar también los pantalones?», se quejó Milosevic, aunque al final entregó a Silajdzic el embalse, el barrio de Grbavica y la aldea de la mezquita destruida, y siguió tratando de recuperar su 7 por ciento por otro lado. La conferencia de paz de Dayton había quedado reducida a pintar rayas en un mapa.

En la habitación donde se guardaban los mapas, al final del pasillo en que se encontraba la suite de Holbrooke, los ingenieros informáticos convertían las imágenes aéreas de Bosnia tomadas para la planificación de los bombardeos por parte de la OTAN en un videojuego tridimensional. Mediante

un *joystick*, podían volar sobre el país y ver en detalle las características del terreno. Holbrooke invitó a Milosevic y a su compinche, el presidente de Montenegro, Momir Bulatović, a conocer aquella maravilla de la tecnología estadounidense, y se dio cuenta de que en las imágenes no aparecían pueblos ni casas. Solo montes y roquedales. Se lo señaló a los dos dirigentes.



(*De izquierda a derecha*). Hombre no identificado, Haris Silajdzic, Slobodan Milosevic, Wesley Clark, Warren Christopher y Richard Holbrooke negociando en las dependencias estadounidenses en Dayton. Departamento de Estado de Estados Unidos/Aric R. Schwan.

—En efecto —repuso Bulatović—, pero es Bosnia.

Holbrooke se sostuvo la cabeza entre las manos.

—Esto va a arruinar mi matrimonio, me va a arruinar la vida. Mira por lo que estás luchando. Ahí no hay nada[194].

Sobre las tres y media de la madrugada del domingo, Silajdzic tuvo una idea: entregar a los serbios un trozo del territorio que las fuerzas musulmanas y croatas habían ocupado en el oeste de Bosnia justo antes del alto el fuego. Para Silajdzic la mayor parte de ese territorio no tenía valor y Milosevic lo único que quería era llegar al 49 por ciento[195]. Sin que nadie lo esperase, consiguieron un acuerdo. Eran las cuatro de la mañana. Christopher pidió una botella de su Chardonnay californiano favorito. Brindaron en torno a una pequeña mesa circular.

Como Tuđman estaba en el séptimo sueño, fue convocado el ministro de Asuntos Exteriores croata, Mate Granić, para que diera el beneplácito de su

país. Izetbegovic sí se despertó, y se presentó en pijama y con un abrigo encima, con pinta de estar muy triste. Granić, un tipo calvo y de modales delicados, echó un vistazo al mapa y montó en cólera. Todos los territorios que Silajdzic había dado a los serbios eran de los croatas de Bosnia. Pegó un puñetazo sobre la mesa: «¡Imposible! Cero coma cero por ciento de posibilidades de que mi presidente acepte esto». Se marchó enfurecido. Milosevic y Silajdzic se sentaron en silencio. La paz había durado poco más de media hora.

Izetbegovic observaba fijamente la esquina noreste del mapa: la ciudad de Brčko, a orillas del río Sava, donde Bosnia, Croacia y Serbia convergían, llevaba en manos serbias desde la limpieza étnica de 1992[196].

En Brčko el territorio serbobosnio se estrechaba hasta quedar casi totalmente estrangulado entre la federación bosnia y Serbia. Por ello, los serbios lo consideraban un enclave vital desde el punto de vista estratégico. Todos los mapas diplomáticos, incluidos los del Grupo de Contacto, daban Brčko a los serbobosnios. Milosevic había tratado de deshacer ese estrangulamiento y abrir un corredor de quince kilómetros que, con esa población en su centro, uniera las partes este y oeste de la *Republika Srpska*, mientras que Silajdzic quería reducir esa conexión a dos viales, de treinta metros en total, que pasaban bajo el puente del tren, con ánimo de cortar el territorio serbobosnio casi en dos.

Esa misma noche, más temprano, Izetbegovic había animado a Silajdzic a reclamar Brčko[197]. El primer ministro había respondido que eso pondría fin a las conversaciones. Izetbegovic miraba fijamente de nuevo Brčko en el mapa. Silajdzic se lo había dejado al final a los serbios.

Holbrooke sabía que algo andaba mal.

—¿Qué opina, señor presidente? ¿Está dispuesto a poner fin a la negociación? Podemos conseguirlo, ahora mismo.

Izetbegovic siempre se tomaba su tiempo para responder las preguntas difíciles.

—No puedo aceptar este acuerdo —dijo en inglés con un hilo de voz.

—¿Qué dice usted? —preguntó Christopher. Izetbegovic lo repitió, más fuerte.

Silajdzic tiró sus papeles sobre la mesa.

—¡No lo aguanto más! —gritó y salió apresuradamente de la habitación.

El domingo había sido el día más largo de todos los vividos en Dayton, pero desembocó en un triste fracaso.

El lunes salió el sol. Los exhaustos delegados caminaban sin rumbo por el aparcamiento, y se detenían a hablar entre sí, como aturdidos. Esa noche Christopher fue a ver a Izetbegovic[198]. El presidente bosnio estuvo diez minutos recitando de nuevo los agravios sufridos por los musulmanes a manos de serbios y croatas, y Christopher acabó perdiendo su buen carácter habitual. Temblando casi, a voces, regañó a los bosnios por su comportamiento irracional y le dio a Izetbegovic una hora para cambiar de opinión. De lo contrario, las conversaciones se daban por acabadas. Pasó la hora e Izetbegovic respondió al ultimátum. Para que los croatas aceptaran el acuerdo, él cedería el uno por ciento de las tierras musulmanas de Bosnia a los serbios, pero ahora quería Brčko costara lo que costara. Los estadounidenses rechazaron en rotundo aquella nueva exigencia.

Con la certeza de que la conferencia quedaría definitivamente clausurada al día siguiente a primera hora, Izetbegovic se fue a la cama y durmió por primera vez de un tirón en mucho tiempo. No sería él el presidente bosnio que aceptó un país nacido de un genocidio[199].

¿Y Holbrooke? Aquel fue el peor día de toda su vida diplomática. Apenas había dormido en tres noches. No le quedaban más maniobras en la manga. Su personaje se había quedado sin guion. Su resistencia sobrehumana flaqueaba. El espectáculo escénico se había venido abajo y gran parte de la culpa recaería sobre él. Reunido con los europeos, se desplomó en su silla y se quitó zapatos y calcetines. Con la camisa abierta y los pantalones hechos un guiñapo dijo: «Pues ya está, nos vamos de aquí».

No era un farol. Se pidió a las delegaciones que revisaran un comunicado de prensa en que se anunciaba el fracaso de la conferencia de paz. La visita del presidente Clinton se canceló y al día siguiente, martes, 21 de noviembre, todo el mundo volvería a sus casas. Holbrooke estaba tan destrozado que incluso Pauline Neville Jones, la diplomática británica con quien mantenía una relación especialmente difícil, se compadeció de él. Los líderes de los Balcanes estaban todos locos, le dijo a Bildt, pero los bosnios —las víctimas de la guerra, por quienes los estadounidenses habían ido tan lejos y habían hecho tanto— eran los que más lo cabreaban[200]. Sospechaba que la voluntad

de los bosnios era que las conversaciones fracasaran para volver a la guerra y ganarla[201]. De ser así, los estadounidenses ya no los apoyarían.

Sin embargo, había una persona que no quería tirar la toalla ni que Dayton fuera un fracaso.

Milosevic se encontró con Bildt en el aparcamiento y le rogó que siguiera intentando rascar territorio para que los serbobosnios tuvieran su 49 por ciento: «Denme algo, montes, pedregales, un pantano, lo que sea. Ya da igual»[202]. Y reprendió al adjunto de Holbrooke, John Kornblum, como si Izetbegovic fuera el Karadžić de los estadounidenses: «No pueden dejar que esto ocurra. Son ustedes Estados Unidos. No pueden dejar que los bosnios los mangoneen de esta manera. Díganles lo que tienen que hacer»[203].

El martes por la mañana nevó. Milosevic, el responsable de millones de tragedias individuales a lo largo de los cuatro años anteriores en los Balcanes, estaba solo, esperando en mitad del aparcamiento. Aguardaba a que Holbrooke saliera de una reunión con sus colegas estadounidenses, a los que estaba agradeciendo sus valientes esfuerzos por poner fin a la guerra. Kati vio a Milosevic fuera, bajo la nieve, y se apresuró a llevarlo a la habitación atestada e indescriptiblemente desordenada de Holbrooke.

Milosevic anunció que quería marcharse de Dayton con, al menos, un acuerdo firmado por Tuđman y por él. Holbrooke estaba desesperado y se mostró abierto[204], pero Christopher se negó: «No es viable»[205].

«Está bien, está bien», dijo Milosevic a los estadounidenses. «Haré yo un último gesto por la paz». Aceptaría someter la situación de Brčko a un arbitraje internacional en un año. Era la última carta que tenía por jugar. Holbrooke recuperó al instante las fuerzas. Se quedó a solas con el secretario de Estado, cerró la puerta tras de sí y le dijo:

—Chris, la próxima reunión puede ser la más importante de todo tu mandato como secretario. —Christopher no lo miró con desdén. Estaba escuchando muy atento—. Podemos cerrar un acuerdo o podemos perder la oportunidad para siempre. Olvídate de Washington. Esto está por entero en nuestras manos. Debemos convocar una última reunión y acudir con la absoluta determinación de tener éxito.

Fueron al edificio bosnio. Se negaron a pasar y sentarse. Desde la misma entrada, Holbrooke presentó la oferta de Milosevic. Izetbegovic, Silajdzic y

Sacirbey escucharon. Holbrooke repitió la oferta.

—¿Acepta el arbitraje de Brčko?

Izetbegovic vivió un momento de confusión. No esperaba que Milosevic cediera de ese modo. La pausa pareció durar una eternidad.

—No es una paz justa —dijo entonces. Transcurrió otro siglo entero de silencio—. Pero mi pueblo necesita paz —agregó[206].

—Entonces, tenemos acuerdo —dijo Holbrooke. Silajdzic lo miró y le pareció que acabasen de sacar a aquel hombre de una cámara de gas. Holbrooke murmuró al oído a Christopher—: Vámonos de aquí cuanto antes[207].

Nuestros sueños están cerca

Al césar lo que es del césar. Holbrooke puso fin a una guerra. De acuerdo, con la ayuda de otros. Sin él, no obstante, no sé quién habría dado el paso adelante para acosar unas veces —y otras camelar— a los señores de la guerra balcánicos, e imponerse a ellos en última instancia, obligándolos a sentarse juntos en una ceremonia de rúbrica que se celebraría en la sala de congresos B-29 del hotel Bob Hope aquel martes por la tarde y, un mes después, en la ceremonia de la firma oficial, que tendría lugar en París. En una ocasión le preguntaron qué táctica había empleado para deshacer el entuerto: «La pertinacia —respondió—. Una suerte de hostigamiento implacable a las partes para que hagan concesiones que no estaban dispuestas a hacer a menos que Estados Unidos las presionara con una amenaza verosímil de uso de la fuerza[1]».

El final de la guerra llegó mucho más tarde para los vivos que para los muertos. La paz fue, como aseveró Izetbegovic, injusta. Los serbios habían ganado territorios asesinando, y los acuerdos les habían permitido quedárselos. No puede culparse a Holbrooke de ello. Para cuando él tomó el mando, la *Republika Srpska* era ya una realidad contundente. Aquella situación podría haberse revertido en 1992 o 1993 —Silajdzic lo dijo durante la cena en L'Auberge—; en ese momento Holbrooke querría haber intervenido del lado de las víctimas. Se puede culpar a Bush o a Baker, a los británicos o a los franceses, a Butros-Ghali, a Clinton, a Powell o a Christopher y, quizá, aunque no me parezca muy justo, a Lake. Sin embargo, en 1995, el único propósito de Holbrooke era terminar con la guerra. Lo que más necesitaban los bosnios era la paz. En Dayton, Izetbegovic se sintió crucificado, según sus propias palabras, pero cuando regresó a Sarajevo, su pueblo lo aclamó por llevarle la paz. En Nochevieja, tres años después de aquella fría noche en el Holiday Inn, los sarajevitas asistían a un concierto al aire libre, ante las puertas del ayuntamiento.

Los serbobosnios rechazaron rubricar el documento en Dayton. Durante la última larga noche con Silajdzic, Milosevic los traicionó una y otra vez. Para los serbobosnios supuso un profundo impacto no cumplir el sueño de una Sarajevo dividida por una línea de controles policiales. Más adelante, no tuvieron más remedio que firmar —Milosevic seguía apadrinándolos—, pero estaban más que dispuestos a mancillar el acuerdo. Krajisnik amenazó a los serbios para que abandonaran la ciudad, lanzando granadas dentro de sus viviendas. A lo largo y ancho del país, muy pocos refugiados, con independencia de su grupo étnico, cruzaban las líneas marcadas para volver a asentarse en sus localidades de origen. La limpieza étnica no se revirtió en Bosnia. La intransigencia serbia y la debilidad occidental hicieron que Karadžić y Mladić no tuvieran que sentarse ante un tribunal hasta quince años después. En las elecciones se atrincheraron los nacionalismos que la contienda había llevado consigo, y, con ellos, la corrupción que se había nutrido del conflicto. Los políticos serbobosnios arrancaron los puntos de sutura que se habían dado en Dayton para que Bosnia tuviera la oportunidad de sanar sus heridas. Con o sin guerra, las ideas no cambiaron. Un proyecto fascista, en palabras de Silajdzic, había recibido el plácet de la comunidad internacional. Los bosnios que tenían una mínima noción de los valores occidentales jamás superaron su desilusión.

Cuanto más lejos queda la guerra en el tiempo, peor acuerdo nos parece Dayton. Quienes no tuvieron que soportar las matanzas de niños y no sufrieron el hambre ni el frío podrán sacar muchos defectos al acuerdo. Los diplomáticos, no obstante, consiguen lo que pueden a corto plazo. Con tal de salir adelante, el acuerdo de paz creó un monstruo de dos cabezas, con dos ejércitos y un débil gobierno central. Dentro de esta entidad híbrida nació una segunda entidad, también híbrida —la Federación Croato-Musulmana—, que existía solo en la mente de los diplomáticos extranjeros. Transcurrió el tiempo y esos diplomáticos extranjeros pasaron a otras cosas —incluso Holbrooke, tras dos años más de viajes frecuentes—, abandonando a Bosnia a su suerte, que quedó sin opción de convertirse ya en un país normal. El paciente sobrevivió, pero las secuelas y las deformidades continúan. Hoy día, el alcalde de Srebrenica es un serbio que niega el genocidio. Sarajevo es una encantadora ciudad que cautiva a cualquiera, pero apenas viven en ella serbios ni croatas, y todos los musulmanes jóvenes quieren marcharse.

Quizá esto sorprenda a los lectores, pero en Sarajevo no hay calles, plazas ni estatuas dedicadas a Richard Holbrooke. Ningún espacio público en honor a quien más responsabilidad tuvo en que hoy siga bebiéndose café turco en las terrazas de la ciudad vieja. En Bosnia se lo recuerda sin gratitud; en Serbia, con odio y en Croacia ni se lo recuerda.

Holbrooke entendía Dayton con más claridad que nadie[2]. Cuando era sincero reconocía sus errores. Sin embargo, no siempre podía mostrarse sincero con respecto de esos acuerdos. Le preocupaba Bosnia, pero también la historia. Fue en Dayton donde alcanzó la cumbre y plantó su bandera. Ya hemos visto cuánto hay que pelear para alcanzar esas altitudes: equipo pesado, quemaduras en la piel, grietas, agotamiento. La diplomacia, la de verdad, no es para apocados.

«Nuestros sueños están cerca, después de un año literalmente inimaginable —le escribía Holbrooke a Kati a finales de 1995—. Un año en que he ascendido hasta el pico más alto y he perdido o he estado a punto de perder lo que más querido me era[3]». Su boda, el monte Igman, Dayton: Holbrooke consideró siempre 1995 su «año de los milagros».

El mismo martes por la noche, día de la firma, empezaron a llegar reconocimientos. Holbrooke volvió a Nueva York justo a tiempo para recibir el premio anual Freedom del Comité Internacional de Rescate en el gran Salón de Baile del hotel Plaza, donde la elegante audiencia lo recibió con una ovación cerrada. Los galardones siguieron llegando durante largo tiempo: Hombre del Año para Radio România, premio al Servicio Distinguido de la Secretaría de Estado, premio Humanitario del Año del Comité Judío Estadounidense, entre otros muchos. Recibió asimismo diversos títulos honorarios por parte de universidades como Georgetown, Brown o la Universidad de Dayton.

Dejó su puesto en el gobierno en febrero de 1996 y regresó a Nueva York. Se mudó con Kati y sus hijos adolescentes al edificio Beresford. Volvió a trabajar en Wall Street, de nuevo gracias a la ayuda de Pete Peterson, si bien en esta ocasión no le fue tan necesaria. Un banco europeo, el Credit Suisse First Boston, lo nombró vicepresidente («No tengo responsabilidades administrativas ni de gestión de ningún tipo —explicaba—, es realmente un título honorífico[4]») y le pagaban un sueldo, que junto a la bonificación mínima, sumaba un millón trescientos cincuenta mil dólares al año. Su

cometido: reunirse con altos funcionarios de Europa y Extremo Oriente y hacer que lloviera el dinero.

Siguió bruñendo el legado de Dayton, puliéndolo hasta sacarle brillo, como si tuviera la impresión de que con el tiempo fuese a empañarse o decaer. Escribió un reportaje por entregas para el *New Yorker*, publicó su libro *Para acabar con la guerra* —que es una insólita y fascinante crónica diplomática—, y hubo un proyecto de HBO para hacer una película basada en este, que por suerte no se llevó a cabo. Surgieron otras posibles negociaciones internacionales en que implicarse, parecidas a las de Dayton. Un antiguo funcionario del CSN publicó un libro donde concedía más reconocimiento a Lake que a Holbrooke en el diseño de la estrategia final; este se enfadó tanto que primero intentó que el libro no saliera a la venta y luego trató de que la editorial, la Brookings Institution, cancelara el contrato con el autor. Dayton era un tema sagrado.

Holbrooke se había convertido en una figura pública. Los hijos de su amigo Anthony lo escuchaban hablar boquiabiertos. Se organizaban cenas en su honor —las cenas «en honor de». (EHD) eran un dispositivo al que los miembros de las élites recurrían con regularidad para halagarse unos a otros— y empezó a sonar su nombre para el Nobel de la Paz. Fue entonces cuando escribió una contundente carta en que recibía el respaldo de unas cuantas personas importantes: tenía una larga lista de amigos a quienes pedir referencias —Elie Wiesel, el dalái lama, Kofi Annan, José Ramos-Horta— y viajó en repetidas ocasiones a Oslo para reunirse con el secretario del Comité del Premio Nobel. Se rumoreó durante unos años que podría ser finalista, pero solo cuando Wiesel le dijo que no encajaba con el perfil que el Comité buscaba —no era un mártir, era demasiado alto y corpulento, demasiado ruidoso, demasiado estadounidense—, Holbrooke entendió que el premio que Kissinger había ganado sin merecerlo jamás le sería dado a él, que sí lo merecía.

Empezó a frecuentar un círculo de amigos neoyorquinos pertenecientes a una élite aún más exclusiva. Hasta su cardiólogo, Isadore Rosenfeld, era una celebridad —el Doctor de las Estrellas, Pam Harriman incluida—, que escribía libros y tenía un programa en la Fox. También era famoso su asesor fiscal, Kenneth Starr, entre cuyos clientes figuraban Tom Brokaw, Carly Simon y Sylvester Stallone. (Todos ellos deberían haber sospechado que

aquel sinvergüenza que había dejado a su tercera esposa para casarse con una *stripper* no sería precisamente el custodio más honesto para sus fortunas familiares, pero la codicia los cegaba de tal forma que incluso se sorprendieron al saber que Starr les hacía ricos gracias a una estafa piramidal que terminó enviándolo a la cárcel). Una noche, Robert De Niro se acercó al Beresford para que Holbrooke echara un vistazo al guion de una película sobre política que se titularía *La cortina de humo*. El multimillonario inversor Henry Kravis y su esposa Marie-Josée invitaron a los Holbrooke a cenar a su tríplex de Park Avenue. El héroe de Dayton aportaba prestancia a la mesa y a Holbrooke le obnubilaban aquellas vidas rutilantes. Cuando Richard y Kati volvieron a casa, no obstante, los Kravis y sus adinerados amigos los pusieron a parir, tachándolos de manipuladores y caraduras.

A Dick Beattie le habían llegado rumores de esos cotilleos, y advirtió a Holbrooke de que aquella gente no era de fiar, pero este se negaba a creerle. Beattie era un abogado financiero de primera línea, especializado en compras apalancadas, que representó a la empresa de Kravis en la histórica compra de RJR Nabisco en 1988. Beattie mantenía una relación vital con el club de Wall Street, semejante a la que mantenía Gelb con Washington: contaba con las cualificaciones para pertenecer a ese círculo, pero era consciente de todas las mentiras y simulaciones, y se la traía tan al fresco que no se las callaba. Además de ser el abogado de Holbrooke, era su amigo, un amigo de verdad. Le preocupaba que los chismorreos de los republicanos de Park Avenue pudieran terminar menguando las opciones que Holbrooke tenía de convertirse en secretario de Estado. Aquella era la montaña oscura que seguía proyectando su sombra sobre Dayton.

Cuando Holbrooke dejó Washington, juró a Kati y a sí mismo que sus ambiciones políticas habían quedado colmadas. Aunque, queridos lectores, llevamos escuchando esta cantinela desde aquella noche de 1972, cuando Holbrooke y Geoffrey Wolf viajaron desde Marruecos hasta la estación de esquí de Sierra Nevada. Como era habitual, el único engañado a ese respecto fue el propio Holbrooke. A Kati le encantaba oírle decir que la felicidad que sentía junto a ella hacía que se olvidara de su carrera profesional, pero ella seguía queriendo que hiciese grandes cosas. ¿Qué sentido tenía si no estar con Richard —sí, Richard; no Dick— Holbrooke? Fue así como Kati se convirtió en lo que nunca había sido: en su compañera de ascenso. Viajaban al

extranjero, y combinaban sus negocios bancarios y el trabajo gubernamental no remunerado con su labor de defensa de los derechos humanos y la promoción de libros. Kati y él estaban encordados con un grueso cabo de escalada. Holbrooke le dijo que si se hubieran casado diez años antes él ya sería secretario de Estado.

Clinton resultó reelegido el 5 de noviembre. Políticamente, Bosnia había sido un éxito: no se había producido una sola baja estadounidense en la ocupación de posguerra y el conflicto desempeñó un importante papel en la victoria de Clinton, cauterizando una herida que había sangrado a lo largo de su primer mandato. El día de las elecciones, Warren Christopher anunció que se bajaba del carro. El nombre de Holbrooke se incluyó en la tómbola para ocupar el puesto de Christopher, su objeto de deseo desde los veinte años de edad. Sus competidores eran el exsenador George Mitchell, de Maine, enviado especial de Clinton a las conversaciones de paz en Irlanda del Norte, y Madeleine Albright, embajadora ante las Naciones Unidas.

Dos días después de las elecciones, Strobe Talbott se encontraba en una reunión acerca de Bosnia en la Sala de Crisis, cuando entró una llamada: el presidente quería hablar con él[5]. Talbott descolgó el teléfono más cercano.

—¿Dónde estás? —le preguntó Clinton.

—Aquí abajo, en el sótano.

—Bueno, pues sube. No me he duchado todavía, pero tenemos que hablar. Vas a tener que lidiar conmigo mientras estoy en pelota picada, pero te las has visto peores.

Talbott llevaba un buen tiempo tratando de sacarle quince minutos al presidente para debatir cuestiones candentes de política exterior. Subió a los apartamentos presidenciales y se encontró a Clinton en la Sala de Tratados, sentado ante su escritorio en pantalón de deporte y camiseta. Hillary, en bata, le recordó que tenían que estar veinte minutos después en el acto de despedida de Warren Christopher, y se marchó para vestirse.

—Dispara —ordenó Clinton.

Talbott respiró hondo.

—Me preocupa saber quién puede garantizarnos más éxitos en este nuevo mandato en lo que respecta a política exterior.

Talbott se había mostrado favorable a Albright, que había hecho un buen trabajo en las Naciones Unidas. Con respecto a Holbrooke, sus «defectos de carácter», sin embargo, bastaban para borrarlo de la lista.

Sin embargo, a Talbott lo descorazonaba enormemente la campaña que Albright había emprendido para hacerse con el puesto —su «sentimentalismo y falta de equidistancia»—. Por otro lado, el apoyo que tenía Mitchell entre sus excolegas republicanos del Senado era más bien tibio, en el mejor de los casos. En lo que se refería a Holbrooke, las conversaciones más recientes mantenidas con él habían llevado a Talbott a creer que el anhelo por triunfar en el trabajo de sus sueños lo obligaría a comportarse. Talbott había subido a ver a Clinton para defender, a fin de cuentas, a Holbrooke.

—Hablemos de rendimiento —prosiguió—. Hablemos de la capacidad para ofrecer resultados. Se trata de obtener todos los éxitos que podamos en los espinosos problemas que se nos vienen encima. Lo mire por donde lo mire, Dick es el profesional de la política exterior más talentoso, enérgico, experimentado, capaz, elocuente de nuestra generación, y el de más tragaderas. Es un coñazo de tío, es cierto. Tiene muchos enemigos y detractores. Este es el único asunto en el que Chris y yo discrepamos. Dick es un ejemplo perfecto de herramienta que cuesta mantener, pero que ofrece excelentes resultados. Merece la pena contar con él, porque el valor que ofrece es único. Dick nos sacará las castañas del fuego un día sí y otro también.

Clinton repuso que Holbrooke le caía bien y que lo admiraba, pero le preocupaba su sed de celebridad.

—La campaña que hizo para el Nobel de la Paz fue tan agresiva que no se lo dieron, justo por eso.

El presidente preguntó si Talbott querría ejercer de vicesecretario de Estado para poder manejar a Holbrooke. Talbott contestó que dependía de los deseos de su esposa, Brooke. Quizá pudiera quedarse en el gobierno otros seis meses más.

Clinton pasó a discutir otros puestos.

—Tú crees que Tony tiene que irse, ¿verdad?

—Desde luego. Es vital que salga. Mientras él sea el padre putativo, el equipo de Seguridad Nacional será disfuncional.

—Sandy cree que podríamos mantener a Tony unos meses más, un periodo un poco más decente.

—Ya le he dicho lo que pienso. Tony alargará ese periodo cuanto pueda hasta convertirlo en algo perenne. —Entonces, Talbott propuso a Lake como director de la CIA, aunque en realidad no estaba seguro de que este quisiera estar en el gobierno si Holbrooke se convertía en secretario de Estado[6].

—Es una idea interesante.

—Tony tiene cualidades que no le han ayudado precisamente a construir consensos ni a gestionar equipos en el CSN, pero que pueden resultarle muy útiles al frente de la CIA… Es esquivo, duro…

—Cruel y despreciable —remató el presidente, con tono admirativo.

Habían continuado la conversación en el baño. Talbott, cuyo nombre completo era Nelson Strobridge Talbott III, también había sido joven en los sesenta, pero no era tan relajado como su jefe. Se quedó de pie en la puerta mientras Clinton ser afeitaba, se duchaba y se vestía (bóxer azul marino incluidos).

Talbott retomó el asunto de la Secretaría de Estado y halagó a Albright.

—No es tan inteligente como Holbrooke, ninguno de nosotros lo es, salvo, quizá, usted. Pero Madeleine lleva muy dentro las prioridades de usted y su visión de las cosas, presidente. Es absolutamente leal y muy buena a la hora de articular y defender políticas.

De repente, dio la impresión de que Clinton quería dejar de hablar y se sumió en el mutismo. Talbott concluyó que Albright se caería de la carrera por el puesto.

Holbrooke recordaba con tanto dolor la espera tras las elecciones de 1992, cuando llamaba y llamaba por teléfono y nadie se lo cogía, que él y Kati decidieron marcharse al otro lado del mundo. Wisner, embajador en Nueva Delhi, había organizado una visita con unos pocos amigos de Vietnam —Holbrooke, Frankie FitzGerald,Ward Just, con sus parejas— al reino de Bután, en pleno Himalaya, donde acudirían en calidad de invitados personales del rey. La mañana del 12 de noviembre, Holbrooke se encontraba en la casa de huéspedes real, a dos mil quinientos metros de altitud, cuando sonó el teléfono. Era Al Gore. Holbrooke lo conocía desde la campaña presidencial de 1988 y había sido uno de los primeros adalides de su candidatura. Además,

en su día mantuvieron posturas similares respecto a Bosnia. No eran íntimos: Gore ocupaba un cargo demasiado alto y Holbrooke tenía la impresión de que había un muro infranqueable que aislaba a Gore de todo el mundo, incluso de los colegas que le caían bien.

—¿Dónde estás? —preguntó el vicepresidente—. No voy a decirte lo que tienes que hacer, pero yo de ti intentaría volver a Estados Unidos.

Solo salían tres vuelos a la semana desde Bután. Holbrooke confesó al rey de Bután que tenía una oportunidad de hacer historia si le permitía regresar junto con su mujer a Nueva Delhi en el avión real. Dos días después, Holbrooke estaba sentado junto a la chimenea de la casa de Talbott en Washington, sorbiendo un caldo de champiñones mientras el *border collie* de la familia dormía a sus pies[7]. Strobe preparó a Holbrooke para la entrevista que tendría esa noche en la Casa Blanca.

No hablaron de política exterior. Talbott dio consejos a Holbrooke sobre cómo desenvolverse: no exageres, no seas ególatra, contrólate. Holbrooke no se opuso. Incluso confesó algunos de sus pecados habituales. Tal vez el desfase horario lo había dejado con las defensas bajas, o tal vez la cercanía de su más anhelado deseo le hizo vivir una suerte de revelación, que trataría después de describir a Talbott:

> Tú y otros se han preguntado si, en caso de lograr esta meta de mi vida (¡Strobe, lo deseo desde los once años!), yo sería capaz de cambiar, si me suavizaría. En fin, ya me entiendes. Creo que la respuesta es que sí: una vez el trabajo esté por hacer y no haya más montañas que escalar, lo único que guiará mi vida profesional serán las dimensiones de la tarea y sus demandas, probablemente mareantes. Ya siento, además, que el simple hecho de haber llegado a esta gran final ha cambiado muchas cosas. He luchado durante años por mantenerme a flote contra poderosos adversarios y me vi obligado a veces a hacer cosas que me dejaron mal sabor de boca o causaron una mala impresión. Algunas de ellas eran tonterías, otras necesarias; pero todas dejaron huella en mí y en compañeros míos. Hay muchas que desearía haber hecho de manera diferente, pero la suma de todas ellas, las buenas y las malas, es lo que me ha hecho tal como soy hoy[8].

En ningún otro momento se acerca Holbrooke tanto a estos destellos de luz interior. Diríase que se hubiera despejado parcialmente el punto ciego de detrás de sus ojos. Pero ni siquiera estas palabras nos alumbran demasiado el camino. ¿Por qué tantos adversarios poderosos? ¿Por qué su mejor amigo se convirtió en su enemigo principal? Las respuestas a estas preguntas se guardaban en una habitación oscura donde Holbrooke nunca quiso asomarse.

¿Era cierto que un trabajo podría cambiar su carácter? ¿El secretario de Estado Richard C. Holbrooke y su nueva personalidad, corregida y

aumentada? No lo creo. Nos llevamos a cuestas a nosotros mismos dondequiera que vayamos, aun cuando ese lugar sea el mejor despacho de un séptimo piso.

La primera entrevista se la hizo Gore[9]. Este quería a Holbrooke para el puesto y por eso lo había llamado a Bután, pero durante el encuentro le hizo un verdadero examen oral y lo acribilló, en su estilo de profesor sabelotodo, con preguntas sobre todas las regiones del mundo, sin olvidar una. Holbrooke, fatigado tras cuatro vuelos, no tuvo respuestas para América Latina y el África subsahariana. Pensó que había decepcionado a Kati y a Strobe, como MacArthur cuando vomitó en la escalinata de la Casa Blanca tras un enfrentamiento con Franklin Delano Roosevelt.

No había tiempo que perder con preocupaciones: lo esperaba Clinton. Holbrooke aguardó en la Sala de Mapas veinticinco minutos hasta que lo invitaron a subir a la Sala de Tratados. Charló con Clinton durante más de una hora y se mostró mucho más amistoso con él que con Gore. En un momento dado, cuando el presidente le hizo saber cuánto apostaba Talbott por él, sabiendo que sus preferencias podían ser otras, Holbrooke se atragantó y Clinton tuvo que alargarle un pañuelo de papel.

Holbrooke regresó a la casa de Talbott embargado por el optimismo. Estaba deseando que empezara el segundo mandato, con Berger como consejero de Seguridad Nacional en lugar de Lake, y Talbott como segundo de Holbrooke, controlando las comunicaciones entre el Departamento de Estado y el CSN[10]. Las dos agencias firmarían por fin su particular tratado de paz tras décadas de guerra y podrían trabajar en equipo. Holbrooke y Talbott revitalizarían el departamento y alternarían los fines de semana de guardia para hacer más fácil la conciliación familiar. Le dio las gracias a Talbott y le dijo que lo quería.

Holbrooke y Kati volvieron a Nueva York, y se dispusieron a esperar. Clinton tardó tres semanas en decidirse.

El presidente, gracias al empuje de Talbott, pensó mucho en Holbrooke, pero lo carcomía una duda. Le preguntó a Gore si Holbrooke «se conocía a sí mismo lo suficiente» para darse cuenta de cuándo sus relaciones (también la que mantenía con el presidente) empezaban a enrarecerse[11].

La muy vivaz mente colectiva de Washington consideraba a Madeleine Albright una política más sólida que brillante y una especialista en táctica

políticamente inteligente, más que una estratega seria. Había tenido una vida dramática cuyos detalles se le escapaban a ella misma y que corría paralela a la de Kati: nació una década antes que esta, en 1937, a quinientos kilómetros al noroeste, en Praga, y su padre era un diplomático que también fumaba en pipa. La familia huyó de los nazis en 1938 y de los comunistas en 1948, y desde muy temprano en Madeleine nació la voluntad de hacer frente a los dictadores y a quienes transigían con ellos. La criaron en la fe católica y —como a Kati— no le confesaron hasta finales de 1996 que sus padres eran en realidad judíos y tres de sus abuelos habían perecido en campos de exterminio (aunque, a diferencia de Kati, ella quizá habría preferido no saberlo).

Alcanzó la mayoría de edad en los Estados Unidos de Eisenhower y se casó con un periodista adinerado. Escaló en el ámbito académico (relaciones internacionales) y político (el Partido Demócrata), trayectoria que, de haber sido hombre, no habría tenido nada de especial. A diferencia de Holbrooke, se ocupó de sus hijos y su marido la abandonó en plena madurez. Hacía gala de un optimismo obstinado, casi obtuso, habilidad imprescindible en las mujeres exitosas de su generación, que la hizo muy vulnerable a la laceración en el ámbito privado, pero la pertrechó bien de armamento para la ardua batalla pública.

Había sido la aliada más cercana de Holbrooke en Bosnia: ambos eran los intervencionistas del gobierno. Él solía abanderar a las mujeres de la administración, pero ninguna estuvo a la par de él como Albright. Apenas disimulaba su desdén hacia ella, compuesto a partes iguales de sexismo y rivalidad. En una ocasión anotó una opinión en el reverso del menú de un almuerzo que él había organizado: «MKA: se expresa de maravilla, es elocuente en lo que se refiere a los valores. Es débil en los procesos, en las políticas + diplomacia. Es irregular, impredecible. Encantadora y malvada. Insegura. Su biografía es su carrera. Muy voluntariosa»[12].

En la carrera por la Secretaría de Estado, Albright adolecía del sesgo endémico sobre las políticas: todas las mujeres la apoyaban a ella, pero los hombres apoyaban a otros hombres. En otra época, esto habría acabado con sus opciones. Pero no fue así.



Hillary Clinton y Richard Holbrooke en el Beresford de Nueva York. Fotografía oficial de la Casa Blanca.

Holbrooke llevaba más de un año cultivando su relación con Hillary Clinton. A principios de 1996, este le aconsejó visitar a las tropas de Bosnia para mostrar el apoyo presidencial al acuerdo de paz, y su viaje apareció en las primeras planas. Ella le caía mejor que Bill —se hacían reír uno al otro, se gastaban bromas y Hillary era, pese a su fama, de trato más cálido que su marido—. Quería que su esposo fuese el primer presidente en nombrar a una mujer secretaria de Estado, y por razones que solo conocerán quienes trataron muy de cerca al matrimonio, la primera dama poseía mucho ascendente sobre el presidente y sacaba partido de ello: «Si eliges a Madeleine, tendrás a tu lado a una persona que comparte tus valores, y a una elocuente defensora de tu política exterior, que hará a todas las mujeres del país sentirse orgullosas»[13].

Clinton se habría resistido a esta opción si hubiera sido capaz de sacudirse de encima las dudas respecto a Holbrooke.

Por fin, la primera semana de diciembre, sonó el teléfono en el Beresford. Era Tom Donilon: «Dick, no te lo han dado».

Holbrooke le comunicó las malas noticias a Kati como solía, sin esfuerzos por endulzar o descafeinar: «No me lo han dado. Se lo han dado a

Madeleine». Era injusto, sumamente injusto, porque Albright no era reflexiva y se quedaba en la astucia: Clinton volvía a elegir a alguien de segunda fila para la Secretaría de Estado y Holbrooke sabía que había perdido el puesto por culpa de Hillary. Procuró estrangular su frustración hasta que dejara de patalear, pues quizá la primera dama tuviera un gran futuro político por delante y podría formar parte de él. Holbrooke se fue al cine con Kati y ella fue la encargada de dar voz a la rabia en nombre de los dos.

A Talbott sí que le dijo algo: «Por primera vez en mi vida me siento viejo».

La historia ejerce una violencia eficacísima sobre nuestros sueños. El pico Dayton no era el más alto, al fin y al cabo. Tampoco lo eran el Plan Marshall ni el restablecimiento de las relaciones con China. Dayton había resuelto un problema bastante feo, pero no creó nada grande, novedoso. Para aquellos que sobrevivieron a la guerra, que sufrieron dentro de las fronteras de Bosnia o se preocuparon desde el exterior, la guerra de los Balcanes era el asunto más importante de todos. Holbrooke, no obstante, tenía la impresión de que había dedicado tres años de su vida a una pequeña guerra en un lugar remoto que, a la larga, no tendría consecuencias importantes. La desproporción entre el esfuerzo realizado y el alcance de sus logros me hace, personalmente, respetarlo aún más. «Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo con todas tus fuerzas; porque en el sepulcro, adonde tú vas, no hay obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría», como dice el Eclesiastés. Sin embargo, Dayton no marcó un camino adelante ni ninguna nueva vía de ascenso en el devenir de la historia estadounidense. Dayton, más que una cumbre, fue el punto de inflexión hacia el final de algo.

Al principio, Holbrooke no tuvo esa impresión. En un primer momento, pareció que estaba acuñando una nueva doctrina.

Pensemos en finales de los años noventa, quienes tengan edad. Microsoft, misiles Tomahawk, *Titanic*: la economía, el ejército y la cultura estadounidenses no tenían competencia y parecía que jamás la tendrían. Nunca había sido así y ya no volvió a serlo. Aquellos años marcaron la cota más alta del siglo americano. Sin embargo, no hubo una doctrina Clinton. Tampoco existió, podría decirse, una política exterior Clinton, más allá de la confianza a pies juntillas en la globalización, postura que no había cambiado

demasiado desde 1993, cuando Lake reemplazó el concepto de «contención» por el de «expansión». Las cosas parecían mejorar, por sí mismas. ¿Qué tenía que ver con Estados Unidos que la gente se dedicara a matarse en el Congo oriental o en el sur de los Balcanes?

Holbrooke quería más. No era un gran estratega, pero su frenética actitud cara a la galería lo convertían en la encarnación de determinadas ideas cuando se ponían en acción. Él creía que el poder implicaba responsabilidades. Si fracasábamos a la hora de asumirlas, el sufrimiento del mundo no haría sino empeorar, y si no tomaba la iniciativa Estados Unidos, lo haría otro país. Había que actuar, no necesariamente mediante la aplicación de la fuerza, pero con todo el peso de la influencia que pudiera ejercer la primera superpotencia del mundo. Esa era la doctrina Holbrooke, reivindicada en Dayton. No nació de las experiencias de gobierno ni mucho menos del rigor analítico. Sus opiniones y su visión de las cosas emergían, como las de todo el mundo, de lo más profundo de su sistema nervioso, de su hipotálamo, del núcleo ardiente de su carácter, donde la idea de Estados Unidos remitía a algo más que el mero poder de una superpotencia. Holbrooke era uno de los pocos estadounidenses encaramado a las copas de los árboles del poder al que de verdad importaba lo que ocurría en los rincones más ignotos del planeta.

¿Suena esto complaciente o alucinado? No lo es. Holbrooke era, podría decirse, la encarnación de un nuevo internacionalismo progresista, al estilo del de Roosevelt, Truman o Kennedy. Los enemigos eran ahora las guerras civiles más funestas, los tiranos de segunda fila, las atrocidades en masa, los estados fallidos. Kissinger no habría reconocido en ninguna de estas tres cosas un asunto de interés nacional, pero Holbrooke, que jamás practicó la verdadera *realpolitik*, estaba muy conectado con la realidad. En un discurso pronunciado en 1997, dijo:

> No hay tiempo para regodearse en un malestar *fin de siècle*. La posguerra fría exige un examen reflexivo y el diseño de nuevas herramientas para abordar los nuevos retos, muchos de ellos a la vez políticos y humanitarios. En lo que llevamos vivido de esta nueva era, aún no bautizada, solo hemos demostrado capacidad de reacción, lo que supone un elevado coste en recursos y vidas. El desafío de la política exterior de esta década es la gestión del caos. […] Si durante la guerra fría fuimos demasiado contundentes o atrevidos, bien podría decirse que hoy nos mostramos demasiado complacientes, o indiferentes, y cautos[14].

El caos constituía un problema aún más complejo que la Unión Soviética. Era menos predecible, exigía mayor conocimiento de las realidades locales y

hacía imprescindible a los aliados. Había que intervenir, fuese o no por la fuerza, desde muy pronto y de manera pertinaz. No importaba que los estadounidenses quisieran aparecer a última hora y en masa para imponer una solución rápida y luego seguir adelante. La gestión de ese caos no tenía muchos adeptos en Estados Unidos. Para los halcones republicanos, suponía transformar la seguridad nacional en trabajo social, y tampoco encajaba con el modelo pacifista de la izquierda, que culpaba de todo siempre a Estados Unidos. Quebrantaba además los principios más realistas de los políticos moderados. Para los nuevos aislacionistas de la derecha, como Jesse Helms, tratar de gestionar el caos del mundo era poco menos que una traición.

El debate acerca de cómo utilizar la superpotencia estadounidense se celebró mayormente intramuros. No teníamos rival. Las circunstancias eran insólitas. Los Acuerdos de Dayton situaban a las tropas rusas apostadas en la Bosnia de la posguerra bajo control directo de la OTAN, la primera y única vez que ha ocurrido algo así. La OTAN se expandió hasta las mismas fronteras de la antigua Unión Soviética y Holbrooke supo disipar las viejas preocupaciones de gente como Kissinger, que temía constantemente prender la vieja paranoia rusa. ¿Qué tenía Rusia que temer de Occidente? Queríamos incluirla en el círculo cada vez mayor de democracias continentales, y que dejara de pensar tanto en la OTAN. Una de las virtudes de la *realpolitik* es que te permite conocer los intereses de otros actores, y Kissinger pensaba que Holbrooke era el típico estadounidense, demasiado fanfarrón para entender por qué Rusia podía sentirse acorralada. Su doctrina corría el riesgo de terminar convirtiéndose en una especie de imperialismo progresista.

Algunos europeos —y también estadounidenses— creían que se había sacado de Bosnia una lección equivocada: que, para obtener resultados, a Estados Unidos le bastaba hacer sentir su peso donde conviniera. Estos escépticos dibujaban una línea imaginaria que empezaba en Dayton y llegaba a Irak, y veían en Holbrooke el rostro humanitario de la arrogancia estadounidense. Yo nunca lo vi así, empero. Siempre he creído que Holbrooke representó lo mejor de nuestro espíritu. Hoy día, el análisis es más complejo, aunque al final de esta historia los lectores podrán sacar sus propias conclusiones. Yo, en cualquier caso, lo prefería a él que a cualquier otro.

La *Pax Americana* alcanzó su cénit y empezó a decaer. Si me preguntaran cuál fue exactamente el punto de inflexión, respondería que 1998. Nos

habíamos vuelto fofos y engreídos, y no veíamos más allá de nuestro ombligo. Imagínense a un presidente tan descuidado que termina cayendo en la trampa tendida por el enemigo y manchando de poder el vestido azul de una becaria. Imagine una superpotencia tan segura de haber conseguido la paz y la prosperidad perpetuas que consideró adecuado desperdiciar todo un año en el asunto del sexo oral en la Casa Blanca. Ni siquiera Al Qaeda, que voló por los aires dos embajadas estadounidenses en África oriental aquel agosto, nos sirvió de toque de atención. (La respuesta de Clinton, lanzar un ramillete de Tomahawks, fue criticada a izquierda y derecha, entre otras cosas por seguir el guion de *La cortina de humo*, la citada película de De Niro). Los republicanos decidieron que acabar con Clinton era más urgente que el interés nacional, así que lo atacaban por todas las decisiones que tomaba, ya fuera en casa o en el extranjero. Nuestros dirigentes creían que podían darse el lujo de despellejarse unos a otros. Empezaron y ya no lo soltaron. ¿Algún país del mundo ha combinado alguna vez tantísimo poder con tan poca responsabilidad? Lenta e imperceptiblemente al principio, perdimos la esencial fe en nosotros mismos.

Holbrooke necesitaba algo que hacer, más allá de abrirle puertas al Credit Suisse First Boston. En el verano de 1997, decidió aceptar un puesto no remunerado en el gobierno de Clinton y empezó a viajar una semana al mes a Chipre en calidad de enviado especial. La isla llevaba desde 1974 dividida en dos partes, el norte turco y el sur griego. Holbrooke decidió intentar reunir a los líderes de ambas comunidades —eran amigos y habían estudiado juntos en la universidad en la década de los sesenta— en un antaño lujoso pero ya decrépito hotel de la capital, Nicosia, justo sobre la línea verde que partía en dos el país. Los estadounidenses decoraron una de las salas de conferencias para que pareciese Versalles y la atestaron de caviar y vino caro. Los dos dirigentes pasaron horas recordando viejos tiempos. Holbrooke sabía muy bien cómo manejar esas cosas, y pensó que iba por buen camino. Sin embargo, ninguno de los dos cedió un milímetro en sus pretensiones. Los turcos no se sentarían en una conversación oficial hasta que los griegos reconocieran la república turca del norte de la isla (la cual no reconocía ningún país del mundo, salvo Turquía).

Después de dos o tres visitas, Holbrooke culpó del empate técnico al líder turco y dejó Chipre en manos de otros mediadores. Era demasiado complicado y la recompensa, exigua. Dirigió entonces su atención hacia Kosovo.

La provincia donde Milosevic había iniciado su carrera política como caudillo de la Gran Serbia era uno de los cabos sueltos de la guerra de los Balcanes. Lo que allí empezó, allí debería terminar. Cuando Croacia y Bosnia se hacían pedazos, en Kosovo reinaba el silencio y así se mantuvo, en silencio, durante años. En Dayton, solo el diplomático alemán Wolfgang Ischinger tenía instrucciones para incluir a Kosovo en las conversaciones, pero cuando lo puso sobre el tapete, en la primera jornada, Holbrooke le dijo que ya era bastante complicado de por sí solucionar el problema bosnio. Holbrooke y Milosevic estaban paseando un día por la base cuando vieron a un grupo de gente al otro lado de la valla de seguridad: eran albaneses que se manifestaban por la autonomía de Kosovo. Holbrooke propuso acercarse para hablar con ellos. Milosevic le contestó que ni de broma. Por lo que a él respectaba, Kosovo era un asunto interno de Serbia y no incumbía al resto del mundo en absoluto.

Dayton enseñó a los albanokosovares que de Occidente no cabía esperar nada hasta que el conflicto entre Kosovo y el resto de Serbia produjera una auténtica crisis. La lección aprendida en Bosnia era que con la violencia se obtenían resultados. Los movimientos pacíficos contra la represión serbia de 1995 dieron paso a la resistencia armada y las demandas de independencia. Llegado 1998, entraban en Kosovo armas de contrabando desde el fallido Estado de Albania y el Ejército de Liberación de Kosovo (el UÇK) controlaba la mayor parte de las zonas rurales. Los insurgentes preparaban atentados contra objetivos de la policía y el ejército serbios que provocaban duras represalias contra la población civil albanesa de Kosovo y tenían como objetivo hacer que Occidente interviniera.

Igual que en Bosnia, los europeos se mostraron indolentes o incapaces, y en Estados Unidos la actitud al respecto era de desafecto y división. Albright, quien sentía un profundo odio personal por Milosevic, quería darle duro a Serbia. El secretario de Defensa, William Cohen, y el Estado Mayor deseaban evitar cualquier participación militar. Al consejero de Seguridad Nacional, Berger, más político que su predecesor Tony Lake, lo inquietaban los posibles

riesgos que tendría que asumir el presidente si estallaba otra guerra en los Balcanes. Clinton, no obstante, estaba muy despistado, sobrepasado por las investigaciones respecto de las presuntas relaciones sexuales con la becaria de la Casa Blanca.

En marzo de 1998, Ibrahim Rugova, líder del movimiento opositor y no violento kosovar, envió una carta a Albright: «Le escribo para informarle de que estoy dispuesto a reunirme con el presidente Slobodan Milosevic, sin condiciones previas, si Estados Unidos se ofrece a mediar. Le insto a designar como mediador al señor Richard Holbrooke»[15]. Al mes siguiente, Ischinger (viceministro de Asuntos Exteriores alemán) imploró a Strobe Talbott (que seguía siendo vicesecretario de Estado) que dejase las manos libres a Holbrooke en Kosovo.

A Albright, que creía intuir la mano de Holbrooke detrás de aquellas componendas, la idea no le gustó nada. «Holbrooke está fuera de control», le dijo a Talbott[16]. Ella era una estrella mediática, la persona más famosa de cuantos conformaban el gobierno de Clinton, pero despojada de su característico sombrero Stetson negro, era una mujer de piel fina, sumamente suspicaz. Su desconfianza en Holbrooke se debía al temor paranoico —no del todo injustificado— de que este intentara arrebatarle Kosovo. En mayo, pidió a Chris Hill, embajador de Estados Unidos en Macedonia, que se prestase a hacer de mediador él. Cuando se enteró, Holbrooke le imploró a su protegido favorito: «Chris, tienes que decirle a Madeleine que me necesitas para ese trabajo». Al final, Talbott y Berger convencieron a Clinton de que las habilidades negociadoras de Holbrooke y su cercanía con Milosevic podrían evitarle a Estados Unidos meterse en otra guerra en los Balcanes.

Así pues, a mediados de mayo, Holbrooke viajó con Hill a Serbia. Milosevic le recibió en su palacio como quien recibe a un viejo amigo.

—¿Sabe cuál fue el mayor logro de Dayton? —dijo—. Que los estadounidenses se dieran cuenta de cómo es vivir con musulmanes[17].

Holbrooke hizo oídos sordos al comentario pretendidamente jocoso e informó a Milosevic que Hill sería el nuevo enviado especial de Estados Unidos para Kosovo.

—Señor Richard Charles Albert Holbrooke —dijo Milosevic, echándose hacia delante—: No hay ninguna crisis. Solo un puñado de separatistas albaneses a quienes los medios de su país les gusta entrevistar, y de los que ya

están ocupándose nuestras fuerzas de seguridad. —Holbrooke trató de salir al paso, pero Milosevic no se lo permitió—. Señor Holbrooke, no hace falta ningún enviado. Kosovo forma parte de Serbia. Es un problema interno. —Hizo una pausa y prosiguió—: Sí puedo decirle que estaré encantado de recibir al embajador Chris cada vez que quiera verme. Y desde luego, puede viajar libremente por Kosovo.

Kosovo no era Bosnia, y Milosevic tampoco era ya el negociador de antaño. Ya no era divertido tratar con él. Demográficamente, los serbios estaban condenados en Kosovo, pues eran menos del diez por ciento de la población. En el plano político, sin embargo, Kosovo era una especie de tierra santa que Milosevic, cada vez más impopular, necesitaba perentoriamente para mantenerse en el poder. «Los serbios entregarían mi cabeza antes que Kosovo», le dijo a Holbrooke[18]. Por otro lado, si estallaba una guerra en Kosovo, podrían verse arrastrados países limítrofes o cercanos, como Albania, Macedonia, Grecia o Turquía.

Holbrooke preparó una primera reunión entre Milosevic y Rugova, que no sirvió de nada. En 1995, en Bosnia, Milosevic había tenido una única vía de acción, la diplomática. En 1998 recurrió a ella, pero para plantarse mientras el ejército serbio campaba a sus anchas por Kosovo. Aquella guerra no llegó a atraer la atención de Holbrooke como lo hiciera la de Bosnia. El principal negociador fue Hill, y Holbrooke se implicó de manera esporádica, pues no conocía tan bien el asunto ni a aquella gente. Su libro se hallaba a punto de salir y estaba recaudando dinero para la American Academy de Berlín, que pronto se inauguraría. Tenía además que seguir cumpliendo con Credit Suisse First Boston. El derroche de ambición lo tenía superado, con demasiados frentes abiertos.

—Me cae bien *Deek* —le dijo Milosevic a Hill—. Pero sería capaz de comerse a un niño vivo por su carrera profesional[19].

Sin embargo, el lío de verdad llegó en junio de 1998.

Bill Richardson, el embajador estadounidense ante las Naciones Unidas, le chivó que iba a renunciar a su puesto para convertirse en secretario de Energía, y le recomendó que presentase su currículum y tratara de venderse como uno de los escuderos de la carrera presidencial de Gore, que pretendía presentar su candidatura en 2000. Era aquel un puesto que Holbrooke aceptaría sin pestañear. Trabajando en las Naciones Unidas, podría quedarse

en Nueva York con Kati y sus hijos, volver a entrar en el gobierno, pero como alto cargo del gabinete, y trabajar en cualquier rincón del planeta. Había visto a las Naciones Unidas fracasar miserablemente en Bosnia, pero valoraba la institución lo suficiente para querer ayudar a enmendarla, aunque fuera en calidad de herramienta para las políticas estadounidenses. En esta ocasión, Holbrooke no se hizo esperar. Llamó a Clinton desde Kosovo para informar sobre su viaje y añadió con presunción que si le ofrecían el puesto de Richardson lo aceptaría.

Clinton citó a Holbrooke en la Casa Blanca el 11 de junio. Se reunieron poco antes de medianoche en la Sala de Tratados, como la vez anterior.

—Te necesito desesperadamente —le dijo el presidente[20].

Holbrooke había sabido interpretar las circunstancias con astucia. Clinton estaba muy insatisfecho con su equipo de política exterior. Albright era una auténtica sabuesa del servicio público y lo hacía bien siempre que contase con un guion, pero no se hallaba a la altura del trabajo. En un año como el de Monica, Clinton necesitaba incorporar a alguien con muchas credenciales:

—Me va a joder cada vez que pueda. Te estoy dando este puesto porque eres grande y porque quiero que asustes un poco a Madeleine y a Sandy. Pero también quiero que sepas jugar en equipo con ellos.

—Yo siempre he sabido jugar en equipo —dijo Holbrooke—. Es como en el fútbol americano: discutimos en el corro, pero luego salimos y la jugada sale bien.

Clinton no pudo resistirse a usar un poco más sus armas de seducción.

—Si esto sale bien, puede que Strobe vea cumplido lo que lleva tanto tiempo proponiendo.

Holbrooke le pidió a Clinton un favor: que llamara a Kati para darle la noticia. Ella cogió el teléfono en Nueva York y se topó al otro lado del hilo con el presidente, coqueteando de nuevo:

—Ahora nos van a citar a declarar a los dos —le dijo Clinton a la preciosísima exmujer de Peter Jennings— por llamarte a estas horas de la noche.

Albright no tenía otra opción que aceptar a Holbrooke en su antiguo puesto. «No ha sido decisión mía —aseveró ella con rotundidad cuando él la llamó—. En cualquier caso, tú y yo nunca hemos tenido problemas cuando hemos trabajado juntos[21]» Más tarde, Albright le dijo a su mano derecha:

«Todo para ti, Strobe. —Y acto seguido pasó a echar por tierra todo el trabajo de Holbrooke en Kosovo—: En Kosovo la cagó. No es un ningún genio. Lo hizo bien en Dayton, pero en Chipre y Kosovo no es que se haya lucido, precisamente»[22]..

El 18 de junio, Clinton habló ante las cámaras de la Rosaleda de la Casa Blanca para anunciar la candidatura. Cuando le tocó el turno a Holbrooke, contó la anécdota sobre su visita a las obras del edificio de la ONU con su padre, pero se atascó aquí y allá y no fue demasiado elocuente.

Trudi, la madre de Holbrooke, y sus hijos, David y Anthony, habían acudido a la ceremonia. Mientras el grupo familiar seguía al presidente por la columnata del Pórtico Sur hacia el Despacho Oval para la sesión de fotos, Holbrooke se inclinó hacia su hijo Anthony y murmuró: «El servicio secreto ha presentado una orden de detención contra ti. —En efecto, agentes federales esperaban a Anthony para detenerlo en cuanto saliera por las puertas de la Casa Blanca—. Estamos trabajando en ello».

Anthony había pasado cuatro años trabajando con refugiados en Tailandia y había regresado a finales de 1995 enganchado a la heroína. La orden de detención se emitió tras haber faltado al servicio comunitario obligatorio. Holbrooke se sentía más cercano a Anthony que a David. No en vano, habían compartido piso de solteros en Nueva York, y la vulnerabilidad y el encanto de Anthony hacían que su padre no pudiera quitarle el ojo de encima. David, cuatro años mayor que Anthony, había vivido el divorcio de sus padres desde el punto de vista materno y había crecido sin padre. Holbrooke llevaba a sus hijos a ver jugar a los Knicks o los Yankees, siempre desde los mejores asientos gracias a sus contactos empresariales, y los impresionaba con sus nuevas amistades, como Tom Cruise, quien pasó tres semanas tratando de curar la adicción de Anthony y acabó convirtiéndolo a la Cienciología. Cuando Anthony comenzó a dedicarse al arte, que terminó siendo su vocación —sus primeros cuadros fueron retratos de su padre pintados a partir de fotos de prensa—, Holbrooke fue su principal valedor. Siempre se ufanó de lo bien que les iba a sus hijos, tanto si era cierto como si no. Los quería, desde luego, pero jamás estuvo presente en sus vidas; al menos no de manera constante, como ellos necesitaban. Después de casarse y tener hijos, David le dijo a su madre, Litty, que su padre no reconocería a sus propios nietos si los viera en una rueda de reconocimiento con otros bebés.

Kati encontraba insoportable a la familia de Holbrooke. Apenas aguantaba una hora de reunión familiar en Scarsdale después de la muerte del segundo marido de Trudi, Stanley. «Tenemos que quedarnos —le dijo Holbrooke—. Es mi madre». Kati quería que Holbrooke pasara tiempo con la familia de ella, así que este tiró de toda su diplomática paciencia para ganarse a su fría y hermosa hijastra, Lizzie, quien terminó por hacerse querer, y para cautivar al desafecto suegro de Holbrooke, Endre, al que raramente veían. Kati, sin embargo, había dejado claro que no deseaba relacionarse con la familia de Holbrooke. Así se lo hizo saber Holbrooke a su hermano cuando este le preguntó por qué se veían tan poco. No, no podían llevar a Trudi en su coche a los Hamptons; y no, Anthony no podía quedarse con ellos en la casa de Telluride (aunque Lizzie y Chris estuvieran allí). A veces Holbrooke insistía, pero solía ceder ante Kati, y pasaba más tiempo con los hijos de ella que con los suyos.

Sobre el piano de cola que había en el apartamento del Beresford se alineaban decenas de fotos de Richard, Kati y los hijos de ella, esquiando y haciendo otras cosas glamurosas, pero ni una sola de Anthony, cuyas llamadas Holbrooke cogía desde el baño para que Kati no supiera que estaba hablando con él. En sus años como compañeros de piso habían intercambiado muchas notas («Qué rollo tienes», «Política = Diplomacia = Puro rollo = Resumen de ti», «Supongo que dejar la mitad del zumo de pomelo fuera para que se estropee es tu manera de predicar con el ejemplo», «¿Ha sido divertido, no? Gracias». «Gran Papá y *Ant-Man* abren nuevos caminos en el mundo de los valores familiares», «Papá: he limpiado tu habitación como me pediste. $Por favor$ Déjame unos $$$»[23]). Holbrooke tenía estas notas enmarcadas y colgadas en su vestidor.

«Hay dos tipos de personas —les decía Holbrooke a sus hijos—: aquellas a los que les hacen gracias los chistes de pedos y aquellas a las que no. Sabéis en qué grupo están los Holbrooke, ¿verdad?». Pero Kati, que se hallaba justo al otro lado de esa línea divisoria, era el centro de su mundo.

Dick Beattie, el abogado, conseguidor y amigo de Holbrooke, estuvo presente en la ceremonia de la Rosaleda de la Casa Blanca. Convenció a los agentes federales de que no detuvieran a Anthony cuando saliera de la Casa Blanca. Esa era la clase de ayuda que su padre podía ofrecer.

Al día siguiente de la ceremonia, alguien envió una carta al inspector general del Departamento de Estado: «He de llamar su atención sobre dos cuestiones que ponen en tela de juicio la idoneidad del señor Holbrooke para su reciente candidatura», comenzaba la carta[24]. El primer argumento tenía que ver con el hecho de que, inmediatamente después de ejercer como secretario de Estado adjunto para Europa, Holbrooke había sido contratado por un banco europeo y se había reunido con altos cargos europeos a quienes conocía de su época como funcionario público, invitando a veces a embajadores estadounidenses, pues seguía sirviendo como asesor no remunerado del Departamento de Estado: «usando dos sombreros», como se dice de manera figurada en jerga del gobierno. Esto haría pensar a cualquier forastero que Holbrooke usaba su influencia sobre ciertos miembros del gobierno estadounidense para hacer negocios. El segundo argumento que esgrimía la carta era que, mientras fue secretario adjunto, había movido hilos en nombre de Credit Suisse First Boston para una licitación del gobierno de Hungría, justo dos meses antes de empezar a hablar con el banco sobre un posible empleo con ellos.

La carta era anónima. Cuatro páginas a espacio sencillo redactadas por alguien con tan detallados conocimientos que no podían venir sino de un funcionario del departamento. La persona firmante incluso se quitaba el sombrero ante la estelar carrera de Holbrooke. Si supiera quién fue, lo contaría en estas páginas, pero hay secretos que parecen imposibles de desenterrar. La lista de funcionarios del Servicio Diplomático que guardaban rencor a Holbrooke —ya hemos hablado de algunos de ellos— es demasiado larga para entresacar sospechosos, y quizá el anónimo firmante contaba con ello.

La Oficina del Inspector General ya le seguía los pasos a Holbrooke, pero por otro asunto. Como secretario adjunto había vivido en soledad, sin pagar alquiler, en la mansión con mayordomo que en Georgetown tenía Larry Lawrence, donante que financió a Clinton y había sido nombrado embajador ante Suiza en 1993. Lawrence había muerto en 1996 y, gracias a un testimonio aportado por Holbrooke, el ejército hizo una excepción en su caso y permitió que se le enterrara en el Cementerio Nacional de Arlington, por el heroico servicio prestado en la marina mercante durante la Segunda Guerra Mundial, si bien al año siguiente fue exhumado e inhumado de nuevo en San

Diego, porque la historia del heroico servicio era inventada. A Holbrooke no se le había ocurrido incluir la mansión de Lawrence en Georgetown como donación en sus declaraciones financieras.

Y había otras cosas, más mezquinas. Holbrooke intentó transitar atajos y fue descuidado.

Los bancos de inversión contrataban a Holbrooke porque en Seúl o en Estocolmo tenía las puertas abiertas. Los conflictos de interés son cosa normal en las copas de los árboles, y todo el mundo que te conozca puede valerse de tu influencia en tu nombre: en eso consiste la amistad en esa esfera. Tú contribuyes a mi campaña por encima de los límites legales, y yo te doy un empleo que es una bicoca, para el que, además, no estás cualificado. Me dejas vivir un año y medio gratis en una mansión en Georgetown y yo te meto en Arlington para toda la eternidad.

Holbrooke y Kati, asimismo, tuvieron la oportunidad de firmar hipotecas a un muy beneficioso interés para sus casas de los Hamptons, Connecticut y Telluride con la entidad bancaria Countrywide Financial[25]. Su director, Angelo Mozilo, cultivaba la amistad con los poderosos de Washington para recibir tratos de favor de la llamada Fannie Mae, la empresa pública encargada de expandir el mercado secundario de hipotecas, cuyo director ejecutivo, Jim Johnson, era amigo y exsocio de Holbrooke. Johnson, de hecho, invitó a este a unirse a las filas de los «amigos de Angelo». ¿Quién puede rechazar un préstamo en condiciones tan ventajosas? Nadie se cuestionó siquiera que aquello fuese ilícito, hasta que, un decenio después, Countrywide Financial se hundió durante el escándalo de las hipotecas de alto riesgo, las llamadas *subprime*. El rostro de Mozilo fue uno de los más conocidos de la crisis financiera; sus fechorías ayudaron a que los estadounidenses desarrollaran un cinismo cada vez más exacerbado respecto de las élites de Nueva York y Washington. No sería exagerado decir que allanaron el camino durante la siguiente década al presidente que llegó al poder prometiendo hacer saltar todo por los aires.

A mediados de julio, dos agentes de la Oficina del Inspector General entrevistaron a Holbrooke durante casi tres horas en el bufete que Beattie tenía en el Midtown neoyorquino. Holbrooke se condujo con soltura.

—¿Creyó usted que cuando los Lawrence le permitieron quedarse en su casa sin pagar estaba recibiendo un obsequio? —le preguntó el agente

especial Brian Hess[26].

—No sé si entiendo la pregunta —replicó Holbrooke—. Aquello fue lo que fue. Yo soy un existencialista. Me ofrecieron una habitación en su casa. Una habitación es una habitación. ¿Es un regalo, como una caja de bombones? No lo sé. Ese tipo de interpretaciones, que las hagan otros.

Aquel fue el verano de la famosa frase de Clinton: «Depende del significado que demos a la palabra "es"». En ese tiempo se hurgó mucho y los sabuesos partidistas perseguían con saña a los existencialistas. Un año antes, esos sabuesos habían tumbado a Tony Lake. Después de que Clinton lo nombrase director de la CIA, Richard Shelby, senador republicano por Alabama y presidente de la Comisión de Inteligencia del Senado, empezó a escudriñar cada uno de los cajones de su vida. Shelby se hizo con todos los archivos que el FBI conservaba sobre Lake y los peinó en busca de pecados de juventud. No había nada raro, salvo la fallida venta de unas cuantas acciones de una petrolera cuando era consejero de Seguridad Nacional, por la cual pagó una multa de cinco mil dólares. Shelby siguió hurgando, lo que retrasaba el nombramiento semana tras semana. Clinton trató de convencer a Lake de que no tirase la toalla —más de una vez lo abrazó en el Despacho Oval— pero este estaba decidido y, al final, hizo una declaración pública: «Durante los tres últimos meses he demostrado paciencia y, creo, dignidad. La paciencia, sin embargo, se me ha agotado, y opino que podría perder también la dignidad si este circo político se alarga indefinidamente. […] Washington es un caos»[27]. Con ese amargo comentario dejó Lake la vida política con apenas cincuenta y siete años.

Holbrooke creía que Albright podría haber echado tierra sobre la investigación si hubiera querido, pero el gobierno de Clinton no podía permitirse otro enfrentamiento con el Congreso y la investigación no dejaba de avanzar en sus hallazgos. El otoño de 1998, el inspector general dirimió que había fundamentos para creer que Holbrooke había incumplido la ley federal. El asunto se trasladó al Departamento de Justicia, que ya estaba hasta el cuello con el caso Lewinsky. Holbrooke quedó abandonado a su suerte.



Richard Holbrooke y un combatiente del Ejército de Liberación de Kosovo en Junik, Kosovo. Srdjan Ilic/AFP/Getty Images.

¿Qué más podía hacer salvo regresar a Kosovo? Los guerrilleros que empuñaban kaláshnikov, los nervios en los puestos de control, las charlas de órdago con Milosevic: no había otra cosa que le tensara de ese modo los músculos del vientre y le resultara más emocionante.

Durante el verano y principios del otoño, las fuerzas serbias lanzaron una ofensiva y golpearon al UÇK, empujando a los combatientes kosovares al otro lado de la frontera albanesa. Aparecieron así, de la nada, trescientos mil refugiados. Las zonas rurales se convirtieron en un erial. Las matanzas por parte de las fuerzas serbias rebasaron lo que Berger llamaba «el umbral de la atrocidad», lo que significaba que Estados Unidos tenía que hacer algo, o al menos aparentarlo[28].

A principios de octubre, pese a las objeciones de Albright, Holbrooke fue despachado a Belgrado para negociar un alto el fuego[29]. Sus problemas con

la justicia lo acechaban[30]. El jefe de personal de Albright advirtió a Holbrooke: «Es muy importante que, de cara al inspector general, quede claro que estás a partir un piñón con Madeleine»[31]. Holbrooke exigió a su vez que Albright garantizase su nombramiento como condición para seguir las instrucciones de esta en Kosovo.

Holbrooke y Milosevic negociaron no solo el alto el fuego sino el reacuartelamiento de las tropas serbias y el despliegue de mil cuatrocientos observadores no armados a lo largo y ancho de Kosovo a fin de hacer tareas de verificación. Para Holbrooke fue todo un logro. Albright, que no se fiaba de Milosevic y quería que los bombarderos estadounidenses surcasen el cielo serbio, pensó que aquello no duraría. Tenía razón: semanas después, se rompía el alto el fuego. Encabezaba en ese momento la OTAN el nuevo primer ministro británico, Tony Blair, un enérgico intervencionista humanitario; Clinton, que intentaba por todos los medios sacudirse de encima el asunto Lewinsky tras su juicio político en la Cámara de Representantes, trastabillaba tras el británico. Tras más atrocidades serbias, la Alianza Atlántica puso proa a la guerra.

En febrero de 1999, Albright convenció a los bandos enfrentados para que se sentaran a conversar en el catillo de Rambouillet, a las afueras de París. Su propósito no era tanto poder «marcarse un Dayton» como unir a Occidente contra los serbios. Milosevic se quedó en Belgrado —temía que lo detuvieran debido a una supuesta orden de detención secreta por crímenes de guerra—, mientras sus representantes en Francia se negaban a aceptar un acuerdo para que las fuerzas extranjeras salieran de Kosovo. Los observadores internacionales se retiraron, lo cual presagiaba los bombardeos de la OTAN. Holbrooke pensó que las prisas por guerrear demostraban torpeza táctica, pues no había objetivos claros ni se habían perfilado planes para un conflicto de larga duración en Kosovo, el cual provocaría una escalada de violencia en la región[32]. Tampoco se había calculado cuántas fuerzas de ocupación extranjera serían necesarias. Holbrooke no estaba seguro siquiera de que Wesley Clark, entonces comandante supremo de la OTAN, se hallara dispuesto a apretar el gatillo[33]. En cualquier caso, por el momento, Holbrooke desempeñaba un papel marginal. Para él, Kosovo era «la guerra de Madeleine».

Clinton lo envió de vuelta a Belgrado para advertir a los serbios de lo que estaba por llegar. La mañana del 23 de marzo, fue a ver a Milosevic por última vez.

Se sentaron a solas en el enorme vestíbulo palaciego. No había bandejas de comida, y Milosevic estaba de un humor lóbrego y fatalista. Holbrooke le preguntó si entendía lo que ocurriría si los serbios no se avenían a los Acuerdos de Rambouillet.

—Nos bombardearán —respondió Milosevic[34].

—Así es.

—Son ustedes una nación grande y poderosa. Bombardéennos si lo desean. Es una idea estúpida, porque todo el pueblo serbio se unirá contra ustedes. Pero no podemos impedírselo.

Sobre ellos cayó un manto de silencio. Milosevic acompañó a Holbrooke hasta la escalinata.

—Me pregunto si nos volveremos a ver —dijo Milosevic.

Holbrooke no estaba dispuesto a aceptar que su poder de persuasión no funcionase. Quería quedarse en Belgrado y seguir conversando, pero Albright le había ordenado partir esa tarde[35]. La noche siguiente, los cazas de la OTAN hacían sus primeras incursiones en Serbia. Tras varios días de bombardeos, Holbrooke llamó a Clark. «¿Y si les damos un poco de tregua?», propuso. «No. Es más, ¡ni de broma!», contestó Clark. Holbrooke se puso en contacto con el consejero de Asuntos Exteriores de Milosevic, Bojan Bugarcic. «Mire, estoy en Budapest —le informó—. Dígaselo al presidente Milosevic, por si quiere venir a firmar aquello de lo que hablamos». Milosevic se negó. Se sentía traicionado por Holbrooke y quizá pensó que, si aguantaba lo suficiente, podría entregar Kosovo sin pagar el precio último: ser apartado del poder por su propio pueblo.

Se esperaba que la ofensiva aérea, liderada por el general Clark, durase varios días. Fueron, en total, once semanas. Al principio, los serbios cerraron filas en torno a su líder, que es el primer efecto que suelen tener los bombardeos. Un millón de albanokosovares, la mitad de la población de Kosovo, fueron expulsados de sus hogares. A Holbrooke, que no estaba participando de aquello y agonizaba en su limbo profesional, le parecía que había poco que elogiar en la primera guerra librada por la OTAN como tal en toda su historia. A mediados de mayo escribió en una nota personal:

Me pregunto por qué tengo que pasar por este calvario para que me den el puesto por fin. A cambio, el privilegio de pasar más tiempo con Madeleine Albright y toda esa panda, que no saben ni bombardear como es debido. No puedo ver ya ni en pintura a la mayoría de esas personas. Simplemente, no saben lo que hacen. Los fundamentos morales de la guerra eran irrefutables. Esta circunstancia, sin embargo, es necesaria, pero no suficiente, para obtener el éxito. En cualquier caso, no tengo otra opción que seguir adelante y pelear por mi nombramiento; no ya para servir al gobierno, sino por pura revancha[36].

Los rusos habían vetado la declaración de guerra en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y se negaban a cooperar con Occidente como habían hecho en Bosnia. Sin embargo, Blair presionó a la OTAN para que preparase una invasión por tierra de Kosovo, y Milosevic se dio cuenta por fin de que el envejecido y enfermo Borís Yeltsin —que estaba a punto de echarse a un lado para dejar paso a su sucesor, Vladímir Putin— no acudiría en su ayuda. El 11 de junio, Milosevic tiró la toalla. Kosovo se convirtió en territorio de las Naciones Unidas y comenzó su tambaleante camino hacia la independencia. Un año después, en el verano de 2000, Milosevic fue derrocado por un levantamiento mayormente pacífico, después de un intento de pucherazo en las elecciones. El año siguiente fue detenido y extraditado por crímenes de guerra que serían juzgados en el Tribunal de La Haya, donde murió encarcelado en 2006. Karadžić fue por fin detenido en 2008, y Mladić en 2011.

De este modo la década de las guerras balcánicas, que fueron las guerras de Milosevic e hicieron a Holbrooke ser quien fue, tocó a su fin.

Un día de finales de 1998, un desconocido se acercó a Dick Beattie en plena calle y le entregó un sobre con una segunda carta anónima. En cuanto Holbrooke hubo lidiado con aquella primera batería de acusaciones, apareció una segunda. Eran muchos los que tenían un interés más que morboso por verlo caer. Él lo había puesto demasiado fácil: había sido descuidado, como Clinton. Tuvo que entregar agendas, correspondencia, extractos de tarjetas de crédito y listines telefónicos acumulados durante años. La investigación del Departamento de Justicia se prolongó meses.

A primera hora de un día de finales de 1999, mientras el Senado se pronunciaba sobre un presunto delito de perjurio y obstrucción de la justicia del presidente Clinton, Beattie se reunía con su cliente en su bufete del

Midtown. Nada haría progresar la candidatura de Holbrooke, a menos que diera algo a los investigadores.

—Deja que nos declaremos culpables del delito. Llegaremos a un acuerdo y nos pondrán una multa —propuso Beattie.

—¡No puedes hacerme esto! —exclamó Holbrooke, que se sintió ultrajado.

—Si no lo haces, no te darán el puesto. Al Departamento de Justicia le da igual, pero no saben muy bien que hacer al respecto.

—¡Me arruinará la vida!

Holbrooke salió a zancadas de Simpson, Thacher & Bartlett, casi desvariando. Sin embargo, Beattie era un hombre de mundo y sabía cómo funcionaban esas cosas: en cuestión de una semana todo estaría olvidado. Holbrooke transigió. Negó haber cometido un delito, pero pagó una multa de cinco mil dólares (justo la misma cantidad que había tenido que pagar Lake) por invitar al embajador estadounidense en Seúl a la apertura de la primera oficina del banco suizo en Corea cuando aún no había pasado un año desde que dejó su puesto en el gobierno. Los honorarios de Beattie ascendían a trescientos treinta y seis mil dólares, pero este solo le cobró dos tercios de esa cantidad[37].

No acabó todo ahí. El Comité de Relaciones Exteriores del Senado inquirió sobre tres mil dólares que había cobrado de la revista *Time* por un artículo sobre Bosnia aparecido en una época en que, en teoría, no debía obtener beneficios extra de su trabajo en el gobierno. El presidente del Comité, Jesse Helms, posponía una y otra vez el nombramiento y los senadores tenían a Holbrooke de rehén y se servían de él como arma arrojadiza en sus rencillas con la administración Clinton. Mitch McConnell quería que nombrasen director de la Comisión Electoral Federal a un profesor de derecho conservador que él tenía bajo su égida, así que el escaño permanente estadounidense en el Consejo de Seguridad estuvo vacante un año entero. Aquello no era solo una mera pelea partidista, sino que se negaban a cumplir los compromisos internacionales de Estados Unidos.

Arreciaban los rumores de que la Casa Blanca iba a cortar por lo sano y encontrar a otro candidato. A esas alturas, alguien con más dignidad y menos tenacidad habría dado ya un paso atrás. Pero Holbrooke buscó a sus amigos poderosos.

El diciembre anterior, él y Kati habían organizado una fiesta navideña en honor de Hillary Clinton, en el Beresford, para mostrarle su apoyo cuando el año Monica tocaba ya a su fin. Bill no estaba invitado: solo había amigos neoyorquinos, entre ellos muchas estrellas de cine que se sintieron tan halagados por la invitación como los políticos y los periodistas. Hillary Clinton mencionó de pasada una vez que admiraba al Ejército de Salvación, así que Holbrooke contrató a una banda de música de dicha institución para que tocara villancicos para ella. Así pues, cuando los funcionarios de la Casa Blanca empezaron a azuzar el avispero para que Holbrooke abandonase, él llamó a Hillary al menos una decena de veces, en ocasiones por la noche, muy tarde, a menudo muy afectado, instándola a que no permitiese al presidente cambiar de idea. «No podemos dar de lado a Richard Holbrooke —dijo a Bill, que aún estaba titubeante—. Tienes que quedarte con él». Este fue el comienzo de una larga lealtad mutua.

Las audiencias comenzaron el 17 de junio, víspera del aniversario de la candidatura de Holbrooke. Asistieron varios familiares, y Holbrooke se aseguró no solo de que estuviera presente la hija de tres años de la prometida de David, Sarah, sino que llevase un adorable vestido azul. Jesse Helms entró en la Cámara en su silla de ruedas, pertrechado con gráficos cuyo objetivo no era otro que avergonzar a la administración Clinton y con un largo texto en el que criticaba con dureza la candidatura de Holbrooke. Pero este no dudó en presentar a Helms a su familia: «Este es mi hijo David, su mujer, Sarah, y su hijita, Bebe». El senador conservador de Carolina del Norte se ablandó.

En su discurso de nombramiento, Holbrooke enfatizó el papel crucial del Congreso en la elaboración y ejecución de la política exterior de Estados Unidos. No eran palabras vanas y trilladas de alguien bregado en el gobierno: hablaba de una dura lección aprendida en Vietnam y que había tomado siempre muy en serio, puesta en práctica con Carter y de nuevo en Bosnia. Sin embargo, el punto de inflexión de la audiencia se produjo cuando empezó a contar la historia de su padre, que de nuevo lo llevó a la visita a las Naciones Unidas y, una vez más, a emocionarse y no poder hablar.

—Mi padre me habló de su… Eh, bueno, quizá deba dejar mi discurso escrito al secretario para que conste en acta. No me veo capaz de leer la parte sobre mi padre[38].

—Un día nos juntamos. Yo te hablaré de mi padre también —dijo Helms —. Yo siento lo mismo al respecto del mío. Me estás impresionando.

Al final, Helms les dijo a sus asistentes que quitaran los gráficos. Terminó prestando su apoyo a la candidatura y, a principios de agosto, el Senado votó abrumadoramente a favor de la ratificación. A esas alturas, con tanto retraso, a Holbrooke solo le quedaban diecisiete meses en el puesto que había estado hasta entonces vacante.

Una de dos: o ganas o te caes

No sé muy bien cómo narrar lo ocurrido en esos meses. No hay un único asunto del que hablar, sino un desdibujamiento ininterrumpido de actividades llenas de intención y propósito. Temo que los lectores se queden con la impresión de haber visto un vídeo resumen de momentos destacados. Holbrooke no aguantaba perder veinte segundos esperando un ascensor y, mucho menos, veinte minutos cruzando la ciudad en su coche con chófer. La primera mañana, trató de despedir a dos empleados que trabajaban en la misión estadounidense, en la otra acera de la Primera Avenida, frente a la ONU (a uno de ellos, por no reconocer al nuevo embajador al coincidir con él en el ascensor). Su jefe de personal no cumplió la orden, pero el mensaje llegó a todo el mundo: con el nuevo embajador había que andarse con cuidado.

Holbrooke se comparaba con «un esquiador en una carrera de descenso que va a toda velocidad: o ganas o te caes»[1]. Él no se cayó. Hizo cosas de las que probablemente los lectores nunca hayan oído hablar, no tan espectaculares como Dayton, pero casi igual de importantes. Salvó, por ejemplo, la posición de Estados Unidos en las Naciones Unidas, lo que equivale a salvar a las Naciones Unidas. Nunca fue más productivo ni más feliz.

Ayudó mucho vivir en Nueva York en lugar de en Washington. Él y Kati dormían en el Beresford, y no en la residencia oficial del embajador ante las Naciones Unidas, en el piso 42 del Waldorf Astoria, en el East Side, que a veces usaban por motivos puramente recreativos. Holbrooke se forjó su propio feudo y se ocupó de sus problemas, esos de los que en Washington no querían oír hablar. Era imposible ganarle a Albright, su superior en el escalafón burocrático. Eso no impedía que la desacreditase frente a sus ayudantes («No podemos tener a una aficionada en ese cargo») y tampoco que Albright dijese a Talbott: «Espero que Gore sea presidente, pero que me

aspen si Holbrooke se queda con mi puesto»[2]. El odio que se profesaban, a diferencia del que se tenían él y Lake, no se debía a rencillas acumuladas en el pasado. Holbrooke fue disciplinado y procuró no tener que lidiar con el Departamento de Estado y la Casa Blanca. Esquivó las cuestiones de política exterior más importantes para Clinton durante el año anterior —el programa de armamento iraquí y el conflicto palestino-israelí—. Desde los inicios de su carrera se había mantenido alejado de Oriente Próximo, y explicaré por qué: era demasiado fácil enojar a las organizaciones judías estadounidenses, lo que habría fastidiado su escalada en el poder. En su primera semana de trabajo, a principios de septiembre de 1999, se produjeron episodios masivos de violencia en Timor Oriental, cuando milicias respaldadas por el ejército indonesio masacraron a los timorenses que acababan de votar a favor de su independencia. Holbrooke telefoneó al ministro de Asuntos Exteriores indonesio, a quien había conocido durante los años de Carter, cuando Holbrooke había intentado vender aviones militares estadounidenses a Indonesia haciendo oídos sordos a los derramamientos de sangre provocados por la anexión forzosa de la excolonia portuguesa. Dos décadas más tarde, se sirvió de su antigua red de contactos a fin de reconvenir al ministro de Asuntos Exteriores indonesio y engatusarlo para que dejara irse a Timor Oriental. Hizo que el Consejo de Seguridad trabajase durante todo el fin de semana y consiguió que se aprobara a la carrera una resolución para enviar una fuerza internacional liderada por Australia. Las tropas llegaron a Dili el 20 de septiembre.

Era la primera misión de mantenimiento de la paz desde las catástrofes de Somalia, Ruanda y Bosnia. Se demostró que las Naciones Unidas —con la presencia de una potencia en la región, como Australia, y bajo liderazgo estadounidense— podía prevenir atrocidades y estabilizar países rotos por la guerra.

Sus meses en las Naciones Unidas podrían resumirse en dos o tres cuestiones.

La primera cronológicamente hablando, y también en significado y dificultad, resultaba también la más enrevesada. Estados Unidos era quien más fondos aportaba a las Naciones Unidas y debía en torno a mil millones de dólares. La deuda venía acumulándose desde hacía años, en parte debido a senadores republicanos como Helms, que consideraban la ONU un pozo sin

fondo de gastos, y también un vivero de actitudes antiestadounidenses y una amenaza para la soberanía del país. El Partido Republicano ya había enfilado la solitaria carretera que lo alejaba del internacionalismo rumbo al *America First*.

Como condición previa al pago de la deuda, Helms pedía reformas draconianas en la ONU. Primero, una reducción de la deuda. La propuesta de ley Helms-Biden había sido aprobada en el Senado, pero muchos miembros de la Cámara baja querían ver caer la institución. Un representante republicano de Nueva Jersey, por ejemplo, paralizó los avances en el desarrollo de la ley debido a una propuesta en virtud de la cual se dispondrían fondos para planificación familiar en los países pobres. Los predecesores de Holbrooke —Albright y Richardson— no habían sabido o podido solucionar ese problema, y le dejaron la patata caliente. Para cuando juró el cargo, Estados Unidos estaba a apenas meses de perder su voto en la Asamblea General de la ONU, lo cual se la traía al pairo a Helms y a otros congresistas partidarios del *America First*, encantados de que el país se viera obligado a abandonar la organización. Pero el gobierno de Clinton no estaba dispuesto a morder el polvo por un dinero debido a la ONU justo en año electoral.

Así pues, Holbrooke —cuyo apoyo a las misiones de paz y los tribunales para crímenes de guerra personificaba esa idea de la soberanía nacional, más bien laxa, que Helms repudiaba— colocó en lo alto de su lista de prioridades ganarse a los republicanos del Congreso. Ese otoño viajó a Washington todas las semanas[3]. Allí, abordaba a completos desconocidos en el patio de columnas o en el tren subterráneo del Capitolio, escuchaba sus quejas y les explicaba por qué la supervivencia de las Naciones Unidas importaba al electorado de su distrito.

En la salita de espera del despacho de Bart Stupak, un demócrata de corte conservador oriundo de la península Superior de Michigan, Holbrooke y su representante en Washington, Robert Orr, fueron recibidos por un póster en que se leía «MI PRESIDENTE ES CHARLTON HESTON». Heston presidía entonces la Asociación Nacional del Rifle (ANR).

—Por el amor de Dios —le susurró Orr a Holbrooke—. ¿Adónde me has traído?

Holbrooke se sentó con Stupak para charlar.

—Me doy cuenta de que las cuestiones de seguridad le preocupan —dijo, pisando fuerte desde el principio. Stupak había sido policía y guardia estatal.

—Desde luego —dijo Stupak—. En mi distrito tenemos milicias, y un montón de armas.

—Bueno, yo he venido para hablar con usted sobre seguridad nacional con esa misma pasión.

Holbrooke le contó entonces que las Naciones Unidas no tenían que ver con los «valores» estadounidenses, sino que funcionaban como una herramienta para ejercer con contundencia el poder en nombre de nuestros intereses. En nueve de cada diez países del mundo, la influencia estadounidense se dejaba sentir a través del papel que Estados Unidos desempeñaba en el seno de la ONU, sobre todo en las misiones de paz. Cuando Stupak mencionó el trabajo que hacía la ONU para limitar el comercio global de armas ligeras —algo contra lo que la ANR protestaba airadamente—, Holbrooke restó importancia al asunto con un gesto desenfadado: aquello no era más que un paripé de cara a la Asamblea General. Lo que contaba en verdad era el Consejo de Seguridad, donde él tenía la responsabilidad de proteger los intereses patrios, valiéndose de todas las herramientas posibles, incluido el veto.

—No sabía qué esperar cuando oí que quería venir a verme —confesó Stupak al terminar Holbrooke su exposición—. He de decir que me ha convencido.

Holbrooke se reunió individualmente con más de cien congresistas[4]. La mayoría nunca se había sentado con un miembro del gabinete y se sintieron halagados por recibir la atención de una estrella de la diplomacia como él. Los más suertudos fueron invitados a las cenas EHD alguna celebridad que Holbrooke y Kati organizaban periódicamente en el Waldorf. Unos pocos incluso fueron los homenajeados. En diciembre de 1999, la Cámara aprobó el proyecto de ley Helms-Biden y Clinton lo sancionó.

El 20 de enero de 2000, Holbrooke invitó a Helms a Nueva York para concederle el honor de dirigirse al Consejo de Seguridad. Aquel viejo racista y aislacionista de ojos de lechuza se sentó en la famosa mesa en forma de herradura para advertir a la ONU que no se atreviera a juzgar la legitimidad de las acciones de Estados Unidos en política exterior. Los embajadores lo escucharon en un silencio gélido, pero el efecto en general fue positivo y

contribuyó a rebajar tensiones. Al día siguiente, la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado celebró en el Midtown neoyorquino una sesión sobre la reforma de la ONU. Helms la presidió con una gorra de béisbol de las Naciones Unidas de color celeste: soñaba ya con ocupar un lugar en la historia. En marzo, correspondió al Consejo de Seguridad invitándolo a Washington en pleno y, en mayo, Kofi Annan, el primer secretario general de la ONU africano y de raza negra, pronunció el discurso de inauguración del curso en la Universidad de Wingate, en Carolina del Sur, el *alma máter* de Helms, que hasta hacía unas décadas había segregado a los negros.

Como condición para pagar las deudas pendientes con la ONU, la ley Helms-Biden obligaba a que la aportación estadounidense se redujera del 25 por ciento al 22 por ciento del presupuesto general y, en el rubro de mantenimiento de la paz, del 29 por ciento al 25 por ciento, lo que obligaría al resto de países a aumentar sus aportaciones respectivas (algunos tendrían que triplicarlas). A Holbrooke le pareció bastante humillante ese racaneo por parte del país más rico del mundo[5]. «Sin embargo, vamos a hacerlo, porque Estados Unidos no puede ser el país que rompa la ONU», le garantizó a *sir* Jeremy Greenstock, el embajador británico. Holbrooke necesitaba los votos de toda la Asamblea General, donde se toparía con resistencias igual de feroces que las del Congreso republicano. Dirigió su implacable mirada a las otras 188 misiones ante las Naciones Unidas y dedicó tiempo a los representantes permanentes de países pequeños o poco desarrollados como Mauricio —los equivalentes geopolíticos de Bart Stupak—, cuyo representante jamás se había reunido con un embajador estadounidense. Holbrooke quiso conocer sus inquietudes y deseos. Además, acompañó a un grupo de embajadores africanos a una visita privada a la colección africana del Museo Metropolitano y se empolló todos los aspectos financieros de los presupuestos de cada país[6]. Llevaba encima a todas horas una hoja plastificada con los presupuestos actuales y estimados para el siguiente ejercicio de cada país.

La víspera de Año Nuevo de 2000, durante la votación final, Holbrooke no dejó dormir a sus colegas en Nueva York en toda la noche. Los embajadores debatían con los gobiernos de sus países sobre si aprobar o no el nuevo presupuesto. Greenstock se resistió a las instrucciones que había recibido de rechazar la propuesta de aportación británica. «Siento que sea tan

tarde, he tenido que tratar con Holbrooke este tema —informó al subsecretario, que seguía despierto en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico a las cuatro de la mañana—. Lo he hecho bastante bien. Tenemos que aceptarlo». Las reformas fueron aprobadas y Estados Unidos comenzó a saldar la deuda que tenía con la organización de su creación.

Holbrooke —que era demasiado práctico para creer en el sueño de su padre, pero demasiado idealista para renunciar a él— salvó a las Naciones Unidas de la disolución que habría supuesto la pérdida del liderazgo estadounidense. Freud dijo que el trabajo del psicoanalista era transformar la infelicidad neurótica en infelicidad común. Holbrooke conservó el papel histórico de las Naciones Unidas como la organización que puede intentar resolver los principales problemas del mundo y fracasar.

Holbrooke necesitaba un terreno de juego más amplio. No lo satisfacía presionar a los legisladores y hacer cuentas de dinero en Washington y Nueva York. Encontró uno enorme: África, donde nunca había puesto un pie, a excepción del norte musulmán.

En 1998, Bill Clinton había saludado un «renacimiento africano» encabezado por una nueva generación de dirigentes. La salve se hizo antes de tiempo, por desgracia. A finales de 1999, varias guerras de gran violencia, declaradas por algunos de esos mismos líderes, acabaron con la vida de decenas de miles de personas en la frontera entre Etiopía y Eritrea, en Sierra Leona y en el este del Congo, donde media docena de países del entorno se habían enzarzado en un enfrentamiento marcado por las limpiezas étnicas y el control de los recursos minerales. Si la política exterior de la era posterior a la guerra fría se definía como gestión del caos, África parecía un buen punto de partida.

A principios de diciembre de 1999, Holbrooke coordinó un viaje de doce días —lo acompañaron el senador Russ Feingold, varios funcionarios de Clinton y Kati— a diez países africanos, entre ellos el Congo, Sudáfrica y Zimbabue[7]. Ese ritmo no dejaba a Holbrooke tiempo para hacer cosas como entrar en una pagoda y escudriñar el corazón carbonizado de un monje. Cuanto más importante es la gente, menos aprende: no leen tanto, no tienen tiempo que perder de manera productiva, hablan con pocos locales, los que habitan el lado malo de la historia. Holbrooke luchó contra ese mal como

pudo, pero también se vio aquejado, aunque su patrón oro de la diplomacia seguía siendo su año en el delta del Mekong.

Su propósito era exponer los problemas del continente ante el Consejo de Seguridad, sobre todo la guerra del Congo y la epidemia de sida, que estaba destruyendo el tejido social de cada uno de los países que visitó. En enero de 2000, le tocó a Estados Unidos presidir el Consejo de Seguridad, y Holbrooke lo declaró «el mes de África». Invitó a Nueva York a jefes de Estado de los países que se enfrentaban en el territorio del Congo y, pese a las objeciones de Rusia, China y Kofi Annan, logró incluir el sida en la agenda del Consejo de Seguridad en cuanto amenaza para la paz y la estabilidad mundiales (empezando por la propagación de la enfermedad en África y otros lugares por parte de los Cascos Azules de la ONU). No llegó muy lejos en su celo por acabar con la guerra en el Congo. Sin embargo, arrojar luz sobre el problema del sida tuvo óptimas consecuencias: por un lado, para las Naciones Unidas, donde por primera vez una crisis de salud recibía la atención colectiva de las potencias mundiales y el Consejo de Seguridad tomaba en consideración temas «blandos» distintos a la guerra y la paz (los niños soldado, las víctimas civiles); por el otro, para el propio Holbrooke, pues después de dejar el trabajo en las Naciones Unidas dirigió una alianza de multinacionales volcadas en tratar el sida y divulgar las pruebas del VIH. Entendió de antemano que la diplomacia cambiaría en el siglo XXI, que tendría más que ver con la organización de individuos y grupos ajenos al gobierno como respuestas complejas a crisis humanitarias que con conversaciones entre hombres trajeados sentados en torno a una mesa de conferencias.

Una breve nota al pie en esta historia que estoy contando. No me da tiempo para relatar de qué manera bloqueó él solo al gobierno genocida de Sudán para que no diera la espalda al Consejo de Seguridad, como era de esperar, o espoleó a las Naciones Unidas para que agilizaran el reasentamiento de los refugiados de Timor Oriental tras la guerra con Indonesia, o intentó que los chinos se reunieran con el dalái lama y otorgaran la autonomía cultural al Tíbet a cambio del reconocimiento del gobierno de China (esto no sucedió). Este es el tipo de cosas que Holbrooke hacía cuando nadie miraba.

En las Naciones Unidas, Holbrooke se creó un nuevo enemigo de peso.

Burocráticamente, la única persona que se interponía entre África y él era una adjunta de la Secretaría de Estado de treinta y cinco años llamada Susan Rice. Nacida de la *intelligentsia* negra de Washington, era una mujer inteligente y combativa, una atleta, protegida por Lake desde el CSN y por Albright desde el Departamento de Estado, todo lo cual presagiaba un más que probable choque con Holbrooke. El día que se conocieron, en el verano de 1998, Rice estaba charlando con unos congresistas en el Capitolio cuando su asistente la llamó para comunicarle que el nuevo candidato para la embajada ante la ONU estaba en su despacho del sexto piso del Departamento de Estado y no pensaba marcharse hasta que ella regresara y pudiera verla. Rice indicó a su asistente que dijera a Holbrooke que tardaría un rato en volver, pero que podía esperarla allí si lo deseaba. Que es justo lo que él habría hecho en su lugar.

Cuando Rice regresó, se encontró a Holbrooke tendido en el sofá de su despacho. «No me gusta nada que hayas batido el récord que yo ostentaba de adjunto regional del secretario de Estado más joven de la historia», le dijo a modo de recibimiento.

Se intentaba mostrar encantador a su manera algo tosca, pero a Rice no le hizo ninguna gracia, y en ese preciso instante decidió que aquel tipo era un estúpido arrogante. Al año siguiente, Holbrooke movió agresivamente el foco de sus intereses al continente africano, que había vuelto a convertirse en campo de batalla donde medían sus fuerzas potencias de otras partes del mundo. Su sexto sentido para las debilidades del prójimo le decía que el punto flaco de Rice era Ruanda. Ella fue el más alto cargo del CSN dedicado a África durante el genocidio ruandés y había desempeñado un pequeño papel, junto con Lake y Albright, a la hora de evitar que Estados Unidos movieran siquiera un dedo para evitarlo o detenerlo. Aquello atormentaba a Rice y Holbrooke lo sabía.

El mes que Holbrooke pasó en África a comienzos del nuevo milenio fue probablemente el más largo de su vida. Convocó a diversos líderes africanos y a los embajadores ante la ONU en Nueva York para entablar conversaciones acerca del Congo, lo que equivalía a mearse a lo largo y ancho del territorio de Rice. Las cosas se pusieron especialmente feas durante una reunión en una sala de conferencias de la embajada estadounidense ante la ONU. El asunto que se discutía era si los Cascos Azules deberían recibir el mandato de

desarmar a las milicias congoleñas, como opinaba Rice, o simplemente actuar como observadores, que era la postura de Holbrooke. Este se puso en pie en uno de los extremos de la mesa y se dirigió a ella con condescendencia, dando a entender que su criterio estaba marcado por sus fracasos anteriores. Entonces dijo: «Sé muy bien lo que es ser el adjunto regional al secretario más joven de la historia». Fue la gota que colmó el vaso. Desde su asiento, al otro lado de la mesa, Rice le levantó lentamente el dedo corazón de la mano.

Él hizo caso omiso y continuó hablando. Tras la reunión, Rice llamó a Albright para avisarle de que le había hecho la peineta a un miembro del gabinete. La secretaria la felicitó. Todo aquello tendría sentido años después.

Tampoco puedo dejar a Tony Lake fuera de esta historia. Estaba impartiendo clase en Georgetown y, dado que había trabajado en África desde finales de los sesenta, había sido enviado especial no remunerado de Clinton en Etiopía y Eritrea. La guerra de fronteras entre ambos países, a base de trincheras y artillería, recordaba a la Primera Guerra Mundial y estaba acabando con la vida de los soldados de infantería al mismo ritmo que aquella. En una ciudad limítrofe entre ambos países, ya de por sí golpeada por la hambruna y la sed, murieron cien mil personas. Las armas entraban a raudales desde los países vecinos y los intentos estadounidenses de promover el fin de las hostilidades fracasaban una y otra vez.

A principios de mayo de 2000, las conversaciones de paz de Argel, mediadas por Lake, entraron en un callejón sin salida a cuenta de la secuencia de pasos exigibles para implementar un alto el fuego[8]. Eritrea y Etiopía parecían muy dispuestos a reanudar los enfrentamientos y las tropas etíopes se agolpaban en la frontera. Lake regresó a Washington llamado a consultas; en ese momento Holbrooke estaba viajando por África acompañado por media docena de embajadores ante la ONU de países del Consejo de Seguridad. Holbrooke y sus colegas despegaron desde Kampala, la capital de Uganda, rumbo a El Cairo, pero decidieron hacer escala en el Cuerno de África para tratar de evitar que se reavivara el conflicto y, en el caso particular de Holbrooke, a fin de demostrar cómo se hacía la diplomacia con músculo. Lake sabía que si intentaba bloquear la injerencia de Holbrooke, parecería otra más de la larga lista de mezquindades fruto de su animadversión mutua. Como siempre, Holbrooke sacó tajada táctica del sentido de la dignidad de Lake.

El gobierno de Clinton consideraba a los eritreos los agresores y Rice tenía una relación especialmente cercana con el primer ministro etíope, Meles Zenawi. Holbrooke creía que ese sesgo formaba parte del problema general. Tras visitar Adís Abeba, viajaron a Asmara, donde Holbrooke y sus compañeros consiguieron que el presidente Isaias Afwerki aceptara las demandas etíopes, lo que dejaba a Meles —entre cuyas filas se disipaba por momentos el ardor guerrero— acorralado. Holbrooke discutió vehementemente con los etíopes, como si fueran sus pares: «Señor primer ministro, usted ha malentendido su posición como líder del gobierno». Dejó a Meles echando humo por las orejas.

A las treinta horas de la partida de los embajadores de Adís Abeba, los etíopes lanzaban una ofensiva que duró dos semanas y en la que murieron miles de personas. La guerra terminó los últimos días de mayo.

La ofensiva se habría producido de todos modos, pero los funcionarios de Washington concluyeron que la intromisión de Holbrooke la había precipitado. Por el Departamento de Estado empezó a circular un correo electrónico cuyo asunto rezaba «Para empezar una guerra». Lake, que había recibido el Premio Samuel Nelson Drew de la Casa Blanca por su labor en las conversaciones de paz, juró que no volvería a dirigir la palabra a Holbrooke.

Richard y Kati nunca habían sido tan felices ni volverían a serlo como cuando él trabajó en las Naciones Unidas. Por fin habían cumplido el sueño de ser una gran pareja ante el ojo público. Los almuerzos y las cenas que organizaban en la suite 42 del Waldorf Astoria —siempre ajustados a su agenda y objetivos políticos— se hicieron legendarios. Por la mañana, sentados en su cama del Beresford, dibujaban la mesa y decidían qué lugar ocuparía cada invitado, colocando sus nombres en notas adhesivas y moviéndolos de un lado a otro según conviniera («dos generales que preparan una batalla sobre un plano», en palabras de Kati). A una cena EHD Nelson Mandela, pagada con dinero del contribuyente, acudieron Robert De Niro, Dikembe Mutombo (había mucho ambiente NBA en esas cenas), Wes Clark, Barbara Walters, Hillary Clinton, Al Gore (Holbrooke estaba prestando al vicepresidente mucha atención entonces, pues se iniciaba ya la campaña presidencial de 2000), Helms, Biden y el ocasional presidente de alguna

subcomisión oriundo de Kentucky. El chef, el *sous-chef* y los dos jefes de protocolo que trabajaban para Holbrooke vivían en un sinvivir.



(*De izquierda a derecha*). David Stern, Hakeem Olajuwon, hombre no identificado, mujer no identificada, Dikembe Mutombo y Richard Holbrooke en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York. Holbrooke Papers.



El dalái lama y Richard Holbrooke en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York. Holbrooke Papers.



Robert De Niro y Richard Holbrooke en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York. Holbrooke Papers.

Una Acción de Gracias, la familia de Holbrooke acudió a cenar al Waldorf. Asistían también Kofi Annan y varios embajadores ante la ONU. Alguien propuso que todo el mundo dijera, por turnos, por qué cosas daban gracias. A Andrew, el hermano de Holbrooke, todo aquello, como dar las gracias por «la paz del mundo», le sonaba beato e impostado y, cuando le tocó, dijo: «Doy gracias por tener un hermano tan amable, atento y cariñoso». Todo el mundo se rio, incluso Holbrooke. Entonces, Trudi, su madre, quien acababa de perder a su segundo marido y había sido recientemente diagnosticada de alzhéimer, dijo: «Yo no tengo nada por lo que dar gracias. Me siento desgraciada». En ese momento se hizo un silencio interminable.

Kati siempre se ofrecía a hacer el brindis de apertura, pero no intervenía en el menú. Era Holbrooke quien planeaba los platos acomodándolos a su gusto, sobre todo los postres (por ejemplo, la *île flottante*, merengue a la deriva sobre un mar de natillas). Eran compañeros y ella vivía su propia vida. Se había embarcado en la escritura de su sexto libro, que sería el de más éxito hasta entonces (que trataba sobre matrimonios presidenciales, el de Clinton incluido) y trabajaba recaudando dinero para el Comité para la Protección de los Periodistas y Human Rights Watch, visitando a escritores encarcelados en el extranjero y dando conferencias sobre libertad de prensa a dictadores de otros países. Richard y Kati estaban en la cima del mundo.

Corrían rumores acerca de que él habría tenido una aventura con una mujer más joven. Eran ciertos. Estaban en el Beresford trabajando y él acercó su cara a la de ella y le dijo: «Quiero darte un beso». No esperó una respuesta: la reclamó al modo de los grandes hombres que se creen con todos los derechos. Sin embargo, a esa mujer joven le pareció más cariñoso y atento que otras celebridades que conocía. Mantuvieron el contacto aun cuando ella lo dejaba en el dique seco por estar saliendo con alguien. El rumor saltó a las páginas de la prensa del corazón en el verano de 2000, cuando Holbrooke calculaba que le faltaban meses para convertirse en secretario de Estado con Gore. Entró en pánico e ideó un plan: él y Kati irían a comer al reservado de Pete Peterson en el hotel Four Seasons con este y Dick Beattie, para dejarse ver y demostrar que seguían felizmente casados. Por supuesto, nadie se fijó porque a nadie le importaba.

Cuando el rumor llegó a oídos de Kati, manejó el asunto con mucha sofisticación: sí, aquel era el *savoir faire* de la *comtesse* de Marton en acción.

Fue toda una declaración de intenciones el mostrarse amable con aquella joven en público, e incluso expresar preocupación por sus problemas personales. Kati no se dejaría echar a los caballos.

Y sí, el caso es que estaban felizmente casados. Al menos, él lo estaba, y en su caso un *affaire* no desmentía esa realidad. La mujer más joven simplemente le excitaba cierto apetito, en un ámbito social donde las aventuras extraconyugales eran casi la norma. Holbrooke seguía enamorado de Kati.

No se habría convertido en secretario de Estado de Gore, sin embargo, ni aunque el Tribunal Supremo le hubiese quitado la presidencia a George W. Bush. El asesor de política exterior de Gore, Leon Fuerth, le dijo a Les Gelb que Holbrooke no tenía ninguna opción «por razones obvias»: reconocía que su talento era menospreciado, pero se metía en demasiados líos, tenía demasiados detractores. Gelb argumentó que Holbrooke siempre había sido leal a Clinton, pero Fuerth se mostró impasible y Jim Johnson, que preparó a Gore para los debates y el eventual acceso a la presidencia, confirmó la mala noticia.

Tras dejar el gobierno, Holbrooke ocupó un cargo en el Consejo de Relaciones Exteriores e hizo planes para escribir otro libro —una secuela de *American Diplomacy, 1900-1950*, de Kennan— sobre la diplomacia durante la segunda mitad del siglo XX, que fue en su mayor parte el siglo americano, en el cual aparecían algunos episodios de su propia carrera diplomática. No llegó siquiera a empezarlo: seguía siendo un hombre demasiado inquieto para sentarse a escribir. Johnson lo invitó a presentar su currículum en otra empresa de Wall Street, en esta ocasión un banco comercial llamado Perseus, por un sueldo de un millón y medio, bonificaciones aparte, más de lo que Holbrooke había ganado en su vida. Beattie trató de ponerle sobre aviso —Frank Pearl, el director de Perseus, le parecía un tipo falso y calculador—, pero semejante dinero era demasiado tentador. El puesto traía consigo secretaria, asistente personal, coche y un chófer que había trabajado para un alto cargo de la policía y todavía tenía la placa del Departamento de Policía de Nueva York, gracias a lo cual, llegaba a cualquier rincón de la ciudad a toda pastilla.

Holbrooke no puso en bandeja demasiados negocios a Perseus. Hizo su trabajo sobre el sida y presidió la Asia Society, se sentó en poderosas juntas

corporativas, escribió columnas para el *Washington Post* y dictó una conferencia ante oligarcas ucranianos a cambio de cien mil dólares. No se estaba quieto, y tanta actividad le pesaba mucho a Kati[9].

Holbrooke comenzó a tener problemas de salud. En concreto, arritmias y mareos provocados por una fibrilación auricular. Ocurrió tres veces en seis años, y en cada una de esas ocasiones los técnicos le aplicaron el desfibrilador en pecho y espalda para darle una descarga eléctrica tan fuerte que lo dejó brevemente inconsciente, con el objetivo habitual en estos casos: detener el corazón a fin de que reanudase su latido normal. Los episodios le metieron el miedo en el cuerpo.

El matrimonio sufría cuando él estaba fuera del poder. Durante los periodos de escalada rumbo a la cima, la cordada formada por Kati y Holbrooke mantenía tensa la cuerda, pero en general, la cuerda empezó a combarse. Apenas pasaban tiempo solos en casa y la intimidad se evaporaba con cada salida nocturna —a restaurantes con amigos, como recaudadores de fondos, en cenas en honor de una u otra persona—. Ambos tenían miedo de quedarse quietos porque entonces llegaría el escrutinio, tanto de los otros como de sí mismos, igual que si al dejar de moverse se trasluciera algo que no querían ver. Era más fácil protegerse mutuamente cuando los ojos azul hielo de Holbrooke se iluminaban como podía iluminarlos el trabajo bien hecho, el que le estaba encomendado hacer.

Mientras tanto, Holbrooke trató de mantenerse ocupado con frenesí, pero no fue capaz de procurar suficiente emoción por el poder tanto para ella como para sí mismo. Su vida ocupaba demasiado espacio y Kati se veía a obligada a pelear por su parte sin cesar. Él quería tenerla a su alcance, pero nunca logró desconectar de todas las cosas que lo alejaban de ella. Kati comenzó a sentirse abandonada. Y esta era la diferencia esencial en la ambición que los había unido antaño en aquella «salve genética». «Holbrooke quiere que se le preste atención por lo que está haciendo, no por lo que es —observó Lake en un momento de generosa perspicacia—. Esa es una cualidad muy importante, la que lo salva[10]». Lo que a Kati le faltaba era que le prestaran atención, algo tan necesario como el aire.

En tres ocasiones, ella le sugirió que viera a un psicólogo para tratar diversos temas que le resultaban demasiado dolorosos para hablarlos con ella. El primero, su padre. El segundo era Lake, que había decidido poner fin a su

amistad, según le contó Holbrooke a Kati, sin motivo alguno. Holbrooke se negaba a ver a nadie. «Sé lo que me sienta bien, y no necesito que nadie me meta las narices en la cabeza», le dijo. Lo que le funcionaba era no ahondar demasiado en todos esos asuntos.

El tercer asunto para el que Kati creía que Holbrooke necesitaba ayuda profesional era el que acabaría con su matrimonio.

En el verano de 2004, ella estaba trabajando en un nuevo libro sobre sus padres y el drama vivido en su niñez, para lo cual viajaba periódicamente a Budapest. En la capital húngara conoció a un hombre que terminaría convirtiéndose en su amante; un ejecutivo de los medios de comunicación húngaro rico, guapo y muy europeo. A Kati le encantaba hablar su lengua materna con él. Adoraba que leyeran poesía juntos, pasar horas en un café bebiendo vino y hacer el amor, regodeándose en ser el centro de su atención —nada de teléfonos móviles—. Con Holbrooke no compartía ya ninguna de estas cosas. Kati y su amante estuvieron viajando por Europa durante el verano, afiebrados por el romance, estado vital que ella encontraba irresistible. Se planteó dejar a su marido.

Un día de agosto, ella y Holbrooke estaban sentados en el jardín de su casa en los Hamptons.

—Richard, he conocido a alguien…

Kati no pudo continuar y rompió a llorar quedamente. Lloraron juntos. Él le había dicho en una ocasión que si ella lo traicionaba, él tendría que perdonarla.

—Tú nos has metido en este lío —dijo Holbrooke por fin, apartándose de Kati—. Ahora tendrás que sacarnos.

Ese «sacarnos» en plural —la aseveración de una cruda realidad que no dejaba espacio a la fantasía o la negociación— la venció. Llamó a su amante en Budapest: «No puedo hacerlo», le dijo.

Richard y Kati viajaron sin dirigirse la palabra de vuelta a Nueva York, donde retomaron de inmediato su vida pública.

Cuando cayeron las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de 2001, Holbrooke se dirigía en coche al aeropuerto de LaGuardia. Lo acompañaba Sandy Berger —iban a participar en un congreso en Houston— y la catástrofe que estaba

produciéndose a sus espaldas, al otro lado del East River, tensó la conversación y la llevó al terreno personal.

—¿Cuándo fue la última vez que vistes a tu hijo? —le preguntó Berger. Y también—: Clinton me preguntó qué ocurrió entre Tony y tú.

—¿Qué le contestaste?

—Que no tenía ni idea.

Todos los vuelos se habían cancelado y el aeropuerto estaba cerrado. Desde un hotel cercano, Ashley Bommer, una de las asistentes de Holbrooke, llamó por teléfono a la CNN, así que él fue uno de los primeros expertos en aparecer en televisión, a las tres horas de caer las torres. Holbrooke especuló que el culpable podría ser Osama bin Laden, pero que eran igual de responsables los demás países que hubieran prestado apoyo a los terroristas[11]. Mencionó el nombre de Ashley en directo para que sus padres no se preocupasen. La voz de Berger sonó nerviosa en el directo, mientras trataba de eludir las preguntas sobre el historial de la administración Clinton con respecto del terrorismo.

En realidad, Holbrooke no tenía ni idea de qué decir sobre los atentados, más allá de mostrar todo su apoyo, como buen patriota, a la administración Bush. Cuantas más apariciones hacía en televisión, más sentía que engañaba a todo el mundo y que estaba sacando tajada de la tragedia[12]. Cayó en una depresión. Se encontraba fuera del gobierno en un momento histórico y Al Qaeda no era su especialidad: el terrorismo era un asunto para la gente de inteligencia y seguridad. ¿Cómo encajaban los atentados en la doctrina de que Estados Unidos debía ejercer su liderazgo gestionando el caos y llevando esperanza a los lugares donde reinaba la desesperanza?

En octubre, aprovechó la redacción de un largamente planeado discurso que debía pronunciar en los Países Bajos para redefinir su postura[13]. La década que siguió al final de la guerra fría había sido un «periodo de entreguerras», que podía darse por finalizado. El 11 de septiembre de 2001 había supuesto una fecha tan decisiva como el 28 de junio de 1914 (el asesinato del archiduque Francisco Fernando) o el 7 de diciembre de 1941 (el bombardeo de Pearl Harbor). Como referentes a la hora de llevar las ideas a la práctica en la nueva era, Holbrooke recurrió, igual que hacía a menudo, a los años de Roosevelt y Truman. Para derrotar a Al Qaeda sería necesaria una amplia cooperación entre democracias. «Hoy debemos poner toda nuestra

energía en construir, en torno a la OTAN, la tercera gran alianza transatlántica, como las que sellamos para crear un frente común en la Segunda Guerra Mundial y durante la guerra fría», dijo al público neerlandés. Europa sería esencial, y también las Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales, pero el liderazgo debería ejercerlo Estados Unidos. Yendo por libre —el planteamiento de base del gobierno Bush—, la superpotencia estadounidense fracasaría, pues eran necesarios tanto los aliados como la legitimidad. La guerra contra el terrorismo sería no convencional y de ideas, y podría compararse en cierto sentido a la «lucha en la penumbra», como decía Kennedy, contra el comunismo. El peor error que podría cometerse sería convertirla en una guerra contra el islam.

Tras derrocar a los talibanes, Estados Unidos debería aplicar en Afganistán las lecciones aprendidas en la antigua Yugoslavia[14]. La OTAN y sus socios de todo el planeta tendrían que aportar tropas y dinero para reconstruir el país e impedir el regreso de los terroristas. «Washington está haciendo frente al desafío de Afganistán —escribió Holbrooke en la primavera de 2002— y hay que formularse la siguiente pregunta: ¿qué hacemos mal en la reconstrucción de los países en que intervenimos? En algún momento de la historia, entre Vietnam y Somalia, esta idea de la reconstrucción, que forma parte importante de las políticas de seguridad estadounidenses, se ha vuelto obscena[15]».

Holbrooke analizaba sin cesar los valores y las ideas que tenían peso en su vida. Ese análisis, sin embargo, lo llevaba a veces a dar un giro erróneo o a intentar abarcar demasiado. Después de todo, a los estadounidenses nunca se nos ha dado bien gestionar los asuntos internos de otros países: somos un imperio pésimo. Somos demasiado caóticos y nos dejamos aturullar muy fácilmente por los obstáculos: somos, a fin de cuentas, demasiado demócratas. Rara vez demostramos tener la estatura moral que imaginamos. Nos engañamos a nosotros mismos creyendo que nos preocupan los derechos humanos, pero solo es así cuando nos conviene. Podríamos hablar de las historias de éxito de Alemania y Japón, pero esas eran sociedades con un alto nivel de organización que pulverizamos a causa de sus agresiones: no tenían derecho a resistirse a una reconstrucción orquestada por Estados Unidos. Bosnia y Kosovo estaban en Europa, que era nuestro terreno de juego. Timor Oriental tuvo la suerte de que Australia estuviera cerca, justo allende el mar

de Timor. La lección más importante de los noventa —que si Estados Unidos quiere, se puede— dependía de accidentes geográficos e históricos.

El presidente Bush y sus asesores no tenían ningún interés en las lecciones de la década de los noventa. Se negaban a aplicarlas en Afganistán —«construcción nacional» era, en efecto, una expresión malsonante—. El gobierno de Bush no tardó en dirigir las mirillas a Irak, dispuesto a meterse en ese país sin contar con nadie. Holbrooke eligió apoyar la guerra, en cualquier caso. Se convenció de que Sadam Husein, con sus armas y sus atrocidades, era mucho más peligroso de lo que fuera nunca Milosevic[16]. En septiembre de 2002, Holbrooke se presentó ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado e hizo las advertencias habituales: que era necesario formar una coalición, sancionarla a través de las Naciones Unidas y planificar el periodo de posguerra. Señaló, empero, que el gobierno de Clinton había utilizado la violencia en Bosnia y Kosovo sin el respaldo de una resolución del Consejo de Seguridad. Devaluó el papel de las Naciones Unidas a «deseable pero no necesario».

Unos pocos amigos —Joy de Meni, su editor en Random House, y Mary Ellen Glynn, su secretaria de prensa en la ONU— le dijeron que estaba cometiendo un gravísimo error. Vietnam, sin embargo, le había enseñado de muy distintas maneras que un demócrata blando estaba políticamente condenado. Aquel otoño, el Congreso debatiría la resolución sobre la guerra. John Kerry fue a cenar al Beresford una noche y comunicó a Holbrooke que estaba barajando presentarse a la presidencia en 2004. Este le dijo simple y llanamente que, si no quería que le tildasen de débil en el ámbito de la seguridad nacional, debería votar a favor de la resolución. Holbrooke evitó agregar que él mismo tendría que aplicarse el cuento si deseaba aspirar a convertirse en secretario de Estado de un potencial Kerry presidente.

Más le habría valido a Holbrooke haber apoyado la guerra no por esa razón sino, como algunos de nosotros, por el convencimiento —estúpida y desastrosamente errado, pero sincero— de que esa guerra era necesaria. Kerry votó a favor de la resolución y aun así perdió las elecciones. Dudo de que hubiera nombrado a Holbrooke secretario de Estado, en cualquier caso; Joe Biden le había adelantado por el interior en la carrera para ser el siguiente secretario de Estado demócrata. Holbrooke tenía a Kerry loco con sus incesantes consejos, al punto de que el candidato a la vicepresidencia, John

Edwards, tuvo que decirle de parte de su superior que dejase de llamarlo al móvil.

Transcurrió 1996, 2000, 2004. Holbrooke, como siempre, se quedaba a un paso de la cima y la razón era cada vez él mismo. Cuando llegaron las siguientes elecciones, Irak se convirtió en la letra «I» estampada en la frente de los demócratas como Holbrooke.

A Holbrooke le gustaba Hillary Clinton porque era humana, vulnerable, divertida y cálida, y se mostraba dispuesta a seguir peleando cuando estaba entre la espada y la pared. Creía en cosas: en su familia, en su fe, en su país. En ese sentido, era una mujer conservadora. Como senadora por Nueva York, hizo un trabajo inmejorable en la Comisión sobre Servicios Armados. Era más dura que su marido y se sentía más cómoda qué él entre militares. Holbrooke pensaba que, en 2008, Hillary estaba más preparada para ser comandante en jefe de las fuerzas armadas de lo que su marido lo había estado en 1992. Y le gustaba más ella que él**[17]**. Cuando Bill empezó a asistir a la fiesta que, todas las Navidades a lo largo de diez años, Richard y Kati celebraron EHD Hillary, se dieron cuenta de que algo había cambiado. Bill hablaba demasiado y hacía sombra a su esposa.

También Hillary disfrutaba de la compañía de Holbrooke, y acudía a él en busca de sabiduría y experiencia en política exterior, asunto que ella conocía poco. De todos modos, no tenía reparos en ponerlo en su sitio cuando él se venía arriba. Holbrooke le había aconsejado votar a favor de la resolución de la guerra en 2002; cuando quedó claro que aquel apoyo reduciría sus opciones contra Barack Obama en 2008, le aconsejó pedir perdón. Pero no era esa la forma de ser de Hillary.

Este era el año en que Holbrooke debía alcanzar, por fin, la cumbre. Desde muy pronto, resaltó su posición como principal consejero de política exterior de Hillary Clinton y advirtió a otros demócratas que, si no se subían a su tren, terminarían arrollados. La gente de Obama no prestaría servicio en un gobierno de Hillary Clinton. Jeffrey Bader, que había trabajado en el Departamento de Estado para Extremo Oriente con Holbrooke durante los años de Carter y trabajaba en la Casa Blanca de Clinton, fichó por Obama. «No creo en las dinastías», declaró a *Newsweek* en otoño de 2007**[18]**. Tras leer la cita Holbrooke, llamó a Bader.

—No sé por qué haces esto. Te estás tirando piedras sobre tu propio tejado. Deberías estarte callado.

—Me importa una mierda —le espetó Bader—. No trabajaré para Hillary.

Cuando se le plantaba cara a Holbrooke, este solía dar un paso atrás.

Al día siguiente, Bader refirió este incidente a Lake, quien dejó escapar un torrente de imprecaciones y detalló los motivos por los que era dificilísimo trabajar con Holbrooke. Resulta que Lake era el principal consejero sobre política exterior de la campaña de Obama.

Lake oyó hablar por primera vez de Obama cuando este era senador en la Cámara alta del estado de Illinois. Tras los atentados del 11-S, Lake había pronunciado en Chicago una conferencia en defensa de las libertades civiles, y uno de los asistentes lo puso en contacto con el prometedor y joven senador del South Side chicagüense. Obama reclutó a Lake para su cohorte de asesores en política exterior, incluida la guerra de Irak, a la que ambos se oponían. Obama fue elegido para el Senado nacional y llegó a Washington en 2005; fue entonces cuando Lake y su nueva esposa (se había casado con una banquera de inversiones que curiosamente había trabajado con Holbrooke en Lehman Brothers, y se convirtió a la religión de ella, el judaísmo) celebraron una cena con amigos para Obama y un par más de figuras de la política exterior, entre ellas Susan Rice. Cuando Obama se presentó a la presidencia, Lake y Rice se encargaron de los asuntos de política exterior que tocaría en la campaña electoral.

Rice fichó a unos cuantos colegas suyos de la Brookings Institution, la mayoría de menos de cincuenta años, que se sentían atraídos por la biografía de Obama, su brillantez y su oposición a la guerra. El equipo de Hillary Clinton y Holbrooke estaba integrado por hombres y mujeres de edad, pertenecientes a élites ya fatigadas, que seguían peleando con los fantasmas de Vietnam. Esos fantasmas les hicieron perder el criterio y el temple justo cuando hubieron de abordar el asunto más complejo de la nueva época. Deberían haberse hecho a un lado para que Obama hubiese podido unir a todos los estadounidenses y recuperar así nuestro lugar en el mundo.

Holbrooke era especialmente criticado por la gente de Obama debido a su forma de dramatizar todo lo que tuviera que ver con su persona. Denis McDonough, uno de los principales asistentes de Obama, acudió a un par de almuerzos organizados en Washington por Holbrooke para tender puentes con

políticos más jóvenes y le pareció insufriblemente vacío. Holbrooke pontificaba sin descanso sobre Vietnam, y cuanto más se esforzaba por congraciarse con McDonough, peor cara le ponía este, cuyo rostro era de por sí alargado y de ojos hundidos. Se trataba de un problema generacional y de carácter.

Así pues, cuando Obama se impuso ese verano tras unas largas y agotadoras primarias, a Holbrooke el futuro dejó de parecerle tan halagüeño. Él había apostado todo lo que tenía a un ful y resultó que el contrincante tenía un póquer. Su amiga, patrona y última esperanza no solo había perdido, sino que el ganador se había hecho rodear de quienes eran los enemigos de Holbrooke, gente que lo odiaba. «Dígale que podríamos incluso darle los buenos días cuando hayamos ganado, siempre y cuando se comporte», le escribió Susan Rice a Barnett Rubin, experto en Afganistán que asesoró a Obama durante su campaña a la vez que trabajaba con Holbrooke en la Asia Society[19]. Quizá Obama pensó en Holbrooke en algún momento, pero ya lo habían predispuesto en su contra antes siquiera de conocerlo.

Holbrooke tenía un aliado en los equipos de Obama: Samantha Power. Se conocieron cuando ella tenía veinticuatro años y era reportera independiente en Bosnia. Entonces se interesó de inmediato por ella; debió de ver en Samantha a alguien cuya energía, ambición y mera presencia estaban a su nivel. Había escrito un ensayo sobre los genocidios del siglo XX que le impresionó, en particular las dolorosas autocríticas que había logrado sacarle a Lake al respecto de Ruanda: «¿Cómo conseguiste que dijera esas cosas?». Ella y Holbrooke eran halcones progresistas separados por generación, sexo y postura con respecto a Irak. Cuando Power empezó a trabajar para Obama, Holbrooke procuró seguir en contacto. Sin embargo, ella perdió su utilidad política iniciada la campaña, tras declarar a un periódico escocés que Hillary era «un monstruo». Obama tuvo que apartarla de su lado. Power se casó ese verano; el regalo de bodas de Holbrooke fue una reunión con Hillary Clinton[20]. Power se disculpó profusamente y Clinton aceptó las disculpas con frialdad. Cuando Obama se enteró, comentó: «Hay quien te regala un juego de sartenes». Power informó a Holbrooke, que quedó encantado. Al parecer no captó el sarcasmo; el desprecio de Obama por esa política desnuda que él practicaba. El de 2008 fue un año demócrata, pero a Holbrooke todo le iba fatal. En julio tuvo otro episodio de fibrilación auricular, el cuarto: el

corazón se le salía literalmente por la boca[21]. No desempeñó ningún papel en la convención demócrata celebrada en agosto en Denver, como le ocurrió a Harriman en Miami Beach en 1972, que se pasó la mayor parte del tiempo viendo la televisión en su habitación de hotel, y se volvió a casa a mitad de la convención. «Es como un crucero en el que viajaran el doble de pasajeros de los que caben en el barco —escribió en su diario—. Al noventa por ciento ni los saludarías, de cruzártelos en tierra, y nadie quiere ligar[22]».

Incluso la crisis financiera tomó un cariz personal. En una sola semana de septiembre, su antigua firma, Lehman Brothers, se fue al garete, y obligó al gobierno a intervenir AIG, la gigantesca compañía de seguros en cuya bien remunerada junta directiva se sentaba Holbrooke. Beattie, asesor jurídico de la junta, había visto venir la bancarrota desde verano y convenció a Holbrooke (que no tenía ni idea de lo que era una permuta de riesgo de crédito) para que dimitiera antes de que AIG le causara un perjuicio político. Cuando Countrywide Financial se hundió, su nombre fue uno de los que apareció en la lista de amigos de Angelo que habían recibido tratamiento privilegiado. La reputación de Jim Johnson quedó por los suelos con el escándalo de Fannie Mae —ya no dirigía ese organismo, pero la influencia política ejercida durante sus años como presidente había allanado el camino en parte a la crisis— y tuvo que dimitir como coordinador de los esfuerzos de Obama por encontrar un compañero de campaña. El empleador de Holbrooke y Johnson, Perseus, sufrió pérdidas tan cuantiosas que la solidez de la empresa quedó en entredicho.

Entre la banca, los sillones en juntas directivas y las conferencias, Holbrooke ganaba entre dos y tres millones al año, pero tenía elevados gastos personales. Él y Kati eran dueños de nueve casas, hipotecadas por una cantidad de siete millones y medio de dólares, y tenían alquilado un avión privado[23]. Debido a la pérdida del valor de sus muchas casas y de su cartera de acciones, tuvieron problemas de liquidez. Holbrooke vendió la casa de Connecticut y un terreno en Telluride.

Podemos encontrar cosas que admirar y, aun así, aprehender fríamente la realidad. Una élite de Washington y Nueva York envió a los hijos de gente que no pertenecían a dicha élite a luchar en Afganistán e Irak, mientras ellos buscaban la manera de enriquecerse. Ahora, la marea baja los había pillado con las manos en la masa.

Se acercaba el día de las elecciones y la victoria de Obama parecía segura. Holbrooke cayó en su viejo y desesperado frenesí. Llamó a cuantos conocidos se le cruzaban por la mente. Pidió a Wes Clark, que se había retirado del ejército e hizo campaña junto a Obama durante la última semana de las elecciones, que hablara bien de él.

—Me gustaría pedirle una cosa —le dijo Clark a Obama durante un mitin en Pueblo, Colorado—. Meta a Richard Holbrooke en su gobierno.

—¿Eso es todo? —preguntó Obama—. He oído muchas cosas sobre Holbrooke.

—Es el mejor diplomático que tenemos y le será leal.

Holbrooke llamó hasta a Toni Lake, que seguía en su granja de Massachusetts. No habían hablado durante años, pero le rogó que intercediera ante su exmarido y le pidiera que dejase de darle con la puerta en las narices. Sorprendida, Toni dijo que no podía hacer nada. De todos modos, para entonces Lake ya se había apartado del ambiente de salvaje competitividad que rodeaba a Obama. Esta vez hablaba en serio cuando declaró que no quería trabajar en el gobierno. Power y Talbott le dijeron finalmente a Holbrooke que se hiciera a un lado, que terminaría por hacerse daño.

Sin embargo, el destino de Holbrooke no dependía solo de sus amigos y enemigos. No había perdido la reputación de saber salir hasta de los entuertos más difíciles. ¿Quién diablos más había conseguido lo que él en aquel equipo? Obama necesitaba el *establishment* demócrata: tenía un banquillo algo endeble. Doce días después de las elecciones, el 16 de noviembre, Holbrooke recibió una llamada del equipo de Obama. Alguien le preguntó si podía volar a Chicago a la mañana siguiente a primera hora. El presidente electo quería hablar con él sobre trabajo.

AFGANISTÁN

Todo ha cambiado, y todo sigue igual



(*De izquierda a derecha*). Richard Holbrooke, James Jones, Michele Flournoy, Barack Obama y Joseph Biden en el Despacho Oval. Pete Souza/Fotografía oficial de la Casa Blanca.

I

Visto ahora, parece inevitable que terminara en Afganistán. La cosa tiene una lógica circular aplastante.

Puede que los lectores recuerden que había viajado por primera vez allí en 1970, cuando trabajaba para el Cuerpo de Paz. El país le pareció entonces romántico, hermoso y pacífico. No volvería en los siguientes treinta y seis años: unos años horribles.

En la primavera de 2006, regresó con Kati. Su sobrino Mathieu estaba trabajando para las Naciones Unidas en Kabul y le propuso visitarlo. Es fácil entender qué debió de atraer a Holbrooke.

Irak estaba en plena desintegración; una guerra que Holbrooke desearía haber olvidado. No tenía interés alguno por ver Bagdad con sus propios ojos. No he conocido nunca a un estadounidense, soldado o civil, que quisiera comprarse un chaletito con jardín a orillas del Tigris. Irak era una tierra plana, tórrida y dura, y todo contacto humano, incluido el nuestro, la volvía aún peor. Afganistán, por su parte, era la guerra buena que había desencadenado el 11-S: una guerra para librar al país de Al Qaeda y los talibanes. En 2006, estos se retiraban ya hacia las provincias pastunes del sur y del este, pero Kabul seguía siendo segura, un imán seductor para los expatriados: las faldas nevadas del Hindukush, los carros de mulas y los Land Rovers blancos en carreteras embarradas, los relucientes salones de bodas, las tiendas de artesanía de la calle del Pollo, las logias británicas, los restaurantes franceses y las tabernas libanesas, el zumo de granada, el sufrimiento inmenso, el idealismo y el oportunismo, el chismorreo.

La escena contaba con un reparto destacable de personajes extranjeros. Estaba allí Rory Stewart, un escocés extravagante de treinta y pocos años que había sido tutor de los príncipes Guillermo y Harry, había servido a Su Majestad como diplomático y quizá como espía, había cruzado Asia central después del 11-S, había escrito un buen libro al respecto, y luego, por petición del príncipe Carlos y del presidente afgano Hamid Karzai, había puesto en marcha una fundación para apoyar a los artesanos locales en la restauración de la antigua ciudad de Kabul. Estaba Michael Semple, un irlandés de barba

larga y ataviado con *shalwar kameez* que sabía tantas cosas que se sospechaba que era del MI6 o un colaborador de los talibanes, cuando no era más que un analista muy bien informado. Estaba Sarah Chayes, la cáustica hija de un funcionario del gobierno Kennedy, que había ido a Afganistán para la National Public Radio, se quedó para poner en marcha una cooperativa de jabones con agricultores de Kandahar y luego siguió en calidad de asesora de los mandos militares estadounidenses como crítica del gobierno Karzai. Había cierto tipo de extranjero fantasioso que quedaba prendado de Afganistán.

Al comienzo de su viaje, Holbrooke conoció al comandante de la coalición, el teniente general Karl Eikenberry, que estaba en el ecuador de su segunda misión en Afganistán. A Eikenberry, Holbrooke le pareció asombrosamente resabido para tratarse de alguien que no había puesto los pies en el país desde 1970. Holbrooke atiborró su agenda día y noche, e interrogó a todo el que se encontró: granjeros, tenderos, periodistas, funcionarios… Llegó incluso a reunirse con Karzai en el Arg, el palacio presidencial, en el centro de Kabul, y le informó de que los antiguos minaretes que había visto en Herāt estaban desmoronándose a causa del tráfico descontrolado. Karzai mintió acerca del estado de los minaretes, pero luego cogió el teléfono y gritó algunas órdenes. Una paloma blanca entró volando por la ventana y el presidente se distrajo tratando de atraparla. Holbrooke no salió de allí muy impresionado[1].

La estancia duró solo unos días. Ya a punto de volver, se encontró de nuevo con Eikenberry y le entregó un informe de diez puntos sobre los diversos males que aquejaban a Afganistán: la corrupción, el cultivo de amapola, la deficiente instrucción policial, la acción desestabilizadora de Pakistán[2]. Eikenberry aprovechó ese documento para su valoración final, al término del periodo de servicio, y llegó a la conclusión de que Holbrooke era el alumno más rápido que había conocido nunca.

A Holbrooke Afganistán nunca terminó de enamorarle. Era demasiado estadounidense para amoldarse a cualquier otro lugar. La única lengua extranjera que aprendió en su vida fue el francés, que hablaba con fluidez y un marcado acento de Nueva York, y cuando compraba productos locales era para repartirlos como regalos, no para que lucieran en sus propias casas. A él le gustaban los problemas, no los países, y el problema de Afganistán comenzó a consumirlo. Lo tenía todo: geopolítica, belleza, tragedia,

esperanza. Holbrooke creía que la guerra sería bastante más dura de lo que pensaban los estadounidenses, y que se prolongaría muchísimo: mucho más que la guerra de Irak, más incluso que la de Vietnam. La de Afganistán sería la guerra más larga de la historia de Estados Unidos. Al Qaeda estaba reconfigurándose a lo largo de la frontera con Pakistán, un Estado debilitado que contaba con armas nucleares. La seguridad de esas armas era una preocupación tan grande como la posibilidad de otro ataque terrorista en suelo nacional.

Puede que combatiendo a los talibanes en Afganistán estuviésemos en guerra con el enemigo equivocado y en el país equivocado. Pero Holbrooke creía que esa era la región donde estaba forjándose la historia del presente, y a la que debíamos dedicar nuestros esfuerzos. Ya la habíamos abandonado en dos ocasiones.

Esta historia se ha contado mil y una veces, pero me entristece y me enfada cada una de ellas. Es una historia sobre nuestra insensatez y nuestro despilfarro[3].

Zahir Shah cayó derrocado en 1973 a manos de su primo, el príncipe Daoud, que fundó la República de Afganistán. En 1978, Daoud y su familia fueron asesinados en el Arg por soldados comunistas. A lo largo del siguiente año y medio los cabecillas del golpe se fueron eliminando unos a otros, hasta que los soviéticos trataron de imponer el orden invadiendo el país en la Nochebuena de 1979.

Aquel fue el año en que el islam político sacudió por primera vez el mundo. En febrero, una revolución islámica expulsó al sah de Irán y se hizo con el poder. En abril, el general Zia-ul-Haq de Pakistán ahorcó al primer ministro electo, al que había derrocado mediante un golpe, y luego abolió el Parlamento y comenzó a implantar la ley *sharia*. En noviembre, cientos de militantes islamistas ocuparon la gran mezquita de la Meca con un baño de sangre que se alargaría dos semanas hasta su rendición, tras lo cual el rey saudí decidió descabezar la marea radical imponiendo restricciones religiosas aún más severas: prohibió los cines y la educación no islámica, y ordenó una completa segregación sexual en la vida pública. El mes siguiente, en diciembre, el Ejército Rojo invadió Afganistán, lo que desencadenó una yihad —financiada con fondos saudíes y estadounidenses, armas también

estadounidenses, y espionaje paquistaní— que se prolonga hasta nuestros días.

Ningún acontecimiento desde 1945 ha transformado tanto la geopolítica como la guerra de Afganistán. Dos millones de afganos murieron durante la ocupación soviética de los años ochenta, millones más quedaron mutilados, y entre cinco y diez millones más huyeron hacia Irán y Pakistán. Los soviéticos mataron a tantos civiles que puede hablarse de genocidio. El Ejército Rojo se vio obligado a retroceder a trompicones hacia la frontera en 1989, lo que precipitó el fin de la guerra fría, y nosotros perdimos el interés en Afganistán, justo al tiempo que veteranos árabes de la yihad comenzaban a organizarse en un grupo terrorista global llamado Al Qaeda. En 1992, los muyahidines entraron en Kabul y se enfrentaron unos con otros. La guerra civil destruyó la capital —aún hoy día pueden verse los agujeros de balas y los escombros, así como las personas amputadas que dejó tras de sí— y Afganistán sucumbió al bandolerismo.

De este caos surgió un movimiento de jóvenes afganos religiosos, pastunes étnicos instruidos en la férrea ideología de las madrasas paquistaníes financiadas por Arabia Saudí o en los campos de refugiados fronterizos. Se autodenominaban talibanes: «estudiantes». En 1994, nació su ejército en Kandahar, en el sur de Afganistán, liderado por un veterano tuerto de la yihad llamado mulá Mohammed Omar, y respaldado (controlado hasta cierto punto difícil de determinar) por la ISI, la Dirección de Inteligencia Interservicios paquistaní. Los talibanes arrasaron por todo el país, y en 1996 controlaban ya tres cuartas partes de Afganistán, incluido Kabul. Al principio fueron bien recibidos —como lo fueran en su día los Jemeres Rojos—, y reemplazaron la criminalidad con una forma de ley y orden que no era más que una crueldad y una ignorancia extremas. El señor de la guerra más poderoso de cuantos vencieron se retiró al valle de Panjshir, donde formó un ejército de resistencia llamado la Alianza Norte que a duras penas lograba sobrevivir.

Los talibanes ostentaron el poder durante cinco años de terror. Entregaron partes del país a Osama bin Laden y Al Qaeda, que pagaba las facturas a cambio de refugio mientras urdía un plan para empujar a Estados Unidos a una guerra contra el islam. Y entonces llegó el 11 de septiembre de 2001. Estados Unidos exigió a los talibanes que entregaran a sus autores, pero el mulá Omar se negó, aun al precio de perder el gobierno.

Cuando los estadounidenses expulsaron a los talibanes y Al Qaeda, dio la impresión de que el tormento de Afganistán había terminado. En diciembre, en Bonn, una conferencia de la ONU implantó una *loya jirga*, una Asamblea Nacional en la que salió elegido Hamid Karzai, procedente de una familia de nobles tribales pastunes, como líder provisional del país. Ante la insistencia del gobierno Bush, todos los talibanes quedaron excluidos de la nueva administración, lo que tendría consecuencias fatídicas. En 2004, Karzai se convirtió en el primer presidente electo en la historia del país.

Karzai se conducía con una elegancia natural, regia. Llevaba una capa de seda de rayas violetas y verdes y un gorro karakul de lana de oveja que simbolizaban la tradición y la unidad nacional. Era un político brillante en las distancias cortas, y con su habilidad para negociar conseguía que ningún actor importante se bajase del barco. Al igual que un jefe tribal, se pasaba el tiempo recibiendo a gente en el Arg con té y pastelitos, no gobernando. Veía el poder como algo que poseer, no algo que emplear en nombre de una visión para su país. Se ganaba a todo el mundo, afganos y extranjeros, con su franqueza, su atención al escuchar y los gestos grandiosos y teatrales con que acompañaba sus respuestas. Incluso ese tic ocasional que le hacía entrecerrar el ojo izquierdo y le contraía la carne de la mejilla —una lesión nerviosa causada por un bombardeo aéreo accidental de Estados Unidos a finales de 2001, mientras Karzai capitaneaba un valeroso levantamiento pastún contra los talibanes—, incluso eso hacía que resultara simpático. Contaba a los visitantes que los afganos reaccionaban por encima de todo a la sinceridad. «En cuanto un afgano siente que le quieren dar gato por liebre, o que le están tomando el pelo, se convierte en la persona más intratable».

Pero pronto, y por segunda vez, los estadounidenses le dimos la espalda a Afganistán —Irak absorbía entonces toda nuestra atención y recursos—, y dejamos allí un reducido número de soldados cuya misión consistía en asesinar terroristas, no en proporcionar seguridad alguna. Bush y su secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, no tenían ningún interés en la labor, larga y dificultosa, de levantar unas instituciones afganas ni adiestrar un ejército afgano. La autoridad del Estado de Karzai era tan endeble que pasó a conocérselo como el alcalde de Kabul. Para hacerse con el control de las provincias recurrió a los mismos señores de la guerra que habían devastado el país y favorecido el surgimiento de los talibanes. Entre ellos estaban sus

parientes, sus hermanos. Los ataba en corto por medio de redes clientelares, y ellos se enriquecían a manos llenas con el comercio descontrolado de opio y los miles de millones de dólares de Estados Unidos destinados a proyectos de ayuda que parecían beneficiar más a las empresas estadounidenses y a los mandamases afganos que a los paupérrimos ciudadanos de a pie. Los suntuosos chalets de la mafia que brotaron en el barrio de Sherpur, en Kabul, y que los lugareños llamaban Chorpur, la «Ciudad de los Ladrones», se convirtieron en el símbolo del gobierno de Karzai.

Pero no todo se echó a perder. También se construyeron colegios y clínicas, y regresaron millones de refugiados, y la vida mejoró, especialmente para las mujeres y las niñas. El tormento no había terminado, sin embargo. Los señores de la guerra y la droga y los funcionarios corruptos, junto con los bombardeos estadounidenses que dejaron tantos civiles muertos y heridos, desilusionaron a los afganos que habían esperado algo de seguridad y justicia del nuevo régimen. Todo ello creó una oportunidad para el regreso de los talibanes.

No habían sido derrotados, solo se habían retirado a las populosas ciudades de Pakistán y a las montañas de la frontera, donde los respaldaba la misma ISI que había dirigido la yihad en los años ochenta y coadyuvado al surgimiento de los talibanes en los noventa. Entretanto, Al Qaeda estaba reconstruyéndose en la región tribal paquistaní de Waziristán.

El gobierno Bush no se molestó en analizarlo con demasiado detenimiento. El presidente veía a Karzai y al general Pervez Musharraf, el dictador paquistaní, como amigos y aliados en la guerra contra el terrorismo, aun cuando la región empezaba ya a deslizarse de nuevo hacia el caos.

Holbrooke regreso en marzo, en mitad de la contienda Obama-Clinton. Para entonces, el gobierno afgano y sus valedores occidentales estaban perdiendo fuerzas. Los talibanes controlaban distritos enteros de las provincias pastunes. A pesar de las amistosas videoconferencias que mantenían semanalmente, Karzai empezó a sentir que los estadounidenses no lo consideraban un igual. Se quejaba con amargura a Condoleezza Rice del número creciente de bajas civiles, incluido el horrible caso de un bombardeo aéreo que había aniquilado a todos los asistentes de una boda que se celebraba cerca de la frontera paquistaní. También puso objeciones a los aviones fumigadores

estadounidenses, que arrojaban pesticidas en los cultivos de amapola de Helmand, sin ninguna consideración por el sustento de los agricultores ni por el futuro de la tierra y el agua. Pero tales prácticas continuaron.

Karzai empezó a hablar igual que un nacionalista; no un nacionalista agresivo como Milosevic, sino más bien como Diem, orgulloso y resentido, con esa rabia humillada del hombre pobre hacia el hombre rico al que ha reclamado ayuda. Karzai contaba a los visitantes que el origen de los problemas de Afganistán estaba en Pakistán y que, dado que los estadounidenses se negaban a acabar con los talibanes refugiados allí, debía de tener motivos estratégicos para querer una guerra interminable en su país. Si Estados Unidos veía Afganistán como un Estado cliente y no como un socio, una herramienta para servir a sus intereses, encontraría allí el mismo destino que británicos y soviéticos. Sus declaraciones empezaron a ser tan peregrinas que los servicios de inteligencia occidentales especulaban con la posibilidad de que Karzai fuese mentalmente inestable, tal vez incluso que se drogase. Apenas abandonaba el palacio por temor a un atentado, mientras la corrupción en su régimen y su familia era rampante: la podredumbre interna que alimentó a los talibanes.

En cuanto futurible secretario de Estado, Holbrooke fue recibido de nuevo en el Arg. Esta vez criticó a Karzai a la cara:

—Es usted el responsable de algunos de los fracasos de los últimos años —le soltó a bocajarro.

—¿Qué he hecho mal?

Holbrooke le mencionó la corrupción y la tolerancia que había mostrado frente a la violencia de los señores de la guerra. Karzai culpó de la corrupción a los contratos de ayuda internacional, de los señores de la guerra a las políticas del gobierno Bush y de los talibanes a Pakistán. Llevaba algo de razón en todos los cargos. Cuando Holbrooke se hubo marchado, Karzai le comentó a su jefe de gabinete que más valdría que Hillary Clinton perdiera las elecciones.

Holbrooke voló al este en un viejo helicóptero de la ONU de factura rusa, hasta Khost, una capital de provincia situada en una árida meseta junto a la frontera con Pakistán. En los años noventa, Osama bin Laden había establecido un campo de entrenamiento terrorista cerca de allí, y en 1998 unas cuantas decenas de misiles de crucero estadounidenses habían estado a punto

de matarlo ahí. En el invierno de 2001, Osama y sus seguidores habían tenido que huir por un desfiladero en dirección al norte, a Pakistán, pero menos de siete años después, los talibanes volvían a controlar gran parte de las zonas rurales. A pocos kilómetros al este de Khost, al otro lado de las montañas que empezaban a verdear con las lluvias de la primavera, estaba Waziristán, el refugio de los enemigos declarados de Estados Unidos.

Khost no era lugar de visita de muchas celebridades estadounidenses. Era lo más cerca que podría llegar un potencial secretario de Estado de la verdad sobre el terreno de la guerra.

Un funcionario del Servicio Diplomático llamado Kael Weston había invitado a Holbrooke a pasar la noche en la base que Estados Unidos tenía en una antigua pista de aterrizaje soviética[4]. Weston contaba treinta y tantos, era de Colorado y durante cuatro años había sido asesor político de los marines en relación con la violencia extrema de Faluya, donde había llegado a la conclusión de que Irak era la guerra equivocada. Pidió entonces que lo destinarán a Afganistán, la guerra acertada, y allí en Khost encontró a lugareños más acogedores. Weston era un diplomático estadounidense poco habitual en la guerra contra el terrorismo, uno que no se pasaba día y noche detrás de muros antiexplosión y de puertas exclusas, comunicándose por correo electrónico de manera crónica, aislado del país que supuestamente debía tratar de comprender. Vestía vaqueros en lugar de pantalones caquis planchados, y pasaba el tiempo en los mercados y los puestos avanzados de combate, conversando con los ancianos tribales y los estudiantes, acompañando en las patrullas a los reclutas estadounidenses y compartiendo sus riesgos. Mandaba telegramas al Departamento de Estado donde criticaba una estrategia que se basaba demasiado en la fuerza militar y proyectos de ayuda ostentosos. Consideraba que la labor en Afganistán tenía que ser a un tiempo más modesta y más tenaz de lo que deseaban los políticos estadounidenses.

—En Washington nadie tiene ni idea de Afganistán —dijo Holbrooke cuando llegó a la base.

—No me digas… —replicó Weston.

—Y lo que saben está casi todo equivocado.

Se habían conocido meses antes, en las oficinas de Perseus en el Midtown de Manhattan, donde Holbrooke había mostrado a Weston una foto de sí

mismo en blanco y negro caminando por una calle de Vietnam del Sur con su jefe, el embajador Maxwell Taylor. A consecuencia de un error habían muerto cincuenta y ocho mil estadounidenses. «¿Por qué debería preocuparnos Afganistán?», le había preguntado Holbrooke a Weston.

Existían similitudes evidentes entre Afganistán y Vietnam, similitudes estructurales: insurgencia rural, gobierno corrupto, cliente poco fiable, refugio enemigo transfronterizo, una guerra empantanada y eterna… Weston le replicó que la diferencia era estratégica. Los comunistas vietnamitas jamás fueron una amenaza para Estados Unidos: la teoría del dominó resultó ser falsa. Podríamos habernos ido de Vietnam. Pero sobre nuestro país había caído un ataque procedente de los valles y las llanuras que rodeaban Khost, y podía haber otro. Esta era también la respuesta de Holbrooke, y añadió que la vulnerabilidad de las armas nucleares paquistaníes frente a los terroristas autóctonos aumentaba todavía más los riesgos estratégicos. Afganistán y Pakistán —Holbrooke había empezado a referirse a la región como si fuese un único organismo, «Af-Pak»— serían una cuestión de primer orden en su cartera como secretario de Estado de Hillary Clinton.

Weston le presentó a Holbrooke estudiantes de madrasa, ancianos tribales y un puñado de extalibanes que se habían puesto precavidamente del lado del gobierno. Holbrooke se repantingaba en la silla con las manos enlazadas sobre la barriga y escuchaba a los ancianos que se quejaban de las extorsiones policiales y redadas nocturnas por parte de las Fuerzas Especiales.

—De noche, ni mi hermano puede entrar en mi casa —le contó un viejo de barba blanca —, pero ustedes, los americanos, ni siquiera llaman a la puerta.

Los afganos estaban atrapados entre su propio gobierno rapaz, los torpes extranjeros y la brutalidad de los insurgentes. Holbrooke quiso saber si los ancianos preferían que Estados Unidos se quedara o se marchase. Sin ellos, los talibanes regresarían al poder, le respondieron, pero si se quedaban debían construir el país.

El alojamiento de Holbrooke esa noche fue la habitación de mayor categoría de la base: paredes de contrachapado, alfombras afganas baratas, un catre y una televisión que sintonizaba cadenas estadounidenses por cable. Descalzo, con los pies apoyados en la mesita de centro, se puso a pasar de un

canal a otro mientras criticaba a los expertos y los políticos que salían en campaña y acribillaba a Weston con preguntas acerca de Khost.

—Embajador, ¿cuándo piensa hacer una visita a nuestra otra guerra, la de Irak? —le preguntó Weston.

Holbrooke le clavó la mirada.

—No veo la necesidad de ir a Irak.

Weston le recordaba a sí mismo en Soc Trang, hacía una eternidad.

—A tu edad yo ya era vicesecretario —le dijo Holbrooke.

Si Weston quería incidir en la política exterior de Estados Unidos, tendría que empadronarse en Washington y hacerse con una chapa del Departamento de Estado. Pero Weston era más como Frank Scotton, que había pasado toda una década en Vietnam y se mantuvo siempre alejado de Washington. Su carrera saldría perjudicada, pero Weston estaba comprometido a quedarse en el país hasta el final de la guerra.

Holbrooke durmió con un pijama barato color carne que parecía uno de esos que proporcionan las compañías aéreas en una bolsa de plástico. Se levantó temprano para coger el helicóptero de vuelta a Kabul. Como en Sarajevo, veinticuatro horas en Khost le bastaron.

Pidió una aspirina. Weston le llevó un ibuprofeno.

—Gracias, pero necesito una aspirina para esto.

Holbrooke se señaló el corazón.

II

La tarde del 17 de noviembre, dispuso de media hora con el presidente electo en la sede central del gobierno entrante instalada en el Hilton de Chicago[5]. Sabía por boca de Strobe Talbott y Tom Donilon que Obama había convocado ya a Hillary Clinton cuatro días antes; que la primera opción de Obama para la Secretaría de Estado era su rival derrotada. Lo que Holbrooke ignoraba era que él estaba en el cuarto o quinto puesto de la lista de candidatos. En ningún momento se consideró en serio su nombre. Si Clinton rehusaba, la oferta pasaría a Kerry. Un acto de caridad desconocido para él. Lo de Kerry habría sido casi tan doloroso como lo de Albright. Pero con Hillary Clinton, ¿qué podía hacer? Ella existía en un plano superior.

Al menos estaba en Chicago. Lo cual significaba que sus enemigos no habían logrado detenerle, y eso ya era algo de lo que disfrutar. En 1992 ese encuentro no se había producido.

Holbrooke y Obama se sentaron a solas. Le regaló al presidente electo un ejemplar firmado de *Para acabar una guerra*. Fue algo predecible, interesado, un pequeño error. Obama era el tipo de persona que cuando te conocía dejaba claro que no le iban los remilgos diciéndote a las claras que no había leído tu libro[6].

Obama se dirigió a Holbrooke como «Dick», el nombre que habían seguido usando los antiguos colegas de Holbrooke en la campaña.

—¿Me haría usted un favor, señor presidente? —le pidió Holbrooke—. Para mi esposa es muy importante que me llame «Richard».

—Richard.

Holbrooke acababa de corregir al nuevo presidente, y de un modo que solo se podía calificar de calzonazos. Ese fue un error más importante.

Obama prosiguió con su disciplina habitual.

—Muchos lo consideran el mejor pensador estratégico que hay por aquí. Quiero contar con sus consejos y asesoramiento a medida que avancemos. Lo quiero en mi equipo. De hecho, está usted en mi lista de finalistas. No es el único nombre…

—Eso he leído.

—No se crea todo lo que lee. Bueno, suelte.

Y entonces Holbrooke cometió el tercer error. Toda su vida había sido un ferviente defensor de la igualdad racial, y con los ojos llenos de lágrimas le dijo al primer presidente negro del país (como le había dicho ya una semana antes a la asesora e íntima amiga de Obama Valeria Jarrett, cuando Holbrooke le pidió su ayuda durante un desayuno en Nueva York):

—¿Sabe? No hace falta ser afroamericano para llorar.

Autopromoción, rectificaciones, adulación, exhibicionismo emocional. Nada del otro mundo, pero Obama era uno de esos escasos políticos que pensaban como un escritor, ninguna cosa le pasaba por alto. Si la intención de Holbrooke hubiese sido causarle rechazo desde el primer minuto no podría haberlo hecho mejor.

Le soltó su discurso. El mismo que le había soltado a Carter en 1976, a Gore en 1992, a Hillary Clinton en 1996: el del equipo de baloncesto que juega bien coordinado, de la necesidad de escoger a personas que compartieran su misma visión. Le advirtió que un «equipo de rivales» —que era el título de una nueva biografía de Lincoln que pululaba por ahí en la transición de Obama— podía deslizarse fácilmente hacia la disfuncionalidad. Le expuso su carrera y sus logros, empezando por Vietnam. En cuanto al puesto, uno que no deseaba era el de enviado a Oriente Medio. Le dijo a Obama que tal vez quisiera considerarlo como asesor de Seguridad Nacional; al parecer eso fue una sorpresa. Si él no iba a ser el secretario de Estado, Hillary sería una estupenda elección.

—Ella estuvo sentada ahí mismo y dijo lo mismo de usted —le dijo Obama.

Hacia el final, la atención de Obama empezó a distraerse. Holbrooke se preguntaba si no estaría hablando demasiado, pero le pareció que la reunión había ido bien. Llamó a Gelb justo después para contárselo. Gelb no estaba tan seguro. Lo de «Richard, no Dick» le arrancó un: «Es broma, ¿no?». Y también le preocupó que no hubiesen hablado en absoluto de política exterior, solo de procedimiento.

En realidad, no había ido bien. Holbrooke no tenía ni idea de la impresión que había causado en aquel hombre opaco, profundamente concentrado. No supo interpretar en absoluto a Obama, no solo porque este podía resultar indescifrable, sino porque Holbrooke no era capaz de tal cosa, no cuando el

tema que se trataba era él. Volvió a casa creyendo que tenía muchos números para convertirse en secretario de Estado. Pero solo lo habían convocado en Chicago porque era demasiado importante para no convocarlo. El presidente no tenía ningún puesto para él. Y nunca más volverían a verse a solas.

Después de rechazar varias veces la oferta de Obama, Hillary Clinton terminó por aceptar el cargo («mis genes patrióticos», le dijo a Holbrooke), con la condición de ser ella la que designara a su propio equipo[7]. Talbott ya le había propuesto a Holbrooke como vicesecretario, idea que a ella le gustó. Holbrooke se enteró de ello a través de Talbott y lo vio con buenos ojos —ese cargo sería el más alto que había ocupado en el Departamento de Estado—, aunque no poseía ninguna de las cualidades que había aportado Talbott en sus siete años en el puesto: ecuanimidad, desinterés y habilidad a la hora de trabajar con otros cargos adjuntos del Consejo de Seguridad Nacional.

El 20 de noviembre, Holbrooke llamó a Clinton[8]. Ella le confesó que de haber ganado lo habría escogido como secretario de Estado (decirlo en ese momento no le costaba nada), y él replicó que suponía un honor ser su vicesecretario. La respuesta de Clinton fue afectuosa pero no concluyente. Hizo falta otra semana de llamadas telefónicas y filtraciones y silencios agoreros, así como una noche de dolorosa charla en casa de los Talbott —donde terminaba siempre que sufría una crisis en su carrera (aunque ahora la esposa de Strobe, Brooke, estaba gravemente enferma de cáncer)—, celebrando Acción de Gracias en los Hamptons con Kati, para que Holbrooke comprendiera que el puesto sería para otro.

Denis McDonough, miembro clave del reducido círculo inmediato de Obama, y Rahm Emanuel, el congresista de Chicago que se convertiría en jefe de Gabinete, sostenían que la Casa Blanca necesitaba a uno de los suyos por debajo de Clinton para evitar que el Departamento de Estado se convirtiese en un centro de poder rival. El candidato evidente era Jim Steinberg —el director de planificación de políticas de Warren Christopher—, dado que a este, favorito de Obama, había que darle algo importante después de entregarle el puesto que se le había medio prometido a Steinberg, el de asesor de Seguridad Nacional, al general de cuatro estrellas James Jones, marine retirado y antiguo comandante de la OTAN, al que se fichó para dar

lustre al expediente en seguridad nacional del joven presidente demócrata y aislarlo de las presiones militares.

Aquello fue una mezcla de política exterior y juego de las sillas, y Holbrooke salió perdiendo. Se hundió en una pesadumbre que lo devolvió al invierno de 1992-1993, cuando nadie del gobierno provisional de Bill Clinton lo llamó.

Pero Hillary Clinton lo necesitaba, y a finales de noviembre le propuso un encargo que a ella le parecía hecho a su medida. En los círculos demócratas de política exterior se hablaba hacía meses de nombrar a un enviado especial para Afganistán y Pakistán. Holbrooke había sido de los primeros en sugerir la idea. Ya que había convertido la región en su foco de interés, había viajado allí de manera particular y no quería el puesto en Oriente Medio (que iría a parar a otra figura del *establishment* demócrata, George Mitchell),Af-Pak parecía idóneo para Holbrooke, y Holbrooke, idóneo para Af-Pak.

La idea ni siquiera se había abordado en la reunión con Obama en Chicago. Unos días después, Holbrooke, como si sintiera que debía mejorar su discurso, había enviado al presidente electo un memorando titulado «Las paradojas de Pakistán y Afganistán»[9]. Estaba plagado de malas noticias y advertencias funestas, y la paradoja principal era esta: «El único motivo por el que entramos en Afganistán fue Al Qaeda, y Al Qaeda ya no está allí. De modo que esta guerra ahora es contra un enemigo que no plantea ninguna amenaza directa contra la seguridad de Estados Unidos, mientras que nuestro enemigo real, Al Qaeda, sigue refugiado en suelo de nuestro aliado, Pakistán». Nuestros objetivos eran confusos; nuestros recursos, insuficientes; nuestros socios en ambos países, poco fiables, pero no podíamos permitirnos abandonar una vez más Afganistán, por largo y penoso que fuese el compromiso. El objetivo no debía ser el de derrotar a los talibanes, sino el de llegar a un acuerdo entre Kabul e Islamabad con ayuda de los países vecinos. El nuevo presidente tendría que evitar en Afganistán la trampa que se había tragado a Johnson en Vietnam y a Bush en Irak. «Creo que debemos ser sinceros con el pueblo estadounidense —escribió Holbrooke—. El error más grave sería el de prometer resultados de acuerdo con un calendario concreto; y el segundo, el de afirmar un progreso que no existe».

Desconozco si Obama llegó a leer el memorando. No le habría gustado el tono aleccionador, aun si hubiese apreciado la cruda realidad que contenía. A

su alrededor no había nadie muy entusiasmado con la idea de tener a Holbrooke en el gobierno. McDonough desconfiaba de él, y Rice —la elección de Obama como embajadora de la ONU, catorce años más joven que Holbrooke cuando este había ocupado ese puesto— se opuso con vehemencia. Donilon, el asesor adjunto de Seguridad Nacional del gobierno entrante, sería su único amigo poderoso en la Casa Blanca, pero no pertenecía al círculo de confianza de Obama y debía preocuparse de su propia posición. El vicepresidente electo, Joe Biden, mantenía con Holbrooke una larga y conflictiva relación que se remontaba a los años setenta. Como político, Biden había tenido que demostrar siempre su experiencia en política exterior a Holbrooke, y sentía que nunca se le había reconocido su papel cuando hizo frente a Milosevic durante la guerra de Bosnia. Tenían casi la misma edad, eran igual de dominantes y estaban de acuerdo en casi todo, así que, como es natural, no se soportaban mutuamente.

El 1 de diciembre, Holbrooke y Clinton pasaron tres horas y media juntos en la suite de esta en la Essex House de Manhattan. Hillary le dijo que quería un contrapunto civil sólido a las labores militares en Afganistán: un diplomático que pudiera estar a la altura de David Petraeus, el general de cuatro estrellas al mando de las fuerzas estadounidenses en toda la región, desde Egipto a Pakistán, que comprendía todos los lugares en que estaban combatiendo. La política de Estados Unidos, tremendamente militarizada bajo el gobierno de Bush, debía recobrar el equilibrio, con la diplomacia y el desarrollo como componentes parejos. Esa sería su encomienda.

Holbrooke puso sus requisitos[10]. Daría parte al presidente a través de ella. Sería una especie de secretario de Estado para Af-Pak, un asesor de Obama con acceso al presidente al margen de los canales habituales. Reuniría a un equipo con colaboradores de diversos departamentos de todo el gobierno —un «equipo interagencial», en la jerga—, reclutaría también a talentos en la oficina del Sudeste Asiático y Asia central del Departamento de Estado y contrataría a expertos externos. Necesitaría un avión para ir y volver de la región. No se podía limitar a Afganistán y Pakistán: la India, ese gigante vecino que determinaba y retorcía el pensamiento paquistaní, entraría también en su cartera, igual que Irán, cuya influencia en el oeste de Afganistán había comprobado de primera mano en Herāt en 2006. Salir del impasse de Af-Pak le exigiría negociar en la disputa entre la India y Pakistán a propósito de

Cachemira, y también mantener conversaciones abiertas con los iraníes, las primeras desde la revolución. Pero no sería un «enviado especial»: eso ya lo había hecho en Chipre y los Balcanes. El término francés *envoi* sonaba demasiado ligero, una paloma mensajera con raya diplomática. Esta vez gestionaría las políticas en Washington al tiempo que la diplomacia en la región. Sería el Representante Especial para Afganistán y Pakistán: el SRAP, por sus siglas en inglés.

Insistió en todos estos aspectos igual que su predecesor histórico en la tarea, «Blowtorch». Bob Komer, quien había exigido privilegios de general de cuatro estrellas en el Apoyo al Desarrollo Revolucionario y de Operaciones Civiles. Holbrooke estaba trazando ya las fronteras de su imperio antes de que el equipo de Obama supiera siquiera dónde estaba la Sala de Mapas.

Lo incluyó todo en un informe para Hillary. Pero su papel seguía siendo vago, y salió de la conversación entre ambos con un presentimiento. Clinton no había insistido en su derecho a escoger a su número dos cuando le habían impuesto a Steinberg. Le dijo a Holbrooke que «Chicago» no estaba todavía «cómodo» con su presencia. Holbrooke lo vio como un mal presagio; aquello mostraba inseguridad y debilidad. Tenía la sensación de que ella no comprendía la burocracia que estaba a punto de heredar y que apenas confiaba en nadie. «Esto me tiene profundamente destrozado —escribió en su diario—. Un puesto indefinido es como entrar en una habitación donde todas las sillas están ocupadas y tener que insistir a todos para que se muevan y le hagan sitio […]. Todo el mundo me dice que debo aceptar el cargo, y seguramente lo haré. Pero sin demasiado entusiasmo o esperanza de hacer gran cosa con ello, dadas las dificultades. Mi capacidad de conseguir algo dependerá de la disposición de H + BO de escuchar mis opiniones, y estoy preocupado a ese respecto[11]».

A Clinton le llevó dos semanas responder a este informe. «Chicago» continuaba demorando su respuesta. Hillary le recordó a Obama las condiciones con que había aceptado el puesto, y este le dijo que Holbrooke era suyo si lo quería. Pero sería uno de los hombres de Clinton, no del presidente.

Regresar al gobierno suponía una reducción del 90 por ciento en sus ingresos, justo cuando estaba empezando a tener problemas económicos. Kati y él

invitaron a cenar a Pete Peterson y a su esposa una noche para hablar de sus finanzas.

—Richard, empecemos por el principio —dijo Peterson (patrimonio neto: dos mil ochocientos millones de dólares)—. ¿Cuál es tu flujo de caja neto? —Holbrooke no sabía qué significaba eso—. Simplificando, tus ingresos quitando los gastos.

Peterson sumó los costes de todas las hipotecas, del avión privado y lo demás, y lo restó del nuevo sueldo de Holbrooke como SRAP, ciento setenta y siete mil dólares.

—Estás incurriendo en un flujo de caja negativo bastante considerable —concluyó Peterson—. Así que vamos a mirar tu patrimonio neto líquido.

—¿Eso qué es?

Peterson repasó el valor de las inversiones de Holbrooke.

—Tu patrimonio neto líquido se va a reducir tan rápido que dentro de cuatro o cinco años estarás en bancarrota. Tendrás un buen problema.

—¿Qué me quieres decir?

—Para que me entiendas: debes empezar a vender alguna de esas casas.

La más grande de las dos que tenía en Telluride era particularmente cara y valiosa. Holbrooke puso cara larga, adoraba la casa de Telluride.

—Richard, haz caso a Pete —dijo Kati.

Y Holbrooke accedió a venderla.

También tuvo que responder a las 63 preguntas del Cuestionario de Transición: un documento de nueva cosecha diseñado para disuadir a la gente que llevaba una vida interesante de trabajar para su país, no fuera a ser que avergonzaran al presidente[12]. «8. Describa brevemente los asuntos más controvertidos en que se haya visto envuelto en el curso de su carrera.» «61. ¿Ha tenido usted alguna vinculación con personas, grupos o iniciativas empresariales que pueda ser utilizada —aun injustamente— para cuestionar o atacar a su propia persona y sus cualificaciones para servir al gobierno?». En lugar de explicarle al equipo de Obama la historia que he estado contándoles yo, con todo lujo de detalles, Holbrooke respondió a la pregunta 8 con un breve curriculum vitae, y a la 61 con la palabra «No».

La pregunta 60 atañía a su estado de salud.

El 10 de diciembre, fue a ver a su cardiólogo, Izzy Rosenfeld, que tenía entonces ochenta y dos años. A Rosenfeld se le conocía en el ámbito médico

más como un genio de la comunicación que de la medicina. Afectaba una genialidad que seducía a los pacientes famosos, que hacían donaciones a su hospital al tiempo que recurrían a otros colegas más cualificados para que los mantuviesen con vida. Una cardióloga más joven llamada Holly Andersen se encargaba de la mayor parte de todo lo relacionado con Holbrooke, pero Rosenfeld seguía visitando al paciente y tomando notas, que eran una especie de miniensayos: «Está a punto de ocupar un cargo importante en el gobierno y necesita saber si será capaz de hacer viajes largos y trabajar duro […]. La clave en alguien con fibrilación paroxística, como le he explicado, son el control del ritmo cardiaco y la anticoagulación. El tiempo dedicado fue de una hora y veinte minutos considerando todas las ramificaciones de su inminente nombramiento por parte del presidente Obama y si sería capaz de llevar a cabo la tarea»[13].

A sus sesenta y siete años, Holbrooke pesaba unos noventa y cinco kilos, lo máximo que había pesado nunca. Su presión sanguínea y su ritmo cardiaco se mantenían normales con medicación, sus pulmones estaban despejados, sus carótidas limpias y tenía el abdomen blando. Tomaba metoprolol para controlar la presión, warfarina para la coagulación, zetia y niacina para el colesterol, aspirina, ácido fólico, y de vez en cuando Viagra. Cada par de años, su ritmo cardiaco se descontrolaba; tenía mareos y había que practicarle una cardioversión. En otras palabras, era un hombre estadounidense entrado en años bastante típico. Le dijo a su médico que temía que la presión de su nuevo cargo lo pusiera en riesgo, pero Rosenfeld aseguró que su salud era excelente para un hombre de su edad y le dio su beneplácito para trabajar en el gobierno[14].

Encontró residencia en Georgetown a una manzana de su antiguo alojamiento, la casa Harriman. Pam, tras dilapidar el 90 por ciento de su herencia de cien millones de dólares, había vendido la mansión en 1996 para sufragar un acuerdo extrajudicial con los herederos de Averell, meses antes de sufrir un derrame cerebral mientras hacía sus largos matutinos en la piscina del Ritz de París, tras el cual murió y fue enterrada en la finca de los Harriman en el río Hudson, en la parcela que había escogido ella misma a orillas del lago, donde se reunió con Averell para el resto de la eternidad con una lápida que rezaba patriota, servidor público, estadista. Pero incluso sin los Harriman allí, Holbrooke regresó a la calle N como una paloma mensajera y

alquiló una casa adosada de madera y dos plantas por más dinero del que podía permitirse. Viviría allí solo. Kati se quedaría en Nueva York, donde tenía a sus amigos, a sus hijos, su vida, y bajaría a Washington en ocasiones especiales; como en la investidura de Obama.

El 20 de enero, Holbrooke escribió en su diario: «Buen discurso, pero carece de las frases inolvidables de JFK. Nadie recordará ninguna cita, pero la ocasión es la historia. Eso todo el mundo lo recordará… Una multitud inmensa. Aunque Washington parece un feliz estado policial. La seguridad se impone a cualquier otra consideración, pero a veces le da a nuestro gobierno un aspecto semifascista»[15].

Durante el segundo día completo de la presidencia de Obama, Holbrooke se deslizó inadvertidamente entre un gentío que aguardaba a las puertas del Departamento de Estado para aplaudir la llegada de Hillary Clinton. Alguna vez había imaginado una muchedumbre similar aguardando al secretario de Estado Richard C. Holbrooke. En lugar de subir en ascensor privado a los «despachos de caoba» de la séptima planta, atravesó el vestíbulo y desapareció por un pasillo de linóleo y fluorescentes. El SRAP ocuparía un departamento estrecho y desangelado en la primera planta, junto a la cafetería. Este era su cuarto mandato en el edificio en cuatro décadas, y era imposible estar más lejos, física y simbólicamente, de lo que deseaba en su corazón.

Poco antes de las dos de la tarde, llegó Obama para el nombramiento de los enviados especiales. La ceremonia se celebró en la sala Benjamin Franklin de la octava planta, entre cortinajes dorados, columnas de granito y una multitud de funcionarios entusiasmados de Asuntos Exteriores. Habían acudido tanto Obama como Biden, en muestra de la importancia renovada que se daba a la diplomacia tras el militarismo de los años del gobierno Bush, y también en apoyo de Clinton, la contrincante de una guerra reciente que generaba aún resquemores entre el personal, si no los superiores, de la Casa Blanca y el Departamento de Estado. Holbrooke estuvo en el escenario al lado del presidente, y George Mitchell al lado del vicepresidente, mientras la secretaria de Estado, con chaqueta de punto marrón y dorada, que ya había confirmado ante el jurado su cargo, presentaba a sus enviados especiales.

Cuando le llegó el turno, Holbrooke se acercó al atril y dijo:

—Le agradezco su confianza al ofrecerme esta abrumadora tarea, lo único que puedo hacer es comprometerme a dar lo mejor de mí para llevarla a cabo.

—Sus palabras estuvieron un poco fuera de lugar—:Veo aquí…, pensando en mis primeros años en Asuntos Exteriores…, veo aquí a mi antiguo compañero de cuarto en Saigón, John Negroponte. Recuerdo muy bien aquella época, y espero que logremos mejores resultados esta vez[16].

Luego, el presidente conoció a la familia Holbrooke. Kati le dijo sonriendo a Obama:

—Señor presidente, esto es más que un trabajo para mi marido.

Se hicieron fotos en grupo, y el presidente estuvo hablando de baloncesto con David, que era tan alto como un alero de la NBA, y todo el mundo volvió a casa embelesado, como le ocurría a la gente cuando conocía a Obama en aquellos primeros tiempos.

Lo de sacar a relucir Vietnam lo hizo sin pensar. No podía evitarlo. Holbrooke llevaba esa guerra consigo como un libro que hubiese aprendido de memoria siendo joven, y ahora pasajes enteros regresaban a él.

Esa noche recibió un correo electrónico de Rufus Phillips. El jefe de Holbrooke en Asuntos Rurales en el Saigón de 1963 tenía ahora cerca de ochenta años. Lo felicitó y le ofreció su ayuda. Holbrooke le respondió: «Rufe, ¡esto es peor que Nam!».

III

Cuando el alcance de las ambiciones de Holbrooke se supo en Washington, los diplomáticos indios se volvieron locos. En noviembre, diez terroristas paquistaníes habían asesinado a 164 personas tras tres días de atentados en Bombay. Habían contado con el apoyo de elementos de la ISI, pero Pakistán se resistía a las investigaciones de la India. Según el gobierno indio, Pakistán era parte del problema, mientras que la India, la democracia más populosa del mundo y una potencia emergente que gozaba de una relación especial con Estados Unidos, era parte de la solución. Si Holbrooke pretendía meter a la India en aquel lío de Af-Pak, e incluir en sus competencias la antigua disputa con Pakistán por el territorio indio de Cachemira, no le concederían ni un visado para Delhi. Holbrooke tuvo que recular. Intentaría cumplir con su tarea sin mencionar eso a lo que empezó a referirse como «el tema C». Así que, desde el principio, la idea de un gran pacto —en el que Pakistán desmovilizaba a los talibanes afganos a cambio de algún acuerdo en relación con Cachemira— quedó descartada.

Irán era peliagudo también. Hillary escogió para el golfo Pérsico a otro de los antiguos asesores de su marido, Dennis Ross, que ocuparía el departamento contiguo al del SRAP. Esto constreñía el flanco occidental del imperio de Holbrooke, pero no tenía intención de dar un paso atrás. Al igual que la India, Irán era inextricable del problema de Afganistán. Tras derrocar a los talibanes, Estados Unidos e Irán habían trabajado juntos para respaldar el nuevo gobierno afgano, pero el discurso sobre el «eje del mal» que dio Bush en 2002 liquidó esa brevísima cooperación. Teherán, como Delhi, se mantuvo próximo al gobierno de Karzai, una fuente esencial de ayuda y estabilidad en el oeste de Afganistán. Irán era asimismo el mercado más importante del mundo para el opio afgano, lo que dio lugar a un número enorme de drogadictos iraníes. En teoría, los intereses de Irán y Estados Unidos parecían converger en Afganistán, y Holbrooke quería instaurar un canal de comunicación.

En una conferencia sobre Afganistán que se celebró en La Haya, Holbrooke estuvo sentado a la mesa contigua a la del viceprimer ministro de

Asuntos Exteriores iraní. Durante el almuerzo, Holbrooke se acercó y se presentó a todos comensales en torno a la mesa hasta que llegó a él.

«Soy Richard Holbrooke, encantado de conocerlo». Extendió la mano. El iraní, pillado por sorpresa, no tuvo más opción que estrechársela. Holbrooke mencionó las similitudes que había visto entre las mezquitas de Herāt e Isfahán. Hablaba de arquitectura con soltura, como si tuviera alguna idea; para romper el hielo, crear confianza. Y entonces le dijo: «Sigamos en contacto».

La conversación de más alto nivel entre Estados Unidos e Irán en cuarenta años había durado menos de treinta segundos. Clinton comunicó después a la prensa que el encuentro había sido espontáneo; no era del todo verdad, ella había dado su aprobación previamente. Los iraníes negaron que se hubiese producido. No hubo un segundo encuentro. «Lección aprendida —escribió Holbrooke en su diario—: Ve despacio, prepárate»[17].

No era solo que estuviese intentando apropiarse del territorio, aunque esa fue la impresión que dio a sus colegas. Sabía que los talibanes no podían ser derrotados en el campo de batalla, que la construcción de la nación sería larga e inconclusa y que el camino hacia la paz tendría que ir de fuera a dentro, a través de los vecinos de Afganistán. Y el vecino más importante era la pesadilla de Oriente.

Pakistán estaba padeciendo el ataque del virus que había desarrollado en su propio laboratorio. Entre 2007 y 2008, un grupo autóctono, el Movimiento de los Talibanes Paquistaníes, asesinó a la antigua primera ministra, Benazir Bhutto, y voló el hotel Mariott de Islamabad. Con el comienzo de la presidencia de Obama, grupos de combatientes ocuparon ciudades a unos ciento cincuenta kilómetros de la capital, donde impusieron el habitual reinado del terror: cerraron las escuelas femeninas, prohibieron los vídeos, destruyeron las reliquias budistas, atacaron a las minorías religiosas y organizaron flagelaciones y ejecuciones públicas por conductas contrarias al islam. Había otros problemas por todo el país: escasez de agua, cortes eléctricos, disturbios, secesionismo… Pakistán parecía cada día más un Estado en ruina. Y sin embargo, se diría que el país estaba bloqueado. Medio Pakistán (los ciudadanos más pobres y tradicionales) simpatizaban con los islamistas. Las élites urbanas andaban debilitadas y consternadas, incapaces

de asumir la enormidad de la amenaza. Los políticos civiles estaban divididos y desgastados por una clase militar que ostentaba el poder real y que seguía considerando que la gran amenaza, tal vez la única, era la India. No había ningún sector crucial a favor de enfrentarse a los talibanes.

Los militares paquistaníes veían Afganistán como una extensión de los intereses de su país y una zona de competición con la India y otros países asiáticos. Pakistán no podía estar seguro sin un gobierno en Kabul que rechazara la influencia india y se amoldara a ellos. Los talibanes afganos eran una herramienta que evitaba que Pakistán quedara rodeado de vecinos hostiles.

Así que la mitad «Pak» de la tarea de Holbrooke iba a requerir una serie de acciones complicadas y poco plausibles: asegurar a los paquistaníes que el apoyo de Estados Unidos no era transaccional y a corto plazo; reforzar el gobierno civil con un incremento enorme en ayudas; mitigar las sospechas de los militares hacia la India; introducir a los países vecinos en una negociación regional y reorientar la estrategia paquistaní para que el país dejara de prestar apoyo a los talibanes. Hacerlo virar poco a poco hacia la idea de que los islamistas radicales planteaban una amenaza mayor que la India. Los funcionarios estadounidenses hablaban del país como de una niña que hubiese sufrido abusos: no había que hacer caso de los gritos y los golpes, solo que abrazarla fuerte. O como de un malhechor armado hasta los dientes al que había que acercarse con sumo cuidado: «Baja el arma, quítate el chaleco suicida, estamos aquí para ayudarte».

Pakistán era el principal motivo por el que aquello era peor que Nam.

A finales de enero, Holbrooke invitó a almorzar al embajador paquistaní, Husein Haqqani. Se citaron bajo las lámparas de araña del restaurante del hotel Hay-Adams, al lado de la Casa Blanca: un establecimiento tan famoso que a ningún periodista que por casualidad reparara en ellos se le pasaría por la cabeza que estuviesen intentando hablar en secreto. Al menos eso era lo que pensaba Holbrooke, pero dio lugar al tipo de teatrillo de Washington que los nuevos ocupantes del edificio que se alzaba al otro lado de Lafayette Square aborrecían.

Al día siguiente, Haqqani mandó un telegrama a Islamabad que daba cuenta de la conversación:

Dijo que al contrario de las opiniones que se expresan en algunos círculos, Estados Unidos no tiene intereses ulteriores en relación con Pakistán, ni tiene ningún motivo ni deseo de causar alteración alguna en Pakistán: «Estados Unidos no le pedirá nunca a Pakistán que haga nada que vaya en perjuicio de su interés nacional» […]

Respecto a la India, dijo: «Lidiaré con la India fingiendo que no estoy lidiando con la India». Y luego añadió que la India entraba también en su ámbito de competencia en la medida en que afectaba a la seguridad de Pakistán y Afganistán.

Me preguntó si Estados Unidos podía «ser amigo al mismo tiempo de la India y Pakistán». A mí me pareció una pregunta retórica, y me limité a un muy general «por supuesto, siempre y cuando se cuiden los intereses nacionales de Pakistán».

Se preguntaba si el presidente Karzai era el mejor hombre posible para liderar Afganistán teniendo en cuenta las circunstancias, y si había otras alternativas disponibles. Yo guardé un diplomático silencio. (Amigos comunes me han dicho que Holbrooke tiene una memoria increíble y que, por tanto, con él es mejor ser parco en palabras.) […]

Me dijo que había tenido que enfrentarse a muchos problemas complejos en su carrera diplomática, pero que le parecía que nuestra región era el mayor desafío. Cada actor en la zona tenía una visión compleja y conflictiva de su propia identidad y también expectativas conflictivas que no podían cumplirse sin crear una nueva serie de disputas y problemas[18].

Haqqani era el autor de un libro sumamente escéptico sobre los militares paquistaníes, y en su telegrama oficial dejó fuera la esencia de la conversación: la advertencia que le hizo a Holbrooke de que no levantara un ejército y un servicio de inteligencia paquistaníes a expensas del gobierno del recién elegido presidente Asif Zardari, viudo de Benazir Bhutto. En los meses siguientes, Holbrooke y Haqqani se harían amigos íntimos. Quedaban a menudo, con frecuencia lejos de escenarios oficiales, y Haqqani comenzó a enseñar a Holbrooke a ver a través de los engaños y autoengaños de Pakistán.

Como por instinto, dio forma al SRAP tomando como modelo la Oficina de Asuntos Rurales: la libertad y la franqueza, la hostilidad hacia convenciones burocráticas, la sensación de emoción y riesgo… Un día, Frank Wisner entró a ver qué hacía su amigo y sintió de inmediato que habría podido orientarse allí dentro con los ojos cerrados. Conocía la disposición de toda la sala, porque habían montado lo mismo para gestionar la pacificación en Saigón. Esos ecos inquietaron a Wisner. ¿Por qué estaba Holbrooke reproduciendo un fracaso?

Lo que Holbrooke llamaba «mi despacho de mierda» estaba en un extremo de la sala, y tenía una ventana con vistas a un jardín interior. En la pared había fotografías de Saigón y de Dayton, fotografías firmadas por Cyrus Vance y Kofi Annan, una carta enmarcada de Nixon tras su visita a

Bonn en 1994, el obituario que había escrito Holbrooke para Dean Rusk ese mismo año y una portada del *New York Times* de 1995 tras el gran logro de Dayton. En la estantería guardaba un encendedor Zippo de los tiempos de Vietnam con la inscripción YO ADORO AL PUTO EJÉRCITO, Y EL EJÉRCITO ADORA PUTEARME[19]. En el pasillo había un mapa de Bosnia con las fronteras propuestas en algún punto de las conversaciones, y una librería con volúmenes sobre Afganistán y Pakistán, el *Kim* de Kipling, el libro de Kati sobre los matrimonios presidenciales, las memorias de Clark Clifford y cuarenta ejemplares de *Para acabar una guerra*. El despacho estaba decorado como un monumento a la carrera de Holbrooke. Quería transmitir a su equipo que iban a ser parte de la historia.



Richard Holbrooke al teléfono, acompañado por el personal del Departamento de Estado. Cortesía de Morgan O'Brien.

Algunos eran estrellas pujantes del gobierno que no dejaron escapar la oportunidad de trabajar con un vínculo viviente a Kennan y Harriman. Jóvenes talentos del Departamento de Estado, del ejército, del Pentágono, la CIA, el FBI, el Tesoro, Agricultura, la Agencia para el Desarrollo Internacional: todos ellos fueron destacados al SRAP y apretujados en las oficinas 1515 y 1517. Otros no eran el tipo de personas que acostumbraba llevar una insignia del gobierno colgada del cuello, que era uno de los

motivos por los que le interesaban a Holbrooke. Entre los primeros a los que llamó estaban Barnett Rubin, un profesor de la Universidad de Nueva York que era el más destacado experto estadounidense en Afganistán, y Vali Nasr, un estudioso del islam político nacido en Irán. «Tu problema es que te preocupas de la sustancia —advirtió Holbrooke a Rubin—. El gobierno es todo proceso[20]» Y a Nasr le dijo: «No quiero que aprendas nada del gobierno. Este sitio está muerto intelectualmente. No produce ninguna idea, todo consiste en disputas por marcar el territorio y en ir tachando casillas. Tu tarea es abrir una brecha entre todo eso. Si alguien te causa problemas, me lo dices a mí»[21].. Tan pronto llegaran las acreditaciones de seguridad, Nasr asesoraría a Holbrooke sobre Pakistán, y Rubin (que conocía bien a Karzai) sobre Afganistán.

Y estaba también Rina Amiri, una joven afganoestadounidense con vínculos familiares con el rey. Trabajó para las Naciones Unidas en Kabul, y más tarde para el Open Society Institute de George Soros. Una noche, hacia finales de febrero, distinguió a Holbrooke en el último puente aéreo de la Delta Air Lines que salía de Washington, se sentó en la fila de al lado y comenzó a sostener cierto argumento sobre las siguientes elecciones afganas.

—¿Sabes? Estoy montando un equipo de trabajo… —le dijo de pronto Holbrooke.

—Lo sé —respondió Amiri—, pero yo estoy aquí para hacer *lobby*.

—Soy muy eficiente: acabo de convertir tu *lobby* en una entrevista de trabajo. —Como ella continuó resistiéndose, Holbrooke redobló la presión—: ¿Te das cuenta de que nadie te ofrecerá nunca la oportunidad que te estoy ofreciendo yo para influir en tu país?

Amiri resistió durante todo el vuelo a Nueva York, pero antes de un mes había dejado su puesto con Soros y pasado a trabajar para él.

Había dos adjuntos —Paul Jones, funcionario de carrera en Asuntos Exteriores, y Dan Feldman, abogado y protegido de Gerb— y un diagrama organizativo y orientativo que no significaba casi nada. En un visto y no visto hubo treinta personas trabajando para Holbrooke. Cualquiera de ellas podía entrar en su despacho y debatir con él. Quizá se llevasen un grito, pero se las escucharía.

Barney Rubin era nueve años menor que Holbrooke, y esa diferencia de edad originaba también una diferencia política. Mientras que Holbrooke era

un voluntario de la Nueva Frontera, Rubin era un soldado de infantería de la Nueva Izquierda, un veterano de los Estudiantes por una Sociedad Democrática al que habían arrestado en una protesta contra Vietnam. Debido a su expediente de ochenta páginas en el FBI acreditarlo fue aún más difícil de lo normal. Era un profesor de barba blanca con la sonrisa de ojos alegres de Jerry Garcia y, como reparó en ello Holbrooke con preocupación, una cara como la de Trotski. Era crítico con la guerra contra el terror y veía con escepticismo la fusión habitual que hacían los estadounidenses entre talibanes y Al Qaeda. En su opinión, Holbrooke subestimaba la capacidad de su país para hacer daño en el mundo. Rubin entendía la guerra en términos políticos, no morales, y alzaba los ojos exasperado cada vez que Holbrooke consideraba necesario preceder cualquier referencia a los talibanes con un «odiosos». Rubin estaba convencido de que la paz requería un acuerdo con los líderes talibanes. Holbrooke ignoraba si tal cosa era posible, pero quería oír esa opinión.

A principios de febrero, mientras Rubin esperaba su acreditación de seguridad, Holbrooke y él se encontraron en la Asia Society de Nueva York. Esa misma semana, se celebraría una cena privada con expertos sobre Afganistán en el comedor de la octava planta del Departamento de Estado. Holbrooke enseñó a Rubin cómo debía comportarse[22]. Quería que este defendiera la postura de que Estados Unidos no debía animar a Karzai a presentarse a una reelección, postura que lo llevaría al desacuerdo con Hillary. Pero si se mostraba condescendiente con la secretaria de Estado de una forma u otra, ella no atendería a nada de lo que dijese. Holbrooke había notado que Rubin tenía la costumbre de hablar con arrogancia a la gente que, según consideraba, sabía menos que él.

—Vale, ya lo he pillado —dijo Rubin—. Es curioso, he oído decir justo lo mismo de ti.

—¿Ves? A eso es a lo que me refiero.

Otro de los expertos en la lista de invitados era Rory Stewart, que había logrado tener una visión desnuda y minimalista de Afganistán: no había ninguna pregunta para la que más soldados fuesen la respuesta. Estados Unidos, el Reino Unido y sus aliados de la OTAN no sabían cómo erigir un Estado afgano ni acabar con la corrupción ni desenvolverse en la política tribal de una insurgencia. Occidente solo podía aspirar a mejorar las cosas

mediante proyectos de ayuda modestos, con un objetivo cuidadosamente seleccionado y en zonas en que los extranjeros fuesen bienvenidos (como el proyecto de la Fundación Turquoise Mountain del propio Stewart).

Unas noches antes de la cena, Holbrooke despertó a Stewart con una llamada a última hora.

—Sé que crees que no habría que enviar más soldados a Afganistán —dijo (nunca parecía ser consciente de estar interrumpiendo el sueño de nadie). La administración Obama estaba considerando la petición del ejército de mandar veintiún mil soldados más: los movilizarían con toda seguridad—. Lo que debes saber es que pedirán cuarenta mil más en agosto. —Holbrooke acababa de conocer esta cifra asombrosa de boca del almirante Mike Mullen, presidente del Estado Mayor Conjunto—.[23] Y si eso te parece mal, Rory, tienes que dar la cara y decirlo.

Holbrooke mencionó a un general de división que en Vietnam se había mostrado vehementemente en desacuerdo con la petición de Westmoreland de enviar más soldados en 1968, pero al que le había faltado coraje para oponerse con argumentos convincentes. Si Stewart no alzaba la voz, dijo Holbrooke, aquello lo perseguiría el resto de su vida, como a aquel general de dos estrellas. A esas alturas Stewart ya estaba sentado en la cama, desnudo, con el móvil pegado a la oreja.

—Es tu momento.

El 3 de febrero, más de una veintena de personas se sentaron a la elegante mesa de la secretaria de Estado. Los invitados se dividían de manera más o menos equitativa entre miembros de la nueva administración —Denis McDonough y David Axelrod, de la Casa Blanca; Leon Panetta, nuevo director de la CIA— y expertos, entre los que se encontraba Sarah Chayes, que había vivido en Afganistán más tiempo que Rory Stewart y había llegado con igual certeza a la postura del todo contraria. Rubin decidió no decir nada de Karzai: con tanta gente allí seguro que se filtraba, y Karzai no reaccionaría bien.

—Creo que es justo decir que no había visto nunca tanta genialidad y talento en esta sala —anunció Holbrooke.

—Richard —dijo Hillary Clinton—, si ya has terminado de adular a todo el mundo, creo que deberíamos proseguir con la agenda.

Holbrooke dispuso que Stewart se sentara al lado de Clinton. Estimulado por la arenga de Holbrooke, pronunció un apasionado discurso sobre las limitaciones de Occidente en Afganistán. Ella lo escuchó y le hizo preguntas educadas. Stewart espero a que Holbrooke saliera a respaldarlo, pero este guardó silencio. Más tarde Stewart lo abordó: «¿Qué es lo que ha pasado?». Holbrooke no soltó prenda.

«Los mejores fueron Barney Rubin + Sarah Chayes, que conocen de verdad Af + se detestan cordialmente el uno al otro —escribió Holbrooke en su diario—. Rory Stewart habló en nombre de todos los nostálgicos de Rudyard Kipling que hay por el mundo, pidiendo más expertos tipo Rory + más respeto hacia las tribus[24]». Holbrooke quería que Clinton escuchase los argumentos en contra del envío de tropas, pero no tenía intención de jugársela en un asunto tan delicado y delante de tantos actores importantes; el que más, su propia jefa. Esa sería la estrategia de Holbrooke para el resto del año.

IV

Afganistán era un fantasma sangriento del pasado y Pakistán un siniestro laberinto de espejos. No obstante, el escenario realmente peligroso era Washington.

El día después de la investidura, un asistente de Donilon hizo un borrador de los «términos de referencia» de Holbrooke: la descripción de su cargo, en jerga gubernamental. Pero en mitad del caos de los primeros días del nuevo gobierno, nadie refrendó la versión final. Desde el comienzo, faltó una definición clara de los mandatos, los solapamientos, la división de las competencias entre el SRAP y el CSN. En consecuencia, nadie en la Casa Blanca comprendía el trabajo de Holbrooke.

Si había algún equivalente, este era Douglas Lute, un teniente general del ejército que había ejercido de asesor especial de Bush sobre Irak y Afganistán, «coordinando» e «implementando» políticas de guerra, lo que se traducía en asegurarse de que se identificaban los problemas y se aplicaban de manera eficiente las decisiones. Los asistentes de Obama querían deshacerse de él, pues lo consideraban una herencia poco de fiar, pero el nuevo asesor de Seguridad Nacional, James Jones, convenció al presidente de que Lute era un soldado leal. Lo mantuvieron en el CSN, aunque lo rebajaron a director senior para Afganistán. Cuando el día después de la investidura el nuevo equipo llegó a la Casa Blanca, Lute estaba allí ya y tuvo que enseñarles dónde se encontraban la máquina del café y los baños.

Lute era del Medio Oeste, un hombretón de modales campechanos y humildes que se sentía cómodo en las estructuras del gobierno. El tipo de funcionario que Holbrooke se había pasado toda su carrera ignorando. De hecho, sus caminos se habían cruzado en 1996, cuando mandaron a Holbrooke, de nuevo banquero, a presionar a Milosevic para que cumpliera su parte de los Acuerdos de Dayton. Para entonces, Wes Clark había dado el salto, y el sustituto que acompañó a Holbrooke en aquel viaje fue el coronel Lute. Cuando Holbrooke llegó, muy tarde, a la base aérea Andrews y embarcó en el C-20, sus ojos repararon en él.

—¿Quién es usted? —quiso saber Holbrooke—. No he autorizado su presencia en este vuelo.

—Puedo coger mi maleta y marcharme dentro de cinco minutos —respondió Lute.

—No, no lo decía en ese sentido.

La mañana siguiente, en Belgrado, llamaron muy temprano a la puerta de la habitación de Lute en el hotel. Holbrooke estaba ahí plantado en albornoz, descalzo.

—¿Tienes un par de calcetines?

Había olvidado llevarse una muda extra, o ya los había sudado todos. Sus pies: esos instrumentos de dolor y dominación, que se transformaban de un modo tan fácil para su propia incomodidad y la de los demás. Lute le dio un par de calcetines reglamentarios. Así se habían conocido.

Lute quedó sorprendido por el nombramiento de Holbrooke como SRAP; incluso por el nombre del cargo. Sus oficinas estaban destinadas a ser un punto de fricción si los límites de las competencias no se hallaban claros. Holbrooke tomó la costumbre de entrar sin que nadie lo hubiese invitado en la oficina sin ventanas que tenía Lute en el subsuelo del ala oeste, dejar la puerta abierta, quitarse los zapatos y poner los pies encima del escritorio. Se quedaba allí todo el tiempo que deseaba, sin importarle qué asuntos en la agenda de Lute reclamaban su atención a esa hora. A menudo esas visitas llegaban justo antes de una reunión en la Sala de Crisis. El equipo de Lute era el responsable de redactar los puntos que había que tratar —una orden del día de tres o cuatro páginas, la joya de la corona del CSN— que el presidente, y solo él, recibía la noche anterior. Holbrooke iba detrás de cualquier pista de inteligencia que pudiera conseguir. Para Lute, esos pies sobre el escritorio eran una prueba de cómo lo veía Holbrooke: como un chupatintas útil.

Lute le pidió en repetidas ocasiones a Jones los términos de referencia de Holbrooke, pero Jones se escaqueaba: ya irían definiéndolos sobre la marcha.

Jones era un veterano de Vietnam y Bosnia. Había hecho gran parte de su carrera de marine al mando; como comandante del cuerpo en sí y, justo antes de su jubilación, en el antiguo puesto de Clark en la OTAN. Pasaba del metro noventa, era corpulento, un John Wayne de ojos azules que dominaba el francés y que estaba acostumbrado a dar órdenes y que los demás las cumpliesen escrupulosamente. Entonces, a los sesenta y cinco años, lo habían

nombrado asesor de alto rango del presidente, un trabajo brutal, empantanado de detalles, para el que tenía que estar disponible todas las horas del día. Era demasiado para él. Holbrooke se dio cuenta de inmediato. Cuando Obama se reunió con su equipo de política exterior en la Sala Madison del Departamento de Estado el 22 de enero, justo antes de la puesta en marcha, Holbrooke notó que Jones parecía al margen, en otra parte[25]. Jones pasó el fin de semana posterior a la investidura en su casa de vacaciones en la Orilla Este de Maryland. Parecía estar a la altura, pero fue el primer gran error de Obama.

Donilon, adjunto de Jones, se quejó a Holbrooke de que aquel leía mecánicamente su orden del día y le costaba comprender la cuestión que se estuviese debatiendo[26]. Otros pensaban que sufría una disfunción neurológica. Pronto se hizo evidente que Donilon tendría que gestionar el día a día del CNS y levantarse lo bastante temprano para preparar la reunión de las 9.30 con el presidente. En cuestión de días, Donilon estaba agotado de realizar dos trabajos.

—Eres un empleado brillante, pero ahora has de tener opiniones —le dijo Holbrooke un día irrumpiendo en el cuarto de las escobas que ocupaba junto al despacho esquinero de Jones, tras dejarse caer por la madriguera de Lute en el subsuelo—. No te puedes limitar solo a detectar problemas, debes liderar.

Holbrooke seguía dándole consejos a Donilon como si estuviesen en los años noventa, igual que solía echarse en su sofá, junto a la puerta del despacho de Warren Christopher, y pasarse una hora soltando opiniones. Pero las cosas habían cambiado, y Donilon —inteligente, hábil, pero con quien no se podía contar bajo presión— iba a jugar a dos bandas con Holbrooke.

Hillary Clinton quería que el presidente fuese conociendo a su SRAP, así que llevó a Holbrooke con ella a una de las primeras reuniones semanales en el Despacho Oval. Solo ellos tres, sentados alrededor de la mesa de centro presidencial en sillas que había dejado allí la administración Bush, la decoración de un próspero salón de Dallas. Obama tenía cuarenta y seis años. Medía un metro ochenta y cinco, la misma altura que Holbrooke, pero pesaba quince kilos menos. Era aún más enjuto que en las fotos. En su cara alargada surcos profundos bajaban por ambos lados de la nariz, pero todavía no tenía una sola cana. Escuchó mientras Holbrooke esbozaba una estrategia que

involucraría a todos los actores de la región: incluir a la India por algún conducto extraoficial, hablar con Irán acerca de Herāt y Occidente, hacer que China y Arabia Saudí persuadieran a su aliado Pakistán, y en último término entablar un diálogo con los talibanes.

—Y habremos de engañar a cada uno de ellos sobre lo que estamos dispuestos a hacer. Tiene sobre la mesa esa decisión importante sobre las tropas, y habrá que ver qué podemos sacar diplomáticamente de…

—En este gobierno no hacemos esas cosas —lo cortó Obama.

Nada de engaños, nada de mentiras. Mentir era el estilo antiguo de hacer diplomacia. Las mentiras habían conducido al desastre de Irak. La administración Bush había mancillado la reputación de Estados Unidos en todo el mundo, y el mandato de Obama consistía en repararla: acabar con las torturas, cerrar Guantánamo. El estilo Obama sería honesto y franco.

Holbrooke estaba sentado inclinado hacia adelante en un sofá de estampado floral crema y beis. Clinton lo vio pensar: «¿Qué demonios estás diciendo? ¿Cómo te crees que conseguí sentar a Milosevic a la mesa?». Eso pensaba ella también. Holbrooke encajó el golpe rápidamente.

—Me refiero a que tenemos que decidir qué vamos a decir y cómo lo vamos a decir —explicó.

Pero el presidente desprendía ahora frialdad; Hillary lo notó. El propósito del encuentro, forjar un vínculo entre ambos hombres, había fracasado.

La opinión pública, deslumbrada por los discursos de la campaña de Obama, por su encantadora guasa en los programas televisivos de Ellen y Oprah, jamás vio al presidente al que estaba conociendo su equipo, ese hombre que entraba con paso enérgico en la Sala de Crisis, se sentaba y decía: «Empecemos». No perdía el tiempo en saludos ni en cháchara[27]. Para Holbrooke, era lo opuesto a Bill Clinton: disciplinado como el jefe de una empresa, cómodo dando órdenes, impaciente, a veces frío. Obama mostraba la actitud distante de un introvertido que no fingía afecto, no más de lo que te mentiría diciéndote que había leído tu libro. Su noción de integridad se basaba en el rechazo a dar palmaditas en la espalda. Se reservaba ese cariño para los pocos que en verdad lo concitaban: su familia, sus viejos amigos. La distancia que mantenía hacia sus asesores le otorgaba un poder que Clinton nunca tuvo. Aun así, Holbrooke deseaba que se le escapara una sonrisa o una carcajada de vez en cuando.

Obama se enfrentaba a dos atolladeros extranjeros y una catástrofe económica. Se había convertido ya en una figura histórica, un príncipe demócrata, el JFK de una nueva generación. Holbrooke había trabajado para todos los presidentes demócratas desde Kennedy. Ardía en deseos de ganarse la confianza de este.

Obama tenía que tomar una decisión inmediata en respuesta a la petición del ejército de diecisiete mil soldados de combate adicionales y cuatro mil instructores en Afganistán, necesarios para evitar el caos en el sur y proporcionar seguridad para las elecciones afganas de agosto. Holbrooke creía que el presidente debía aprobar el envío de tropas, no solo por la deteriorada situación en Afganistán, sino por motivos políticos de interés para Estados Unidos. Durante la campaña, Obama había prometido trasladar los esfuerzos de Irak a Afganistán, y había declarado: «Esta es una guerra que tenemos que ganar»[28]. Holbrooke creía también que el ejército estaba intentando presionar al nuevo presidente con cifras engañosas y una decisión precipitada.

David Petraeus, comandante del Mando Central, era el general estadounidense más famoso y poderoso desde Vietnam. Tenía cincuenta y tantos, era un fanático del gimnasio, delgado y ligeramente encorvado a raíz de un disparo accidental que había recibido en el pecho durante unas maniobras y que estuvo a punto de ser mortal. La fijación esculpía su cara y lo privaba de todo sentido del humor. Tenía un doctorado en Princeton: su tesis se titulaba «El ejército estadounidense y las elecciones de Vietnam». Era un genio de las relaciones con la prensa, respondía a los correos electrónicos de los periodistas en cuestión de minutos. Hacía que las artes militares parecieran intelectualmente excitantes, como una extensión de las ciencias sociales. Estaba convencido de que la contrainsurgencia podía imponerse si el ejército iba en consonancia con las presiones políticas.

En el invierno de 2009, Petraeus regresó tras dieciocho meses en Irak, en los cuales había aplicado de un modo brillante las ideas de su tesis y del Manual de Campo de Contrainsurgencia del Ejército que había revisado él mismo. Su estrategia de proteger a la población y de alcanzar pactos con antiguos enemigos ayudó a sacar a Irak de la desintegración y redujo de forma radical la violencia. Era el primer giro esperanzador desde el comienzo de la contienda. Este vuelco vino a desafiar las predicciones desalentadoras de

demócratas como Obama y Clinton. Los republicanos le extendieron a Petraeus un cheque en blanco, y la contrainsurgencia se convirtió en una fe armada. Obama necesitaría una gran dosis de valentía política para hacer frente a Petraeus.

Una noche de enero, Hillary Clinton invitó a Holbrooke y a Petraeus, que no se conocían, a su mansión de ladrillo visto cerca de Embassy Row. Se sentaron junto a la chimenea y estuvieron dos horas hablando de Afganistán, pese a que Petraeus no dejaba de cambiar al tema de Irak, que dominaba su pensamiento tanto como Vietnam el de Holbrooke. Petraeus era tan competitivo como Wes Clark, pero tenía mucha más astucia y autocontrol. A Holbrooke le pareció que le daba mil vueltas: era determinado y hábil esquivando preguntas difíciles. Cuando Holbrooke le preguntó por sus objetivos, Petraeus le respondió con vaguedad que quería impedir que Al Qaeda tuviese un refugio en Afganistán, respuesta que se quedaba bastante corta. Se entendieron bien, gracias al tacto con que medió Clinton, pero más tarde Petraeus empezó a referirse a Holbrooke como «mi compinche diplomático», cosa que molestaba a este. Daba a entender cómo veía Petraeus la relación entre soldados y civiles. «Su trabajo tendría que ser lanzar bombas cuando yo se lo ordene», decía Holbrooke a sus asistentes[29]. Pero el ejército llevaba ganando esa batalla mucho tiempo; toda su carrera.

Holbrooke no dejaba de pensar en 1965. Ese fue el año en que Johnson, tras salir elegido, aumentó el número de soldados en Vietnam de los veintitrés mil a los ciento ochenta y cuatro mil. Los paralelismos con el Obama de 2009 eran asombrosos. Holbrooke hizo fotocopias y repartió las páginas de *Counsel to the President* que trataban sobre las conversaciones de Clifford con Johnson aquel mes de julio. No quería que Obama se dejará empujar por Petraeus y por el ejército a esa misma escalada de violencia ciega. Pero a sus colegas aquellos extractos de su propia prosa camuflada les parecieron llenos de autobombo y pocos se molestaron en leer las páginas.

«Creo que la historia, con todas sus incertidumbres, se escribirá en los próximos meses», anotó en su diario[30].

El 13 de febrero, Holbrooke estaba en Kabul en mitad de su primer viaje a la región desde el nombramiento. En la Sala de Crisis, el presidente y sus asesores se habían reunido para tomar una decisión definitiva respecto a las

tropas. Hillary Clinton estaba dando un discurso en la Asia Society y había pedido a Holbrooke si podía sustituirla. Holbrooke se sentó en una habitación oscura de la embajada de Estados Unidos, conectado por un canal seguro de videoconferencia a la Casa Blanca. Era más de medianoche en Kabul, y estaba cansado. Cuando Obama le cedió la palabra, empezó a leer las notas que había tomado en un cuaderno de rayas.

—Permítanme que me pronuncie en nombre de la secretaria Clinton, y siguiendo sus instrucciones directas, a favor de la segunda opción. —Esta opción consistía en mandar diecisiete mil soldados de combate en un solo despliegue, en lugar de dividirlos en dos remesas—. Lo hacemos con reticencia, y conscientes de las dificultades que entraña cualquier despliegue de tropas. Se trata de una decisión complicada, en particular en un momento en que Afganistán se enfrenta a una crisis política y constitucional en torno a sus propias elecciones que dificulta todavía más su decisión. Dado que es su primera decisión de mandar tropas al extranjero y de ordenar su entrada en combate, a diferencia de Irak, esta decisión se enmarca en la despiadada confluencia entre táctica, política e historia[31].

—Pero ¿quién habla así? —murmuró Obama.

Parecía en verdad perplejo. Todos los que estaban sentados a la mesa de la Sala de Crisis lo oyeron, menos Holbrooke, que a once mil kilómetros de distancia siguió hablando.

—Es extraño en muchos aspectos mandar más soldados estadounidenses a un escenario político tan potencialmente caótico. Si enviamos más tropas, ahondamos sin duda en nuestro compromiso, sin garantía alguna de éxito. Y la sombra de Vietnam se cierne sobre nosotros.

—Richard, ¿qué haces? —lo interrumpió Obama—. ¿Estás leyendo algo?

Holbrooke, en pantalla, explicó que la secretaria había querido asegurarse de que el presidente recibiera su postura de manera precisa, y continuó:

—Pero si no mandamos más tropas, las posibilidades tanto de un caos político como de un éxito talibán se incrementan.

—¿Qué estás leyendo? —insistió Obama.

Holbrooke se detuvo para explicarse de nuevo. Se las apañó para terminar con el resto de notas, que podrían haberse resumido en un par de líneas. Pero había perdido al presidente. No sabía qué había hecho mal, solo que Obama parecía enojado y lo ignoró el resto de la reunión.

Era el peor encontronazo que tenía con un presidente desde que Jimmy Carter lo había abroncado en Corea del Sur en 1979 por la retirada de tropas. Se arrepintió de haber leído sus notas en voz alta. Lo había hecho para no divagar, pero la cosa había sonado como un discurso o un primer borrador de sus memorias. A algunos de los más jóvenes, sentados con la espalda apoyada en la pared, les pareció fascinante escuchar a aquel viejo león hablar de confluencias despiadadas, pero nadie quería que le hablasen de esa manera, y cuando Obama expresó su irritación la única conclusión que cabía sacar era que Holbrooke ya no gozaba del favor del nuevo presidente; lo que significaba que nadie tenía que preocuparse de él. Tras la reunión, Obama le dijo a Jones que solo toleraría a Holbrooke en la Sala de Crisis si era escueto en sus intervenciones, y que quería estar en su presencia lo menos posible.

Un par de meses más tarde, después de una reunión en el Despacho Oval entre los presidentes Obama, Karzai y Zardari —orquestada con gran esfuerzo por parte del equipo del SRAP—, Holbrooke estaba haciendo tiempo para dar las gracias al presidente cuando este le pidió que hablasen a solas. Se llevó a Holbrooke al pasillo y le dijo lo mucho que lo valoraba, y a continuación añadió:

—No me gustan las filtraciones de ninguna clase, y tú has cometido algunas. Son una interferencia[32].

Donilon y McDonough se habían quejado a Obama de filtraciones por parte de Holbrooke. Él empezó a defenderse.

—No quiero oír tu respuesta —dijo Obama.

—Señor presidente, debo responder, dado que me ha hecho una grave acusación que no es cierta. Si pierde la confianza en mí, no puedo trabajar de manera eficaz.

—Confío en ti —dijo Obama, y se alejó, dejando a Holbrooke temblando tras de sí.

No se lo explicó a Kati: se habría enfadado tanto que se lo habría contado a alguien y la historia se habría sabido. En lugar de eso, volcó su amargura en Donilon, que le dijo que no se preocupase: el presidente le había hecho lo mismo a él, y también a otros. A veces, Obama le clavaba a Donilon el dedo en el pecho mientras lo culpaba de algo[33]. Pero lo cierto era que Obama sentía antipatía por Holbrooke, casi una repulsión física que le generaba frialdad. En una recepción en la Casa Blanca, durante la visita de Karzai y

Zardari, a Holbrooke se le estaba yendo tanto la mano con la lisonja —«Señor presidente, ha sido un discurso brillante»— que el lenguaje corporal de Obama transmitía un franco desprecio.

Y sin embargo, Holbrooke salía de la mayor parte de los encuentros con Obama con la misma sensación que tuviera en Chicago: «Ha ido bien». Mientras abandonaban la Casa Blanca, le decía a Jake Sullivan, el asistente de Clinton: «Jake, ha ido genial», y Sullivan, que había visto a sus colegas alzar los ojos con exasperación, tenía que sacar a ese hombre mucho mayor que él del error: «No, nos queda mucho trabajo por hacer, no estaban en absoluto convencidos».

Sullivan, de Minnesota, tenía treinta y pocos. Era sincero, eficiente, y uno de los pocos colaboradores de Hillary que gozaba de popularidad en la Casa Blanca, lo que le exigía dedicar un montón de tiempo a reparar los daños provocados por Holbrooke. Obama le recordaba a sus profesores de derecho de Yale: quería una presentación lógica y lineal de los argumentos. Esa era también la forma de pensar de Sullivan, pero por otra parte era uno de esos funcionarios jóvenes que admiraban a Holbrooke. En su imaginación, era como un diplomático llegado de un país extranjero —el pasado—, convencido de que hablaba con elocuencia cuando apenas dominaba el idioma local.

Sullivan era uno de los muchos protegidos de Les Gelb desperdigados por todo el archipiélago de la Seguridad Nacional. Las historias sobre Obama y Holbrooke llegaron hasta él, y Gelb trató de ayudar a su amigo.

—Deja de besarle el culo. —Gelb era el único que le hablaba así a Holbrooke.

—No le estoy besando el culo. Si dice algo realmente inteligente, ¿por qué no puedo elogiarlo?

—Dick, déjalo, no lo hagas. Sé que Obama no lo soporta.

—¿Quién te la dicho?

—La gente que estaba en la reunión. No te diré quién me lo ha contado, pero no te lo comentaría si no lo supiese de buena tinta. Déjalo.

Holbrooke no sabía a qué se refería. Él esperaba convertirse en uno de los principales asesores del presidente. Le pidió a Donilon que organizase una reunión con Obama, pero Donilon se negó airadamente: el CSN no funcionaba así. Una noche de marzo, ya tarde, llamó a Ben Rhodes, el

redactor de discursos de política exterior del presidente, que estaba en casa tras terminar un discurso sobre Afganistán que Obama pronunciaría al día siguiente.

—Ben, estoy aquí en el Café Milano con David Petraeus. Tenemos algunas correcciones a tu discurso. —Con el alboroto de un restaurante de negocios de Washington de fondo, Holbrooke le fue dictando las correcciones, que presentaban unos objetivos de mejora en la gobernancia afgana más ambiciosos—. ¿Las tendrás en cuenta?

—Sí, las tendré en cuenta casi todas, pero el presidente ya tiene el discurso, y no sé qué hará.

—Tienes que meter esas correcciones, son de David Petraeus y mías.

Rhodes era un antiguo aspirante a novelista que en su día habría estado encantado de recibir una llamada de Richard Holbrooke, pero intrusiones como esa —con Holbrooke dando por hecho que gozaba de una relación privilegiada con el presidente, como Harriman con Kennedy o Clifford con Johnson— estaban llevándolo a esa postura más ambigua que había adoptado su amigo Denis McDonough. Obama hizo caso omiso de la mayor parte de cambios propuestos por Holbrooke.

El gobierno se había vuelto más especializado, compartimentalizado, y eso le venía bien a Obama, que era un purista de los procesos ordenados: un tecnócrata disfrazado de visionario. Pero Holbrooke necesitaba el dramatismo de un lenguaje altisonante para que la obra cobrase vida. Quería que los informes semanales del SRAP para el presidente estuviesen escritos con frases dotadas de textura, y cuando sus asistentes optaban por la prosa burocrática los reprendía y obligaba a realizar múltiples revisiones. Obama, que también amaba la buena escritura, odiaba los informes de Holbrooke y le pedía a Donilon que los reescribiera antes para hacer comprensible lo que Holbrooke intentaba decir sin florituras ni zalamerías.

Puede que Holbrooke perdiera algo de agudeza en los años que estuvo fuera de servicio, con todas aquellas cenas en honor de algún rutilante nuevo amigo. Quizá parte del problema fuese haberse convertido en un personaje. Cuando volvió a la acción, no se detuvo a inspeccionar el terreno, a calibrar las alianzas y los enemigos, a hacer inventario de sus aptitudes y su capacidad. No vio lo empinado que sería el ascenso a esta última montaña. E incluso cuando al final aceptó que le caía mal al presidente («A Obama le

corre agua helada por las venas», le dijo a aquella mujer más joven que había sido su amante), no supo por qué ni qué hacer. No podía cambiar el personaje de una larga vida en la que había sido siempre su yo inmutable. Ni siquiera tuvo la lucidez de ajustar su táctica. De modo que empezó a sentir pánico, y el pánico solo lo condujo a empecinarse y agravar las cosas.

No puedo evitar pensar que la clave del asunto era Vietnam. Holbrooke lo sacaba a relucir sin cesar. No podía evitarlo. Iba repartiendo ejemplares de un libro que había reseñado hacía poco, *Lessons in Disaster*, sobre McGeorge Bundy y las decisiones fatalmente erróneas que condujeron al aumento de la violencia. Evocaba los meses críticos de 1965 de un modo tan portentoso que Obama le preguntó una vez: «¿Es así como hablaba la gente en el gobierno Johnson?». No era solo que Holbrooke estuviese convirtiéndose en un pelmazo de Vietnam, un veterano viejo y embotado que salía tambaleándose de la espesa jungla y agarraba a los desconocidos por la pechera y los obligaba escuchar su relato estremecedor. Obama no quería saber nada de Vietnam. Les dijo a sus jóvenes asistentes que eso no tenía ninguna relevancia, y ellos estuvieron de acuerdo: Vietnam era historia antigua. Obama tenía tres años cuando Clifford advirtió a Johnson de que no enviara tropas de tierra. A McDonough y Rhodes les quedaba todavía mucho para nacer.

Su reacción es comprensible. ¿Qué se suponía que tenía que hacer Obama con la analogía? No le decía cuántos soldados más podrían marcar la diferencia en la provincia de Helmand. Lo único que le decía era que la guerra podría destruir su presidencia. Era la nota aciaga en la Sala de Crisis. Convertía a Holbrooke en un sermoneador, condescendiente con los hombres menos experimentados, lo que para Obama era tan intolerable como la adulación. A él le gustaban los asesores jóvenes, inteligentes, ultraleales. No le interesaban las grandes personalidades competitivas.

La escisión entre ellos comenzaba con el carácter, se ensanchaba por la generación y terminaba por la perspectiva. Obama —medio keniata, criado en Indonesia, con amigos paquistaníes en la universidad— se veía a sí mismo como el primer presidente que entendía Estados Unidos de fuera hacia dentro. Comprendía las limitaciones del poder estadounidense y sabía que no todos los problemas tenían una solución estadounidense. La administración Bush, y

la de Clinton antes, habían sido víctimas de la *hibris* de una superpotencia en solitario. Luego llegó la guerra de Irak y el hundimiento económico, y el ajuste de cuentas nos exigió poner los pies en el suelo.

Obama no lo decía con esas palabras, pero su tarea consistía en gestionar nuestro declive, lo que suponía usar el poder con prudencia. Él encarnaba —con sus dedos largos y delgados que presionaban escépticamente la mejilla mientras escuchaba desde la cabecera de la mesa de la Sala de Crisis— la antítesis perfecta de esa grandiosidad ufana que creía que podíamos hacer cualquier cosa y del miedo cobarde a que nos llamasen débiles por no intentarlo. Mi teoría es que Obama no estaba pensando en el Puente Aéreo de Berlín, ni en Dayton, sino solo en los impulsos que habían hundido a Estados Unidos en Vietnam e Irak. El presidente y sus asistentes creían que esos eran también los impulsos de Holbrooke, cuando en realidad lo único que estaba diciendo este era: «Tenga cuidado. Podría pasarle a usted». Obama no quería oír eso; no podía, porque el orador no dejaba de distraerlo con una teatralidad y una rimbombancia dignas del propio Lindon B. Johnson.

Así que Obama se lo dijo a Jones, y Jones se lo dijo a Hillary Clinton, y esta se lo dijo Holbrooke: basta ya de Vietnam.

—No creen que tengan nada que aprender de Vietnam —le dijo Hillary.

—¡Van a cometer los mismos errores!

Holbrooke le confesó a Gelb que ni siquiera Clinton estaba interesada.

Intentó parar, pero era imposible. ¿Cómo no iba a perseguirle aquello? No había nada nuevo bajo el sol. De algún modo, después de medio siglo de excursión por las alturas de la grandeza estadounidense, habíamos regresado justo al mismo punto. Todas las preguntas que planteaba Afganistán ya las había planteado Vietnam. ¿Seríamos capaces de transformar su sociedad? Y si no, ¿podíamos ganar de igual modo la guerra? ¿Lo hacía nuestro mismo empeño menos probable? ¿Qué capacidad de influencia teníamos? ¿Debíamos deshacernos de su líder? ¿Podíamos salir de aquella situación recurriendo a argumentos?

> Es más que irónico que más de cuarenta años después estemos otra vez en Vietnam. Por supuesto, todo ha cambiado, y todo sigue igual. Y de algún modo, estoy de nuevo en medio, soy el único funcionario veterano que lo vivió de verdad. Llevaba años sin pensar demasiado en VN, pero ahora me vuelve a la cabeza a diario. Todo programa tiene su encarnación previa: la mayoría fracasadas. Pero también está ahí la diferencia del 11-S. El V Cong + norvietnamitas no suponían ninguna amenaza para Estados Unidos […]. Gates estará en la misma posición que McNamara, Biden hará de George Ball, y yo… Bueno, creo que tenemos que reconocer que no es posible un

éxito militar, + tenemos que buscar una negociación. Pero ¿con quién? Los talibanes no son Hanói, + su alianza con Al Qaeda impide cualquier pacto[34].

Esa era la paradoja: sabía por la experiencia de Vietnam que lo que estábamos haciendo en Afganistán no funcionaría, pero creía poder hacerlo de todos modos. Hablaba con Wiesner periódicamente, y con Gelb a diario, a veces varias veces durante la jornada. Ellos lo escuchaban, expresaban sus dudas y lo animaban a perseverar. Fueron hundiéndolo más y más en la paradoja porque, conociendo tanto a Holbrooke como Vietnam, ambos pensaban lo mismo: era imposible, pero tal vez lo lograra. Porque si no lo conseguía Holbrooke, ¿quién?

Y había algo más. Si Holbrooke aplicaba la auténtica lección de Vietnam —«No lo hagas»—, se quedaría sin su puesto. ¿Y entonces quién sería él?

Con el tiempo aprendió a guardarse lo de Vietnam para su equipo. Hizo que Rufus Phillips les hablase de Asuntos Rurales y Lionel Rosenblatt del CORDS. Un día, mientras asistía a la enésima reunión sobre Afganistán en la Casa Blanca, escuchando el enésimo informe militar optimista, emergió en su mente una cita del pasado profundo. La garabateó en un pedazo de papel y se lo llevó al despacho para enseñárselo a sus jóvenes asistentes, que por supuesto no tenían ni idea de dónde venía: «¿Cómo podemos perder, con lo sinceros que somos?».

V

Holbrooke creía que la guerra estaría perdida si Karzai permanecía en el Arg otros cinco años. Junto con las bajas civiles y su refugio en Pakistán, la corrupción del gobierno afgano era la mejor baza de los talibanes. Karzai creía que Afganistán era el campo de batalla de un nuevo Gran Juego, un expolio imperial de tierras y recursos con Estados Unidos y China como competidores estratégicos en lugar de los imperios ruso y británico del siglo XIX. Desquiciado, hablaba de irse a las montañas y unirse a sus «hermanos», los insurgentes. No dejaba de perder popularidad entre los afganos, incluidos sus paisanos pastunes, a medida que la promesa de 2002 se diluía en la creciente marea de sangre.

Una lección que aprendió Holbrooke en 1963 era que Estados Unidos no debía escoger a los líderes de otros países: no mediante golpes de Estado o magnicidios, al menos. Pero había otros mecanismos para quitar de en medio a Karzai. La principal prioridad de Holbrooke como SRAP consistía en evitar que saliera reelegido en agosto. No intentó ocultarlo; fue extraordinariamente indiscreto al respecto. De hecho, la indiscreción parecía ser su única táctica coherente a la hora de abordar la cuestión de Karzai.

Justo después de su nombramiento, Holbrooke le dijo a Zalmay Khalilzad, diplomático afganoestadounidense que había servido como embajador en Kabul durante los primeros años de Karzai y mantenía con él una relación bastante estrecha: «Voy a convertir su vida en un infierno». Khalilzad le advirtió que tuviese cuidado, que no dijera esas cosas, ¿y si no conseguía quitárselo de encima? El comentario debió de tentar y alarmar al mismo tiempo a Khalilzad, que estaba planteándose presentarse él mismo a la presidencia afgana, pero que por otra parte pensaba que no hay que apuntar a un rey a la cabeza si no estás totalmente decidido a apretar el gatillo.



Richard Holbrooke, Hamid Karzai y David Petraeus en Kabul. Cortesía de Morgan O’Brien.

Holbrooke se hallaba en lo cierto respecto a Karzai, pero carecía de una estrategia, y nadie en Washington tuvo la lucidez o el coraje de respaldarlo. Iba haciendo sobre la marcha, sin ninguna autoridad en legislación. Preveía que si paticipaban suficientes candidatos en la competición, sobre todo pastunes, aumentaría el voto anti-Karzai, le arrebatarían la mayoría y obligarían a una segunda vuelta en que la oposición se aglutinaría alrededor de un único candidato, que obtendría la victoria[35]. Se trataba de una teoría ilusoria que no se basaba en ningún análisis de los datos electorales y tampoco en la información privilegiada de contactos afganos, la mayoría de los cuales imaginaba que Karzai se impondría de inmediato porque contaba con el poder de la presidencia y no había nadie que pudiera derrotarlo.

Holbrooke animó a tantos políticos afganos a entrar en la contienda electoral que Ahmad Zia Massoud, vicepresidente primero, se lamentaba: «Debo de ser la única persona que queda en Kabul a la que Holbrooke no ha invitado a disputarle la presidencia a Karzai»[36]. Holbrooke sostenía que una carrera pública y competitiva sería positiva para la democracia afgana: Estados Unidos no tomaría partido, solo quería que las normas fuesen las mismas para todos. Pero los afganos creyeron ver que tras sus esfuerzos el omnipotente Estados Unidos pretendía que ganase otro en lugar de Karzai. Cada uno de los candidatos potenciales dio por hecho que recibiría apoyo

estadounidense, y se llevó una decepción cuando resultó no ser así. En una muestra de la feroz independencia afgana, hasta el último de ellos parecía creer que sería el mejor presidente de todos y que ganaría en caso de presentarse.

Las estratagemas de Holbrooke enfurecieron a Karzai, que sabía muy bien cómo sacar partido de la torpe intromisión de un extranjero en la política afgana.

La principal fuente de información que tenía Holbrooke sobre Karzai era el embajador británico, *sir* Sherard Cowper-Coles, que llevaba dos años en Kabul y veía al presidente afgano casi a diario. Para equipararse con los estadounidenses, el secretario de Asuntos Exteriores David Miliband estaba a punto de nombrar a Cowper-Coles el Holbrooke británico. En sus notas, Holbrooke se refería a él como «mi homólogo británico semineocolonial, inteligente + colaborador + astuto + no del todo de fiar»[37]. Disfrutaba burlándose de él por pertenecer al Brooks's, un club privado pijo de Picadilly, donde los sentaban siempre en la mejor mesa apartada, para evidente placer de Holbrooke.

Los británicos, que tenían miles de soldados combatiendo en el sudeste de Afganistán, creían que una estrategia militar sin una estrategia política —lanzarse de cabeza a otras elecciones, más soldados, más dinero, todo ello sin contar con un modo de mejorar la gobernancia en los distritos y de implicar a los países vecinos en una solución regional— conduciría al desastre. Holbrooke simpatizaba con esta postura. Cuando Cowper-Coles y él se reunieron con Clinton y Miliband en la inmensa oficina del secretario de Asuntos Exteriores, con vistas al Horse Guards Parade, Cowper-Coles empezó por describir la compleja personalidad de Karzai. Recomendaba una cuidadosa mezcla diaria de «respeto en público y amorosa firmeza en privado» como la mejor fórmula de manejar a Karzai[38]. Holbrooke había transgredido ya casi cada término de la propuesta.

—¿Es gay? —preguntó Hillary Clinton de repente.

—Señora secretaria, es bisexual —respondió Cowper-Coles sin dilación —. Está prendado de su ministro de Minas.

Cowper-Coles tenía un enfoque semineocolonial de lo que había de hacerse con Karzai durante el año electoral. En lugar de intentar librarse de él, había que despistarlo con un ascenso: otorgarle el título que había llevado

Zahir Shah, convertirlo en «el Padre de la Nación», ponerlo a presidir una *loya jirga* que buscase la reconciliación nacional con independencia de los resultados electorales. Tal vez no celebrar elecciones siquiera. Quizá esa fuese la manera de apelar a la noción de Karzai de su propio destino.

Nevaba con fuerza cuando Holbrooke aterrizó en Kabul una noche de febrero para su primer encuentro oficial con Karzai. Dos días antes, los talibanes habían perpetrado una serie de atentados sangrientos contra objetivos del gobierno por toda la capital, y todo el mundo andaba nervioso. Holbrooke durmió en la residencia de la embajada, en el barrio diplomático que cada año se parecía más a la Zona Verde de Bagdad, capas y más capas de muros antiexplosión y concertinas. Por la mañana, el responsable de la ONU en Kabul, Kai Eide, diplomático noruego, acudió a la embajada para desayunar. A Holbrooke no le interesaba Eide, y tampoco el embajador estadounidense, William Wood, apodado Químico Bill, por su entusiasmo a la hora de fumigar con pesticidas los cultivos de amapolas; una práctica que a Holbrooke le parecía por completo contraproducente y abogaba por eliminar. Holbrooke estaba presionando para quitar de en medio a Wood, y había encontrado ya a un sustituto: Karl Eikenberry, aquel general al que Holbrooke había contrariado e impresionado en Kabul en 2006. Pero sobre Eide no tenía ningún control.

Tan pronto se sentaron en la sala de estar de Wood, Holbrooke le espetó a Eide[39]:

—¿Cuándo termina tu contrato? —Una pregunta en el mejor de los casos grosera.

—Acabo de renovar por un año.

Holbrooke encajó la respuesta.

—Tengo entendido que eres viejo amigo de Peter Galbraith.

Eide y Galbraith se habían conocido en Zágreb durante la guerra de los Balcanes, donde Eide le había presentado a una trabajadora noruega de la ONU que se convertiría en su esposa. Holbrooke quería a Galbraith como segundo de Eide en Kabul, para que pudiera ser su hombre allí. A Eide no le parecía que Galbraith pudiera ser un buen número dos —y tampoco se lo parecía al propio Galbraith, que se veía más como número uno—, pero saltaba a la vista que Holbrooke tenía mano con el jefe de Eide, el secretario general Ban Ki-moon.

A continuación, Holbrooke sacó el asunto de Karzai. Todo el mundo estaba de acuerdo en que no debía continuar, según dijo, pero nadie sabía quién debía reemplazarlo ni cómo hacerlo.

—¿Quién sería el mejor candidato?

Preguntó sobre Hanif Atmar, que era ministro de Interior y el miembro más impresionante del gabinete de Karzai.

—Lo voy a llamar.

—No lo hagas— dijo Eide—. Karzai se enterará de inmediato.

Pero al día siguiente, Holbrooke se citó con Atmar, un antiguo comunista que había perdido una pierna combatiendo contra los muyahidines en los años ochenta. Atmar declinó educadamente la invitación a la deslealtad. Para cuando Holbrooke fue a ver al presidente, Karzai sabía ya lo que andaba tramando.

Se reunieron el 14 de febrero en el pequeño despacho lleno de libros de Karzai, en la segunda planta del Arg. Hacía un año que no se veían, y en todo ese tiempo la hostilidad mutua había ido creciendo.

—Soy un amigo de los Estados Unidos —dijo Karzai—, pero un amigo enfadado, un amigo que se siente herido[40].

Holbrooke dejó caer la propuesta británica, solo que la presentó como «Miliband y Cowper-Coles quieren deshacerse de usted»[41]. Karzai, que se creía algunas de las descabelladas teorías conspiranoicas sobre complots británicos en Afganistán, le dijo más tarde a Cowper-Coles que no se fiaba de Holbrooke. Ya sabía él quién lo quería fuera. Como poco, era indiscreto por parte de Holbrooke, puede que incluso traicionero, poner a su homólogo británico a los pies de los caballos de esa manera, pero Cowper-Coles no se lo tuvo en cuenta mucho tiempo. Estaba algo prendado de Holbrooke, en el sentido diplomático, y se pasó el resto de ese año y el siguiente persiguiéndolo alrededor del mundo, de encuentro en encuentro, intentando captar su errática atención durante treinta segundos para arreglar Afganistán juntos y, por lo general, siendo ignorado.

Cuando Holbrooke se marchó de Kabul, Karzai convocó a Eide a palacio.

—Va a por ti y va a por mí —le dijo Karzai.

Los reformistas que se contaban entre los asesores de Karzai querían que el presidente se hiciese a un lado. Creían que una campaña de sutil persuasión

cuidadosamente orquestada por parte de Holbrooke, otros diplomáticos y actores afganos clave podría ir sacando a Karzai del Arg e introduciéndolo en el rol de la figura paternal que había conducido a Afganistán a un futuro mejor. Y todos ellos contemplaron las tentativas de Holbrooke con consternación creciente. Cuanto hacía parecía reforzar el control del presidente.

En el mundo endogámico de la política afgana, los detalles de las visitas de Holbrooke —acudía a Kabul cada seis u ocho semanas y no ponía ningún cuidado a la hora de hablar por móviles inseguros— circulaban por toda la capital: que su tono y su postura transmitían agresividad, pero ¡si hasta enseñaba las plantas de los pies!; que le había dicho a Karzai que despidiera a su medio hermano, Ahmed Wali Karzai, el principal traficante de influencias de Kandahar, un hombre metido hasta el cuello en corruptelas y narcotráfico al tiempo que cobraba un sueldo de la CIA[42]… Sin embargo, los reformistas explicaron a Holbrooke que la familia de Karzai llevaba cientos de años controlando Kandahar. Las bases del presidente estaban allí. ¿Cómo iba a deshacerse de su hermano?

Los afganos conocían el historial de Holbrooke en los Balcanes. Le advirtieron que Afganistán era distinto. Intimidar, amenazar y hacerse el gallito —que era la impresión general que había de cómo había conseguido éxito Holbrooke con Milosevic— no funcionaría allí. Si ponías a un afgano contra las cuerdas, no le dejabas más opción que pelear. Había un sinfín de proverbios al respecto, como: «Un afgano jamás irá contigo al cielo por la fuerza, pero por amistad irá contigo hasta el infierno». Rina Amiri, la afganoestadounidense que tenía Holbrooke en su equipo, le dijo: «Los afganos somos capaces de autodestruirnos antes de renunciar a nuestro orgullo y nuestro honor. Eso es lo que tiene que comprender de nosotros. Es nuestra fortaleza y nuestra tragedia».

Lo que consiguió la campaña anti-Karzai de Holbrooke fue ofender las sensibilidades afganas e impulsar el apoyo pastún al presidente. Algunos políticos afganos consideraban que si Karzai ganaba en agosto sería en parte culpa de Holbrooke. En primavera, este comprendió que no lograría excluir a Karzai de la carrera por la presidencia. Se sentó en el césped del complejo de la embajada con Dexter Filkins del *New York Times* y, *off the record*, admitió su derrota.

«El problema de todo este follón es Karzai. Su gobierno es tan corrupto que vamos a perder si no conseguimos cambiarlo. Lleva demasiado tiempo en el poder y eso es lo que pasa. Cuando entré en el cargo, el primer punto de mi agenda era asegurarme de que no se presentaba a la reelección. No funcionó, mis intentos fracasaron. Me esforcé, hablé incluso con el presidente. No me escuchó con atención, entre las distracciones inevitables de un nuevo gobierno. No hay nadie que esté al día, nadie que conozca el contexto, todos los puestos están vacantes. Pero yo sí estoy al día».

Buscó otras vías al margen de la política por las que conseguir implicar a los civiles; por las que, en el lenguaje de su juventud, impulsar «la otra guerra». Apretó a los miembros de equipo a fin de que propusieran planes para la agricultura, para una reforma penitenciaria, para la sanidad y la educación, para combatir el narcotráfico, para emprender una guerra de información, etcétera. El gobierno Obama estaba incrementando la partida tanto en Afganistán como en Pakistán en miles de millones de dólares, y Holbrooke controlaba todos los contratos, lo que originaba en su despacho enormes cuellos de botella. Quería que los funcionarios de cooperación trabajaran sobre el terreno, codo con codo con los afganos, como en Asuntos Rurales con Rufus Phillips, en lugar de limitarse a realizar propuestas y enviar telegramas desde la Zona Verde. Rompió en pedazos algunos de los contratos, y rescribió otros para desviar el dinero a las administraciones locales y a los lugareños, en lugar de a las empresas estadounidenses. «La construcción de la nación» era una expresión tan horrible para Obama como para Bush, pero eso es lo que era, incluso en términos del enésimo eufemismo: «esfuerzo civil-militar plenamente integrado».

Holbrooke había hecho todo eso en Vietnam, y había fracasado. Pero aun así se entregó a aquel antiguo rol de zar pacificador de Komer con una energía que recordaba a veces el pánico de un animal que trata de escapar de una trampa. En la primera mitad de 2009 —siempre obligado a pedir la aprobación de la Casa Blanca para sus viajes y a agenciarse un C-20 del Pentágono—, voló a Islamabad cinco veces, a Kabul, cuatro, y otras trece a distintas capitales del mundo, de Riad a Tokio. El viaje mensual de ida y vuelta a los confines del mundo, los centenares de reuniones en la Casa Blanca, las carreras de fin de semana hasta Nueva York: se quejaba sin cesar

de agotamiento. Llegaba siempre tarde y se marchaba pronto, pendiente a todas horas del teléfono o de su BlackBerry, leyendo la prensa mientras alguien le daba el parte, saliendo de las reuniones para coger una llamada que siempre parecía provenir de «la secretaria», aun cuando sus asistentes sospechaban que era Kati. Nadie se libraba de su desatención: ni los miembros del gabinete, ni Petraeus siquiera, que empezó a pensar que Holbrooke padecía un trastorno de déficit de atención. Leía el periódico en la Sala de Crisis, y respondía al teléfono en el despacho de Hillary. «Tienes que dejar el teléfono», le dijo ella con aspereza; estaba prohibido entrar dispositivos electrónicos en el despacho de la secretaria. Solo Obama, que no la quería, contaba con la plena atención de Holbrooke.

No había perdido su apetito inmenso por los detalles, su necesidad de entenderlo todo desde los fundamentos. Viajó hasta la provincia de Helmand, el corazón de la insurgencia y el tráfico de opio, donde interrogó al gobernador sobre las exportaciones de trigo y le preguntó si habría un modo de animar a los agricultores a plantar granadas en lugar de amapolas[43]. Hurgó muy a fondo en el tema de los almacenes refrigerados de Vardak. Sus colegas en la Sala de Crisis no podían entender por qué no dejaba de dar la lata con la agricultura afgana. El secretario de Defensa, Robert Gates, originario de Kansas, se mofaba de sus conocimientos instantáneos. Otros pensaban que la insolubilidad de la guerra lo hacía ir de idea en idea en un estado maníaco. Pero todo en Afganistán —incluido el próximo debate en la Casa Blanca sobre las tropas y la estrategia, incluida la posibilidad de un acuerdo político— estaba en suspenso hasta las elecciones. De modo que las manos de Holbrooke buscaron otra cosa que hacer con su energía, y encontraron las granadas.

Karl Eikenberry, la elección de Holbrooke como embajador, era un hombre torpe y rígido con los rangos y las normas —se había pasado la vida en el ejército—, pero también era una mente sutil y poco ortodoxa. No solo conocía Afganistán por sus misiones allí, sino que se preocupaba por la gente —lo reconocían por las calles de Kabul, a menudo visitaba los pueblos y paseaba por los mercados, incluso había donado sangre junto con su esposa tras un atentado suicida—, y eso los afganos lo apreciaban. Una vez terminó hablando de Osama bin Laden con un mecánico de Kabul: «Puede que algún

día cojan a Bin Laden —le dijo el mecánico—, pero recuerde, en Afganistán hay un centenar de Bin Ladens, y están todos en el gobierno».

Eikenberry veía problemas que los estadounidenses medioplacistas tal vez habían creído solucionables, pero que él sabía que estaban firmemente arraigados: la baja moral y el alto desgaste del ejército afgano, la corrupción crónica y la incapacidad del gobierno, y la traición de Pakistán, que permitía a los talibanes resistir todo lo que la OTAN lanzaba contra ellos. Como general, había llegado a creer que la única esperanza era hacer a los afganos dueños del combate. Y en cuanto general retirado, no tenía igual a la hora de estar capacitado para valorar con escepticismo la estrategia militar estadounidense.

Cuando Eikenberry llegó a Washington para su ratificación, en abril de 2009, fue a tomar una cerveza con Petraeus en el hotel Four Seasons.

—Karl, el problema más gordo que tendrás como embajador no será Hamid Karzai —le dijo Petraeus—. Será Richard Holbrooke.

Eikenberry soltó una risa incómoda.

—¿Qué significa eso?

—Acuérdate de mis palabras.

Le llevó unos meses comprender lo que Petraeus quería decir.

A finales de julio, Holbrooke y Eikenberry almorzaron con Karzai en el Arg[44]. El encuentro no tuvo nada de la intimidad mafiosa y distendida de las comidas en el palacio de Milosevic. Una docena de estadounidenses se sentaron frente a Karzai y su gabinete a una larga mesa en la sala de banquetes de la primera planta, donde unos soldados habían asesinado al presidente Daoud Khan y a su familia durante el golpe comunista de 1978. Karzai, con chaqueta azul y una túnica blanca abotonada hasta el cuello, actuaba de un modo nervioso y teatral, y la constante presión submarina de la voz de Holbrooke lo ponía aún más nervioso.

Karzai temía que gran parte de su electorado pastún no tuviera posibilidad de votar: los talibanes amenazaban con cortar a los votantes los dedos manchados de tinta, y había cientos de centros electorales en zonas demasiado remotas o violentas para funcionar.

—Me preocupa que más del veinte por ciento de los pastunes no puedan ejercer el voto —empezó a decir.

Atmar, ministro de Interior, anunció que la cifra de votos pastunes perdidos podría llegar al 30 o el 40 por ciento.

—¡Más del treinta o el cuarenta por ciento! ¡Es peor de lo que pensaba! —exclamó Karzai con fingida sorpresa, como si fuera la primera vez que tenía noticia.

En realidad, antes del almuerzo le había dicho a Atmar que la cifra del 20 por ciento que este había proporcionado previamente a los estadounidenses era demasiado baja.

Holbrooke lo miró sin inmutarse de lado a lado de la mesa.

—Dado que sus pronósticos electorales son más altos que los de ningún otro, ¿qué piensa hacer al respecto?

Atmar propuso mandar tropas adicionales a las zonas de alto riesgo y pedirles a los paquistaníes que comunicaran a sus contactos talibanes que no perturbaran las elecciones.

—No podemos contar con ello —dijo Karzai con tono pesimista.

—No puede encontrarse por sorpresa el 20 de agosto con que ochocientos centros no pueden abrir —dijo Eikenberry—. Tiene que abordar el tema ahora. La verdad es lo mejor; explicar al pueblo afgano la verdad, que en algunos lugares no podremos llevar a cabo las elecciones como estaba planeado y que necesitamos la ayuda de nuestros amigos paquistaníes.

—Yo empecé mi carrera en Vietnam —intervino Holbrooke—, y allí se celebraron elecciones durante la guerra, pero fueron una farsa. Estas son reales. A usted le preocupan una serie particular de problemas, que son los efectos sobre el pueblo pastún.

—Y el panorama que dejarán las elecciones, las repercusiones en Al Qaeda y los talibanes. Hemos hecho un análisis. —Karzai se dirigió a su jefe de Inteligencia, Saleh, que afirmó que una inhabilitación a gran escala del voto permitiría a los talibanes reclamar la iniciativa política y el apoyo del pueblo—. Por descontado, eso es lo principal —dijo Karzai—. Reclamarán el control del pueblo.

—Y el territorio —añadió Saleh.

—Y el territorio.

Los ojos de Karzai iban de aquí para allá en torno a la mesa mientras los músculos de su mandíbula se afanaban con la comida. Hablaba como el rey de una obra de teatro, revolviéndose contra una conjura para destronarlo. Holbrooke sabía que esa representación era una vía para impugnar los

resultados si no le convenían. Y podía justificar también un fraude electoral, el seguro de Karzai frente a un complot occidental para librarse de él.

—Las fuerzas internacionales han expulsado a los talibanes de Helmand en las últimas semanas —terció Holbrooke, cambiando de tema—, pero no se ha hecho en ningún momento un esfuerzo por introducir las estructuras administrativas de su gobierno.

—¿Se ha hecho de manera coordinada con nuestro gobierno?

—Creo que tiene aquí un problema enorme —persistió Holbrooke—. Sabemos que si el ejército se abre paso en distritos nuevos podrá imponerse militarmente, pero la gente quiere saber por qué no hay un seguimiento gubernamental. Sabemos que es difícil llevar gente, pero le rogamos al gobierno, porque para esto no hace falta esperar a las elecciones, que se siente con la OTAN y con la embajada para definir una acción administrativa rápida con que llevar a los distritos sanidad, colegios y, sobre todo, justicia. Es lo más urgente.

Karzai asintió en silencio. El almuerzo terminó poco después. Era ese cliente poco de fiar cuya misma debilidad resulta una fortaleza frente a su rico y poderoso patrón. Estados Unidos tenía los F-16 y los ingenieros agrónomos, pero Karzai tenía la ventaja, y quería seguir teniéndola cinco años más.

A medida que se acercaba el 20 de agosto, una atmósfera de crisis se apoderó de Kabul. Rina Amiri instó a Holbrooke a no pisar Afganistán durante las elecciones. Lo mismo hicieron Eikenberry y Cowper-Coles[45]. Los ánimos estarían muy caldeados, y podría decir algo que desencadenara una explosión. Pero Holbrooke no pensaba perdérselo.

El día de las elecciones fue el más violento en quince años. El miedo y la desilusión hicieron caer la participación a poco más del 30 por ciento, muy por debajo de las elecciones anteriores; en algunos distritos, hasta un 5 o un 10 por ciento, y apenas hubo una sola mujer que se atreviese a salir. El fraude electoral fue realmente histórico, a escala industrial.

Holbrooke se paseó por los centros electorales e hizo unas declaraciones inusitadamente insulsas en que se mostraba satisfecho con el proceso democrático afgano. A la mañana siguiente, visitó a Ashraf Ghani, uno de los candidatos destacados, en su casa al oeste de Kabul. Ghani le enumeró un sinfín de casos de urnas atiborradas con fajos enteros de papeletas con la

opción premarcada de Karzai. A continuación, Holbrooke fue con Eikenberry, Amiri y Barney Rubin al blindadísimo complejo de vigilancia de la ONU, conocido como el Palacio 7, justo a las puertas de la Zona Verde. Kai Eide estaba allí con Peter Galbraith. Holbrooke dijo que no podían permitir que Karzai proclamara su victoria. Amiri creía incluso posible que Abdullah Abdullah, el principal rival de Karzai, hubiese ganado la primera vuelta. Teniendo en cuenta las dimensiones del fraude, afirmó Holbrooke, la comunidad internacional debía insistir en que se celebrara una segunda vuelta.

—Dick, no le digas eso a Karzai —le pidió Eide—. Tienes que entender que en su cabeza tú quieres librarte de él.

Holbrooke había dado por perdido a Eide, al que veía como el último defensor extranjero de un régimen indefendible.

—Ahora tengo buenas relaciones con Karzai —dijo Holbrooke—. Lo puedo manejar.

De vuelta en la embajada, poco antes del mediodía, Holbrooke mantuvo una conferencia telefónica con sus colegas SRAP: a estas alturas, treinta países habían nombrado ya a sus propios Holbrookes. El mundo podía aceptar que se robaran votos en Afganistán, les dijo, «pero este fraude tiene unas dimensiones completamente inaceptables». Karzai estaba ya declarando la victoria; el resto de candidatos, impugnando los resultados. Holbrooke recalcó que había insistido a Eide en la necesidad de una segunda vuelta.

Holbrooke hablaba desde su teléfono móvil, a través de una línea abierta. Los servicios de inteligencia de varios países, incluido Afganistán, estaban a la escucha. Las noticias de la llamada le llegaron a Karzai en cuestión de minutos. Y lo que le llegó fue que Holbrooke andaba conspirando con otros extranjeros para robarle la victoria. Karzai estaba convencido de que los estadounidenses pretendían manipular las urnas. Cuando Holbrooke apareció en el Arg a las 12.30, el presidente estaba ya furioso.

Se sentaron a almorzar en aquella misma sala de banquetes envuelta en la sombra del homicidio; esta vez el grupo era más reducido, cuatro o cinco personas a cada lado de la mesa[46]. Holbrooke no percibió el ánimo crispado de Karzai. Cuando llevaban media hora comiendo, le dijo:

—Señor presidente, ¿le puedo hacer una pregunta complicada? Si según la Comisión Electoral Independiente nadie llegara al cincuenta por ciento, ¿aceptaría usted una segunda vuelta?

Eikenberry y el viceembajador, Frank Ricciardone, ahogaron un grito. Holbrooke estaba desafiando a Karzai delante de su propia gente y llamándolo mentiroso.

—Por supuesto —respondió Karzai, aún más tirante, pese a que estaba ya tenso como un arco—. Pero ¿a qué viene esa pregunta? Nadie cree que vaya a haber segunda vuelta, nadie. ¿Quién iba a pensarlo?

Holbrooke le dijo que era una pregunta hipotética.

—Sé lo que está haciendo —dijo Karzai.

—¿Insinúa que estamos presionando para conseguir un resultado concreto? Porque no es así —añadió Holbrooke—. Hemos sabido que ha habido un fraude masivo.

—¿Dónde ha oído eso?

—Toda la ciudad habla de ello.

—¿Con quién habla usted?

—He visto a Ashraf Ghani esta mañana.

—¡Así pues habla usted en nombre de Ghani!

Se hizo un silencio. Karzai prosiguió:

—Usted, señor, es un invitado en nuestro país y puede retirarse —le dijo, agarrando la mesa—. Gracias por venir, señor Holbrooke.

Holbrooke se quedó sentado. No quería marcharse de esa manera.

—Gracias por invitarme.

—Gracias por venir.

—Gracias por invitarme.

Karzai y Holbrooke se miraron a los ojos. Otro silencio insoportable, casi un minuto entero. Entonces Karzai se levantó y recorrió la mesa estrechando manos. Aún no habían servido la fruta y el té.

Holbrooke sabía que había cometido un grave error. En la embajada intentó ocultarles a Amiri y Rubin el alcance del estropicio, pero su cara hablaba por sí sola. Amiri estaba furiosa:

—¡Eso era justo lo que me daba miedo! ¡La ha fastidiado por completo!

—Lo arreglaré —dijo él.

Holbrooke no quería que las noticias llegasen a Washington. Canceló los telegramas de la embajada y mandó los periodistas a Ricciardone para que les hiciese un relato edulcorado del almuerzo. Ricciardone era un diplomático veterano que había servido como embajador en varios países, el más reciente

Egipto. Holbrooke lo había convencido de ir a Kabul como «viceembajador» de Eikenberry, un título con más vuelo que el habitual jefe adjunto de la misión, y uno que no se empleaba, le contó Holbrooke, desde 1965, cuando William Porter ejerció de segundo de Henry Cabot Lodge. Ricciardone tenía la sensación de que Holbrooke estaba recreando a conciencia la antigua embajada de Saigón e intentando que la historia terminara ahora de un modo distinto. Holbrooke le recordaba al Reggie Jackson de finales de su carrera: uno aún disfrutaba viéndolo, aún podía esperar un *home run*, de vez en cuando conectaba una bola larga, pero lo más habitual era que terminase eliminado. Holbrooke había provocado a Karzai sin necesidad y sin tener claro su próximo movimiento.

—No le puedo dar la vuelta a esto —le dijo Ricciardone.

En lugar de mentir a la prensa, se negó a conceder entrevistas. Pronto la Casa Blanca se enteró de lo ocurrido.

Esa noche, Eikenberry regresó al Arg para enmendar los daños, y al cabo de una hora Karzai se calmó. Pero ya era demasiado tarde.

Hicieron falta otros dos meses para que el desastre electoral se consumara. En la misión de la ONU, Eide trató de minimizar el fraude, pero Galbraith filtró los detalles a la prensa: era tan inmenso que en Kandahar el número de papeletas contadas a favor de Karzai era quince veces el de votos emitidos. Con la comunidad internacional al parecer dispuesta a bendecir unas elecciones robadas, Galbraith ideó un plan para deshacerse de Karzai, haciendo que Biden convenciera a Obama de reunir apoyos entre los aliados para designar un presidente afgano interino en espera de unas nuevas elecciones que podrían celebrarse en la primavera de 2010. El proyecto tenía toda la pinta de un golpe maquinado por Estados Unidos que justificaba las teorías conspiranoicas más descabelladas de Karzai. Eide despidió a Galbraith por insubordinación. Holbrooke, que se había resignado ya a una reelección de Karzai, no tuvo nada que ver con la trama de Galbraith, pero dado que había sido él quien lo había llevado a Kabul, aquello lo salpicó todavía más.

El recuento final dejó a Karzai a unas cuantas décimas de punto por debajo del 50 por ciento. Por lo que respectaba a los diplomáticos, aquel era el peor resultado posible: unas elecciones amañadas y sin vencedor. Karzai, que sentía que las potencias extranjeras habían conspirado para impedirle una victoria clara, se resistía a una segunda vuelta que con mucha probabilidad

ganaría. Holbrooke se ausentó de Kabul, y el senador John Kerry ocupó su lugar. Con una paciencia y un tacto que Holbrooke no había tenido, Kerry intentó convencer a Karzai de que reconociera que no había ganado la primera vuelta y de que, a continuación, en lugar de convocar una segunda que seguramente resultaría un fraude y un derramamiento de sangre aún mayores, nombrara a Abdullah jefe ejecutivo. Karzai cedió a lo primero, pero se negó a compartir el poder. Una semana antes de la segunda vuelta, convocada el 7 de noviembre, Abdullah se retiró, alegando que unas elecciones justas eran imposibles. A finales de noviembre, Karzai fue investido para un segundo mandato en al Arg. Pero lo habían humillado, y jamás lo olvidaría.

A Afganistán y Estados Unidos les cayeron encima cinco años más con él: años que a buen seguro serían inestables, tal vez catastróficos. Holbrooke intentó enmendar las cosas: «Dile a tu presidente que lo quiero», le rogó a Saleh, jefe de Inteligencia. Cuando Zalmay Rassul, el ministro de Asuntos Exteriores, llamó a Amiri tras la investidura para decirle que el presidente estaba dispuesto a colaborar con su jefe, Holbrooke se puso pletórico. «¡Eso es formidable! Pónmelo en un correo electrónico para que se lo pueda enseñar a la secretaria de Estado. Lo mandaremos a la séptima planta». Pero Karzai percibía la vulnerabilidad de Holbrooke en Washington, y obró para sacar provecho de ella, enfrentándolo con estadounidenses más flexibles, como Gates y Clinton, que veían a Karzai débil e intrigante, pero no corrupto, y creían que con apoyo podrían hacerlo cambiar.

Holbrooke era ahora persona *non grata* en Kabul. Karzai le pidió a Eikenberry que lo mantuviese al margen, y este estuvo encantado de acatarlo. Los viajes de Holbrooke fueron espaciándose. Y Obama no hizo nada por respaldar a nuestro hombre en Af-Pak.

VI

La amenaza mayor le llegó por la retaguardia. La postura de la Casa Blanca era que Holbrooke, que le había pasado una pistola por la cara a Karzai y no había apretado el gatillo, había actuado por su cuenta y luego había arruinado las elecciones. Y otros peligros se fraguaban. En septiembre, apareció un artículo sobre él en el *New Yorker*[47]. No particularmente beneficioso, dado que el autor no comprendió la posición tan arriesgada que mantenía Holbrooke tanto en Washington como en Kabul. El artículo iba demasiado en la línea de la imagen que tenía Holbrooke de sí mismo, lo que acarreó a su protagonista un problema de primer orden, pues venía a confirmar todos los pensamientos oscuros del círculo más cercano a Obama acerca de Holbrooke y su autobombo descarado. Durante la fase de verificación de datos, empezó a percibir un fuerte descontento desde la Casa Blanca. Solo un miembro del gobierno Obama tenía permitida esa clase de prensa. En el último momento rehusó posar para un retrato. Alegó que había creído que el artículo sería sobre Af-Pak, no sobre él, aun cuando había intermediado para que entrevistasen también a viejos amigos suyos. Sus apetitos eran siempre más poderosos que sus miedos.

El presidente les preguntó a sus asesores: «¿Quién va a ir a hablar con Holbrooke?». El encargo fue a parar a Denis McDonough. Todo presidente necesita un incondicional a quien no le preocupe lo que los demás piensen de él siempre y cuando cuente con el respaldo del jefe, lo que bendice sus acciones por encima de la moralidad normal y corriente. McDonough era aún alumno de la Escuela de Relaciones Internacionales de Georgetown mientras Holbrooke estaba negociando la paz en Bosnia, pero convocó a Holbrooke a la Casa Blanca y lo sometió a una reprimenda acusadora[48]. Ganarse la confianza del presidente es un logro inestimable, sin importar lo que te falte por hacer, y un poder desmesurado se te sube directo a la cabeza.

Pero ahora también Eikenberry estaba harto de Holbrooke. El SRAP seguía invadiendo cada mes la embajada de Kabul como el rey Lear con sus cien caballeros montados. El número de funcionarios civiles estadounidenses en Afganistán estaba disparándose de unos cientos a un millar, la cifra más

elevada que había en ningún país, y apenas quedaba espacio disponible en el complejo, pero aun así el séquito de Holbrooke debía ser acomodado, alimentado y recibido. Una vez en que el número tres de Eikenberry, un embajador llamado Jim Keith —había cinco embajadores en la embajada— le dijo a Holbrooke que cierta petición era imposible, este le respondió: «Bueno, Jim, ¿cuál será tu próximo destino?». Insistió incluso en cambiar la disposición de las mesas en el despacho de la embajada. Llamaba a Eikenberry en mitad de cenas oficiales y a cualquier hora de la noche en Kabul; llamadas que se alargaban más de una hora, y en las que Holbrooke hacía del embajador el receptor de cualquiera que fuera su preocupación en ese momento mientras Eikenberry sostenía el móvil lejos de la oreja y terminaba excusándose para volver con sus invitados o dormir un rato.

Este trato atentaba contra el sentido del orden de Eikenberry, y todavía más contra su orgullo. Empezó a llamar a Holbrooke «el rey Sol». Retrasaba las acreditaciones para los miembros del equipo de Holbrooke, limitaba la comitiva a seis miembros y restringía sus viajes por el interior del país. Ashley Bommer, que era ahora la jefa de comunicación de Holbrooke, tuvo por un tiempo vetada la entrada en Afganistán por abandonar la embajada sin permiso para reunirse con los afganos. Rina Amiri tenía decenas de contactos por todo Kabul —su familia estaba emparentada por matrimonio con la de Karzai—, pero Eikenberry la obligaba a trabajar a través de su división política, lo que significaba que no podía hablar con personas importantes que le contaban a ella cosas que escondían a otros estadounidenses. Amiri decidió que el gobierno de Estados Unidos superaba a los afganos en estrechez de miras. Y mientras, había estadounidenses muriendo en las montañas y en el campo.

Tras las elecciones, Holbrooke le dijo a Eikenberry que la Casa Blanca quería que el embajador le presentara a Karzai una lista de cinco objetivos para su segundo mandato, petición que hizo sospechar a Eikenberry.

—Dick, ¿quién te ha dado estas instrucciones en la Casa Blanca?

—¿Me estás diciendo que no me crees?

—No, pero ¿quién te las ha dado?

—¿Me estás llamando mentiroso?

—Lo que estoy diciendo es que saldré del despacho de Karzai y en menos de un minuto correrá la voz por todo Kabul de que estamos intentando

controlar su segundo mandato, cosa que él usará magníficamente contra nosotros. Tenemos que recibirlo por escrito, en un telegrama.

—Serás hijo de puta, no confías en mí.

Eikenberry terminó por decirle a Ricciardone que no lo soportaba más: las amenazas, las mentiras, los insultos al personal de la embajada. Era él, o Holbrooke. Trasladó sus quejas a su íntimo amigo en la Casa Blanca, Doug Lute: «Cuéntaselo a Jones —le dijo Lute—. Él va para allá. Yo no puedo despedir a Richard Holbrooke, cuéntaselo a Jones». Un trío de generales, con diez estrellas en total, amigos de la misma exclusiva hermandad, todos agraviados por Holbrooke. Se propusieron librarse de él.

«Ninguno de nosotros logra entender qué hacéis aquí —le dijo una vez Amrullah Saleh a Eikenberry mientras cenaban—. Karzai cree que es por motivos que aún no le habéis dicho». Geopolítica, recursos, puede que difundir el cristianismo. Ninguno de ellos tenía lógica para Saleh. «Pero ¿cómo es que vosotros no lo sabéis? Deberíais tenerlo más claro». Aquella confusión en el pensamiento estadounidense ofendía la mente aguda del joven jefe de Inteligencia afgano. Después de ocho años, todavía estábamos intentando explicarnos la guerra a nosotros mismos.

En el otoño de 2009, Obama tuvo que hacer frente a otra decisión acerca de las tropas. Su nuevo comandante en Afganistán, el general Stanley McChrystal —con el apoyo de Petraeus en el Mando Central y del presidente Mullen en el Pentágono—, le pedía cuarenta mil soldados además de los veintiún mil anteriores, lo que sumaría un total de más de cien mil. McChrystal llevaba en Afganistán desde junio, viajando por el país, conociendo el estado de la guerra, y había llegado a una conclusión: sin un incremento de tropas, Afganistán caería en una «espiral de muerte». La petición de McChrystal se había filtrado, y Obama y sus asesores se sentían de nuevo acorralados por los militares.

Un periodista le pidió a Gelb, que había conocido a McChrystal en el Consejo de Relaciones Internacionales, que lo describiera: «Pienso en cero grasa corporal», respondió[49]. McChrystal era un general intenso, hecho de la misma pasta que Petraeus: cuatro horas de sueño por noche, una comida al día, entrenamientos bestiales con audiolibros en los auriculares. Por recomendación de Holbrooke, escuchó *Vietnam: A History*, de Stanley

Karnow, mientras corría sus vueltas alrededor de la base de la OTAN en Kabul a primera hora de la mañana. McChrystal era más ingenuo políticamente que Petraeus, y ni mucho menos tan astuto con la publicidad. Había en él un impulso de mejora y determinación, combinado con una dedicación letal para encontrar y matar a miembros de Al Qaeda cuando dirigía operaciones especiales en Irak. Su credo en Afganistán era que no hubiese bajas civiles, y por medio de sus arduos esfuerzos la cifra descendió. McChrystal era el mejor del ejército. Karzai lo adoraba e intentó utilizarlo en contra de Eikenberry y Holbrooke.

En diez semanas a lo largo del otoño de 2009, entre innumerables reuniones con los comités de altos funcionarios y subsecretarios, Obama presidió no menos de nueve sesiones del Consejo de Seguridad Nacional, de dos o tres horas cada vez. En su diario, Holbrooke se refirió una vez a la Sala de Crisis como «una sala que, para mí, simboliza el problema; una estancia subterránea y sin ventanas donde la distancia entre el conocimiento real y la gente se hace más grande que nunca: personas de muy alto rango que saben muy poco toman decisiones grandiosas (o no tanto), o puede incluso que ninguna (como tan a menudo en la época de Clinton)»[50]. Lute había llevado a cabo una revisión de la estrategia en Afganistán en los últimos meses del gobierno Bush, y se había aplicado otra durante las primeras semanas de Obama en el cargo, pero aquí estábamos de nuevo, esta vez con una revisión maratoniana: un claro síntoma de una guerra turbulenta, como las numerosas misiones de investigación que mandó Kennedy a Vietnam del Sur, o la reorganización constante de la pacificación de Johnson.

El debate chocaba con las contradicciones fundamentales de la guerra. Obama las conocía mejor que nadie. Daban vueltas y vueltas en la Sala de Crisis mientras iban pasando las semanas y Obama, conciso y abogacil, escuchaba y formulaba preguntas difíciles.

Empecemos.

¿Por qué estamos en Afganistán?

Porque Al Qaeda nos lanzó un ataque desde Afganistán. Nuestro objetivo es evitar que haya otro, y en último término destruir Al Qaeda.

Pero Al Qaeda está en Pakistán.

Si los talibanes se hacen de nuevo con el poder en Afganistán, Al Qaeda podría recuperar el refugio que tiene allí.

Pero Al Qaeda ya tiene un refugio al oeste de Pakistán, por no mencionar Somalia, Yemen y el Sahel. ¿Qué necesidad hay de cien mil soldados y una campaña de contrainsurgencia en Afganistán para perseguir a un centenar de miembros de Al Qaeda que están en las zonas tribales de Pakistán?

Pakistán, en teoría nuestro aliado, está en realidad prestando apoyo a nuestros enemigos. Los paquistaníes no defenderán a los soldados estadounidenses que se hallan en su territorio. Lo único que podemos hacer es lanzar operaciones encubiertas, recopilar datos de inteligencia, atacar con drones a los militantes de las zonas tribales, algunos de los cuales están atentando contra objetivos paquistaníes, aun cuando sea muy impopular.

¿Qué sabemos realmente de los talibanes? ¿Estamos seguros de que permitirían a Al Qaeda volver a Afganistán?

No, pero se niegan a repudiar a Al Qaeda.

¿Por qué no hacemos lo que pide Biden —drones, varios miles de efectivos de las Fuerzas Especiales y espías que vayan tras los malos irredentos—, una campaña contraterrorista?

Eso es lo que llevamos intentando desde 2001, y no ha funcionado. Solo la contrainsurgencia le dará al gobierno afgano un respiro en el que ganarse el apoyo de la gente y reunir fuerzas hasta que pueda defenderse por sí mismo.

Pero la contrainsurgencia clásica precisa de cientos de miles de soldados.

Entonces nos limitaremos a proteger los núcleos de población y las redes de transporte clave —la táctica de la «mancha de aceite»— hasta que el ejército afgano crezca y mejore.

¿Y si el enemigo sigue creciendo y mejorando?

Puede que haga falta enviar más tropas en un año o dos.

¿Y si nuestra presencia lo hace crecer y mejorar?

Empezaremos a traspasar competencias al gobierno afgano dentro de dos o tres años.

¿Y si Karzai quiere que nos quedemos allí por los jugosos contratos y las brigadas de combate mientras su gobierno continúa abusando de la gente? La contrainsurgencia solo puede triunfar con un socio fiable, y las elecciones han perjudicado mucho la legitimidad de Karzai. ¿Y si el gobierno afgano no tiene la capacidad o la voluntad de ganarse el apoyo del pueblo?

No tenemos respuesta para eso.

¿Y si el ejército paquistaní no cambia nunca de estrategia?

No tenemos respuesta para eso.

Holbrooke se sentaba en un extremo de la mesa, al lado de Petraeus y sus cuatro estrellas, y tomaba notas. Entre sus notas había exclamaciones privadas[51]. Cuando McChrystal mostró una diapositiva en que su definición del objetivo estadounidense pasaba de ser «derrotar a los talibanes» a «la insurgencia encabezada por los talibanes no plantea ya una amenaza existencial para el gobierno de Afganistán» sin modificar el número de soldados, Holbrooke anotó: «¡Uau! Las palabras se pueden usar para que signifiquen lo que nos dé la gana». Rice propuso emprender programas de cooperación conjuntos de Estados Unidos y China en Pakistán: «DISPARATES». Gates sostenía que la ayuda civil a Pakistán podría provocar una reacción en contra de Estados Unidos: «¡ESTO ES UN DISPARATE!». Biden decía que los intereses de Pakistán eran los mismos que los de Estados Unidos: «¿CÓMO?».

Se guardaba ese escepticismo cáustico para sí. Ya no daba discursos ni leía de sus notas. No hacía tantos cumplidos al presidente. Hablaba muy poco, y cuando lo hacía, era sobre temas que formaban parte de su trabajo, pero resultaban secundarios en el debate principal: la agricultura y la corrupción policial. Defendía la acometida civil: el plan del Departamento de Estado para reclutar a más de un millar de expertos estadounidenses y desplegarlos en las ciudades y los distritos afganos. La acometida civil otorgaba a Holbrooke un puesto a la mesa y credibilidad frente a los generales, que estaban siempre lamentándose de que el impulso civil fuese a la zaga. De modo que en la Casa Blanca se cuidaba de decir lo que pensaba en realidad, pero ya en el despacho, cuando su asesor en cooperación, Sepideh Keyvanshad (que no creía en el cuanto más, mejor en el caso de Afganistán) le preguntó: «¿Para qué vamos a mandar a toda esa gente? No va a servir de nada», Holbrooke le espetó: «¿Te crees que no lo sé?».

En las reuniones sobre Bosnia, Holbrooke había dicho siempre lo que pensaba: no dudaba en contradecir a su jefe, Warren Christopher, ni siquiera al presidente Clinton, cuando creía que se equivocaban. Ahora, después de 47 años de carrera, se había vuelto más precavido[52]. No sentía que respecto al presidente Obama tuviera una posición que le permitiera alzarse en contra de los militares, y mucho menos en contra del famoso general que se sentaba justo a su izquierda. No contaba con apoyos en la sala más allá de Hillary

Clinton, y dado que estaba herido, y que la necesitaba a vida o muerte, no permitía que pasara entre ellos ni un atisbo de luz ni una pizca de aire. Y ella estaba del lado de los generales y de Gates, su colega más cercano en el gobierno.

En consecuencia, casi nadie sabía qué pensaba Holbrooke del incremento de tropas. No lo comentó ni con sus colegas ni con su equipo. En Kabul, cuando Eikenberry y Ricciardone expresaron su escepticismo ante la petición de McChrystal, la respuesta de Holbrooke fue deliberadamente ambigua: «Karl, va a ocurrir. —Cruzó dos dedos y dijo—: Hillary y yo vamos a estar así», y nunca le transmitió sus reservas a ella.

A principios de noviembre, a instancias de Biden, Jones y Lute, también escépticos, Eikenberry plasmó sus cinco años de experiencia en Afganistán en un par de telegramas altamente confidenciales. Ricciardone y él, con dos asistentes, empalmaron en la embajada, comiendo pizza y bebiendo cerveza, y crearon un poderoso alegato en contra del incremento de tropas: Karzai jamás sería un socio apropiado; enviar más soldados, al tiempo que se mejoraba la seguridad en lugares como Kandahar, tendría a largo plazo el efecto de intensificar la corrupción y la dependencia del gobierno afgano; era imposible que triunfara la contrainsurgencia mientras Pakistán proporcionara refugio a los talibanes. Los telegramas, que terminaron por filtrarse al *New York Times*, encendieron unos cuantos cartuchos de dinamita política bajo los planes de los generales y enfurecieron tanto a McChrystal, al que Eikenberry había tenido en la inopia, como a Petraeus, que creía que el embajador quería lucirse para pasar a la historia.

A Hillary Clinton aquellos telegramas le parecieron una traición en el seno de su departamento, y su relación con Eikenberry nunca se recuperó. No quería disentimientos. Cuando Holbrooke le contó que el general «Hoss». Cartwright, vicepresidente del Estado Mayor Conjunto, se había mostrado en desacuerdo con la petición de McChrystal, Clinton respondió: «Es intolerable»[53]. Siempre había sido una demócrata de la línea dura; «Te sorprendería lo conservadora que puede llegar a ser», le dijo una vez Holbrooke a Barney Rubin. A él le parecía complicada hasta extremos frustrantes: al mismo tiempo hermética y franca, reservada e indiscreta, carente de una inteligencia estratégica que atemperara su instinto político, que ahora le decía que negarse en tiempos de guerra a la petición de un

comandante de campo que más tarde culparía del fracaso a los civiles no parecía un buen movimiento en su carrera[54].

Lo cierto es que Holbrooke podría haber escrito casi palabra por palabra los telegramas de Eikenberry. Había escrito ya su propia versión un mes atrás.

Durante el puente del 12 de octubre que pasó en los Hamptons, una noche se quedó despierto hasta las cuatro de la madrugada escribiendo el borrador de un memorando de nueve páginas para Hillary. Lo rescribió varias veces los días siguientes, aún insatisfecho. Leerlo me retrotrae cuarenta años hasta el que escribiera para Johnson en el otoño de 1967, aquel en el que aludía a la campaña de Napoleón en Rusia. Posee la misma lucidez, la misma mirada límpida sobre una realidad complicada.

> Como usted, creo en las posibilidades de un liderazgo estadounidense, y no soy pesimista por naturaleza. Espero errar en mis juicios. En 1965, en el transcurso de una semana, Lyndon B. Johnson tuvo el mismo tipo de discusiones que estamos teniendo nosotros ahora, pero llegó a las conclusiones equivocadas. En 2002-2003, George W. Bush no consultó siquiera en ningún momento a su propio secretario de Estado antes de involucrarse en la guerra de Irak. Ahora es nuestro turno, y hay que reconocerle a Barack Obama que haya mantenido largos debates y que haya escuchado a todo el mundo antes de tomar decisiones. Pero han sido los militares los que han definido casi por completo los parámetros del debate, y no creo que se hayan analizado todas las implicaciones políticas, regionales y globales de las peticiones de McChrystal[55].

Holbrooke creía que la contrainsurgencia nunca triunfaría en Afganistán. Históricamente, había funcionado en las guerras coloniales, donde había requerido buena dosis de coacción: Filipinas, Malasia y el Marruecos francés, la cuna, explicó a Clinton, de la expresión «mancha de aceite», esa práctica de la que había oído hablar por primera vez en Bac Lieu, en 1963, y que McChrystal estaba reviviendo en sus reuniones del CSN. Solo funcionaba allí donde el enemigo no tuviese refugios transfronterizos. En Irak, la estrategia de contrainsurgencia de Petraeus se había apoyado en una evolución política muy concreta en las comunidades suníes y chiíes. La analogía que servía para Afganistán no era ninguna de esas, sino Vietnam, la guerra que había quedado vetada en el debate.

En lugar de proteger a la población afgana, cien mil soldados estadounidenses solo servirían para confirmar el relato talibán de un ejército de ocupación de infieles que estaba respaldando a un gobierno títere. Todo el mundo decía que era una guerra política, pero Holbrooke señaló que la

revisión de la estrategia había pasado por alto la política: el desastre de las elecciones, el cáncer de la corrupción, la ilegitimidad de Karzai… Los debates se habían centrado casi por entero en el número de soldados, pero ¿para ayudar a qué clase de gobierno íbamos a mandar decenas de miles de nuevos efectivos? «El gobierno actual no cuenta con suficiente legitimidad ni capacidad de llamamiento para motivar a cientos de miles de afganos a morir por él —escribió Holbrooke—. Si bien una proporción importante de la población afgana se siente poderosamente motivada para combatir a los talibanes, su principal motivación acostumbra ser étnica y tribal, y no ningún compromiso con los valores que se supone que representa el gobierno de Kabul».

Y luego estaba Pakistán. El CSN había mantenido un encuentro de tres horas en Pakistán el 7 de octubre, y se había acordado emplear todos nuestros medios para alejar al país de sus clientes militantes por medio de ayudas en cooperación y una coercitiva buena voluntad. Pero eso distaba mucho de ser una estrategia. El general Pasha, director de la ISI, se había manifestado en contra de la llegada de más soldados estadounidenses, lo que había empañado cualquier esperanza de contar con la cooperación paquistaní. «Es sencillamente imposible que podamos tener éxito sin la plena participación de Pakistán en nuestros esfuerzos», escribía.

Holbrooke no estaba diciendo que no hubiese que enviar más tropas, no en un memorando para Clinton, al menos. (A Gelb le confesó en privado que si dependiera de él habrían enviado solo cuatro mil quinientos asesores, pero a Hillary no podía decirle eso, ni siquiera con discreción). Una retirada estadounidense de Afganistán «desencadenaría un ciclo de acontecimientos incontrolables que podría dañar seriamente nuestros intereses más vitales». Se trataba una especie de teoría del dominó blanda: no era que los gobiernos vecinos fuesen a desmoronarse uno detrás de otro, pero toda la región que se extendía desde Oriente Medio a la India, con armas nucleares, incontables insurgencias y grupos yihadistas, quedaría desestabilizada. En lugar de una salida, Holbrooke buscaba una serie de medidas que nos permitieran quedarnos.

Los estadounidenses no querían oír hablar de estas cosas, ni tampoco Obama, pero en Afganistán teníamos que ser corredores de maratón. Por eso Holbrooke insistía en que sería nuestra guerra más larga. Un incremento de

tropas importante prometía demasiado, tanto a los estadounidenses como los afganos, y pronto se desarrollaría con consecuencias predecibles: con peticiones de más soldados todavía o con una salida rápida. Un número más modesto —Holbrooke lo fijó en entre veinte y veinticinco mil: una única brigada de combate, y el resto instructores y asesores para el ejército afgano — aplacaría tanto a los talibanes como a la opinión pública estadounidense, y daría margen de funcionamiento para una nueva estrategia política. «Y el tiempo, que es la materia prima que más falta nos hace para tener éxito, es lo que más escasea». Más tiempo: ese había sido también el hilo conductor del memorando de Napoleón en Rusia.

¿Cómo habría de ser la estrategia política? Esa parte no estaba clara; las soluciones para Afganistán nunca eran tan convincentes como las críticas. Holbrooke incluía un breve y vago párrafo sobre «reintegración y reconciliación», «la pieza más importante que falta en nuestra política». La reintegración suponía integrar a los desertores talibanes de perfil bajo. La reconciliación, conversar con los líderes talibanes. Era para investigar esto para lo que había contratado a Barney Rubin, y Rubin estaba descubriendo algunas pistas interesantes. Pero Clinton no quería saber nada de conversaciones de paz, ni los militares, ni tampoco la Casa Blanca. Hablar con el enemigo —la única vía para poner fin a la guerra— nunca se contempló en la revisión de la estrategia.

La mañana del 26 de octubre, Holbrooke se reunió con Clinton durante una hora en la gran sala de visitas de la secretaria, junto a su despacho privado de la séptima planta, cerca de la ventana con vistas al Lincoln Memorial. Esbozó su propuesta y le entregó dos páginas de puntos que debatir basados en el memorando. Ella echó un vistazo. «Aquí te has pasado», dijo de su idea de los veinte mil soldados[56]. A continuación, lo dejó para acudir a una reunión en el Despacho Oval con Gates, Obama y sus asesores de la Casa Blanca, en la que se mantuvo en su posición a favor de los cuarenta mil soldados de McChrystal. «Se puso del lado duro de Gates», le contó Donilon a Holbrooke, y añadió que Obama le había perdido el respeto a Clinton[57]. Necesitaba su ayuda para resistirse a los generales, pero los consejos de Hillary parecían guiados por la política.

Ni Holbrooke y ni su jefa le transmitieron nunca sus ideas al presidente ni al CSN. Holbrooke se las confió en privado a Donilon y Axelrod, esperando

que uno de ellos se las hiciera llegar a Obama, pero no sirvió de nada. A lo largo de las diez semanas de revisión de la estrategia en aquel otoño, Holbrooke jamás dijo lo que opinaba de verdad donde más importaba: en la Sala de Crisis. Hasta donde sus colegas sabían, Holbrooke apoyaba el aumento de tropas.

El 19 de noviembre, junto con ochocientos dignatarios del resto del mundo, presenció la farsa de la investidura de Karzai en Kabul, sentado al lado de Eikenberry en la tercera fila. Cuatro noches más tarde, el 23 de noviembre, el CSN mantuvo su última reunión a propósito de la petición de tropas.

—Nos hemos pasado casi un año esperando a que terminasen las elecciones afganas, y ha llegado el momento de seguir adelante —dijo Clinton—. Si no nos comprometemos con esto, sabemos qué ocurrirá. Será duro. Puede que no funcione. Habrá consecuencias a diario. Pero no puede ser a medio gas. Pongámonos a trabajar. —Golpeó con el puño la mesa de la Sala de Crisis—. Es por el interés de nuestro país. Debemos hacerlo[58].

Más tarde, a eso de las once de la noche, Holbrooke estaba al teléfono con Hillary cuando entró una llamada de la operadora de la Casa Blanca:

—El presidente de Estados Unidos desea hablar con el embajador Holbrooke[59].

Obama se puso al teléfono:

—Richard, al final no te di la palabra. ¿Qué opinas tú?

Holbrooke se sobrepuso a su sorpresa y le hizo saber al presidente que en su opinión todo dependía de Pakistán y de la instrucción del ejército afgano. Había estado tan callado que Obama no sabía lo que pensaba.

El 1 de diciembre, en un discurso frente a los cadetes de West Point, y profundamente consciente de que entre su público se incluían futuras bajas de guerra, el presidente anunció que pensaba enviar treinta y tres mil soldados más a Afganistán. En la misma frase añadió que las primeras retiradas comenzarían en el verano de 2011. McChrystal dispondría de dieciocho meses más para demostrar que la contrainsurgencia podía funcionar, y luego los afganos empezarían a asumir competencias. Obama podría haberlo llamado «afganización», solo que eso recordaría a la gente la «vietnamización». Iba a mandar a esos soldados a una misión respecto a la

que había mostrado un escepticismo permanente. Según un punto de vista menos caritativo, su objetivo consistía en hacer patente el fracaso y dejar Afganistán tras de sí.

Tras diez semanas de intenso debate, el presidente desconfiaba de sus generales y se mostraba distante con Mullen, su principal asesor militar. Algunos generales menospreciaban a los civiles, pero solo McChrystal era tan ingenuo para dejarlo entrever. Gates estaba molesto con los asesores de la Casa Blanca por repeler el intento de los militares de intimidar al presidente. El personal del CSN estaba embarcado en una guerra de filtraciones con el Pentágono y en una guerra encubierta con el SRAP. Obama estaba decepcionado con Clinton, y Clinton furiosa con la Casa Blanca. Eikenberry había ofendido a Clinton, McChrystal, Petraeus y Gates. Jones y su viceconsejero, Donilon, se odiaban mutuamente. La mayor parte del equipo de Jones creía que su jefe era un incompetente.

¿Y Holbrooke? Holbrooke tenía a Clinton, se aferraba a ella con todas sus fuerzas. Y a Mullen: su amistad sobrevivió al desacuerdo en torno a los cuarenta mil soldados de McChrystal gracias a las dos cosas que tenían en común: el amor por los musicales y la lealtad a Hillary. Pero eso era todo. A finales de 2009 estaba aislado casi por completo. Todo el mundo parecía darse cuenta menos él.

Con las elecciones afganas y la revisión de la estrategia ya fuera del horizonte, sus enemigos entraron a matar.

A finales de año, Jones puso a Lute y a su equipo a preparar un expediente sobre los pecados de Holbrooke: las repercusiones de la reelección de Karzai, los informes de Eikenberry sobre su conducta en Kabul, el artículo del *New Yorker*.

Una mañana de enero de 2010, Obama estaba recibiendo su habitual informe diario en el Despacho Oval cuando de repente preguntó:

—¿Hay alguien aquí que crea que Richard Holbrooke es útil para nuestra labor en la región?

Ni Biden, ni Jones, ni Donilon, ni Emanuel, ni John Brennan, el asesor de seguridad nacional interna, dijeron una palabra a favor de Holbrooke. Tras un silencio, Jones alzó la mano y preguntó si el presidente quería que relevara a Holbrooke de sus funciones.

—Sí, eso ayudaría —respondió Obama—. Asegúrate de decirle a Hillary que esto no significa que deba abandonar el Departamento de Estado si tiene otro puesto para él, pero es momento de hacer cambios.

Jones informó a Clinton de la decisión del presidente, y ella asintió y dijo que se encargaría. Pero enero dio paso a febrero sin que ocurriera nada. Cuando Jones llamó a Hillary para recordárselo, ella le dijo que le estaba costando encontrar otro puesto para Holbrooke. A principios de febrero, Jones fue a Kabul y se compadeció de Eikenberry. Holbrooke pronto estaría fuera, le dijo al embajador, y lo mismo le dijo a Kai Eide. Dos semanas después, Holbrooke irrumpió de nuevo en Kabul. Eikenberry se quejó a Jones y a Lute, y el 23 de febrero Jones le escribió una carta:

> Siento que hayas tenido que soportar una vez más un «tour de despedida»; te puedo asegurar que será el último, puesto que no cabe ya ninguna duda en cuanto a las intenciones de nuestro jefe, y tiene que hacerse público claramente[60].

La carta se mandó como un telegrama sin clasificar por valija diplomática, y no como una comunicación privada, lo que supuso que decenas de personas de todo el Departamento de Estado recibieran una copia. Holbrooke recibió la suya el 16 de marzo, pero no captó el significado hasta que Ricciardone, que también la había recibido, lo alertó por correo electrónico de «una canallada más […] que hace una referencia anónima pero inconfundible y negativa a ti […]. Obviamente, es probable que se filtre y nos traiga descrédito a todos. Lo lamento mucho, por todos nosotros»[61]. Ricciardone llevaba casi un año al lado de Eikenberry y había sido testigo del despotismo de Holbrooke —en una ocasión había recibido una bronca delante mismo de un periodista—, de modo que lo que sentía por la situación de Holbrooke no era tanto indignación como tristeza.

A Holbrooke la carta de Jones le pareció el cañón humeante de una conspiración con centro en la embajada de Kabul, y la traición le dolió. Eikenberry y Ricciardone habían conseguido sus cargos gracias a él. No entendía por qué se habían vuelto en su contra.

Dos días después, Jones le pidió a Holbrooke que fuese a verlo por la tarde a las cinco. Se sentaron juntos en el espacioso despacho esquinero del asesor de seguridad, donde en 1993 Holbrooke había discutido sobre Bosnia almorzando con Tony Lake. Jones empezó con un poco de cháchara, pero bajo su encanto Semper Fi y su aparente veracidad, Holbrooke percibía algo

peligroso: el rechazo de un viejo y recio marine a dar un paso atrás si al final solo pudiera quedar uno de los dos.

—El SRAP no funciona —dijo Jones, yendo al grano—. El presidente ha tomado una decisión. Le dijo a Hillary que hiciese esto en enero, pero ella no lo hizo. Ahora lo hago yo. Hillary tiene que realizar una transición. Eres libre de irte y escribir un libro sobre lo estúpidos que somos todos. —Jones añadió que Obama quería despedirlo honorablemente, con distinciones.

A Holbrooke se le fue el color de la cara.

—Bueno, es la única manera de terminar mi carrera.

Dedicó varios minutos a repasar su largo historial de logros y el terrible legado que supondría que lo despidiesen de esa manera. Al final, Jones lo cortó.

—Richard, esto no va de ti, esto va del país y del presidente. Todos servimos según sus deseos. Yo me iré dentro de un par de años.

Holbrooke le dijo a Jones que ni siquiera tenía idea de lo que hacía el SRAP.

—¿A qué te refieres con «transición»?

—Eso es cosa de Hillary.

—¿Entonces me estás despidiendo?

—Ah, no. Ella tiene que llevar a cabo una transición.

—¿Transición a qué?

—Eso depende de ella y de ti.

Holbrooke intentó tranquilizarse mientras Jones comunicaba los cargos. El representante especial del presidente era casi persona *non grata* en toda la región Af-Pak. Los indios no querían que visitase Delhi, el general Kayani no quería cenar con él en Islamabad, Karzai y Eikenberry no querían ni verlo en Kabul.

—Hemos hecho un barrido de trescientos sesenta grados —le dijo Jones —. Nadie es capaz de entenderse contigo.

Biden había dicho una vez justo lo mismo cuando Gelb visitó la Casa Blanca: «¿Qué cojones vas a hacer con tu amigo Holbrooke? Es un grano en el culo, nadie lo soporta. Yo no lo aguanto». Gelb le replicó que Holbrooke era lo mejorcísimo que tenían. Biden no le había contradicho: era solo que todo el mundo lo odiaba.

—¿Nadie? —le preguntó Holbrooke a Jones—. ¿Qué me dices de Mullen?

—Es una excepción aislada.

—¿Gates?

—Prefiero no hacer comentarios.

—¿Petraeus?

—Prefiero no hacer comentarios.

—¿McChrystal?

—Prefiero no hacer comentarios.

—¿Donilon?

—No revelaré lo que ha dicho.

Aquello duró cuarenta y cinco minutos. Al terminar, por alguna razón, se despidieron con un apretón de manos.

—Cuando haya hablado con Hillary, quiero ver al presidente —dijo Holbrooke.

—Se lo diré.

Holbrooke se acercó a la puerta de al lado, al cuarto de las escobas que ocupaba el viceconsejero de Seguridad Nacional, pero Donilon no estaba. Salió del edificio.

Se referían a la Casa Blanca como si fuese una persona colectiva —«La Casa Blanca piensa», «la Casa Blanca no está contenta»—, igual que lo de «el palacio» otorgaba a cualquier cortesano la autoridad del rey. El ala oeste era el laberinto de túneles y madrigueras más anodino desde el que un imperio había tratado de imponer su voluntad en el mundo, pero los comisarios de aquel edificio, todos ufanos por su proximidad al poder, convertían a las personas más veteranas del Departamento de Estado en peones. McGeorge Bundy, fuera quien fuese su viceconsejero, si es que tuvo uno, nunca le habría hecho eso a Averell Harriman.

En la West Executive Avenue, las limusinas negras aguardaban a sus pasajeros más importantes. Pero él había acudido a pie, y se encaminó a la verja. El final de la tarde era cálido y despejado. El sol de marzo empezaba a ponerse tras el edificio Eisenhower. No estoy seguro de que hubiera estado nunca tan solo.

Pero no podía estar solo, así que giró sobre sus talones, volvió dentro y recorrió el angosto pasillo que conducía al despacho de David Axelrod, puerta

con puerta con el comedor privado del presidente. Holbrooke no sabía ya si Donilon era su amigo, pero creía que Axelrod tal vez lo fuera, y esperaba que en cierto momento pudiese conseguirle una cita con el presidente. Salían a cenar cada pocos meses, y a Axelrod le gustaba aquella teatralidad, el anhelo de Holbrooke de política e historia, aunque la adulación lo incomodaba. Gelb le había advertido de que Axelrod no era su amigo: no tenía ningún amigo en la Casa Blanca. A la Casa Blanca no le caía bien.

El joven asistente de Axelrod, Eric Lesser, le dijo que Axelrod no estaba. Holbrooke se sentó en la angosta oficina y esperó. Cuando Axelrod regresó, Holbrooke le contó lo que había hecho Jones. Intentó arrogarse el patrimonio de la moral —aquello perjudicaría al gobierno y al esfuerzo bélico—, pero no pudo evitar añadir: «Jones no sabe con quién está tratando». A Axelrod todo aquello lo pilló desprevenido. Dijo que lo llamaría por la mañana.

Al salir, Holbrooke volvió a pasar por el despacho de Donilon, pero este seguía fuera.

Llamó a sus asistentes más cercanas —Ashley Bommer y Rosemarie Pauli, su jefa de gabinete, las cuales llevaban años trabajando para él—, y les pidió que fuesen a verlo a su casa de la Calle N, donde nadie más del equipo se enterara de que estaban a punto de despedirlo. Era una casa que apenas pisaba: no había nada en la nevera a excepción de, tal vez, un pedazo de queso mohoso y un cartón de leche caducada. Lejos de Kati, había vuelto a sus costumbres de soltero, cenaba en casa de Strobe, o con Samantha y su marido en el Café Milano, o comida basura sentado al escritorio, y se quedaba en el despacho hasta medianoche, o iba al cine en Georgetown con su amigo Husein Haqqani, el embajador paquistaní, y llamaba a sus asistentes a cualquier hora del fin de semana para que le acercasen un cargador para la BlackBerry o encontraran su pasaporte.

—¿Lo sabe Hillary? —le preguntó Bommer.

—Están en Rusia —respondió Holbrooke.

—Vamos a llamar a Jake. Están siempre despiertos.

Eran las dos de la madrugada en Moscú. Sullivan esperó a que Hillary se despertara para contárselo. Los métodos de Jones la enfadaron y divirtieron al mismo tiempo. Le dijo a Holbrooke que no hiciese nada hasta que ella volviera.

Esa misma noche, llamó Donilon. Dijo que Jones era «un idiota» —siempre estaba haciendo cosas así—, lo que tenía que hacer Holbrooke era ignorarlo[62]. Donilon negó haberle dicho nada malo a Jones, pero lo dijo poco convencido y Holbrooke no le creyó, aun deseando hacerlo, en particular cuando Donilon le preguntó cuánto tiempo pensaba quedarse en el puesto. Lo cierto era que Donilon también estaba harto de Holbrooke. A veces le decía a Sullivan que no podía seguir cubriéndolo, no estaba en buena forma, ya no era el Holbrooke de los tiempos de Bosnia.

Solo Clinton podía salvarlo, y estaba decidida a hacerlo, porque era leal, necesitaba a Holbrooke y ese ataque iba dirigido a ella también.

Bommer y Sullivan recopilaron una serie de puntos que tratar sobre los logros del SRAP, una réplica al dossier de fechorías de Lute, para que la secretaria de Estado se lo entregase a Obama. Clinton le dijo a Holbrooke que no hablara con más gente y que dejase el tema en sus manos. «Esto va a ser muy complicado», declaró ella, antes de encaminarse a la Casa Blanca la mañana del 26 de marzo.

Obama le explicó a Clinton que no tenía nada personal en contra de Holbrooke, pero que era una interferencia: el mismo término que le había dicho a la cara en su día[63]. Tras concluir la revisión de la estrategia, tanto Eikenberry como McChrystal le habían dicho al presidente que Holbrooke no solo causaba problemas, sino que ya ni siquiera era de utilidad en Afganistán.

—Así pues —le preguntó Obama—, ¿por qué eres tan reticente a hacer un cambio?

El problema no era Holbrooke, explicó Clinton, sino la hipersensibilidad de Eikenberry y la hostilidad de Jones. Le hizo saber todo lo que Holbrooke y su equipo estaban haciendo. El presidente podía despedirlo, pero sería con la objeción de su secretaria de Estado.

—De acuerdo, dejemos pasar tres meses más y veamos en qué punto está —dijo Obama.

Clinton y Holbrooke decidieron no informar a nadie de aquella inminente ejecución y su prórroga. Nunca se lo contó a su equipo, ni siquiera a Kati.

> De todos modos, tengo la corazonada de que no sucederá. Y si sucede, estoy plenamente preparado. Tengo mis amigos, mi vida, y sé que he hecho un buen trabajo, aun albergando dudas sobre la estrategia, dudas que he expresado. (Y no terminaré como McNamara, que no alzó la voz cuando llegó a la conclusión de que la guerra estaba perdida y escribió su propio epitafio, para siempre)[64].

De manera que le contó a su diario el día en que Hillary Clinton le salvó el pellejo. Siempre acababa esquivando la tumba por un pelo.

VII

Todo pareció saltar en pedazos la última semana de marzo. Obama —que acababa de lograr el mayor éxito de su presidencia con la promulgación de su ley de la reforma sanitaria— emprendió su primer viaje a Kabul sin informar a su asesor para Af-Pak, porque su asesor para Af-Pak no estaba incluido en el viaje, ya que el presidente no le tenía ninguna confianza. Holbrooke apenas protestó ante esa humillación. Debía seguir trabajando con personas que habían tratado de destruirlo.

A finales de mes, el doctor Rosenfeld lo llamó para decirle que un escáner mostraba que tres de sus cuatro arterias coronarias estaban gravemente obstruidas, hasta en un 75 por ciento. Tendría que someterse a un angiograma, y tal vez fuese necesario insertarle una cánula, o quizá incluso practicarle un baipás. Fue a Nueva York a ver a Rosenfeld y Andersen. «¿Me va a acabar matando este trabajo?», les preguntó. Los médicos nunca lo habían visto tan preocupado, y estuvieron casi dos horas hablando de cómo controlar los factores de riesgo.

Pero había sido un falso positivo. A principios de abril, el angiograma del hospital de Nueva York mostró que la obstrucción no superaba el 40 por ciento. Al mismo tiempo, un aortograma —una radiografía de la principal arteria del cuerpo, que nace curvada como el mango de un bastón en lo alto del corazón, baja por el abdomen y se bifurca al llegar a las piernas— descubrió que Holbrooke tenía un aneurisma de la aorta ascendente, una dilatación de la arteria en su punto de nacimiento en el ventrículo izquierdo. El tamaño normal es de unos 4 centímetros. En el caso de Holbrooke, era de 4,5. La cirugía estaba indicada a los 5, pero en algunas personas la dilatación se mantenía durante años en 4,9. Había que ir controlándolo; tendría que volver en noviembre, al cabo de seis meses, para que lo examinaran de nuevo. Holbrooke se levantó de la camilla y partió de inmediato a la otra punta del mundo.

Intentó ocultarle a su equipo lo arrinconado que estaba, pero lo sabían de todos modos. Ninguno de ellos desertó del SRAP para regresar a su antiguo trabajo. Su devoción hacia Holbrooke iba más allá de casi todo lo que uno

acostumbra encontrar en los anales de nuestra rígida y egocéntrica burocracia. Recuerda a esa lealtad de los jugadores jóvenes hacia su viejo entrenador, apasionado y de gran corazón.

Sacaba de la nada a funcionarios jóvenes y les daba oportunidades muy por encima de su situación, oportunidades que podían cambiar sus carreras. Le pidió a Shamila Chaudhary, que trabajaba en la sección paquistaní, que lo acompañase a una sesión informativa en la sala de visitas de Clinton, y cuando Hillary le preguntó si quería añadir algo al debate, Chaudhary le dijo: «Creo que deberíamos hablar con Nawaz Sharif». Sharif era el líder de un partido conservador paquistaní, y la política de Estados Unidos era no tratar con la oposición.

—¿Sharif no habla con los talibanes? —preguntó Clinton.

—¿Y qué político paquistaní no habla con los talibanes? —respondió Chaudhary.

Todos se echaron a reír. Hillary quedó sorprendida y satisfecha, y Holbrooke le dio a Chaudhary su aprobación. Al día siguiente la ascendieron. Pero cuando ella dudó en aceptar un proyecto que Holbrooke le ofrecía, este le dijo: «Yo te creé y yo puedo acabar contigo. —Y ella estuvo llorando en su despacho hasta que Holbrooke le suplicó—:Ay, Dios mío, ¿por qué me haces esto? Para, por favor».

Gritaba menos que en el pasado, pero los llevaba con mano dura, criticaba su forma de pensar, el estilo de su prosa. Cuando un memorando particularmente rimbombante pasaba por su mesa, llamaba a todos a su despacho y repartía ejemplares del ensayo de Orwell *La política y la lengua inglesa*. «No empecéis las frases en pasiva —ordenaba—. Decid “Yo opino”, no “La opinión sostenida”».

Sus asistentes veían sus sentimientos, sus heridas, y se volvieron protectores con él. Holbrooke desarrolló un gran interés en sus carreras y sus vidas, en quién salía con quién. Le dijo a Sepideh Keyvanshad, su asesor de cooperación, que estaba viviendo su divorcio mientras criaba a sus dos hijos, que saliera de la oficina a las cinco en punto, pero hacía trabajar a otros hasta bien entrada la noche. Una tarde, le pidió a Vali Nasr que se quedara bastante tiempo más para redactar el borrador de un memorando. Nasr cogió el teléfono para decirle a su hijo que tendría que buscar a alguien que lo llevase a casa después del partido de fútbol. Holbrooke hizo un comentario sobre la

importancia de ser padre y garabateó una nota para Amir Nasr con su propio membrete: «Te escribo para disculpar a tu padre, Vali, por no recogerte después del partido de fútbol, pero me estaba ayudando a escribir un memorando que podría salvar el mundo»[65].

Creía haber reunido al mejor grupo de todo el gobierno, y aprovechaba cualquier oportunidad para presentarlos a todos por su nombre antes de audiencias importantes en el Consejo de Relaciones Internacionales y en Brookings. Fueron su último logro.

Los pocos fines de semana que Kati visitaba Washington eran un alivio para su equipo, porque los dejaba tranquilos y volvía al despacho el lunes por la mañana con mejor aspecto. Se ponía nervioso antes de su llegada y quería que todo estuviese perfecto. Sus asistentes pensaban que le tenía un poco de miedo, cosa desconcertante, puesto que Holbrooke no temía a nadie. Hablaba de ella sin cesar, enseñaba su retrato —«¿Verdad que es preciosa?»— y pedía a los demás que la invitaran a ir más a menudo. Cuando acudió para asistir a la cena de corresponsales de la Casa Blanca, Holbrooke la llevó junto con Husain Haqqani a la posfiesta de Bloomberg.

—¿Sabes? Es muy divertido ir al cine con Richard —le dijo Haqqani, a petición previa de Holbrooke—, pero sería más divertido si te tuviésemos aquí. Washington no está tan mal.

—Intentaré venir más a menudo —dijo ella, pero no le gustaba Washington, y eso no solía suceder. Algunos de los asistentes de Holbrooke creían que ella lo había abandonado cuando más la necesitaba.

Su último libro, acerca de sus padres y el drama de su vida en Budapest, se titulaba *Enemies of the People*. Cosechó las mejores reseñas que había recibido nunca ninguno de sus libros y fue nominado para un premio importante. Mientras la carrera de Holbrooke atravesaba por turbulencias, la de ella estaba despegando. Siempre había anhelado el reconocimiento del que gozaba su marido, y Holbrooke se deshizo en esfuerzos para acomodarse a la vida cada vez más amplia de Kati. Corría para llegar al último puente aéreo del viernes noche hasta LaGuardia, y luego viajaba en coche hasta los Hamptons para pasar el fin de semana, pese a que no le gustaban la playa ni la vida social, y después cogía el puente aéreo del lunes por la mañana hasta el Reagan National cargado con el vestido de noche de volantes rosas y sin

tirantes de Kati que llevaría durante la cena de esa noche en la residencia del embajador jordano en honor de ambos.

Kati iba a empezar a dar clases en la universidad en Jerusalén en enero de 2011, y la idea lo sumía en la amargura. «La necesito», se lamentaba a su vieja amiga Sally Quinn, que lo invitaba a menudo a cenar en su mansión de Georgetown.

Quizá fuera la soledad, y no solo la vanidad, lo que lo llevó a pasar tantas mañanas de domingo en casa de Bob Woodward, justificándose durante horas y horas mientras Woodward lo recogía todo en su grabadora para un libro que estaba escribiendo sobre Obama y Afganistán. Holbrooke les dijo a sus amigos, incluso a aquellos que no preguntaron, que no había hablado con Woodward, que jamás haría algo así, que solo un estúpido o un traidor lo haría. Cuando Gelb, refiriéndose a conocidos comunes, decía: «Uno ha de ser realmente idiota si cree que puede hablar con Woodward y que no te acabe jodiendo de alguna manera», Holbrooke respondía: «Desde luego», y siguió diciendo lo mismo después de que el libro se publicara con citas sumamente hirientes de sus colegas acerca de él y, lo que es peor, con pocas citas de su propia cosecha, porque a Woodward no le pareció que Holbrooke fuese lo bastante importante.

A partir de 2009, Afganistán tuvo las puertas prácticamente cerradas para Holbrooke. Karzai no lo quería allí, y Obama permitió a este que escogiera a los enviados estadounidenses. El incremento de tropas estaba en marcha, y los militares al mando, dirigiendo las políticas de Estados Unidos. De modo que, en 2010, Holbrooke tuvo que buscar otra vía por la que llevar a cabo su trabajo. Dejó aparcados el trigo y las granadas y se convirtió de nuevo en diplomático. Esa guerra no había contado nunca —nunca— con una estrategia política, y él se propuso dar con una. Ese camino pasaba por Pakistán.

A principios de año tomó unas cuantas notas crípticas en el reverso de un documento oficial:

Posible proceso:

1. Stan mete presión a los TB.
2. EEUU-PAK inician conversaciones enfocadas a empujar a los TB al diálogo.
3. Conversaciones EEUU-Af para darles garantías + animarlos a un diálogo abierto.

4. Conversaciones EEUU-India para mantenerlos informados y conseguir su ayuda por: XYZ (¡No ref a Cachemira!).
5. Conversaciones _____ ___ con Irán.
6. Acercamiento de EEUU hacia otros vecinos (RPC, 3 Istán).
7. Contactos indirectos con los TB, dirigidos con HK, Pakmil, saudís, etcétera[66].

Llevaba meses con algo parecido a esta secuencia en la cabeza, pero nunca lo había puesto por escrito y analizado en profundidad. Se convirtió en el esbozo de su estrategia para tratar de poner fin a la guerra. Pero había obstáculos a cada paso: en Afganistán, en Pakistán, en la India, con los talibanes y también dentro del gobierno estadounidense.

Holbrooke hizo quince viajes a Pakistán, uno cada mes y medio. Aterrizaba en Islamabad en algún momento pasada la medianoche, dormía tres horas, y luego reuniones, reuniones y reuniones. Siempre había una crisis. Cientos de miles de refugiados que huían de las operaciones del ejército contra los Talibanes Paquistaníes en el valle del Swat; seguidores de Nawaz Sharif atestaban las calles para protestar después de que Zardari destituyera al presidente del Tribunal Supremo; desabastecimiento eléctrico y revueltas en el sur; rumores de un golpe de Estado inminente; una quinta parte del país inundada por las riadas. Los funcionarios del SRAP discutían si Pakistán era un país hundiéndose o ya hundido.

En la residencia presidencial se reunió con Zardari —gafas de montura metálica y un bigote grisáceo, menudo y perspicaz—, que se rodeaba de fotografías de Benazir Bhutto[67].

—¿Qué has estado haciendo? —comenzó Zardari, como si fueran viejos amigos.

—Lo único que hago es trabajar.

—Estabas trabajando en Italia. Estabas trabajando en la playa.

—Estuve en Italia. Estás muy bien informado —dijo Holbrooke, riendo —. Las cosas se ponen un poco mejor cada vez que vengo.

—Es el karma. Nos traes buena suerte. Nosotros, en Oriente, creemos en esas cosas.

Zardari provenía de una familia de terratenientes de Sind. Sus orígenes feudales y la carrera política de su difunta esposa le habían dejado un patrimonio neto de cerca de dos mil millones de dólares. Los guardias de

palacio vestían uniformes de la era colonial, los cortesanos hacían profundas reverencias. Allí no todo el mundo consideraba que debiera ser el presidente.

—Necesitamos un Plan Marshall —prosiguió Zardari—. Después de treinta años con el chip de la seguridad, nuestras capacidades se han visto mermadas. Embajador Holbrooke, tiene que ayudarnos a salir de esa mentalidad extrema y entrar en un debate civilizado con el mundo.



Richard Holbrooke con refugiados en Pakistán. Departamento de Estado de Estados Unidos.

Holbrooke era popular entre los civiles paquistaníes. Se pasaba horas con Zardari hablando del dolor por la pérdida de Benazir, mientras la ISI escuchaba mediante micros instalados en la oficina del presidente. Visitó a los refugiados del Swat bajo el calor achicharrarante de sus tiendas; los paquistaníes preguntaban por qué sus dirigentes no hacían lo mismo. Recorrió la zona inundada y garantizó cientos de millones de dólares en ayuda, mientras Zardari permanecía en su *château* de Normandía. Participaba en mesas redondas con una prensa paquistaní irrefrenable, grupos de mujeres y estudiantes, pastunes que se atrevían a viajar hasta la capital desde las zonas tribales.

Holbrooke quería «abrazar al niño víctima de abusos», aplicar ese enfoque. Estaba convencido de que la relación Estados Unidos-Pakistán había sido siempre transaccional —dinero y armas a cambio de apoyo contra los

comunistas y los terroristas—, lo que daba lugar a pactos cortoplacistas y constantes traiciones, y creaba una profunda desconfianza por ambas partes. Él quería crear una relación duradera, y estaba dispuesto a invertir gran cantidad de tiempo personal y fondos del Tesoro estadounidense, y a besarle el culo a los miembros del Parlamento que habían comprado sus escaños con la herencia familiar. Zardari le parecía un presidente horrible, si bien de labia fantástica, pero quería mostrar su apoyo a los líderes electos paquistaníes. Tal vez fuesen conflictivos y corruptos, pero al menos no tenían vínculos con los terroristas que estaban desestabilizando la región y amenazando a Estados Unidos.

En Pakistán había dos políticas estadounidenses distintas: una por encima de la línea, visible al público, compuesta de ayudas de cooperación y encuentros bilaterales; y otra por debajo de la línea: los espías infiltrados y drones secretos cuya tarea consistía en mantener Estados Unidos a salvo. El objetivo apremiante del gobierno estadounidense, incluido el presidente, estaba por debajo de la línea, en particular después de que un terrorista entrenado por los Talibanes Paquistaníes hubiera intentado detonar un coche bomba en Times Square. Cuando Obama mandó a un nuevo embajador a Islamabad, la única instrucción que tenía este era asegurarse de que no hubiese en suelo nacional ningún atentado importante procedente de Pakistán. Mientras que el Pentágono dirigía las políticas en Afganistán, en Pakistán lo llevaba a cabo la CIA. Los diplomáticos eran los últimos de la fila.

Los generales paquistaníes, y no sus políticos, definían los objetivos nacionales. El general Ashfaq Kayani, jefe del Estado Mayor del ejército, y el general Shuja Pasha, director de la ISI, eran punyabíes de clase media baja. El ejército ofrecía una vía de ascenso para paquistaníes trabajadores como ellos, y les enseñaba a menospreciar a los políticos civiles, a quienes consideraban unos privilegiados, egoístas e indisciplinados. Kayani era un golfista que fumaba como un carretero y poseía una mente estratégica que seguía anclada en los años cincuenta, cuando la amenaza existencial para Pakistán provenía de la India. Había estudiado en Fort Leavenworth, y admiraba las fuerzas armadas estadounidenses. Disponía de todo el tiempo del mundo para su homólogo, el almirante Mullen, que realizó veintisiete viajes a Pakistán como presidente del Estado Mayor Conjunto, y cenaba siempre a solas con Kayani en su casa de Rawalpindi, un acantonamiento próximo a Islamabad, tratando

con paciencia de comprender qué quería Pakistán de Estados Unidos. Pero Kayani no tenía tanto interés en ver a Holbrooke.

Cuando Holbrooke conoció a Kayani y a Pasha en Islamabad en febrero de 2009, les pidió ayuda para encontrar al periodista estadounidense David Rhode.

Durante años, cuando Holbrooke se encontraba con Rohde en fiestas y eventos, podía mostrarse un poco cruel al recordarle cómo lo habían capturado los serbobosnios mientras se celebraba la conferencia de Dayton, como si eso fuera solo una muestra de estupidez, y no de valentía también. En el verano de 2008, los dos asistieron a la boda de Samantha Powell en Irlanda, y cuando Holbrooke se enteró de que Rohde estaba a punto de partir a Afganistán para terminar un libro sobre la guerra, le dijo que no volviera a cometer ninguna temeridad. Pero en noviembre, el comandante talibán al que había ido a entrevistar a las afueras de Kabul había hecho rehenes a Rohde, a su intérprete y al conductor.

Los paquistaníes le dijeron a Holbrooke que no tenían idea de dónde estaba David Rohde. Pasha insinuó que seguía en Afganistán. En realidad, Rohde estaba en Waziristán, la zona tribal de Pakistán donde la familia Haqqani (sin relación con el embajador Haqqani) tenía su cuartel general. La red de los Haqqani conformaba un grupo extremista talibán que operaba en todo el este de Afganistán y llevaba a cabo ataques y atentados suicidas en Kabul. La inteligencia estadounidense tenía pruebas evidentes de que la red Haqqani contaba con la dirección y el apoyo de la ISI. En 1995, Holbrooke había conseguido que los serbobosnios soltaran a Rohde con un simple ultimátum a un adversario al que habían sancionado y sentado a negociar a base de bombardeos. Pero esta vez estaba tratando con un supuesto aliado, destinatario de enormes ayudas estadounidenses, que sonreía, se encendía otro cigarro y mentía.

La ISI elaboró un informe de la conversación de Holbrooke con Sirajuddin Haqqani, hijo del cabecilla de la red, que tenía retenido a Rohde. El informe elevó los cálculos que habían hecho los terroristas del valor de sus prisioneros para el gobierno estadounidense. Ahora los Haqqani querían negociar directamente con el buen amigo de Rohde, Richard Holbrooke.

Holbrooke regresó de Islamabad y le contó al embajador Haqqani de su charla con Kayani y Pasha.

—Tu ejército quiere un equilibrio de poder con la India —le dijo—. Y los civiles quieren más dinero para el desarrollo económico. ¿Y si les damos a ambos lo que piden?

—Esa es una fórmula magnífica —respondió Haqqani—. Pero ¿qué pasa si el ejército no solo quiere defenderse de la India? Porque ¿hay una amenaza real? ¿Qué pasa si lo que quiere es un orgullo y un prestigio como los de la India? Mira el historial.

Haqqani, del que desconfiaban tanto en Washington como en Islamabad, emprendió una campaña para ilustrar a Holbrooke sobre la realidad paquistaní. Las lecciones comenzaban en la oficina del SRAP en horas de trabajo, pero continuaban por las noches y los fines de semana en los restaurantes de Georgetown y en los cines y las heladerías, donde siempre pagaba Haqqani. Cuando Holbrooke le preguntó por qué el Ministerio de Exteriores estaba poniendo cortapisas a los visados para los operativos secretos estadounidenses que podrían ayudar a localizar a terroristas, Haqqani explicó que la ISI no quería que Estados Unidos conociese Pakistán demasiado a fondo. Una vez Haqqani oyó decir a Pasha: «Vosotros, los civiles, estáis equivocados, es imposible que Holbrooke se preocupe de verdad por nuestros intereses. Es judío». Haqqani contó a Holbrooke que el ejército paquistaní se engañaba a sí mismo igual que lo hacía Estados Unidos, imaginando una amenaza india para justificar el poder y el presupuesto desmesurados que llevaba reclamando desde la fundación del Estado. ¿Qué interés tenían los generales en llegar a un acuerdo sobre los talibanes que solo debilitaría su importancia si se reducían las tensiones con la India? Los esfuerzos de Holbrooke por cambiar la percepción que tenía Pakistán de sus propios intereses nacionales estaban condenados al fracaso, porque tal percepción se basaba en autoengaños.

En cuanto a los políticos paquistaníes, siempre prometían cosas que no podían cumplir porque no contaban con el apoyo popular. La opinión pública estaba dividida respecto a los islamistas violentos, pero casi unida en su clamoroso antiamericanismo, que ninguna cantidad de ayuda humanitaria podría mitigar. Pero las promesas seguían llegando, y también los engaños, porque los generales y los políticos necesitaban a Estados Unidos. Era como un teatro, decía Haqqani. La región entera era un teatro donde todos sabían cuál era su papel, salvo los estadounidenses.

Estas lecciones se impartían por debajo de la línea. No guardaban ningún parecido con los telegramas oficiales que mandaba el embajador al secretario de Asuntos Exteriores en Islamabad tras sus encuentros formales con Holbrooke, donde reproducía las suspicacias de los militares paquistaníes ante cualquier movimiento de los estadounidenses. Sus telegramas formaban parte del teatro.

La tarea de Holbrooke era hercúlea. Solo considerarla me agota. Viajes constantes a Islamabad, diálogos estratégicos en Washington, recogidas de fondos en Tokio y en Madrid, encuentros bilaterales, trilaterales, el quinto borrador del trigésimo séptimo memorando, la mera producción de palabras: todo persiguiendo una quimera. Sabiendo en todo momento con lo que se enfrentaba, y creyendo en todo momento que podría conseguirlo, no obstante, con otro memorando, con otra reunión…

Una noche, Holbrooke estaba sentado en la biblioteca de Haqqani, cuando el embajador cogió un ejemplar de *Para acabar una guerra* de la estantería. Abrió el libro, y leyó en voz alta una descripción de los presidentes de los Balcanes en Dayton: el egoísmo, el desinterés por la vida de su gente.

—¿Tienes la sensación de enfrentarte a un panorama similar? —le preguntó.

—Dios mío, me había olvidado de eso —respondió Holbrooke—. Puede que sí.

Haqqani le preguntó qué esperaba conseguir.

—Estoy intentando que el ejército paquistaní sea cada vez más honesto con Estados Unidos.

VIII

La otra parte de la estrategia política pasaba por los talibanes. Hablar con el enemigo se consideraba una idea incómoda en casi todo el gobierno estadounidense. La Casa Blanca veía con inquietud cualquier contacto con un grupo que no había renunciado a sus vínculos con Al Qaeda. La CIA estaba convencida de que los líderes talibanes no querían un acuerdo porque creían que iban ganando, y los analistas estadounidenses en Kabul le decían a Barney Rubin que los de arriba eliminaban cualquier mención al interés de los talibanes por entablar conversaciones. Los militares, y por encima de todo Petraeus, creían que era demasiado pronto para negociar en 2009, o incluso en 2010: el incremento de tropas necesitaba tiempo para castigar al enemigo primero. En Irán, Petraeus había sobornado a los insurgentes suníes por completo, y en Afganistán quería seguir la misma estrategia. Hillary Clinton compartía la postura del ejército, pero le preocupaba también su reputación mundial como defensora de los derechos de las mujeres.

A lo largo de todo 2009, Holbrooke nunca sacó el tema de las conversaciones de paz en las reuniones de la Casa Blanca, ni siquiera con su equipo, más allá de Rubin y un par más. El eufemismo que utilizaban era «reconciliación», que Holbrooke neutralizaba aún más con su «reducción de la amenaza». Ocultaba los memorandos de Rubin a casi todos sus colegas. «Recuerda —le dijo a este, que era tan ingenuo en el hacer del gobierno estadounidense como ducho en la política afgana—: tu problema principal no son los talibanes, sino la CIA y Denis McDonough[68]». En la campaña de 2008, Rubin había tenido que dimitir como asesor de Obama después de que el *New York Times* relatara sus esfuerzos por tender puentes hacia los talibanes. En todo el primer año de gobierno, no puso un pie en la Casa Blanca.

Holbrooke también era escéptico. Él —nosotros— no sabía nada de los talibanes. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían? ¿Seguían una cadena de mando, se habían convertido en una serie de grupos locales semiautónomos: unos, islamistas radicales; algunos, nacionalistas pastunes, y otros, simples criminales? ¿Eran aquellos mismos bárbaros que habían tiranizado Afganistán

en la década de los noventa y permitido que el país se convirtiera en una base de operaciones para el terrorismo global? Seguían demostrando la misma crueldad; la inmensa mayoría de bajas civiles eran víctimas de bombardeos talibanes. Holbrooke insistió en escuchar la opinión de Rina Amiri, que le habló de los millones de afganos —mujeres, minorías étnicas y religiosas, urbanitas instruidos— que estaban en contra de cualquier pacto que otorgara a los talibanes una cuota de poder. Pero al mismo tiempo, en secreto, mandó a Rubin a calibrar las posibilidades.

A principios de 2009, Qayum Karzai, hermano del presidente, presentó a Rubin a un abogado saudí llamado Mansur bin Saleh, un antiguo muyahidín que había estado en Afganistán en los años ochenta y en los Balcanes en los noventa y que ahora mantenía una estrecha relación con el ministro de Inteligencia saudí. Mansur y Qayum habían ido a Kandahar y se habían reunido con un talibán que tenía contacto directo al otro lado de la frontera con la Quetta Shura, el alto Consejo talibán, a las órdenes del mulá Omar. La Quetta Shura acababa de crear una comisión política. Resultó que unos cuantos talibanes veteranos querían hablar con los estadounidenses lejos de las miradas de sus amos de la ISI.

Rubin supo todo esto de boca de Mansur en un viaje a Arabia Saudí en la primavera de 2009. Cuando regresó a Washington, redactó un informe para Holbrooke:

> RCH debería visitar Riad lo antes posible […]. Hay que crear una «sede» pública para los talibanes que facilite las conversaciones. Los saudíes pueden hacerlo en Riad o La Meca. Una sede, libre de presiones paquistaníes o amenazas de Al Qaeda, que hará posible disociar a los talibanes de Al Qaeda […].La sede para los talibanes solo puede crearse con pleno apoyo de Estados Unidos […]. Estados Unidos debería dar prueba de su apoyo poniendo a afganos en libertad[69].

Holbrooke leyó este memorando en el puente aéreo a Nueva York —le consiguió a Rubin un asiento a su lado en primera clase—, y dijo: «Si funciona, es la única manera que tenemos de salir de esta».

Rubin organizó un encuentro entre Holbrooke y Mansur en la sala VIP del aeropuerto de Dubái. Holbrooke, que volvía de Abu Dabi, disponía solo de treinta minutos, parte de los cuales los pasó al teléfono y en el cuarto el baño.

—Excelencia, no se fíe de los paquistaníes —le dijo Mansur a Holbrooke —. Deberían manejarlo todo ustedes mismos. Escúchelos, pero no se fíe. Quítese las gafas de sol y obsérvelo todo con claridad. Si se ocupan ustedes

mismos del proceso de paz, todo mundo en la región lo agradecerá. Eso revertirá el caos que hay en el mundo islámico. Ahora los odia todo el mundo.

A Holbrooke le costaba entender a Mansur, con su marcado acento y su balbuceo nervioso.

—Entonces, ¿afirma tener contacto con los talibanes? —lo interrumpió.

—Sí.

—Bien, si habla con ellos, haga algo en lo referente a David Rohde. —Escribió el nombre del periodista en un pedazo de papel de periódico y se lo tendió a Mansur, para poner a prueba su buena fe—. Es un buen amigo mío y los talibanes lo tienen prisionero. Tiene familia. ¿Puede hacer algo?

Mansur contestó que lo intentaría.

En el avión de vuelta a Estados Unidos, Holbrooke, con su pijama color carne, y Rubin se pusieron a hablar en la cocina que había entre la clase *business* y la primera.

—No entendía ni una palabra de lo que decía —confesó Holbrooke—. ¿Es uno de esos tipos con quienes tienes que sentarte a tomar el té durante horas?

—Me temo que sí.

—Bueno, yo no hago esas cosas. Hazlo tú.

Mansur conocía a un corrupto hombre de negocios afgano que había pasado diez años en una cárcel de Nueva York por tráfico de heroína y que poseía contactos en todos los bandos de la guerra afgana. El hombre se puso en comunicación con los secuestradores, que poco después hicieron público un vídeo en que aparecía Rohde tratando de tranquilizar a su familia. Aquello dio a Mansur cierta credibilidad. Los secuestradores exigían un rescate de quince millones de dólares por un amigo de Richard Holbrooke. El hombre de negocios y los saudíes intentaron rebajar la cifra a cinco. Pero una noche de junio de 2009, tras siete meses de horrible cautividad, Rohde y su intérprete escaparon trepando el muro del piso franco con un tramo de cuerda robado y se presentaron en una base paquistaní cercana. De allí los llevaron en avión a la base estadounidense de Bagram, a las afueras de Kabul, donde la primera llamada que recibió Rohde fue la de Holbrooke.

—Lo siento —dijo Rohde de inmediato, preparándose para el fulminante desdén de Holbrooke.

—Dios mío, cómo me alegro de oír tu voz —respondió este.

Rubin continuó trabajando en la vía saudí con los talibanes. En agosto, Mansur lo convocó de nuevo en Dubái, donde le comunicó que había recibido hacía poco una carta y dos llamadas de representantes talibanes[70]. El mulá Omar acababa de nombrar un nuevo delegado político para representar la Quetta Shura en las negociaciones. Se llamaba Tayyab Agha. Estaba emparentado con Omar por matrimonio, y había servido como secretario personal del comandante de los fieles en Kandahar durante los años de declive del gobierno talibán[71]. Ahora tenía treinta y tantos largos, era moreno y esbelto, con un aire melancólico. Cuando Mansur lo conoció, le dijo que los estadounidenses se quedarían veinte años en Afganistán si era necesario, lo que hacía inevitables las conversaciones: «Estados Unidos no quiere perder, y los talibanes no quieren perder. Los dos quieren una solución en la que no pierdan».

Rubin escribió a Holbrooke para comunicarle que ahora tenían a un interlocutor con nombre y apellidos. Por desgracia, Tayyab Agha se dedicaba también a recaudar fondos para los talibanes; en ese preciso momento, estaba en Yeda haciendo la ronda de fuentes saudíes privadas. Los estadounidenses tendrían que eliminarlo de su lista de sanciones antes de poder hablar con él. Liberar a sus prisioneros y quitar de la lista a sus dirigentes fueron los requisitos de los talibanes de cara a cualquier negociación.

Holbrooke quería guardarse para sí el nuevo canal en lugar de dejar que la CIA tomase el mando. Les dijo a sus colegas que negociar con Afganistán, con tantos bandos y turbias relaciones, sería «más duro que con Vietnam o Bosnia»[72]. Rubin comentó una vez bromeando que deberían olvidarse de ganar el Premio Nobel de la Paz y conformarse con no acabar convertidos en personajes de un documental como *The Fog of War*, el análisis minucioso de Robert McNamara dirigido por Errol Morris. Holbrooke tenía suficiente sentido del humor para reírse.

Tayyab Agha rechazó la exigencia saudí de que los talibanes rompiesen con Al Qaeda y se reuniesen con Karzai: «No nos sentaremos jamás con Karzai mientras no jure lealtad al mulá Omar», declaró Tayyab Agha. Lo echaron sin contemplaciones del reino y aterrizó en Doha, Catar, donde los talibanes instalaron su primera sede política.

Pero el resto de 2009 no ocurrió nada. Primero llegaron las desastrosas elecciones afganas, y luego la revisión interminable de la petición de soldados

de McChrystal, y después el incremento de tropas. La estrategia política no estaba sobre la mesa de la Sala de Crisis, y Holbrooke no se encargó de ponerla. «Estoy muy, muy decepcionado con este gobierno», le dijo Rubin una noche. Obama y sus asesores no estaban dispuestos a considerar otro enfoque que no fuese el militar, aunque claramente dudaban de que pudiera funcionar; como si hablar con el enemigo pudiera costarle el presidente una parte demasiado alta de su limitado capital.

Holbrooke sabía, por Vietnam y Bosnia, que las negociaciones debían sincronizarse con la realidad del terreno de batalla. En Vietnam, Nixon había postergado conversaciones importantes mientras retiraba de manera unilateral cientos de miles de soldados, lo que había debilitado la posición de Kissinger ante los norvietnamitas en París (Lake había advertido a Kissinger de ello). «Para cuando alcanzaron el pacto definitivo a finales de 197[2], los dos hombres parecían los perdedores de una partida de strip póquer, desnudos», escribió Holbrooke a principios de 2010 en un memorando para Hillary Clinton[73]. En Bosnia, Holbrooke permitió que avanzara la ofensiva croata-musulmana hasta que el mapa le otorgó la máxima ventaja frente a los serbios en Dayton. Si Obama esperaba para hablar a cuando los soldados empezaran a retirarse a mediados de 2011, repetiría el error de Nixon y Kissinger[74].

En la primavera de 2010, Holbrooke y Lute se convirtieron en socios insospechados. Sus sendas oficinas, el SRAP y el CSN, querían entablar negociaciones con el incremento de tropas en marcha. En abril, Obama les dio por fin el visto bueno, y Lute pasó a presidir lo que se llamaría la Célula de Resolución de Conflictos: el grupo de funcionarios de diferentes agencias que se reunían todas las semanas en una pequeña sala segura justo al lado de la Sala de Crisis. Este grupo se deshizo de la orden del gobierno Bush por la que los dirigentes talibanes permanecerían en la lista negra hasta que se rindieran, y convirtió los tres requisitos previos para entablar conversaciones en los tres objetivos de dichas conversaciones: los talibanes debían abandonar la lucha armada, renunciar a Al Qaeda y aceptar la Constitución afgana.

En mayo, Vikram Singh, un civil del Pentágono que Holbrooke había reclutado para el SRAP, y Chris Kolenda, coronel del ejército, trasladaron estas ideas a McChrystal. Los militares se habían opuesto a hablar con los talibanes en pleno incremento de tropas, pero una sesión informativa de tres

horas en el subsuelo del Pentágono había convencido al general de que una estrategia política tenía más posibilidades de éxito en el momento de máxima presencia de tropas, momento en que la presión militar podía recompensar a los elementos cooperadores de los talibanes y castigar a los irreconciliables. El respaldo de McChrystal ayudaría a convencer al presidente y a sus asesores. «Si Stan está a favor, entonces no seremos los diplomáticos que arruinaron la guerra», le dijo Holbrooke a Singh.

En la Célula de Resolución de Conflictos buscaban pistas que los condujesen a homólogos talibanes. Reunieron una lista de quince nombres, y el de Tayyab Agha la encabezaba. Mantenía una relación estrecha con el mulá Omar, estaba fuera de Pakistán y, según había descubierto hacía poco Holbrooke, los alemanes, convencidos de su credibilidad, estaban ya en conversaciones con él. Holbrooke consideró que la identidad de Tayyab Agha era tan delicada que necesitaba un nombre en clave. Propuso «A-Rod», por el tercera base de los Yankees. Esto a Lute le pareció una chorrada más de Holbrooke, pero le dijo: «Si no hay más remedio…».

Holbrooke daba por hecho que sería él, al final, quien se sentaría a negociar. A veces decía que no habría un Dayton para Afganistán, pero ¿no creen los lectores que en los momentos de calma se permitía imaginar una mesa redonda en una sala dorada de un principado árabe, a Karzai con su capa bordada, a Kayani con el uniforme color caqui, a un mulá barbudo con un turbante negro y a él mismo vestido de traje? Aspiraba todavía a ser el diplomático que acabara con la guerra más larga de Estados Unidos. Aquello le garantizaría un puesto entre los prohombres.

Lute tenía una idea distinta. Todo el mundo estaba de acuerdo en que el gobierno afgano tomaría la iniciativa sobre el papel, pero Holbrooke había quemado sus puentes con Karzai. Y dado que los estadounidenses estaban combatiendo en Afganistán, ¿no debería un no estadounidense dirigir las negociaciones? Lute propuso al anciano diplomático argelino Lajdar Brahimi, que había presidido la conferencia de la ONU en Bonn en 2001. Hillary Clinton tumbó de inmediato la propuesta: «Nosotros no externalizamos nuestra diplomacia». Estaría al frente un estadounidense.

Pero cuando Holbrooke le dijo que necesitaría ayuda diplomática una vez que comenzaran las negociaciones, ella le respondió con frialdad que aún no

estaba en absoluto claro quién iba a encargarse. Holbrooke se quedó perplejo. Lo que Clinton se hallaba dispuesta a hacer por él tenía sus límites.

En junio, la revista *Rolling Stone* publicó «The Runaway General», un artículo de Michael Hastings en que citaba a McChrystal y a su círculo próximo refiriéndose a algunos dirigentes civiles —Biden, Jones, Eikenberry, incluso a Obama— con arrogante burla. Holbrooke recibía un trato brutal: «El jefe dice que es como un animal herido —afirmaba alguien del equipo de McChrystal—. Holbrooke no deja de oír rumores de que van a despedirlo, y eso lo vuelve peligroso»[75]. La imagen era vívida y certera. «Es un tipo brillante, pero entra y tira de una palanca, de lo primero que pille». A McChrystal lo habían visto refunfuñando por enésima vez a causa de otro correo electrónico de Holbrooke y embutiéndose la BlackBerry de nuevo en el bolsillo: «No quiero ni abrirlo».

Cuando apareció el artículo, Holbrooke y McChrystal estaban en Kabul. Holbrooke había llegado esa misma noche de Helmand, donde su V-22 Osprey había recibido disparos mientras aterrizaba en la base marine de Marja, y luego dos terroristas suicidas habían detonado sendas bombas a unos centenares de metros de su vehículo mientras lo llevaban a reunirse con el jefe de una aldea. Holbrooke, con su gorra de los Yankees, lo encajó con toda tranquilidad, lo que debió dejar impresionados hasta a los hombres de McChrystal.

En plena noche, el teléfono de la habitación de Holbrooke en la residencia de la embajada lo despertó. Era McChrystal. Holbrooke pensó de inmediato que, o bien habían asesinado a Karzai, o bien la Zona Verde estaba sufriendo un ataque.

—Señor, quería disculparme —empezó a decir McChrystal[76].

—¿Por qué?

—Ha salido un artículo publicado en la *Rolling Stone* sobre mí que dice algunas cosas malas de usted.

—¿Y qué?

—Bueno, esto va a generar una tormenta, y quería decírselo. Es culpa mía y le debo una disculpa. He presentado a la secretaria de Defensa mi dimisión.

—Bueno, a todos nos caen palos de la prensa. —Holbrooke empezaba a plantearse cómo de malas serían esas cosas—. No te preocupes por mí, Stan.

Diga lo que diga, las he visto peores. Y no afectará a mi respeto y amistad hacia ti.

Después de colgar, Holbrooke le mandó a McChrystal un correo electrónico, que el general debió de estar encantado de abrir:

> Estoy aquí tumbado a apenas unos centenares de metros de ti a las tres de la mañana, pensando en la llamada que acabas de hacerme. Y esto es lo que quiero decir, antes de ver el artículo: diga lo que diga sobre ti, sobre tu equipo, sobre mí o cualquier otro, ese artículo no afectará de ningún modo a la misión en la que estamos embarcados juntos. Y tampoco al afecto que te tengo […]. Doy por hecho y espero, por supuesto, que tu ofrecimiento a la SecDef fuese rechazado en el acto.
>
> Tu amigo, Richard[77].

Gates, junto con Mullen y Clinton, quería que McChrystal siguiera en su cargo; pero el presidente, con Biden mascullándole al oído, lo despidió por conducta insubordinada, lo que acabó con su carrera. Obama sustituyó a McChrystal por Petraeus, al que Holbrooke escribió enseguida: «Me siento fatal por Stan, con quien pasé sus dos últimos días en Kandahar y Kabul. Pero me parece lo correcto»[78].

Petraeus impuso su voluntad de hierro en la guerra, y desplegó una contrainsurgencia de amplio espectro y carácter letal. Dejaban a los civiles fuera y luego los acusaban de no cumplir su parte. Sin McChrystal, el mando militar en Afganistán perdió interés en hablar con el enemigo. Cuando Holbrooke sacó el tema, Petraeus lo despachó: «Eso es una conversación de quince segundos». En cierto momento, el general intentó tomar el control de las negociaciones para sofocarlas: reveló a los periodistas que la OTAN había proporcionado salvoconducto y uno de sus aviones para que un dirigente talibán viajara desde Quetta a fin de reunirse con Karzai en el Arg. Holbrooke estaba indignado: si un civil filtrara tal cosa lo despedirían.

Luego llegaron algunas noticias inesperadas. Holbrooke estaba dando una rueda de prensa en la embajada de Kabul cuando divisó a Dexter Filkins, del *New York Times*, que había deducido que el talibán en cuestión era el mulá Akhtar Mansur, número dos de la Quetta Shura. A lo largo de toda la rueda de prensa, Holbrooke pasó por alto deliberadamente la mano alzada de Filkins. Hacia el final, un asistente le entregó una nota de parte de Holbrooke: «¿Tendría un minuto para hablar en privado?».

Cuando Filkins abandonaba la sala con el resto de periodistas, el asistente lo agarró del brazo y lo metió en unos baños cercanos.

Holbrooke estaba de pie en un urinario, de espaldas a la puerta.

—¿Estamos solos?

—Eso creo.

—Echa un vistazo a las cabinas.

Filkins miró por debajo de las puertas.

—Richard, creo que estamos solos.

—¿Te acuerdas de ese talibán sobre el que has escrito? El tipo con quien estamos hablando no es él.

—¿A qué te refieres?

—El nuestro es un fraude absoluto. —Holbrooke seguía originando—. Es dueño de una tienda en Quetta. Y le dimos un montón de dinero. —Doscientos cincuenta mil dólares en metálico[79].

—¿No comprobasteis su identidad?

—Lo hicimos. Creíamos que estaba verificado. —Nadie sabía, al parecer, qué aspecto tenía el mulá Mansur, salvo un afgano de la frontera que señaló al impostor—. Es todo una farsa total. —Holbrooke se subió la cremallera de los pantalones y tiró de la cadena—. No sacaremos nada de esto. —Abrió la puerta del servicio y empujó a Filkins al pasillo—. Y si le dices a alguien dónde te has enterado de esto, no volveré a hablar contigo.

«Los insurgentes ganan en una guerra de guerrillas si no pierden —escribió Holbrooke en un memorando para Hillary Clinton en septiembre—. No podemos convencer a Pakistán para que haga converger sus intereses estratégicos con los nuestros debido a su obsesión con la India y el control militar sobre sus políticas estratégicas. Por estos motivos, deberíamos analizar si hay base para un pacto político con los talibanes que quede dentro de nuestras líneas rojas. No hay nada menos apetecible que la idea de tratar con los talibanes, pero sería irresponsable seguir ignorando este terreno[80]».

Clinton estaba lista para apoyar la idea. Con la aprobación de Obama, Frank Ruggiero, segundo de Holbrooke, mantendría un primer encuentro en Munich con Tayyab Agha y el diplomático alemán Michael Steiner, que había estado con Holbrooke en Dayton. La vía talibán empezaba a abrirse. Pero Holbrooke había comenzado a pensar que no llevaría de manera directa al fin de la guerra. La lucha proseguiría a menos que algo cambiara fuera de Afganistán, en la región. Estados Unidos necesitaba una estrategia regional.

El cubo de Rubik era complejísimo. Karzai estaba poniendo a Estados Unidos y Pakistán uno contra el otro, hablando con ambos, sin confiar en ninguno. Los norteños que había en su gobierno estaban inquietos ante cualquier concesión, ya fuera a los talibanes o a la ISI. La India solo hablaría con Pakistán sin una tercera parte, y nunca de Cachemira, pero Pakistán quería que Estados Unidos mediara en ese punto muerto con su odiado vecino. China, aliada de Pakistán, se inhibía políticamente mientras buscaba ventaja económica en Afganistán y Pakistán. Irán era un aliado de Karzai que también financiaba a los talibanes. Los saudíes ofrecían toda su colaboración para la paz en Afganistán, pero no querían contrariar a Pakistán. Cualquier solución tenía que implicar todos estos factores en una alineación correcta de intereses.

Holbrooke creía que la India y Pakistán podían entablar un diálogo si quedaba limitado a Afganistán. Indicios sutiles de cambio llegaban desde Pakistán. Kayani había escrito un libro blanco de quince páginas, el tercero en un año, y se lo había hecho llegar a Obama y a unos cuantos estadounidenses[81]. En él daba a entender que Pakistán veía ahora a los talibanes como parte de un problema regional: «La paz en Pakistán solo será posible con un Afganistán pacífico. Un pronto fin al conflicto en Afganistán es uno de los intereses estratégicos clave de Pakistán […]. Estados Unidos y Pakistán desean ver a Afganistán libre de fuerzas extremistas y radicales».

Holbrooke creía en si la India y Pakistán terminaban por comprender que su problema común —esas «fuerzas extremistas y radicales»— era más grave que lo que los separaba, podrían cortar el oxígeno que alimentaba la guerra aplicando presión desde ambos lados. Expuso sus pensamientos en un memorando para Hillary. El público que más ansiaba seguía fuera de su alcance.

Había estado a solas con Obama una vez, en Chicago, y nunca más. Sabía que el presidente no le tenía simpatía ni confianza, pero creía que quince minutos, sin interrupciones ajenas, bastarían para mostrarle lo útil que podía ser. Quería que Obama escuchase al menos estas ideas. Tarde o temprano —esto nunca dejó de creerlo— el presidente debería acudir a él. Siguió intentando ver a Valerie Jarrett, asesora e íntima amiga de Obama, pero ella siempre le cambiaba la hora y no llegaban a encontrarse. Intentó también conseguir una cita con el presidente a través de Axelrod, pero este había

dejado de devolverle las llamadas, de modo que probó por medio del joven asistente de Axelrod, aunque no consiguió que contestara siquiera Eric Lesser, que parecía un estudiante de segundo de carrera.

Un día Lesser estaba en el servicio de caballeros del subsuelo del ala oeste, en la esquina de la Sala de Crisis, cuando al echar un vistazo a su derecha vio a Hoolbroke en el urinario de al lado.

—Eric, estoy muy, muy decepcionado.

Lesser no dijo nada; siguieron plantados uno al lado del otro.

—Estoy muy, pero que muy decepcionado. Te he llamado, he contactado para organizar un encuentro, pero no he recibido ninguna respuesta.

El tono traslucía un dolor personal, como si Lesser hubiese traicionado su amistad.

—Lo siento, embajador Holbrooke. Le mandaré un correo electrónico, hablaré con Davis y tan pronto podamos organizar algo le informaré.

Lesser se marchó volando.

Los amigos que vieron a Holbrooke ese otoño se dieron cuenta de que algo iba mal. No comía bien, no hacía ejercicio, no dormía lo suficiente. Tenía el vientre hinchado y la cara encarnada desde la mandíbula hasta el pelo. Una noche, en la residencia de la embajada en Kabul, puso los pies en alto y Eikenberry notó que tenía los tobillos tremendamente inflados:

—Dick, los pies —le dijo—, los tienes rojos e hinchados.

—Es un problema que tengo.

—Eso es peligroso. Voy a pedir que venga a verte el médico de la embajada.

Subir el corto tramo de escaleras hasta su dormitorio en la Calle N lo dejaba resollando. Wisner reparó en ello una noche en que Holbrooke le pidió que fuese con él a casa porque no quería estar solo. Wisner mostró su preocupación, y Holbrooke le dijo que iría a su médico, pero en noviembre se olvidó de la revisión semestral de su aneurisma de la aorta. Poco después, Holbrooke y Wisner celebraron su tradicional cena anual en el club de este en Washington, el Metropolitan, donde pedían siempre la sopa de alubias del Congreso, dos docenas de almejas mercenarias, ensalada verde y pudin de arroz, y donde siempre pagaba Wisner. Holbrooke engullía con voracidad, y de camino a la boca, el borde de una concha de almeja le arañó la punta de la nariz. Empezó a brotar un chorro de sangre, tanta que Holbrooke necesitó dos

servilletas de tela para absorber el raudal. Seguía tomando warfarina, un anticoagulante. Wisner estaba horrorizado.

—¿Para qué haces todo eso? —le dijo Wisner—. Lárgate de una puta vez.

—Me iré, me iré.

Wisner le hizo prometer que se marcharía antes de que acabara el año. Ambos sabían que Holbrooke no tenía ninguna intención de cumplir su promesa. Y lo mismo pasó con Gelb. Holbrooke y él hablaban por teléfono varias veces al día —siempre era Holbrooke el que llamaba para comentar el drama del momento—, y cuando Gelb le insistía para que lo dejara, dado que no había nada por lo que quedarse salvo más dolor y humillación, Holbrooke le decía que empezaría a pensar en un plan de salida al cabo de seis meses, pero que aún no podía irse, que aún tenía que acabar cosas, que al menos tenía que durar más que Jones.

Irrumpía en reuniones en el despacho de Clinton a las que no lo habían invitado, y los jóvenes asistentes de Hillary tenían que hacerlo salir. Le pidió al ministro de Asuntos Exteriores paquistaní que le contase a Clinton el buen trabajo que él estaba realizando. Desprendía un aire frenético; nunca sabía qué iba a hacer a continuación. Le confió a Vincent Mai, su amigo de los tiempos de Lehman, que no volverían a contratarlo en Perseus. Esta vez, nadie en Wall Street ficharía a Holbrooke por su nombre y sus contactos. «Estoy seguro de que alguien te querrá en su plantel», le dijo Mai, y se ofreció a reclutarlo en su firma de inversión, el gesto de un amigo.

Podía escribir un libro, siempre andaba pensando en escribirlo. Pero no había un camino que subiera más allá. Los años con Obama bien podían ser el final de su escalada. No podía soportar que terminara de esa manera.

Tras la aventura de Kati con el húngaro en 2004, Holbrooke había empezado a verse con una mujer en Alemania. Era de mediana edad, divorciada, rica, cariñosa. Sus viajes a Alemania se multiplicaron año tras año. En sus visitas a Afganistán, el C-20 del SRAP paraba a descansar y repostar en Munich, único destino en que pedía a sus asistentes que se alojaran en otra planta o en un hotel distinto. Esa ciudad conocida por sus cervecerías y su equipo de fútbol siempre se llevaba un emocionante signo de exclamación en su diario, y en su Nokia deslizable color magenta —que sus asistentes llamaban el «teléfono Candy», porque imaginaban que tenía una

aventura con una chica de ese nombre— guardaba una foto de la mujer en albornoz. Ella lo hacía feliz, pero no era una alternativa a su matrimonio.

Cuando lo dejara, Kati y él volverían a vivir juntos en Nueva York. No sería sencillo. El equilibrio de poder caería del lado de ella. Seguía sin haber nadie con quien les gustara más hablar que con el otro, pero Kati se enfadaba a menudo con Holbrooke. «De vacaciones con K, pero, ay, cada día hay al menos una discusión —escribió sobre un viaje por el valle del Po—. Ojalá K fuese más feliz conmigo, pero supongo que reconozco que en parte es culpa mía[82]».

David le preguntó una vez a su padre por qué no lo había dejado tras la aventura de Kati: «No quiero volver a empezar —respondió Holbrooke—. Me he casado tres veces. La quiero y quiero que funcione». Pero aquel otoño les dijo a varios amigos que no sabía si el matrimonio sobreviviría. Sin embargo, seguía amándola, necesitándola; más de lo que ella lo necesitaba a él.

Hacia finales de 2010, cada vez regresaba más y más al pasado. Se pasó varios días trabajando en un discurso para un evento del Departamento de Estado a propósito de la apertura de los archivos de la guerra de Vietnam. Asistió a una cena con Rufus Phillips y otros veteranos de Saigón por el noventa aniversario de uno de ellos. Cuando la *Foreign Policy* celebró su cuarenta aniversario, estuvo allí para recibir un premio y dar un discurso recordando sus años de editor. Esas ocasiones eran mucho más que una obligación: despertaban sus sentimientos más profundos.

Quiero que oigan su voz una vez más. Siempre es la misma, porque él nunca cambia. La misma claridad cristalina, la misma oclusión interna, el punto ciego haciéndose más y más grande con la presión de esos últimos meses. Y cada vez es distinta a causa de la historia, la suya y la del país. El tono es más grave que en el pasado, las palabras salen de su garganta más que de la nariz, no deja de toser, como si hablar resultara un esfuerzo, como si la corriente submarina hubiese invertido su rumbo y ahora la presión implacable de esa voz arremetiera contra él, y lo camelara, lo acosara, lo acuciara, diciéndole: «No te detengas ahora. ¿Por qué ibas a detenerte? Ya casi estás».

IX

Hoy ha sido un día difícil porque me he despertado por la mañana notando molestias y me he dado cuenta de que estaba otra vez con fibrilación atrial[83]. Así que me he marchado de Nueva York y no le he dicho nada a Kati hasta que he llegado a Washington y lo han confirmado. Al aterrizar en Washington he ido directo a la Casa Blanca a una reunión del No Grupo, que analiza cuestiones de inteligencia. Hemos comentado algunos de los puntos más delicados que implican nuestros esfuerzos en Pakistán y Afganistán: qué hacer con la red Haqqani, qué hacer si se produce un ataque contra Estados Unidos procedente de Pakistán… Después de la reunión, he ido directamente al hospital Sibley y me he pasado gran parte de la tarde allí con análisis de sangre y preparándome para la cardioversión de mañana.

Se nota cómo crecen la tensión y la presión desde todas partes. Yo desde luego lo noto, y tengo la sensación de que va a explotar cuando pasemos las vacaciones de verano. Cada vez más gente dice que la guerra no va bien. Zardari acaba de anunciar públicamente que estamos perdiendo, en Londres; no ayuda mucho. Se ha perjudicado muchísimo a sí mismo quedándose en Europa, según parece alentando la carrera política de su hijo, mientras Pakistán se enfrentaba a las peores riadas de su historia moderna.

Un pensamiento, solo, un recuerdo del pasado. Me acuerdo de aquella vez que estuve con Averell Harriman en París, cuando a él le llegaban mil instrucciones sobre las conversaciones de paz en Vietnam. Eso debió de ser a finales de 1968, seguramente en otoño, y me dijo con bastante frustración que en 1942-1943, FD Roosevelt lo había mandado a Moscú con Churchill con la instrucción más sencilla del mundo: «Ve con Churchill y explícale a Stalin por qué no podemos abrir un segundo frente todavía». Y ahora, me dijo, le llegaban un sinfín de instrucciones de gente como Walt Rostow. Me he acordado de esto hoy porque me he descubierto a mí mismo contando viejas historias de guerra a mi joven equipo en mitad de una reunión que iba de otra cosa, y me he vuelto hacia alguien de mi equipo, Shannon Darcy, una joven agradable de treinta y un años que está en cooperación —le habíamos encargado escribir algo—, y le he dicho: «¿Escribes bien?»; y ella ha

respondido: «Lo hago lo mejor que puedo», y alguien ha añadido: «Pero te hará un montón de correcciones». Me he descubierto contándoles que el primer artículo que revisé para *Foreign Policy* fue el de George F. Kennan en 1972; me he visto de pronto contándoles esto a esas personas, que seguramente se morían de aburrimiento con esta historia: que la primera persona a la que revisé fue George Kennan, y que era imposible corregirle nada porque escribía de un modo perfecto, el mejor escritor que trabajó nunca en aquel edificio. Y ahora yo estaba revisando a Shannon Darcy.

Le entregamos a Hillary tres informes. Uno, escrito por Rina Amiri y reescrito de manera exhaustiva por mí, era la primera hoja de ruta que ofrecía una vía por la que integrar la cuestión de las mujeres en el camino de las negociaciones convirtiéndola en un tema central. Tal vez encuentre cierta oposición en la Casa Blanca, pero es el camino correcto que hay que seguir y creo que ha supuesto un tremendo paso adelante. Trabajando a fondo y en detalle con Rina, hemos refundido el típico memorando de apoyo en una nueva estrategia política en que, si se da algún día cualquier tipo de negociación sobre el futuro político, los problemas de las mujeres ocuparán un espacio central, porque en caso contrario no se dan los apoyos dentro del país para ayudar a Afganistán en modo alguno, y porque es lo correcto.

Luego, lo que es aún más importante, emprendimos una enérgica defensa para mandar a un estadounidense a reunirse con el canal más importante que hemos tenido nunca con los talibanes, ese hombre al que yo llamo «A-Rod». El único canal del todo fiable que existe hasta el mulá Omar. Y, por último, tenemos un informe en defensa de abrir un canal con Irán. Para que todo encaje al mismo tiempo.

A primera hora hablé con Hillary y le dije que creía que estábamos en el punto crítico, y que sería moralmente inexplicable que retrasáramos cualquier otro debate si teníamos oportunidad de hablar con los talibanes. Petraeus se opone con firmeza a todo esto. Dice que es demasiado pronto, y quiere hacerlo solo cuando él diga que es el momento apropiado, que afirma que será el año que viene, para cuando haya tenido más éxito militar. La verdad, no le creo. Me parece que la situación seguirá siendo un jaleo ambiguo, con elementos de progreso y elementos de regresión. Pero por encima de todo, no va a haber suficiente tiempo para alcanzar lo que él llama contrainsurgencia clásica, que en todo caso es una teoría de la que siempre he dudado.

Lo interesante de todo esto es que se trata de cosas que venimos defendiendo metódicamente desde el año pasado, cuando quedamos bloqueados por una combinación de oposición de ciertas facetas del gobierno estadounidense y pasividad de otras. Y ahora de pronto todo el mundo se ha emocionado con esto.

Las posibilidades de sacarlo adelante son muy pequeñas, pero hay que hacer el esfuerzo, y por fin el presidente está centrado en él. El memorando final, que Hillary le entregará hoy, me parece bastante bueno. Puede que lo recordemos como uno de los informes más importantes que hemos redactado nunca, pero está por ver.

Flashback: a principios del año pasado, en 2009, en algunas de las primeras reuniones del CSN con el presidente, me referí a Vietnam y tanto Tom Donilon como Hillary me dijeron que el presidente no quería ninguna referencia a Vietnam. Que no venían al caso, que no les gustaban, que les preocupaba. Eso me afectó mucho, porque me parecía que eran obviamente cuestiones relevantes.

Acabo de darme cuenta de que hoy es el cuarenta y dos aniversario de la invasión soviética de Checoslovaquia. Ocurrió durante la convención demócrata de 1968. Recuerdo que Dean Rusk estaba testificando ante el Comité de Plataforma, creo, y que cuando llegaron las noticias se quedó estupefacto.

El problema principal durante mi intento de tomarme vacaciones han sido las riadas en Pakistán. Creo que hemos tenido un éxito moderado dándole visibilidad a base de perseguir sin descanso a periodistas y funcionarios del gobierno. Al principio la Casa Blanca no le prestó apenas atención, el presidente emitió una declaración hueca, pero Hillary lo entendió desde el principio, y yo hice una campaña masiva. Ahora hemos puesto unos ciento cincuenta millones en el bote, y habrá más, pero las dimensiones de la catástrofe no dejan de crecer. Una zona más grande que el tamaño de Italia está, parece ser, bajo las aguas, hay veinte millones de personas afectadas. Cólera, fallos en la red eléctrica, destrucción de los cultivos de algodón, que arrasará con la industria textil. El país se enfrenta a una serie de problemas difíciles de desentrañar.

Ayer Kati y yo fuimos a la última función del nuevo montaje de *South Pacific* en el Lincoln Center, con Frank Rich, Alex Witchell y Linda Janklow.

Una producción fantástica, que encontré sumamente conmovedora. Los hombres lloraban, incluido yo mismo. Intenté comprender por qué ese espectáculo tenía un impacto emocional tan grande sobre nosotros. Para mí fue la combinación de belleza y música, de todos los momentos de la historia estadounidense que plasma; el espectáculo en sí comienza en Nueva York, en la cima de la grandeza de la ciudad, 1949, el tema: estadounidenses en guerra en una tierra lejana o en las islas del Pacífico Sur, el sentimiento de pérdida del optimismo americano y de la sensación de que éramos capaces de cualquier cosa. El contraste con el presente… era muy poderoso, y yo no dejaba de pensar en el punto en que estamos hoy, en nuestro país, en la falta de confianza en nuestra capacidad para liderar en comparación con donde estábamos en 1949 cuando se estrenó, evocando una era apenas cinco o siete años anterior, en que habíamos llegado a los rincones más lejanos del mundo y habíamos salvado la civilización.

El banco de Kabul, el banco más importante de Afganistán, es poco más que una estafa piramidal gigantesca, da la impresión, en la que la mayor parte del dinero se ha entregado a sus dueños sin intereses. Si es cierto esto, sería una muestra asombrosa de actividad criminal de repercusiones enormes. Llamé a Hillary, había entendido muy bien todos los problemas, pero el que la tenía más preocupada era por supuesto el del banco de Kabul. De inmediato se dio cuenta de que podría ser catastrófico, y discutimos maneras de minimizar los daños. Sobre los canales de reconciliación, insistió en que dejara claro que llevábamos trabajando en este asunto más de un año. Quería que recopilara todos esos memorandos, lo cual es una imposibilidad física, porque no deja de decir que van a buscar lo que sea para impedir que hagas esto.

Me he encontrado con Biden a solas. Cuando le he mencionado la cuestión de las mujeres, Biden ha estallado. Casi levantándose de la silla, me ha dicho: «No pienso volver a mandar a mi chico allí a arriesgar su vida por los derechos de las mujeres, no va a funcionar, no están ahí para eso». Le he dicho: «Joe, estoy de acuerdo contigo, no estamos ahí para eso, pero tiene el contenido siguiente», y entonces he intentado resumirle la posición que Hillary y yo habíamos tomado. A él le han parecido chorradas, lo que ha desembocado en una discusión mucho más amplia acerca del rumbo general de lo que podría ocurrir, algo bastante extraordinario. Joe ha adoptado la

postura, simple y llanamente, de que tenemos que salir de Afganistán. Le he recordado que el presidente y Hillary y, de hecho, creo, el propio Joe habían hablado de una presencia residual como en Irak, en la que según me ha dicho llevaba trabajando casi todo el último año, que necesitaríamos fondos del Congreso para entrenar al ejército y a la policía y ofrecer ayudas económicas, que no conseguiríamos nada de eso si se devolvía a las mujeres a los años negros y las épocas oscuras. Me ha dicho que eso no va a pasar, me ha dicho que no entiendo la política, que nos enfrentamos a una debacle política, que vamos a perder la presidencia en 2012 si el desempleo sigue tan alto, y que Afganistán era el otro tema que podía hacernos caer y que teníamos que marcharnos ya, que debíamos hacer lo mismo que en Vietnam.

Eso me ha sorprendido y le he respondido de inmediato que creía que teníamos cierta obligación hacia la gente que había confiado en nosotros. «A la mierda, nosotros no nos tenemos que preocupar de eso. Lo hicimos en Vietnam, Nixon y Kissinger se salieron con la suya». Le he dicho: «Pero aquí hay consecuencias estratégicas más importantes», y él: «¿Cuáles?», y he intentado resumírselas. Claramente ha pensado que le estaba soltando alguna mierda de derechas, y la cosa ha subido de tono.

Le he dicho que creía que yo había tenido bastante éxito en acercar a Hillary muy en la dirección en que estaba él un año atrás. Me ha respondido que puede ser, pero que por qué no había alzado más la voz en las reuniones con el presidente. Le he dicho: «Mira, no puedo alzar la voz en esas reuniones para decirle algunas de las cosas que creo, por ejemplo que la contrainsurgencia no funcionará, no porque Hillary no esté de acuerdo conmigo, que no lo está, sino porque no puedo discrepar con Petraeus, Mullen y, por aquel entonces, McChrystal y Gates delante del presidente sin poner en entredicho mi capacidad de trabajar directamente con ellos a diario para implantar la contrainsurgencia». Aun si no creo en ello, es la política presidencial, y le he dicho que creí que debía hacerlo.

Aunque las probabilidades de que tenga éxito algún tipo de diálogo con los talibanes son muy pequeñas —yo digo entre un 10 y un 20 por ciento—, sería una irresponsabilidad por nuestra parte no intentarlo teniendo en cuenta que no hay una solución militar a la guerra y que estamos metidos ahora mismo en una violenta espiral, en una relación deteriorada con Karzai y en Estados Unidos. Esta política hace aguas en este mismo momento, y todo el

mundo lo sabe. La única manera de lidiar con ello, en mi opinión, es buscar una solución política. Petraeus, por otro lado, está muy convencido de que la contrainsurgencia clásica es la respuesta. Y por contrainsurgencia clásica entiende esa sobre la que escribió en su doctrina. No creo que funcione aquí más de lo que ha funcionado en otros lugares. Pueden hablar todo lo que quieran del modelo argelino, o marroquí, o malayo, o filipino, pero aquí no funcionará por el refugio que proporciona Pakistán, y por la incompetencia del gobierno, porque no tenemos suficientes recursos ni suficiente tiempo, y porque el presidente va a comenzar a retirar las tropas el año que viene. Petraeus apuesta a que su brillantez (y sin duda, es brillante) desencadenará unas consecuencias que diezmarán al enemigo, que en efecto se desvanecerá. Eso es altamente improbable.

Petraeus ha cambiado, sobre todo para mal[84]. Le queda poco tiempo. Julio de 2011 acecha a la vuelta de la esquina. Su vehemencia habitual ha sido suplantada por un estilo casi demoniaco, y ya no escucha demasiado a nadie a no ser que lo requiera el protocolo o le interese a corto plazo. Si el interlocutor es otro estadounidense que no forma parte de su cadena de mando, su impaciencia mientras habla es palpable. Por un lado, lo siento de verdad por él. Sabe que cada segundo cuenta. Tiene que obtener resultados, como la mayoría de grandes comandantes, incluido su favorito, Ulysses S. Grant; está totalmente convencido de su propia rectitud y destino. Su historia personal —el accidente de maniobras casi mortal, sus pugnas memorables con oficiales veteranos que lo menospreciaban, su éxito aparente en Irak cuando pocos lo creían posible— ha contribuido a crear un personaje cuasi mítico. Está rodeado por un equipo de asistentes de una lealtad fanática, como casi todos los de cuatro estrellas, pero el suyo es calladamente eficiente, no como el grupo de vaqueros creídos y desdeñosos de McChrystal, que se creían un sumo sacerdocio de guerreros en la sombra llegados para salvar a nuestro país de sí mismo.

A pesar de su enorme talento, tiene de hecho un instinto pésimo fuera del reducido ámbito de los asuntos militares y el autobombo. Su fijación, la falta de auténtico interés en otras cuestiones, y su frialdad a veces son escalofriantes. A Mullen no le cae bien, pero ahora tiene que apoyarlo. Lute lo detesta y cree que nos está llevando en dirección contraria a la estrategia acordada. Es un juicio que comprendo, pero que no comparto del todo. «Está

intentando llevar a cabo una construcción nacional», dice Lute, pero ¿qué es la «COIN» sino una construcción nacional? El verdadero problema es si la estrategia de Petraeus funcionará, y a qué precio. Su dinamismo está perjudicando a todas luces a los talibanes, como lo evidencia el número creciente de enemigos que han tendido la mano para alcanzar pactos a escala provincial. Irónicamente, sin embargo, no son tanto sus acciones en pro de la seguridad de la población las que han dado estos resultados como el efecto increíble de sus «incursiones nocturnas» (que no todas son por la noche). En los últimos noventa días, dice, ha habido más de mil quinientas acciones de las Fuerzas Especiales, ¡un ritmo de combate sin parangón en la historia de la guerra! De modo que ¿dónde está el problema, si es que lo hay? En una palabra, durabilidad. O en otra, transferibilidad.

Cuando he subido a ver a Axelrod, le he dicho al marcharme: «David, sé que no quieres que te siga insistiendo con esto, pero el presidente es la única persona de alto nivel en el gobierno a la que no le he explicado nunca mi postura directa y francamente, y espero que podamos corregirlo». Él ha asentido sin más. Esta ha sido mi mayor frustración, aunque tampoco creo que pudiera en realidad cambiar las cosas si me reuniera con él. Pero al menos habría cumplido con mi obligación.

La pregunta surge cada dos por tres (me la hago a mí mismo, me la hacen mis amigos): ¿cuánto tiempo quieres seguir con esto? La respuesta es simple: mientras pueda cambiar algo. Ahora mismo estamos embarcados en la fase más difícil en términos de formulación de políticas. Desde el año pasado, como le escribía Hillary en mi memorando de la semana pasada, estamos dando forma a las políticas de un modo que determinará el resto del curso de la guerra. Es la última oportunidad que tiene el presidente de alejarse de los problemas que enfrentamos. Vamos a intentar que hagan un esfuerzo en lo que llamamos reconciliación. Que es en realidad un eufemismo para hablar de ver si existe base para un pacto político con los odiosos talibanes. Pero, dado que es imposible una victoria militar, tenemos que emprender esa búsqueda.

Estoy en Islamabad después de dos días agotadores en la parte sur de Afganistán y el Sind, visitando las zonas inundadas. Cuesta imaginar un escenario más abrumador. Los refugiados en sí están en malas condiciones, pero he visto cosas peores en los campos de refugiados de Angola, Camboya

e incluso en Bosnia. Lo que lo hace tan extraordinario es la extensión infinita de áreas inundadas, de gente aferrándose ya no a un refugio, sino a simples diques, lo más cerca posible de sus tierras, desperdigados por todo el paisaje del sur del Sind. Fuimos a Thatta el miércoles 15 y vi el vasto panorama de personas aferrándose a la supervivencia. Son resistentes y son duras.

Cuando salimos en helicóptero de Karachi el miércoles por la mañana, adonde llegamos después de pasar la noche en Dubái, empezamos a ver parcelas inundadas, y luego a medida que subimos más hacia el norte de Karachi solo un mar interior, con algún que otro árbol que asomaba de las aguas, alguna franja de terreno, y en los diques y las zonas elevadas, gente en tiendas, apiñada junto a los caminos. Al final, llegamos a Thatta y fuimos a un campo de refugiados gestionado por el ejército. Las personas estaban en tiendas, en una zona tremendamente calurosa. No tenían nada, solo que la mayoría de ellas se habían traído sus somieres. Carecían de información, no sabían nada de lo que estaba ocurriendo. Cuando hablamos con ellas, todas querían irse a casa, por supuesto. No eran críticas con el gobierno, pero el gobierno venía con nosotros: íbamos con un general y con un inspector del distrito, un buen hombre que parecía muy sinceramente preocupado por la situación. Le di cien dólares para que los usara como creyera conveniente, porque no me cabía en la cabeza irme sin dejar algo.

La reunión más importante a largo plazo fue la de Kayani, en la que saqué por primera vez el tema, desde un punto de vista hipotético, de contactar con los talibanes. Kayani es una figura clave en la política exterior estadounidense, y también muy enigmática. Salta a la vista que es sumamente inteligente, con una auténtica noción de la estrategia, disciplinado, y habla en una especie de murmullo, arrastrando las palabras, por lo que cuesta un poco seguirlo y hay que concentrar toda la atención. Al principio de conocerlo nos reuníamos siempre en el cuartel general, él con uniforme, pero este año ha empezado a recibirme vestido de civil en su casa, una señal de respeto muy calculada. Acostumbra estar acompañado, y lo estaba anoche, por su compinche, el general Pasha, jefe de la ISI. Pasha, en su primera reunión con Hillary en febrero del año pasado, se presentó como el director del servicio de espionaje más famoso del mundo. Lo que demuestra por supuesto que tiene muy buen sentido del humor. Lo que hace que resulte tan complicado tratar con estos dos hombres es que su adhesión a nuestras políticas es

absolutamente crucial, pero no terminan de confiar en nosotros ni de estar de acuerdo, y no siempre nos dicen lo que andan haciendo. Es una de las eternas complejidades de nuestra política exterior que la principal homóloga de la CIA en esta parte del mundo sea también una organización que mantiene vínculos con los enemigos de Estados Unidos. Les prestamos apoyo, trabajamos con ellos, intercambiamos información, les damos dinero y asistencia técnica, y ellos colaboran con nosotros cuando les apetece y dejan de hacerlo cuando no les apetece. Todo esto quedó de manifiesto anoche en la cena.

Les pregunté qué querían en realidad, y ellos me preguntaron a su vez: ¿qué intenciones tenéis en Afganistán? Yo le respondí: «Nos lo habéis preguntado muchas veces y creía que ya habíamos respondido a la pregunta, pero intentaré contestarla de nuevo». Esta vez, di un paso más, en cierto modo, y les dije que quería debatir el asunto de la reconciliación, que significaba, por supuesto, si debíamos hablar o no con los talibanes y en qué circunstancias. Les dije que lo planteaba de un modo por completo hipotético, porque no se había tomado aún ninguna decisión. Esto era técnicamente cierto, aunque desde luego nuestra intención era que el presidente marcara la casilla que autorizaba acercarnos a los talibanes.

La posición de Pakistán era contradictoria en tres aspectos. Por un lado, requerían que todos los contactos con los talibanes fuesen con Karzai al frente, y que nosotros nos quedásemos en un segundo plano. Esa es también la política habitual de Estados Unidos. En segundo lugar, sin embargo, decían que debíamos trabajar de manera directa para intentar negociar con la red Haqqani, a lo que yo repuse: «¿Cómo vamos a hablar con los Haqqani? Son unos nihilistas aliados con Al Qaeda, no defienden nada, son los más peligrosos en la zona». A lo que, con un leve deje de orgullo —a mí me pareció casi orgullo—, Pasha replicó: «Sí, son los mejores». Por descontado, los historiadores del conflicto sabían que la red Haqqani se fundó con la ayuda de la CIA y Pakistán en los años ochenta, como parte de la política antisoviética de Reagan, esa misma política que ha regresado y nos ha clavado los dientes de un modo tan desastroso tras el 11-S. El tercer punto contradictorio de los paquistaníes era que, aun cuando nos habían dicho que debíamos hablar con los Haqqani, no sabían cómo contactar con ellos. Ahora bien, no hay nadie en la CIA ni en el gobierno que se lo crea. De modo que

aquí estamos, atrapados en una triple contradicción de actitudes paquistaníes, obligados a mostrarnos educados.

Lo que está claro es que algo traman. A mí me da la impresión de que los talibanes están emprendiendo alguna clase de ofensiva amistosa diplomática, o al menos intensificando la que lleva un tiempo en marcha, y que su objetivo inmediato es establecer una presencia internacional, lo más seguro en Arabia Saudí, un lugar desde el que pueden acceder a la comunidad internacional libres del control, la presión y la mirada recelosa de los servicios de inteligencia paquistaníes. Lo que no está tan claro es si los paquistaníes les permitirán o no hacer algo. Y todavía está menos claro cuáles serían los términos de un acuerdo con los talibanes. Hoy le he insistido a Barney Rubin sobre este punto mientras almorzábamos a solas en Lexington Avenue, e incluso él, eterno optimista acerca de lo que se puede hacer con los talibanes, tenía sus dudas.

Ayer el *Wall Street Journal* reveló la historia que más nos temíamos: el Departamento de Justicia está investigando al hermano mayor de Karzai, Mahmud Karzai, que dirige los negocios de la familia. La familia Karzai, cabe decir, está organizada de una manera muy similar a la familia Corleone en *El Padrino* (uno es el hombre de negocios, otro es el narcotraficante, otro el que dirige restaurantes y otro el presidente) y tiene el mismo sueño que tenía Don Corleone para su familia. Por supuesto, al Padrino y su familia no les salió bien, y tampoco parece que aquí vaya a salir bien.

El libro de Woodward sigue asombrando a todo el mundo que le echa un vistazo. No es que sea un buen libro, al contrario, se queda bastante corto a la hora de explicar cómo se elaboran las políticas. Está lleno de medias verdades y anécdotas absurdas y triviales que resultan irrelevantes en el tema general. Woodward diría que sirven para ilustrar la personalidad del presidente, y en ese sentido tiene razón. Pero le falta la capacidad de distinguir entre lo que importa y lo que no, y como escribe a medida que obtiene la información, dicha información está fuera de contexto. Una disputa sin importancia que se resuelve con rapidez, pero también con mucho revuelo, puede pasar por delante de una disputa política de primer orden que se resuelve de un modo distinto, más metódico. Pero lo realmente increíble del libro es el desempeño autocomplaciente e indisciplinado de la Casa Blanca. Tom Donilon me ha

dicho que no cree que Jim Jones dure otras 72 horas, porque fue el principal soplón del libro. Aunque no lamentaré la marcha de Jim Jones, dado que intentó echarme del gobierno, sí que agradeceré que se marche antes que yo. Por otro lado, no es ni mucho menos el único soplón. El general Lute es una fuente importante. Me avergüenzo ahora de formar parte de un gobierno con un rendimiento tan malo y una actitud tan indisciplinada y tan pagada de sí misma y arrogante.

A Jim Jones lo han despedido hoy, de una forma bastante despiadada, y Tom Donilon lo ha sustituido. Como es obvio, esto ha eliminado del gobierno a la persona que hizo el intento más activo de destruirme, y lo ha reemplazado la persona con quien tengo una amistad más estrecha en la Casa Blanca, aunque cualquiera que haya trabajado con Tom sabe muy bien que en último término no se puede confiar realmente en él debido a su debilidad inherente. Pero ha madurado mucho, es la mejor persona para este trabajo y la mejor opción para nosotros.

A Jones lo han despedido con una llamada telefónica de Denis McDonough recibida a eso de las 19.15 en la gala anual de las USO. Es el acto benéfico más importante para él, y seguramente iba con toda la parafernalia, con el uniforme de gala de los marines, cuando respondió la llamada. Lo he sabido esta mañana por el almirante Mullen cuando he ido a tener una charla privada sobre las vías de negociación. Aunque Mullen creía que Jones debía irse, también pensaba que las maneras habían sido muy feas. Un hombre al que consideraban un niñato, un gamberro, había quebrantado el código militar y tratado cuarenta años de servicio como si fuera mierda. No sentían ningún respeto por McDonough en el ejército, y tenían sus motivos. Una vez más, la frialdad, la casi crueldad deliberada de la Casa Blanca quedaba en evidencia. Es un tema recurrente, y aunque nadie puede atribuirlo de forma directa al presidente, es obvio que emana de un estilo al que no pone ninguna objeción.

Martes por la noche, 2 de noviembre, noche de elecciones. Me parece, recordando estos últimos dos años, que Obama ganó gracias a una campaña brillante que se fundamentaba en su biografía como si esta encarnara la promesa de lo que podría ocurrir en Estados Unidos. Fue muy hábil en eso, y cuando hubo ganado lo abandonó, se replegó en decisiones tácticas sin

coherencia alguna ni grandísimas aspiraciones salvo en sanidad. También hizo muchas cosas buenas, logros impresionantes, que no podía presentar como parte del cumplimiento de su promesa, y los republicanos le ganaron la partida. En el meollo de todo creo que está la extraña sensación de que Obama se cree mejor que la mayoría de estadounidenses, y que no conecta con ellos como lo hace Clinton. Sé que este análisis tiene defectos, me doy cuenta mientras lo digo, pero creo que es muy distante y la gente lo nota. Gore y Carter tenían los mismos defectos. Clinton no, Reagan no. Ellos conectaban con la gente, y eso les sirvió de ayuda cuando se toparon con problemas.

Pensando en las elecciones, pensando en los dos años, me quedo con una conclusión fundamental y perturbadora. Barack Obama es brillante y sensacional, tiene una biografía poderosa y manejó en 2008 una campaña en el tono perfecto. Pero, dicho esto, cabe concluir también sobre la base de sus dos primeros años de mandato que no estaba preparado para ser presidente. Muchos presidentes han tropezado en la primera parte de su mandato en los últimos tiempos: le pasó a Clinton en 1993, a Reagan en 1981, a Carter en 1977 y por supuesto a Bush en 2001, hasta el 11-S, que evitó que se convirtiera en presidente de un solo mandato. Así que, en ese sentido, Obama no es único. Pero su falta de experiencia en el gobierno era mayor que la de ningún otro presidente de nuestra época; ninguno había tenido menos experiencia, y se notó. No estaba preparado, sencillamente, y ahora tiene que recomponerse, cambiar de estilo, abrirse, comunicar más, pensar de un modo más estratégico, hacerse con un mayor control de los resortes del gobierno y la persuasión y mostrar su liderazgo. Si lo hace, conseguirá un segundo mandato, igual que lo lograron Clinton y Reagan tras debacles similares en sus primeros dos años. Si no, le tocará lo mismo que a Jimmy Carter y George Bush padre, una presidencia de un solo mandato.

El suceso más interesante del día fue esa hora con Donilon en su nuevo despacho de la Agencia de Seguridad Nacional (ASN). Estaba más relajado que antes. Ya no tiene que andar metido en una guerra con su jefe inmediato. Empecé por decirle que había entrado muchas veces en ese despacho y que había conocido todas las ASN desde McGeorge Bundy, y que desde 1977, cuando Kissinger había abandonado ese despacho donde yo estaba ahora, ocurría algo curioso. Le dije que creía que Kissinger había dejado alguna

clase de sustancia química en la pintura y que había infectado a todos sus sucesores, de modo que la gente se convertía en Sandy Kissinger, en Toni Kissinger, en Brent Kissinger, en Bud McFarland Kissinger. Le señalé que uno de ellos había intentado suicidarse para escapar del puesto, que otro había acabado en la cárcel, que varios habían sufrido crisis nerviosas en el cargo, y lo insté a no convertirse en Tom Kissinger sino en ser sencillamente Tom Donilon.

Cuando ya me disponía a irme le mencioné el libro de Woodward, lo que hizo estallar a Tom, que aseguró que no le volvería a dirigir la palabra a Woodward en la vida. Le dije: «Pero tu esposa y su esposa son amigas íntimas». «Ya no». La reacción de Tom me pareció extraña, teniendo en cuenta que solo hay un comentario negativo en el libro respecto a él, y era un comentario de Gates, que Gates niega haber hecho y que en cualquier caso resulta intrascendente. La explicación más probable es que Tom sirviera de fuente para el libro y que esté furioso con Woodward. Tom afirma no haber abierto el libro, cosa que me parece increíble dada su rabia contra él.

Eso, no obstante, lanzó a Tom a una diatriba contra Jim Jones. Tom sugirió que Jones era el peor ASN de la historia y que no era más que un payaso. No puedo contradecirle. El odio de Tom está justificado, aunque este doble rasero suyo sobre cómo le afecta a él y cómo me afecta a mí es bastante característico.

Al parecer el presidente está volando hacia Kabul, cosa que descubrí anoche encajando pequeños detalles, en particular que Doug Lute no apareciese en la cena para los internacionales en que ambos hacíamos de anfitriones, y que mandara a su segundo, el coronel Tien, que me dijo, con voz bastante monótona: «Doug está con el presidente». Yo le dije: «Quieres decir que están volando». «No puedo responder a eso». «Vale, no respondas, pero dime que no». Y Tien, intentando sugerir sin palabras, me dijo: «No puedo responder a eso». No puedo fingir alegrarme de que el viaje haya tirado adelante sin mí. Al último no le di mucha importancia, aquel corto en abril, que fue una farsa, pero este es más transcendente y creo que tendrían que haberme invitado a participar, y ahora tendré que pasar el día fingiendo que es algo de rutina. En fin.

Mi homólogo indio, S. K. Lambah, ha llegado por invitación mía para tantear una nueva idea que se me ha ocurrido, que consistiría en ver si podemos conseguir que indios y paquistaníes accedan a hablar entre ellos, pero solo de Afganistán, no de sus problemas bilaterales. Frank Wisner había predicho que fracasaría, pero lo pusimos en marcha. Hoy Lambah se ha reunido con Hillary. Le ha ido sumamente bien con ella. Por sugerencia mía, Clinton se ha visto a solas con él un rato en su gran despacho ornamentado, sentada con las piernas cruzadas, lo que significa que estaba en un plan bastante informal después de que hiciéramos salir a todos los demás y quedáramos solo ella, S. K. Lambah y yo. Le ha gustado mucho la idea.

Más tarde, S. K. Lambah y yo nos hemos reunido en privado en su hotel. Estaba entusiasmado. Por la mañana desayunaré con el embajador Haqqani, y luego arrancaremos un proceso muy, extremadamente, complicado para ver si conseguimos que la India y Pakistán estén dispuestos a hablar si la conversación se restringe solo a Afganistán. Eso es lo esencial del asunto, veremos qué pasa.

Fin del martes, 7 de diciembre.



Richard Holbrooke, cercano ya el final de su vida. Cortesía de Morgan O’Brien.

X

La mañana siguiente, Holbrooke desayunó con Haqqani en el Four Seasons. Le explicó al embajador paquistaní que S. K. Lambah, veterano diplomático indio, estaba en la ciudad y había reaccionado favorablemente a la idea de un diálogo la India-Pakistán sobre Afganistán. Haqqani informó de esto en su telegrama a Islamabad, y aconsejó una respuesta evasiva por parte de Pakistán, dejando la idea en reserva como una opción para refrenar las ambiciones indias[85].

Pero, en confianza, le dijo a Holbrooke que Pakistán nunca soltaría Afganistán.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir con esto? —le preguntó Haqqani—. Yo estoy agotado.

—Seguiré mientras pueda cambiar algo. No podemos dejarlo—. Holbrooke dijo que el mundo entero quería saber cuáles eran las motivaciones del ejército de Pakistán—. Me pregunto si ellos mismos lo saben. Creo estar entendiendo que sus intereses son comerciales. Quizá podríamos plantear algún pacto comercial para presionarlos[86].

—Inténtalo, pero para serte muy sincero, si alguien tiene un país entero, ¿cómo se lo va a satisfacer con unos intereses comerciales?

Tras el desayuno, Holbrooke se encontró con Lambah en su hotel. Este se mostró tan escéptico como Haqqani. Estaba dispuesto a transmitir la idea a Delhi, pero tenía poca confianza en que Pakistán cambiara, incluso después de que Holbrooke le enseñase el reciente libro blanco de Kayani. Pakistán no tenía ningunas ganas de hablar con la India sobre Afganistán, que consideraba uno de sus dominios. El optimismo de Holbrooke olía a desesperación.

Partieron hacia aeropuertos distintos: Lambah de vuelta a la India; Holbrooke, a Nueva York. Tenía tiempo de hacer una de sus llamadas diarias a Gelb.

Este, que poseía en el gobierno mejores fuentes que las de Holbrooke, se había enterado de que había otro movimiento en marcha para deshacerse de él. Lo dejaron fuera del viaje de Obama a Afganistán, lo apartaron de la cumbre de la OTAN en Lisboa, lo excluyeron de la última revisión de la

estrategia. A Holbrooke le preocupaba Donilon, y temía incluso que Clinton estuviese cansada de pelear por él.

—Estoy intentando verme con el presidente —le contó Holbrooke a Gelb. Nunca se tomaban la molestia de saludarse.

—No creo que vaya a ocurrir.

—He intentado hablar con Axelrod, pero no me ha devuelto la llamada. ¿Tienes idea de lo que está pasando?

—Como te dicho desde el primer momento, no es amigo tuyo. Estás siempre diciéndome que sois amigos y que te da buenos consejos. No es amigo tuyo. Lo que yo supongo, aunque no sé nada seguro, es que es una de las personas que te está impidiendo ver a Obama.

Holbrooke se quedó callado un momento. Luego pasó a los indios y los paquistaníes y empezó a explicarle los últimos y prometedores avances.

—Chorradas —dijo Gelb—. Siempre nos dicen a los estadounidenses que están de acuerdo con nosotros y luego no cumplen, Kayani no cumplirá con esto.

—No sé decir si van en serio o no.

—Lo sé, tú estabas ahí. Yo no lo creo. Su historial dice que nunca cumplen en este tema porque no tienen la misma idea de sus intereses que tenemos nosotros. Su primera y su segunda prioridad son joder a la India.

Cuando Holbrooke llegó al Beresford estaba exhausto. Kati nunca lo había visto tan pálido. Le dijo que se echara a descansar, pero él le respondió, casi sollozante: «No quiero descansar, quiero hablar contigo». No dejaba de angustiarse por la billetera que había perdido hacía poco, y por aquel pedazo de papel rosa de la embajada donde había escrito el número de teléfono de la hermana de Kati en París en 1993. Lo tenía guardado desde entonces. Perderlo lo atormentaba.

Pero no había tiempo para hablar. Tenían tres eventos esa noche: la presentación del libro *A Rope and a Prayer*, que habían escrito David Rodhe y su esposa Kristen sobre la terrible experiencia del secuestro; una fiesta por la publicación de la autobiografía del financiero Felix Rohatyn, y otra de despedida para su amigo Jim Hoge, que se retiraba como editor de *Foreign Affairs*. Este último, una cena en el Four Seasons que ofrecían los Peterson, era el tipo de acto que sacaba de casa a la aristocracia del éxito de Nueva York, que ahora ya no tenía relevancia: los banqueros, periodistas, figuras

televisivas y gente del mundo diplomático a quienes llamaba sus «verdaderos amigos» cuando Washington lo hacía sentirse herido.

La cena era en el comedor privado de la planta superior. Entre el gentío que subía la escalera, Wisner y su prometida iban un par de escalones por detrás de Kati y Holbrooke, que se volvieron a saludarlos. Wisner empezó a comentar algo sobre la idea de Holbrooke para la India y Pakistán; que podría funcionar si intentaba…

Wisner vio que la cara de Holbrooke adoptaba un gesto ceñudo, y que Kati le clavaba una mirada a su esposo, y dejó de hablar.

Durante la cena, Holbrooke se levantó, fue hacia Gelb y se lo llevó a una mesa vacía. Estaba temblando de nervios.

—Kati y yo acabamos de tener una discusión terrible.

Pero entonces un fotógrafo del *Wall Street Journal* se acercó a los dos viejos amigos para sacarles una foto. Posaron con los índices levantados como si estuviesen discutiendo sobre Afganistán y Pakistán, solo que ambos sonriendo. Holbrooke tiene la cara llena de manchas rojas, los ojos apagados por el cansancio, la tripa hinchada asomando por encima del cinturón.

—Hablamos mañana —le dijo, y se volvieron a sus mesas.

Después de la cena, Holbrooke le pidió a Wisner que se quedara con él en la Calle N la noche siguiente. Wisner rehusó: se alojaría en el Metropolitan Club.

Por la mañana, Holbrooke voló de vuelta a Washington. De camino al aeropuerto recibió una llamada de Dick Beattie. La esposa de Beattie había visto a Holbrooke en la fiesta y le había dicho a su marido que se moriría de un ataque al corazón: el color de la piel, el peso, todo en él tenía una pinta horrible. Beattie quería que Holbrooke fuese a ver a su cardiólogo; no confiaba en el doctor Rosenfeld. Holbrooke mencionó la discusión con Kati. Seguía enfadado con ella, pero también avergonzado de su propia reacción. Se habían dicho cosas muy duras.

Ya en la cafetería del Departamento de Estado almorzó con Susan Glasser, editora de *Foreign Policy*, y además de sus sushis se comió los *California rolls* de ella. Glasser le dejó el premio de la fiesta del cuarenta aniversario que tanto había alegrado a Holbrooke, pero que había olvidado llevarse a casa, una réplica de metacrilato del primer número de la revista, con su artículo «The Machine That Fails» anunciado en la primera plana. Estuvo

trabajando hasta tarde en su despacho, y un asistente lo pilló devorando a puñados granos de café bañados en chocolate de una cesta de regalo que le había mandado un grupo de paquistaníes estadounidenses por el Año Nuevo islámico. El asistente se los llevó.

Volvió a su casa de la Calle N y se puso unos tejanos y un jersey azul claro antes de salir hacia el 1789, un restaurante de Georgetown situado en un antiguo edificio de estilo federal, con chimenea y techo de viga vista. Tenía una cena a las ocho en punto con Michael Abramowitz, hijo de su amigo Mort Abramowitz, que era en realidad su examigo desde que habían discutido sobre Kosovo. Holbrooke estaba cansado, apagado, pero saber de la familia Abramowitz lo animó, porque pertenecían a su pasado[87]. No quiso hablar de su trabajo, salvo para insinuar que era muy pesado, pero ¿qué va a hacer uno si el presidente le encomienda el reto más importante del país?

De lo que sí quería hablar era de Kati. Que era una escritora brillante, que había escrito dos libros sobre el Holocausto (Michael era funcionario del Museo del Holocausto), que había descubierto que era judía de adulta, que su padre había sido un hombre frío, que Peter Jennings había querido que dejara de trabajar en la ABC después de casarse. Holbrooke era el único que la valoraba plenamente. No quería dejar de hablar de ella. Puede que eso hiciera que la sintiera más cerca. No habían vuelto a hablar desde la discusión.

Abramowitz lo llevó en coche a la Calle N. Por el camino, Holbrooke le explicó que Kati y él perdían cientos de miles de dólares por cada año que seguía en el gobierno.

Cuando llegó a casa, eran las 22.30. Llamó a Wisner a su club y le pidió que acudiera.

—De verdad que quiero verte. Necesito hablar contigo de lo que pasó anoche.

—No puedo. Acabo de llegar a mi habitación. Es tarde.

—Lo que dijiste de mi idea… No llegué a hablarlo con Kati, y ella se ha metido en una ofensiva furiosa a gran escala, me ataca, me critica. Hemos tenido una de las peores discusiones de nuestro matrimonio.

—Ay, joder. Lo siento. Se me pasó completamente por alto.

—Sé que no era tu intención, pero está muy enfadada porque te lo dijese a ti y no a ella. Estoy intentando cerrar el tema y presentárselo al presidente, pero a Kati le gusta demasiado hablar, así que no puedo contarle nada de lo

que me llevo entre manos. De modo que tuvimos una discusión tremenda y no hemos vuelto hablar desde entonces.

Su matrimonio, le dijo, pasaba por graves problemas.

Se quedó levantado hasta tarde. Llamó a la mujer joven que había sido su amante y, como no respondió, le dijo a su contestador: «Te has olvidado de mí. Estoy desconsolado». Llegó un mensaje de su secretaria, Donna Dejban: Axelrod los recibiría en la Casa Blanca a las nueve de la mañana. Estuvo viendo el programa de Stephen Colbert, haciendo llamadas y escribiendo correos electrónicos hasta bien pasada la medianoche.

Viernes, 10 de diciembre. Se levantó cansado y nervioso. A las 7.30 llamó a su viceasesor, Frank Ruggiero. Este tenía previsto informar a Clinton a las diez de la mañana acerca de su encuentro en Munich con Tayyab Agha, que había sentado las bases para ulteriores conversaciones. Holbrooke lo tuvo una hora al teléfono, hablando de cuanto le venía a la cabeza, recordando gente antigua de Washington. Le preguntó a Ruggiero si sabía por qué Axelrod quería verlo con tan poca antelación, como si fuese a darle malas noticias; como si, tal vez, estuviese a punto de despedirlo.

Hizo una llamada rápida a Kati. No había tiempo de hablar de lo ocurrido entre ellos y reparar los daños. Se rieron de una noticia: habían ultrajado a una embajadora de la India, una mujer que ambos detestaban, cacheándola en un aeropuerto en Mississippi. «Qué agradable reírse», dijo Holbrooke, pero de camino a la Casa Blanca estuvo alterado.

Llegó sin aliento, pálido y sudoroso. A Axelrod le pareció que tenía un aspecto horrible.

—Te diré algo que solo saben cinco personas en el mundo —empezó Holbrooke.

Era la clase de preámbulo que sacaba de quicio a la gente de Obama, pero Axelrod escuchó educadamente mientras Holbrooke le hablaba de Tayyab Agha, del canal hacia el mulá Omar, de la necesidad de un pacto político. Se le veía menos centrado que de costumbre, como si algo lo molestara. En cierto momento, tuvo un acceso de tos tan fuerte que Axelrod le pidió a Lesser que fuese por un vaso de agua.

—Tengo que hablar con el presidente —dijo Holbrooke—. No estoy seguro de que sepa todo lo que necesita saber.

Axelrod dejó claro que no se iba a saltar al Consejo de Seguridad Nacional. ¿Había hablado Holbrooke ya con Donilon y McDonough?

Holbrooke le dijo que eran ellos quienes le impedían el paso.

—Sé que al presidente no le caigo bien.

Axelrod no lo contradijo; habría perdido toda la credibilidad.

—Estoy seguro de que aprecia tus esfuerzos, pero tienes que presentar tus ideas de un modo productivo.

No era un consejo de cómo hablar con Obama, sino una explicación de por qué nunca llegaría a hacerlo. De pronto Holbrooke miró su reloj:

—Tengo que ir a una reunión con Hillary.

Salió corriendo de la Casa Blanca, y Lesser lo siguió para acompañarlo hasta su coche en la West Executive Avenue. Axelrod iba a dejar el puesto a finales de año para trabajar en la reelección del presidente, y Lesser se marcharía también. Mientras salían juntos, Holbrooke logró contener lo suficiente su decepción para ofrecerle un puesto en el SRAP. Lesser iría a la Facultad de Derecho, pero se lo agradeció.

De camino al Departamento de Estado, Holbrooke llamó a Gelb:

—He hablado con él. No tiene pinta de que vaya funcionar.

Gelb no sabía nada de la reunión con Axelrod, pero supo de inmediato a qué se refería Holbrooke.

Este cogió el ascensor hasta la séptima planta.

Recorrió a toda prisa el pasillo, pasó por delante del Centro de Operaciones, adonde había llegado su llamada desde Sarajevo el día de Igman; por delante del antiguo despacho de Gelb; por delante del antiguo despacho de Lake.

Enfiló el pasillo de caoba que conducía al despacho de la secretaria. El retrato oficial de Dean Rusk lo contemplaba desde la pared contraria a la puerta, con bolsas en los ojos, serio: el padre reticente que lo había convertido en diplomático, si es que había alguno.

Pasó corriendo por delante del secretario ejecutivo de Clinton, Steve Mull.

—¿Cómo está usted, embajador?

—El peor día de mi vida, y ahora llegó tarde a ver a Hillary.

Entró en el antedespacho de la secretaria, donde solía pasar el tiempo con Wisner y Tarnoff, esperando pillar a Cyrus Vance. Dejó el abrigo en una silla para que Claire Coleman, la asistente de Clinton, lo colgara en el armario

diminuto que había en la jamba de la puerta. Entró en la enorme sala de visitas en la que S. K. Lambah y él se habían reunido con Clinton tres días atrás. Donde se había reunido en su día con Albright, con Christopher, con Vance y, cuando tenía apenas veinte años, con Rusk. Donde había soñado siempre con recibir a visitantes importantes como lo era él.

En el extremo más alejado de la sala había un árbol de Navidad. Cuadros de Washington, Madison y John Quincy Adams en las paredes. Una enorme alfombra persa de punta a punta del suelo. Cortinas blancas y rosas con un estampado llamado «los cuatro continentes», inspiradas en las que Franklin trajera de Francia en 1799. Clinton estaba sentada en su sofá, junto a la ventana que daba al Monumento a Lincoln. Jake Sullivan se hallaba sentado a su izquierda, y Ruggiero a la izquierda de Sullivan, en un sillón.

Holbrooke llegaba quince minutos tarde; la reunión estaba casi terminando. Se sentó en el sillón que quedaba a la derecha de Clinton.

—Vengo de ver a Axelrod. Ha sido muy interesante.

Se puso hablar de la importancia histórica de negociar con los talibanes, de los motivos por los que sería más difícil que en Vietnam y Bosnia. Ese tipo de discurso con que hacía ya mucho tiempo había perdido a Obama.

—Vamos, Richard —le dijo Sullivan—, ya te hemos entendido, sigamos.

Ruggiero prosiguió informando a la secretaria de cara a su reunión en la Casa Blanca. Holbrooke empezó a decir algo.

—Dios mío, Richard, ¿qué te pasa?

Clinton estaba mirándolo a la cara. Se había puesto de un color que no aparece nunca en una cara humana, un rojo tan rabioso que parecía de dibujos animados.

—No lo sé —dijo Holbrooke poniéndose de pie. Parecía confundido; no con dolor, sino como si hubiese recibido una sorpresa tremenda—. No me encuentro bien. Me pasa algo malo.

—Vamos ahora mismo al consultorio de abajo.

—No, espera.

—Ve ahora mismo. Claire te acompaña a la enfermería.

Ruggiero y Sullivan llevaron a Holbrooke al ascensor privado de la secretaria de Estado mientras este vociferaba instrucciones:

—Estoy bien, Claire me puede acompañar. Ve a informar a Hillary para que Frank pueda avanzar.

Coleman lo bajó a la primera planta. A la izquierda, izquierda otra vez, por delante del 1515, su cutre despacho. Por las escaleras al sótano, un laberinto de pasillos blancos, suelos de linóleo, techos bajos de paneles. Donna Dejban, su secretaria, los alcanzó. A pocos pasos del Servicio Médico Holbrooke se desplomó contra la pared.

—¡Las piernas! ¡Algo va mal!

Dejban y Coleman lo ayudaron a entrar en la clínica.

—¡No llames a Kati, no llames a Kati! —le repetía sin parar a Dejban.

—Aquí abajo no funciona mi teléfono —dijo ella—. Voy a tener que llamarla cuando sepamos algo más.

Los enfermeros lo tumbaron en una camilla. Le quitaron el abrigo, la corbata y la camisa, y cubrieron su torso enorme con una bata. Tenía la cara pálida por abajo y encarnada por arriba. Gritaba de dolor. La ambulancia estaba tardando una eternidad.

—¿Dónde está mi equipo? ¿Dónde está la ambulancia?

Sus viceasesores, Ruggiero y Dan Feldman, llegaron con su asistente personal, Chris LaVine.

—Yo voy contigo —dijo Ruggiero.

—Dan, quédate conmigo —le pidió Holbrooke.

Feldman había estado con él los dos últimos años enteros. Era lo más parecido a un hijo que tenía a su alcance.

Sacaron a Holbrooke al aire invernal de la Calle Veintiuno por la zona de carga y descarga. Se tapó la cara con la sábana.

—Esto es el fin de mi carrera. Nunca volverá a ser lo mismo.

Esperaron en el frío otros diez minutos hasta que llegó la ambulancia.

Feldman se subió atrás con Holbrooke, y LaVine delante, con el conductor. La ambulancia bajó a toda velocidad por la Calle Veintiuno, giró a la izquierda por la Calle C y otra vez a la izquierda por Virginia Avenue, en dirección a Georgetown, donde prácticamente todo aquel a quien Holbrooke había conocido en su día estaba muerto.

Su jefa de gabinete había mandado la ambulancia al hospital Sibley Memorial, pasada la casa de Nebraska Avenue que compartiera con Litty. Pero sus asistentes pensaron que tal vez no llegara tan lejos y le dijeron al conductor que cogiera la Calle Veintitrés hacia el hospital George Washington, que estaba diez minutos más cerca que el Sibley.

—Tendríamos que llamar a Kati —dijo Feldman.

LaVine marcó en su BlackBerry, y cuando Kati respondió le dijo:

—Estoy aquí con Richard. Vamos en una ambulancia. Te lo paso.

Le dio el teléfono a Holbrooke.

—Siento un dolor que no había sentido nunca —dijo este. Era la voz apagada, sin vida, de aquella llamada que le hizo tras el accidente en el monte Igman—. No siento nada en las piernas.

Kati estaba en el Beresford, recién llegada del gimnasio y todavía con la ropa de deporte. Le dijo que iba para allá. La llamada fue breve.

Holbrooke se quejó de la atención recibida: ningún médico, solo enfermeros, y la ambulancia había tardado veinte minutos.

—Decidle a Hillary que el equipo médico es terrible.

Feldman empezó a tomar notas en el reverso del comprobante de un pago con tarjeta de un restaurante chino.

—Llama a mis hijos, diles que los quiero. Diles a David y a Lizzie que vengan. Llama a Anthony —que estaba en Alemania—, pero no hace falta que venga. Dile a Chris que puede venir si quiere. Son el mejor equipo de la historia. Asegúrate de que todo mundo lo sepa.

El dolor en el pecho era terrible. Feldman intentaba cogerle de la mano mientras tomaba notas.

—Harás una gran carrera. Le caes bien a todo el mundo. Tus hijos son geniales. Dedícale más tiempo a tu familia. No me dejes morir aquí.

—No te voy a dejar. Ya llegamos al hospital.

—¿Qué está pasando? No me circula la sangre. El culo, las piernas… No siento nada. A lo mejor es un coágulo. —Estaba aterrorizado—. No me dejes morir solo. Quiero morir en casa, con mi familia. Tengo mucho que hacer.

El médico de Hillary Clinton, Jehan El-Bayoumi, trabajaba en el George Washington y supo por un asistente de Clinton que estaba de camino una persona importante. Una joven cardióloga llamada Monica Mukherjee salió a recibir la ambulancia y condujo la camilla por urgencias hasta radiología.

Holbrooke gritaba de dolor. Mukherjee intentó calmarlo para hacerle un TAC. Comprendía ya que su aorta se había desgarrado. No sabía quién era aquel hombre, pero le parecía gigantesco, demasiado alto para la camilla. Los pies enormes casi le colgaban por el extremo. No estaba llegándole sangre y su sufrimiento era ahora tremendo.

Feldman se alejó para llamar a los médicos de Nueva York.

—¿Dónde está Dan? —preguntó Holbrooke—. ¿Dónde está Dan?

—Tiene que calmarse —le dijo Mukherjee.

El escáner mostró una disección aórtica de tipo A; esto es: directo a quirófano. En el despacho de la secretaria de Estado, la fuerza de su corazón bombeando sangre bajo una presión inmensa a través del aneurisma, tenso y debilitado, había abierto un agujero en la capa interna de la aorta, y cuando la sangre corrió por entre las capas, los pliegues rotos bloquearon el flujo a las arterias espinales y la mitad inferior del cuerpo quedó sin circulación.

Mukherjee llamó al cirujano cardiaco jefe del hospital, que estaba a quince minutos.

—Tienes que venir ahora mismo. Es un VIP.

—¿Quién es?

—Se llama Holbrooke.

Lo llevaron a la sala de urgencias y echaron la cortina en torno a la camilla. Feldman estaba a su izquierda, cogiéndolo de la mano, y LaVine a los pies de la camilla. Mientras, Mukherjee intentaba colocarle un catéter en la muñeca derecha para controlar la presión de sangre, pero Holbrooke estaba tan trastornado que era imposible. Tenía la piel fría y sudorosa, y parecía que fuese a desmayarse, pero a Mukherjee le chocó la manera en que dominaba la sala: no solo por su tamaño, sino por su mera presencia, por la luz en sus ojos azul claro.

Seguía bregando con la vía intravenosa.

—Puede que duela.

—Me alegro de que sea usted guapa, doctora —le dijo Holbrooke.

El-Bayoumi y otros estaban ahora en la sala. La presión de Holbrooke se había disparado, y el pulso en las piernas iba apagándose, pero él no dejaba de hablar y de dar órdenes a Feldman, que seguía tomando notas, como si aquello fuese una reunión del equipo.

—Quiero a tanta gente… Dile a Les que le quiero. Llama a Frank y a Strobe. Llama a Jim Johnson. Dale las gracias a Claire de mi parte. Cuéntale a Rosemarie. Cuéntale a Hillary lo que ha pasado. Díselo a Eric Lesser, de la oficina de Axelrod. Dile a Ash que la quiero y que venga. Asegúrate de registrar todas mis ocurrencias.

Mukherjee se volvió a El-Bayoumi.

—Si puede hacer algo para calmarlo…

—Quiero que cierres los ojos y te relajes —le dijo El-Bayoumi—. Imagina que estás en la playa.

Holbrooke cerró los ojos.

—Odio la playa.

—Vale, ¿qué te gusta?

Abrió los ojos y miró a Mukherjee.

—Me gustan las mujeres hermosas.

Mukherjee estaba empezando a molestarse. El-Bayoumi volvió a decirle que se relajara.

—No me puedo relajar. Me encargo de Afganistán y Pakistán.

—¿Y de Irak?

—No, Irak me da igual. Yo estoy intentando llevar la paz a Afganistán.

—Relájate —dijo El-Bayoumi—. Ya me ocupo yo de Afganistán.

—Estupendo. Termina tú la guerra.

Le tendieron varias formularios de autorización para que los firmara, pero sentía demasiado dolor para leerlos.

—No veo clara la segunda cláusula —bromeó. Y firmó.

Lo llevaron al ascensor y lo subieron a la segunda planta. Él seguía dando instrucciones a Feldman.

—Dile a Mort Janklow…, no, espera a que termine la operación, y tampoco mandes ninguna nota de prensa hasta que acabe.

En la unidad de cuidados intensivos, el cirujano se presentó:

—Señor Holbrooke, soy el doctor Farzad Najam, el cirujano jefe.

—Cualquier médico indio-estadounidense me parece bien —respondió Holbrooke, todavía bromeando.

Najam y Mukherjee cruzaron una mirada. Najam era paquistaní-estadounidense, de Lahore. Conocía el trabajo de Holbrooke.

—Dígame solo que todo irá bien.

—Señor Holbrooke, tiene usted una disección aórtica aguda; la aorta se ha desgarrado. Es una emergencia quirúrgica y hemos de llevarlo a la sala de operaciones.

Najam tendría que atravesar el esternón, colocarle un baipás cardiopulmonar, reemplazar la aorta y puede que también la válvula.

—¿Y qué va a poner en su lugar? ¿Algo mecánico? Póngame lo que haga falta: un trozo de corazón de cerdo, un trozo del corazón de Dan…

El personal médico estaba quitándole el reloj, la alianza, su pase del Departamento de Estado, y dándoselo todo a Feldman.

—Esta es una operación de altísimo riesgo —le explicó Najam—. El peligro de muerte es elevado. Un cincuenta por ciento o más.

Holbrooke oyó esto y se calmó.

—Me cae usted bien —le dijo—. Sé que no me engaña. Si salvo la vida sé que será porque estoy aquí.

La actuación que lo había ayudado a sobrellevar el miedo y el dolor se vino abajo. Esa actividad constante que nunca daba tregua, ni en el último extremo, cesó de pronto. Por primera y última vez, sus ojos azul claro se llenaron con la resolución de ver la verdad de su situación sin apartar la mirada.

Tenía a Feldman y Mukherjee cogidos de la mano. Se las estrechó.

—Llamad a Kati.

Epílogo

Aquello fue el fin. Veinte horas de operación, hemorragia masiva a causa de la warfarina, la aorta hecha trizas hasta la pelvis. No volvió a despertar. La noche del lunes 13 de diciembre, su corazón se rindió. Hillary Clinton dio la noticia a los miembros de su equipo en el vestíbulo del hospital, donde habían estado velando, que lloraron en sus brazos. Se los llevó al Ritz-Carlton, se sentaron en el bar y estuvieron contando anécdotas de él hasta entrada la noche.

Cuando un rey muere, el duelo se vuelve competitivo, como si la grandeza del difunto pudiera transferirse a aquellos que lo lloren más. Así ocurrió con Holbrooke, que nunca se sentó en el trono, pero generó una reacción similar. Hubo una lucha curiosa por ver quién había estado cercano a él, y muchos de los competidores fueron mucho más amables ahora que no estaba que cuando lo tenían delante. Karzai telefoneó a Kati con profunda consternación. Una postal de Hallmark con flores rosas en la que se leía «Espero que pronto te sientas mejor» llegó tras la muerte de Holbrooke de parte del «Teniente general Ahmed Shuja Pasha, director general, Inteligencia Interservicios»[1]. La misa en su honor que se celebró en la Kennedy Center Opera House fue como un funeral de Estado[2]. Zardari acudió desde Pakistán, y también generales, diplomáticos, banqueros, periodistas, Carl Bildt, Dikembe Mutombo, Albright, Biden, los empleados de la Casa Blanca que lo habían atado como a Gulliver, y Litty, y la mujer de Alemania. Renée Fleming cantó el *Ave Maria*. Había en el escenario unas palmeras falsas del decorado de *South Pacific*, que se representaba en el Kennedy Center, y también estaban, sentados junto a Kati, David, Anthony y el resto de oradores, Hillary y Bill Clinton y Barack Obama.

«Richard fue muy buen marido», afirmó Kati.

«No olvidemos nunca, nunca, la fragilidad de Dick, su vulnerabilidad», dijo Les Gelb.

«Jamás entendí a las personas que no lo apreciaban —dijo Bill Clinton—. La mayoría no eran ni mucho menos tan buenas como él a la hora de hacer que pasaran cosas».

«Dios te bendiga, amigo mío», se despidió Hillary Clinton.

Obama estuvo allí sentado las dos horas enteras, como una forma de respeto o penitencia. Cuando llegó su turno, elogió a su difunto y humillado SRAP en abstracto, con expresiones prestadas, y citó el poema de Matthew Arnold «The Buried Life», una elección peculiar teniendo en cuenta que la poesía trata de la búsqueda de una vida interior: una montaña que al difunto nunca le interesó escalar.

En privado, Obama mostró su exasperación ante la idea que circulaba por ahí de que él había matado a Richard Holbrooke.

¿Podría Holbrooke haber solucionado la cuestión de Afganistán? No lo creo. Las mejores ideas no sirven de nada sin la capacidad de ponerlas en práctica. Había perdido el don esencial de la persuasión. Y puede que, para cuando llegó él, Afganistán se hubiese convertido ya en una de esas cosas horribles que hay que hacer, pero no pueden hacerse. Aun así, si Obama consideró que merecía la pena mandar a sesenta mil soldados, también merecía la pena reprimir la antipatía que sentía hacia su prolijo representante especial y emplear los poderes menguantes de Holbrooke para intentar poner fin a la guerra. Afganistán nunca importó lo suficiente.

Hacia el final, Holbrooke vivía en cada capítulo de su vida simultáneamente —Kennedy y Obama, Vietnam, Bosnia y Afganistán—, como si flotara en una masa única de agua cuya temperatura variara de un punto a otro y de una profundidad a otra[3]. Toda esa experiencia acumulada…: nosotros, los estadounidenses, no la queremos. Hace casi que nos sintamos avergonzados, salvo cuando la enterramos. De modo que olvidamos nuestros errores, retrocedemos ante ellos, damos bandazos desquiciados entre el esfuerzo sobrehumano y la triste retirada, buscando siempre las respuestas en nuestra propia bondad y sabiduría, y no donde están, en el mundo y en la historia. Me asombra que superásemos tan bien nuestro medio siglo en la cima. Ahora eso ha terminado.

Hubo más ceremonias en otras ciudades. En Nueva York, la misma mezcla de gente que lo adoraba y detestaba ocupó los asientos de la Asamblea

General de la ONU. Samantha Power y Susan Rice llegaron juntas y con retraso. Tony Lake se sentó solo en el palco.

Lake tenía setenta y un años y llevaba barba gris. Había llegado caminando media manzana desde las oficinas de Unicef, donde gracias a Obama y a Rice, se encargaba de tratar de salvar a los niños del mundo, de Siria a Birmania: un puesto para el que estaba magníficamente capacitado y en el que sería al fin feliz. Había acudido a despedir a su viejo amigo y enemigo, y estar allí hizo que se sintiera, como tan a menudo, dividido. No pretendía generar ningún revuelo, pero quería presentar sus respetos; si no a Dick Holbrooke, al menos al pasado que habían compartido. Luego se esfumó sin llamar la atención.

En torno a la ausencia de Holbrooke flotaba cierta inquietud. Había desaparecido de un modo demasiado brusco de un mundo donde su presencia generaba una auténtica conmoción. Nada se asentó con su muerte: todo estaba en el aire.

Kati pidió a Hillary Clinton y al almirante Mullen que fuese enterrado en Arlington, para lo cual haría falta una dispensa de la secretaría del Ejército, dado que Holbrooke no había servido nunca como militar. Clinton y Mullen escribieron sendas cartas, y Mullen ejerció mucha presión en el Pentágono, pero la resistencia de Petraeus y del general John Kelly, el asesor militar de Gates, fue demasiado férrea. Holbrooke había servido a su país de manera intermitente durante cinco décadas y había muerto en combate, pero no había sitio para él en el cementerio nacional.

Sus propias cenizas estaban inquietas. Pasaron años dando vueltas. Primero en el crematorio, porque Kati estaba demasiado destrozada para ir a reclamarlas, y luego durante meses en casa de la jefa de gabinete de Holbrooke, hasta que un día, en una colorida bolsa de macramé, las llevó a la presentación de un libro en Georgetown a la que sabía que Kati estaba invitada, y Kati se las llevó a su nuevo apartamento en Manhattan, donde las conservó varios años más.

Kati transmutó su pérdida en una campaña de discursos, entrevistas y columnas de opinión. Defendió el legado de su difunto marido en Berlín, Srebrenica y Dayton. Censuró a Obama. Escribió un libro sobre sus matrimonios donde rememoró una última y tierna conversación telefónica

justo antes de que Holbrooke se desplomara, aunque no la discusión que la había precedido. Cuando David se propuso rodar una película sobre ese padre al que nunca había llegado a conocer bien, Kati intentó detenerlo, y riñeron a propósito de quién debía hablar en memoria de Holbrooke. Con la viudedad, se convirtió en una defensora tan infatigable en su nombre como lo había sido él en vida.

Lo enterraron por fin en otoño de 2015 en un cementerio en los Hamptons, bajo una lápida en la que se lee:

RICHARD C.
HOLBROOKE
24 ABR. 1941
13 DIC. 2010
ESTADISTA
FILÁNTROPO
PATRIOTA

Mientras yo contemplaba todo esto, desde la distancia de esos amigos del montón que ocupábamos los asientos generales, sentí que aquella inquietud tenía algo que ver con el hecho de que hubiese sido casi un grande. Si hubiese ascendido a las alturas que él mismo y sus admiradores esperaban, a su muerte le habría seguido un entierro con honores en el lugar sereno a inamovible que la historia le tenía reservado. Si hubiese sido igual que la mayor parte de nosotros, el dolor y el recuerdo habrían quedado en la esfera privada. Pero en ese espacio indefinido entre ambos, donde las almas de los casi grandes claman reconocimiento, él seguía luchando, esforzándose, anhelando más.

Esto es cuanto tenía que contarles. Me he alargado más de lo que pretendía. Había mucho que decir, pero su voz aún no se me va de la cabeza. Sé que un día empezará a apagarse, junto con su recuerdo, junto con la idea de una vida vivida como si el mundo necesitara de una mano estadounidense para ayudar a enmendar las cosas. A estas alturas los lectores conocen bien todos sus defectos, pero ahora que Holbrooke ya no está, y que empezamos a conocer las opciones, ¿no sienten también ustedes un poco de remordimiento? La historia es cruel al respecto, pero él la amaba de todas formas.

Nota sobre las fuentes

Las fuentes principales que he utilizado para escribir son los «Holbrooke Papers» (los documentos personales de Holbrooke que se conservan en la Biblioteca de Manuscritos Seeley G. Mudd de la Universidad de Princeton) y las entrevistas realizadas a casi doscientas cincuenta personas. Esas entrevistas tuvieron lugar en Estados Unidos y otros nueve países, entre ellos Vietnam, Bosnia, Serbia, Croacia y Afganistán. Fueron confidenciales, de manera que he tenido la oportunidad de utilizar la información ofrecida sin dar nombres. Por esta razón, aunque las entrevistas han aportado gran cantidad de material para el libro, no se incluyen como fuente en esta nota. Por ejemplo, la descripción de Saigón, al inicio de la sección sobre Vietnam, está extraída de entrevistas con diversas personas que se encontraban en ese país, así como de libros y otras fuentes mencionadas en las notas; por su parte, el relato del accidente en el monte Igman, en el capítulo sobre Bosnia, está basado en entrevistas con personas que estuvieron directamente involucradas, así como en el informe de la investigación de la ONU; por último, las escenas en la Casa Blanca de Obama, en el capítulo sobre Afganistán, se han extraído de entrevistas con numerosos exfuncionarios, así como de los documentos personales de Holbrooke y otras fuentes escritas. A continuación, se enumeran los nombres de las personas a quienes he entrevistado y a las que deseo expresar mi agradecimiento:

Hassan Abbas, Michael Abramowitz, Morton Abramowitz, Christiane Amanpour, Rina Amiri, Dejan Anastasijevic, Holly Andersen, Michael Armacost, Ken Auletta, David Axelrod, Jeffrey Bader, Randall Banky, Peter Bass, Richard Beattie, Edina Becirevic, Elizabeth Becker, Richard Bernstein, Carl Bildt, Avis Bohlen, Ashley Bommer, Lajdar Brahimi, Marie Brenner, Kevin Buckley, Bojan Bugarcic, John Fisher Burns, Gahl Hodges Burt, Robert Campagna, Aida Cerkez, Shamila N. Chaudhary, Derek Chollet,

Zoran Cirjakowicz, Wesley Clark, Hillary Rodham Clinton, Richard Cohen, Roger Cohen, Summer Coish, Steve Coll, Sherard Cowper-Coles, James B. Cunningham, Pete Dawkins, Mohammed Omar Dawudzai, Donna Dejban, Joy de Menil, John Dempsey, Sasa Djogovic, Tom Donilon, Peter Duchin, David Dunn, R. P. Eddy, Kai Eide, Karl Eikenberry, Jehan El-Bayumi, Lawrence P. Farrell, Jr., Ronan Farrow, Dan Feldman, Burt Field, Dexter Filkins, Jon Finer, Frances FitzGerald, Sylvana Foa, Stefanie Frease, Dervo Gadzo, Peter W. Galbraith, Bob Gallucci, Ejup Ganic, Judy Gelb, Les Gelb, Daniel Gerstein, Susan Glasser, Mary Ellen Glynn, Philip Goldberg, Mary Beth Goodman, Mate Granic, Jeremy Greenstock, David Greenway, Eliza Griswold, Claudia Grose, Peter Grose, Mirza Hajric, Husein Haqqani, Paul Hare, Peter Hargraves, Stephen Heintz, Christopher Hill, James Hoge, Andrew Holbrooke, Anthony Holbrooke, Blythe Babyak Holbrooke, David Holbrooke, Litty Holbrooke, Martin Indyk, Wolfgang Ischinger, Susannah Jacob, Ali Jalali, Michael Janeway, Morton L. Janklow, Elizabeth Jennings, James A. Johnson, James Jones, Paul W. Jones, Ward Just, Robert G. Kaiser, Marty Kaplan, Hamid Karzai, Nicholas deB. Katzenbach, James Keith, Donald L. Kerrick, Sepideh Keyvanshad, Zalmay Khalilzad, Ann Kinney, Gilbert Kinney, Henry Kissinger, Fawzia Koofi, John C. Kornblum, Momcilo Krajisnik, Norm Kurz, Mark Lagon, Anthony Lake, Antonia Lake, S. K. Lambah, Chris LaVine, Vladimir Lehovich, Eric Lesser, Jonathan Levitsky, Jean-David Levitte, Mark Lippert, Jawad Ludin, Douglas Lute, Mark Lynch, Vincent Mai, Gail Malcolm, Mark Malloch-Brown, Kati Marton, Veran Matic, Denis McDonough, George McDowell, John Menzies, David Miliband, Tom Miller, Anne Milliken, Ivan Misetic, Saad Mohseni, Roger Morris, Nader Musavizadeh, Monica Mukherjee, Steve Mull, Mike Mullen, Cameron Munter, Farzad Najam,William Nash,Vali Nasr, Shuja Nawaz, John Negroponte, Pauline Neville-Jones, Thu Ha Nguyen, JohnW. Nicholson, Jr., Rod Nordland, Suzanne Nossel, Morgan O'Brien, Robert Orr, Peter Osnos, James Pardew,Anne Patterson, Peter Peterson, David Petraeus, Annie Pforzheimer, Barbara Phillips, Rufus Phillips, Nicholas Platt, Richard Plepler, Jelani Popal, Samantha Power, John Prendergast, Kenneth Quinn, Sally Quinn, Ahmed Rashid, Zalmai Rassul, Saskia Reilly, Chris Reimann, David Remnick, Ben Rhodes, Francis J. Ricciardone, Enver Robelli, Robbie Robinson, David Rohde, Lionel Rosenblatt, Peter R. Rosenblatt, Jack

Rosenthal, James Rosenthal, Barnett Rubin, Frank Ruggiero, Muhamed Sacirbey, Nikola Sainovic, Amrullah Saleh, Mansur bin Saleh, Tom Schick, Douglas Schoen, Frank Scotton, Daniel Serwer, Maureen Shea, Maria Sheehan, Neil Sheehan, Haris Silajdzic, John Silson, Vikram J. Singh,Vesna Skare-Ozbalt, E. Benjamin Skinner, Edie Smith, Gary Smith, Scott Smith, Peter J. Solomon, Matthew Spence, Jovica Stanišić, James Steinberg, Michael Steiner, Jim Sterba, Fritz Stern, Rory Stewart, Howard Stringer, Jake Sullivan, Mona Sutphen, Strobe Talbott, Peter Tarnoff,Alex Their, James Townsend, Milos Vasic, Alexander Vershbow, Karl von der Heyden, Barbara von Schreiber, Jenonne Walker,Volney F. Warner, Kael Weston, Maureen White, Leon Wieseltier, Frank Wisner, Peter Wittig, Geoffrey Wolff, Priscilla Wolff y Tobias Wolff.

Agradecimientos

Quiero expresar mi agradecimiento en primer lugar a Kati Marton, quien, un mes después de la muerte de su marido, me confió los documentos personales de Holbrooke, me concedió el derecho exclusivo de citarlos y animó a otras personas a colaborar conmigo, todo ello sin imponer ninguna condición, salvo que escribiera el mejor libro que fuera capaz. Este libro no existiría sin su confianza y generosidad.

Gracias a Christian Kerr, mi ayudante de investigación y compañero indispensable a la hora de estudiar, organizar y entender el vasto caudal documental sobre la vida de Richard Holbrooke.

Quiero expresar un reconocimiento especial a quienes compartieron diarios, cartas, notas, fotografías, vídeos y otros materiales personales: Michael Abramowitz, Holly Andersen, Randall Banky, Richard Beattie, Ashley Bommer, Steve Coll, John Dempsey, Dan Feldman, Burt Field, Peter Galbraith, Andrew Holbrooke, Anthony Holbrooke, Litty Holbrooke, Vladimir Lehovich, Gail Malcolm, John Menzies, Vali Nasr, Don North, James Pardew, Kenneth Quinn, Saskia Reilly, Barnett Rubin, Scott Smith, Strobe Talbott, Frank Wisner y, sobre todo, a David Holbrooke.

Gracias a Aida Cerkez y Sasa Halulic en Bosnia, Jovana Gligorijevic y Bratislav Grubacic en Serbia,Thu Ha Nguyen en Vietnam, Ruhullah Khapalwak, Rod Nordland y SEPAR International en Afganistán, y John McCance en la Base de las Fuerzas Aéreas Wright-Patterson en Dayton, por su vital ayuda en este camino.

Gracias a la American Academy de Berlín, a The Dorothy and Lewis B. Cullman Center for Scholars and Writers, a la New America Foundation, a la Whiting Foundation y a su personal, por las generosas becas que ayudaron a llevar adelante cuatro años de investigación y escritura.

Gracias a David Remnick y a Daniel Zalewski, del *New Yorker*, por darme la oportunidad de aprender mi oficio de los mejores. Y a Rozina Ali,

por su perspicacia con los datos.

Gracias a aquellos exigentes amigos que dedicaron tiempo a leer el manuscrito completo o en parte y lo mejoraron con sus consejos: Daniel Bergner, Roger Cohen, Dexter Filkins, Jonathan Galassi, Eliza Griswold, Gordon Harvey, Larissa MacFarquhar, David Remnick, David Rohde, Vikram Singh, Amy Waldman y Daniel Zalewski.

Gracias a Sarah Chalfant, de la Agencia Wylie, por su entusiasta e incansable respaldo.

Gracias a Sonny Mehta, de Alfred A. Knopf, que aceptó el libro antes de que yo supiera siquiera cómo hablar de él; a Andrew Miller, cuya amistad y astucia editorial le hizo seguir teniendo fe incluso cuando yo la había perdido; y a Zakiya Harris, Erinn Hartman, Maria Massey y Tyler Comrie, que ayudaron a traer este libro al mundo.

Gracias a mi madre, Nancy Packer, que me dio la primera, más ardua y más decisiva formación en el arte de la escritura.

Gracias a Charlie y Julia, faros en mitad de la oscuridad; y a Laura, mi mejor lectora y amiga, mi piedra de toque, anhelo de mi corazón: no hay palabras para lo que te debo, solo amor.

Prólogo

[1] Richard Holbrooke (en adelante, RH), diario sonoro de Afganistán, 14 de septiembre de 2010, Holbrooke Papers (en adelante, HP). <<

[2] Leon Wieseltier, «Richard», *The New Republic*, 14 de diciembre de 2010, <https://www.thenewrepublic.com>. <<

[3] Joseph Conrad, *The Collected Letters of Joseph Conrad*, volumen 2, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, p. 349. <<

[4] RH, diario sonoro de Afganistán, 23 de agosto de 2010, HP. <<

[5] Leslie H. Gelb, «Leslie H. Gelb on the Late Richard Holbrooke's Contributions to Foreign Policy», *The Daily Beast*, 2 de enero de 2011, <https://www.thedailybeast.com>. <<

SUEÑOS MUY LEJANOS

[1] Con respecto de los antecedentes de los padres de RH, Andrew Holbrooke proporcionó al autor cartas, fotografías, pasaportes y otros documentos oficiales, así como una grabación sonora. <<

[2] Trudi Kearl a Anthony Holbrooke, 28 de marzo de 1994, HP. <<

[3] Sami Moos a Rudolf Saenger, 5 de febrero de 1916, HP. <<

[4] Trudi Kearl a Anthony Holbrooke, 28 de marzo de 1994, HP. <<

[5] RH a Dan Holbrooke, 2 de agosto de 1956, HP. <<

[6] RH a Trudi Holbrooke, 2 de agosto de 1956, HP. <<

[7] Isamu Noguchi a Dan Holbrooke, s. d., 1950. Proporcionada al autor por Andrew Holbrooke. <<

[8] «USA: Richardson and Holbrooke Head for New Posts Update», Associated Press Video Archive, 18 de marzo de 1998, <https://www.aparchive.com>. <<

[9] RH entrevistado por Richard Rusk, marzo de 1985, Dean Rusk Oral History Collection, Richard B. Russell Library for Political Research and Studies, Athens, Biblioteca de la Universidad de Georgia, <http://purl.libs.uga.edu>. <<

[10] RH en Michael J. Berland y Douglas E. Schoen, eds.,*What Makes You Tick? How Successful People Do It and What You Can Learn from Them*, Nueva York, HarperCollins, 2009, p. 159; E. Benjamin Skinner, «Reporting Truth to Power», en Derek Chollet y Samantha Power (eds.), *The Unquiet American*, Nueva York, Public Affairs, 2011, pp. 48-51. <<

[11] RH, trabajo sin título para la asignatura de Historia 174, Universidad Brown, 14 de mayo de 1962, HP. <<

[12] Fritz Stern, *El mundo alemán de Einstein*, Princeton, Princeton University Press, 1999, p. 199. <<

[13] RH, trabajo sin título para el curso de Historia 174 en la Universidad de Brown, 14 de mayo de 1962, HP. <<

[14] RH a Litty Holbrooke, s. f., HP. <<

VIETNAM: ¿CÓMO PODEMOS PERDER, CON LO SINCEROS QUE SOMOS?

[1] Rufus Phillips, *Why Vietnam Matters: An Eyewitness Account of Lessons Not Learned*, Annapolis, Naval Institute Press, 2008, p. 161; RH, texto sin título sobre sus primeros tiempos en Vietnam, 12 de septiembre de1969, HP. <<

[2] Harry Maurer, ed., *Strange Ground: An Oral History of Americans in Vietnam,1945-1975*, Nueva York, Avon Books, 1989, p. 101. <<

[3] Anne E. Blair, *Lodge in Vietnam: A Patriot Abroad*, New Haven, Yale University Press, 1995, p. 8. <<

[4] Malcolm W. Browne, «Saigon AP Bureau Handbook», 25 de enero de 1963,PBS, *Reporting America at War*, <https://www.pbs.org>. <<

[5] Vladimir Lehovich entrevistado por Charles Stuart Kennedy, 1998, Association for Diplomatic Studies and Training (en adelante,ADST), Arlington,<https://www.adst.org>; formulario de evaluación del Instituto de Servicio Diplomático Vladimir Lehovich, s. f., proporcionado al autor por Vladimir Lehovich. <<

[6] RH a Litty Holbrooke, 5 de noviembre de 1962, HP. <<

[7] Guion para «La modernización del Mekong», s. f., HP. <<

[8] RH a Litty Holbrooke, 9 de noviembre de 1962, HP. <<

[9] Algunos de los mejores títulos en inglés sobre la experiencia estadounidense en la guerra de Vietnam son *Choosing War* y *Embers of War*, de Fredrik Logevall, *A Bright Shining Lie*, de Neil Sheehan, *The Best and the Brightest*, de David Halberstam, *Fire in the Lake*, de Frances FitzGerald, *Vietnam: A History*, de Stanley Karnow, y el volumen doble de The Library of America, *Reporting Vietnam*. He encontrado sobre todo útiles las siguientes obras acerca de los primeros años de la guerra: *The Making of a Quagmire*, de David Halberstam, *The Mission in Torment*, de John Mecklin, *The Lost Revolution*, de Robert Shaplen, *Once Upon a Distant War*, de William Prochnau, *Why Vietnam Matters*, de Rufus Phillips, *Uphill Battle*, de Frank Scotton, y *The Road Not Taken*, de Max Boot. <<

[10] Jonathan Nashel, *The Cold War of Edward Lansdale*, Amherst, University of Massachusetts Press, 2005, p. 1. <<

[11] Fredrik Logevall, *Embers of War: The Fall of an Empire and the Making of America's Vietnam*, Nueva York, Random House Trade Paperbacks, 2014,p. 635. <<

[12] Cecil B. Currey, *Edward Lansdale: The Unquiet American*, Boston, Houghton Mifflin, 1988, p. 278. <<

[13] David C. Martin, *Wilderness of Mirrors*, Nueva York, HarperCollins, 1980,p. 128. <<

[14] Max Boot, *The Road Not Taken: Edward Lansdale and the American Tragedy in Vietnam*, Nueva York, Liveright Publishing Corporation, 2018, pp. 366-380. <<

[15] Phillips, *Why Vietnam Matters, op. cit*., p. 130. <<

[16] Graham Greene, *The Quiet American*, Nueva York, Viking Paperback, 1996,p. 60. <<

[17] George Orwell, «Review of The Heart of the Matter by Graham Greene», en *All Art Is Propaganda: Critical Essays*, en George Packer, ed., Nueva York, Harcourt, Inc., 2008, p. 348. <<

[18] Logevall, *Embers of War, op. cit.*, p. 708. <<

[19] RH a Litty Holbrooke, 5 de octubre de 1962, HP. <<

[20] RH entrevistado por Neil Sheehan, 29 de mayo de 1976, Biblioteca del Congreso, Recorded Sound Reference Center, RYB 6803-4, Washington, DC. <<

[21] RH a Andrew Holbrooke, 6 de agosto de 1963, HP. <<

[22] Malcolm Browne entrevistado por Brian Lamb, «Red Socks and Muddy Boots», C-SPAN, 26 de septiembre de 1993, <https://www.c-span.org>. <<

[23] William Prochnau, *Once Upon a Distant War*, Nueva York, Vintage Books, 1996, p. 308. <<

[24] RH, texto sin título sobre sus primeros tiempos en Vietnam, 12 de septiembre de 1969, HP. <<

[25] RH, texto sin título sobre George Melvin, s. f., HP. <<

[26] RH, texto sin título sobre un viaje a Vietnam, 22 y 23 de febrero de 2003,H P. <<

[27] RH a Andrew Holbrooke, 6 de agosto de 1963, HP. <<

[28] RH a Litty Holbrooke, 20 de agosto de 1963, HP. <<

[29] Prochnau, *Once Upon a Distant War, op. cit*., p. 228. <<

[30] David Halberstam, *The Best and the Brightest*, Nueva York, Ballantine Books, 1993, p. 184. <<

[31] «Cable del Departamento de Estado a la Embajada en Vietnam», 28 de noviembre de 1961, Relaciones Exteriores de Estados Unidos (en adelante, FRUS), 1961-1963, volumen I, Vietnam, 1961, documento 288. <<

[32] Prochnau, *Once Upon a Distant War, op. cit*., p. 50. <<

[33] *Ibid*., p. 172. <<

[34] RH a Litty Holbrooke, 15 de octubre de 1963, HP. <<

[35] Neil Sheehan, *A Bright Shining Lie: John Paul Vann and America in Vietnam*, Nueva York, Random House, 1988, pp. 350-351; RH, texto sin título en un viaje a Vietnam, 22-23 de febrero de 2003, HP; RH entrevistado por Neil Sheehan, 29 de mayo de 1976, Biblioteca del Congreso, Recorded Sound Reference Center, RYB 6803-4, Washington, DC. <<

[36] Antonia Lake y Anthony Lake, «Coming of Age Through Vietnam», *New York Times Magazine*, 20 de julio de 1975, p. 9. <<

[37] Prochnau, *Once Upon a Distant War, op. cit*., pp. 366-370. <<

[38] RH a Litty Holbrooke, 23 de agosto de 1963, HP. <<

[39] Blair, *Lodge in Vietnam, op. cit*., p. 37. <<

[40] RH a Litty Holbrooke, 23 de agosto de 1963, HP. <<

[41] Maurer, ed., *Strange Ground*, *op. cit*., p. 80. <<

[42] RH a Litty Holbrooke, 24 de agosto de 1963, HP. <<

[43] Phillips, *Why Vietnam Matters, op. cit*., p. 165. <<

[44] RH a Litty Holbrooke, 24 de agosto de 1963, HP. <<

[45] Richard Reeves, *President Kennedy: Profile of Power*, Nueva York, Simon & Schuster, 1993, pp. 560-568. <<

[46] «Cable del Departamento de Estado a la Embajada en Vietnam», 24 de agosto de 1963, FRUS, 1961-1963, volumen III, Vietnam, enero-agosto de 1963, documento 281. <<

[47] Blair, *Lodge in Vietnam, op. cit*., pp. 43-44. <<

[48] Reeves, *President Kennedy*, *op. cit*., pp. 565-567. <<

[49] William Colby, *Lost Victory: A Firsthand Account of America's Sixteen Year Involvement in Vietnam*, Nueva York, Contemporary Books, 1989, p. 138. <<

[50] Phillips, *Why Vietnam Matters, op. cit*., pp. 168-169. <<

[51] Blair, *Lodge in Vietnam, op. cit*., p. 45. <<

[52] RH a Litty Holbrooke, 25 de agosto de 1963, HP. <<

[53] RH entrevistado por Neil Sheehan, 29 de mayo de 1976, Biblioteca del Congreso, Recorded Sound Reference Center, RYB 6803-4, Washington, DC. <<

[54] Maurer, ed., *Strange Ground*, *op. cit*., p. 109. <<

[55] RH en Kim Willenson, ed., *The Bad War: An Oral History of the Vietnam War*, Nueva York, Newsweek, 1987, pp. 107-108. <<

[56] RH a Litty Holbrooke, 16 de octubre de 1963, HP. <<

[57] Lo que aquí describo está extraído de las cartas que RH escribió a Litty con las siguientes fechas: 3 de septiembre de 1963; 15 de septiembre de 1963; 17 de septiembre de 1963; 19 de septiembre de 1963; 28 de septiembre de 1963; 3 de octubre de 1963; 9 de octubre de 1963; 25 de octubre de 1963; 27 a 29 de octubre de 1963; 10 de noviembre de 1963; 7 a 8 de diciembre de 1963; 17 de diciembre de 1963; 25 de febrero de 1964; 10 de marzo de 1964; 11 de marzo de 1964; 24 y 27 de marzo de 1964; y a David Rusk el 8 de noviembre de 1963; 11 de diciembre de 1963 y 31 de enero de 1964, HP. Las cartas han sido objeto de un leve trabajo de edición para mayor claridad. <<

[58] Phillips, *Why Vietnam Matters*, *op. cit*., pp. 179-187; Rufus Phillips entrevistado por Charles Stuart Kennedy, 1998, ADST, Arlington, <https://www.adst.org>. <<

[59] Phillips, *Why Vietnam Matters, op. cit*., pp. 198-201. <<

[60] RH a Litty Holbrooke, 2 de noviembre de 1963, HP. <<

[61] Phillips, «The Story of a School», memorando al Comité de Rehabilitación de la Provincia, 23 de noviembre de 1963, HP. <<

[62] Entrevista con Henry Cabot Lodge, 1979, *Vietnam: A Television History, America's Mandarin (1954-1963)*, WGBH Media Library & Archives, Boston, <https://www.openvault.wgbh.org/>. <<

[63] Blair, *Lodge in Vietnam, op. cit*., p. 69. <<

[64] «Listening in: JFK on Vietnam», 4 de noviembre de 1963, Biblioteca John F. Kennedy, <https://www.youtube.com>. <<

[65] Maurer, ed., *Strange Ground*, *op. cit*., p. 103. <<

[66] RH a Litty Holbrooke, 5 de noviembre de 1963, HP. <<

[67] RH a Litty Holbrooke, 3-6 de diciembre de 1963, HP. <<

[68] RH entrevistado por Neil Sheehan, 29 de mayo de 1976, Biblioteca del Congreso, Recorded Sound Reference Center, RYB 6803-4,Washington, DC. <<

[69] Jack Cushman entrevistado por Robert Mages, 2013, *West Point Oral History Collection*, volumen 3, West Point, Nueva York, <https://www.west-point.org>. <<

[70] RH a David Rusk, 31 de enero de 1964, HP. <<

[71] Jack Cushman, «Reflections on Vietnam, 1963-1964: Trying to Talk to Gen. Westmoreland about COIN», *Foreign Policy*, 6 de enero de 2012, <https://www.foreignpolicy.com>. <<

[72] David Halberstam, *War in a Time of Peace: Bush, Clinton, and the Generals*, Nueva York, Touchstone, 2002, p. 182. <<

[73] RH, texto sin título sobre un viaje a Vietnam, 22 y 23 de febrero de 2003,H P. <<

[74] Charles Schulz, *Peanuts*, 6 de abril de 1963. <<

[75] Prochnau, *Once Upon a Distant War, op. cit*., p. 162. <<

[76] Viñeta cómica de James Thurber, *The New Yorker*, 18 de junio de 1938. <<

[77] RH, texto sin título sobre un viaje a Vietnam, 22 y 23 de febrero de 2003,H P. <<

[78] RH, texto sin título sobre un viaje a Vietnam, 22 y 23 de febrero de 2003,H P. <<

[79] Maurer, ed., *Strange Ground*, *op. cit*., p. 474. <<

[80] RH, texto sin título sobre un viaje a Vietnam, 22 y 23 de febrero de 2003,H P. <<

[81] RH a Litty Holbrooke, 2 de octubre de 1962, HP. <<

[82] RH a Litty Holbrooke, 27 de noviembre de 1962, HP. <<

[83] Litty Holbrooke a RH, 7 de octubre de 1962. Proporcionada al autor por Litty Holbrooke. <<

[84] RH a Litty Holbrooke, 9 de octubre de 1962, HP. <<

[85] Litty Holbrooke a RH, 14 de octubre de 1962. Proporcionada al autor por Litty Holbrooke. <<

[86] RH a Litty Holbrooke, 10 de octubre de 1962, HP. <<

[87] Litty Holbrooke a RH, 14 de octubre de 1962. Proporcionada al autor por Litty Holbrooke. <<

[88] RH a Litty Holbrooke, 18 de octubre de 1962, HP. <<

[89] RH a Litty Holbrooke, 19 de febrero de 1964, HP. <<

[90] RH a Litty Holbrooke, 16 de marzo de 1964, HP. <<

[91] RH a Litty Holbrooke, 20 de abril de 1964, HP. <<

[92] RH a Litty Holbrooke, 18 de mayo de 1964, HP. <<

[93] RH a Litty Holbrooke, 24 de mayo de 1964, HP. <<

[94] Litty Holbrooke a sus padres, 17 de junio de 1964. Proporcionada al autor por Litty Holbrooke. <<

[95] RH a los padres de Litty Holbrooke, 1 de julio de 1964. Proporcionada al autor por Litty Holbrooke. <<

[96] Blair, *Lodge in Vietnam, op. cit*., p. 19. <<

[97] RH a Dean Rusk, 16 de junio de 1964, HP. <<

[98] Fredrik Logevall, *Choosing War: The Lost Chance for Peace and the Escalation of War in Vietnam*, Berkeley, University of California Press, 1999, p. 108. <<

[99] RH entrevistado por Neil Sheehan, 29 de mayo de 1976, Biblioteca del Congreso, Recorded Sound Reference Center, RYB 6803-4,Washington, DC. <<

[100] Lake y Lake, «Coming of Age Through Vietnam», art. cit., p. 24. <<

[101] «Viet Mob Burns 5000 Books», *Boston Globe*, 24 de enero de 1965, p. 1. <<

[102] RH, «The Smartest Man in the Room», *Harper's Magazine*, junio de 1975; RH, «The Doves Were Right», *New York Times Book Review*, 30 de noviembre de 2008. <<

[103] Logevall, *Choosing War*, *op. cit*., p. 324. <<

[104] Lake y Lake, «Coming of Age Through Vietnam», art. cit., p. 24. <<

[105] «Cable de la Embajada en Vietnam al Departamento de Estado», 1 de febrero de 1965, FRUS, 1964-1968, volumen II, Vietnam, enero a junio de 1965, documento 54. <<

[106] RH a Anthony y Antonia Lake, 29 de octubre de 1965, HP. <<

[107] RH, texto sin título sobre la fiesta de Nochevieja, 27 de febrero de 1970, HP. <<

[108] RH a Robert Komer, memorando, «Vietnam Trip Report: 26 de octubre a 18 de noviembre de 1966», 1 de diciembre de 1966, HP. <<

[109] Willenson, ed., *The Bad War*, *op. cit*., p. 147; RH, texto sin título sobre un viaje a Vietnam, 1992, HP. <<

[110] RH, «Pushing Sand», *The New Republic*, 3 de mayo de 1975. <<

[111] RH, «An Unimportant Incident», s. f., HP; RH a Philip Habib, «Impressions of 1st Infantry Division», memorando,16 de diciembre de 1965,HP. <<

[112] RH, texto sin título sobre la fiesta de Nochevieja, 27 de febrero de 1970, HP. <<

[113] RH a David Rusk, 11 de marzo de 1966, HP. <<

[114] RH a Anthony Lake y Antonia Lake, 29 de octubre de 1965, HP. <<

[115] Stanley Karnow, «Legend of Lansdale’s Miracles Badly Tarnished in Vietnam», *The Washington Post*, 25 de febrero de 1966, p.A1. <<

[116] Frank Wisner a RH, 2 de septiembre de 1966, HP. <<

[117] R.W. Apple, «U.S. Study Calls a Night Army Essential for Victory in Vietnam», *The New York Times*, 6 de agosto de 1967, p. 6. <<

[118] RH, notas para el discurso de cumpleaños de Frank Wisner, 19 de julio de 1998, HP. <<

[119] RH en Berland y Schoen, eds., *What Makes You Tick?*, *op. cit*., p. 162. <<

[120] Willenson,ed., *The Bad War, op.cit*., p. 148; RH en Berland y Schoen, eds., *What Makes You Tick?, op. cit*., pp. 162-163. <<

[121] Richard A. Hunt, *Pacification: The American Struggle for Vietnam's Hearts and Minds*, Boulder, Westview Press, 1995, p. 71. <<

[122] Frank Leith Jones, *Blowtorch: Robert Komer, Vietnam, and American Cold War Strategy*, Annapolis, Naval Institute Press, 2013, pp. 137-138. <<

[123] RH a Litty Holbrooke, 10 de mayo de 1967, HP. <<

[124] John J. Helble entrevistado por Thomas F. Conlon, 1998, ADST, Arlington, <https://www.adst.org>. <<

[125] RH entrevistado por E. Benjamin Skinner, 21 de agosto de 2002, HP. <<

[126] Geoffrey Wolff, «Extravagant Laughter», *Berlin Journal*, n.º 20, primavera de 2011, p. 8. <<

[127] RH en Berland y Schoen, eds., *What Makes You Tick?*, *op. cit*., p. 164. <<

[128] RH a Ethel Kennedy, 8 de junio de 1968, HP. <<

[129] RH, texto sin título sobre la reunión con Averell Harriman, s. f., HP. <<

[130] Lake y Lake, «Coming of Age Through Vietnam», art. cit., p. 24. <<

[131] James Rosenthal a Anthony Lake, 5 de enero de 1967, caja 4, carpeta 1, Anthony Lake Manuscript Collection, Biblioteca del Congreso,Washington, DC. <<

[132] Lake y Lake, «Coming of Age Through Vietnam», art. cit., p. 23. <<

[133] James Thomson, «How Could Vietnam Happen? An Autopsy», *Atlantic Monthly*, abril de 1968. <<

[134] Nicholas deB. Katzenbach, *Some of It Was Fun: Working with RFK and LBJ*, Nueva York, W.W. Norton & Company, 2008, p. 254. <<

[135] A. J. Langguth, *Our Vietnam: The War 1954-1975*, Nueva York, Simon & Schuster, 2000, p. 539. <<

[136] *The Pentagon Papers*, Senator Gravel Edition, vol. 2, Boston, Beacon Press,1972, p. 622. <<

[137] «Analyst Assigned to Compile Pentagon Papers Discusses Their Release», *All Things Considered*, National Public Radio, 14 de junio de 2011, <https://www.npr.org>. <<

[138] Walter Isaacson y Evan Thomas, *The Wise Men: Six Friends and the World They Made*, Nueva York, Simon & Schuster, 1986, pp. 678-680. <<

[139] Katzenbach, *Some of It Was Fun*, *op. cit.*, p. 268. <<

[140] «Memo from Undersecretary of State (Katzenbach) to Johnson», 16 de noviembre de 1967, FRUS, 1964-1968, volumen V, 1967, documento 401. <<

[141] Katzenbach, *Some of It Was Fun*, *op. cit.*, pp. 268-269. <<

[142] Dean Rusk a RH, 26 de septiembre de 1985, HP. <<

[143] RH entrevistado por Richard Rusk, marzo de 1985, Dean Rusk Oral History Collection, Richard B.Russell Library for Political Research and Studies, Biblioteca de la Universidad de Georgia, Athens, <http://purl.libs.uga.edu>. <<

[144] Philip Geyelin a Katharine Graham, 20 de diciembre de 1967, caja 74, carpeta 7, Philip Geyelin Manuscript Collection, Biblioteca del Congreso, Washington, DC. <<

[145] RH a Dean Rusk, 26 de agosto de 1985, HP. <<

[146] Willenson, ed., *The Bad War*, *op. cit.*, pp. 149-150. <<

[147] Stanley Karnow, *Vietnam: A History*, Nueva York, Penguin Books, 1984,p. 562. <<

[148] RH entrevistado por Neil Sheehan, 29 de mayo de 1976, Biblioteca del Congreso, Recorded Sound Reference Center, RYB 6803-4, Washington, DC. <<

[149] Clark Clifford con RH, *Counsel to the President*, Nueva York, Anchor Books, 1992, p. 492. <<

[150] *Ibid*., p. 518. <<

[151] George Packer, «From the Vietnam Archive», *The New Yorker*, 12 de agosto de 2008, <https://www.newyorker.com>; Clifford con RH, *Counsel to the President, op. cit*., p. 521. <<

[152] Willenson, ed., *The Bad War*, *op. cit*., p. 150. <<

[153] Clifford con RH, *Counsel to the President, op. cit*., p. 529. <<

[154] Clifford con RH, *Counsel to the President, op. cit*., p. 537. <<

[155] RH a Litty Holbrooke, 4 de junio de 1968, HP. <<

[156] RH, diario sonoro de Afganistán, 4 de agosto de 2010, HP. <<

[157] Averell Harriman, «Memorandum Prepared by Ambassador at Large Harriman», 14 de diciembre de 1968, FRUS, 1964-1968, volumen VII, Vietnam, septiembre de 1968-enero de 1969, documento 255. <<

[158] John A. Farrell, «Nixon’s Vietnam Treachery», *New York Times*, 31 de diciembre de 2016, <https://nytimes.com>; Clifford con RH, *Counsel to the President*, *op. cit*., pp. 581-584. <<

[159] Walter Isaacson, *Kissinger: A Biography*, Nueva York, Simon & Schuster,1992, pp. 129-134. <<

[160] John A. Farrell, «Nixon’s Vietnam Treachery», art. cit., <https://nytimes.com>. <<

[161] RH en Berland y Schoen, *What Makes You Tick?*, *op. cit*., p. 165. <<

[162] Lake y Lake, «Coming of Age Through Vietnam», art. cit., p. 24. <<

[163] RH a Anthony Lake, 6 de mayo de 1969 y 21 de junio de 1969, HP. <<

¿CÓMO LO HACE?

[1] RH, diario de 1970, HP. <<

[2] Jason DeParle, «The Man Inside Bill Clinton’s Foreign Policy», *The New York Times Magazine*, 20 de agosto de 1995. <<

[3] Clara Bingham, ed., *Witness to the Revolution*, Nueva York, Random House Trade Paperbacks, reedición, 2017, p. 347. <<

[4] Carpeta 9/19: grabación telefónica, sumario del Gran Jurado sobre Nixon, Comisión Fiscal Especial sobre el Watergate, College Park, Maryland, <https://www.archives.gov>. <<

[5] Seymour M. Hersh, «Kissinger and Nixon in the White House», *The Atlantic Monthly*, mayo de 1982. <<

[6] RH a Charles Bohlen, 21 de octubre de 1969, HP. <<

[7] Willenson, ed., *The Bad War*, *op. cit*., p. 274. <<

[8] RH a Phil Habib, 6 de agosto de 1973, HP. <<

[9] Willenson, ed., *The Bad War*, *op. cit*., p. 275. <<

[10] «Formulario de evaluación del Departamento de Estado: Richard Holbrooke», 13 de marzo de 1972, HP. <<

[11] Litty Holbrooke a sus padres, 22 de marzo de 1971. Proporcionada al autor por Litty Holbrooke. <<

[12] RH en Berland y Schoen, eds., *What Makes You Tick?, op. cit.*, p. 166. <<

[13] RH a Litty Holbrooke, 10 de noviembre de 1971, HP. <<

[14] RH, panegírico para John Campbell, s. d., HP. <<

[15] Litty Holbrooke a RH, 13 de diciembre de 1971. Proporcionada al autor por Litty Holbrooke. <<

[16] Litty Holbrooke a RH, 7 de febrero de 1972. Proporcionada al autor por Litty Holbrooke. <<

[17] Kitty Kelley, «The Courtesan and the Consort», *New York Social Diary*, 30 de diciembre de 2016, <https://www.newyorksocialdiary.com>. <<

[18] Christopher Ogden, *Life of the Party: The Biography of Pamela Digby Churchill Hayward Harriman*, Nueva York, Little, Brown and Company, 1994,p. 174. <<

[19] Willenson, ed., *The Bad War*, *op. cit*., p. 266. <<

[20] RH, «The Machine That Fails», *Foreign Policy 1*, invierno de 1970-1971. <<

[21] RH, «A Little Lying Goes a Long Way», *The New York Times*, 10 de septiembre de 1971. <<

[22] RH, «Relentless Patterns to Our Vietnam Nightmare», *Washington Post*, 15de mayo de 1972. <<

[23] Anthony Lake, ed., *The Legacy of Vietnam*, Nueva York, Consejo de Relaciones Exteriores, 1976, pp. 161-162. <<

[24] Leslie H. Gelb, «The Irony of Vietnam: The System Worked», *Foreign Policy*, 3, verano de 1971. <<

[25] Tad Szulc, «Behind the Vietnam Cease-Fire Agreement», *Foreign Policy*, 15, verano de 1974. <<

[26] Anthony Lake y Roger Morris, «The Human Reality of Realpolitik», *Foreign Policy*, 4, otoño de 1971. <<

[27] Tom Bethell, «The Making of Richard Holbrooke», *The Washingtonian*, febrero de 1980. <<

[28] RH a Gail Malcolm, noviembre de 1975. Proporcionada al autor por Gail Malcolm. <<

[29] RH, diario de 1975, 29 de septiembre de 1975, HP. <<

APRETAR LOS DIENTES

[1] RH, «Pushing Sand», *The New Republic*, 3 de mayo de 1975. <<

[2] RH, «Kissinger: A Hero, Maybe, But Not a Model», *Boston Globe*, 15 de septiembre de 1974. <<

[3] RH entrevistado por E. Benjamin Skinner, 21 de agosto de 2002, HP. <<

[4] Henry Kissinger, cuaderno de informes Polo I, julio de 1971, p. 62, <https:// www.scribd.com>. <<

[5] RH entrevistado por Neil Sheehan, 29 de mayo de 1976, Biblioteca del Congreso, Recorded Sound Reference Center, RYB 6803-4, Washington, DC. <<

[6] «Memorandum of Conversation», 4 de noviembre de 1976, FRUS, 1969-1976, volumen XXXVIII, parte 2, Organization and Management of Foreign Policy; Public Diplomacy, 1973-1976, documento 216. <<

[7] RH, «Escaping the Domino Trap», *The New York Times Magazine*, 7 de septiembre de 1975. <<

[8] RH, «A Sense of Drift, a Time for Calm», *Foreign Policy*, 23,verano de 1976. <<

[9] RH a Samuel Huntington, 11 de mayo de 1973, HP. <<

[10] RH, «Jimmy Carter: A Personal View», *Newsweek*, 26 de julio de 1976. <<

[11] Patrick Tyler, *A Great Wall: Six Presidents and China*, Nueva York, Public Affairs, 2000, p. 231. <<

[12] Jimmy Carter a RH, 9 de mayo de 1976, HP. <<

[13] RH a Jimmy Carter, memorando, s. f., HP. <<

[14] Jimmy Carter a RH, memorando, 15 de noviembre de 1976, HP. <<

[15] La conversación se refiere en RH entrevistado por E. Benjamin Skinner, archivo sonoro, 6 de septiembre de 2002, HP; Nayan Chanda, *Brother Enemy: The War After the War*, Nueva York, Collier Books, 1986, pp. 145146; y Tyler, *A Great Wall, op. cit*., pp. 234-235. <<

[16] RH entrevistado por E. Benjamin Skinner, archivo sonoro, 6 de septiembre de 2002, HP. <<

[17] RH, libro de informes de 1980, 12 de diciembre de 1980, HP. <<

[18] Kenneth Quinn, testimonio oral para la ADST, inédito. Proporcionado al autor por Kenneth Quinn. <<

[19] Carol C. Laise a Cyrus Vance, memorando, «Swearing-in of Richard C.Holbrooke 4.30 p.m., Thursday, March 31, 1977», s. f., HP. <<

[20] William Andreas Brown entrevistado por Charles Stuart Kennedy, 1998, ADST, Arlington, Virginia, <https://www.adst.org>; John J. Helble entrevistado por Thomas F. Conlon, 1998, ADST, Arlington, <https://www.adst.org>. <<

[21] Elva Morgan a RH, memorando, 7 de junio de 1978, HP. <<

[22] Kenneth Quinn, testimonio oral para la ADST, inédito. <<

[23] Harry E. T. Thayer entrevistado por Charles Stuart Kennedy, 1998, ADST, Arlington, <https://adst.org>. <<

[24] Chanda, *Brother Enemy*, *op. cit*., pp. 145-146. <<

[25] Flora Lewis, «U.S. Won’t Bar Hanoi from U.N.; Vietnam to Press Hunt for Missing», *The New York Times*, 5 de mayo de 1977. <<

[26] RH entrevistado por E. Benjamin Skinner, 21 de agosto de 2002, HP. <<

[27] Nicholas Platt, *China Boys: How Relations with the PRC Began and Grew*, Washington, New Academia Publishing/VELLUM Books, 2010, p. 240; Kenneth Quinn, testimonio oral para la ADST, inédito. <<

[28] Chanda, *Brother Enemy, op. cit.*, p. 152. <<

[29] RH entrevistado por E. Benjamin Skinner, 21 de agosto de 2002, HP. <<

[30] Chanda, *Brother Enemy, op.cit*., p. 152; Kenneth Quinn testimonio oral para la ADST, inédito. <<

[31] RH entrevistado por E. Benjamin Skinner, 21 de agosto de 2002, HP. <<

[32] Gareth Porter, «U. S. And Vietnam: Prisoners of the Past», *The Washington Post*, 3 de julio de 1977. <<

[33] Brzezinski, *Power and Principle: Memoirs of the National Security Adviser, 1977-1981,* Nueva York, Farrar, Straus y Giroux, 1983, p. 228. <<

[34] «Memorandum from the President’s Assistant for National Security Affairs (Brzezinski) to President Carter», 13 de octubre de 1978, FRUS, 1977-1980, volumen XIII, China, documento 143. <<

[35] Brzezinski, *Power and Principle*, *op. cit*., p. 43. <<

[36] I. M. Destler, Leslie H. Gelb y Anthony Lake, *Our Own Worst Enemy: The Unmaking of American Foreign Policy*, Nueva York, Simon & Schuster, 1985,p. 96. <<

[37] Patrick Tyler, *A Great Wall, op. cit*., p. 238. <<

[38] Destler, Gelb y Lake, *Our Own Worst Enemy*, *op. cit*., p. 96. <<

[39] Tyler, *A Great Wall*, *op. cit*., p. 236. <<

[40] Cyrus Vance, *Hard Choices: Critical Years in America's Foreign Policy*, Nueva York, Simon & Schuster, 1983, p. 80; RH, propuesta de libro sin título, 11 de noviembre de 1980, HP. <<

[41] RH, propuesta de libro sin título, 11 de noviembre de 1980, HP. <<

[42] Cyrus Vance, *Hard Choices*, *op. cit*., p. 82. <<

[43] RH, propuesta de libro sin título, 11 de noviembre de 1980, HP. <<

[44] RH, propuesta de libro sin título, 11 de noviembre de 1980, HP. <<

[45] Tyler, *A Great Wall*, *op. cit*., p. 252. <<

[46] Este relato del viaje de Brzezinski y Holbrooke a China proviene en gran medida de Patrick Tyler, *A Great Wall*, *op. cit*., pp. 252-256. <<

[47] William H. Gleysteen Jr. entrevistado por Thomas Stern, 2000,ADST, Arlington, <https://www.adst.org>. <<

[48] Tyler, *A Great Wall*, *op.cit*., p.256; William H.Gleysteen Jr., entrevistado por Thomas Stern, 2000, ADST, Arlington, <https://www.adst.org>. <<

[49] «Memorandum from the President’s Assistant for National Security Affairs (Brzezinski) to President Carter», 7 de julio de 1978, FRUS, 1977-1980, volumen XIII, China, documento 126. <<

[50] Transcripción de la reunión entre Nguyễn Cơ Thạch y RH, 22 de septiembre de 1978, NLC-26-32-2-6-9, Biblioteca Presidencial JimmyCarter. <<

[51] Michael Oksenberg a Zbigniew Brzezinski, memorando, «Dick Holbrooke’s Conversation with the Vietnamese», 22 de septiembre de 1978, NLC-26-32-1-5-1, Biblioteca Presidencial Jimmy Carter. <<

[52] Chanda, *Brother Enemy*, *op. cit*., p. 265. <<

[53] «Thạch-Holbrooke Meeting on Vietnam», memorando, 27 de septiembre de 1978, NLC-26-32-2-7-8, Biblioteca Presidencial Jimmy Carter. <<

[54] Chanda, *Brother Enemy*, *op. cit*., p. 282. <<

[55] Carter, *Keeping Faith: Memoirs of a President*, Nueva York, Bantam Books,1982, p. 195. <<

[56] Chanda, *Brother Enemy, op. cit.*, pp. 289-290; Tyler, *A Great Wall, op. cit.*, p. 258. <<

[57] Nayan Chanda, *Brother Enemy, op. cit*., p. 294; RH entrevistado por E. Benjamin Skinner, 27 de agosto de 2002, HP. <<

[58] Rowland Evans y Robert Novak, «A Case of Soviet Disinformation», *The Washington Post*, 13 de noviembre de 1978. <<

[59] RH entrevistado por E. Benjamin Skinner, 27 de agosto de 2002, HP. <<

[60] Este relato de los acontecimientos que condujeron al anuncio de la normalización de las relaciones diplomáticas el 15 de diciembre de 1978 está extraído en gran medida de Tyler, *A Great Wall*, *op. cit*., pp. 264271. <<

[61] «Memorandum from Michel Oksenberg to the President’s Assistant for National Security Affairs (Brzezinski)», 19 de diciembre de 1980, FRUS,1977-1980, volumen XIII, China, documento 327. <<

[62] RH, texto sin título, 4 de julio de 1981, HP; Vance, *Hard Choices, op. cit*., p. 118. <<

[63] Vance, *Hard Choices, op. cit.*, pp. 110-111. <<

[64] RH, texto sin título, 4 de julio de 1981, HP. <<

[65] RH, libro de informes de 1980, 10 de diciembre de 1980, HP. <<

[66] Brzezinski, *Power and Principle*, *op. cit*., p. 25. <<

[67] Chanda, *Brother Enemy, op. cit.*, pp. 356-361. <<

[68] Ken Quinn, mensaje por valija diplomática, «The Khmer Krahom Program to Create a Communist Society in Southern Cambodia», 20 de febrero de 1974. Proporcionado al autor por Kenneth Quinn. <<

[69] RH, testimonio ante la Subcomisión de Organizaciones Internacionalesde la Cámara de Representantes de Estados Unidos, 26 de julio de 1977, Washington, DC, HP. <<

[70] William Shawcross, *The Quality of Mercy: Cambodia, Holocaust and Modern Conscience*, Nueva York, Touchstone, 1984, p. 68. <<

[71] Robert B. Oakley entrevistado por Charles Stuart Kennedy y Thomas Stern, 1999, ADST, Arlington, <https://www.adst.org>. <<

[72] Raymond Bonner, *Waltzing with a Dictator: The Marcoses and the Making of American Policy*, Nueva York, Vintage Books, 1988, p. 191; «Holbrooke Discussions with President and Mrs. Marcos», telegrama, 20 de abril de 1977, NLC-2639-5-4-1, Biblioteca Presidencial Jimmy Carter. <<

[73] Bonner, *Waltzing with a Dictator, op. cit*., p. 231. <<

[74] Morton I. Abramowitz entrevistado por Thomas Stern, 2009, ADST, Arlington, <https://www.adst.org>. <<

[75] Vance, *Hard Choices, op. cit.*, p. 127. <<

[76] Bonner, *Waltzing with a Dictator, op. cit*., p. 187. <<

[77] RH, testimonio dado ante el Subcomité de Inmigración, Ciudadanía y Derecho Internacional de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, 4 de agosto de 1977, Washington, DC, HP. <<

[78] RH, «Conscience and Catastrophe», *The New Republic*, 30 de julio de 1984. <<

[79] Walter Mondale, *The Good Fight: A Life in Liberal Politics*, Nueva York,Scribner, 2010, p. 213. <<

[80] *Ibid*., pp. 215-216. <<

[81] William Shawcross, *The Quality of Mercy*, *op. cit*., p. 176. <<

[82] *Ibid*., p. 325. <<

[83] William Shawcross, *The Quality of Mercy*, *op. cit*., p. 189. <<

[84] Henry Kamm, «Mrs. Carter visits Thai Camp: “It’s Like Nothing I’ve Seen”», *The New York Times*, 10 de noviembre de 1979. <<

[85] William Shawcross, *The Quality of Mercy*, *op. cit*., p. 94. <<

PUESTO QUE HE PERDIDO LA ESPERANZA

[1] RH, libro de informes de 1980, 2 de diciembre de 1980, HP. <<

[2] RH, propuesta de libro sin título, 11 de noviembre de 1980, HP. <<

[3] RH en Berland y Schoen, eds., *What Makes You Tick?, op. cit*., p. 167. <<

[4] RH, libro de informes de 1980, 8 de enero de 1981, HP. <<

[5] RH, libro de informes de 1980, 19 de diciembre de 1980, HP. [Hay trad.cast.: Robert Frost, *Poesía completa*, trad. de Andrés Catalán, Madrid, Linteo Poesía, 2017.] <<

[6] RH a Pete Peterson, 19 de marzo de 1985, HP. <<

[7] RH, libro de informes de 1980, 7 de enero de 1981, HP; RH a Barbara E.Gregory, 1 de julio de 1981, HP. <<

[8] RH a Lester Crown, 12 de febrero de 1981, HP. <<

[9] RH a Philip Knight, 1 de marzo de 1982, HP. <<

[10] RH en Berland y Schoen, eds., *What Makes You Tick?, op. cit.*, p. 167. <<

[11] RH a Pamela Harriman, 31 de julio de 1986, HP. <<

[12] Sally Bedell Smith, *Reflected Glory: The Life of Pamela Churchill Harriman*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996, p. 287. <<

[13] RH en Berland y Schoen, eds., *What Makes You Tick?, op. cit.*, p. 168. <<

[14] RH a Gary Hart, 23 de mayo de 1985, HP. <<

[15] RH, testimonio dado ante el Subcomité de Asuntos de Extremo Oriente y el Pacífico de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, 10 de agosto de 1982, Washington, DC, HP. <<

[16] RH a Walter Mondale, 16 de noviembre de 1982, HP. <<

[17] Sheila Weller, *The News Sorority*, Nueva York, Penguin Books, 2014, pp.132-133. <<

[18] Diane Sawyer entrevistada por David Holbrooke. Proporcionada al autor por David Holbrooke. <<

[19] RH, libro de informes de 1980, 12 de enero y 13 de febrero de 1981, HP. <<

[20] RH y Diane Sawyer, «Diario: Viaje al Tíbet», inédito, 8 de junio de 1983, HP. <<

[21] Diane Sawyer entrevistada por David Holbrooke. <<

[22] Joan Juliet Buck, «Live Mike», *Vanity Fair*, junio de 1994. <<

[23] Liz Smith, «Society Today», *New York Daily News*, 1 de octubre de 1987. <<

[24] RH a Liz Smith, 7 de octubre de 1987, HP. <<

[25] RH a Pamela Harriman, 31 de julio de 1986, HP. <<

[26] Christopher Ogden, *Life of the Party, op. cit*., pp. 406-407; Sally Bedell Smith, *Reflected Glory, op. cit*., pp. 316-317. <<

[27] Ogden, *Life of the Party*, *op. cit*., pp. 392-396. <<

[28] *Ibid*., p. 428. <<

[29] Sally Bedell Smith, *Reflected Glory, op. cit*., p. 346. <<

[30] RH, notas, 4 de agosto de 1988, HP. <<

[31] RH, notas, 28 y 29 de septiembre de 1988, HP. <<

[32] Douglas Frantz y David McKean, *Friends in High Places: The Rise and Fall of Clark Clifford*, Nueva York, Little, Brown and Company, 1995, pp. 324-325. <<

[33] RH, notas, 27 de octubre de 1987. <<

[34] Clifford con RH, *Counsel to the President, op. cit.*, pp. 419-420. <<

[35] RH, notas, 4 de junio de 1988, HP; David Pietrusza, *1960: LBJ vs. JFK vs.Nixon*, Nueva York, Union Square Press, 2008, pp. 148-149; Michael O'Brien, *John F. Kennedy: A Biography*, Nueva York, Thomas Dunne Books, 2005, pp. 440-442; Seymour M. Hersh, *The Dark Side of Camelot*, Nueva York, Little, Brown and Company, 1997, pp. 106-110. En los HP se incluyen entrevistas con Clifford grabadas en audio por RH, pero en ellas no se habla de la historia de Pam Turnure. <<

[36] RH, notas tomadas durante la entrevista con Marny Clifford para *Counsel to the President, op. cit*., 7 de marzo de 1988, HP. <<

[37] Clifford con RH, *Counsel to the President, op. cit.*, p. 36. <<

[38] *Ibid*., p. 268. <<

[39] Frantz y McKean, *Friends in High Places*, *op. cit*., p. 372. <<

[40] *Ibid*., pp. 362-363. <<

[41] *Ibid*., p. 334. <<

[42] Neil A. Lewis, «Washington at Work: Clark Clifford, Symbol of the Permanent Capital, Is Faced with a Dilemma», *The New York Times*, 5 de abril de 1991. <<

[43] RH, notas, 30 de enero de 1992, HP. <<

[44] Smith, *Reflected Glory*, *op. cit*., p. 423. <<

[45] RH, notas, 6 de mayo de 1988, HP. <<

[46] Nicholas von Hoffman, «Bland Ambition», *Spy*, mayo de 1990. <<

[47] RH a Marie Brenner, 28 de junio de 1988, HP. <<

[48] RH, notas, 9 de julio de 1988, HP. <<

[49] RH, notas, 7 de agosto de 1991, HP. <<

[50] Derek Chollet y James Goldgeier, *America Between the Wars*, Nueva York, Public Affairs, 2008, p. 30. <<

[51] DeParle, «The Man Inside Bill Clinton’s Foreign Policy», art. cit. <<

[52] Chollet y Goldgeier, *America Between the Wars*, *op. cit*., pp. 37-38. <<

[53] Halberstam, *War in a Time of Peace*, *op. cit*., p. 157. <<

[54] Andrew Rosenthal, «Clinton Attacked on Foreign Policy», *The New York Times*, 28 de julio de 1992. <<

[55] RH, notas, 23 de noviembre de 1992, HP. <<

[56] Diario de Strobe Talbott, 19 de noviembre de 1992. Proporcionado al autor por Strobe Talbott. <<

BOSNIA: VENDRÁN A BUSCARME

[1] RH, diario de diciembre de 1992, 29 de diciembre de 1992, HP. <<

[2] Laura Silber y Allan Little, *The Death of Yugoslavia*, Nueva York, Penguin Books, 1995, pp. 244-245. <<

[3] RH,*To End a War*, Nueva York, Random House, 1998, pp. 37-38 [hay trad.cast.: Richard Holbrooke, *Para acabar una guerra*, trad. de Miguel Lamana Luzuriaga, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999]; RH, diario de diciembre de 1992, 29 de diciembre de 1992, HP. <<

[4] RH, diario de diciembre de 1992, s. f., HP. <<

[5] RH, «Endpaper: Workbook; With Broken Glass», *The New York Times Magazine*, 25 de abril de 1993; Richard Holbrooke entrevistado por Charlie Rose, *Charlie Rose*, PBS, 4 de enero de 1993, <https://www.charlierose.com>. <<

[6] Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, «The State of the World's Refugees: The Challenge of Protection», Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados, 1 de enero de 1993, <https://www.unhcr.org>. <<

[7] Christiane Amanpour, «Scream Bloody Murder», CNN, 2008, <https://www.cnn.com>. <<

[8] Silber y Little, *The Death of Yugoslavia, op. cit.*, p. 296. <<

[9] John F. Burns, «At a Lunch in Sarajevo, Muslims Try to Fathom the Hatred», *The New York Times*, 3 de enero de 1993. <<

[10] «A Sarajevo Diary-From Bad to Worse», Channel 4, 1993, <https://www.youtube.com>. <<

[11] John F. Burns, «At a Lunch in Sarajevo, Muslims Try to Fathom the Hatred», art. cit.; Peter Maass, *Love Thy Neighbor: A Story of War*, Nueva York, Knopf,1996, pp. 175-182; Kevin Sullivan, «U.N. Secretary-General Boutros Boutros-Ghali paid a New Year's Eve…», UPI, 31 de diciembre de 1992. <<

[12] RH, «The New Sarajevo», *Travel + Leisure*, 7 de mayo de 2009. <<

[13] RH a Joseph Lelyveld, 7 de enero de 1993, HP. <<

[14] «A Sarajevo Diary-From Bad to Worse», Channel 4, 1993, <https://www.youtube.com>. <<

[15] Hamza Baksic, *Sarajevo Is No More*, autoeditado en internet, 1995, 8, <https://www.scribd.com>. <<

[16] Burns, «At a Lunch in Sarajevo, Muslims Try to Fathom the Hatred», art. cit. <<

[17] John F. Burns, «The Death of a City: Elegy for Sarajevo —A Special Report; A People Under Artillery Fire Manage to Retain Humanity», *The New York Times*, 8 de junio de 1992. <<

[18] John F. Burns, «Some Serbian Gunners Shell Their Own Sarajevo Homes», *The New York Times*, 27 de diciembre de 1992. <<

[19] David Binder, *Fare Well, Illyria*, Herndon, CEU Press, 2013, p. 36. <<

[20] RH, «The New Sarajevo», art. cit. <<

[21] Burns, «At a Lunch in Sarajevo, Muslims Try to Fathom the Hatred», art. cit. <<

[22] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 50. <<

[23] Alija Izetbegovic, *Inescapable Questions: Autobiographical Notes*, Markfield, Leicestershire, The Islamic Foundation, 2003, p. 4. <<

[24] Silber y Little, *The Death of Yugoslavia, op. cit*., p. 180. <<

[25] *Ibid*., p. 198. <<

[26] *Ibid*., pp. 150-151. <<

[27] *Ibid*., p. 208. <<

[28] «A Sarajevo Diary-From Bad to Worse», Channel 4, 1993, <https://www.youtube.com>. <<

[29] Dusko Doder y Louise Branson, *Milosevic: Portrait of a Tyrant*, Nueva York, The Free Press, 1999, p. 115. <<

[30] Silber y Little, *The Death of Yugoslavia, op. cit*., p. 215. <<

[31] Doder y Branson, *Milosevic, op. cit.*, pp. 117-118. <<

[32] George H.W. Bush entrevistado por Brian Gallagher, reunión del Consejo Editorial, *USA Today*, 4 de agosto de 1992, <https://www.cspan.org>. <<

[33] Richard Holbrooke entrevistado por Charlie Rose, *Charlie Rose*, PBS, 4 de enero de 1993, <https://www.charlierose.com>. <<

[34] RH, *To End a War, op. cit*., p. 50; RH, informe, 3 de enero de 1993, HP. <<

[35] RH, *To End a War, op. cit*., p. 53. <<

[36] Anthony Lake entrevistado por Chris Bury, *Frontline*, «The Clinton Years»,PBS, septiembre de 2000, <https://www.pbs.org>. <<

[37] David J. Rothkopf, *Running the World:The Inside Story of the National Security Council*, Nueva York, Public Affairs, 2005, p. 310. [Hay trad. cast.: *El club de los elegidos: cómo la élite del poder global gobierna el mundo*, trad. de María Eugenia Villegas Lambertí, Madrid,Tendencias, 2008.] <<

[38] RH, *To End a War, op. cit*., p. 54. <<

[39] Mark Danner, *Stripping Bare the Body: Politics Violence War*, Nueva York, Nation Books, 2009, p. 178. <<

[40] Silber y Little, *The Death of Yugoslavia, op. cit*., p. 266. <<

[41] Rothkopf, *Running the World, op. cit*., p. 325. <<

[42] *Ibid*., 322. <<

[43] Drew, *On the Edge:The Clinton Presidency*, Nueva York, Touchstone, 1995, p. 150. <<

[44] Taylor Branch, *The Clinton Tapes: Wrestling History with the President*, Nueva York, Simon & Schuster, 2009, p. 10. <<

[45] Drew, *On the Edge*, *op. cit*., p. 157. <<

[46] *Ibid*., p. 143. <<

[47] Thomas L. Friedman, «Clinton’s Foreign Policy: Top Adviser Speaks Up», *The New York Times*, 31 de octubre de 1993. <<

[48] Rothkopf, *Running the World, op. cit*., p. 366. <<

[49] RH, notas, 1 de diciembre de 1993, HP. <<

[50] Diario de Strobe Talbott, 17 de enero de 1993. <<

[51] Elaine Sciolino, «Some Friends Fret as Clinton Is Slow in Choosing Envoys», *The New York Times*, 4 de junio de 1993. <<

[52] RH, *To End a War, op. cit*., p. 55. <<

[53] Craig R.Whitney, «Bonn Journal; What's an Asia Hand Doing in Germany? Plenty!», *The New York Times*, 25 de enero de 1994. <<

[54] Agenda del embajador de Estados Unidos en Bonn, s. f., HP. <<

[55] RH, diario sonoro de Bosnia, 10 de julio de 1994, HP. <<

[56] Memorando de la Oficina Regional de Seguridad, septiembre de 1993, HP. <<

[57] Kati Marton, *Paris: A Love Story*, Nueva York, Simon & Schuster, 2012, p. 115; RH a Kati Marton, 25 de enero de 1994. Proporcionada al autor por Kati Marton. <<

[58] Marton, *Paris: A Love Story*, *op. cit*., p. 117. <<

[59] RH, «KATI KATCHWORDS», notas, s. f. Proporcionadas al autor por Kati Marton. <<

[60] RH, «KATI KATCHWORDS». <<

[61] RH a Kati Marton, 25 de enero de 1994. <<

[62] RH, «KATI KATCHWORDS». <<

[63] Kati Marton, *Paris: A Love Story, op. cit*., p. 118. <<

[64] RH a Kati Marton, 25 de enero de 1994. <<

[65] RH a Kati Marton, 16 de enero de 1994. Proporcionada al autor por Kati Marton. <<

[66] RH a Kati Marton, 11 de febrero de 1994, 14 de junio de 1994, 5 de febrero de 1994. Proporcionadas al autor por Kati Marton. <<

[67] RH a Kati Marton, 21 de enero de 1994. Proporcionada al autor por Kati Marton. <<

[68] Marton, *Paris: A Love Story*, *op. cit*., p. 67. <<

[69] Kati Marton, *Enemies of the People: My Family's Journey to America*, Nueva York, Simon & Schuster, 2009, p. 12. <<

[70] *Ibid*., p. 13. <<

[71] Kati Marton a RH, 15 de febrero de 1994. Proporcionada al autor por Kati Marton. <<

[72] RH a Kati Marton, 14 de junio de 1994. <<

[73] Anthony Lake, carta de dimisión sin título, s. f., caja 48, carpeta 2, Anthony Lake Papers, Biblioteca del Congreso,Washington, DC. <<

[74] Anthony Lake entrevistado por Chris Bury, Frontline, «The Clinton Years», PBS, septiembre de 2000, <https://www.pbs.org>; Anthony Lake, *6 Nightmares: Real Threats in a Dangerous World and How America Can Meet Them*, Nueva York, Little, Brown and Company, 2000, p. 146. <<

[75] Madeleine K. Albright Oral History, Presidential Oral Histories, Miller Center, Universidad de Virginia, <https://www.millercenter.org>. <<

[76] Leslie H. Gelb, «Foreign Affairs; Where’s Bill», *The New York Times*, 11 de marzo de 1993. <<

[77] RH, diario sonoro de Bosnia, 12 de mayo de 1994, HP. <<

[78] RH, diario sonoro de Bosnia, 7 de junio de 1994, HP. <<

[79] RH, diario sonoro de Bosnia, 12 y 13 de junio de 1994, HP. <<

[80] Elaine Sciolino, «Christopher and Lake Shuffle Their Staffs», *The New York Times*, 14 de junio de 1994. <<

[81] Este relato se ha creado a partir de extractos de las entradas del diario sonoro de Bosnia de RH en las siguientes fechas: 10 de enero de 1994, 28 de marzo de 1994, 9, 19 y 20 de abril de 1994, 7 de junio de 1994, 9 de julio de 1994, 3 de septiembre de 1994, 2 de octubre de 1994, 8, 22 y 27 de noviembre de 1994, 13 de febrero de 1995, 2 y 16 de marzo de 1995, 24 y 28 de abril de 1995 y 22 de mayo de 1995, HP. <<

[82] Anthony Lake Oral History, Presidential Oral Histories, Miller Center, Universidad de Virginia, <https://www.millercenter.org>. <<

[83] Diario de Peter Galbraith, 19 de mayo de 1995, Peter Galbraith Papers, Universidad de Defensa Nacional, Washington, DC. El autor recibió autorización de Peter Galbraith. <<

[84] Robert Frasure desde la embajada de Estados Unidos en Belgrado, cable, 22 de mayo de 1995, HP. <<

[85] RH, *To End a War*, *op. cit*., p. 64; Tim Weiner, «Clinton's Balkan Envoy Finds Himself Shut Out», *The New York Times*, 12 de agosto de 1995. <<

[86] RH, «America, A European Power», *Foreign Affairs*, marzo/abril de 1995. <<

[87] Christopher Hill,*Outpost: Life on the Frontlines of American Diplomacy*, Nueva York, Simon & Schuster, 2014, p. 76. <<

[88] Lake a Bill Clinton, «Bosnia Policy After the Fall of Bihać», memorando, 27 de noviembre de 1994, <https://www.cia.gov>. <<

[89] Lake, *6 Nightmares, op. cit*.; Ivo H. Daalder, *Getting to Dayton: The Making of America's Bosnia Policy*, Washington, DC, Brookings Institution Press, 2000; Rothkopf, *Running the World, op. cit*.; Carl Bildt, *Peace Journey: The Struggle for Peace in Bosnia*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1998; Derek Chollet, *The Road to the Dayton Accords: A Study of American Statecraft*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2005; Bob Woodward, *The Choice: How Bill Clinton Won*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996; Halberstam, *War in a Time of Peace*, *op. cit*.; Nancy Soderberg, *The Superpower Myth: The Use and Misuse of American Might*, Hoboken, John Wiley & Sons, Inc., 2005. <<

[90] DeParle, «The Man Inside Bill Clinton’s Foreign Policy», art. cit. <<

[91] Woodward, *The Choice*, *op. cit*., p. 258. <<

[92] George Stephanopoulos, *All Too Human: A Political Education*, Nueva York, Little, Brown and Company, 1999, p. 382. <<

[93] Halberstam, *War in Times of Peace*, *op. cit*., p. 317. <<

[94] «Ratko Mladić-Srebrenica Fontana Hotel 1-11 July 1995», YouTube, <https://www.youtube.com>. <<

[95] Samantha Power, «*A Problem From Hell»: America in the Age of Genocide*, Nueva York, Basic Books, 2002, p. 403. <<

[96] *Ibid*., p. 410. <<

[97] Woodward, *The Choice*, *op. cit*., p. 262. <<

[98] RH, diario sonoro de Bosnia, 20 y 27 de junio de 1995, HP. <<

[99] Daalder, *Getting to Dayton*, *op. cit*., p. 102. <<

[100] Woodward, *The Choice*, *op. cit*., pp. 265-266; Stephanopoulos, *All Too Human*, *op. cit*., pp. 383-384. <<

[101] Chollet, *The Road to the Dayton Accords, op. cit*., p. 42. <<

[102] Daalder, *Getting to Dayton*, *op. cit*., p. 115. <<

[103] Entrevista de la Oficina del Inspector General del Departamento de Estado con RH, transcripción, 14 de julio de 1998, HP. <<

[104] Weiner, «Clinton’s Balkan Envoy Finds Himself Shut Out», art. cit. <<

[105] Diario de Strobe Talbott, 12 de agosto de 1995. <<

[106] Daalder, *Getting to Dayton*, *op. cit*., p. 116. <<

[107] Chollet, *The Road to the Dayton Accords, op. cit*., p. 43. <<

[108] Daalder, *Getting to Dayton*, *op. cit*., p. 116; Peter Tarnoff entrevistado por Derek Chollet, Proyecto de Historia Oral de Dayton, 23 de octubre de1996, <https://www.foia.state.gov>. <<

[109] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 75. <<

[110] Chollet, *The Road to the Dayton Accords*, *op. cit*., p. 45; RH, «The Road to Sarajevo», *The New Yorker*, 21 y 28 de octubre de 1996. <<

[111] RH, diario sonoro de Bosnia, 23 de agosto de 1995, HP. <<

[112] Roger Cohen, *Hearts Grown Brutal: Sagas of Sarajevo*, Nueva York, Random House, 1998, pp. 448-449; RH, *To End a War, op. cit*., pp. 74-75. <<

[113] Chollet, *The Road to the Dayton Accords, op. cit*., p. 21. <<

[114] Hill, *Outpost, op. cit*., pp. 78. Hill cambió «Brigada Clinton» por «Brigada Interagencias» en el libro. <<

[115] Bildt, *Peace Journey, op. cit.*, pp. 90; RH, *To End a War*, *op. cit.*, p. 8. <<

[116] Diario de Peter Galbraith, 15 de noviembre de 1994. <<

[117] *Ibid*. <<

[118] Raymond Bonner, «Minister Says New U.S. Plan Lets Bosnia Keep Enclave», *The New York Times*, 16 de agosto de 1995. <<

[119] Peter Galbraith entrevistado por Charles Stuart Kennedy, 1999, ADST, Arlington, Virginia, <https://www.adst.org>. <<

[120] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 73. <<

[121] Diario de Peter Galbraith, 2 de agosto de 1995. <<

[122] «Serbia-Holbrooke Meets Milosevic in Belgrade», 17 de agosto de 1995,Archivo de AP, <https://www.aparchive.com>. <<

[123] Doder y Branson, *Milosevic, op. cit.*, p. 138. <<

[124] Rudy Perina entrevistado por Christopher Hoh y Steve Engel, Proyecto de Historia Oral de Dayton, 19 de julio de 1996, <https://www.foia.state.gov>. <<

[125] Doder y Branson, *Milosevic, op. cit.*, p. 64. <<

[126] Bildt, *Peace Journey*, *op. cit*., p. 86. <<

[127] Rudy Perina entrevistado por Christopher Hoh y Steve Engel, Proyecto de Historia Oral de Dayton, 19 de julio de 1996, <https://www.foia.state.gov>. <<

[128] La primera versión de lo ocurrido en el monte Igman es una versión muy resumida de los relatos aportados por Holbrooke en *To End a War, op. cit*., pp. 10-13, y por Wesley K. Clark y Tom Carhart en *A Time to Lead: For Duty, Honor and Country*, Nueva York, St. Martin's Press, 2007, pp. 180-182. La segunda está basada en las entrevistas del autor con los supervivientes, estadounidenses y bosnios, que protagonizaron los hechos. Hice asimismo una visita al lugar del accidente y consulté numerosos documentos que me fueron proporcionados; entre otros, el diario del embajador John Menzies, un cuaderno del teniente coronel Randall Banky, con notas tomadas durante e inmediatamente después del accidente; una narración escrita por Banky a finales de agosto de 1995 para respaldar la concesión al hoy difunto sargento David Respass de la Medalla del Soldado; una carta de Banky a Holbrooke escrita el 13 de abril de 1999 que este entregó a Holbrooke cuando se vieron en Minneapolis y está archivada en los HP. El documento consultado de mayor importancia, no obstante, es el informe oficial de 88 páginas de la Policía Militar de la Fuerza de Protección de las Naciones Unidas, redactado en Sarajevo el 1 de septiembre de 1995, que incluye mapas, bocetos, fotografías, certificados médicos y declaraciones de Banky, Respass, nueve soldados franceses y dos soldados bosnios. Ni el gobierno de Estados Unidos ni ninguna otra institución hicieron nunca público el informe de la ONU —básicamente, fue silenciado—, pero un exfuncionario del Departamento de Estado entregó una copia al autor. (Las solicitudes del autor de documentos en manos del gobierno estadounidense sobre el incidente del monte Igman y sobre el resto de episodios de la carrera de Holbrooke se vieron frustradas por los procesos burocráticos impuestos por la ley de Libertad de Información, hoy por hoy disfuncionales.) Estas entrevistas y documentos contradicen algunos aspectos de la versión de los hechos publicada en las obras mencionadas, a la vez que corrigen el papel desempeñado por participantes poco conocidos, en particular Banky. <<

[129] En esta versión de los hechos, las distancias y medidas se basan en el informe de la ONU y en la declaración y los recuerdos de Banky. <<

[130] Diario de Strobe Talbott, 19 de agosto de 1995. <<

[131] Lake, *6 Nightmares, op. cit.*, pp. 161. <<

[132] Diario de Strobe Talbott, 19 de agosto de 1995. <<

[133] RH, diario sonoro de Bosnia, 23 de agosto de 1995, HP. <<

[134] Hill, *Outpost, op. cit.*, p. 85. <<

[135] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 89. <<

[136] Hill, *Outpost, op. cit.*, p. 82. <<

[137] Diario de James Pardew, 29 de agosto de 1995. Proporcionado al autor por James Pardew. <<

[138] RH a los generales Joulwan y Smith, 9 de diciembre de 1995, HP. <<

[139] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 97. <<

[140] Izetbegovic, *Inescapable Questions*, *op. cit*., p. 271. <<

[141] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 95. <<

[142] Diario de Strobe Talbott, 31 de agosto de 1995. <<

[143] RH, *To End a War, op. cit.*, pp. 104-105. <<

[144] Hill, *Outpost, op. cit.*, p. 87. <<

[145] *Ibid*., p. 89; RH, *To End a War*, *op. cit*., pp. 105-106. <<

[146] James W. Pardew, *Peacemakers: American Leadership and the End of Genocide in the Balkans*, Lexington, University Press of Kentucky, 2017, p. 39. <<

[147] Hill, *Outpost, op. cit*., pp. 89-90. <<

[148] Diario de James Pardew, 30 de agosto de 1995; Pardew, *Peacemakers*, *op. cit*., p. 42. <<

[149] Leslie H. Gelb entrevistado por David Holbrooke. Proporcionado al autor por David Holbrooke. <<

[150] Pardew, *Peacemakers, op. cit*., p. 40. <<

[151] Diario de James Pardew, 2 de septiembre de 1995. <<

[152] Izetbegovic, *Inescapable Questions*, pp. 270-271; RH, *To End a War*, *op. cit*., pp. 130-131. <<

[153] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 132. <<

[154] *Ibid*., p. 151. <<

[155] Hill, *Outpost, op. cit.*, p. 90. <<

[156] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 197. <<

[157] Pardew, *Peacemakers, op. cit*., p. 48. <<

[158] Izetbegovic, *Inescapable Questions*, *op. cit*., p. 271. <<

[159] RH, diario sonoro de Bosnia, 14 de septiembre de 1995, HP. <<

[160] RH, diario sonoro de Bosnia, 14 de septiembre de 1995, HP; RH, *To End a War, op. cit.*, p. 149. <<

[161] Robert A. Pratt, *Selma's Bloody Sunday: Protest, Voting Rights, and the Struggle for Racial Equality*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2016, p. 110. <<

[162] Hill, *Outpost, op. cit*., pp. 105-107; Pardew, *Peacemakers, op. cit*., pp. 56-61; RH, *To End a War, op. cit*., pp. 147-152; diario de James Pardew, 13 deseptiembre de 1995. <<

[163] Hill, *Outpost, op. cit*., p. 109; RH, *To End a War, op. cit*., p. 163. <<

[164] RH entrevistado por Christopher Hoh y Steve Engel, Proyecto de Historia Oral de Dayton, 18 de junio de 1996, <https://www.foia.state.gov>. <<

[165] Izetbegovic, *Inescapable Questions*, *op. cit*., pp. 289-290. <<

[166] *Ibid*., p. 309. <<

[167] RH, diario de Dayton, 1 de noviembre de 1995, HP. <<

[168] Silber y Little, *The Death of Yugoslavia, op. cit.*, p. 372. <<

[169] RH, diario de Dayton, 1 de noviembre de 1995, HP; RH, *To End a War*,*op. cit.*, p. 238. <<

[170] RH, diario de Dayton, 1 de noviembre de 1995, HP. <<

[171] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 245. <<

[172] RH, diario de Dayton, 4 de noviembre de 1995, HP. <<

[173] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 243. <<

[174] RH, diario de Dayton, 9 de noviembre de 1995, HP. <<

[175] *Ibid*., 10 de noviembre de 1995. <<

[176] *Ibid*., 11 de noviembre de 1995; RH, *To End a War*, *op. cit*., pp. 267-268. <<

[177] RH, *To End a War, op. cit.*, pp. 279-280. <<

[178] Izetbegovic, *Inescapable Questions*, *op. cit*., p. 299. <<

[179] RH, diario de Dayton, 12 de noviembre de 1995, HP. <<

[180] Bildt, *Peace Journey*, *op. cit*., pp. 139-140. <<

[181] RH entrevistado por Christopher Hoh y Steve Engel, Proyecto de Historia Oral de Dayton, 18 de junio de 1996, <https://www.foia.state.gov>. <<

[182] RH, *To End a War*, *op. cit*., p. 269; RH, diario de Dayton, 12 de noviembre de 1995, HP. <<

[183] RH, diario de Dayton, 12 de noviembre de 1995, HP. <<

[184] «Acuerdo de Confidencialidad de Información Clasificada», 3 de diciembre de 1995, HP. <<

[185] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 279. <<

[186] *Ibid*., pp. 280-281. <<

[187] Warren Christopher, *Chances of a Lifetime*, Nueva York, Scribner, 2001,p. 267. <<

[188] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 282. <<

[189] *Ibid*., p. 289. <<

[190] Bildt, *Peace Journey*, *op. cit*., p. 146. <<

[191] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 291. <<

[192] Silber y Little, *The Death of Yugoslavia, op. cit.*, p. 374. <<

[193] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 295. <<

[194] Silber y Little, *The Death of Yugoslavia, op. cit.*, p. 373. <<

[195] RH, *To End a War, op. cit.*, pp. 299-300. <<

[196] Izetbegovic, *Inescapable Questions*, *op. cit*., p. 325. <<

[197] Silber y Little, *The Death of Yugoslavia, op. cit.*, p. 375. <<

[198] Bildt, *Peace Journey*, *op. cit*., p. 157; Christopher, *Chances of a Lifetime*, *op. cit*., p. 265. <<

[199] Izetbegović, *Inescapable Questions*, *op. cit*., p. 326. <<

[200] Bildt, *Peace Journey*, *op. cit*., p. 155. <<

[201] *Ibid*., p. 128. <<

[202] *Ibid*., p. 155. <<

[203] RH, *To End a War, op. cit.*, p. 306. <<

[204] Diario de Peter Galbraith, noviembre de 1995. <<

[205] RH, *To End a War, op. cit.*, pp. 308-309. <<

[206] Izetbegovic, *Inescapable Questions*, *op. cit*., p. 326. <<

[207] «The Death of Yugoslavia, Part 6: Pax Americana», *BBC*, <https://www.youtube.com>. <<

NUESTROS SUEÑOS ESTÁN CERCA

[1] RH en Martyn Lewis, *Reflections on Success*, Londres, Queen Anne Press,1997, p. 1. <<

[2] RH en Lewis, *Reflections on Success, op. cit*., p. 10. <<

[3] RH a Kati Marton, 13 de diciembre de 1995. Proporcionada al autor por Kati Marton. <<

[4] Entrevista en la Oficina del Inspector General con RH, transcripción, 14 de julio de 1998, HP. <<

[5] Diario de Strobe Talbott, 7 de noviembre de 1996. <<

[6] *Ibid*., 11 de noviembre de 1996. <<

[7] *Ibid*., 14 de noviembre de 1996. <<

[8] RH a Strobe Talbott, 16 de noviembre de 1996, HP. <<

[9] *Ibid*.; diario de Strobe Talbott, 16 de noviembre de 1996. <<

[10] RH a Strobe Talbott, 16 de noviembre de 1996, HP. <<

[11] Diario de Strobe Talbott, 16 de noviembre de 1996. <<

[12] RH, menú del almuerzo del secretario de Estado, Conrad Suite, Nueva York, 11 de septiembre de 2000, HP. <<

[13] Madeleine Albright, *Madam Secretary: A Memoir*, Nueva York, Miramax Books, 2003, p. 220. <<

[14] RH, «Humanitarian Disasters: Forging a New Policy of Prevention», borrador del discurso, 13 de enero de 1997, HP. <<

[15] Ibrahim Rugova a Madeleine Albright, 16 de marzo de 1998, HP. <<

[16] Diario de Strobe Talbott, marzo de 1998. <<

[17] Hill, *Outpost, op. cit*., p. 127. <<

[18] RH a Madeleine Albright y Sandy Berger, 10 de julio de 1998, HP. <<

[19] Hill, *Outpost, op. cit*., p. 133. <<

[20] Diario de Strobe Talbott, 11 de junio de 1998; RH entrevistado por Derek Chollet, 26 de marzo de 2000, HP. <<

[21] Diario de Strobe Talbott, 11 de junio de 1998. <<

[22] *Ibid*., 18 de junio de 1998. <<

[23] Proporcionadas al autor por Anthony Holbrooke. <<

[24] Carta anónima dirigida a la Oficina del Inspector General del Departamento de Estado, 18 de junio de 1998, HP. <<

[25] «Friends of Angelo: Countrywide’s Systematic and Successful Effort to Buy Influence and Block Reform», informe de personal de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, 111.ª Comisión del Congreso sobre Supervisión y Reforma del Gobierno, 19 de marzo de 2009, Washington, DC, <https://www.oversight.house.gov>. <<

[26] Entrevista en la Oficina del Inspector General con RH, transcripción, 14 de julio de 1998, HP. <<

[27] «Anthony Lake’s Letter of Withdrawal», *PBS News Hour*, 18 de marzo de 1997, <https://www.pbs.org>. <<

[28] Ivo H. Daalder y Michael E. O’Hanlon, *Winning Ugly: NATO's War to Save Kosovo*, Washington, DC, Brookings Institution Press, 2000, p. 43. <<

[29] Diario de Strobe Talbott, 3 de octubre de 1998. <<

[30] *Ibid*., 7 de octubre de 1998. <<

[31] *Ibid*., 28 de febrero de 1999. <<

[32] RH a Strobe Talbott, sin enviar, 16 de mayo de 1999, HP. <<

[33] RH a Madeleine Albright y Sandy Berger, memorando, 12 de mayo de1999, HP. <<

[34] Rothkopf, *Running the World*, *op. cit*., p. 378; Hill, *Outpost*, *op. cit*., p. 156. <<

[35] Diario de Strobe Talbott, 22 de marzo de 1999. <<

[36] RH, notas, 12 de mayo de 1999, HP. <<

[37] Richard Beattie a RH, 26 de marzo de 1999, HP. <<

[38] RH, testimonio ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, Senado de Estados Unidos, 17 de junio de 1999,Washington, DC, HP. <<

UNA DE DOS: O GANAS O TE CAES

[1] James Traub, «Holbrooke’s Campaign», *The New York Times Magazine*, 26 de marzo de 2000. <<

[2] Diario de Strobe Talbott, 28 de febrero de 2000. <<

[3] RH entrevistado por Derek Chollet, 26 de marzo de 2000, HP; Traub, «Holbrooke in Turtle Bay», en Chollet y Power, eds., *The Unquiet American*, *op. cit*., pp. 242-243. <<

[4] RH entrevistado por Derek Chollet, 26 de marzo de 2000, HP. <<

[5] *Ibid*., 20 de junio de 2000. <<

[6] Traub, «Holbrooke in Turtle Bay», en Chollet y Power, eds., *The Unquiet American, op. cit*., p. 247. <<

[7] Cable confidencial del secretario de Estado, «Summary of Ambassador Holbrooke’s December 1-12 Trip to Africa», 21 de diciembre de 1999,H P. <<

[8] Justin Pearce, «Diplomats Fail to Bridge the Gap», BBC News, 12 de mayo de 2000, <https://www.news.bbc.co.uk>; Jane Perlez, «U.S. Did Little to Deter Buildup as Ethiopia and Eritrea Prepared for War», *The New York Times*, 22 de mayo de 2000. <<

[9] Viktor Pinchuk, Interpipe Group, a Sonya Giacobbe, Greater Talent Network, 8 de junio de 2004, HP. <<

[10] Cohen, *Hearts Grown Brutal: Sagas of Sarajevo, op. cit*., p. 449. <<

[11] «CNN 9-11-2001 Live Coverage 8:46.32 A.M E.T- 5.00 P.M E.T», YouTube, 4:17:26, <https://www.youtube.com>. <<

[12] RH, «Notes on the First Two Weeks After September 11, 2001», 14 de septiembre de 2001, HP. <<

[13] RH, «After September 11: Creating the Third Transatlantic Alliance», borrador del discurso, 9 de octubre de 2001, HP. <<

[14] RH, «Letters to the Editor: Long-Term Dangers in Afghanistan», *The Wall Street Journal*, 29 de marzo de 2002. <<

[15] RH, «Rebuilding Nations in Crisis», *The Washington Post*, 1 de abril de 2002. <<

[16] RH, testimonio ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, Senado de Estados Unidos, 25 de septiembre de 2002, Washington, DC, HP. <<

[17] RH entrevistado por el autor, diciembre de 2007. <<

[18] Michael Hirsh, «Battle for the Best and Brightest», *Newsweek*, 5 de septiembre de 2007. <<

[19] Barnett Rubin, libro manuscrito inédito, capítulo 1. Proporcionado al autor por Barnett Rubin. <<

[20] RH, diario escrito de Afganistán, 6 de agosto de 2008, HP. <<

[21] *Ibid*., 23 de julio de 2008, HP. <<

[22] *Ibid*., 27 de agosto de 2008, HP. <<

[23] «Questionnaire for National Security Positions», Oficina de Gestión de Personal de Estados Unidos, 6 de enero de 2009, HP. <<

AFGANISTÁN: TODO HA CAMBIADO, Y TODO SIGUE IGUAL

[1] Joshua Partlow, *A Kingdom of Their Own: The Family Karzai and the Afghan Disaster*, Nueva York, Knopf, 2016, p. 20. <<

[2] RH, notas, sin fecha, HP. <<

[3] Entre los mejores libros en inglés sobre las guerras de Afganistán, tenemos: Steve Coll, *Ghost Wars: The Secret History of the CIA, Afghanistan, and Bin Laden from the Soviet Invasion to September 10, 2001*, Nueva York, Penguin Press, 2004; del mismo autor, *Directorate S: The CIA and America's Secret Wars in Afghanistan and Pakistan*, Nueva York, Penguin Press, 2018; Anand Gopal, *No Good Men Among the Living*, Nueva York, Metropolitan Books, 2014; Dexter Filkins, *The Forever War*, Nueva York, Knopf, 2008 [hay trad. cast.: *La guerra eterna: partes desde la guerra contra el terrorismo*, trad. de Enrique Herrando, Barcelona, Crítica, 2012]; Ahmed Rashid, *Taliban: Militant Islam, Oil and Fundamentalism in Central Asia*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 2000 [hay trad. cast.: *Los talibán: islam, petróleo y fundamentalismo en el Asia Central*, trad. de Jordi Fibla, Barcelona, Península, 2014]; del mismo autor, *Descent into Chaos: The United States and the Failure of Nation Building in Pakistan, Afghanistan, and Central Asia*, Nueva York, Viking, 2008 [hay trad. cast.: *Descenso al caos: EEUU y el fracaso de la construcción nacional en Pakistán, Afganistán y Asia Central*, trad. de Josep Sarret, Barcelona, Península, 2009]; Sarah Chayes, *The Punishment of Virtue: Inside Afghanistan After the Taliban*, Nueva York, Penguin Press, 2006; Hassan Abbas, *The Taliban Revival: Violence and Extremism on the Afghanistan-Pakistan Frontier*, New Haven, Yale University Press, 2014; Barnett Rubin, *Afghanistan from the Cold War Through the War on Terror*, Oxford, Oxford University Press, 2013; Abdul Salam Zaeef, *My Life with the Taliban*, Londres, Hurst, 2011; J. Kael Weston, *The Mirror Test: America at War in Iraq and Afghanistan*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2016, y Rajiv Chandrasekaran, *Little America: The War Within the War for Afghanistan*, Nueva York, Vintage Books, 2012. <<

[4] Weston, *The Mirror Test, op. cit*., pp. 270-78; RH, «The Longest War», *The Washington Post*, 31 de marzo de 2008. <<

[5] RH, diario escrito de Afganistán, 17 de noviembre de 2008, HP; RH entrevistado por el autor, 27 de julio de 2009. <<

[6] Esa fue la experiencia del autor en una entrevista en 2006 con el senador Obama. <<

[7] RH, diario escrito de Afganistán, 28 de noviembre de 2008, HP. <<

[8] *Ibid*. <<

[9] RH a Barack Obama, «The Paradoxes of Pakistan and Afghanistan», 21 de noviembre de 2008, HP. <<

[10] RH entrevistado por el autor, 15 de junio de 2009. <<

[11] RH, diario escrito de Afganistán, 18 de diciembre de 2008, HP. <<

[12] «Questionnaire for National Security Positions», Oficina de Gestión dePersonal de Estados Unidos, 6 de enero de 2009, HP. <<

[13] Isadore Rosenfeld, expediente médico de RH, 10 de diciembre de 2008. Proporcionado al autor por la doctora Holly Andersen. <<

[14] «Questionnaire for National Security Positions», Oficina de Gestión de Personal de Estados Unidos, 6 de enero de 2009, HP. <<

[15] RH, diario escrito de Afganistán, 20 de enero de 2009, HP. <<

[16] «President Obama Delivers Remarks to State Department Employees», transcripciones de CQ, *Washington Post*, 22 de enero de 2009. <<

[17] RH, diario escrito de Afganistán, 31 de marzo de 2009, HP. <<

[18] Telegramas de Husein Haqqani al secretario de Asuntos Exteriores de Pakistán, 30 de enero de 2009. Proporcionados al autor. <<

[19] Marvin Kalb y Deborah Kalb, *Haunting Legacy: Vietnam and the American Presidency from Ford to Obama*, Washington, DC, Brookings Institution Press,2011, p. 265. <<

[20] Barnett Rubin, libro manuscrito inédito, cap. 1.1. <<

[21] Vali Nasr, «The Inside Story of How the White House Let Diplomacy Fail in Afghanistan», *Foreign Policy*, 4 de marzo de 2013, <https://www.foreignpolicy.com>. <<

[22] Barnett Rubin, libro manuscrito inédito, cap. 2; Barnett Rubin a Kati Marton, 18 de enero de 2011. Proporcionado al autor por Barnett Rubin. <<

[23] Cuadernos de Burt Field, 27 de enero de 2009. Proporcionados al autor por Burt Field. <<

[24] RH, diario escrito de Afganistán, 11 de febrero de 2009, HP. <<

[25] *Ibid*., 22 de enero de 2009. <<

[26] *Ibid*., 26 de enero de 2009. <<

[27] *Ibid*., 23 de febrero de 2009. <<

[28] «Obama’s Remarks on Iraq and Afghanistan», *The New York Times*, 15 de julio de 2008. <<

[29] Chandrasekaran, *Little America*, *op. cit.*, p. 247. <<

[30] RH, diario escrito de Afganistán, 22 de enero de 2009, HP. <<

[31] *Ibid*., 13 de febrero de 2009. <<

[32] *Ibid*., 11 de mayo de 2009. <<

[33] *Ibid*., 5 de noviembre de 2009. <<

[34] *Ibid*., 29 de julio de 2009, 7-8 de septiembre de 2009. <<

[35] Sherard Cowper-Coles, memorando, «Confidential: Conversation withKarzai 14 March», 14 de marzo de 2009, HP. <<

[36] Kai Eide, *Power Struggle Over Afghanistan*, Nueva York, Skyhorse Publishing, 2012, p. 128. <<

[37] RH, diario escrito de Afganistán, 12 de marzo de 2009, HP. <<

[38] Sherard Cowper-Coles, *Cables from Kabul: The Inside Story of the West's Afghanistan Campaign*, Londres, HarperPress, 2011, pp. 157 y 221. <<

[39] Eide, *Power Struggle Over Afghanistan, op. cit*., pp. 125-227; Scott Smith, diario, 13 de febrero de 2009. Proporcionado al autor por Scott Smith. <<

[40] RH, nota sin título acerca de una reunión con Karzai, sin fecha, HP. <<

[41] Cowper-Coles, *Cables from Kabul, op. cit*., p. 210. <<

[42] RH, diario escrito de Afganistán, 9 de abril de 2009, HP. <<

[43] El autor asistió al encuentro. <<

[44] El autor asistió al almuerzo. <<

[45] Cowper-Coles, *Cables from Kabul, op. cit*., p. 234. <<

[46] RH, diario escrito de Afganistán, 7-8 de septiembre de 2009, HP. <<

[47] George Packer, «The Last Mission», *The New Yorker*, 28 de septiembre de 2009. <<

[48] James Mann, *The Obamians: The Struggle Inside the White House to Redefine American Power*, Nueva York, Penguin Books, 2012, p. 234. <<

[49] Elisabeth Bumiller y Mark Mazzetti, «A General Steps from the Shadows», *The New York Times*, 13 de mayo de 2009. <<

[50] RH, diario escrito de Afganistán, 12 de marzo de 2009, HP. <<

[51] RH, notas de la reunión del Consejo de Seguridad Nacional, 7 de octubre de 2009, 9 de octubre de 2009, HP. <<

[52] RH, notas desde Kabul, 20 de junio de 2010, HP. <<

[53] RH, diario escrito de Afganistán, 18 de octubre de 2009, HP. <<

[54] *Ibid*., 29 de enero de 2010. <<

[55] RH a Hillary Clinton, «Suggested Policy for Afghanistan», memorando, 12 de octubre de 2009, HP. <<

[56] RH a Hillary Clinton, «The Proposal», puntos que tratar, 26 de octubre de 2009, HP. <<

[57] RH, diario escrito de Afganistán, 27 de octubre de 2009, 16 de noviembre de 2009, HP. <<

[58] RH, notas de la reunión del Consejo de Seguridad Nacional, 23 de noviembre de 2009, HP. <<

[59] RH, diario escrito de Afganistán, 23 de noviembre de 2009, HP. <<

[60] James Jones a Karl Eikenberry, 23 de febrero de 2010, HP. <<

[61] Frank Ricciardone a RH, 16 de marzo de 2010, HP. <<

[62] RH, diario escrito de Afganistán, 18 de marzo de 2010, HP. <<

[63] *Ibid*., 26 de marzo de 2010, HP; RH, notas, 26 de marzo de 2010, HP. <<

[64] RH, diario escrito de Afganistán, 12-13 de abril de 2010, HP. <<

[65] RH, nota a Amir Nasr, 3 de noviembre de 2010. Proporcionada al autor por Vali Nasr. <<

[66] RH, «David Miliband Dinner - UK EMB/KABUL», notas, 16 de enero de 2010, HP. <<

[67] El autor asistió al encuentro. <<

[68] Barnett Rubin, hoja de cálculo de fechas con RH, 12 de agosto de 2009. Proporcionada al autor por Barnett Rubin. <<

[69] Barnett Rubin, «Visit to Riyadh, Saudi Arabia, 13-15 de abril de 2009», memorando, sin fecha, HP. <<

[70] Coll, *Directorate S*, *op. cit*., pp. 416-418. <<

[71] *Ibid*., p. 446. <<

[72] *Ibid*., p. 423. <<

[73] *Ibid*., p. 432. <<

[74] RH entrevistado por Steve Coll, 27 de febrero de 2010. Proporcionado al autor por Steve Coll. <<

[75] Michael Hastings, «The Runaway General», *Rolling Stone*, 22 de junio de 2010, <https://www.rollingstone.com>. <<

[76] RH, notas, 20 de junio de 2010, HP. <<

[77] RH a Stanley McChrystal, 22 de junio de 2010, HP. <<

[78] RH a David Petraeus, 23 de junio de 2010, HP. <<

[79] RH, diario sonoro de Afganistán, fecha desconocida, HP. <<

[80] RH a Hillary Clinton, «At the Crossroads», memorando, 10 de septiembre de 2010, HP. <<

[81] Coll, *Directorate S*, *op. cit*., p. 502. <<

[82] RH, diario escrito de Afganistán, 30 de junio de 2009, HP. <<

[83] Este relato está compuesto a partir de extractos de las entradas del diario sonoro de Afganistán de RH con fechas: 2, 4, 5-6, 7, 9, 11, 20, 23, 24 y 27 de agosto de 2010; 14, 17, 18, 22 y 28 de octubre de 2010; 2, 4 y 17 de noviembre de 2010; 3 y 7 de diciembre de 2010, HP. <<

[84] RH, notas, 28 de octubre de 2010, HP. <<

[85] Telegramas de Husein Haqqani al secretario de Asuntos Exteriores de Pakistán, 24 de noviembre de 2010, 8 de diciembre de 2010. <<

[86] Husein Haqqani, *Magnificent Delusions: Pakistan, the United States, and an Epic History of Misunderstanding*, Nueva York, Public Affairs, 2013, p. 344. <<

[87] Michael Abramowitz, «Holbrooke Dinner, Dec 9 2010», memorando. Proporcionado al autor por Michael Abramowitz. <<

EPÍLOGO

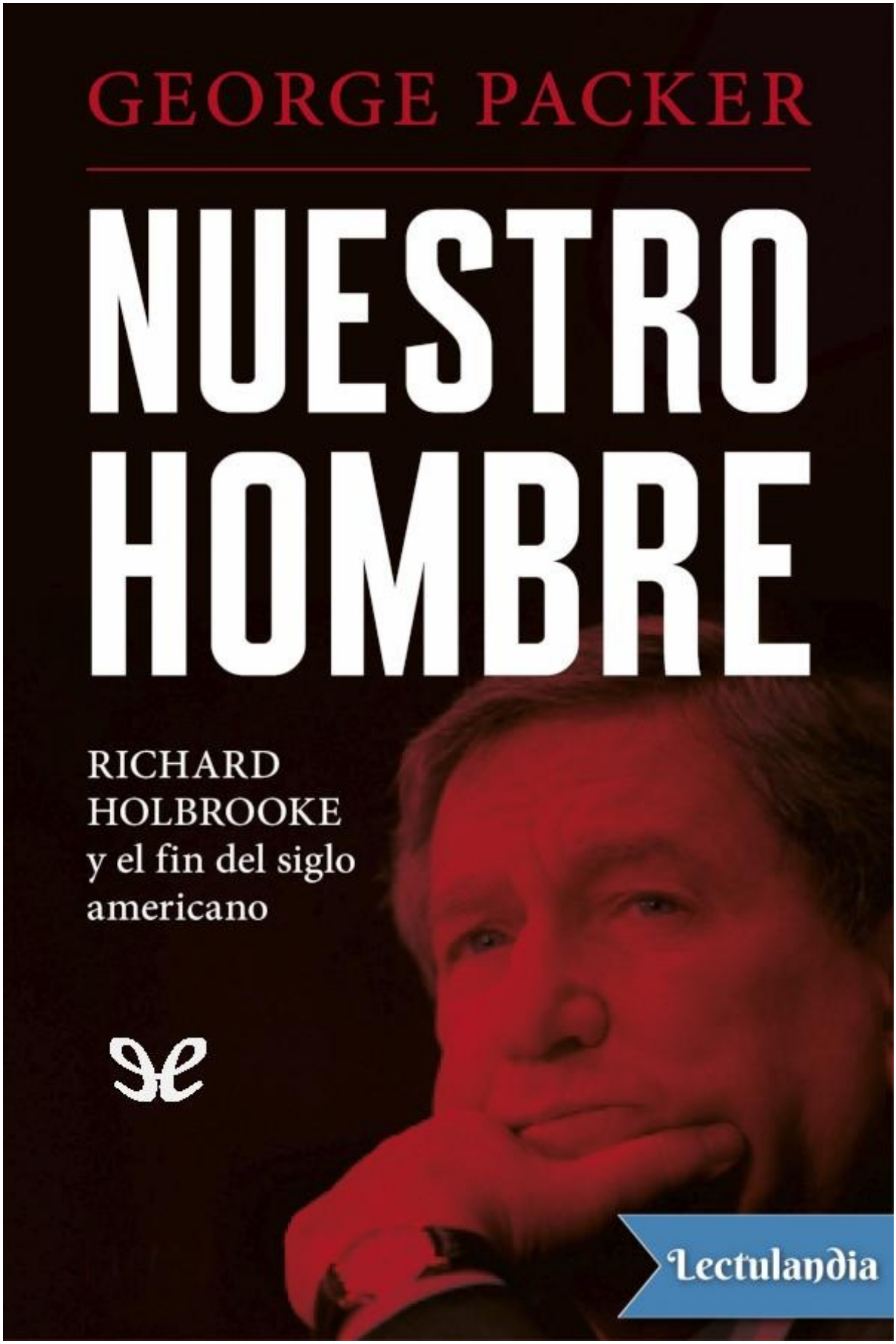
[1] Shuja Pasha, postal de Hallmark, s. f, HP. <<

[2] «Ambassador Richard Holbrooke Memorial Service», C-SPAN, 14 de enero de 2011, <https://www.c-span.org>. <<

[3] La imagen la sugirió Cameron Munter, antiguo embajador estadounidense en Pakistán. <<

[*] *Dick* es también en inglés una forma coloquial de dirigirse al pene. (*N. de los T.*) <<

[*] Herman Melville, *Moby Dick*, traducción de José María Valverde, Almería Ediciones Perdidas, 2010. (*N. de los T.*) <<


GEORGE PACKER
NUESTRO HOMBRE
RICHARD HOLBROOKE y el fin del siglo americano
Lectulandia